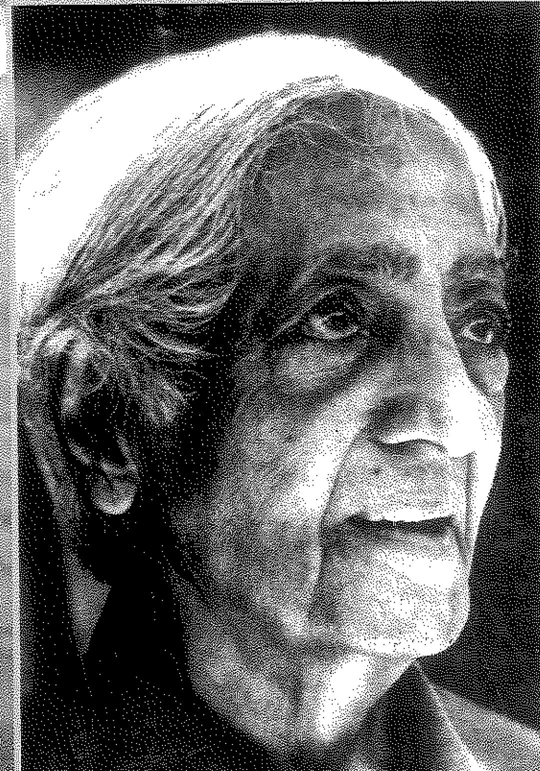
KRISHNAMURTI • *Obras Completas* VI
EL ORIGEN DEL CONFLICTO



# KRISHNAMURTI

## *Obras Completas*

1933-1967

TOMO VI • 1949-1952

EL ORIGEN DEL CONFLICTO

KIER

Títulos de los tomos que componen estas
*OBRAS COMPLETAS DE J. KRISHNAMURTI*

I) El Arte de Escuchar (1933-1934)
II) ¿Qué es la Recta Acción? (1934-1935)
III) El Espejo de la Relación (1936-1944)
IV) El Observador es lo Observado (1945-1948)
V) Percepción sin Opciones (1948-1949)
VI) El Origen del Conflicto (1949-1952)
VII) Tradición y Creatividad (1952-1953)
VIII) ¿Qué Siente Usted? (1953-1955)
IX) La Respuesta está en el Problema (1955-1956)
X) Luz para sí Mismo (1956-1957)
XI) La Crisis en la Conciencia (1958-1960)
XII) No hay Pensador, sólo hay Pensamiento (1961)
XIII) Una Revolución Psicológica (1962-1963)
XIV) La Nueva Mente (1963-1964)
XV) La Dignidad del Vivir (1964-1965)
XVI) La Belleza de la Muerte (1965-1966)
XVII) Preguntas Perennes (1966-1967)

# J. KRISHNAMURTI

OBRAS COMPLETAS AÑOS 1933-1967

Tomo VI
(1949-1952)

# EL ORIGEN DEL CONFLICTO



# J. KRISHNAMURTI

OBRAS COMPLETAS AÑOS 1933-1967

Tomo VI
(1949-1952)

# EL ORIGEN DEL CONFLICTO

PRIMERA EDICIÓN

*Traducido del inglés por*
Armando Clavier



EDITORIAL KIER S.A.
Av. Santa Fe 1260
(1059) Buenos Aires - Argentina

# *Prefacio*

Hijo de padres brahmines, Jiddu Krishnamurti nació en 1895 en el sur de la India. Cuando Krishnamurti tenía catorce años, Annie Besant, presidenta de la Sociedad Teosófica, una organización internacional que ponía énfasis en la unidad de todas las religiones, lo proclamó el próximo Instructor del Mundo. Adoptó al muchacho y lo llevó a Inglaterra, donde fue educado y preparado para su rol futuro. En 1911, se formó una nueva organización mundial, con Krishnamurti como Jefe de la misma; tenía el fin exclusivo de preparar a sus miembros para el advenimiento del Instructor del Mundo. En 1929, después de muchos años de cuestionarse a sí mismo y de cuestionar el destino que le habían impuesto, Krishnamurti disolvió esta organización, diciendo:

> *La Verdad es una tierra sin caminos, y no es posible acercarse a ella por ningún sendero, por ninguna religión, por ninguna secta. La Verdad, al ser ilimitada, incondicionada, absolutamente inabordable por ningún camino, no puede ser organizada, ni puede formarse organización alguna para conducir o forzar a la gente a lo largo de algún sendero particular. Mi único interés es hacer que los hombres sean absoluta, incondicionalmente libres.*

Hasta el fin de su vida, a la edad de noventa años, Krishnamurti viajó por el mundo hablando como una persona privada. El rechazo de toda autoridad espiritual y psicológica, incluyendo la suya propia, constituye un tema fundamental. Es de interés prioritario la estructura social y cómo ésta condiciona al individuo. Sus pláticas y escritos ponen el acento en las barreras psicológicas que impiden la claridad de percepción. En el espejo de la relación, cada uno de nosotros llega a comprender el contenido de su propia conciencia, la cual es común a toda la humanidad. Esto podemos hacerlo, no analíticamente, sino directamente de una manera que Krishnamurti describe en detalle. Observando este contenido, descubrimos dentro de nosotros la división del observador y lo observado. Él señala que esta división, que impide la percepción directa, es la raíz del conflicto humano.

Su visión fundamental no vaciló después de 1929, pero durante el resto

de su vida Krishnamurti se esforzó por hacer que su lenguaje fuera aun más simple y claro. En su exposición se advierte un desarrollo. Año tras año empleó, con matices diferentes, términos nuevos y nuevas maneras de abordar su enseñanza.

A causa del carácter global de esta enseñanza, las *Obras Completas* son de extraordinario interés. Dentro de sus pláticas de cada año, Krishnamurti no podía abarcar el campo completo de su visión, pero a lo largo de estos volúmenes pueden encontrarse extensas ampliaciones de temas particulares. En ellos echa los cimientos de muchos de los conceptos que usó en años posteriores.

Las *Obras Completas* contienen pláticas, discusiones, respuestas a preguntas específicas, y escritos desde el año 1933 hasta el año 1967 inclusive. Son un documento auténtico de sus enseñanzas, basado en transcripciones de registros literales taquigráficos y de grabaciones magnetofónicas.

La *Krishnamurti Foundation* de Norteamérica, un Trust benéfico, tiene entre sus propósitos la publicación y distribución de libros, videocasetes, filmes y grabaciones magnetofónicas de Krishnamurti. La publicación de las *Obras Completas* es una de esas actividades.

# *Rajahmundry, India, 1949*

## PRIMERA PLÁTICA EN RAJAHMUNDRY

Existe un arte en el escuchar. Escuchar para descubrir si lo que se dice tiene significación y, después de escuchar, juzgar, aceptar o desechar; pero ante todo, escuchar. La dificultad con la mayoría de nosotros es que no escuchamos. Venimos dispuestos a mostrarnos hostiles o amistosos, no a escuchar neutralmente. Si uno escucha neutralmente, sólo entonces, comienza a descubrir qué hay detrás de las palabras. Las palabras son un medio de comunicación. Ustedes tienen que aprender mi vocabulario, el sentido que hay tras de mis palabras, y entonces descubrirán el significado de aquello que se está comunicando. Lo que tiene primordial importancia es aprender a escuchar correctamente. Si leemos un poema y estamos predispuestos, ¿cómo podemos comprenderlo? Para apreciar lo que el poeta desea que entendamos, debemos aproximarnos con libertad al poema.

El problema que la mayoría de nosotros afronta en esta coyuntura, es saber si el individuo es tan sólo el instrumento de la sociedad, o si constituye el propósito de la sociedad. Ustedes y yo como individuos, ¿hemos de ser usados, dirigidos, educados, controlados, moldeados por la sociedad, por el gobierno, conforme a cierto patrón? ¿O la sociedad, el Estado, existen para el individuo? El individuo, ¿es el propósito de la sociedad, o es un mero títere para ser seleccionado, explotado y asesinado como un instrumento de guerra? Ése es el problema al que se enfrenta la mayoría de nosotros. Es el problema del mundo: si el individuo es un simple instrumento de la sociedad, un juguete de influencias al que hay que moldear, o si la sociedad existe para el individuo.

¿Cómo van a descubrir esto? Es un problema serio, ¿no es así? Si el individuo es tan sólo un instrumento de la sociedad, entonces la sociedad es mucho más importante que el individuo. En tal caso, debemos renunciar a lo individual y trabajar para la sociedad; entonces todo nuestro sistema educativo debe ser radicalmente transformado y el individuo ha de convertirse en un instrumento para ser usado y destruido, liquidado, descartado. Pero si la sociedad existe para el individuo, entonces la función de la sociedad no es hacer

que éste se adapte a patrón alguno, sino darle el sentido, el impulso de la libertad. En consecuencia, debemos descubrir qué es aquí lo falso.

¿Cómo investigarían ustedes este problema? Es un problema vital, ¿verdad?

No depende de ninguna ideología de izquierda o de derecha; si depende de una ideología, es meramente un asunto de opinión. Las ideas engendran siempre enemistad, confusión, conflicto. Si ustedes dependen de libros, libros de la izquierda o de la derecha, o de los libros sagrados, entonces dependen de opiniones, ya sean del Buda, de Cristo, del capitalismo, del comunismo, o de lo que fuere. Son todas ideas, no son la verdad. Un hecho no puede ser negado jamás. Puede ser negada la opinión acerca del hecho. Si somos capaces de descubrir cuál es la verdad acerca de esto, podremos actuar independientemente de la opinión. ¿No es necesario, pues, descartar lo que otros han dicho? La opinión del líder izquierdista o de otros líderes es el resultado de su condicionamiento. Si para nuestro descubrimiento dependemos de lo que se encuentra en los libros, estamos meramente limitados por la opinión. Y ello no es una cuestión de conocimiento.

¿Cómo ha de descubrir uno la verdad acerca de esto? Basados en eso actuaremos. Para dar con dicha verdad, debemos estar libres de toda propaganda, lo cual implica ser capaces de mirar el problema independientemente de cualquier opinión. Toda la tarea de la educación consiste en despertar al individuo. Para ver la verdad acerca de esto, debemos ser muy claros, lo cual quiere decir que no podemos depender de un líder. Cuando escogemos un líder, lo hacemos desde la confusión; por consiguiente, nuestros líderes también están confusos. Y eso es lo que está ocurriendo en el mundo. Por lo tanto, no podemos acudir a nuestro líder en busca de guía o ayuda.

Así pues, el problema es encontrar la verdad en esta cuestión, o sea, saber si el individuo es el instrumento de la sociedad o si la sociedad existe para el individuo. ¿Cómo van a descubrir esto, a descubrirlo no intelectualmente, sino de hecho? ¿Qué entienden ustedes por "individuo"? ¿Qué es el "uno"? ¿Qué somos, física y psicológicamente, externa e internamente? ¿No somos, acaso, el resultado de las influencias ambientales, el resultado de nuestra cultura, nuestra nacionalidad, nuestra religión, etc.? El individuo es, por lo tanto, el resultado de la educación, técnica o clásica. Uno es el resultado del medio. Están los que dicen que somos no sólo lo físico sino algo más, que en nosotros se encuentra la realidad, Dios. Esto, al fin y al cabo, no es más que una opinión, el resultado de la influencia social. Es una respuesta condicionada, nada más. Aquí, en la India, ustedes creen que son más que el producto de influencias materiales. Otros creen que no son otra cosa que eso. Ambas creencias están condicionadas. Ambas son el resultado de influencias sociales, económicas y otras, lo cual es bastante obvio. Por lo tanto, primero tenemos que reconocer que somos el resultado de las influencias ambientales que nos rodean. Ya sea

que creamos en el hinduismo, en el cristianismo, en la ideología izquierdista, o no creamos absolutamente en nada, somos el resultado de ese condicionamiento.

Ahora bien, para descubrir si somos algo más, debemos estar libres del condicionamiento. Para ello, uno tiene que cuestionar toda la respuesta social; sólo entonces podrá descubrir si el individuo no es sino el resultado de la sociedad o si es algo más. Es decir, la verdad acerca de esto puede ser descubierta únicamente cuestionando la influencia social, económica, ambiental, las ideologías y demás. Sólo aquellos que cuestionan son capaces de originar una revolución social. Tales individuos, al estar libres de pautas previas, creencias, ideologías, pueden contribuir a la creación de una sociedad nueva no basada en condicionamiento alguno.

Viendo, pues, que el mundo se halla actualmente en conflicto —imperialismo, guerras, hambre, población en aumento creciente, desempleo, antagonismo—, la persona realmente seria tiene que descubrir si el individuo es el objetivo de la sociedad, o sea, si la sociedad existe para el individuo. En tal caso, la relación entre el individuo y la sociedad es por completo diferente. Entonces, el individuo es un ser libre en su relación con la sociedad, que también es libre. Esto requiere una inmensa comprensión acerca de uno mismo. Sin conocimiento propio, no tenemos base para el pensar; somos meramente moldeados por los vientos de las circunstancias. Si no nos conocemos totalmente a nosotros mismos, es imposible que haya un recto pensar. Esa comprensión respecto de nosotros mismos no podemos encontrarla apartándonos de la vida, escapando de la sociedad a los bosques; por el contrario, la encontraremos en la relación con nuestra esposa, con nuestro hijo, con la sociedad.

La relación es un espejo en el que uno se ve a sí mismo, pero no puedo verme a mí mismo si condeno lo que veo. Después de todo, si quiero comprender a alguien, no lo condeno, sino que lo estudio, lo observo bajo todas las condiciones. Silenciosamente, observo sin condenar, sin censurar; sólo entonces comprendo. Gracias a esa comprensión adviene la claridad, que es la base del recto pensar. Pero si nos limitamos a repetir ideas, por maravillosas que sean, nos convertimos en fonógrafos que tocan conforme a diversas influencias, pero que no dejan de ser fonógrafos. Sólo cuando hemos cesado de ser fonógrafos, adquiere significación el individuo. Entonces somos verdaderos revolucionarios, porque descubrimos lo real. Sólo la libertad respecto de las ideas, del condicionamiento, puede traer consigo una revolución, la cual debe comenzar con uno mismo, no con un programa previo de acción. Cualquier persona ingeniosa puede redactar un programa, pero eso es inútil. Descubrir lo que uno es genera una revolución radical, y ese descubrimiento no depende de programa o plan alguno. Un descubrimiento así es esencial para dar origen a una sociedad nueva.

Me han entregado varias preguntas. Antes de que las conteste, es importante averiguar por qué formulan ustedes preguntas. ¿Es para fortalecerse en sus opiniones? ¿Para crear controversias? ¿Para negar lo que se dice? Porque, si

se aferran a sus puntos de vista, escucharán con sus propios argumentos; no escucharán para descubrir qué es lo que se está expresando. Espero que escuchen, no con espíritu antagonista, sino para descubrir qué es la verdad. Si lo que se expresa lo encaran con sus propias opiniones, ¿qué valor tiene el escuchar?

*Pregunta: En sus pláticas, usted dice que el hombre es la medida del mundo, y que cuando él se transforme, el mundo estará en paz. La transformación experimentada por usted, ¿ha demostrado que esto sea cierto?*

KRISHNAMURTI: ¿Qué implica esta pregunta? Que si bien afirmo reconocer que yo soy el mundo y que el mundo no está separado de mí, si bien hablo contra las guerras, etc., a pesar de eso, la explotación continúa; por lo tanto, lo que yo digo es inútil. Examinemos esto. Ustedes y el mundo no son dos entidades diferentes. Cada uno de ustedes *es* el mundo, no como un ideal, sino de hecho. Ustedes son el resultado del clima, de la nacionalidad, de diversas formas de condicionamiento, y lo que piensan y sienten es lo que proyectan; y así crean un mundo de división. Quieren ser telugus contra tamiles, Dios sabrá por qué. Lo que proyectan desde sí mismos es el mundo; ustedes crean el mundo. Si son codiciosos, eso es lo que proyectan; por consiguiente, el mundo es lo que son ustedes. Como el mundo es uno mismo, para transformar el mundo uno debe conocerse a sí mismo. Con la transformación de nosotros mismos, originamos una transformación en la sociedad.

El interlocutor sugiere que, puesto que la explotación no cesa, lo que yo digo resulta inútil. ¿Es cierto eso? Viajo por el mundo tratando de señalar la verdad; no hago propaganda. La propaganda es una mentira. Uno puede propagar una idea, pero no puede propagar la verdad. Voy de un sitio a otro señalando la verdad, y es cosa de ustedes reconocerla o no. Un hombre solo no puede cambiar el mundo, pero ustedes y yo juntos podemos cambiar el mundo. Esto no es una disertación política. Ustedes y yo debemos descubrir qué es la verdad, porque la verdad disuelve los sufrimientos, las desdichas del mundo. El mundo no está a gran distancia, en Rusia, América o Inglaterra. El mundo está donde están ustedes, por pequeño que ese mundo pueda parecer; ese mundo es uno mismo, es su entorno, su familia, su vecino, y si eso se transforma, uno produce transformación en el mundo. Pero casi todos somos perezosos, indolentes. Lo que yo digo es verdadero en sí mismo, pero resulta inútil si ustedes no están dispuestos a comprenderlo. La transformación sólo puede tener origen en el individuo. Las grandes cosas son realizadas por individuos, y ustedes pueden producir una revolución fenomenal, radical, cuando se comprenden a sí mismos. ¿No han notado que, en la historia de la humanidad, son los individuos los que transforman, no la masa? La masa puede ser influenciada, usada, pero las revoluciones radicales en la vida, tienen lugar únicamente por obra de individuos. Dondequiera que ustedes vivan, cualquiera que sea el nivel social en que estén situados, si se comprenden a sí mismos originarán una

transformación en la relación que tengan con los demás. Lo importante es poner fin al sufrimiento, porque la terminación del sufrimiento es el principio de la revolución, y esa revolución origina una transformación en el mundo.

*Pregunta: Usted sostiene que los gurúes son innecesarios, pero ¿cómo puedo hallar la verdad, sin la sabia ayuda y guía que solamente un gurú puede proporcionar?*

KRISHNAMURTI: La pregunta es si un gurú resulta necesario o no. ¿Puede la verdad ser hallada por intermedio de otra persona? Algunos dicen que sí, y algunos dicen que no. Como esta pregunta es importante, espero que presten suficiente atención. Queremos saber la verdad al respecto, no mi opinión como contraria a la opinión de otro. No tengo opinión alguna en este asunto. Es así o no lo es. Que sea esencial para ustedes tener o no tener un gurú, no es materia de opinión. La verdad en esto no depende de opiniones, por profundas, eruditas, populares o universales que sean. La verdad al respecto debe ser descubierta de hecho.

Ante todo, ¿por qué necesitan ustedes un gurú? Decimos que necesitamos un gurú porque estamos confusos y el gurú es beneficioso; él señalará qué es la verdad, nos ayudará a comprender, ya que sabe mucho más que nosotros sobre la vida; él actuará como un padre, como un maestro para instruirnos acerca del vivir; él tiene una experiencia inmensa y nosotros, en cambio, muy poca, de modo que nos ayudará merced a su mayor experiencia, y así sucesivamente. Es decir, básicamente, ustedes recurren a un instructor porque están confusos. Si tuvieran claridad, no se acercarían a un gurú. Obviamente, si fueran profundamente felices, si no hubiera problemas, si comprendieran la vida completamente, no acudirían a ningún gurú. Espero que vean la importancia de esto. Debido a que están confusos, escogen a un instructor. Acuden a él para que les dé una orientación en la vida, para que clarifique la confusión que padecen, para que les ayude a encontrar la verdad. Escogen a su gurú porque están confusos y esperan que él les dé lo que piden. O sea, optan por un gurú que satisfaga lo que ustedes exigen; lo escogen de acuerdo con la gratificación que él habrá de darles; la elección depende, pues, de la satisfacción que esperan recibir. No eligen a un gurú que dice: "Dependan de sí mismos"; lo eligen conforme a los prejuicios que tienen. Por consiguiente, dado que escogen a su gurú de acuerdo con la satisfacción que les brinda, no están buscando la verdad, sino una salida de la confusión; y a la salida de la confusión la llaman equivocadamente verdad.

Examinemos primeramente esta idea de que un gurú puede disipar nuestra confusión. ¿Puede alguien disipar nuestra confusión? La confusión la hemos creado nosotros, es el producto de nuestras respuestas internas. ¿Piensan ustedes que algún otro ha creado esta desdicha, esta batalla en todos los niveles de la existencia, interna y externamente? Ella es el resultado de nuestra propia falta de conocimiento acerca de nosotros mismos. Debido a que no

nos comprendemos, a que no comprendemos nuestros conflictos, nuestras reacciones, nuestras desdichas, acudimos a un gurú que, según creemos, nos ayudará a liberarnos de esa confusión. Podemos comprendernos tan sólo en relación con el presente, y esa relación en sí *es* el gurú, no lo es alguien de afuera. Si no comprendo esa relación, todo cuanto un gurú pueda decir es inútil, porque si no comprendo mi relación con la propiedad, con las personas, con las ideas, ¿quién puede resolver el conflicto que hay dentro de mí? Para resolver ese conflicto, debo comprenderlo yo mismo, lo cual implica que debo estar alerta a mí mismo en la relación. Para estar alerta, no se necesita ningún gurú. Si no me conozco a mí mismo, ¿de qué sirve un gurú? Tal como un dirigente político es elegido por aquellos que están confusos y cuya elección es, por lo tanto, también confusa, así elijo a un gurú. Puedo elegirlo sólo conforme a mi propia confusión; de aquí que él, al igual que el dirigente político, esté confuso.

Lo importante, pues, no es quién está en lo cierto, si estoy en lo cierto yo o si tienen razón los que dicen que el gurú es necesario, sino que lo importante es descubrir por qué necesitan ustedes un gurú. Los gurúes existen para diversas clases de explotación, pero eso es irrelevante. A ustedes les produce satisfacción si alguien les dice cómo están progresando. La clave está en descubrir la razón de que ustedes necesiten un gurú. Otro puede señalar el camino, pero uno tiene que hacer todo el trabajo, aun si tiene un gurú. Debido a que no quieren ustedes enfrentarse a eso, transfieren la responsabilidad al gurú. El gurú se vuelve inútil cuando existe una partícula de conocimiento propio. Ningún gurú, ningún libro, ninguna escritura puede darles conocimiento propio. Éste llega cuando se perciben a sí mismos en la relación. Ser es estar relacionado; no comprender la relación es desdicha, lucha. No darnos cuenta de nuestra relación con la propiedad, es una de las causas de confusión. Si no conozco mi verdadera relación con la propiedad, es inevitable que haya conflicto, el cual incrementa el conflicto que reina en la sociedad. Si no comprendo la relación que tengo con mi esposa, con mi hijo, ¿cómo puede otra persona resolver el conflicto que surge de esa relación? Lo mismo con las ideas, las creencias, etc. Estando confusos en la relación que tienen con las personas, las ideas, la propiedad, buscan ustedes un gurú. Si él es un auténtico gurú, les dirá que se comprendan a sí mismos. Ustedes son el origen de todo desacuerdo, de toda confusión, y ese conflicto pueden resolverlo únicamente cuando se comprenden a sí mismos en la relación.

Uno no puede encontrar la verdad por intermedio de nadie. ¿Cómo podría? Por cierto, la verdad no es algo estático; no tiene residencia fija; no es una finalidad, una meta. Por el contrario, es vital, dinámica, alerta, activa. ¿Cómo podría ser una finalidad? Si la verdad es un punto fijo, ya no es más la verdad; entonces es una mera opinión. Señor, la verdad es lo desconocido, y una mente que busca la verdad, jamás la encontrará. Porque la mente está compuesta de lo conocido; es producto del pasado, el resultado del tiempo, lo cual usted puede ver por sí mismo. La mente es el instrumento de lo conocido; en conse-

cuencia, no puede encontrar lo desconocido. Sólo puede moverse de lo conocido a lo conocido. Cuando la mente busca la verdad, una verdad acerca de la cual ha leído en los libros, esa "verdad" es autoproyectada, porque entonces la mente va tan sólo en busca de lo conocido, de algo conocido que sea más satisfactorio que lo anterior.

Cuando la mente busca la verdad, está buscando su propia proyección, no la verdad. A fin de cuentas, un ideal es autoproyectado; es ficticio, irreal. Lo real es *lo que es,* no el opuesto. Pero una mente que está buscando la realidad, que está buscando a Dios, busca lo conocido. Cuando usted piensa en Dios, su Dios es la proyección de su propio pensamiento, el resultado de influencias sociales. Uno puede pensar solamente en lo conocido; no puede pensar en lo desconocido, no puede concentrarse en la verdad. Tan pronto piensa en lo desconocido, eso es tan sólo lo conocido que se proyecta a sí mismo. Por lo tanto, no es posible pensar en Dios o en la verdad. Si uno piensa en ella, eso no es la verdad. La verdad no puede ser buscada, viene a nosotros. Sólo podemos ir tras lo conocido. Cuando la mente no se halla torturada por lo conocido, por los efectos de lo conocido, únicamente entonces, la verdad puede revelarse. La verdad se encuentra en cada hoja, en cada lágrima; ha de ser conocida de instante en instante. Nadie puede conducirnos a la verdad, y si alguien nos conduce, sólo puede hacerlo a lo conocido.

La verdad sólo puede llegar a la mente que está vacía de lo conocido. Adviene en un estado donde lo conocido está ausente, no funciona. La mente es el depósito de lo conocido, el residuo de lo conocido; y para que la mente pueda hallarse en ese estado en que lo desconocido se manifiesta, ella debe darse cuenta de sí misma, de sus experiencias anteriores, tanto de las conscientes como de las inconscientes, de sus respuestas y reacciones, de su estructura. Cuando existe un completo conocimiento propio, llega a su fin lo conocido, la mente se vacía de lo conocido. Sólo entonces la verdad puede llegar a nosotros sin ser invitada. La verdad no nos pertenece, ni a ustedes ni a mí. No es posible rendirle culto. Tan pronto la conocemos, deja de ser real. El símbolo no es lo real, la imagen no es lo real, pero cuando uno se comprende a sí mismo, cuando hay cesación del "yo", se manifiesta la eternidad.

*Pregunta: A fin de alcanzar la paz mental, ¿no debo aprender a controlar mis pensamientos?*

KRISHNAMURTI: Para comprender apropiadamente esta cuestión, debemos examinarla a fondo, lo cual requiere profunda atención. Espero que no estén demasiado cansados para seguir esto.

Mi mente divaga. ¿Por qué? Quiero pensar en una pintura, en una frase, en una idea, en una imagen, y pensando en ello veo que mi mente se ha desviado hacia el ferrocarril o hacia algo que sucedió ayer. El primer pensamiento se ha ido, y otro ha tomado su lugar. Por consiguiente, examino cada pensamiento que surge. Eso es inteligente, ¿verdad? Pero ustedes se esfuerzan por fijar su

pensamiento en algo. ¿Por qué deberían fijarlo? Si están interesados en el pensamiento que llega, éste les entrega su significado. El divagar de la mente no es distracción, no le den un nombre. Sigan el curso de la divagación, de la llamada distracción; descubran por qué la mente ha divagado; persigan eso, investíguenlo plenamente. Cuando la distracción es comprendida por completo, esa distracción en particular desaparece. Al llegar otra, persíganla también. La mente está compuesta de innumerables requerimientos y anhelos, y cuando los comprende, es capaz de una percepción alerta y sin exclusiones. La concentración es exclusividad, es resistencia contra algo. Tal concentración es como ponerse anteojeras; es evidentemente inútil, no nos conduce a la realidad. Cuando un niño se interesa en un juguete, no hay distracción.

*Comentario del público: Pero eso es momentáneo.*

KRISHNAMURTI: ¿Qué quiere usted decir? ¿Desea un muro para mantenerse encerrado en él? ¿Es usted un ser humano, o es una máquina a la que hay que limitar, restringir? Toda concentración es excluyente. En esa exclusión concentrada, nada puede afectar su deseo de ser alguna cosa. Por lo tanto, la concentración que tanta gente practica, niega la verdadera meditación. En la meditación tiene su origen el conocimiento propio, y sin conocimiento propio no podemos meditar. Sin conocimiento propio, la meditación carece de todo valor; es nada más que un escape romántico. Así pues, la concentración, que es un proceso de exclusión, de resistencia, no puede abrir la puerta a un estado de la mente en el que no hay resistencia alguna. Si usted ofrece resistencia a su hijo, no lo comprende. Debe estar abierto a todos sus caprichos, a cada una de sus disposiciones de ánimo. De igual modo, para comprenderse a sí mismo, usted debe estar despierto a cada movimiento de la mente, a cada pensamiento que surge. Cada uno de estos pensamientos implica algún interés. No lo llamen distracción condenándolo; persíganlo completamente, plenamente.

Uno desea concentrarse en lo que se está diciendo, y su mente divaga desviándose hacia lo que un amigo dijo la noche anterior. A este conflicto lo llaman ustedes distracción. De modo que dicen: "Ayúdeme a aprender concentración, a fijar mi mente en una sola cosa". Pero si comprenden qué es lo que da origen a las distracciones, no hay necesidad de intentar concentrarse; cualquier cosa que ustedes hacen es concentración. El problema no es, entonces, la divagación, sino por qué la mente divaga. Cuando la mente se desvía de lo que se está diciendo, es porque uno no se interesa en ello. Si se interesa, no está distraída. Uno piensa que debería interesarse en una pintura, una idea, una conferencia, pero su interés no está en eso, de modo que su mente se dispara en todas direcciones. ¿Por qué no reconocer que uno no está interesado y dejar que la mente divague? Cuando uno no se interesa en algo, es un derroche de esfuerzo fijar la mente, lo cual sólo genera conflicto entre lo que pensamos que deberíamos ser, y lo real. Es como un automóvil que anda con los frenos aplicados. Una concentración así es inútil. Consiste en excluir, apar-

tar. ¿Por qué no reconocer primero la distracción? Eso es un hecho. Cuando la mente se aquieta, cuando todos los problemas están resueltos, ella es como un estanque de aguas tranquilas en el que uno puede ver claramente. No está quieta cuando se halla atrapada en la red de los problemas, porque en tal caso recurrimos a la represión. Cuando la mente sigue y comprende cada pensamiento, no hay distracción, y entonces está quieta. Sólo en libertad puede la mente hallarse silenciosa. Cuando está silenciosa, no sólo en el nivel superficial sino en su totalidad, cuando está libre de todos los valores y de perseguir sus propias proyecciones, no hay distracción alguna, y únicamente entonces revela su existencia la realidad.

*20 de noviembre de 1949*

## SEGUNDA PLÁTICA EN RAJAHMUNDRY

Es muy obvio que todos los problemas requieren, no una respuesta, una conclusión, sino la comprensión del problema en sí. Porque la respuesta, la solución al problema, se encuentra en el problema, y para comprender el problema —cualquiera que sea, personal o social, íntimo o general— es esencial cierta quietud, cierta cualidad de no identificación con el problema. Es decir, vemos que en el mundo de hoy se desarrollan grandes conflictos, conflictos ideológicos, confusión y lucha entre ideas antagónicas, lo cual conduce finalmente a la guerra; y, a través de todo eso, queremos paz. Porque es evidente que, sin paz, uno no puede crear individualmente, ya que ello requiere cierta quietud, un sentido de existencia libre de perturbaciones. Para vivir serenamente, pacíficamente, para poder crear, es esencial pensar de un modo nuevo acerca de cualquier problema.

Ahora bien, ¿cuál es el principal factor que origina esta falta de paz interna y externamente? Ése es nuestro problema. Tenemos innumerables problemas de diversos tipos y, para resolverlos, es necesario que haya un campo de sosiego, un sentido de paciente observación, una aproximación silenciosa al problema. ¿Qué es lo que se opone a esa paz, a esa observación silenciosa de *lo que es*? Me parece que, antes de que comencemos a hablar de paz, debemos comprender el estado de contradicción, porque ése es el factor de perturbación que impide la paz. Vemos contradicción dentro y alrededor de nosotros y, como he tratado de explicarlo, el mundo es lo que somos. Sean cuales fueren nuestras ambiciones, nuestras búsquedas, nuestros objetivos, sobre eso basamos la estructura de la sociedad. Debido, pues, a que vivimos en contradicción, hay falta de paz en nosotros y, por consiguiente, fuera de nosotros. Existe, internamente, un estado constante de afirmación y negación: lo que queremos ser y lo que somos. El estado de contradicción genera conflicto, y este conflicto no origina paz, lo cual es un hecho simple y obvio. Esta contradicción interna no

debe interpretarse como alguna clase de dualismo filosófico, porque eso es un escape muy cómodo. O sea, al decir que esa contradicción es un estado de dualismo, pensamos que la hemos resuelto, lo cual implica, evidentemente, una mera convención y contribuye a escapar de los hechos.

¿Qué entendemos por conflicto, por contradicción? ¿Por qué hay contradicción en nosotros? Yo entiendo como contradicción esta lucha por ser alguna cosa aparte de lo que somos. Soy esto y quiero ser aquello. Esta contradicción interna es un hecho, no es un dualismo metafísico, cosa que no necesita ser discutida. La metafísica nada significa en la comprensión de *lo que es*. Podemos discutir, digamos, el dualismo: su naturaleza, si existe o no, etc., pero ¿qué valor tiene eso si no sabemos que en nosotros hay contradicción, deseos opuestos, intereses opuestos, actividades opuestas? Es decir, quiero ser bueno y no puedo serlo. Esta contradicción, esta oposición que hay en nosotros, debe ser comprendida, porque genera conflicto, y en medio del conflicto, de la lucha, no podemos crear individualmente. Seamos claros con respecto al estado en que nos encontramos. Hay contradicción; por lo tanto, tiene que haber lucha, y la lucha es destrucción, desgaste. En ese estado no podemos producir nada sino antagonismo, lucha, más amargura y sufrimiento. Si podemos entender plenamente esto y, en consecuencia, liberarnos de la contradicción, podrá haber paz interior, la cual traerá consigo comprensión entre unos y otros.

De modo que el problema es éste: Viendo que el conflicto es destructivo, que nos desgasta, ¿por qué hay contradicción en cada uno de nosotros? Para comprender eso, debemos avanzar un poco más. ¿Por qué existe el sentimiento de los deseos antagónicos? No sé si nos damos cuenta de esta contradicción en nosotros mismos, de este sentido de querer y no querer, de recordar algo y procurar olvidarlo para enfrentarnos a algo nuevo. Sólo obsérvenlo. Es muy simple y muy normal. No es algo extraordinario. El hecho real es que hay contradicción. Entonces, ¿por qué surge esta contradicción? ¿No es, acaso, importante comprenderlo? Porque, si no hubiera contradicción, no habría conflicto, no habría lucha, y *lo que es* podría ser comprendido sin introducir en ello un elemento opuesto generador de conflicto.

Nos preguntamos, pues, por qué existe esta contradicción y, en consecuencia, esta lucha que nos desgasta y destruye. ¿Qué entendemos por contradicción? ¿No implica un estado transitorio al que se opone otro estado transitorio? Es decir, yo pienso que tengo un deseo permanente. Doy por cierto que hay en mí un deseo permanente, y surge otro deseo que lo contradice; esta contradicción es la que genera conflicto, la que nos desgasta. O sea, hay una constante negación de un deseo a favor de otro deseo, una actividad se sobrepone a otra actividad. Ahora bien, ¿hay tal cosa como un deseo permanente? Por cierto, ningún deseo es permanente, no metafísicamente hablando, sino de hecho. No traduzcan esto a algo metafísico pensando que así lo han comprendido. Todo deseo es transitorio. Digamos que quiero un empleo. Esto es, busco cierto empleo como un medio de lograr felicidad, y cuando lo obtengo, me siento insatisfecho. Deseo llegar a ser el gerente, después el propietario, etcéte-

ra. No sólo en este mundo, sino en el así llamado mundo espiritual: el profesor quiere llegar a rector, el sacerdote a obispo, el discípulo a Maestro.

Así pues, este constante devenir, este llegar a un estado tras otro, origina contradicción, ¿no es así? Entonces, ¿por qué no considerar a la vida, no como un deseo permanente, sino como una serie de deseos fugaces, siempre oponiéndose unos a otros? De aquí que la mente necesite no hallarse en estado de contradicción. Si considero a la vida, no como un deseo permanente, sino como una serie de deseos transitorios que cambian de manera constante, entonces no hay contradicción. No sé si me explico con claridad, porque es importante darnos cuenta de que, dondequiera haya contradicción, hay conflicto, y el conflicto es improductivo, desgasta, ya sea que se trate de una riña entre dos personas o de una lucha interior. Como la guerra, es totalmente destructivo.

La contradicción surge, pues, sólo cuando la mente tiene un punto fijo de deseo, es decir, cuando no considera que todos los deseos se mueven, son efímeros, sino que se apropia de un deseo y lo convierte en algo permanente; sólo entonces, cuando surge otro deseo, hay contradicción. No existe un punto fijo en el deseo, sino que la mente establece un punto fijo porque todo lo trata como un medio de llegar a alguna parte, de ganar algo; y en tanto uno esté llegando, tiene que haber contradicción, conflicto. No sé si ven esto.

Es importante ver, ante todo que el conflicto resulta esencialmente destructivo, ya sea un conflicto entre comunidades, entre naciones, entre ideas, o un conflicto dentro del individuo. Es improductivo, y esa lucha es utilizada, explotada por los sacerdotes, por los políticos. Si nos damos cuenta de esto, si vemos realmente que la lucha es destructiva, tenemos que descubrir, entonces, el modo de poner fin a la lucha y, por lo tanto, debemos investigar la contradicción. Y la contradicción implica siempre el deseo de llegar a ser, de ganar, de alcanzar un objetivo; y eso es, al fin y al cabo, lo que entendemos por la así llamada búsqueda de la verdad. O sea, queremos llegar, tener éxito, encontrar un Dios supremo, una verdad que será nuestra satisfacción permanente. En consecuencia, no buscamos la verdad, no buscamos a Dios. Lo que buscamos es una gratificación perdurable, y esa gratificación la revestimos con una idea, con palabras que suenan respetables, tales como *Dios, verdad*; pero de hecho, cada uno está buscando gratificación, y esa gratificación, esa satisfacción que situamos en el punto más alto, la llamamos Dios, y a la que situamos en el punto más bajo, la llamamos bebida. En tanto la mente esté buscando gratificación, no hay mucha diferencia entre Dios y la bebida. Socialmente, la bebida quizá sea mala, pero el deseo interno de gratificación, de ganancia, es aún más dañino, ¿no es así?

Si uno quiere, realmente, dar con la verdad, debe ser extremadamente honesto, no tan sólo en el nivel verbal, sino por completo; debe ser extraordinariamente claro, y no puede ser claro si no está dispuesto a enfrentar los hechos. Eso es lo que intentamos hacer en estas reuniones: ver claramente por nosotros mismo *lo que es*. Si ustedes no quieren ve, pueden marcharse, pero si desean encontrar la verdad, deben ser extraordinaria y escrupulosamente cla-

ros. Por lo tanto, un hombre que quiera comprender la realidad, es obvio que debe comprender todo este proceso de la gratificación, gratificación no sólo en el sentido literal, sino en el sentido más psicológico. Mientras la mente esté fija en un centro "permanente", identificado con una idea, con una creencia, tiene que haber contradicción en la vida, y esa contradicción engendra antagonismo, confusión, lucha, lo cual significa que no puede haber paz. De modo que es por completo inútil limitarse a forzar a la mente para que sea pacífica, porque una mente disciplinada, forzada, obligada a ser pacífica, no está en paz. Lo que ha sido pacificado no es pacífico. *Ser* pacífico es algo por completo diferente.

Para comprender, pues, todo este proceso de la existencia en el que son constantes la lucha, el dolor, la discordia, la frustración, debemos comprender el proceso de la mente, y esta comprensión del proceso de la mente es conocimiento propio. Después de todo, si no sé cómo pensar, ¿sobre qué base puedo pensar correctamente? Tengo que conocerme a mí mismo. Al conocerme a mí mismo, advienen la quietud, la libertad, y en esa libertad hay descubrimiento de lo que es la verdad, no la verdad en un nivel abstracto, sino en cada acontecer de mi vida, en mis palabras, en mis gestos, en el modo como hablo a mi sirviente. La verdad ha de encontrarse en los temores, en los sufrimientos, en las frustraciones del vivir cotidiano, porque ése es el mundo en que vivimos, el mundo de la confusión, el mundo de la desdicha. Si no comprendemos eso, el limitarnos a comprender alguna realidad abstracta, es un escape que conduce hacia un infortunio mayor.

Por consiguiente, lo esencial es que nos comprendamos a nosotros mismos, y el hecho de comprenderme a mí mismo no está aparte del mundo, porque el mundo está donde está uno; no se encuentra a millas de distancia. El mundo es la comunidad donde vivo, las influencias ambientales que me rodean, la sociedad que hemos creado; todo eso es el mundo. En ese mundo, a menos que me comprenda a mí mismo, no podrá haber una transformación ni una revolución radical y, en consecuencia, ninguna creatividad individual. No se asusten de esa palabra *revolución*. Si saben lo que implica, es realmente una palabra maravillosa y con un significado extraordinario. Pero la mayoría de nosotros no desea cambiar; casi todos nos resistimos al cambio. Nos gustaría una continuidad modificada de *lo que es*, continuidad que llamamos "revolución"; pero eso no es revolución. La revolución puede nacer —y es esencial que tenga lugar una revolución semejante— sólo cuando uno, como individuo, se comprende a sí mismo en relación con la sociedad y, debido a eso, se transforma. Una revolución así no es pasajera, sino constante.

Así pues, la vida es una serie de contradicciones, y sin comprender esas contradicciones es imposible que haya paz. Resulta esencial tener paz, seguridad física, a fin de crear, de vivir. Pero todo cuanto hacemos contradice eso. Queremos paz, y todas nuestras acciones producen guerra. No queremos luchas comunales y, no obstante, esa esperanza se ve frustrada. En consecuencia, hasta que comprendamos este proceso de contradicción en nosotros mismos,

no podrá haber paz y, por ende, no podrá haber una nueva cultura ni un nuevo Estado; y para comprender esa contradicción, debemos enfrentarnos a nosotros mismos, no teóricamente sino tal como somos, no con conclusiones previas, con citas del Bhagavad Gita, de Shankara, etc. Debemos considerarnos a nosotros mismos tal como somos realmente, tanto lo agradable como lo desagradable, y eso requiere la capacidad de mirar exactamente *lo que es*; y no podemos comprender *lo que es* si lo condenamos, si lo justificamos o nos identificamos con ello. Debemos mirarnos a nosotros mismos como miraríamos al hombre que camina por la carretera, y eso requiere una constante percepción alerta, no en algún nivel extraordinario, sino percepción de lo que somos, de nuestra manera de hablar, de nuestras respuestas, de nuestra relación con la propiedad, con los pobres, con el mendigo, con la persona ilustrada, etcétera.

La percepción alerta debe comenzar en ese nivel, porque para ir lejos, uno tiene que empezar cerca, pero casi nadie está dispuesto a empezar cerca. Es mucho más fácil —al menos pensamos que es mucho más fácil— empezar lejos, lo cual constituye una manera de escapar de lo cercano. Todos tenemos ideales. Somos expertos en escapar, y ésa es la calamidad de estas religiones escapistas. Para llegar lejos, uno debe empezar cerca. Esto no requiere ninguna renunciación extraordinaria, sino un estado de alta sensibilidad, porque aquello que es altamente sensible es receptivo, y sólo en ese estado puede haber una recepción de la verdad, la cual no es para el lerdo, el holgazán, el ignorante. Éste jamás podrá dar con la verdad. Pero el hombre que comienza cerca, que se da cuenta de sus gestos, de su conversación, de su manera de comer, de hablar, de conducirse, para él hay una posibilidad de penetrar muy extensivamente, muy ampliamente, en las causas del conflicto. Uno no puede ascender alto si no empieza abajo, pero ustedes no quieren empezar abajo, no quieren ser sencillos, no quieren ser humildes. La humildad es buen humor, y sin buen humor no pueden ir lejos. Pero el buen humor no es cosa que pueda cultivarse. Por lo tanto, un hombre que quiera realmente buscar, conocer la verdad, o aquel que quiera abrirse a la verdad, debe empezar muy cerca; debe sensibilizarse por medio de la percepción alerta, de modo que su mente sea refinada, clara, sencilla. Una mente semejante no persigue sus propios deseos; no rinde culto a un ideal de fabricación casera. Sólo entonces podrá haber paz, porque una mente así descubre lo inconmensurable.

*Pregunta: ¿Por qué, en vez de hablar, no alimenta usted a los pobres?*

KRISHNAMURTI: Es esencial estar críticamente alerta, pero no adelantar juicios, porque apenas uno adelante un juicio, ya ha llegado a una conclusión. Ustedes no están críticamente alerta. En el momento en que han llegado a una conclusión, su capacidad crítica ha muerto. Ahora bien, el interlocutor sugiere que él alimenta a los pobres y yo no. ¡Me pregunto si él alimenta a los pobres! Formúlense, pues, esta pregunta: "¿Alimentan ustedes a los pobres?". Trato de investigar la mentalidad del interlocutor. O él critica para descubrir y, en tal

caso, está en perfecta libertad de criticar, de inquirir, o critica con una conclusión previa y, por lo tanto, ya ha dejado de ser crítico; se limita a imponer su conclusión. O, si el interlocutor alimenta a los pobres, entonces su pregunta está justificada. Pero, ¿están ustedes alimentando a los pobres? ¿Tienen, en modo alguno, conciencia acerca de los pobres? La gente muere en la India a una edad promedio de 27 años; en Norteamérica y Nueva Zelanda, a los 64 ó 67. Si ustedes fueran conscientes de la pobreza que hay en la India, este estado de cosas no continuaría.

Además, el interlocutor quiere saber por qué hablo. Se lo diré. Para poder alimentar a los pobres, ustedes deben tener una revolución completa; no una revolución superficial de la izquierda o de la derecha, sino una revolución radical, y ésta es posible únicamente cuando han cesado las ideas. Una revolución basada en una idea no es una revolución, porque una idea es tan sólo la reacción a un condicionamiento particular, y la acción basada en un condicionamiento, no produce cambio fundamental alguno. Hablo, pues, de producir no un mero cambio superficial, sino un cambio fundamental. No es una cuestión de inventar nuevas ideas. Sólo cuando ustedes y yo estamos libres de ideas, ya sean de izquierda o de derecha, podemos producir una revolución radical internamente y, por lo tanto, externamente. Entonces no hay problemas de ricos y pobres. Entonces hay dignidad humana, el derecho al trabajo, oportunidades y felicidad para cada uno. Entonces no existe el hombre que, por poseer demasiado, tiene que alimentar a los que tienen demasiado poco. No hay diferencias de clase.

Esto no es una mera idea; no es una utopía. Es una realidad cuando tiene lugar internamente esta revolución radical, cuando hay una transformación radical en cada uno de nosotros. Entonces no habrá clases ni nacionalidades ni guerras ni separatismo destructivo, y eso puede ocurrir únicamente cuando hay amor en nuestro corazón. Sólo así, cuando hay amor, y no de otro modo, puede llegar una verdadera revolución. El amor es la única llama sin humo; pero, desafortunadamente, hemos llenado nuestros corazones con las cosas de la mente y, en consecuencia, nuestros corazones están vacíos y nuestras mentes están llenas. Cuando uno llena de pensamientos el corazón, el amor es tan sólo una idea. El amor *no* es una idea, pero si uno piensa acerca del amor, eso no es amor, es una mera proyección del pensamiento. Para que la mente se purifique, tiene que haber plenitud del corazón, pero el corazón, antes de que pueda llenarse, debe vaciarse de la mente, y eso es una revolución tremenda. Todas las otras revoluciones no son sino la continuación de un estado que se modifica.

Señores, cuando ustedes aman a alguien —no del modo como amamos a las personas, que sólo es pensar en ellas—, cuando aman a la gente de manera completa, total, entonces no hay ricos ni pobres, entonces no son ustedes conscientes de sí mismos. Existe esa llama en la que no hay humo de celos, envidia, codicia, sensación. Sólo una revolución así puede alimentar al mundo, y eso es cosa de ustedes, no mía. Pero casi todos nos hemos acostumbrado a escu-

char discursos, porque vivimos a base de palabras. Las palabras se han vuelto tan importantes porque somos lectores de periódicos; escuchamos habitualmente los discursos políticos, que están llenos de palabras sin mucho sentido. Estamos alimentados, pues, de palabras, sobrevivimos a base de palabras; y la mayoría de ustedes escucha estas pláticas tan sólo en el nivel verbal. Por lo tanto, no hay en ustedes una verdadera revolución. Pero les corresponde a ustedes producir esa revolución, no la revolución sangrienta —la cual es una continuidad modificada que llamamos impropiamente revolución—, sino una revolución que surge cuando la mente ya no llena más el corazón, cuando el pensamiento ya no ocupa más el lugar del afecto, de la compasión. Pero uno no puede tener amor cuando lo que predomina es la mente.

Muy pocos de ustedes son cultos; son tan sólo personas que han leído y viven de acuerdo con lo que aprendieron. Semejante conocimiento no origina revolución ni transformación alguna. Lo que da origen a la transformación es comprender los conflictos de cada día, las relaciones diarias. Cuando el corazón se vacía de las cosas de la mente, sólo entonces, adviene esa llama de la realidad. Pero uno debe ser capaz de recibirla y, para recibirla, no ha de tener conclusión alguna basada en el conocimiento y la decisión personal. Una mente así, siendo pacífica, no estando atada a ideas, tiene la capacidad de recibir aquello que es infinito; debido a eso, puede crear una revolución, no tan sólo para alimentar a los pobres o para darles empleo o para otorgar poder a quienes no lo tienen, sino para crear un mundo diferente con valores diferentes, un mundo no basado en la satisfacción monetaria.

De modo que las palabras no alimentan a los hambrientos. Para mí, las palabras carecen de importancia; uso las palabras simplemente como un medio de comunicación. Podemos usar cualquier palabra en tanto nos comprendamos el uno al otro; y yo no les entrego ideas, no los alimento con palabras. Hablo a fin de que puedan ver claramente por sí mismos lo que son y, desde esa percepción propia, puedan actuar de una manera clara y con un propósito definido. Sólo entonces es posible una acción cooperativa. Hablar meramente para entretenernos carece de valor, pero es esencial hablar para comprendernos a nosotros mismos y, de este modo, originar una transformación.

*Pregunta: En sus pláticas de 1944, le formularon la siguiente pregunta: "Usted está en una situación afortunada. Todas sus necesidades son satisfechas. Nosotros tenemos que ganar dinero, para nosotros mismos, para nuestras esposas y nuestras familias. Tenemos que prestar atención al mundo. ¿Cómo puede usted entendernos y ayudarnos?". Ésa es la pregunta.*

KRISHNAMURTI: Traté de responder a esa pregunta; no la evadí, pero tal vez la expresé de un modo que al interlocutor le parece evasivo. La vida no es una cosa que pueda arreglarse con un "sí" o un "no"; la vida es complicada, no tiene tal conclusión permanente. Es como cuando ustedes quieren saber si hay

o no hay reencarnación. Tenemos que investigar eso. Al discutirlo, ustedes piensan que eludo la cuestión, porque tienen la mente fija en una sola cosa: que "hay" o que "no hay". Desde el punto de vista de ustedes eso es, obviamente, una evasión, pero si lo examinan un poco más claramente, verán que no lo es.

Ahora bien, el interlocutor quiere saber, puesto que mis necesidades son provistas por otros, cómo puedo entender a aquellos que luchan con la vida a fin de abastecer a sus familias y a sí mismos. ¿Qué implica esta pregunta? Que uno es un privilegiado y ustedes no lo son, y ¿cómo puede la clase privilegiada comprender a los no privilegiados? Ésa es la pregunta, entonces: ¿Puede la persona privilegiada comprender a las no privilegiadas?

En primer lugar, ¿soy un privilegiado? Lo soy únicamente si acepto posición, autoridad, poder, el prestigio de afirmarme siendo "alguien" —cosa que jamás he hecho, porque ser "alguien" es altamente inmoral, carente de ética y de espiritualidad—. El ser "alguien" niega la realidad, y sólo aquel que es "alguien" es un privilegiado. Explota y rechaza, pero yo no estoy en esa posición. Voy de un sitio a otro hablando, y por eso se me paga, tal como a ustedes les pagan por su trabajo, y se me trata exactamente en ese nivel. Mis necesidades no son muy grandes, porque yo no creo en las grandes necesidades. Un hombre que carga con muchas posesiones es irreflexivo, pero aquel que evita las posesiones, o el que se identifica con unas pocas posesiones, son igualmente irreflexivos. Me gano, pues, la subsistencia como ustedes se ganan la suya. Hablo. Me piden que vaya a diferentes lugares del mundo. Los que me piden que vaya, pagan por ello. Si no lo piden, si no hablo, está perfectamente bien. Para mí, el hablar no es un instrumento de autoexpresión o de explotación. No encuentro satisfacción en ello, no lo utilizo como un medio para explotarlos o para obtener dinero de ustedes, porque no deseo que hagan beneficencia alguna, que crean en esto o en aquello. Hablo simplemente para ayudarlos a que vean lo que son, para que tengan claridad interna. Porque en la claridad hay dicha, en la comprensión hay esclarecimiento. Hay felicidad en discutir las cosas juntos, porque en esa discusión podemos vernos tal como somos. Esta relación puede actuar como un espejo, porque toda relación *es* un espejo en el que ustedes y yo nos descubrimos a nosotros mismos.

Pero el interlocutor desea saber cómo puedo yo entender y ayudar a aquellos que están ganando dinero para poder mantener a sus familias. En otras palabras, él dice: "Usted no tiene una familia. No tiene que pasar por la rutina diaria de la escuela, por los insultos de los chicos. No está en una situación de ser provocado por la esposa. ¿Cómo puede, pues, comprenderme a mí, que tengo que tropezar con este horror todos los días?"

Quizá yo comprenda, porque eso es muy simple, y puede ser que ustedes no comprendan. Puede ser que no se enfrenten a la cosa tal cual es. Cuando pasan por esa agitación, por las responsabilidades, ¿de qué modo lo hacen? ¿Por qué sufren la rutina cotidiana de concurrir a la oficina? Llaman a eso responsabilidad, deber. ¿Por qué soportan las cosas desagradables de la vida?

¿Por qué toleran a la esposa y a los hijos, y por qué los aman, si es que los aman?

Señor, considérelo cuidadosamente por sí mismo. No me conteste. No se ría de ello. Una de las maneras más fáciles de ignorar algo es tomarlo a broma. Aparentemente, su mujer y sus hijos son tan sólo un deber, una responsabilidad; por eso encuentra que la vida es hueca y fastidiosa. Y yo le pregunto: ¿Por qué tolera todo eso? Usted dice: "No puedo evitarlo. Es imposible escapar de ello. Me gustaría liberarme, pero la sociedad condenaría mi acción. ¿Qué les ocurriría a mis hijos, a mi esposa?". En consecuencia, usted dice que es su karma, su deber, su responsabilidad, y así posterga el problema. No quiere mirar la cosa tal como es. Sólo cuando la examine sin miedo, cuando se enfrente directamente a ella, verá que tiene una relación diferente con su esposa, con su hijo. Señor, debido a que ustedes no aman a sus esposas, a sus hijos, tienen este horror que es la vida de familia.

Han convertido al sexo en un problema enorme, porque mental, emocional y moralmente, no tienen otra relación que ésa. Están atados por la religión, por la sociedad, y la única otra liberación posible para ustedes es el éxito, y como están atrapados, limitados y sujetos, se rebelan contra ello; quieren ser libres y, sin embargo, no lo son. Ésa es la contradicción; por consiguiente, luchan, lo cual resulta tremendamente ruinoso. Y, al fin y al cabo, ¿por qué tenemos que vivir en la rutina oficinesca, tener un empleo a fin de ganar dinero? Señor, ¿alguna vez ha intentado no hacer nada, renunciar a todo sin cálculo alguno? Entonces verá que la vida habrá de alimentarlo. Pero la renunciación con un cálculo, no es renunciación. La renunciación con un fin en vista, el renunciar para encontrar a Dios, es tan sólo una búsqueda de poder. No es renunciación. Para renunciar, no puede usted contar con el mañana. Pero ya lo ve, no nos atrevemos a pensar en estos términos. Somos personas respetables, tenemos mentes cultivadas. Jugamos un doble juego. No somos honestos con nosotros mismos y, por ende, no lo somos con nuestras familias, con nuestros hijos, con la sociedad. Estando internamente perplejos, inseguros, nos aferramos a las cosas externas, a la posición, a la esposa, al marido, a los hijos, quienes se convierten en un instrumento de satisfacción. Necesito que alguien esté conmigo, que me aliente —por lo general, la esposa o el marido—, de modo que uso al otro para mi propia gratificación. Todo esto no es, por cierto, muy difícil de entender. Se vuelve difícil sólo cuando uno examina meramente el lado superficial de ello. La mayoría de nosotros no desea profundizar en estas cuestiones, así que trata de eludirlas.

Señor, una persona que elude, que evita mirar *lo que es*, jamás dará con la realidad. La persona religiosa que ve directamente *lo que es*, no busca la realidad fuera de ello. La realidad se encuentra en la relación que tengo con mi esposa y mis hijos, en mi manera de ganar dinero; no se encuentra en otra parte. Uno no puede ganar dinero utilizando malos medios; debe tener rectos medios de subsistencia. La verdad no está alejada de eso, sino que debe ser descubierta en la acción de cada día; y debido a que eludimos todas estas co-

sas, nuestra vida es una desdicha. Es una vida vacía, sin sentido, excepto para engendrar hijos, ganarnos la vida, dominar unas cuantas palabras en sánscrito y practicar algo de *puja*. Esto es lo que llamamos existencia. Esto es lo que llamamos vivir: una cosa vacía, sin mucha significación. Señalar todo esto no es, ciertamente, eludir el problema. Para comprenderlo, ustedes y yo debemos investigarlo, es obvio. Yo no soy un gurú; porque, si ustedes me eligen como su gurú, harán de mí otro escape, y lo que elijan desde su confusión también deberá ser confuso para ustedes. La verdad es algo que ha de ser descubierto, de instante en instante, en cada movimiento de la vida; y para comprender eso, ustedes y yo debemos discutirlo, examinarlo juntos. Yo no les estoy imponiendo algo que ustedes jamás examinarán. Discutimos esto para ver nuestros problemas con claridad, con la dignidad de seres humanos, no con el deseo de rendirnos culto mutuamente.

De modo que lo importante en esta cuestión, es si yo puedo ayudarlos realmente a que se comprendan a sí mismos. Puedo hacerlo sólo si ustedes desean comprenderse; si no lo desean, el problema es simple: *no puedo ayudarlos*. Eso no es ni malo ni bueno. Simplemente, no puede hacerse. Pero si ustedes y yo queremos comprender y, por lo tanto, tenemos una relación en la que no hay temor ni servilismo, entonces ustedes mismos pueden descubrir cómo son. Eso es lo que toda relación puede hacer: ofrecer un espejo en el que uno se descubre a sí mismo. Y, cuanto más se comprende uno, más quietud y serenidad hay en la mente. En esa paz, en ese silencio, revela su existencia la realidad.

*Pregunta: ¿Cuál es el propósito de la oración?*

KRISHNAMURTI: Para responder a esta pregunta debemos investigarla plenamente, porque es un problema complejo. Veamos qué entendemos por oración, y entonces descubriremos su propósito. ¿Qué entienden ustedes por oración? ¿Cuando oran? No cuando son felices, no cuando están contentos, no cuando hay en ustedes alegría o placer. Oran sólo cuando se debaten en la confusión, cuando están en dificultades, y entonces la oración de ustedes es una súplica. Un hombre en dificultades acude a la oración, lo cual quiere decir que implora, que necesita ayuda. Suplica, pide ser consolado. (*Risas*). No hay nada de qué reírse. Así pues, el hombre que está contento, que se siente feliz, que ve muy claramente y comprende la realidad en la acción de cada día, un hombre así no necesita de la oración. Nosotros no oramos cuando somos dichosos, no oramos cuando hay deleite en nuestro corazón. Oramos sólo cuando estamos confusos, y nuestra oración no es sino una súplica mendicante, una demanda de ayuda, de consuelo, de alivio. ¿No es así? En otras palabras, están confusos y desean que un agente externo los saque de esa confusión. Quieren que alguien los ayude, y cuando más actúa el elemento psicológico en el problema que les preocupa, tanto más apremiante es la exigencia de ayuda externa. Entonces, o le rezan a Dios, o si son personas modernas, acuden a un

psicólogo; o, a fin de escapar de esa confusión, repiten un montón de palabras.

Asisten a diversas reuniones dedicadas a la oración, donde se los pastorea en conjunto y se les induce cierto estado de hipnosis. Y ustedes piensan que tienen la respuesta. Éstos son todos hechos reales. No estoy inventando; sólo muestro las implicaciones de lo que ustedes entienden por oración. Tal como recurrimos a un médico cuando sufrimos un dolor físico, así, cuando padecemos una confusión psicológica, escapamos hacia el hipnotismo colectivo o hacia la súplica de ayuda a un agente externo. Eso es lo que hacemos, ¿no es cierto? Pienso en voz alta por ustedes, es todo; no les estoy imponiendo nada. Nuestra oración no va dirigida, pues, a la verdad, sino a un agente externo al que llamamos guía, gurú o Dios. Es decir, cuando sufrimos, cuando nos hallamos psicológicamente en conflicto, recurrimos a alguien. Es el instinto natural en un niño recurrir a sus padres por ayuda. Cuando no comprendo mis relaciones con la gente, cuando estoy confuso, llamo a alguien para que me ayude; es un instinto natural, ¿verdad?

Ahora bien, ¿puede un agente externo ayudarme? No es que no haya agente externo —examinaremos eso en otra oportunidad—, pero ¿puede un agente externo ayudarme cuando tengo un problema, cuando me debato en un conflicto, en una confusión que yo mismo he generado? He generado el conflicto en mi relación con la sociedad. He hecho algo que origina conflicto. Soy, sin duda, el responsable por esa confusión, no lo es otra persona; y hasta que comprenda eso, ¿qué valor tiene que recurra a un agente externo? El agente externo puede ayudarme a salir de esa confusión, puede ayudarme a escapar de ella, pero en tanto no comprenda lo que me perturba, crearé otra confusión. Eso es lo que hacemos: creamos una confusión, encontramos un modo de salir de ella, y nos sumergimos en otra confusión. Por lo tanto, hasta que yo comprenda al hacedor de la confusión, que soy yo mismo, hasta que aclare por mí mismo esa confusión, muy poco valor tiene que recurra a un agente externo. Sé que esto no les gustará, que lo resistirán, porque no quieren mirar las cosas y verlas tal como son; pero es indudable que, a fin de comprender la causa de la confusión, debo mirarme claramente. Bien, ése es uno de los hechos.

Luego, conocemos el modo simple de eludir *lo que es*, mediante el recurso de negarlo. O lo encubrimos mediante una repetición de palabras, o escapamos de ello acudiendo a una reunión donde se practica la oración en masa. Conocemos estos diversos recursos. Ustedes van a un templo y repiten un montón de palabras; continúan repitiéndolas y piensan que están transformados. Tienen una respuesta, han arribado a una conclusión. Eso es tan sólo una manera de eludir el problema; no lo han mirado, no lo han considerado. ¿Qué ocurre cuando rezan? ¿Qué hacen cuando rezan? Repiten ciertas palabras, ciertas frases. ¿Qué efecto ejerce sobre la mente la repetición constante de ciertas oraciones? Mediante la repetición de frases la mente se aquieta. No está quieta, sino que ha sido aquietada. Hay diferencia entre una mente quieta y una mente que ha sido aquietada. La mente aquietada mediante la repetición ha sido hipnotizada, forzada al silencio. Ahora bien, ¿qué ocurre cuando el silencio de la

mente se origina en la hipnosis, cuando la mente es aquietada de un modo artificial? ¿Han reflexionado sobre eso? Examínenlo y verán adónde conduce. Tienen que prestar un poco de atención, que experimentar consigo mismos y no dejarse distraer por las personas que entran y salen. Aquéllos de ustedes que están interesados, siéntense cerca.

Y bien, ¿qué le ocurre a una mente que es aquietada? O sea, uno tiene un problema y desea encontrar una respuesta. En consecuencia, reza, repite ciertas frases y, gracias a eso, aquieta la mente. ¿Qué relación hay entre esa mente hipnotizada y el problema? Por favor, sigan un poco esto. Ustedes desean encontrar una respuesta al problema y, por lo tanto, usan, cantan ciertas palabras a fin de aquietar la mente; es decir, desean una respuesta satisfactoria al problema, una respuesta que los gratifique, no una respuesta que pueda contradecirlos. Así pues, cuando rezan y aquietan la mente por medio de palabras, están buscando una respuesta que sea satisfactoria. Ya han concebido la respuesta que deberá ser satisfactoria; por consiguiente, la encontrarán.

Señor, tenga la bondad de ver la importancia de esto. Usted mismo crea aquello que anhela, aquietando la mente, embotándola; forzando a la mente para que rece, ya ha establecido lo que usted desea: una respuesta que deberá ser completamente satisfactoria, apaciguadora. Por lo tanto, la mente que busca, mediante la oración, una respuesta al problema, encontrará la respuesta que la satisfaga. En consecuencia, ustedes dicen que esa respuesta ya determinada, proviene de Dios. Por eso, los líderes políticos afirman, a voz en cuello, que ellos representan a Dios, que Dios les ha hablado directamente; debido a que se han identificado con el país, obtienen una respuesta satisfactoria.

¿Qué le ocurre, pues, a una mente que, reacia a comprender el problema, busca la respuesta de un agente externo? Consciente o inconscientemente, obtiene una respuesta satisfactoria; de otro modo, rechazaría la respuesta. Es decir, aquellos que rezan están buscando satisfacción y, por ende, son incapaces de comprender el problema en sí. Cuando la mente se aquieta por obra de la oración, el inconsciente, que es el residuo de sus propias conclusiones satisfactorias, se proyecta dentro de la mente consciente y, por lo tanto, la oración es respondida. Así, cuando rezamos, estamos buscando un escape, buscamos la felicidad, y el agente externo que nos responde es nuestra propia gratificación, nuestra consciente o inconsciente identificación con el deseo particular que queremos satisfacer.

Tengo, pues, un problema. No deseo escapar de él, no deseo una respuesta ni una conclusión. Quiero comprenderlo, porque tan pronto comprendo algo, estoy libre de ello. ¿Necesito, pues, pasar por el proceso de autohipnotizarme a fin de comprender? ¿O de ser hipnotizado por las palabras forzando así quietud en la mente? Por cierto que no. Cuando tengo un problema, quiero comprenderlo. La comprensión puede llegar sólo cuando la mente ya no juzga más el problema, o sea, cuando puede mirarlo sin condena ni justificación alguna. Entonces la mente está quieta, no aquietada; y cuando la mente esté quieta, uno verá que el problema se expone a sí mismo. Si no condeno, si no trato de

encontrar una respuesta, la mente está quieta; en esa quietud, el problema revela su propia respuesta, no una que me satisfaga. Por consiguiente, la verdad del problema surge del problema mismo, pero uno no puede ver la verdad del problema si lo aborda con una conclusión, una oración, una súplica, que se interponen entre uno mismo y el problema.

Así pues, el hombre que quiera comprender cualquier problema, podrá comprenderlo sólo cuando la mente esté quieta, sin tomar partido. Cuando ustedes quieren comprender el problema del desempleo, de la desdicha humana, no pueden tomar partido. Pero sus políticos quieren que tomen partido. Si ustedes quieren comprender el problema, no puede haber facciones, porque el problema no es un asunto de opinión, no requiere una ideología. Exige que lo miren claramente a fin de comprender su contenido, y no pueden comprender el contenido de un problema si entre ustedes y el problema se interpone la pantalla de una ideología. De igual modo, la oración sin conocimiento propio nos conduce a la ignorancia, a la ilusión. El conocimiento propio es meditación, y no hay meditación posible sin conocimiento propio. La meditación no consiste en fijar la mente en algún objeto; meditar es comprender *lo que es* en la relación. Entonces la mente no necesita que la fuercen a aquietarse, porque es extremadamente sensible y, por lo tanto, altamente receptiva. Pero el disciplinar la mente para aquietarla, destruye la receptividad.

Quizá volvamos a discutir esto el próximo domingo. Para comprender un problema, debo comprender al creador del problema, que soy yo mismo. El problema no está separado de mí. Es, por lo tanto, de suma importancia que me comprenda a mí mismo; y, para comprenderme a mí mismo, no puedo apartarme de la relación, porque la relación es un espejo en el cual puedo verme. La relación es acción, no una acción abstracta, sino la acción cotidiana: mis reyertas, mi ira, mi pena. Y, a medida que comprendo todo eso en relación conmigo mismo, adviene en la mente un estado de serenidad, de quietud. En esa quietud hay libertad. Y la verdad puede percibirse únicamente cuando existe esa libertad.

*27 de noviembre de 1949*

## TERCERA PLÁTICA EN RAJAHMUNDRY

Habrá una discusión mañana temprano, a las 7.45, y también el martes a la misma hora; pero no habrá plática el próximo domingo. Ésta es la última plática.

He dicho que hay un arte de escuchar, y quizá pueda examinar eso un poco más, porque pienso que es esencial escuchar apropiadamente. Por lo general, oímos lo que queremos oír, y excluimos todo cuanto nos perturba. Hacemos oídos sordos a cualquier idea perturbadora y, especialmente en cuestio-

nes que son profundas, religiosas, que tienen significación en la vida, somos propensos a escucharlas muy superficialmente. Si algo oímos, es tan sólo las palabras, no el contenido de las palabras, porque la mayoría de nosotros no desea ser perturbada. Casi todos queremos continuar en nuestros viejos hábitos, porque alterarlos para dar origen a un cambio, implica perturbación: perturbación en nuestra vida cotidiana, perturbación en nuestra familia, perturbación entre marido y esposa, entre nosotros mismos y la sociedad. Como la mayoría es renuente a ser perturbada, prefiere seguir el camino fácil de la existencia; y, aparentemente, importa muy poco si ello conduce a la desdicha, a la confusión y al conflicto. Todo cuanto queremos es una vida cómoda, sin demasiadas dificultades, sin demasiadas perturbaciones, sin demasiada reflexión; por eso, cuando escuchamos, en realidad no escuchamos nada.

Casi todos tenemos miedo de escuchar profundamente, pero sólo cuando escuchamos de este modo, cuando los sonidos penetran a gran profundidad, se torna posible un cambio fundamental, radical. Un cambio así es imposible si escuchamos superficialmente; así pues, si puedo sugerirlo, al menos durante esta tarde traten, por favor, de escuchar sin ninguna resistencia, sin ningún prejuicio; simplemente escuchen. No hagan un esfuerzo tremendo para comprender, ya que la comprensión no llega por medio del esfuerzo, de la lucha. La comprensión llega repentinamente, inadvertidamente, cuando el esfuerzo es pasivo; sólo cuando el hacedor del esfuerzo está en silencio, llega realmente a nosotros la ola de la comprensión. Si me permiten sugerirlo, pues, escuchen como si escucharan el agua que fluye junto a ustedes. No lo están imaginando, no hacen un esfuerzo para escuchar; sólo escuchan. Entonces el sonido comunica su propio significado, y esa comprensión es mucho más profunda, más grande y más duradera que la mera comprensión de las palabras, la cual es un producto del esfuerzo intelectual. La comprensión de las palabras, llamada comprensión intelectual, es totalmente vacía. Uno dice: "comprendo intelectualmente, pero no puedo ponerlo en práctica", y eso implica, en realidad, que uno *no* comprende. Cuando comprende, comprende el contenido. No existe la comprensión intelectual; ésta es nada más que verbal. Oír las palabras no es comprender su contenido. La palabra no es la cosa. La palabra no es la comprensión. La comprensión llega cuando la mente ha dejado de hacer esfuerzos, o sea, cuando no erige resistencia alguna, cuando no prejuzga sino que escucha libremente, plenamente. Y eso es lo que procuraremos hacer esta tarde, porque entonces en el escuchar hay un gran deleite; es como escuchar un poema, un canto, o contemplar el movimiento de un árbol. Entonces, esa observación misma, ese escuchar, otorga un significado inmenso a la existencia.

La religión es, sin duda, el descubrimiento de la realidad. La religión no es creencia. La religión no es la búsqueda de la verdad. La búsqueda de la verdad es meramente la realización de una creencia. La religión es comprensión respecto del pensador, porque lo que el pensador es, eso crea. Sin comprender el proceso del pensador y el pensamiento, el limitarse a quedar atrapados en un dogma no es, por cierto, descubrir la belleza de la vida, de la

existencia, de la verdad. Si uno busca la verdad, es porque ya conoce la verdad. Si sale en busca de algo, eso implica que lo ha perdido, lo cual quiere decir que ya sabe lo que es. Lo que uno conoce es la creencia, y la creencia no es la verdad. Ninguna creencia, ninguna tradición, ninguna de las ceremonias religiosas en las que hay tantos preconceptos de la verdad, conducen hacia la religión. Tampoco es religión la creencia, el Dios del hombre irreligioso, del creyente que no cree.

Religión es, ciertamente, permitir a la verdad que se revele, sea lo que fuere esa verdad —no la verdad que uno anhela, porque entonces eso no es sino la satisfacción de un deseo en particular al que llamamos creencia—. Es necesario, pues, tener una mente capaz de recibir la verdad, sea ésta lo que fuere, y una mente así es posible sólo cuando escuchamos de manera pasiva. La percepción alerta y pasiva surge cuando no hay esfuerzo, represión ni sublimación, porque, al fin y al cabo, para recibir tiene que haber una mente no abrumada por las opiniones ni ocupada con su propio parloteo. A partir de una opinión o una creencia, la mente puede proyectar una idea o una imagen de Dios; pero eso es una proyección de ella misma, de su propio parloteo, un producto de su propia fabricación; por lo tanto, no es real. Lo real no puede ser proyectado ni invitado, sino que puede manifestarse sólo cuando la mente, el pensador, se comprende a sí mismo. Sin comprender el pensamiento y el pensador, no hay posibilidad alguna de recibir la verdad, porque el hacedor del esfuerzo es el pensamiento, y éste es el pensador. Sin pensamiento no hay pensador; y el pensador, buscando mayor seguridad, se refugia en una idea que él llama Dios, religión. Pero eso no es religión, es tan sólo una extensión de su propia condición egoísta, una proyección de sí mismo. Es una virtud proyectada, una respetabilidad proyectada, la cual no puede recibir aquello que es la verdad. La mayoría de nosotros es respetable en el sentido político, económico o religioso. Queremos ser "algo", aquí o en otro mundo. El deseo de existir en otro mundo en una forma diferente, sigue siendo autoproyección, adoración de uno mismo; y una proyección semejante no es, por cierto, religión. La religión es algo mucho más amplio, mucho más profundo que las proyecciones del "yo"; y, a fin de cuentas, la creencia de ustedes es una proyección. Sus ideales, ya sean nacionales o religiosos, son autoproyecciones, y el seguir tales proyecciones implica, obviamente, satisfacer el "yo" y, por lo tanto, encerrar a la mente dentro de una creencia; de modo que eso no es real.

La realidad se manifiesta tan sólo cuando la mente está quieta, no cuando ha sido aquietada. En consecuencia, no debemos disciplinar la mente para que se aquiete. Cuando nos disciplinamos, eso es tan sólo el deseo proyectado de hallarnos en un estado particular. Un estado así no es el estado de pasividad. La religión es comprensión del pensador y el pensamiento, y eso implica comprender nuestro modo de actuar, de conducirnos en la relación. Eso es religión, no así el rendir culto a alguna idea, por satisfactoria, por tradicional que pueda ser y sea quien fuere el que la haya expresado. Religión es comprender la belleza, la profundidad, el significado amplio, exten-

so que tienen nuestras acciones en la relación. Porque, después de todo, la vida es relación; ser es estar relacionado; de lo contrario, no existimos. Uno no puede vivir en aislamiento. Está relacionado con sus amigos, con su familia, con aquéllos con quienes trabaja. Aun cuando se retire a una montaña, está relacionado con el hombre que le trae la comida; está relacionado con una idea que uno mismo ha proyectado.

La existencia implica *ser*, y ser es relación; si no comprendemos esa relación, no comprendemos la realidad. Pero, debido a que la relación es penosa, perturbadora, constantemente cambiante en sus exigencias, escapamos de ella hacia lo que llamamos Dios, y creemos que eso es ir en persecución de la realidad. El perseguidor no puede perseguir lo real; sólo puede perseguir su propio ideal, que es autoproyectado. Así, pues, la verdadera religión la constituyen sólo nuestra relación y la comprensión que tenemos de ella; ninguna otra cosa, porque en esa relación está contenido todo el significado de la existencia. En la relación, ya sea con las personas, con la naturaleza, con los árboles, con las estrellas, con las ideas, con el Estado, está el descubrimiento total del pensador y el pensamiento —que es el hombre, que es la mente—. El "yo" surge a la existencia a través del foco donde se concentra el conflicto; la concentración del conflicto otorga autoconciencia a la mente. De lo contrario, no hay "yo", y aunque ustedes puedan situar ese "yo" en un nivel elevado, sigue siendo el "yo" de la gratificación.

Por lo tanto, el hombre que quiera recibir la realidad —no buscar la realidad—, que quiera oír la voz de lo eterno, sea lo que fuere eso eterno, debe comprender la relación; porque en la relación hay conflicto, y ese conflicto impide que lo real se manifieste. Es decir, en el conflicto hay fijación de la autoconciencia, que procura evadir el conflicto, escapar de él. Pero cuando la mente comprende el conflicto, es capaz de recibir lo real. Así que, sin comprender la relación, la búsqueda de lo real es la búsqueda de un escape, ¿no es así? ¿Por qué no afrontar eso? Sin comprender *lo que es*, ¿cómo puede uno ir más allá? Podrá cerrar los ojos, podrá escapar a los santuarios y adorar imágenes vacías; pero la adoración, la devoción, el *puja*, la ofrenda de flores, los sacrificios, los ideales, las creencias, todo eso carece de sentido si no se comprende el conflicto en la relación. De modo que comprender el conflicto en la relación es, como ninguna otra cosa, de primordial importancia, porque en ese conflicto descubrimos todo el proceso de la mente. Si no se conocen a sí mismos tal como son, no como teóricamente suponen ser: Dios encerrado en la materia, o la teoría que fuere, sino como son de hecho en el conflicto de la existencia diaria, económica, social e ideológica, sin comprender ese conflicto, ¿cómo pueden ir más allá y descubrir algo? La búsqueda del más allá no es sino un modo de escapar de *lo que es*, y si desean escapar, entonces la religión o Dios constituye un escape tan bueno como la bebida. No objeten este poner a la bebida y a Dios en el mismo nivel; todos los escapes están en el mismo nivel, ya sea que escapen a través de la bebida, del *puja* o de lo que fuere.

Así pues, como decíamos, la comprensión del conflicto en la relación es,

como ninguna otra cosa, de primordial importancia, porque desde ese conflicto creamos el mundo en el que vivimos todos los días: la desdicha, la pobreza, la fealdad de la existencia. La relación es la respuesta al movimiento de la vida. O sea, la vida es un reto constante y, cuando la respuesta es insuficiente, hay conflicto; pero, si respondemos al reto de manera inmediata, verdadera y adecuada, ello trae consigo un estado de plenitud. En esa respuesta adecuada al reto, hay cesación del conflicto. Por lo tanto, es importante que me comprenda a mí mismo, no en abstracto, sino de hecho, en la existencia de todos los días. Tiene máxima importancia lo que somos en la vida cotidiana; no lo que pensamos al respecto o las ideas que sobre ello tenemos, sino el modo como nos comportamos, con nuestra esposa, con nuestro marido, con nuestros hijos, con nuestros empleados. Porque, a base de lo que somos, creamos el mundo. La conducta no es un ideal que nos proponemos. No existe la conducta ideal. La conducta es lo que somos de instante en instante, la manera como nos comportamos de instante en instante. El ideal es un escape respecto de lo que somos. ¿Cómo podemos ir lejos cuando no sabemos qué hay cerca de nosotros, cuando no tenemos conciencia de nuestra propia esposa? Ciertamente, para ir lejos tenemos que empezar cerca; sin embargo, nuestros ojos están fijos en el horizonte, al que llamamos religión, y tenemos toda la parafernalia de la creencia para ayudarnos a escapar.

Lo importante, pues, no es cómo escapamos, ya que cualquier escape es tan bueno como otro —los escapes religiosos y los escapes mundanos son la misma cosa—, y los escapes no resuelven nuestro problema. Nuestro problema es el conflicto, no sólo el conflicto entre individuos, sino el conflicto del mundo. Vemos lo que está ocurriendo en el mundo: el conflicto creciente de la guerra, de la destrucción, de la miseria. No podemos detener eso; todo cuanto podemos hacer es cambiar nuestra relación con el mundo, no el mundo de Europa o de América, sino el mundo de nuestra esposa, nuestro marido, nuestro trabajo, nuestro hogar. Allí podemos generar un cambio, y ese cambio se expande en círculos más y más amplios; pero sin este cambio fundamental no puede haber paz en la mente. Podemos sentarnos en un rincón, o leer algo que nos adormezca, cosa que la mayoría de la gente llama meditación, pero eso no es descubrir, recibir lo real.

Lo que desea la mayoría de nosotros es un escape satisfactorio; no queremos enfrentarnos a nuestros conflictos, porque son demasiado penosos. Resultan penosos sólo porque jamás miramos para ver lo que son en realidad; buscamos algo que llamamos Dios, pero nunca examinamos la causa del conflicto. Si comprendiéramos el conflicto de la existencia cotidiana, podríamos ir más allá, porque en esa comprensión radica todo el significado de la vida. Una mente que vive en conflicto es una mente destructiva, una mente que se desgasta, y los que se hallan en conflicto jamás pueden comprender; pero el conflicto no es acallado por ningún tipo de sanciones, creencias o disciplinas, porque es el conflicto en sí lo que debe ser comprendido. Nuestro problema está en la relación, que es la vida; y la religión es la comprensión de esa vida,

comprensión que da origen a un estado en el que la mente está quieta. Una mente así es capaz de recibir lo real. Eso, después de todo, es religión, no las hebras sagradas de ustedes, sus *pujas*, su repetición de palabras, frases y ceremonias. Por cierto, nada de eso es religión; son todas divisiones. Pero una mente que comprende la relación, no tiene división alguna. La creencia de que la vida es una, no es sino una idea y, por ende, carece de valor; pero, para un hombre que comprende la relación no existen "el de afuera" y "el de adentro", ni el extraño ni el íntimo. La relación es el proceso de comprendernos a nosotros mismos, y comprendernos a nosotros mismos de instante en instante en la vida cotidiana, es conocimiento propio. El conocimiento propio no es una religión, un objetivo final. No hay tal cosa como un objetivo final. La hay para el hombre que desea escapar, pero el movimiento de comprender la relación —en el que hay conocimiento propio en revelación constante— es inconmensurable.

Así pues, el conocimiento propio no es el conocimiento del "yo" situado en algún nivel elevado; es de instante en instante y con respecto a la conducta diaria, que es acción, que es relación; sin ese conocimiento propio no hay recto pensar. Si no sabemos lo que somos, no tenemos base para el recto pensar. Y no podemos conocernos a nosotros mismos ideológicamente, en abstracto. Sólo podemos hacerlo en la relación de nuestra vida cotidiana. ¿Acaso no saben que están en conflicto? ¿De qué sirve escapar de él, eludirlo, como un hombre que, teniendo un veneno en su sistema orgánico, no lo rechaza y, en consecuencia, va muriendo poco a poco? El conocimiento propio es, por lo tanto, el principio de la sabiduría, y sin él no podemos ir lejos; buscar el absoluto, Dios, la verdad, o lo que fuere, es tan sólo ir en pos de una gratificación autoproyectada. Deben, pues, comenzar cerca y examinar cada palabra que pronuncian, examinar cada gesto, su manera de hablar, de actuar, de comer... darse cuenta de todo sin condenarlo. Entonces, en esa percepción alerta, conocerán ustedes lo que realmente es y la transformación de *lo que es*, lo cual constituye el principio de la liberación. La liberación no es un fin. Tiene lugar, de instante en instante, en la comprensión de *lo que es*, cuando la mente es libre, no cuando la forzamos a que sea libre. Sólo una mente libre puede descubrir, no así la mente moldeada por una creencia o formada de acuerdo con una hipótesis. Una mente semejante no puede descubrir. La libertad es imposible cuando hay conflicto, porque el conflicto es la fijación del "yo" en la relación.

Me han hecho llegar muchas preguntas y, naturalmente, no puedo contestarlas todas. Por eso hemos escogido algunas que parecen ser representativas, y si la pregunta de ustedes no es respondida, no sientan que ha sido pasada por alto. Al fin y al cabo, todos los problemas están relacionados, y si puedo comprender íntegramente un problema, comprendo todos los problemas que se relacionan con él. Escuchen, pues, estas preguntas, tal como escucharían la plática, porque las preguntas son un reto, y sólo respondiendo a ellas adecuadamente, encontramos los problemas resueltos. Son un reto, tanto para ustedes como para mí; por lo tanto, examinémoslas juntos y respondamos a ellas plenamente.

*Pregunta: ¿Qué es una educación correcta? Como maestros y como padres, estamos confundidos.*

KRISHNAMURTI: Y bien, ¿cómo vamos a encontrar la verdad en esta cuestión? Es obvio que limitarnos a forzar la mente dentro de un sistema, de un molde, no es educación. Para descubrir, pues, qué es la educación correcta, debemos averiguar qué entendemos por "educación". Educación no es, por cierto, aprender cuál es el propósito de la vida, sino comprender el sentido, el significado, el proceso de la existencia; porque si uno dice que la vida tiene un propósito, ese propósito es autoproyectado. Para descubrir qué es la educación correcta, primero debemos investigar todo el significado de la vida, del vivir. ¿En qué consiste la educación actual? En aprender a ganar unas cuantas rupias, adquirir un oficio, llegar a ser ingeniero, sociólogo, aprender el modo de matar a la gente, o de leer un poema. Si dicen que la educación es hacer que una persona sea eficiente, lo cual implica darle conocimientos tecnológicos, entonces deben entender todo el significado de la eficiencia. ¿Qué ocurre cuando una persona se vuelve más y más eficiente? Se torna cada vez más despiadada. No se rían. ¿Qué hacen ustedes en su vida cotidiana? ¿Qué está sucediendo hoy en el mundo? La educación significa el desarrollo de una técnica determinada, y eso implica eficiencia, industrialización, capacidad de trabajar más rápido y producir más y más y más, todo lo cual conduce finalmente a la guerra. ¿Cuál es, entonces, el sentido de la educación? Destruir y ser destruidos. Resultado obvio, pues, que el actual sistema educativo es completamente inútil. Por lo tanto, es esencial educar al educador.

Éstas no son declaraciones ingeniosas para que ustedes las escuchen y las tomen a risa. Porque, si el maestro no se educa, ¿qué puede él enseñar al chico, excepto los principios explotadores sobre los que él mismo ha sido educado? Casi todos ustedes han leído muchos libros. ¿En qué situación se encuentran hoy? Poseen dinero o pueden ganarlo, tienen sus placeres y sus ceremonias... y están en conflicto. Y ¿cuál es el sentido de educarse a fin de ganar unas cuantas rupias, cuando toda la existencia los conduce al infortunio y a la guerra? La verdadera educación debe empezar, pues, con el educador, el padre, el maestro; e inquirir sobre la educación correcta significa inquirir sobre la vida, sobre la existencia, ¿no es así? ¿Qué valor tiene que a uno lo eduquen como abogado, si sólo va a incrementar el conflicto y a mantener el litigio? Pero en eso hay dinero, y gracias a eso los abogados prosperan. Así pues, si quieren dar origen a una verdadera educación, es obvio que deben comprender el sentido, la significación de la existencia. Ésta no consiste tan sólo en ganar dinero, en tener tiempo libre, sino en ser capaz de pensar de manera directa, genuina —no "consecuente", porque pensar de manera consecuente es tan sólo ajustarse a un modelo de pensamiento. Un pensador consecuente es una persona irreflexiva; se limita a repetir ciertas frases y a pensar conforme a una estrecha rutina. Para descubrir qué es una educación

correcta, verdadera, tiene que haber comprensión de la existencia, o sea, comprensión de uno mismo, porque uno no puede comprender la existencia en abstracto. No puedo comprenderme a mí mismo teorizando sobre qué debería ser la educación. Por cierto, la educación correcta empieza con la comprensión correcta del educador.

Miren lo que está ocurriendo en el mundo. Los gobiernos asumen el control de la educación; es natural, ya que todos los gobiernos se están preparando para la guerra. Tanto el gobierno favorito de ustedes como el gobierno extranjero, deben inevitablemente prepararse para la guerra. Un gobierno soberano debe tener un ejército, una armada, una fuerza aérea; y, a fin de hacer que los ciudadanos sean eficientes para la guerra, a fin de prepararlos para que cumplan con sus deberes de modo completo, eficaz y despiadado, el gobierno central tiene que controlarlos. En consecuencia, para que sean despiadadamente eficientes, los educa tal como se fabrican los instrumentos mecánicos. Si ése es el propósito y el fin de la educación —destruir y ser destruidos—, entonces ésta tiene que ser cruel, despiadada; y no estoy muy seguro de que no sea eso lo que ustedes desean, ya que siguen educando a sus hijos de la misma vieja manera. La educación correcta comienza con la comprensión del educador, del maestro, quien debe estar libre de patrones establecidos de pensamiento.

La acción de educar no consiste meramente en impartir información, en saber cómo leer, cómo reunir datos y relacionarlos entre sí, sino que implica ver el significado total de la educación, del gobierno, de la situación mundial, del espíritu totalitario que se está volviendo más y más dominante en todo el mundo. Estando confusos, crean ustedes al educador, quien también está confuso, y mediante la así llamada educación, confieren el poder de destruir al gobierno extranjero. Por lo tanto, antes de preguntar qué es la correcta educación, deben comprenderse a sí mismos, y verán que eso no lleva mucho tiempo si están interesados en descubrir. Señor, si uno no se comprende a sí mismo como educador, ¿de qué modo puede dar origen a una clase nueva de educación? En consecuencia, volvemos a la eterna cuestión, que es *uno mismo*, y ése es un punto que ustedes desean eludir; quieren que la responsabilidad recaiga sobre el maestro, sobre el gobierno. El gobierno es lo que son ustedes, el mundo es lo que son ustedes; y si no se comprenden a sí mismos, ¿cómo puede haber una educación correcta?

*Pregunta: ¿Qué entiende usted por vivir de instante en instante?*

KRISHNAMURTI: Una cosa que continúa jamás puede ser nueva. Sólo examinen eso y lo verán, no es un problema complicado. Ciertamente, si puedo completar cada día y no transferir mis preocupaciones, mis tribulaciones, al día siguiente, entonces puedo enfrentarme de un modo nuevo al mañana. Afrontar el reto de un modo nuevo es creación, y no puede haber creación sin terminación. Es decir, uno se enfrenta a lo nuevo, con lo viejo; por lo tanto, para enfrentarse a lo nuevo, tiene que haber una terminación para lo viejo. La

terminación debe darse a cada instante, de modo tal que cada instante sea un instante nuevo. Eso no es imaginación o complacencia poética. Si lo intentan, descubrirán qué ocurre. Pero, ya lo ven, lo que deseamos es continuar, deseamos que haya continuación de instante en instante, de día en día, porque pensamos que sin continuación no podemos existir.

Ahora bien, ¿puede renovarse aquello que es capaz de continuar? ¿Puede ser nuevo? Algo nuevo puede existir solamente cuando hay una terminación. Nuestro pensamiento es continuo. El pensamiento es producto del pasado, se basa en el pasado; es una continuación del pasado que, en conjunción con el presente, crea y modifica el futuro. Pero el pasado, que atraviesa el presente hacia el futuro, sigue siendo continuidad. No hay una ruptura. Sólo cuando hay ruptura de la continuidad, podemos ver algo nuevo. Continuar meramente el pasado, que se modifica por acción del presente, es no percibir lo nuevo. Por lo tanto, el pensamiento no puede percibir lo nuevo. Para que lo nuevo sea, el pensamiento debe cesar. Pero, ya ven lo que estamos haciendo: usamos el presente como un pasaje desde el pasado hacia el futuro. ¿No es eso, acaso, lo que hacemos? Para nosotros, el presente carece de importancia. No consideramos importante al pensamiento, siendo éste la acción presente, la relación presente. Creemos que lo importante es la consecuencia, el resultado del pensamiento, o sea, el futuro o el pasado.

¿No han advertido cómo las personas viejas miran hacia el pasado, y también cómo los jóvenes miran a veces hacia el pasado o hacia el futuro? Están ocupados consigo mismos en el pasado o en el futuro, pero jamás conceden su atención plena al presente. Usamos, pues, el presente como un corredor que lleva hacia otra cosa; por eso, no hay consideración, observación del presente. Para observar el presente, es preciso que el pasado llegue a su fin. Por cierto, para ver *lo que es*, no podemos mirar el presente a través del pasado. Si yo quiero comprenderlos a ustedes, debo mirarlos directamente, no debo sacar a colación mis prejuicios pasados y, a través de ellos, mirarlos. Entonces sólo estoy mirando mis prejuicios. Yo puedo mirarlos a ustedes únicamente cuando los prejuicios no existen; en consecuencia, los prejuicios deben llegar a su fin.

Para comprender, pues, *lo que es*, o sea, la acción, la relación en cada instante, tiene que haber un estado de frescura; por lo tanto, es indispensable una terminación del pasado. Y esto no es una teoría. Experimenten con ello y verán que esta terminación no es tan difícil como creen. Inténtenlo mientras escuchan y comprobarán cuán fácilmente pueden terminar por completo con el pensamiento y, así, descubrir. O sea, cuando no se los persuade, cuando se interesan en algo de manera profunda, vital, lo están mirando de un modo nuevo. El interés mismo aleja el pasado; sólo les interesa observar *lo que es* y dejar que *lo que es* les cuente su historia. Cuando ven la verdad de esto, la mente se vacía de instante en instante. Por lo tanto, lo descubre todo de nuevo, y es por eso que el conocimiento jamás puede ser nuevo. Sólo la sabiduría lo es. El conocimiento puede enseñarse en una escuela, pero no es posible enseñar la sabiduría. Una escuela de sabiduría es algo que no tiene sentido.

La sabiduría es el descubrimiento y la comprensión de *lo que es* de instante en instante, y ¿cómo puede enseñárseles a observar *lo que es*? Si se les enseña, eso es conocimiento, y entonces el conocimiento se interpone entre ustedes y el hecho. De este modo, el conocimiento es una barrera para lo nuevo, y una mente llena de conocimientos no puede comprender *lo que es*. Ustedes son personas instruidas, ¿no es así? ¿Es nueva la mente de ustedes? ¿O está llena hasta el tope con datos aprendidos de memoria? Y una mente que se vuelve más y más una mera acumulación de datos, ¿cómo puede ver algo nuevo? Para ver lo que es nuevo, la mente debe vaciarse del conocimiento pasado. Sólo en el descubrimiento de *lo que es* de instante en instante, existe la libertad que la sabiduría trae consigo. En consecuencia, la sabiduría es algo nuevo, no repetitivo, no algo que ustedes aprenden de un libro escolar, o de Shankara, del Bhagavad Gita o de Cristo.

Así pues, el conocimiento, por ser continuo, es una barrera para la comprensión de lo nuevo. Si en el escuchar introducen sus conocimientos anteriores, ¿cómo pueden comprender? Primero deben escuchar. Señor, un ingeniero tiene conocimiento acerca de fuerzas y tensiones, pero si tiene que construir un puente, primero debe estudiar la ubicación y el terreno. Debe considerarlos independientemente de la estructura que va a construir, lo cual implica que ha de mirarlos de un modo nuevo, no limitarse a copiar de un libro. Pero hay un peligro en los símiles, así que úsenlos moderadamente. Lo importante es que haya una renovación en la que pueda existir un impulso creativo, ese sentido de constante renacimiento, y eso puede surgir sólo cuando hay muerte a cada instante. Una mente así puede recibir aquello que es la verdad.

La verdad no es algo absoluto, final, lejano. Ha de ser descubierta de instante en instante, y no podemos descubrirla en un estado de continuidad. En ese estado, la libertad es imposible. Después de todo, la continuidad es memoria, y ¿cómo puede ser nueva la memoria? La memoria, que es experiencia, que es el pasado, ¿cómo puede comprender el presente? Sólo cuando el pasado es totalmente comprendido y la mente está vacía, es capaz de ver el presente en toda su significación. Pero las mentes de la mayoría de nosotros no están vacías. Están repletas de conocimientos. Y una mente así no es una mente reflexiva. Es sólo repetitiva, un fonógrafo que cambia los discos según las circunstancias. Por lo tanto, es incapaz de descubrir lo nuevo. Lo nuevo existe únicamente en la terminación, pero nosotros tenemos eso, y toda nuestra charla, nuestra acumulación de datos, no es sino una salvaguarda, un escape respecto de lo que nos atemoriza. En consecuencia, buscamos la continuidad, pero la continuidad nunca es nueva; en ella no puede haber renovación ni puede existir el vacío que nos permite recibir lo nuevo. Y la mente puede renovarse sólo cuando está vacía, no cuando está llena, un día tras otro, con nuestras preocupaciones. Cuando esa mente ha llegado a su fin, hay una creación que es intemporal.

*Pregunta: Cuanto más lo escucho, más siento la verdad de las antiguas*

*enseñanzas de Cristo, de Shankara, del Bhagavad Gita y de la Teosofía. ¿No ha leído usted, realmente, nada de eso?*

KRISHNAMURTI: Primero contestaré la segunda parte de la pregunta y después me ocuparé de la primera parte. "¿No ha leído usted, realmente, nada de eso?". No, señor, no he leído nada de eso. ¿Qué hay de malo en ello? ¿Está sorprendido, sobresaltado? ¿Para qué necesita usted leer los libros de otros, cuando está el libro de usted mismo? ¿Por qué desea leer la Biblia o a Shankara? Seguramente, porque necesita confirmación, porque quiere amoldarse. Por eso leen casi todos ustedes: para confirmarse en lo que creen o en lo que expresan, para estar seguros, a salvo, para tener certidumbre. ¿Puede uno descubrir cosa alguna teniendo certidumbre previa? Obviamente, no. Un hombre psicológicamente seguro, jamás puede descubrir. Entonces, ¿por qué leen? Puede ser que lean por mera diversión o para acumular datos; o leen para adquirir lo que llaman sabiduría, y piensan que han comprendido todo porque pueden citar a Shankara; creen que citando a Shankara han captado la plena significación de la vida. El hombre que cita es un hombre irreflexivo, porque se limita a repetir lo que alguien ha dicho. Señores, si ustedes no tuvieran libro alguno, ni el Bhagavad Gita ni Shankara, ¿qué harían? Tendrían que emprender por sí mismos el viaje en lo desconocido, tendrían que aventurarse solos. Cuando descubren algo, lo que descubren es de ustedes mismos; entonces, no necesitan ningún libro. Yo no he leído el Bhagavad Gita ni ninguno de los libros religiosos, psicológicos o filosóficos, sino que he descubierto algo, y ese descubrimiento es posible sólo en libertad, no por obra de la repetición. Ese descubrimiento es mucho más grandioso que la experiencia de otro, porque el descubrimiento no es repetición, no es copia.

Luego, está la primera parte de la pregunta. Señor, ¿por qué compara? ¿Cuál es el proceso de la comparación? ¿Por qué afirma: "Lo que usted dice se parece a lo de Shankara"? Que se parezca o no, carece de importancia. *La verdad jamás puede ser la misma; es siempre nueva.* Si es la misma, no es la verdad, porque la verdad vive de instante en instante; no puede ser hoy lo que fue ayer. Pero, ¿por qué necesita usted comparar? ¿No compara, acaso, para sentirse seguro, para sentir que no tiene que pensar, puesto que lo que yo digo es lo que dijo Shankara? Usted ha leído a Shankara y cree que ha comprendido; de modo que compara y descansa en eso, lo cual es todo muy rápido y fácil. En realidad no ha comprendido, y por eso compara. Cuando uno compara, no hay comprensión. A fin de comprender, debemos mirar directamente la cosa tal como se nos presenta, y una mente que compara es una mente perezosa, agotada; es una mente que vive en la seguridad, que se halla encerrada en la satisfacción. Una mente así no puede comprender la verdad.

La verdad es algo viviente, no estático, y una cosa viviente no es comparable; no puede ser comparada con el pasado o con el futuro. La verdad es, incomparable, de instante en instante, y para una mente que trata de compararla, medirla, juzgarla, la verdad no existe. Para una mente así sólo hay propa-

ganda, repetición; y la repetición es una mentira, no es la verdad. Uno repite porque no experimenta, y un hombre que experimenta jamás repite, porque la verdad no puede repetirse. Lo que puede repetirse es nuestra conclusión, nuestro juicio con respecto a la verdad, pero no la verdad. Por lo tanto, una mente que compara, que afirma: "Lo que usted dice es exactamente lo que dijo Shankara", una mente así tan sólo desea continuar y, por eso, está debilitada, muerta.

Señor, si usted se limita a repetir un canto, no hay un canto en su corazón y, por lo tanto, sigue al cantor. Lo que importa no es si yo he leído libros sagrados, o si lo que digo es comparable a Shankara, el Bhagavad Gita o Cristo; lo que sí importa es por qué repiten ustedes, por qué comparan. Comprendan por qué comparan, y entonces se comprenderán a sí mismos. Esa comprensión es mucho más importante que la comprensión que puedan tener de Shankara, porque ustedes son mucho más importantes que Shankara o que cualquier ideología. Sólo a través de ustedes mismos pueden descubrir la verdad. Ustedes mismos son los descubridores de la verdad, no Shankara, no el Bhagavad Gita, que son tan sólo un medio para que se hipnoticen a sí mismos, tal como lo es la lectura del periódico. Una mente capaz de recibir la verdad es una mente que no compara, porque, como hemos visto, la verdad no es comparable. Para recibir la verdad, la mente debe estar sola, y no está sola cuando se halla influenciada por Shankara o por el Buda. Por consiguiente, toda influencia, todo condicionamiento debe cesar. Sólo en ese estado, cuando todo el conocimiento ha llegado a su fin, hay una terminación y, en consecuencia, se revela, de instante en instante, la verdad única y total.

*Pregunta: ¿Qué entiende usted, exactamente, por meditación? ¿Es un proceso o es un estado?*

KRISHNAMURTI: Aunque sea yo quien habla y ustedes los que escuchan, experimentemos y descubramos juntos qué es la meditación. No voy a enseñarles cómo meditar, sino que juntos descubriremos *qué es* la meditación. Así pues, escuchen y experimenten a medida que avanzamos, porque las palabras tienen sentido sólo cuando nos movemos, cuando viajamos juntos.

¿Qué es la meditación? La meditación es comprensión respecto del meditador; el meditador es la meditación. La meditación no es exclusión, no es concentración. ¿Qué entienden ustedes por concentración? Voy a explicarlo, estamos viajando juntos. Ustedes descubren y yo descubro; lo importante es descubrir, no limitarse a seguir, a copiar. La mayoría de nosotros considera que la concentración es meditación, pero no lo es, y les mostraré por qué no lo es. La concentración significa exclusión, el enfoque en un interés para excluir otros intereses. Ustedes se concentran y resisten, de modo que la concentración implica enfocar la resistencia. Tratan de concentrarse en un cuadro, en una imagen, en una idea, y la mente se desvía hacia otros intereses; y a la resistencia que excluye los diversos intereses, la llaman meditación. Esa concentración no es, por cierto, meditación, porque en ese esfuerzo hay conflicto

entre aquello que resiste y aquello que trata de inmiscuirse. Es decir, ustedes emplean su tiempo en batallar, en resistir, en disciplinarse contra algo. Pasan días y años en esta batalla hasta que, al fin, logran enfocar la mente sobre el objeto de su deseo. Este objeto es autoproyectado, forma parte del proceso de pensamiento, ustedes mismos lo han creado, y sobre eso tratan de concentrarse; se concentran, pues, sobre sí mismos, aunque llamen a eso el ideal. Por lo tanto, es un proceso de encierro, de exclusión.

Ahora bien, la meditación no es exclusión. Estamos descubriendo interrogativamente qué es la meditación; decir que es esto o aquello, implica meramente copiar. Sólo cuando decimos qué *no* es meditación, estamos diciendo lo que ella *es*. La concentración no es, entonces, meditación. Cuando un escolar se interesa en un juguete, ejerce la concentración. Por cierto, eso no es meditación. El juguete no es Dios, y la persecución de la virtud no es meditación. Veamos, pues, qué significa eso. El cultivo de la virtud, ¿es virtud? ¿Es virtud el cultivo de la bondad? Decir: "Voy a ser fraternal" y meditar sobre la fraternidad, ¿es virtud eso? Tal meditación sobre la virtud es un mero cálculo personal. La virtud implica libertad, y uno no es libre cuando está maquinando volverse virtuoso. Así pues, el hombre que medita diariamente para llegar a ser virtuoso, no es virtuoso. Se cubre con un manto de mera respetabilidad. Señor, cuando uno habla de humildad, ¿es realmente humilde, o sólo se cubre con el manto de la humildad? ¿Sabe usted lo que es ser humilde? Eso es algo que uno no puede cultivar. Uno no puede cultivar la no codicia. Debido a que uno es codicioso, desea ser no codicioso. ¿Cómo puede la estupidez convertirse en inteligencia? Donde hay estupidez no hay inteligencia. La estupidez es lo que es bajo todas las circunstancias. Sólo con la terminación de la estupidez hay inteligencia; sólo con la terminación de la codicia hay libertad con respecto a la codicia. Por lo tanto, la virtud es libertad, no es llegar a ser algo, lo cual es interminable continuidad.

Vemos, pues, que la concentración no es meditación, que esa persecución de la virtud no es meditación. La devoción no es, evidentemente, meditación, porque el objeto de nuestra devoción es autoproyectado. Nuestro ideal es el resultado de nuestro propio pensar. Obviamente, señor, su ideal es autoproyectado, ¿no es así? Usted es esto y quiere llegar a ser aquello. El "aquello" de su llegar a ser, procede de usted mismo, de su propio deseo. Usted es violento y desea llegar a ser no violento. El ideal está dentro de usted. Por lo tanto, su ideal es de hechura propia. Así, cuando entrega su devoción al ideal, está entregando devoción a lo que usted mismo ha creado. De modo que su devoción es autogratificación. Usted no es devoto de algo que no le agrada, que le resulta penoso. Es devoto de lo que le proporciona placer, y eso implica, obviamente, que ello es autocreado; por lo tanto, no es meditación. Y no es meditación ir en busca de la verdad, porque uno no puede ir en busca de algo que no conoce. Sólo puede buscar aquello que conoce. Si conoce la verdad, eso ya no es más la verdad. Lo que uno conoce es producto del pasado, de la memoria; por lo tanto, no es la verdad. En consecuencia, cuando uno dice:

"Por medio de la meditación estoy buscando la verdad", no hace sino cargar la mente con su propia creación, y eso no es la verdad. Así pues, la concentración, la devoción, la persecución de la virtud, la búsqueda de la verdad, nada de eso es meditación.

Entonces, ¿qué es la meditación? Las cosas que hemos estado haciendo con regularidad, practicando, disciplinando, forzando la mente... todo eso no es meditación, porque en ello no hay libertad, y sólo en libertad puede la verdad manifestarse. También hemos visto anteriormente que la plegaria no es meditación. Cuando hemos eliminado de la mente toda esa superestructura: la persecución del ideal, la búsqueda de la verdad, el "llegar a ser" virtuoso, la concentración, el esfuerzo, la disciplina, el condenar, el juzgar... cuando todo eso ha desaparecido, ¿qué es la mente? Cuando eso no existe, no hay un meditador; por lo tanto, hay meditación; pero el meditador jamás puede meditar. Sólo puede meditar acerca de sí mismo, proyectarse a sí mismo, pensar en sí mismo, pero no conoce la meditación. Cuando el meditador se comprende a sí mismo y, por comprenderse, llega a su fin, sólo entonces, hay meditación, porque el final del meditador es, en sí mismo, la meditación. La concentración, el buscar la verdad, el volverse virtuoso, el condenar, el juzgar, el disciplinarse, es todo el proceso del meditador, y sin comprender el proceso del meditador, no hay meditación. Por consiguiente, sin conocimiento propio no hay meditación. No hay meditación sin serenidad de la mente, pero la serenidad no adviene por obra de la búsqueda o dirección del meditador.

Cuando el proceso completo, total del meditador no existe, hay un silencio que no se origina en la mente, como una idea, un ideal, es decir, como una satisfacción autoproyectada. Pero cuando el que se proyecta, el meditador, el "yo" está por completo ausente, cuando ha cesado de manera total, existe un silencio que no es producto de la mente. La meditación es ese silencio que nace cuando el meditador y sus procesos son comprendidos. Ese silencio es inagotable; no pertenece al tiempo. Por lo tanto, es inconmensurable. Sólo el meditador compara, juzga, mide; pero cuando no hay medición, existe lo inconmensurable. Así pues, sólo cuando la mente está por completo silenciosa, quieta, serena, sin proyectarse, sin pensar, sólo entonces, se revela lo inconmensurable. Pero no es posible pensar en lo inconmensurable. Aquello en que pensamos es lo conocido, y lo conocido no puede comprender lo desconocido. Por consiguiente, sólo cuando lo conocido llega a su fin, surge a la existencia lo desconocido. Únicamente entonces hay bienaventuranza.

*4 de diciembre de 1949*

# *Madrás, India, 1949-1950*

## PRIMERA PLÁTICA EN MADRÁS

Quizá, si pudiéramos comprender todo este problema del inquirir, del buscar, seríamos capaces de comprender el complejo problema de la insatisfacción y el descontento. Casi todos buscamos algo en distintos niveles de la existencia, buscamos comodidad física o bienestar psicológico, o decimos que estamos buscando la verdad o la sabiduría. Aparentemente, siempre estamos buscando alguna cosa. Ahora bien, ¿qué significa esto en realidad? ¿Qué es lo que buscamos? Sólo podemos buscar algo que ya conocemos; no podemos buscar lo que no conocemos. No podemos ir a la búsqueda de algo que no sabemos si existe; sólo podemos buscar algo que tuvimos y hemos perdido. Esta búsqueda es el deseo de satisfacción.

La mayoría de nosotros está insatisfecha tanto externa como internamente, y si nos observamos con atención, encontramos que este descontento es tan sólo la búsqueda de una satisfacción duradera en diferentes niveles de la existencia, satisfacción a la que llamamos verdad, felicidad, comprensión, o cualquier otro vocablo. Básicamente, es el impulso de hallar una gratificación perdurable, y estando descontentos con todo lo que hacemos, no hallando gratificación en ninguna de las cosas que hemos intentado, vamos de un instructor a otro, de una religión a otra, de un sendero a otro, con la esperanza de encontrar la satisfacción suprema. Por lo tanto, no buscamos esencialmente la verdad, sino que buscamos satisfacción. Casi todos estamos descontentos, insatisfechos con las cosas tal como son, y nuestra lucha interna, psicológica, es para encontrar un refugio permanente; ya sea que se trate de un refugio en las ideas o en una relación inmediata, el impulso básico es el deseo de alcanzar la completa satisfacción. Este impulso es lo que llamamos "búsqueda".

Probamos diversas gratificaciones, diversos "ismos", comunismo incluido, y cuando no nos satisfacen, recurrimos a la religión y seguimos a un gurú tras otro o nos volvemos cínicos. El cinismo también brinda grandes satisfacciones. Nuestra búsqueda es siempre la búsqueda de un estado mental en el que no haya perturbación alguna, en el que no haya más lucha, sino satisfac-

ción completa. ¿Existe la posibilidad de una satisfacción completa en cualquier cosa que la mente busca? La mente va en pos de sus propias proyecciones, que son satisfactorias, gratificantes, y tan pronto encuentra penosa una de estas proyecciones, la abandona y recurre a otra. O sea, buscamos un estado psicológico que sea tan pacificador, tan conciliador que elimine todos los conflictos. Si investigamos eso profundamente, veremos que ningún estado así es posible a menos que nos hallemos sumidos en una ilusión o atados a alguna forma de dogmatismo psicológico.

¿Puede el descontento encontrar jamás una satisfacción permanente? ¿Y de qué estamos nosotros descontentos? ¿Buscamos un empleo mejor, más dinero, una esposa mejor, una mejor formulación religiosa? Si examinamos a fondo esto, encontraremos que todo nuestro descontento es una búsqueda de satisfacción permanente, y que tal satisfacción es imposible. Incluso la seguridad física es imposible. Cuanto más seguros queremos estar, más cerrados nos volvemos, más nacionalistas, lo cual conduce finalmente a la guerra. Así pues, en tanto estemos buscando satisfacción, tendrá que haber conflictos en constante aumento.

¿Es posible estar siempre contento? ¿Qué es, en realidad, el contentamiento? ¿Qué es lo que trae contentamiento, cómo se origina? Por cierto, el contentamiento surge sólo cuando comprendemos *lo que es*. Lo que genera descontento es la compleja manera de abordar *lo que es*. Debido a que quiero cambiar *lo que es* convirtiéndolo en otra cosa, existe la lucha por llegar a ser. Pero la mera aceptación de *lo que es*, también genera un problema. Para comprender *lo que es* tiene que haber, sin duda, una percepción alerta y pasiva, sin deseo alguno de cambiar en otra cosa lo que vemos, y eso implica que uno debe estar pasivamente atento a *lo que es*. Entonces resulta posible ir más allá del mero aspecto externo de *lo que es*. *Lo que es*, jamás es estático, aunque nuestra respuesta pueda ser estática.

Nuestro problema no es, por lo tanto, la búsqueda de una gratificación fundamental que llamamos verdad, Dios, o de una relación mejor, etc., sino la comprensión de *lo que es*. Comprender *lo que es* requiere una mente rápida en extremo, una mente que vea lo inútil que resulta el deseo de cambiar *lo que es*, en alguna otra cosa, de comparar o tratar de conciliar *lo que es* con algo distinto de *lo que es*.

Esta comprensión llega, no a través de la disciplina, del control, de la autoinmolación, sino eliminando los obstáculos que nos impiden ver directamente *lo que es*.

No hay final para la satisfacción; ésta es continua y, a menos que veamos eso, seremos incapaces de habérnoslas con *lo que es* tal como es. La relación directa con *lo que es* implica recta acción. La acción que se basa en una idea es tan sólo autoproyección. La idea, el ideal, la ideología, forman parte del proceso de pensamiento, y el pensamiento es una respuesta al condicionamiento en cualquier nivel. Por lo tanto, la persecución de una idea, de un ideal o una ideología, es un círculo en el que la mente queda atrapada. Cuando vemos todo

el proceso de la mente y todo su astuto maniobrar, sólo entonces existe una comprensión transformadora.

*Pregunta: Vemos la desigualdad que reina entre los hombres, y algunos están muy por encima del resto de la humanidad. No hay duda, entonces, de que debe haber tipos más elevados de seres, tales como los Maestros y los devas, quienes tal vez están profundamente interesados en cooperar con la humanidad. ¿Ha establecido usted contacto con algunos de ellos? Si es así, ¿tendría la bondad de decirnos cómo podemos establecerlo nosotros?*

KRISHNAMURTI: La mayoría de nosotros se interesa en el chismorreo, y éste resulta extraordinariamente estimulante, ya sea que se trate de chismear acerca de los Maestros y los devas, o acerca de nuestros vecinos. Cuanto más embotados estamos, tanto más nos gusta el chismorreo. Cuando uno está harto del chismorreo social, desea chismear acerca de algo superior. Estamos interesados, no en el problema de la desigualdad, sino en chismecitos inofensivos acerca de extrañas entidades que no vemos, buscando de esta manera un medio para escapar de nuestra superficialidad. Al fin y al cabo, los Maestros y los devas son nuestras propias proyecciones; cuando las seguimos, seguimos lo que nosotros mismos hemos proyectado. Si ellos nos dijeran: "Renuncien a su nacionalismo, a sus Sociedades, no sean codiciosos, no sean crueles", los abandonaríamos pronto y seguiríamos a otros que nos resultaran más satisfactorios.

Ustedes desean que los ayude a establecer contacto con los Maestros. No estoy realmente interesado en los Maestros. Hay muchísima charla acerca de ellos, y eso se ha convertido en un astuto recurso para explotar a la gente. Creamos una confusión en el mundo, y queremos que un Hermano Mayor venga y nos ayude a salir de ella. Muchísimo de eso es hipocresía. Esta división entre Maestro y discípulo, el jerárquico trepar la escalera del éxito, ¿es realmente espiritual? Toda esta idea del devenir jerárquico, de la lucha por llegar a ser lo que ustedes llaman "espirituales", por alcanzar la liberación... ¿es espiritual eso? Cuando nuestros corazones están vacíos, los llenamos con las imágenes de los Maestros, y eso implica que no hay amor. Cuando amamos a alguien, no tenemos conciencia de igualdad o desigualdad. ¿Por qué estamos tan ocupados con la cuestión de los Maestros? Los Maestros son importantes para nosotros porque tenemos un sentido de autoridad, y conferimos autoridad a algo que no la tiene. Hacemos eso porque nos agrada; es una manera de adularnos a nosotros mismos.

El problema de la desigualdad es más fundamental que el deseo de establecer contacto con los Maestros. Hay desigualdad en las capacidades, en el pensamiento, en la acción; desigualdad entre el genio y el hombre lerdo de entendimiento, entre el hombre libre y el que practica una rutina. Las revoluciones de toda clase han tratado de acabar con eso y, en el proceso de intentarlo, han creado otra desigualdad. El problema es cómo ir más allá del sentido de

desigualdad, de "lo inferior y lo superior". Eso es verdadera espiritualidad, no el buscar Maestros y así mantener el sentido de desigualdad. El problema no es cómo generar igualdad, porque la igualdad es algo imposible. Uno es enteramente diferente de otro. Uno ve más, es mucho más alerta que el otro; uno lleva un canto en su corazón, el del otro está vacío y para él una hoja muerta es tan sólo una hoja muerta que debemos quemar. Algunas personas tienen una capacidad extraordinaria, son hábiles y rápidas. Otras son lentas, torpes, descuidadas. Las diferencias físicas y psicológicas son interminables, y uno no puede acabar con ellas; eso es una imposibilidad absoluta. Todo cuanto podemos hacer es darle una oportunidad al torpe y no patearlo, no explotarlo. No podemos convertirlo en un genio.

De modo que el problema no es cómo hacer contacto con Maestros y devas, sino cómo superar el sentido de desigualdad; la búsqueda del contacto con los Maestros es la ocupación de personas muy, muy torpes. Cuando uno se conoce a sí mismo, conoce al Maestro. Un verdadero Maestro no puede ayudarlos, ya que ustedes tienen que comprenderse a sí mismos. Estamos todo el tiempo siguiendo a falsos Maestros; buscamos consuelo, seguridad, y proyectamos la clase de Maestro que queremos, esperando que el Maestro nos dé todo lo que deseamos. Puesto que no existe tal consuelo, el problema es mucho más fundamental; como decíamos, consiste en saber cómo ir más allá de este sentido de desigualdad. La sabiduría no es la lucha por llegar a ser más y más esto o aquello.

Ahora bien, ¿es posible superar este sentido de desigualdad? Porque la desigualdad está ahí, no podemos negarla. ¿Qué ocurre cuando no negamos la desigualdad, cuando no la abordamos con una mente que prejuzga, sino que la afrontamos? Está la sucia aldea, y también la casa bonita y limpia; ambas son *lo que es*. ¿Cómo abordan ustedes la fealdad y la belleza? En eso radica la solución. Ustedes desean identificarse con lo bello y rechazan lo feo. No tienen ninguna consideración por la persona inferior, pero muestran la mayor consideración y deferencia por la superior. Se identifican con lo más alto y rechazan lo más bajo; miran hacia arriba con adulación servil y hacia abajo con desprecio.

La desigualdad podrá ser superada únicamente cuando comprendamos nuestro modo de encararla. En tanto resistamos lo feo y nos identifiquemos con lo bello, es inevitable que exista toda esta desdicha. Pero si abordamos la desigualdad sin condenar, identificarnos o juzgar, entonces nuestra respuesta es por completo diferente. Por favor, inténtenlo y verán qué cambio extraordinario ocurre en sus vidas. La comprensión de *lo que es* trae contentamiento, que no es el contentamiento de la inactividad, ni el que genera la posesión de una propiedad, una idea o una mujer. El contentamiento es el estado que surge de abordar *lo que es* tal como es, sin barrera de ninguna clase. Sólo entonces hay amor, el amor que destruye en nosotros el sentido de desigualdad; es lo único revolucionario y capaz de transformar. Dado que no tenemos esa llama de la revolución, llenamos nuestros corazones y nuestras mentes con ideas

revolucionarias de izquierda o de derecha, ideas de modificación respecto de lo que ha sido. Por ese camino no hay esperanza alguna. Cuanto más reformamos, mayor es la necesidad de ulteriores reformas.

No es importante saber cómo lograr el contacto con los Maestros, ya que éstos carecen de significación en la vida. Lo que importa es que se comprendan a sí mismos; de lo contrario, el Maestro de ustedes es una ilusión. Sin comprenderse a sí mismos están creando más y más desdicha en todas partes. Miren lo que ocurre en el mundo, y vean el espíritu estrecho exhibido por los entusiastas partidarios de la paz, de los Maestros, del amor y la hermandad. Todos son partidarios de sí mismos, aunque eso quede envuelto en hermosas palabras. Ustedes quieren que los Maestros los ayuden a autoglorificarse, a encerrarse más aún dentro de sí mismos.

Sé que en distintas ocasiones he contestado de diferentes maneras a esta misma pregunta. También sé que, a pesar de todo lo que digo, ustedes van a seguir practicando sus rituales y blandiendo ruidosamente sus espadas por el rey y por la patria. No quieren comprender y resolver este problema de la desigualdad. Hay personas que me han escrito diciendo: "Usted es muy ingrato con los Maestros que lo han educado". Es muy fácil hacer estas afirmaciones. Todo eso es gazmoñería. Uno tiene que descubrir por sí mismo que ningún Maestro puede ayudarlo. ¿Es ingratitud ver lo que es falso y decir que es falso? Quieren que yo exprese gratitud hacia la idea que ellos profesan, hacia la concepción que tienen de un Maestro, y cuando sus ideas se ven perturbadas, me llaman ingrato. El problema no es de gratitud hacia los Maestros, sino de que ustedes se comprendan a sí mismos.

Hay un gran júbilo en comprender y descubrir lo que somos, todo el contenido de lo que somos, de instante en instante. El conocimiento propio es el principio de la sabiduría. Sin conocimiento propio nada podemos conocer; o, si conocemos algo, haremos mal uso de ello. Seguir al Maestro es fácil, pero conocernos a nosotros mismos, estar pasivamente alerta a cada pensamiento y sentimiento es una tarea ardua. No podemos estar alerta si formamos juicio o nos identificamos, porque la identificación y el juicio nos impiden comprender. Si observamos pasivamente, la cosa que observamos comienza a revelarse, y entonces hay una comprensión que se renueva de instante en instante.

*Pregunta: En una de sus pláticas, usted ha declarado que si una persona reza y suplica, recibe, pero que al final pagará por ello. ¿Qué quiere decir con esto? ¿Cuál es la entidad que acude a nuestras plegarias, y por qué no logramos obtener todo aquello por lo que rogamos?*

KRISHNAMURTI: ¿No les alegra que todo aquello por lo que ruegan no les sea concedido? ¿No sería eso mortalmente fastidioso? Deben ver el cuadro completo no sólo la parte que les gusta. La mayoría de ustedes reza para obtener satisfacción. Sus rezos son ruegos, súplicas para que se los ayude a salir de su propia confusión. Obviamente, rezan sólo cuando están confusos, en difi-

cultades, cuando se sienten desdichados. No rezan cuando están alegres, sino únicamente cuando hay miedo, cuando hay dolor. ¿Qué ocurre cuando rezan? Tengan la bondad de experimentar consigo mismos y observen lo que sucede. Cuando rezan, aquietan la mente mediante la repetición de ciertas frases; o sea, la mente es aquietada, narcotizada, cuando repetimos una palabra o contemplamos un cuadro o una imagen. Cuando la mente superficial está quieta, a esa capa superior de la mente llega la respuesta que resulta más satisfactoria. La oración colectiva también ejerce un efecto similar. Ustedes suplican, extienden la escudilla de mendigo para recibir; desean ser gratificados, quieren escapar de su confusión. Así, cuando la mente se ha narcotizado hasta la insensibilidad, o está parcialmente adormecida, se proyecta inconscientemente en ella la respuesta satisfactoria, que es la influencia general del mundo que los rodea. Existe el depósito colectivo de la codicia, de la petición universal, alejada de *lo que es*, y cuando ustedes abren en él un grifo, es obvio que obtienen lo que desean. Pero ese depósito, ¿es Dios, es la verdad suprema? Por favor, considérenlo, obsérvenlo atentamente y verán.

Cuando ruegan a Dios, ruegan a algo con lo que están relacionados, y pueden estar relacionados únicamente con lo que conocen; por lo tanto, su Dios es una proyección de ustedes mismos, ya sea heredada o adquirida. Cuando la mente implora, obtendrá una respuesta, pero esa respuesta será siempre más limitativa, más penosa, y creará más problemas. Ése es el precio que pagan. Cuando cantan o recitan juntos, sólo están evadiéndose, buscando escapar de *lo que es*. Los escapes tienen su satisfacción, pero el precio es que ustedes deben seguir enfrentándose al problema que los persigue como una sombra. Sus oraciones pueden ser gratificantes una gran parte del tiempo, pero ustedes son desdichados *todo* el tiempo y desean evadirse. La búsqueda que emprenden es la búsqueda de la evasión. Para comprender se requiere percepción alerta, conocer cada pensamiento, cada gesto. Pero ustedes son perezosos; disponen de escapes convenientes que les ayudan a eludir la comprensión de sí mismos, siendo ustedes mismos los creadores del sufrimiento. Hasta que comprendan el problema de sus ambiciones, su codicia, su explotación, su deseo de mantener la desigualdad, hasta que se enfrenten al hecho de que son los creadores de la angustia y el sufrimiento que imperan en el mundo, ¿qué valor tienen sus oraciones? Ustedes son el problema; finalmente, no podrán esquivarlo, y serán capaces de disolverlo sólo si lo comprenden en su totalidad.

Las oraciones de ustedes son, pues, un obstáculo para la comprensión. Existe una clase diferente de oración, un estado de la mente libre de toda exigencia, de toda súplica. En esa oración —quizás el uso de esta palabra no sea el apropiado— no hay movimiento hacia algo, ni hay rechazo. No se trata de una cosa compuesta, no puede tener su origen en ninguna clase de treta. Ese estado de la mente no busca resultado alguno; es quietud, silencio. No puede ser pensado, practicado, ni puede meditarse sobre él. Sólo ese estado de la mente puede descubrir la verdad y permitirle que se manifieste, y sólo él resolverá

nuestro problema. Ese estado de quietud mental adviene cuando observamos y comprendemos *lo que es*, y entonces la mente es capaz de recibir lo inagotable.

*Pregunta: Hay desdicha diseminada por el mundo, y todas las religiones han fracasado; sin embargo, usted parece hablar más y más de religión. ¿Nos ayudará alguna religión a liberarnos de la desdicha?*

KRISHNAMURTI: Debemos averiguar qué entendemos por religión. Las religiones han fracasado en todo el mundo, quizá porque no somos religiosos. Ustedes podrán atribuirse ciertos nombres, pero sus creencias, sus imágenes, el incienso que queman, nada tienen de religioso. Para ustedes, han adquirido importancia todas estas cosas, no la religión. Miren lo que hemos hecho en todo el mundo. Las ideas han puesto al hombre contra el hombre. Extender el dogma no es liberarse del dogma. La creencia separa a los seres humanos e insiste en la separación, porque resulta un buen medio para explotar a los crédulos. En la creencia, ustedes encuentran consuelo, seguridad, todo lo cual es ilusión. Dondequiera que haya una tendencia a lo separativo, tiene que haber desintegración, como tiene que haberla donde exista la fuerza limitativa de la creencia. Ustedes se llaman a sí mismos hindúes, musulmanes, cristianos, teósofos y tantas otras cosas; de tal modo, se autolimitan, levantan un cerco en torno de sí mismos. Sus ideas generan oposición, enemistad y antagonismo; también lo hacen sus filosofías, por ingeniosas, idealistas o entretenidas que sean. Tal como un hombre es adicto a la bebida, así lo son ustedes a sus creencias. Por eso, las religiones organizadas han fracasado a lo largo de todo el mundo.

La verdadera religión es experiencia viva, y eso no tiene nada que ver con la creencia. Ese estado de la mente es el que, en el proceso del conocimiento propio, descubre la verdad de instante en instante. La verdad no es continua, jamás es la misma; es incomparable. La verdad es *lo único*; no es símbolo de nada. La veneración de cualquier símbolo origina desastres, y una mente adicta a cualquier forma de creencia, jamás puede ser una mente religiosa. Sólo la mente religiosa, no la mente ideológica, es capaz de resolver el problema. De nada sirve citar a otros. Una mente que cita, ya sea a Platón o a Buda, es incapaz de experimentar la realidad. Para experimentar la realidad, la mente debe estar desnuda de todo, y una mente así no es una mente que busca.

La religión no es, por lo tanto, creencia; las ceremonias no son religión, ni lo es una idea o varias ideas unidas para formar una ideología. Religión es experimentar, de instante en instante, la verdad de *lo que es*. La verdad está en *lo que es*; se encuentra en el presente y jamás es estática. Una mente empañada por el pasado no puede comprender la verdad. Todas las religiones, tal como son, dividen al hombre. Las creencias de estas religiones no son la verdad. La verdad no puede encontrarse en ninguna creencia acerca de la reencarnación; experimentamos la verdad únicamente cuando hay un final, final implicado en la muerte. La creencia de ustedes en Dios no es religión, no es la verdad. Hay muy poca diferencia entre el creyente y el no creyente; ambos están condi-

cionados por sus respectivos entornos, ambos generan separación en el mundo a causa de sus ideas, de sus creencias. Por lo tanto, ni el creyente ni el no creyente pueden experimentar la realidad.

Cuando vemos las cosas tal como son, sin prejuicio alguno, sin ensalzarlas ni condenarlas, en relación directa con *lo que es*, hay acción. Cuando interviene la idea, la acción se posterga. La mente, que es la estructura de las ideas, el residuo de todos los recuerdos y pensamientos, jamás puede dar con la realidad. Las lecturas y las citas no los ayudarán a experimentar la realidad. La realidad tiene que venir a uno. Podemos buscar sólo algo que conocemos; no podemos ir en busca de la realidad. Por favor, vean la verdad de esto, vean la belleza de la mente que experimenta de manera directa y que, por lo tanto, actúa sin estar condicionada a la recompensa y el castigo. Pero la experiencia no es el criterio de la verdad. La experiencia sólo nutre la memoria. Nuestro "yo" es pensamiento, y el pensamiento es memoria. Por consiguiente, una mente así puede organizar la palabra *verdad* y explotar a la gente, pero es incapaz de experimentar directamente la realidad. Sólo la mente que no se basa en ideas puede experimentar la realidad.

Un hombre religioso es un hombre verdaderamente revolucionario. El que actúa a base de ideas, puede matar a otros. En la relación directa con *lo que es* existe el experimentar, y una mente semejante ya no inventa ideas. La mente libre de ideas es sensible, puede ver directamente *lo que es* y, en consecuencia, es capaz de actuar. Sólo una acción así es revolucionaria.

*Pregunta: Se ha dicho que la adquisición de sabiduría es la meta final de la vida, y que la sabiduría ha de buscarse poco a poco, a lo largo de una vida de purificación y dedicación, con la mente y las emociones dirigidas mediante la oración y la meditación, hacia ideales elevados. ¿Está de acuerdo?*

KRISHNAMURTI: Averigüemos qué entienden ustedes por sabiduría y luego veamos si podemos encontrar esa sabiduría. ¿Qué entienden por sabiduría? ¿Es ésa la meta de la vida? Si lo es y si conocen ustedes la meta, el propósito de la vida, entonces la sabiduría es lo conocido. ¿Puede uno conocer o adquirir la sabiduría, o sólo puede conocer hechos, adquirir conocimientos? El conocimiento y la sabiduría son, por cierto, dos cosas separadas. Uno podrá conocerlo todo acerca de algo, pero ¿es sabiduría eso? La sabiduría, ¿ha de ser adquirida poco a poco, vida tras vida? ¿Consiste la sabiduría en almacenar experiencias? La adquisición implica acumulación; la experiencia implica residuo. ¿Es sabiduría el residuo, la acumulación? Uno ya ha acumulado los residuos raciales, heredados; los ha acumulado en conjunción con el presente. ¿Es sabiduría ese proceso de acumulación? Uno acumula para protegerse a sí mismo, para vivir con seguridad; adquiere experiencia gradualmente.

La acumulación de conocimiento, el lento acopio de experiencias, ¿es sabiduría? Toda la vida de ustedes es acumular, adquirir más y más. ¿Los con-

vertirá eso en sabios? Han adquirido algo; han tenido una experiencia que dejó un residuo, y ese residuo condiciona la experiencia ulterior. La respuesta de ustedes es esta experiencia, y ella es la continuación del trasfondo en una forma diferente. Así pues, cuando dicen que la sabiduría es experiencia, se refieren a la colección de muchas experiencias. ¿Por qué no son sabios? ¿Acaso el hombre que constantemente está adquiriendo, puede ser sabio? ¿Puede ser sabio el hombre cargado de experiencias? ¿Puede serlo el hombre que "sabe"? El hombre que sabe no es sabio; es sabio el hombre que no sabe. No sonrían ni dejen de tomar esto en cuenta.

Cuando "saben", han experimentado, han acumulado, y la proyección de lo acumulado es más conocimiento. La sabiduría no es, por lo tanto, un proceso lento, no es algo que van reuniendo poco a poco, como una cuenta bancaria. Creer que gradualmente, a través de varias vidas, uno llegará a ser el Buda, es un pensar y un sentir inmaduro. Tales afirmaciones parecen maravillosas, en especial cuando se las atribuye a un Maestro. Cuando uno investigue para descubrir la verdad, verá que eso no es sino su propia proyección que anhela continuar para experimentar la misma cosa que antes.

De modo que la acumulación jamás es sabiduría, porque sólo podemos acumular aquello que conocemos, y lo conocido nunca puede ser lo desconocido. El vaciado de la mente no es un proceso lento, pero el intentar vaciarla es un obstáculo. Si uno dice: "Vaciaré la mente", se trata del mismo viejo proceso. Sólo vean la verdad de que la mente adquisitiva jamás podrá ser sabia, ni en seis vidas ni en diez. Un hombre que ha adquirido, ya es rico, y un hombre rico nunca es sabio. Ustedes desean ser ricos en conocimientos, lo cual implica la adquisición de experiencia en palabras, pero el hombre que posee, nunca podrá ser sabio, tampoco podrá serlo jamás el hombre que deliberadamente *no* posee.

La verdad no puede ser acumulada. No es experiencia. Es un *experimentar* en el que no existen ni el experimentador ni la experiencia. En el conocimiento está siempre el que acumula, el que acopia, pero en la sabiduría no hay un experimentador. La sabiduría es como el amor; al carecer de ese amor, intentamos perseguir la sabiduría mediante la continua adquisición. Lo que continúa debe, por fuerza, deteriorarse. Sólo lo que llega a su fin puede conocer la sabiduría. La sabiduría es siempre nueva. ¿Cómo puede uno conocer lo nuevo si hay continuidad? Hay continuidad mientras continuamos con la experiencia. Sólo cuando hay un final existe lo nuevo, que es lo creativo. Pero nosotros queremos continuar, queremos la acumulación, que implica continuidad de la experiencia, y una mente así jamás puede conocer la sabiduría. Sólo puede conocer su propia proyección, sus propias creaciones y la conciliación entre sus creaciones. La verdad es sabiduría. No es posible ir en busca de la verdad. Ella se nos revela sólo cuando la mente está vacía de todo conocimiento, de todo pensamiento, de toda experiencia; y eso es sabiduría.

*18 de diciembre de 1949*

## SEGUNDA PLÁTICA EN MADRÁS

Veamos qué lugar tiene el individuo en la sociedad, si el individuo puede hacer algo que origine un cambio radical en la sociedad; si la entidad transformada, el ser humano inteligente que se ha transformado de manera fundamental a sí mismo, ejerce alguna influencia, alguna acción sobre la corriente de los acontecimientos. O, si el individuo del que estoy hablando, la entidad transformada, nada puede hacer por sí mismo, pero puede, gracias a su propia existencia, introducir alguna clase de orden en la sociedad, en la corriente del caos y la confusión. Vemos, en todo el mundo, que la acción de masas produce, obviamente, resultados. Al ver eso, sentimos que la acción individual tiene muy poca importancia, que ustedes y yo, aunque podamos transformarnos a nosotros mismos, ejerceremos una influencia muy pequeña. Nos preguntamos, pues, qué valor tenemos cuando no podemos afectar la corriente.

Ahora bien, ¿por qué pensamos desde el punto de vista de la masa? Las revoluciones fundamentales, ¿han sido producidas por la masa, o se han originado en los pocos que ven y que, con sus palabras y su energía, influyen sobre muchísimas personas? Así es como tienen lugar las revoluciones. ¿No es, acaso, un error creer que, como individuos, nada podemos hacer? ¿No es falso pensar que todas las revoluciones fundamentales son producidas por la masa?

¿Por qué creemos que los individuos, como tales, no son importantes? Si tenemos esta actitud mental, no pensaremos por nosotros mismos, sino que responderemos automáticamente. ¿La acción es siempre de la masa? ¿No surge esencialmente del individuo, y luego se propaga de individuo a individuo? En realidad, no hay tal cosa como la masa. Después de todo, la masa es una entidad formada de personas que se hallan atrapadas, hipnotizadas por palabras, por ciertas ideas. En el momento en que no estamos hipnotizados por las palabras, nos encontramos fuera de esa corriente, lo cual no sería del agrado de ningún político. ¿No deberíamos permanecer fuera de la corriente y, desde allí, comprender la corriente a fin de influir sobre ella? ¿No es importante que haya una transformación fundamental primeramente en el individuo, o sea, que primero cambiemos radicalmente ustedes y yo, sin esperar a que cambie todo el mundo? ¿No es, acaso, un enfoque escapista, una forma de pereza, una evitación del problema, pensar que ustedes y yo no podemos afectar a la sociedad en su conjunto, por pequeño que sea el grado en que lo hagamos?

Cuando vemos tanta desdicha, no sólo en nuestras propias vidas, sino también en la sociedad que nos rodea, ¿qué es lo que nos impide cambiar, transformarnos fundamentalmente? ¿Es tan sólo una cuestión de hábito, de apatía? ¿Es la cualidad mental que gusta del molde en el que se halla encerrada y, por eso, no desea romperlo? No es sólo eso, por cierto, ya que las circunstancias económicas rompen ese molde, pero el molde interno, psicológico persis-

te. ¿Por qué persiste? A fin de cambiar fundamental, radicalmente, ¿necesitamos una influencia, un agente externo como el sufrimiento, la revolución económica, social, o un gurú, todo lo cual constituye formas de compulsión? Un agente externo implica amoldamiento, dependencia, coacción, miedo. ¿Cambiamos fundamentalmente por obra de la dependencia? ¿No es, acaso, una de nuestras dificultades el hecho de que, para cambiar, dependamos de agentes externos, de revueltas económicas, etc.? Esta dependencia respecto de un agente externo impide la revolución fundamental, porque ésta puede ocurrir únicamente cuando comprendemos el proceso total de nosotros mismos. Si, para originar una transformación, dependemos de cualquier clase de agente externo, hemos introducido el miedo y algunos otros factores que, de hecho, impiden la transformación. Un hombre que realmente desea transformarse, no depende de ningún agente externo, no experimenta lucha interna alguna; ve la necesidad del cambio y se transforma.

¿Es realmente difícil la transformación del individuo? ¿Es difícil ser bondadoso, compasivo, amar a alguien? Al fin y al cabo, ésa es la verdadera esencia de una transformación radical. La dificultad con nosotros es que tenemos una naturaleza dualística en la que hay odio, aversión, diversas formas de antagonismo, etc., lo que nos aleja del problema central. Estamos tan atrapados en los impulsos que incitan al odio, a la aversión, que la verdadera llama se pierde y nos quedamos con el humo; y entonces nuestro problema es cómo desembarazarnos del humo. No tenemos, en absoluto, la llama de la creación, pero creemos que el humo es la llama. ¿No es necesario investigar lo que es la llama, o sea, ver las cosas de un modo nuevo sin quedar aprisionados en un molde, mirar las cosas tal como son, sin nombrarlas?

Lo que ocurre es que casi todos nosotros nos hemos comprometido a fondo, hemos asumido innumerables responsabilidades, deberes, etc., y decimos que no podemos librarnos de todo eso. Ciertamente, ésa no es una verdadera dificultad. Cuando sentimos algo profundamente, hacemos lo que queremos hacer, sin tomar en cuenta a la familia, a la sociedad y todo eso. Así pues, la única dificultad que deviene un obstáculo, es que no sentimos suficientemente la importancia de una transformación radical del individuo. Es imperativo generar esa transformación. Ella tendrá lugar cuando no vivamos verbalmente, cuando veamos las cosas como son y aceptemos la verdad tal como es. Ello debe empezar con nosotros como individuos. Si no empieza, es simplemente porque no prestamos bastante atención, porque no entregamos todo nuestro ser a la comprensión de esta única cosa. Vemos tanta desdicha fuera de nosotros, tanta confusión interna y, sin embargo, no queremos abrirnos paso a través de todo eso.

Ahora bien, ¿qué sucede cuando tengo un problema y trato de resolverlo? En la resolución de ese problema descubro que se han introducido otros problemas; al resolver un problema, lo he multiplicado. Quiero, pues, encontrar la solución del problema sin aumentarlo; quiero vivir dichosamente, quiero liberarme del dolor psicológico sin tratar de hallarle un sustituto. ¿Es posible

descubrir si uno puede resolver de veras el dolor, investigar eso sin la autoridad de nadie, examinarlo en uno mismo, observándose todo el tiempo en toda clase de relaciones? ¿No es ésa la única manera de salir de la dificultad: observarnos constantemente, observar lo que pensamos, lo que sentimos, lo que hacemos, hallarnos en ese estado de percepción alerta en el que todo se revela? Ustedes deben experimentar con ello, no se limiten a decir que no puede hacerse ni acepten mi autoridad para tan sólo repetir. Digamos que ustedes son felices y yo no lo soy; y deseo ser feliz. No quiero que me narcotice la creencia y todas esas cosas, sino llegar hasta el fondo mismo de ello. Vengo, pues, a ustedes e investigo, cada vez a mayor profundidad.

¿Qué les impide hacer eso ahora? ¿Por qué no tienen el sentimiento de felicidad, el sentimiento creativo de ver las cosas tal como son? ¿Por qué no actúan en ese sentido profundo? Porque dicen que el dolor es útil para la felicidad, que es un medio para lograrla, y han aceptado el dolor, o alguna clase de sustituto. Nos hemos embotado tanto que no vemos la necesidad de cambiar; ésa es la dificultad.

Quizá digan ustedes que quieren cambiar pero que algo impide que el cambio ocurra. Las explicaciones no producirán el cambio. Decir que el ego constituye mi obstáculo, es una explicación, una mera descripción. Ustedes quieren que yo describa el modo de superar los impedimentos, pero si es posible, debemos encontrar una manera de saltar la valla; debemos aventurarnos a entrar en el río y ver qué sucede; no sentarnos a la orilla y especular. ¿Qué es lo que realmente nos impide dar el salto? Nos lo impide la tradición, que es memoria, experiencia, ¿no es así? Nos satisfacemos tanto con las palabras, con las explicaciones, que no damos el salto aun cuando vemos la necesidad de hacerlo. Se ha sugerido que uno no se aventura en el río por miedo a lo desconocido. Pero ¿puedo jamás saber qué sucederá, puedo conocer lo desconocido? Si lo conociera, no tendría miedo, y eso no sería lo desconocido. Jamás podré dar con lo desconocido sin aventurarme.

¿Es el miedo el que nos retiene impidiendo que nos arriesguemos a saltar? ¿Qué es el miedo? El miedo puede existir sólo en relación con algo, no aisladamente. ¿Cómo puedo tenerle miedo a la muerte, cómo puedo temer algo que no conozco? Sólo puedo temer lo que conozco. Cuando digo que tengo miedo a la muerte, ¿me atemoriza realmente lo desconocido, que es la muerte, o me atemoriza perder lo que he conocido? Mi miedo no es la muerte, sino a perder mi vinculación con cosas que me pertenecen. Mi miedo es siempre en relación con lo conocido, no con lo desconocido.

Por lo tanto, voy a investigar ahora cómo liberarme del miedo a lo conocido, que es el miedo a perder mi familia, mi reputación, mi carácter, mi cuenta bancaria, mis apetitos, etc. Ustedes podrán decir que el miedo surge de la conciencia, pero nuestra conciencia, absurda o sensata, está formada por nuestro condicionamiento, de modo que sigue siendo el resultado de lo conocido. ¿Qué es lo que conozco? Conocer es tener ideas, opiniones acerca de las cosas, tener un sentido de continuidad respecto de lo conocido; y nada más. Las

ideas son recuerdos, son el resultado de la experiencia, que es la respuesta al reto. Me atemoriza lo conocido, lo cual quiere decir que temo perder personas, ideas o cosas; temo descubrir lo que soy, temo estar desorientado, temo el dolor que podría sobrevenir si no logro placer o si lo pierdo.

Existe el miedo al dolor. El dolor físico es la respuesta nerviosa; el dolor psicológico surge cuando me apego a cosas que me brindan satisfacción, porque entonces tengo miedo de que alguien o algo pueda quitármelas. Las acumulaciones psicológicas evitan el dolor psicológico en tanto no se vean perturbadas; es decir, soy un haz de acumulaciones, de experiencias que impiden cualquier forma seria de perturbación; y yo no deseo ser perturbado. Por lo tanto, tengo miedo de cualquiera que perturbe mis acumulaciones. Así que mi miedo es miedo a lo conocido, a las acumulaciones físicas o psicológicas que he adquirido como un medio de apartar el dolor o evitar el sufrimiento. El conocimiento también contribuye a impedir el dolor. Tal como los conocimientos médicos ayudan a impedir el dolor físico, así las creencias ayudan a impedir el dolor psicológico; por eso, tengo miedo de perder mis creencias, aunque no tenga conocimiento perfecto ni prueba concreta de la realidad de tales creencias. Quizá rechace alguna de las creencias tradicionales que me han impuesto, porque mi propia experiencia me da fuerza, confianza, comprensión, pero tales creencias y los conocimientos que he adquirido son básicamente la misma cosa: un medio de mantener alejado el dolor.

El miedo existirá en tanto haya acumulación de lo conocido, ya que ésta crea el temor a la pérdida. En consecuencia, el miedo a lo desconocido es, en realidad, miedo a perder lo conocido que hemos acumulado. La acumulación significa, invariablemente, miedo, el cual a su vez implica dolor. Tan pronto digo: "No debo perder", hay miedo. Aunque mi intención, al acumular, sea la de alejar el dolor, éste es inherente al proceso de acumulación. Las cosas mismas que poseo originan miedo, y el miedo es dolor.

La semilla de la defensa genera ofensa. Deseo seguridad física; por eso establezco un gobierno soberano, el cual necesita fuerzas armadas; éstas implican guerra, y la guerra destruye la seguridad. Dondequiera que haya deseo de autoprotección, hay miedo. Cuando veo el error de reclamar seguridad, dejo de acumular. Si ustedes dicen que ven eso pero que no pueden evitar el seguir acumulando, es porque en realidad no ven que, inherentemente, la acumulación contiene dolor.

El miedo existe en el proceso de acumulación, y la creencia en algo forma parte de ese proceso acumulativo. Mi hijo muere, y yo creo en la reencarnación a fin de evitarme, psicológicamente, sentir más dolor, pero en el proceso mismo de la creencia hay duda. Exteriormente, acumulo cosas y genero guerra; internamente, acumulo creencias y genero dolor. En tanto desee estar seguro, poseer cuentas bancarias, placeres, etc., en tanto quiera llegar a ser alguna cosa, fisiológica o psicológicamente, tiene que haber dolor. Las cosas mismas que hago para evitar el dolor, me traen miedo, dolor.

El miedo surge cuando deseo encajar dentro de un molde en particular.

Vivir sin miedo es vivir sin determinados moldes. Cuando exijo una determinada manera de vivir, eso es, en sí mismo, una fuente de miedo. Mi dificultad es mi deseo de vivir dentro de cierta armazón. ¿No puedo romper la armazón? Puedo hacerlo solamente cuando veo la verdad de que la armazón está causando miedo, y de que este miedo refuerza la armazón en que vivo. Si digo que debo romper la armazón porque deseo estar libre de miedo, tan sólo estoy siguiendo otro molde que habrá de causar más miedo. Cualquier acción de mi parte, basada en el deseo de romper la armazón, sólo creará otro molde y, por ende, miedo. ¿Cómo he de romper la armazón sin causar miedo, o sea, sin ninguna acción de mi parte, consciente o inconsciente, en relación con eso? Esto significa que no debo actuar, no debo hacer movimiento alguno para romper la armazón. ¿Qué me ocurre, pues, cuando simplemente miro la armazón sin hacer nada al respecto? Veo que la mente misma es la armazón, el molde; vive en el molde habitual que ha elaborado para sí. De modo que la mente misma es el miedo. Todo cuanto la mente hace está dirigido a fortalecer el viejo molde o a fomentar uno nuevo. Esto significa que, cualquier cosa que la mente haga para librarse del miedo, origina miedo. Cuando veo la verdad de todo esto, del proceso que ello implica, ¿qué ocurre? La mente se torna sensible, se aquieta.

Ahora bien, ¿por qué la mente no está quieta todo el tiempo? Cada vez que el molde se cristaliza, ¿por qué la mente no ve la verdad de eso? No la ve, porque desea permanencia, estabilidad, un refugio desde el que pueda actuar. Quiere sentirse segura. Se produce la ruptura de un molde en particular, y pocos minutos después hay una nueva cristalización; y, en vez de examinar y comprender plenamente esta nueva cristalización, la mente regresa a la vieja experiencia y dice: "He visto la verdad, y eso debe continuar". Buscando continuación, la mente crea un molde nuevo y queda atrapada en él. Cada vez que tiene lugar la cristalización, ésta debe ser observada y comprendida, y la repetición ocurre a causa de que la comprensión es incompleta.

La verdad es no continuidad. La verdad de ayer no es la verdad de hoy. La verdad no pertenece al tiempo y, por ende, no pertenece a la memoria; no es algo que haya de ser experimentado, recordado, ganado, perdido o alcanzado. Perseguimos a la verdad con el fin de obtenerla y darle una continuidad; una vez que veamos realmente esto, el molde se romperá, porque entonces la mente ya habrá iniciado su viaje hacia lo desconocido.

*29 de enero de 1950*

## TERCERA PLÁTICA EN MADRÁS

En todas nuestras relaciones, con personas, con la naturaleza, con las ideas, con las cosas, parecemos generar más y más problemas. Al procurar

resolver un problema, ya sea económico, social, político, colectivo o individual, introducimos muchos otros problemas. Pareciera que, en cierto modo, engendramos más y más conflicto y necesitamos más y más reformas. Es obvio que toda reforma necesita ulteriores reformas y, por lo tanto, en realidad es retroceso. Mientras la revolución, de izquierda o de derecha, no sea sino la continuidad de lo que ha sido en términos de lo que será, también es retroceso. Puede haber una revolución fundamental, una constante transformación interna, sólo cuando comprendemos, como individuos, nuestra relación con lo colectivo. La revolución debe comenzar con cada uno de nosotros, y no con las influencias ambientales externas. Al fin y al cabo, somos lo colectivo; tanto lo consciente como lo inconsciente son, en nosotros, el residuo de todas las influencias humanas, políticas, sociales y culturales. Por consiguiente, para dar origen a una fundamental revolución externa, tiene que haber, en cada uno de nosotros, una transformación que no dependa del cambio ambiental. Debe comenzar en ustedes y en mí. Todas las grandes cosas empiezan en pequeña escala, todos los grandes movimientos empiezan con ustedes y conmigo como individuos; y si esperamos por una acción colectiva, tal acción colectiva, si es que siquiera ocurre, resulta destructiva y nos conduce a más desdicha.

La revolución debe empezar, pues, por ustedes y por mí. Esa revolución, esa transformación individual, puede tener lugar únicamente cuando comprendemos la relación, lo cual constituye el proceso del conocimiento propio. Sin conocer el proceso íntegro de mi relación en todos los diferentes niveles, no tiene ningún valor lo que pienso y hago. ¿Qué base tengo para pensar, si no me conozco a mí mismo? Estamos muy deseosos de actuar, muy ávidos de hacer algo, de producir alguna clase de revolución, algún tipo de mejoramiento, algún cambio en el mundo; pero, si no conocemos el proceso de nosotros mismos, tanto periférica como interiormente, no tenemos base para la acción, y lo que hacemos debe, por fuerza, generar más lucha, más infortunio.

La comprensión de uno mismo no llega mediante el proceso de apartarnos de la sociedad o de retirarnos a una torre de marfil. Si ustedes y yo investigamos la cuestión de manera cuidadosa e inteligente, si la investigamos de verdad, veremos que la comprensión de nosotros mismos es posible únicamente en la relación y no en el aislamiento. Nadie puede vivir en aislamiento. Vivir es estar relacionado. Sólo en el espejo de la relación me comprendo a mí mismo, lo cual implica que debo estar extraordinariamente alerta a todos mis pensamientos, sentimientos y acciones en la relación. Esto no es un proceso difícil o un esfuerzo sobrehumano; y, como ocurre con todos los ríos, si bien el origen es apenas perceptible, las aguas adquieren impulso a medida que avanzan y se tornan más profundas. En este mundo demencial y caótico, si penetran en el proceso con conocimiento de causa, con cuidado, con paciencia, sin condenar, verán cómo empieza a ganar impulso y cómo eso no es una cuestión de tiempo.

La verdad se revela de instante en instante en la relación; consiste en ver cada acción, cada pensamiento y sentimiento a medida que surge. La verdad

no es algo que pueda ser almacenado, acumulado; tiene que ser descubierta de nuevo, a cada instante, en el movimiento del pensar y del sentir; esto no es un proceso acumulativo y, por lo tanto, no es una cuestión de tiempo. Cuando uno dice que, a la larga, comprenderá gracias a la experiencia y al conocimiento, está impidiendo esa misma comprensión, porque ésta no tiene su origen en el proceso acumulativo. Podemos acumular conocimientos, pero eso no es comprensión. La comprensión adviene cuando la mente está libre de conocimientos. Cuando no exige la realización de los deseos, cuando no busca experiencias, hay quietud, y cuando la mente está quieta, sólo entonces, puede haber comprensión. Cuando ustedes y yo estamos dispuestos a ver las cosas claramente tal como son, existe una posibilidad de comprender. La comprensión llega, no por obra de la disciplina, de la coacción, del esfuerzo, sino cuando la mente está quieta y dispuesta a ver las cosas con claridad. La quietud de la mente no tiene lugar jamás mediante forma alguna de coacción, consciente o inconsciente; debe ser espontánea. La libertad no se encuentra al final, sino al principio, ya que el final y el principio no son diferentes; el medio y el fin son una sola cosa. El principio de la sabiduría es la comprensión del proceso total de uno mismo, y esa comprensión, ese conocimiento propio es meditación.

*Pregunta: Todos experimentamos la soledad del aislamiento* (loneliness), *conocemos su dolor y vemos sus causas, sus raíces. Pero ¿qué es la soledad creativa* (aloneness)*? ¿Es diferente de la otra soledad?*

KRISHNAMURTI: La soledad del aislamiento es el dolor, la angustia de la solitud, el estado en que uno, como entidad, no va bien con nada, ni con el grupo ni con el país, ni con su esposa, ni con sus hijos, etc.; está separado, aislado de los demás. Ustedes conocen ese estado de solitud. Ahora bien, ¿conocen la soledad? Dan por hecho que sí, que la conocen, pero ¿están solos alguna vez?

La soledad es diferente de la solitud, pero ustedes no pueden comprenderla si no comprenden la solitud. ¿Conocen realmente la solitud? La han observado subrepticiamente, la han mirado y no les agrada. Para conocerla, deben comunicarse con ella sin que ninguna barrera se interponga, ningún prejuicio, ninguna conclusión ni especulación. Para comprenderla, deben aproximarse a ella con libertad, sin ningún sentimiento de miedo. Si abordan la solitud, esa soledad del aislamiento, diciendo que ya conocen su causa, sus raíces, entonces no pueden comprenderla. ¿Conocen sus raíces? Las conocen especulando desde afuera. ¿Conocen su contenido interno? Se limitan a una descripción, y la palabra no es la cosa, lo real. Para comprenderla, deben abordarla sin intención alguna de escapar de ella. El pensamiento mismo de escapar de la solitud es, intrínsecamente, una forma de insuficiencia interna. ¿Acaso no son una evasión casi todas nuestras actividades?

Cuando uno se siente solo, enciende la radio, practica *pujas*, corre tras los gurúes, chismea con otros, va al cine, a las carreras, etc. Nuestra vida coti-

diana es un constante huir de nosotros mismos; por eso, los escapes se vuelven sumamente importantes, y disputamos acerca de los escapes, ya sea que se trate de la bebida o de Dios. El problema es la evasión, aunque podamos tener diferentes medios de escapar. Unos, pueden hacer un enorme daño psicológico con sus escapes respetables, y otros, un gran daño sociológico con sus escapes mundanos, pero, para comprender esta soledad que nos aísla, todos los escapes tiene que llegar a su fin, no mediante el esfuerzo o la coacción, sino viendo la falsedad del escape. Entonces estamos enfrentándonos directamente a *lo que es*, y empieza el verdadero problema.

¿Qué es la solitud? A fin de comprenderla, no debemos adjudicarle un nombre. El nombrar mismo, la asociación misma del pensamiento con otros recuerdos de ello, acentúa la solitud. Experiméntenlo y vean. Cuando hayan dejado de escapar verán que, hasta que se den cuenta de lo que es la solitud, cualquier cosa que hagan al respecto es otra forma de escape. Sólo comprendiendo la solitud, puede uno ir más allá.

El problema de la soledad, de la soledad creativa, es por completo diferente. Jamás estamos solos, siempre estamos en compañía de otros, excepto, quizá, cuando paseamos a solas. Somos el resultado de un proceso total compuesto de influencias, económicas, sociales, climáticas y otras influencias del ambiente, y mientras ellas existan, no estamos solos. En tanto prosiga este proceso de acumulación y experiencia, jamás podrá haber soledad creativa. Podemos imaginar que estamos solos, aislándonos mediante estrechas actividades personales, pero eso no es la soledad madura, creativa. Esta soledad puede existir sólo cuando estamos libres de toda influencia; ella es acción que no se deriva de reacción alguna, que no es la respuesta a un reto o a un estímulo.

La solitud, en cambio, es un problema de aislamiento, y nosotros buscamos aislarnos en todas nuestras relaciones, lo cual constituye la esencia misma del «yo»: mi trabajo, mi naturaleza, mi deber, mi propiedad, mi relación. Ese proceso mismo del pensar, que es el resultado de todos los pensamientos e influencias del hombre, nos conduce al aislamiento. Comprender la soledad del aislamiento, la solitud, no es un acto burgués; no hay posibilidad de comprenderla mientras exista en nosotros el desconsuelo de esa insuficiencia no descubierta que llega con la vacuidad, con la frustración. La soledad creativa no es aislamiento, no es lo opuesto de la solitud; es un estado del ser que adviene cuando toda experiencia, todo conocimiento, llega a su fin.

*Pregunta: Durante cierto número de años usted ha estado hablando de la transformación. ¿Sabe de alguien que se haya transformado en el sentido que usted da a esa palabra?*

KRISHNAMURTI: ¿Cuál es el sentido de nuestro cantar, cuál es el sentido de nuestro reír? ¿Reímos, sonreímos a fin de convencer a alguien, de hacer feliz a alguien? Si uno lleva un canto en su corazón, canta. Así ocurre con mi hablar. La responsabilidad de transformarse es de ustedes, no mía. Quieren

saber si alguien se ha transformado. No lo sé. No he mirado para ver quién se ha transformado y quién no. La vida de dolor, de desdicha, es de ustedes y yo no soy el juez. Ustedes mismos son el juez. Ni ustedes ni yo somos propagandistas. Hacer propaganda es mentir. Ver la verdad es una cuestión por completo diferente. Si ustedes, que son los responsables de esta desdicha, de este caos, de esta corrupción, de estas guerras degradantes, no ven que son los responsables y que deben transformarse para dar origen a una revolución en el mundo, eso es asunto de ustedes. No pueden ser cantores escuchando canciones, pero si llevan un canto en el corazón, no serán repetitivos.

Lo importante en esto es descubrir por qué escuchan tanto y tan a menudo, por qué vienen siquiera a escuchar. ¿Por qué desperdician su tiempo si no hacen nada al respecto? ¿Por qué no han cambiado? No les estoy formulando esta pregunta a ustedes; son ustedes quienes deberían planteársela a sí mismos. Cuando ven tanta desdicha, tanta corrupción, no sólo en su vida individual, sino en sus relaciones sociales y en todo empeño político, ¿qué hacen al respecto? ¿Por qué no se interesan en esto? Limitarse a leer el diario no es, evidentemente, una solución. ¿No es, acaso, una cuestión vital averiguar qué hacen y por qué lo hacen?

Casi todos somos torpes, insensibles al proceso que se desarrolla alrededor de nosotros, aunque las cosas a que nos enfrentamos exijan acción. ¿Por qué esta torpeza, esta insensibilidad? ¿No se debe al culto que rendimos a la autoridad, política o religiosa? Hemos leído el Bhagavad Gita y tantos otros libros que podemos repetir como loros, pero no tenemos ni siquiera un solo pensamiento propio; y veneramos al hombre que pierde repetir textos y explicarlos con hermosa voz una y otra vez. La autoridad embota la mente, y la imitación o repetición la torna insensible, rígida. Por eso los gurúes se multiplican y los seguidores resultan destructivos. Ustedes desean una dirección, y este deseo de ser dirigidos es el que da origen a la autoridad; y, por quedar atrapadas en la autoridad, las mentes de ustedes, buscando consuelo, satisfacción, se vuelven insensibles, torpes. Practicar rituales o leer constantemente libros que ustedes llaman sagrados, es lo mismo que dedicarse a la bebida. ¿Qué harían si no hubiera libros? Tendrían que examinarlo todo por sí mismos; tendrían que indagar, averiguar, inquirir a cada instante para descubrir, para comprender lo nuevo. ¿Acaso no están en esa situación ahora? Ninguno de los sistemas sociales y políticos ha llegado a nada, aunque lo haya prometido todo; sin embargo, ustedes continúan leyendo libros religiosos y repitiendo lo que han leído, y eso hace que la mente se embote. La educación que reciben es tan sólo la acumulación de conocimientos librescos para que puedan aprobar un examen o conseguir un empleo. De este modo, han entorpecido sus mentes, y los conocimientos los han corrompido.

Así pues, la transformación es el problema de ustedes. ¿Qué necesidad tienen de averiguar quién se ha transformado o quién no se ha transformado? Si dentro de ustedes hay belleza, no la buscan. Un hombre feliz no busca la felicidad; el hombre desdichado es el que la busca. La infelicidad no se resuel-

ve mediante la búsqueda, sino sólo por obra de la comprensión, observando cada gesto, viendo espontáneamente cada pensamiento, cada sentimiento, de modo tal que nos revele su historia. Sólo entonces se descubre la verdad.

*Pregunta: Usted jamás ha hablado acerca del futuro. ¿Por qué? ¿Le infunde temor?*

KRISHNAMURTI: ¿Cuál es la importancia del futuro en nuestra vida? ¿Por qué debería tener importancia alguna? ¿Qué entendemos por futuro? El mañana, el ideal, la eterna esperanza de la utopía, de lo que "debería ser", el modelo, en formas diferentes, de una sociedad ideal... ¿es eso lo que entiende por "el futuro"? Vivimos a base de esperanzas, y la esperanza es un instrumento de nuestra muerte. Cuando abrigamos esperanzas, estamos muertos, porque la esperanza es una forma de eludir el presente. No alimentamos esperanzas cuando somos felices. Sólo cuando nos sentimos desdichados, frustrados, reprimidos, cuando sufrimos, cuando nos hallamos desconsolados, cuando somos prisioneros, acudimos al futuro. Cuando somos realmente dichosos, felices, el tiempo no existe. Vivimos con esperanzas desde que nacemos hasta que morimos, porque somos desdichados desde el comienzo hasta el fin mismo de nuestra existencia, y la esperanza es nuestra vía de escape. No es la resolución de nuestro verdadero estado, que es la infelicidad. Acudimos al futuro como un modo de eludir el presente, y el hombre que elude el presente acudiendo al pasado o al futuro, no está viviendo; no conoce la vida tal como es vivida, sólo conoce la vida en relación con el pasado o con el futuro.

La vida es dolorosa, tortuosa, así que buscamos escapar de ella; y si nos prometen el cielo, somos perfectamente felices. Por eso el partido político, ya sea de derecha o de izquierda, termina por vencer. Los partidos, siempre prometen algo para mañana, para dentro de cinco años, y eso nos cautiva, nos lo engullimos con avidez, y finalmente quedamos destruidos. Debido a que queremos escapar del presente, si no podemos acudir al futuro recurrimos al pasado: a los instructores del pasado, a los libros del pasado, al conocimiento de lo que han dicho Shankara, el Buda y otros. Así que vivimos en el pasado o en el futuro, y las respuestas de un hombre que vive en el pasado o en el futuro son, en realidad, las respuestas de los muertos, porque tales respuestas son todas meras reacciones. Por lo tanto, de nada sirve hablar del pasado y del futuro, de recompensas y castigos. Lo esencial es que descubramos cómo vivir, cómo estar libres de desdicha en el presente. La virtud no existe mañana. El hombre que va a ser compasivo mañana, es un necio. La virtud no puede cultivarse; se encuentra en la comprensión de *lo que es* en el presente.

¿Cómo han de vivir ustedes en el presente sin la aflicción, la angustia del dolor? El dolor debe resolverse, no en función del tiempo, sino por obra de la comprensión; puede resolverse tan sólo en el presente; por eso no hablo acerca del futuro. Cuando hay una observación directa de *lo que es*, surgen una actividad y una vitalidad extraordinarias, pero a ustedes les gusta jugar con las co-

sas, y cuando juegan con cosas serias, se queman. Se ven arrebatados por esperanzas y recompensas, y aquel que va tras la esperanza, vive en la muerte.

Nuestro problema consiste en saber si el dolor puede llegar a su fin mediante el proceso del tiempo que es continuidad. El dolor no puede terminar por obra del tiempo, porque el proceso del tiempo es continuación del sufrimiento y, por ende, no resuelve el sufrimiento. El dolor puede cesar instantáneamente; la libertad no está al final, sino al principio. Para comprender esto, tiene que haber un comienzo de libertad, la libertad de ver lo falso como falso, la capacidad de ver las cosas tal como son, no con el tiempo, sino ahora.

Uno hace esto cuando está vitalmente interesado, cuando se halla en una crisis. Al fin y al cabo, ¿qué es una crisis? Es una situación que exige toda nuestra atención sin que nos refugiemos en creencia alguna. Cuando no hay solución, cuando no hay respuesta de la mente, cuando la mente no tiene ninguna respuesta preconcebida, ninguna conclusión, y somos incapaces de resolver el problema, entonces nos hallamos en una crisis. Pero, por desgracia, la mente de ustedes, a causa del estudio de los libros sagrados y del seguimiento respecto de sus instructores, tiene una explicación para cada problema; en consecuencia, jamás se hallan en un momento de crisis. Hay un reto a cada instante, y una crisis sobreviene cuando la mente no tiene una respuesta hecha. Cuando no pueden encontrar una salida, consciente o inconscientemente, por medio de palabras o de escapes, se hallan en crisis. La muerte es una crisis, aunque puedan justificarla con explicaciones. Se hallan en crisis cuando pierden su dinero, cuando miles quedan destruidos en un solo segundo. El final es la crisis, pero ustedes jamás aceptan el final, siempre desean que las cosas continúen. Sólo cuando hay una crisis sin evasión o escape y, por lo tanto, nos enfrentamos a ella directamente, sólo entonces, el problema se resuelve. El interés en el futuro es la evitación de la crisis; la esperanza implica eludir *lo que es*. Para enfrentarse a la crisis, es imprescindible despojarse por completo del futuro y del pasado; por consiguiente, de nada sirve hablar del futuro.

*Pregunta: ¿Cuál debería ser, según usted, la relación entre el individuo y el Estado?*

KRISHNAMURTI: ¿Desea usted un esquema? Entonces ha vuelto nuevamente a lo que "debería ser". La especulación es la cosa más fácil y ruinosa en que uno pueda complacerse. Cuídense del hombre que les ofrece esperanzas, no confíen en él, los conducirá a la muerte. Él se interesa en *su* idea del futuro, en *su* concepción de lo que debe ser; no se interesa en la vida de ustedes.

El Estado y el individuo, ¿son dos procesos distintos? ¿No accionan recíprocamente? ¿Cómo puede usted vivir sin mí, sin el otro? ¿No es, acaso, nuestra relación la que forma la sociedad? Usted y yo y los demás somos un proceso unitario, no somos procesos separados. El "tú" implica el "yo" y el "otro". Cada uno de nosotros es lo colectivo, no lo singular, aunque nos gustaría considerarnos únicos. Uno es el resultado de todo lo colectivo, y el individuo

nunca puede ser único. La pregunta que se ha formulado es una pregunta equivocada, porque en ella se divide al individuo, del Estado. Uno es un producto del proceso total, de todas las influencias de lo colectivo, y aunque el resultado de eso puede llamarse a sí mismo "individuo", es un producto de ese proceso que prosigue todo el tiempo. La comprensión de este proceso ha de encontrarse en la relación, ya sea con lo singular o con lo colectivo, y esa comprensión, así como la acción que surge de ella, crearán una nueva sociedad, un nuevo orden de cosas; pero pintar un cuadro de lo que debería ser y dejarlo a los reformadores, a los políticos o a los que se titulan revolucionarios, es tan sólo buscar satisfacción en las ideas. Una revolución fundamental es posible sólo cuando nos enfrentamos a la crisis de manera directa, sin que intervenga la mente.

*Pregunta: Usted ha hablado acerca de la relación basada en la utilización del otro para nuestra propia gratificación, y a menudo ha sugerido un estado que llama amor. ¿Qué entiende usted por amor?*

KRISHNAMURTI: Sabemos qué es nuestra relación: es gratificación y utilización mutua, aunque encubramos eso llamándolo "amor". En esto hay un sentimiento de ternura y protección por aquello que utilizamos. Protegemos nuestra frontera, nuestros libros, nuestra propiedad. Del mismo modo, somos cuidadosos en la protección de nuestras esposas, nuestras familias, nuestra sociedad, porque sin ellas nos sentiríamos aislados, perdidos. Sin el hijo, el padre se siente solo; lo que nosotros no somos, lo será nuestro hijo; por lo tanto, nuestro hijo se convierte en el instrumento de nuestra vanidad. Conocemos las relaciones mutuas de uso y necesidad. Necesitamos al cartero y él nos necesita, pero no decimos que amamos al cartero. Sin embargo, decimos que amamos a nuestras esposas y a nuestros hijos, aun cuando usemos a éstos para nuestra gratificación personal y estemos dispuestos a sacrificarlos por la vanidad de ser llamados patriotas. Conocemos este proceso muy bien y, obviamente, eso no puede llamarse amor. El amor que utiliza, que explota a otros y luego lo lamenta, no puede ser amor, porque el amor no es cosa de la mente.

Ahora bien, experimentemos y descubramos qué es el amor; descubrámoslo no sólo verbalmente, sino *vivamos* de hecho ese estado. Si ustedes me usaran como gurú y yo los usara como discípulos, habría explotación mutua. De igual modo, cuando ustedes usan a sus esposas y a sus hijos para favorecerse a sí mismos, hay explotación. Eso, por cierto, no es amor. Cuando hay uso del otro, tiene que haber posesión; la posesión engendra invariablemente miedo, y con el miedo vienen los celos, la envidia, la desconfianza. Cuando hay utilización no puede haber amor y, como hemos dicho, el amor no es algo que pertenezca a la mente. Pensar acerca de una persona no implica amar a esa persona. Pensamos acerca de alguien cuando ese alguien no está presente, cuando está muerto, cuando ha huido o cuando no nos da lo que deseamos. Entonces, nuestra insuficiencia interna pone en marcha el proceso de la mente. Cuan-

do esa persona se halla junto a nosotros, no pensamos en ella; pensar en ella cuando estamos juntos es perturbador, de modo que lo damos por hecho: está ahí. El hábito es un medio para olvidar y estar en paz a fin de no ser perturbado. La utilización del otro debe, pues, conducir por fuerza a la invulnerabilidad, y eso no es amor.

¿Qué es ese estado en que no hay utilización, la cual es un proceso de pensamiento como medio de disimular la insuficiencia interna, ya sea positiva o negativamente? ¿Qué es ese estado cuando no hay sentido alguno de gratificación propia? Está en la naturaleza misma de la mente, buscar gratificación. El sexo es sensación creada, imaginada por la mente, y entonces la mente actúa o no actúa. La sensación es un proceso de pensamiento, y éste no es amor. Cuando la mente domina y el proceso de pensamiento es importante, no hay amor. Este proceso de utilizar, pensar, imaginar, retener, encerrar, rechazar, etc., es todo humo, y cuando no hay humo, existe la llama del amor. A veces tenemos realmente esa llama, rica, plena, completa; pero el humo vuelve, porque no podemos vivir mucho tiempo con la llama, la cual no tiene sentido alguno de intimidad, ni con uno ni con muchos, ni con lo personal ni con lo impersonal. La mayoría de nosotros ha conocido ocasionalmente el perfume del amor y su vulnerabilidad, pero el humo de la utilización personal, del hábito, de los celos, de la posesión, del contrato y la ruptura del contrato... todo esto se ha vuelto importante para nosotros y, en consecuencia, no existe la llama del amor. Cuando hay humo no hay llama, pero cuando comprendemos la verdad acerca de la utilización del otro en provecho propio, la llama está ahí. Usamos al otro porque somos internamente pobres, insuficientes, mezquinos, pequeños, solitarios, y esperamos poder escapar de ello utilizando al otro. Así también utilizamos a Dios como un instrumento de escape. El amor a Dios no es el amor a la verdad. Uno no puede amar la verdad; amar la verdad es sólo un medio de usarla para obtener otra cosa que conocemos; por lo tanto, siempre existe el miedo personal de perder algo que conocemos.

Sabremos qué es el amor cuando la mente está quieta y libre de su búsqueda de gratificación y de sus escapes. En primer lugar, la mente debe cesar por completo. Esta mente es el resultado del pensamiento, y el pensamiento es tan sólo un pasaje, un medio que conduce hacia un fin. Cuando la vida no es sino un pasaje hacia algo, ¿cómo puede haber amor? El amor nace cuando la mente está quieta de manera espontánea, natural —no deliberadamente aquietada—, cuando ve lo falso como falso y lo verdadero como verdadero. Entonces, cuando la mente está quieta, todo cuanto ocurre es la acción del amor, no la actividad del conocimiento. El conocimiento es mera experiencia, y la experiencia no es amor, no puede conocer el amor. El amor se revela cuando comprendemos el proceso total de nosotros mismos, y la comprensión respecto de nosotros mismos es el principio de la sabiduría.

*5 de febrero de 1950*

# *Colombo, Ceylán, 1949-1950*

## PRIMERA PLÁTICA EN COLOMBO

Pienso que es importante saber cómo escuchar. La mayoría de nosotros no escucha realmente en absoluto; estamos tan acostumbrados a desechar las cosas que no queremos oír, que casi nos hemos vuelto sordos para los problemas que nos conciernen. Es importante, ¿verdad?, cómo escuchamos todo lo que ocurre alrededor de nosotros, cómo escuchamos no sólo el canto de los pájaros, los sonidos en la naturaleza, sino lo que nos decimos el uno al otro, o sea, cuán ampliamente nos damos cuenta de los problemas diarios en diferentes niveles. Porque, sólo al escuchar apropiadamente y no como *deseamos* escuchar, comenzamos a comprender los múltiples problemas, ya sean económicos, sociales o religiosos. La vida misma es un problema complejo que no puede ser resuelto en ningún nivel en particular. Debemos, pues, ser capaces de escuchar completa y plenamente, en especial lo que se está diciendo. Esta tarde podríamos, al menos, tratar de escuchar, a fin de comprendernos el uno al otro tan plenamente como podamos. La dificultad es que casi todos escuchamos con prejuicio lo que se está diciendo; arribamos a una conclusión acerca de lo que se dice, basándonos en nuestras propias ideas, y nuestras mentes ya están preparadas. Lo que se dice lo comparamos con las palabras de algún otro instructor, y es natural que nuestra reacción esté condicionada y no sea una respuesta directa a lo que aquí se expresa. Por lo tanto, si me permiten sugerirlo, esta tarde tengan la bondad de escuchar plenamente, sin ningún prejuicio, sin ninguna conclusión, sin comparar; escuchen para descubrir lo que verdaderamente se está expresando.

El mundo se halla en un estado terrible; ya sea que uno tenga riquezas, varios automóviles propios, una casa confortable, una buena cuenta bancaria, o que apenas tenga lo suficiente para vivir; ya sea que pertenezca a determinado grupo religioso, político, o a ninguno, estos problemas tienen que ser comprendidos. Abordaré estos problemas durante las próximas cinco semanas, no sólo aquí, sino también en las discusiones que sostendremos los martes y los jueves. Así que primero debemos aprender el arte de escuchar —lo cual es una

tarea harto difícil—, de modo que podamos captar el pleno significado de lo que se diga. Pero no podrán captarlo si escuchan a través de la pantalla de sus propios prejuicios; y el arte de escuchar consiste en eliminar esos prejuicios, así sea por el momento, y tratar de comprender el problema completamente. De este modo, seremos capaces de habérnoslas con los problemas que surgen diariamente en nuestras vidas.

Ahora bien, todos tenemos problemas, ¿no es así?, y no podemos cerrar los ojos ante ellos o abordarlos con una pauta de acción, ya sea de la izquierda o de la derecha, o con un prejuicio que nos hemos formado a causa de nuestro propio conocimiento o del conocimiento de los expertos. Por cierto, el problema es siempre nuevo; cualquier problema, en cualquier nivel, es siempre nuevo, y si lo abordamos con una pauta previa de acción —de la izquierda, de la derecha o del centro—, nuestra respuesta estará, obviamente, condicionada, y esto crea una barrera para la comprensión del problema en sí. Ésa es nuestra dificultad. La vida es un proceso de reto y respuesta; de lo contrario, no hay vida. La vida es respuesta, reacción a un requerimiento, a un reto, a un estímulo, y si nuestra respuesta se halla condicionada, eso crea conflicto, el cual implica un problema. Consciente o inconscientemente, nos demos cuenta de ello o no, casi todos vivimos en conflicto, en confusión; y, para comprender esta confusión interna, que ha generado confusión en lo externo —ya sea política, religiosa o económica—, debemos saber cómo abordar el problema, esta enorme y creciente confusión con su desdicha. El dolor no decrece, no disminuye, ni en lo político ni en lo religioso ni en lo social ni en ningún otro campo de nuestra vida. Cualquier cosa que hagamos, cualesquiera sean los líderes políticos o religiosos que podamos seguir, ello crea más desastres; y nuestro problema es cómo actuar de manera tal que esa acción misma no genere un nuevo problema, no produzca una nueva catástrofe; actuar de manera que la reforma no necesita reformas ulteriores. Ésa es la situación a que debe enfrentarse cada uno de nosotros.

Esta confusión en constante aumento surge, sin duda, porque abordamos el problema con un modelo de acción, con una ideología, política o religiosa. Es obvio que la religión organizada impide la comprensión del problema, porque la mente está condicionada por el dogma y la creencia. Nuestra dificultad radica en cómo comprender el problema directamente, no a través de algún condicionamiento religioso o político en particular; en cómo comprender el problema de modo tal que el conflicto pueda cesar, no transitoriamente sino por completo, y así el hombre pueda vivir plenamente, sin la angustia del mañana ni la carga del ayer. Eso es, ciertamente, lo que debemos descubrir: cómo enfrentarnos al problema de un modo nuevo, porque cada problema —político, económico, religioso, social o personal— es siempre nuevo y no puede encararse con lo viejo.

Quizás esto sea plantear las cosas de un modo distinto al que están acostumbrados, pero éste es realmente el problema. Después de todo, la vida es un medio en cambio constante. Nos gustaría sentarnos cómodamente, encontrar

refugio en la religión y la creencia, o en el conocimiento basado en determinados hechos. Quisiéramos sentirnos confortados, que no se nos perturbara; pero la vida siempre cambiante, siempre nueva, perturba todo el tiempo lo viejo. Nuestro problema consiste, pues, en cómo enfrentarnos al reto de un modo nuevo, fresco. Somos el producto del pasado; nuestro pensamiento es la consecuencia del ayer y, con el ayer, no podemos enfrentarnos al hoy, porque el hoy es nuevo. Cuando lo nuevo es abordado con el ayer, estamos dando continuidad, en la comprensión del hoy, al condicionamiento de ayer. Nuestro problema al abordar lo nuevo consiste, pues, en cómo comprender lo viejo y, por consiguiente, liberarnos de lo viejo. Lo viejo no puede comprender lo nuevo. No podemos poner vino nuevo en odres viejos. Lo esencial es, entonces, comprender lo viejo, que es el pasado, que es la mente basada en el pensar. El pensamiento, la idea, es una consecuencia del pasado; ya sea que se trate del conocimiento histórico o científico, o tan sólo de prejuicio o superstición, la idea es, evidentemente, el producto del pasado. No seríamos capaces de pensar si no tuviéramos memoria, y la memoria es el residuo de la experiencia.

Para comprender el reto, que es nuevo, debemos comprender el proceso total del "yo", que es el producto de nuestro pasado, de nuestro condicionamiento —ambiental, social, climático, político, económico—, que es toda nuestra estructura psicológica. Comprender el problema es comprendernos a nosotros mismos; la comprensión respecto del mundo comienza con la comprensión respecto de uno mismo. El problema no es el mundo sino la relación de uno con el otro; eso crea un problema, y ese problema, al extenderse, se convierte en el problema del mundo. Así pues, para comprender esta máquina enorme, compleja, este conflicto, la pena, la confusión, la desdicha, debemos comenzar con nosotros mismos, pero no con sentido individualista, no como "uno" en oposición a la masa. No existe esa abstracción llamada "masa", pero cuando ustedes y yo no nos comprendemos a nosotros mismos, cuando seguimos a un líder y somos hipnotizados por las palabras, nos convertimos en la masa y nos explotan.

La solución al problema no ha de encontrarse, pues, en el aislamiento, en el retiro a un monasterio, a una montaña o a una caverna, sino comprendiendo todo el problema de nosotros mismos en la relación. No podemos vivir en aislamiento; ser es estar relacionado. De modo que nuestro problema es la relación, que es el origen del conflicto, que genera desdicha, preocupación constante. En tanto no comprendamos esa relación, ella será una fuente inacabable de dolor y de lucha. El comprendernos a nosotros mismos, que implica conocimiento propio, es el principio de la sabiduría, y para ese conocimiento propio no podemos acudir a un libro; no hay libro alguno que pueda enseñárnoslo. Conózcanse a sí mismos y, una vez que se comprendan, podrán abordar los problemas que cada uno de nosotros debe afrontar todos los días. El conocimiento propio aporta serenidad a la mente; sólo entonces, la verdad puede revelarse. No es posible ir en busca de la verdad. La verdad es lo desconocido, y lo que buscamos es siempre lo conocido. La verdad se manifiesta —sin que la

busquemos— cuando la mente se halla libre de prejuicios, cuando hay comprensión total del proceso de nosotros mismos.

Me han entregado varias preguntas, y voy a contestar algunas de ellas. Es muy fácil formular preguntas. Cualquiera puede formular una pregunta frívola o tonta, pero plantear la pregunta apropiada es mucho más difícil. Sólo en la formulación de una pregunta correcta hay una respuesta correcta, porque únicamente entonces se revela el problema del interlocutor.

*Pregunta: Usted dice que no va a actuar como un gurú para nadie. ¿Acaso uno que ha comprendido la verdad, no puede comunicar su comprensión a otro para ayudarle a que también comprenda?*

KRISHNAMURTI: Por cierto, carece de importancia si un gurú es necesario o no lo es; el problema es por qué queremos un gurú, por qué lo buscamos. Ése es el problema, ¿verdad? Si podemos comprender eso, descubriremos si la verdad puede ser comunicada a otro. ¿Por qué necesitan ustedes un gurú, un instructor, un líder, un guía? Evidentemente, dirán: "Lo necesitamos porque estamos confusos, no sabemos qué hacer, y buscamos la verdad". No nos engañemos a nosotros mismos respecto de esto. Ustedes no saben qué es la verdad; por lo tanto, acuden a un instructor y le piden que les enseñe lo que ella es. Desean que alguien los ayude, que los guíe fuera de la confusión. Son desdichados y desean ser felices; están insatisfechos y quieren que se los satisfaga. Así pues, escogen a su gurú conforme a la satisfacción que buscan. (*Risas*). ¿Puedo sugerir algo? Cuando se ríen ante algo serio, ello indica un estado muy superficial de la mente. Al reír, pasan por alto la idea perturbadora; así que, si me permiten sugerirlo, seamos un poco más serios. Porque nuestros problemas son muy serios y no podemos abordarlos como si fuéramos escolares frívolos, que es el modo como nos estamos comportando, aunque tengamos barbas grises.

De modo que la pregunta no es si un gurú resulta necesario, sino por qué queremos uno. Queremos que alguien nos extienda una mano consoladora; eso es lo que queremos. No queremos la verdad, porque la verdad puede ser extraordinariamente inquietante. En realidad, no queremos comprender qué es la verdad; por eso acudimos a un gurú que nos dé la satisfacción que deseamos. Y, como estamos confusos, es obvio que escogemos un gurú o un líder también confuso. Cuando escogemos un gurú desde nuestra confusión, ese gurú también debe estar confuso; de lo contrario, no lo escogeríamos. Lo esencial es que nos comprendamos a nosotros mismos, y un gurú digno de ese nombre debe, obviamente, decirnos eso. Pero, para la mayoría de nosotros, ésa es una tarea agotadora; deseamos un alivio rápido, una panacea, así que recurrimos a un gurú, quien nos dará una píldora satisfactoria. No vamos en busca de la verdad, sino de consuelo; y el hombre que nos brinda consuelo, nos esclaviza.

¿Puede la verdad ser comunicada a otro? Yo puedo darles una descrip-

ción de algo que se acabó, que es pasado y que, por lo tanto, no es real. Puedo hablarles acerca del pasado y podemos comunicarnos mutuamente, en el nivel verbal, acerca de lo conocido, pero no podemos comunicarnos el uno al otro respecto de algo que no estamos experimentando. La descripción es siempre del pasado, no del presente; en consecuencia, el presente no puede ser descrito, y la realidad se encuentra tan sólo en el presente. Así, cuando acuden a otro para que les diga qué es la verdad, él puede hablarles únicamente de la experiencia que ha terminado, y la experiencia que ha terminado no es la verdad, es mero conocimiento. El conocimiento no es sabiduría; puede haber, en el nivel verbal, una descripción de conocimientos y hechos, pero es imposible describir algo que se halla en movimiento constante. Lo que se describe no es la verdad. La verdad ha de ser experimentada de instante en instante, y si con la medida del ayer nos enfrentamos al hoy, no comprenderemos la verdad.

Por consiguiente, un gurú no es esencial. Al contrario, es un impedimento. El conocimiento propio es el principio de la sabiduría. Ningún gurú puede darles conocimiento propio; y sin conocimiento propio, hagan lo que quieran, actúen de la manera que les plazca, sigan a cualquier líder, cualquier modelo social o religioso... sin conocimiento propio sólo están generando más desdicha. Pero, cuando gracias al conocimiento propio la mente se libera de impedimentos y limitaciones, la verdad está ahí, se revela a sí misma.

*Pregunta: A usted se lo presenta como habiendo dicho que las ideas no van a unir a la gente. Por favor, explique cómo, según usted, las personas podrán unirse para crear un mundo mejor.*

KRISHNAMURTI: Veamos primero qué entendemos por ideas y, como he dicho, tengan la bondad de escuchar, no con prejuicio, no con una conclusión, sino como escucharían a alguien que realmente les agrada. ¿Qué entienden ustedes por ideas, qué entienden por creencia, qué entienden por ideología? Examinemos esto, investiguémoslo juntos. Las ideas, ¿unen a la gente o la separan? La idea es, obviamente, la versión verbal del pensamiento, y éste es la respuesta al condicionamiento, ¿verdad? ustedes son cingaleses, budistas, cristianos, o lo que fuere, y tienen un pensamiento condicionado conforme a su trasfondo. El trasfondo es memoria, evidentemente; la memoria responde a los estímulos, a los retos, y la respuesta de la memoria al reto es llamada pensar. Desde luego, piensan de acuerdo con el patrón de pensamiento en que han sido educados, como budistas, como cristianos, conforme a la izquierda o a la derecha, o Dios sabe qué más. Se han condicionado a creer en ciertas cosas y a no creer en otras. Ese condicionamiento es memoria, y la respuesta de la memoria es el pensamiento. El pensamiento examina ideas y, estando condicionado, responde conforme a ese condicionamiento, dirigiéndose ya sea a la izquierda o a la derecha. De modo que las ideas juntan a las personas según el patrón particular en que han sido educadas, y las ideas pueden oponerse a las ideas.

Como esto es, quizás, demasiado abstracto, planteémoslo de una manera diferente. Supongamos que uno es un verdadero budista, no un budista verbal, sino uno activo; ¿qué significa eso? Uno cree en ciertas cosas y actúa de acuerdo con esa creencia; y un cristiano o un comunista actuarán de acuerdo con una ideología diferente. ¿Cómo pueden estas ideas encontrarse jamás? Cada idea es el resultado de su propio condicionamiento, y ¿cómo puede una idea encontrarse con otra? Todo cuanto una idea puede hacer es expandirse y reunir gente en torno de sí misma, como también lo hace cualquier otra idea. En consecuencia, las ideas jamás pueden originar unidad. Por el contrario, dividen a las personas. Usted es cristiano, yo soy budista, otro es hindú o musulmán; yo creo, usted no cree, de modo que disputamos. ¿Por qué? ¿Por qué estamos tan divididos por las ideas? Porque ésa es la única cosa que tenemos, la palabra es la única cosa que tenemos; por eso, las ideas se han vuelto extraordinariamente importantes y, para actuar, nos reunimos en torno de ideas: el cristiano en oposición al comunista, la clase obrera en oposición al capitalismo, el capitalismo opuesto al socialismo. La idea no es acción; la idea impide la acción. Tendremos que examinar esto a fondo; lo haremos en otra discusión. La acción basada en la idea, divide a la gente. Por eso hay hambre en el mundo, por eso hay miseria, guerra. Tenemos ideas al respecto, pero la idea impide nuestra comprensión del problema, porque el problema no es una idea. El problema es dolor y conflicto.

Es muy cómodo tener una idea acerca del dolor, del sufrimiento, de la angustia, de la explotación; entonces podemos hablar de ello y no actuar. Examínenlo y verán —si realmente investigan el problema y no se limitan a reaccionar de acuerdo con cierto modelo de conducta— que las ideas dividen a la gente. ¿No lo han notado? Ustedes, los cingaleses, luchan por su nacionalismo, que es tan sólo una idea; los hindúes luchan contra los europeos, los alemanes y los norteamericanos contra los rusos. En todo el mundo, el nacionalismo, que no es sino una idea, impide que la gente se una; y, debido a que el nacionalismo es elementalmente gratificante y estúpido, nos satisfacemos con él. En todas partes, la palabra *nacionalismo* surge y se levanta como un muro, manteniendo separados a los seres humanos y poniendo al hombre contra el hombre. Las ideas que veneramos son la negación misma del amor; no tienen significación alguna y son incapaces de generar una transformación radical. A fin de dar origen a esta revolución fundamental, debemos comenzar por comprendernos a nosotros mismos; sólo entonces podrá haber unidad, y no por obra de las ideas.

*Pregunta: Me siento inseguro acerca de todo y, en consecuencia, encuentro difícil actuar bien, ya que temo que mis actos sólo conduzcan a una confusión mayor. ¿Hay algún modo en que pueda actuar para evitar la confusión?*

KRISHNAMURTI: Es obvio que, si no se conoce a sí mismo, cualquier

cosa que haga tiene que aumentar, por fuerza, la confusión. Si no conoce toda la estructura de su ser, su acción generará inevitablemente daño, aunque usted pueda tener un modelo perfecto de conducta. Por eso la reforma, la revolución conforme a un modelo, es un factor desintegrante de la sociedad; continúa meramente con el pasado de una manera modificada. El conocimiento propio, que no podemos obtener en un libro ni de algún instructor, ha de ser descubierto en la relación con las personas, con las ideas. la relación es un espejo en el que nos vemos tal como somos. Nada puede vivir en aislamiento. Uno debe comprender la relación y no tan sólo justificarla, condenarla o identificarse con ella. Nosotros condenamos porque es la manera más fácil de desembarazarnos de algo, como cuando mandamos a un niño al rincón. Si quiero comprender a mi hijo, a mi esposa, a mi vecino, tengo que estudiar a esa persona, debo estar alerta en mi relación con ella, ¿no es así? Por lo tanto, actuar sin aumentar la confusión es posible únicamente por obra del conocimiento propio.

*Pregunta: Se dice que usted ha afirmado que la religión no puede aportar ninguna solución para los problemas de la humanidad. ¿Es eso correcto?*

KRISHNAMURTI: Y bien, ¿qué entendemos por religión? Tal como la conocemos, es creencia organizada, dogma, acción conforme a determinado modelo, ¿no es así? La creencia organizada es la experiencia de alguna otra persona, ordenada de acuerdo con un modelo del pasado, y ustedes se hallan condicionados por esa creencia. ¿Es religión eso? El modelo puede ser de la izquierda, de la derecha o del centro, o puede ser lo que llamamos un plan divino; no hay mucha diferencia entre ellos; todos tienen sus ideales, su utopía o su cielo, de manera que todos pueden llamarse "religión", cada uno de ellos perpetuando la explotación. Ahora bien, ¿es religión eso? Obviamente, la creencia con su autoridad y sus dogmas, su boato y sus sensaciones, no es religión. ¿Qué es, entonces, religión?

Ésa es nuestra pregunta. Se trata simplemente de una palabra. La palabra *puerta* no es una puerta sino sólo el símbolo de alguna otra cosa. De igual manera, la religión es algo que está más allá de la respuesta condicionada que evoca esa palabra, lo cual implica que debemos descubrir aquello que está tras la palabra. Eso es lo desconocido, ¿verdad? Lo que conocemos ya ha retrocedido hacia el pasado. Tiene que haber una experiencia directa de *lo que es*, y para esto, el primer requerimiento es la libertad, o sea, que debemos estar libres de lo falso, que es la creencia, libres no al final sino desde el principio. Debemos tener libertad para descubrir qué es falso; eso, por cierto, es religión. todo el proceso de uno mismo debe ser comprendido, porque si uno no se comprende a sí mismo, no hay sabiduría. El principio de la sabiduría es la comprensión respecto de nosotros mismos; y eso es meditación.

*25 de diciembre de 1949*

# LA ACCIÓN

Los problemas a que se enfrenta cada uno de nosotros y, por ende, el mundo, no pueden ser resueltos por los políticos o por los especialistas. Estos problemas no son el resultado de causas superficiales y no es posible considerarlos de ese modo. Ningún problema, en especial un problema humano, puede ser resuelto sólo en un determinado nivel. Nuestros problemas son complejos; la única manera de resolverlos es encarándolos como un proceso total de la respuesta humana a la vida. Los expertos pueden elaborar proyectos de una acción planeada, pero no son acciones planeadas las que van a salvarnos, sino la comprensión del proceso total del hombre, que es uno mismo. Los expertos sólo pueden tratar con problemas en un único nivel, y así incrementan nuestros conflictos y nuestra confusión.

Resulta desastroso considerar nuestro complejo problema humano en un único y determinado nivel, permitiendo que los especialistas dominen nuestras vidas. La vida es un proceso complejo que exige comprensión profunda de nosotros mismos en cuanto pensamiento y sentimiento. Sin comprendernos a nosotros mismos, ningún problema, superficial o complejo, puede ser comprendido, y nuestra relación deberá, inevitablemente, conducirnos a la confusión y al conflicto. Sin esa comprensión propia, no puede haber un nuevo orden social. Una revolución sin el conocimiento de uno mismo, es nada más que una continuación modificada del estado actual.

El conocimiento propio no es cosa que pueda obtenerse de los libros ni es el resultado de una larga, penosa práctica y disciplina, sino que es percepción alerta, de instante en instante, respecto de cada pensamiento y sentimiento a medida que surgen en la relación. La relación no se encuentra en un nivel abstracto, ideológico, sino que es un hecho: es la relación con la propiedad, con la gente y con las ideas. Relación implica existencia y, como nada puede vivir en aislamiento, ser es estar relacionado. Nuestro conflicto está en la relación —en todos los niveles de nuestra existencia— y comprender esta relación de manera amplia y completa, es el único problema real que tiene cada uno de nosotros. este problema no puede ser pospuesto ni evadido. Evadirlo sólo crea más conflicto y desdicha. Escapar del problema origina irreflexión, la cual es explotada por los astutos y los ambiciosos.

De modo que la religión no es creencia ni dogma, sino la comprensión de la verdad, y ésta ha de ser descubierta en la relación, de instante en instante. La religión que es creencia y dogma, sólo es un escape con respecto a la realidad de la relación. El hombre que busca a Dios por medio de la creencia que él llama religión, sólo genera antagonismo, espíritu separativo, el cual implica desintegración. Cualquier forma de ideología, ya sea de la derecha o de la izquierda, de esta o de aquella religión en particular, pone al hombre

contra el hombre, y eso es lo que está sucediendo en el mundo.

El reemplazo de una ideología por otra no es la solución de nuestros problemas. No se trata de cuál es la ideología mejor, sino de comprendernos a nosotros mismos como un proceso total. Ustedes podrán decir que la comprensión de nosotros mismos lleva un tiempo infinito y que, mientras tanto, el mundo se desmorona. Piensan que si tienen una acción planeada conforme a una ideología, existe una posibilidad de producir pronto una transformación en el mundo. Si investigamos esto con un poco más de atención, veremos que las ideas no unen en absoluto a la gente. Una idea puede contribuir a formar un grupo, pero ese grupo se opone a otro grupo que sostiene una idea diferente, etc., hasta que las ideas llegan a ser más importantes que la acción. Las ideologías, las creencias, las religiones organizadas, separan a los seres humanos.

La humanidad no puede integrarse mediante una idea, por noble y amplia que esa idea pueda ser. Porque la idea no es sino una respuesta condicionada, y ésta, al enfrentarse al reto de la vida, debe ser por fuerza inadecuada y traer consigo conflicto y confusión. La religión que se basa en una idea, no puede unir al hombre. La religión considerada como la experiencia de alguna autoridad, puede juntar a unas cuantas personas, pero engendrará inevitablemente antagonismo; la experiencia de otro no es verdadera, por grande que sea el experimentador. La verdad jamás puede ser el producto de la autoridad autoproyectada. La experiencia de un gurú, de un instructor, de un santo, de un salvador, no es la verdad que uno mismo ha de descubrir. *La verdad de otro no es la verdad.* Uno podrá repetir para otro la expresión verbal de la verdad pero, en el proceso de la repetición, eso se convierte en una mentira.

La experiencia de otro no es válida en la comprensión de la realidad. Pero las religiones organizadas de todo el mundo se basan en la experiencia de otro; por lo tanto, no liberan al ser humano, sino que tan sólo lo atan a un determinado modelo que pone al hombre contra el hombre. Cada uno de nosotros debe comenzar de nuevo, porque el mundo es lo que somos. El mundo no es distinto de nosotros. Este pequeño mundo de nuestros problemas personales, al extenderse, se convierte en el mundo y en los problemas del mundo.

Perdemos toda esperanza de comprensión con respecto a los vastos problemas del mundo. No vemos que no es un asunto de acción de masas, sino de que el individuo despierte y se dé cuenta del mundo en que vive, para así resolver los problemas de su mundo, por limitado que éste sea. La "masa" es una abstracción, explotada por el político, por aquél que tiene una ideología. La masa somos, en realidad, usted y yo y otro. Cuando usted y yo y el otro quedamos hipnotizados por una palabra, nos convertimos en la masa, lo cual sigue siendo una abstracción, puesto que la palabra es una abstracción. La "acción de masas" es una ilusión. Esta acción es, en realidad, *la idea* que unos cuantos tienen de la acción, y nosotros, por estar confusos y desesperados, aceptamos esa idea. Desde este estado escogemos a nuestros líderes, ya sean políticos o religiosos; y éstos, como es inevitable, también deben estar confusos y desesperados. Podrán adoptar un aire de certidumbre y de saberlo todo, pero en realidad, como son los

guías de los confusos, han de estar igualmente confusos; de otro modo, no serían tales guías. En el mundo, donde el que conduce (el guía) y el que es conducido (el guiado) están confusos, seguir un modelo o una ideología, a sabiendas o sin saberlo, es engendrar más conflicto y desdicha.

De modo que lo importante es el individuo, no su idea o a quién sigue, no su país o su creencia. *Uno* es lo importante, no a qué ideología, a qué nación pertenece, a qué color o a qué credo; la ideología es tan sólo una proyección de nuestro propio condicionamiento. Estos condicionamientos pueden, en un nivel, ser útiles como conocimientos; pero en otro nivel, en niveles profundos de la existencia, se vuelven extremadamente dañinos y destructivos. Como éstas son nuestras propias proyecciones —las religiones y las ideologías, el nacionalismo y los modelos de toda clase—, cualquier acción basada en ellas tiene que ser la actividad del perro que se persigue la cola. Porque todos los ideales, siendo el resultado de nuestra propia proyección, son de fabricación casera y no revelan la verdad.

Cuando cada uno se dé cuenta de la presente estructura de nuestra existencia, la estructura autoproyectada de los ideales y las conclusiones, sólo entonces, habrá una posibilidad de liberarnos y mirar los problemas de un modo nuevo. Las crisis, los desastres que nos amenazan, no podrán ser disueltos por otra serie de ideologías, sino únicamente cuando ustedes, como individuos, comprendan la verdad de esto y, en consecuencia, empiecen a comprender el proceso total de su pensamiento y sentimiento. El individuo es importante sólo en este sentido, y no en el de la aislada, insensible respuesta al problema.

Al fin y al cabo, el problema es, en todo el mundo, la respuesta inadecuada al nuevo, cambiante reto de la vida. Esta falta de adecuación genera conflicto, que da origen al problema. Hasta que la respuesta sea adecuada, es inevitable que tengamos una multiplicidad de problemas. La adecuación no requiere un nuevo condicionamiento, sino libertad respecto de todo condicionamiento. Es decir, en tanto uno sea budista, cristiano, musulmán, hindú, mientras pertenezca a la izquierda o a la derecha, no podrá responder adecuadamente a los problemas que ha creado y que, por lo tanto, son los problemas del mundo. No es la intensificación del condicionamiento, religioso o social, lo que va a originar paz en uno mismo y en el mundo.

El mundo es el problema de ustedes y, para comprenderlo, deben comprenderse a sí mismos. Esta comprensión propia no es una cuestión de tiempo. Existimos tan sólo en relación; de lo contrario, no existimos. Esta relación es el problema: nuestra relación con la propiedad, con las personas, las ideas y las creencias. Actualmente, ella es fricción, conflicto; y en tanto uno no comprenda su relación, haga lo que hiciere, aunque se hipnotice a sí mismo mediante alguna ideología o algún dogma, no tendrá quietud. Esta comprensión propia es acción; gracias a ella, en la relación nos descubrimos directamente tal como somos. La relación es el espejo en el que puedo verme exactamente como soy. Pero eso es imposible si me aproximo al espejo con una conclusión y una explicación, condenando o justificando.

La percepción misma de lo que somos y de cómo somos, en el instante en que actuamos en la relación, trae consigo libertad con respecto a *lo que es.* Sólo en libertad puede haber descubrimiento. Una mente condicionada no puede descubrir la verdad. la libertad no es una abstracción, sino que llega con la virtud. Porque, la naturaleza misma de la virtud es liberarnos de las causas que generan confusión. Después de todo, la ausencia de virtud es desorden, conflicto. Pero la virtud es libertad, es la claridad de percepción que la comprensión trae consigo. Uno no puede devenir virtuoso. El devenir, el "llegar a ser", es la ilusión de la codicia, del afán adquisitivo. Virtud es la percepción instantánea de *lo que es.* Así, el conocimiento propio es el principio de la sabiduría, y la sabiduría es lo que habrá de resolver nuestros problemas y, en consecuencia, los problemas del mundo.

*Emitido por la Radio Ceylán*
*el 28 de diciembre de 1949*

## SEGUNDA PLÁTICA EN COLOMBO

Estuvimos viendo cuán importante es, antes de preguntarnos qué hacer o cómo actuar, descubrir en qué consiste el recto pensar, puesto que sin recto pensar no puede haber recta acción. La acción que responde a un modelo, a una creencia, ha puesto al hombre contra el hombre, tal como lo discutimos el domingo anterior. No puede haber recto pensar en tanto no haya conocimiento propio, porque sin conocimiento propio, ¿cómo podemos saber que *es* lo que realmente pensamos? Pensamos muchísimo y desarrollamos muchísima actividad, pero un pensamiento y una actividad semejantes producen conflicto y antagonismo, cosa que podemos ver no sólo en nosotros sino en el mundo que nos rodea. De modo que nuestro problema es cómo pensar rectamente, lo cual producirá la recta acción eliminando, de tal modo, la confusión y el conflicto que encontramos no sólo dentro de nosotros, sino también en el mundo exterior.

Ahora bien, para descubrir qué es el recto pensar, debemos investigar qué es el conocimiento propio, porque si no sabemos qué pensamos, o si nuestro pensar se basa en el trasfondo que es nuestro condicionamiento, cualquier cosa que pensemos será, como es obvio, una reacción y, por ende, nos conducirá a más conflicto. Así pues, antes de averiguar qué es el recto pensar, tenemos que saber qué es el conocimiento propio. El conocimiento propio no consiste, por cierto, en aprender una determinada manera de pensar; no se basa en ideas, en alguna creencia o conclusión. Tiene que ser algo viviente; de lo contrario, deja de ser conocimiento propio y se vuelve mera información. Hay una diferencia entre la información, que son los conocimientos adquiridos, y la sabiduría, que es conocer los procesos de nuestro pensar y sentir. Pero casi

todos nosotros nos hallamos atrapados en la información, en el conocimiento superficial; por eso somos incapaces de penetrar mucho más profundamente en el problema.

Para descubrir el proceso total del conocimiento propio, tenemos que estar atentos en la relación. La relación es el único espejo que tenemos, un espejo que no distorsiona, un espejo en el que podemos ver, con precisión y exactitud, cómo se revela a sí mismo nuestro pensar. El aislamiento, que mucha gente busca, es el subrepticio desarrollo de resistencias contra la relación. El aislamiento impide comprender la relación, relación con personas, cosas e ideas. Mientras no conozcamos nuestra relación —*lo que es* realmente— entre nosotros mismos y la propiedad, entre nosotros mismos y la gente, entre nosotros mismos y las ideas, es obvio que debe haber confusión y conflicto.

Sólo en la relación podemos, pues, descubrir qué es el recto pensar. O sea, en la relación podemos descubrir cómo pensamos de instante en instante, cuáles son nuestras reacciones y, de tal modo, avanzar paso a paso hacia el desarrollo del recto pensar. Esto no es algo abstracto o difícil de hacer: observar con exactitud qué está ocurriendo en nuestra relación, cuáles son nuestras reacciones y, de esta manera, descubrir la verdad de cada pensamiento, de cada sentimiento. Pero si en ello introducimos una idea o un preconcepto acerca de lo que la relación "debería ser", es obvio que eso impide la revelación, el descubrimiento de *lo que es*. Ésa es nuestra dificultad: que ya hemos preparado nuestras mentes en cuanto a lo que la relación debería ser. Para la mayoría de nosotros, *relación* es un término que sugiere bienestar, gratificación, seguridad; en esa relación usamos la propiedad, las ideas y a las personas, para nuestra propia satisfacción. Usamos la creencia como un medio de obtener seguridad.

La relación no es un mero ajuste mecánico. Cuando hacemos uso de las personas, eso requiere que haya posesión, posesión física o psicológica; y, al poseer a alguien, engendramos todos los problemas de celos, envidia, soledad y conflicto. Porque, si examinamos eso con más detenimiento y profundidad, veremos que el usar a una persona, o usar la propiedad para nuestra gratificación propia, es un proceso de aislamiento. Este proceso de aislamiento no es, en absoluto, verdadera relación. Por lo tanto, nuestras dificultades y nuestros problemas en aumento constante, surgen porque no comprendemos la relación, lo cual implica, en esencia, falta de conocimiento propio. Si no sabemos de qué modo estamos relacionados con las personas, la propiedad, las ideas, entonces resulta inevitable que nuestra relación genere conflicto. Ése es, actualmente, todo nuestro problema, ¿no es así?, o sea, la relación no sólo entre personas, sino entre grupos de personas, entre naciones, entre ideologías, ya sean de la izquierda o de la derecha, religiosas o laicas. En consecuencia, es importante comprender fundamentalmente la relación que tenemos con nuestra esposa, nuestro marido, nuestro vecino, porque la relación es una puerta a través de la cual podemos descubrirnos a nosotros mismos y, gracias a ese descubrimiento, comprendemos qué es el recto pensar.

El recto pensar es, por cierto, enteramente distinto del pensamiento correcto. El pensamiento correcto es estático. Uno puede aprender acerca del pensamiento correcto, pero no puede aprender acerca del recto pensar, porque el recto pensar es movimiento, no es algo estático. El pensamiento correcto podemos aprenderlo de un libro, de un maestro, o podemos reunir información al respecto, pero no podemos tener un recto pensar siguiendo una norma o un modelo. El recto pensar adviene cuando comprendemos la relación de instante en instante, lo cual revela todo el proceso del "yo".

Cualquiera sea el nivel en que vivamos, hay conflicto, no sólo conflicto individual, sino también conflicto mundial. El mundo soy yo; el mundo no está separado de mí. Lo que soy, eso es el mundo. Tiene que haber una revolución fundamental en nuestra relación con las personas, con las ideas; tiene que haber un cambio fundamental, y ese cambio debe comenzar, no fuera de nosotros mismos, sino en nuestras relaciones. Por consiguiente, es esencial que un hombre de paz, un hombre reflexivo, se comprenda a sí mismo, porque sin conocimiento propio sus esfuerzos sólo crearán más confusión, más desdicha. Estén atentos al proceso total de sí mismos. No necesitan ni gurú ni libro alguno para comprender, de instante en instante, la relación que tienen con todas las cosas.

*Pregunta: ¿Por qué pierde usted su tiempo predicando, en vez de ayudar al mundo de una manera práctica?*

KRISHNAMURTI: Veamos, ¿qué quiere usted decir con "práctica"? Quiere decir, la manera de generar un cambio en el mundo, un mejor ajuste económico, una distribución mejor de la riqueza, una relación mejor o, para expresarlo más brutalmente, la manera de ayudarle a encontrar un mejor empleo. Desea ver un cambio en este mundo —toda persona inteligente lo desea— y quiere un método para producir ese cambio; de modo que me pregunta por qué pierdo mi tiempo predicando en vez de hacer algo al respecto. Ahora bien, lo que hago, ¿es realmente una pérdida de tiempo? Lo sería, ¿no es así?, si yo introdujera una nueva serie de ideas para reemplazar la vieja ideología, el viejo modelo. Tal vez sea eso lo que usted desea que yo haga. Pero, en lugar de indicar un así llamado modo práctico de actuar, de vivir, de obtener un empleo mejor, de crear un mundo mejor, ¿no es importante descubrir cuáles son los obstáculos que, de hecho, impiden una verdadera revolución, no una revolución de la izquierda o de la derecha, sino una revolución fundamental, radical, no basada en ideas? Porque, como lo hemos discutido, los ideales, las creencias, las ideologías, los dogmas, impiden la acción.

No podrá haber una transformación, una revolución mundial, en tanto la acción se base en las ideas, porque la acción es, entonces, mera reacción; en consecuencia, las ideas se vuelven mucho más importantes que la acción, y eso es, precisamente, lo que está sucediendo en el mundo, ¿no es así? Para actuar, debemos descubrir los obstáculos que impiden la acción. Pero la mayo-

ría de nosotros no quiere actuar; ésa es nuestra dificultad. Preferimos discutir, preferimos sustituir una ideología por otra, y así escapamos de la acción por medio de la ideología. Eso es, por cierto, muy simple, ¿verdad? El mundo se enfrenta actualmente con múltiples problemas: superpoblación, hambre, división de la gente en nacionalidades y clases, etc. ¿Por qué no hay un grupo de seres humanos que se sienten y juntos procuren resolver los problemas del nacionalismo? Pero, si tratamos de volvernos internacionales mientras seguimos aferrados a nuestra nacionalidad, generamos otro problema, y eso es lo que hace la mayoría de nosotros.

Vemos, pues, que los ideales impiden realmente la acción. Un estadista, una autoridad eminente, ha dicho que es posible organizar el mundo y alimentar a todos los seres humanos. ¿Por qué no lo hacen, entonces? Es a causa de las ideas en conflicto, de las creencias y del nacionalismo. Por lo tanto, son las ideas las que de hecho impiden que todos puedan alimentarse, y casi todos nosotros jugamos con las ideas y pensamos que somos unos tremendos revolucionarios, si nos hipnotizamos con palabras tales como *práctica*. Lo importante es que nos liberemos de las ideas, de los nacionalismos, de todas las creencias religiosas con sus dogmas, de modo tal que podamos actuar, no conforme a un patrón o a una ideología, sino según lo requieran las necesidades. Señalar las trabas y los obstáculos que impiden la acción no es, por cierto, una pérdida de tiempo, no es un montón de palabras inútiles. Lo que no tiene sentido, obviamente, es lo que hacen ustedes. Sus ideas y creencias, sus panaceas políticas, económicas y religiosas, dividen a la gente y llevan a la guerra. Sólo cuando la mente se halla libre de ideas y creencias, puede actuar de manera recta. Una persona patriótica, nacionalista, jamás puede saber qué implica ser fraternal, aunque pueda hablar al respecto; por el contrario, sus acciones, en lo económico y en cualquier dirección, son conducentes a la guerra. De modo que una recta acción y, por lo tanto, una transformación radical y perdurable, sólo podrán existir cuando la mente esté libre de ideas, no superficialmente sino de manera fundamental; y la libertad respecto de las ideas puede tener lugar únicamente por obra de la percepción y el conocimiento de nosotros mismos.

*Pregunta: Soy maestro, y después de haber estudiado lo que usted dice, veo que casi toda la educación actual es perjudicial o inútil. ¿Qué puedo hacer al respecto?*

KRISHNAMURTI: El interrogante es, por cierto, qué entendemos por educación y por qué educamos a la gente. Vemos en todo el mundo que la educación ha fracasado, ya que está produciendo más y más destrucción. Hasta ahora, la educación ha promovido el industrialismo y la guerra; ése ha sido el proceso durante el último siglo, poco más o menos. Lo que de hecho está ocurriendo es guerra, conflicto, desperdicio incesante de nuestro propio esfuerzo, todo ello conduciendo a más conflicto, a mayor confusión y antagonismo. ¿Es

ése el objetivo de la educación? Para descubrir, pues, cómo educar, no sólo debe educarse al educador, sino que debemos comprender qué es todo esto y para qué estamos viviendo, la finalidad y el propósito de la vida. Cuando buscamos el propósito de la vida, sólo podemos encontrarlo como una autoproyección. La finalidad y el propósito de la vida es, obviamente, *vivir*. Pero el vivir no es una meta; la felicidad no es una meta. Sólo cuando somos desdichados, buscamos la meta de la felicidad. De igual manera, cuando la vida es confusa, deseamos que haya un propósito, una finalidad. Tenemos que descubrir, pues, qué significa vivir. El vivir, ¿es tan sólo una técnica, una capacidad de ganar dinero mecánicamente, o es un proceso de comprender el sentido completo de toda nuestra existencia? ¿Qué es la felicidad? ¿Es recibir educación, aprobar la Licenciatura en Artes, la Maestría en Artes, o Dios sabe qué? Aparte de la profesión, ¿qué son ustedes realmente? ¿Cuál es su estado del ser aparte de la condición social y de las rupias que puedan ganar por tal o cual tarea? Despójense de todas estas cosas y, ¿qué son ustedes? Apenas si son algo; nada muy grande, sino algo superficial y vacío.

El conocimiento es lo que llamamos educación. Mientras seamos capaces de leer, podemos obtener información de cualquier libro; hasta ahora, la educación ha sido, en realidad, una manera de escapar de nosotros mismos y, como todos los escapes, éste debe crear inevitablemente más confusión y más desdicha. Sin comprender el proceso total de nosotros mismos, lo cual implica comprender la relación, el mero acopiar informaciones y memorizar de los libros a fin de aprobar exámenes, es algo totalmente inútil. Por cierto, no estoy exagerando. La educación consiste en comprender y ayudar a otros a que comprendan el proceso total de nuestra existencia. El maestro debe comprender el significado completo de sus acciones en relación con la sociedad, con el mundo; en consecuencia, es esencial que el educador se eduque. Para originar una revolución en el mundo, debe tener lugar una transformación dentro de uno mismo, pero nosotros eludimos una revolución radical dentro de nosotros y tratamos de producir revoluciones en el Estado, en el mundo económico. Por lo tanto, la educación debe comenzar con usted como maestro. Cuando usted transmite su propio trasfondo al niño, la mente del niño responde a ese condicionamiento; y sólo si nos liberamos del condicionamiento, será posible la verdadera salvación del mundo.

*Pregunta: Soy un fumador, y estoy tratando de desprenderme de mi hábito de fumar. ¿Puede usted ayudarme?* (Risas).

KRISHNAMURTI: No sé por qué se ríen. El interlocutor quiere saber cómo dejar de fumar. Para él es un problema, y tomándolo simplemente a broma no lo han resuelto. Quizás ustedes también fuman o tienen algún otro hábito. Descubramos cómo comprender todo este proceso del hábito y de la ruptura del hábito. Podemos tomar el ejemplo del fumar, y cada uno de ustedes puede sustituirlo por su propio hábito, su propio problema personal, y experimentar

directamente con ese problema, tal como experimento con el problema del fumar. Es un problema, se vuelve un problema cuando quiero abandonarlo; mientras me satisface, no es un problema. El problema surge cuando tengo que hacer algo acerca de un determinado hábito, cuando el hábito llega a perturbarme. El fumar ha originado una perturbación, y yo quiero librarme de ella, desecharla, de modo que encaro el fumar resistiéndolo o condenándolo. Es decir, no deseo fumar; por lo tanto, abordo el hecho ya sea reprimiéndolo, censurándolo o encontrándole un sustituto: en vez de fumar, mastico chicle.

Ahora bien, ¿puedo considerar el problema sin condenarlo, justificarlo ni reprimirlo? ¿Puedo mirar mi acto de fumar, sin sentimiento alguno de rechazo? Traten de experimentar con ello ahora mientras estoy hablando, y verán cuán extraordinariamente difícil es no rechazar ni aceptar. Porque toda nuestra tradición, todo nuestro trasfondo está impulsándonos a rechazar o justificar, antes que a sentirnos curiosos al respecto. En vez de estar pasivamente alerta, la mente actúa siempre sobre el problema. El problema no es, entonces, el fumar; lo que da origen al problema es el modo como encaramos el fumar. Porque, si usted encuentra que el fumar es más bien estúpido, que es un derroche de dinero, etc., si realmente ve eso, dejará de fumar, no habrá problema. El fumar, el beber o cualquier hábito, son escapes respecto de alguna otra cosa; nos hacen sentir socialmente cómodos. Son formas de escapar de nuestro propio nerviosismo o de un estado de perturbación, y el hábito se vuelve un recurso de nuestro condicionamiento. Así pues, el fumar no es el problema. Cuando usted lo aborda con su memoria, con sus recuerdos de anteriores intentos y fracasos, lo está abordando con una conclusión ya formada. Por consiguiente, el problema no radica en el hecho, sino en la manera que uno tiene de abordar el hecho. Uno ha probado mediante la disciplina, el control, la negación, y no ha tenido éxito. Así que dice: "Seguiré fumando; no puedo dejarlo", lo cual es, al fin y al cabo, un intento de justificarse a sí mismo, e implica que el enfoque respecto del problema no es muy inteligente.

De modo que el fumar o cualquier otro hábito, no son un problema. El problema es el pensamiento, ya que con él abordan ustedes el hecho. *Ustedes* son el problema, no el hábito que han creado; y de este modo verán, si de veras lo intentan, cuán difícil es para la mente estar libre del sentido de condena y justificación. Cuando nuestra mente es libre, no existe el problema del fumar ni ningún otro problema.

*Pregunta: La continencia o castidad, ¿es necesaria para alcanzar la liberación?*

KRISHNAMURTI: La pregunta está erróneamente planteada. Para alcanzar la liberación, nada es necesario. Usted no puede alcanzarla por medio del regateo, del sacrificio, de la eliminación; no es cosa que uno pueda comprar. Si hace estas cosas, obtendrá algo propio del mercado; por lo tanto, no será real. La verdad no puede ser comprada, no hay un medio para llegar a la verdad; si

hubiera un medio, el fin alcanzado no sería la verdad, porque el medio y el fin son una sola cosa, no están separados. La castidad como medio para la liberación, para la verdad, es una negación de la verdad. La castidad no es una moneda con la que uno pueda comprar la liberación. Usted no puede comprar la verdad con ninguna moneda, y tampoco hay moneda que pueda comprar la castidad. Sólo puede comprar aquellas cosas que conoce, pero no la verdad, porque no la conoce. La verdad se nos revela sólo cuando la mente está quieta, silenciosa; entonces el problema es por completo diferente, ¿verdad?

¿Por qué pensamos que la castidad es esencial? ¿Por qué el sexo se ha vuelto un problema? Ésa es la verdadera pregunta, ¿no es así? Comprenderemos qué es ser casto cuando comprendamos este corrosivo problema del sexo. Averigüemos por qué el sexo ha llegado a ser un factor tan extremadamente importante en nuestra vida, un problema mayor que la propiedad, el dinero, etcétera.

¿Qué entendemos por sexo? No tan sólo el acto, sino el pensar, el sentir acerca de él, ya sea anticipándolo o eludiéndolo; ése es nuestro problema. Nuestro problema es la sensación, el desear más y más. Obsérvense a sí mismos, no observen al vecino. ¿Por qué sus pensamientos están tan ocupados con el sexo? La castidad puede existir únicamente cuando hay amor; sin amor no hay castidad. Sin amor, la castidad no es sino lujuria en una forma diferente. Volverse casto es volverse otra cosa distinta de *lo que es*. Igual que un hombre que se vuelve poderoso, que tiene éxito como abogado prominente, político o lo que fuere; el cambio está en el mismo nivel. Eso no es castidad, sino tan sólo el resultado final de un sueño, el producto de la continua resistencia a un deseo en particular.

Así pues, nuestro problema no es cómo volvernos castos o cómo averiguar qué cosas son necesarias para la liberación, sino comprender este problema que llamamos sexo. Porque es un problema enorme, y uno no puede encararlo condenándolo o justificándolo. Por supuesto, uno puede aislarse fácilmente de él, pero entonces estará creando otro problema. Este absorbente, destructivo y sumamente importante problema del sexo, podrá ser comprendido sólo cuando la mente se libere de sus propias anclas. Por favor, examínenlo a fondo, no lo dejen de lado. En tanto estén atados —a causa del miedo, de la tradición— a algún empleo, a alguna actividad, creencia o idea en particular, en tanto todo eso los condicione y los mantenga apegados, tendrán este problema del sexo. Sólo cuando la mente se halla libre de miedo, existe lo insondable, lo inagotable, y sólo entonces este problema ocupa el lugar que normalmente le corresponde. Entonces pueden habérselas con él de una manera simple y efectiva; entonces no es un problema. En consecuencia, la castidad deja de ser un problema donde hay amor. Entonces la vida no es un problema; la vida es para ser vivida completamente en la plenitud del amor, y esa revolución dará origen a un mundo nuevo.

*Pregunta: La idea de la muerte me aterroriza. ¿Puede usted ayudarme a*

*superar el espanto que me causa mi propia muerte y la de mis seres queridos?*

KRISHNAMURTI: Examinemos este problema juntos hasta terminar con él, porque debemos descubrir la verdad al respecto, y no limitarnos a una opinión. Las opiniones no son la verdad. La muerte es un hecho. Podrá gustarles esquivarla, escapar de ella mediante la creencia en la reencarnación, en la continuidad, en el crecimiento espiritual, etc. pero es un hecho. ¿Por qué nos aterroriza? ¿Qué entendemos por muerte? Sin duda, para nosotros significa el final de algo —del cuerpo y de todas nuestras experiencias que hemos reunido a lo largo de la vida—, el final psicológico de las experiencias acumuladas. Se han escrito innumerables libros acerca de la muerte, acerca del más allá. Pero tenemos miedo de la muerte. Por lo tanto, tratamos de encontrar la inmortalidad, la continuidad, a través del título, del nombre, del logro, de la propiedad, a fin de que el deseo, la memoria, puedan ser inmortalizados. ¿Qué es lo que ustedes quieren que continúe? ¿Qué hay allí que pueda continuar? ¿Sus recuerdos? Los recuerdos no son sino experiencias acumuladas. Sólo en el final hay creación, no en la continuidad; por consiguiente, tiene que haber muerte. Únicamente en la muerte hay renovación. La insuficiencia de la acción en el presente crea el miedo a la muerte, y en tanto exista el deseo de continuidad, tiene que haber miedo. Aquello que continúa debe deteriorarse; no puede ser renovado. Pero en el morir hay creación de lo nuevo.

*1º de enero de 1950*

## TERCERA PLÁTICA EN COLOMBO

Uno de nuestros principales problemas es esta cuestión del vivir creativo. Obviamente, la mayoría de nosotros lleva vidas opacas; sólo reaccionamos muy superficialmente. Al fin y al cabo, casi todas nuestras respuestas son superficiales y, por eso, creamos innumerables problemas. El vivir creativo no necesariamente implica convertirse en un gran arquitecto o en un gran escritor. Esto es tan sólo capacidad, y la capacidad es por completo diferente del vivir creativo. Nadie necesita saber que uno es creativo, pero uno mismo puede conocer ese estado de felicidad extraordinaria, una condición de indestructibilidad; pero eso no es fácilmente realizable, porque la mayoría de nosotros tiene innumerables problemas —políticos, religiosos, sociales, económicos, familiares— que procuramos resolver conforme a ciertas explicaciones, normas, tradiciones, a algún patrón sociológico o religioso con el que estamos familiarizados. Pero nuestra solución de un problema parece crear, inevitablemente, otros problemas, y así originamos una red de problemas, siempre multiplicándose y creciendo en su destructividad.

Cuando intentamos encontrar la respuesta, un modo de salir de este desorden, de esta confusión, buscamos la respuesta en un determinado nivel. Uno debe tener la capacidad de ir más allá de todos los niveles, porque la manera creativa de vivir no puede encontrarse en ningún nivel particular. Esa acción creativa nace únicamente cuando comprendemos la relación, y la relación es comunión con el otro. Por lo tanto, interesarse en la acción individual no implica realmente una perspectiva egoísta. Al parecer, pensamos que es muy poco lo que podemos hacer en este mundo, que sólo los políticos importantes, los escritores famosos, los grandes líderes religiosos son capaces de una acción extraordinaria. En realidad, ustedes y yo somos infinitamente más capaces que los políticos profesionales y los economistas, de originar una transformación radical. Si estamos interesados en nuestras propias vidas, si comprendemos nuestra relación con los demás, habremos creado una sociedad nueva; de lo contrario, perpetuaremos el desorden caótico y la confusión que imperan actualmente.

De modo que no es a causa del egoísmo o de un deseo de poder que uno se interesa en la acción individual; y si pudiéramos encontrar una manera creativa de vivir, no tan sólo ajustada a patrones religiosos, sociales, políticos o económicos, como ocurre en la actualidad, creo que seríamos capaces de resolver nuestros múltiples problemas. Hoy por hoy, somos nada más que gramófonos repetitivos que, bajo presión, cambian ocasionalmente uno que otro disco, pero la mayoría toca siempre las mismas tonadas en todas las ocasiones. Esta repetición constante, este perpetuar la tradición, es el origen del problema con todas sus complejidades. Al parecer, somos incapaces de romper con el ajuste, aunque podamos sustituir el presente ajuste por uno nuevo, o intentar modificar el patrón actual. Es un constante proceso de repetición, de imitación. Somos budistas, cristianos o hindúes; pertenecemos a la izquierda o a la derecha. Pensamos que citando de los libros sagrados, mediante la mera repetición, resolveremos nuestros innumerables problemas. Por cierto, la repetición no va a resolver los problemas humanos. ¿Qué ha hecho el "revolucionario", por las así llamadas masas? El hecho es que los problemas siguen ahí. Lo que sucede es que esta constante repetición de una idea impide la comprensión del problema en sí. Gracias al conocimiento propio, uno tiene la capacidad de liberarse de esta repetición. Entonces es posible encontrarse en ese estado creativo que es siempre nuevo; en consecuencia, uno está siempre preparado para encarar cada problema de una manera nueva.

Al fin y al cabo, nuestra dificultad es que, teniendo estos problemas inmensos, los afrontamos con conclusiones previas, con el registro de la experiencia, ya sea de la propia o de la adquirida por intermedio de otros; y así afrontamos lo nuevo con lo viejo, lo cual crea un problema ulterior. Vivir creativamente es estar sin ese trasfondo; lo nuevo es afrontado como lo nuevo y, por lo tanto, no crea nuevos problemas. Así pues, es necesario abordar lo nuevo con lo nuevo hasta que podamos comprender el proceso total, el problema íntegro del desastre creciente, de la miseria, del hambre, de la guerra, del des-

empleo, de la desigualdad, de la batalla entre ideologías en conflicto. Esa lucha y esa confusión no pueden ser resueltas repitiendo viejos recursos. Si ustedes miran realmente con un poco más de detenimiento, sin ideas preconcebidas, sin prejuicios religiosos, podrían ver problemas mucho más grandes; y, al estar libres de ajustes, de creencias, serían capaces de enfrentarse a lo nuevo.

Esta capacidad de afrontar lo nuevo con lo nuevo, es lo que llamamos el estado creativo y es, por cierto, la forma más elevada de religión. La religión no es creencia; no consiste en seguir ciertos rituales, dogmas, ni en llamarse uno a sí mismo esto o aquello. Religión es experimentar un estado en el cual hay creación. Esto no es una idea, un proceso. Puede ser realizado cuando nos liberamos del "yo". La libertad respecto del "yo" es posible únicamente comprendiendo el "yo" en la relación; esa comprensión no puede tener lugar en el aislamiento.

Como lo sugerí al contestar preguntas el domingo anterior, es importante que experimentemos cada pregunta cuando ésta se presenta, y no que se limiten a escuchar mis respuestas; que descubramos juntos la verdad de la cuestión, lo cual es mucho más difícil. La mayoría de nosotros quisiera apartarse del problema, observar a los demás; pero si podemos descubrir juntos, hacer el viaje juntos, de modo que ello sea la experiencia de ustedes y no la mía, entonces, aunque ustedes sean los que escuchan mis palabras, si podemos avanzar juntos, esto tendrá un valor y una importancia perdurables.

*Pregunta: ¿Aboga usted por el vegetarianismo? ¿Objetaría la inclusión de un huevo en su dieta?*

KRISHNAMURTI: ¿Es realmente un problema muy grande el de si debemos o no debemos incluir un huevo en nuestra dieta? Quizá, la mayoría de ustedes se preocupa por no matar. Ése es realmente el quid de la cuestión, ¿no es así? Quizá casi todos comen carne o pescado. Evitan matar, recurriendo a un carnicero, o descargan la culpa sobre el que mata, sobre el carnicero; eso no es sino esquivar el problema. Si a usted le gusta comer huevos, puede conseguir huevos no fertilizados y así evita matar. Pero ésta es una cuestión muy superficial; el problema es mucho más profundo. Ustedes no quieren matar animales para satisfacer su estómago, pero no les importa tolerar gobiernos que se organizan para matar. Todos los gobiernos soberanos se basan en la violencia; deben contar con ejércitos, armadas y fuerzas aéreas. A ustedes no les importa sostenerlos, ¡pero objetan la terrible calamidad de comer un huevo! (*Risas*). Vean cuán ridícula es toda la cosa; investiguen la mentalidad del señor que es nacionalista, a quien no le importa la explotación y la destrucción despiadada de seres humanos, para quien nada significa la matanza al por mayor, pero que tiene escrúpulos con respecto a lo que se introduce en su boca. (*Risas*).

Por consiguiente, este problema incluye mucho más, no sólo toda la cuestión del matar, sino el empleo apropiado de la mente. La mente puede usarse de manera limitada, o es capaz de una actividad extraordinaria; y la mayoría

de nosotros se satisface con una actividad superficial, con la seguridad, la satisfacción sexual, las diversiones, la creencia religiosa; con eso estamos satisfechos y descartamos la respuesta más profunda y el significado más amplio de la vida. Incluso los líderes religiosos se han vuelto mezquinos en su respuesta a la vida. Después de todo, el problema no se limita a la matanza de animales, sino a la de seres humanos, lo cual es mucho más importante. Uno puede abstenerse de usar animales y degradarlos, puede ser compasivo respecto de matarlos, pero lo importante en esta cuestión es todo el problema de explotar y matar; no sólo la matanza de seres humanos en épocas de guerra, sino la manera como ustedes explotan a la gente, como tratan a sus sirvientes y los desprecian como inferiores. Es probable que no presten atención a esto porque lo tienen muy cerca. Preferirían más bien discutir a Dios, la reencarnación... pero nada que requiera acción inmediata y responsabilidad.

Y si a ustedes les interesa realmente no matar, no deberían ser nacionalistas, ni llamarse a sí mismos cingaleses, alemanes o rusos. También deberían tener el empleo apropiado, hacer un uso correcto de la maquinaria. En la sociedad moderna, es muy importante tener el empleo apropiado, porque toda acción nos conduce actualmente a la guerra; pero al menos nosotros podemos averiguar cuáles son las profesiones incorrectas y evitarlas inteligentemente. El ejército, la armada, son profesiones incorrectas, es obvio; también lo es la profesión de abogado, que fomenta los litigios; y la de policía, especialmente la policía secreta. Así pues, la ocupación correcta debe ser encontrada y desempeñada por cada uno, y sólo entonces podrán terminar las matanzas, con lo cual habrá paz entre los hombres. Pero la presión económica es tan grande en el mundo moderno, que muy pocos pueden resistirla. Casi nadie se interesa en buscar la profesión correcta, pero si a ustedes les preocupa no matar, tienen que hacer mucho más que limitarse a evitar la matanza de animales, y eso significa que deben investigar todo este problema de la profesión u ocupación apropiada.

Aunque la cuestión puede parecer muy insignificante, si la examinan un poco más cuidadosamente verán que es una gran cuestión, porque lo que somos nosotros, eso es lo que hacemos que el mundo sea. Si somos codiciosos, irascibles, dominadores, posesivos, crearemos inevitablemente una estructura social que originará más conflicto, miseria y destrucción. Pero, desafortunadamente, somos muy pocos los que estamos interesados en alguna de estas cosas. A casi todos nos interesan los placeres inmediatos en el vivir de cada día; y si podemos obtenerlos, estamos satisfechos. No queremos examinar los problemas más profundos y amplios a que nos enfrentamos; aunque sabemos que existen, deseamos eludirlos. Para resolverlos, es preciso que no los encaremos mediante ninguna ideología en particular, ya sea de la izquierda o de la derecha. Considere estos problemas de manera más atenta, más efectiva, y empezará a comprender el proceso total de sí mismo en relación con los demás, o sea, con la sociedad.

Pero usted me dirá que no he contestado la pregunta acerca del huevo, si debe comer un huevo o no. Por cierto, lo importante es la inteligencia; no lo

que entra en su boca sino lo que sale de ella. Y casi todos hemos llenado nuestros corazones con las cosas de la mente, y nuestras mentes son muy pequeñas y superficiales. Nuestro problema consiste en descubrir cómo originar una transformación en lo que es superficial y pequeño, y esta transformación puede ocurrir tan sólo comprendiendo lo que es superficial. Aquéllos de ustedes que quieran investigar la cuestión más a fondo, tendrán que averiguar si están contribuyendo a la guerra y cómo evitarla, averiguar si indirectamente son una causa de destrucción.

Si realmente puede usted solucionar esto, entonces podrá resolver con facilidad la cuestión de si debería o no debería ser vegetariano. Aborde el problema en un nivel mucho más profundo y encontrará la respuesta.

*Pregunta: Usted dice que la realidad o la comprensión existen en el intervalo entre dos pensamientos. ¿Tendría la bondad de explicarlo?*

KRISHNAMURTI: Esto es, en realidad, una manera diferente de preguntar: "¿Qué es la meditación?". Mientras contesto esta pregunta, experimente por favor con ello, descubra cómo trabaja su propia mente, lo cual constituye, al fin y al cabo, todo el proceso de la meditación. Estoy pensando en voz alta con ustedes; no he estudiado la pregunta. Sólo pienso en voz alta acerca de ella a fin de que podamos hacer el viaje todos juntos y descubrir la verdad al respecto.

El interlocutor pregunta acerca del intervalo entre dos pensamientos, intervalo en el que puede haber comprensión. Antes de investigar eso, debemos averiguar qué entendemos por pensamiento. ¿Qué entendemos por pensar? ¿Se está volviendo demasiado serio esto? Para escucharlo, deben tener paciencia. Cuando piensan en algo —siendo el pensamiento una idea— ¿qué entienden por "pensar"? El pensamiento, ¿no es la respuesta a una influencia, el resultado de la influencia social, ambiental? ¿No es la suma de toda la experiencia que reacciona? Digamos, por ejemplo, que usted tiene un problema y está tratando de pensar en él, de analizarlo, de estudiarlo. ¿Cómo lo hace? Al mirar el problema de hoy, ¿no lo mira, acaso, con la experiencia de ayer, o sea, con el pasado —el conocimiento pasado, la historia pasada, la experiencia pasada—? Así pues, el pasado, que es memoria, responde al presente; y a esta respuesta de la memoria uno la llama "pensar". El pensamiento es tan sólo la respuesta del pasado en conjunción con el presente, ¿no es así?, y para la mayoría de nosotros el pensamiento es un proceso continuo. Incluso cuando dormimos, hay una actividad constante en la forma de sueños; jamás hay un momento en que la mente esté por completo quieta y en silencio. Proyectamos una imagen y vivimos en el pasado o en el futuro, como hacen muchas personas ancianas y algunas jóvenes, o como los líderes políticos, que siempre están proyectando una maravillosa utopía. (*Risas*). Y nosotros la aceptamos, porque todos anhelamos el futuro y, por eso, sacrificamos el presente al futuro; pero no podemos saber qué va a pasar mañana mismo o dentro de cincuenta años.

De modo que el pensamiento es la respuesta del pasado en conjunción con el presente; es decir, el pensamiento es la experiencia respondiendo al reto, lo cual es una reacción. Si no hay reacción, no hay pensamiento. La respuesta es el trasfondo del pasado: uno responde como budista, cristiano, conforme a la izquierda o a la derecha. Ése es el trasfondo, y ésa es la constante respuesta al reto; y esa respuesta del pasado al presente, es lo que llamamos el pensar. Jamás hay un instante libre de pensamiento. ¿No han notado, acaso, que la mente está todo el tiempo ocupada con una cosa u otra, con preocupaciones personales, religiosas o políticas? Está constantemente ocupada. Y ¿qué le sucede a nuestra mente, qué le sucede a cualquier mecanismo que se halla en uso constante? Se desgasta. La naturaleza misma de la mente es hallarse ocupada con algo, hallarse en constante agitación, y nosotros tratamos de controlarla, de dominarla, de reprimirla; y si podemos tener éxito, pensamos que nos hemos convertido en grandes santos, en personas religiosas, y entonces dejamos de pensar.

Ahora bien, usted verá que en el proceso del pensar hay siempre un intervalo, una brecha entre dos pensamientos. Cuando me está escuchando, ¿qué ocurre en su mente? Escucha, tal vez experimenta aquello de que hablamos, aguardando información, la experiencia del momento siguiente. Está vigilante, hay un vigilar pasivo, hay percepción alerta. No hay respuestas; existe un estado de pasividad en el que la mente se halla muy atenta y, sin embargo, no hay pensamiento; o sea, que está experimentando realmente aquello de que hablo. Una percepción alerta y pasiva semejante, es el intervalo entre dos pensamientos.

Suponga que usted tiene un problema nuevo —y los problemas son siempre nuevos—, ¿cómo lo aborda? Es un problema nuevo, no uno viejo. Podrá reconocerlo como viejo, pero en tanto sea un problema, es siempre nuevo. Es como ocurre con una de esas pinturas modernas a las que están enteramente desacostumbrados. ¿Qué sucede si usted quiere entenderla? Si la encara desde su preparación clásica, su respuesta al reto que es esa pintura, será el rechazo. Por lo tanto, si desea entender la pintura, tendrá que dejar a un lado su preparación clásica; del mismo modo, si desea comprender lo que digo, debe olvidar que es budista, cristiano o lo que fuere. Al contemplar la pintura, tiene que hacerlo libre de su preparación clásica, en un estado de atención pasiva y alerta, y entonces la pintura comienza a revelarse y a contar su historia. Sólo en un estado así es eso posible, cuando no tratamos de censurar o justificar la pintura, cuando el pensamiento se halla ausente y la mente está en silencio. Ustedes pueden experimentar con ello y ver cuán extraordinariamente fidedigna es una mente silenciosa. Sólo entonces es posible comprender. Pero la actividad constante de la mente impide la comprensión del problema.

Planteémoslo a la inversa: ¿Qué hacen ustedes cuando tienen un problema, un problema agudo? Piensan en él, ¿no es así? ¿Qué entienden por "pensar en él"? Entienden trabajar por una respuesta, buscar una respuesta de acuerdo con sus conclusiones previas. O sea, tratan de amoldar el problema para que

encaje en ciertas conclusiones que ya tienen, y si logran que encaje, creen que lo han resuelto. Pero los problemas no se resuelven encajándolos en los compartimientos de la mente. Uno piensa acerca del problema, piensa con el recuerdo de conclusiones pasadas, e intenta averiguar qué han dicho Cristo, el Buda, X, Y o Z, para después aplicar esas conclusiones al problema. De tal modo, no resuelve el problema sino que lo tapa con el residuo de problemas anteriores.

Cuando uno tiene realmente un problema muy grande y difícil, ese proceso no trabaja. Uno dice que lo ha probado todo y que no puede resolverlo. Eso significa que no espera que el problema cuente su historia. Pero, cuando la mente está relajada, ya no hace más un esfuerzo; cuando está quieta, aunque sea por unos cuantos segundos, el problema se revela a sí mismo y es resuelto. Eso ocurre cuando la mente está en silencio, en el intervalo entre dos pensamientos, entre dos respuestas. En ese estado mental adviene la comprensión, pero ello requiere una vigilancia extraordinaria de cada movimiento del pensar. Cuando la mente percibe su propia actividad, su propio proceso, hay quietud. Al fin y al cabo, el conocimiento propio es el principio de la meditación, y si uno no conoce el proceso completo, total de sí mismo, no puede conocer la importancia de la meditación. El mero sentarse frente a un cuadro o repetir frases, no es meditación. La meditación forma parte de la relación; es ver el proceso del pensamiento en el espejo de la relación. La meditación no es sometimiento a nada, sino comprensión de todo el proceso del pensar. Entonces el pensamiento llega a su fin, y sólo en ese fin está el comienzo de la comprensión.

*Pregunta: ¿Qué le sucede a un individuo en la muerte? ¿Continúa, o va hacia la aniquilación?*

KRISHNAMURTI: Veamos, es muy interesante averiguar desde qué punto de vista estamos planteando esta pregunta. Por favor, formúlese la pregunta a sí mismo y descubra de qué modo, como individuo, la aborda. ¿Por qué la formula? ¿Cuál es el motivo que le hace preguntar acerca de la aniquilación total? O bien plantea la cuestión porque quiere saber la verdad al respecto y, por lo tanto, no busca autogratificación, o quiere una solución porque tiene miedo. Si lo hace con la idea de que teme a la muerte y desea continuar, su pregunta tendrá una respuesta gratificante, porque lo único que usted busca es consuelo. En tal caso, puede igualmente adoptar una nueva creencia que lo satisfaga o tomar una droga que lo embote. Cuando uno sufre, desea que lo emboten. El sufrimiento es la respuesta de la sensibilidad; es decir, la sensibilidad contribuye al dolor y, cuando hay dolor, uno desea una droga. Por lo tanto, o quiere usted encontrar la verdad acerca de esto, o está buscando algo que lo arrulle y lo adormezca, sólo que no lo plantea tan crudamente. Quiere sentirse confortado; pregunta a causa de que teme a la muerte y desea estar seguro de la continuidad. Según sea su modo de abordar la cuestión, tal será la

respuesta que encuentre, es obvio. Si está buscando consuelo, entonces no está buscando la verdad; si tiene miedo, no procura descubrir lo real. Por consiguiente, primero tiene que ser muy serio en su pensar. La mayoría de nosotros tiene miedo de buscar la verdad. A casi todos nos espanta que no haya continuidad y queremos que se nos asegure que continuaremos. Descubramos si hay continuidad; usted podrá desearla, pero tal vez no la haya.

¿Qué entiende usted por continuidad y qué por llegar al fin? ¿Qué es lo que continúa? Estamos procurando descubrir qué hay de verdadero en la continuidad y qué hay de verdadero en la no continuidad. Debemos, pues, examinar qué es lo que continúa en nuestra vida cotidiana. ¿Se han observado a sí mismos continuando, en relación con la propiedad, con la familia, con las ideas? Dicen cientos de veces: "Ésta es mi propiedad, mi reputación", y eso se vuelve continuidad. Dicen: "Es mi nombre, mi esposa, mi trabajo, mi empleo, son mis ambiciones, mis características o tendencias; soy una personalidad importante, o una personalidad sin importancia que trata de volverse importante"... Y eso es lo que son ustedes en la vida diaria, no espiritualmente, sino de hecho. Desde luego, todo eso son recuerdos, y queremos saber si ese haz de recuerdos, identificados como el "sí mismo", continuará. "Uno mismo" no está separado del haz de recuerdos; no hay un "yo" como una entidad diferente con respecto a la memoria. El "yo" podrá situarse en un nivel más elevado, pero aun en ese nivel sigue estando dentro del campo de la memoria, del pensamiento; y queremos saber si continuará. La memoria es la palabra, el símbolo, la representación mental, la imagen; sin la palabra no hay "yo". El símbolo, la imagen, la representación mental del pasado, el recuerdo de ciertas relaciones, todo eso es el "yo", o sea, la palabra. El interlocutor desea saber si esa palabra, que se identifica con la memoria, continuará. Dicho de otro modo, busca la inmortalidad a través de la memoria identificada con el "yo". Uno no es diferente de las diversas cualidades que contribuyen a la formación del "yo". Así, "uno" es la casa, el recuerdo, la experiencia, la familia; "uno" no está separado de la idea. Y el interlocutor quiere saber si ese "uno", el "yo", continúa.

Ahora bien, ¿por qué quiere saberlo? ¿Cuál es el motivo, cuál es el impulso? Uno dice: "He terminado, debo tener un espacio en el cual crecer, devenir; la vida es demasiado corta, necesito otra oportunidad". Veamos, ¿han notado que la idea, el pensamiento, puede continuar? Pueden experimentarlo por sí mismos, es simple. El pensamiento como memoria, como idea, continúa. Por lo tanto, la pregunta está contestada. El "yo" que continúa es tan sólo un haz de recuerdos; es decir, cuando hay identificación del pensamiento como "yo soy", esta cosa superficial continúa en una forma u otra, tal como el pensamiento lo hacía antes. El "yo" como idea, como pensamiento, continúa, pero eso no nos resulta muy satisfactorio, porque uno tiene el concepto de que es algo más que el pensamiento, y desea saber si ese "algo más" continúa. No hay nada más; "yo" soy solamente el resultado de las influencias sociales, ambientales; es decir, "yo" soy el resultado del condicionamiento.

Algunos quizá digan: "Qué disparate es hablar de una vida futura; es pura tontería supersticiosa". Otros, distintamente condicionados, creen que existe algo más. No hay, por cierto, mucha diferencia entre los dos. Ambos están condicionados, uno para creer y otro para no creer. La creencia, en cualquiera de sus formas, ya sea la creencia en la continuidad, o la creencia en la no continuidad, son ambas nocivas para el descubrimiento de la verdad. Para descubrir cuál es la verdad al respecto, no puede haber miedo ni creencia, que encadenan a la mente. Sólo cuando la continuidad llega a su fin, puede uno saber la verdad acerca de lo que hay más allá de lo que continúa.

Expresado de una manera diferente, la muerte es lo desconocido, es siempre nueva; para comprenderla, debemos abordarla también con una mente nueva, pura, con una mente que no sea una mera continuación del pasado. En ese estado, uno es capaz de conocer el significado de la muerte. Ahora no conocemos ni la vida ni la muerte, y estamos ansiosos por saber qué es la muerte. El pensamiento debe terminar para que la vida sea. Tiene que haber muerte a fin de que florezca la vida. Cuando la vida es sólo la continuación del pensamiento, tal continuación no puede conocer jamás la realidad. Si busco continuidad, la tengo en mi casa, en mi trabajo, en mis hijos, en mi nombre, en mi propiedad, en ciertas cualidades; todo eso soy "yo", es pensamiento que continúa. La inmortalidad puede ser conocida únicamente cuando cesa el pensar, cuando, gracias a la comprensión, llega a su fin el proceso del pensamiento. Uno puede pensar sólo acerca de algo que conoce. Por consiguiente, cuando piensa acerca de sí mismo como una entidad espiritual, ésa es su propia proyección, algo que se origina en el pasado; por lo tanto, no es espiritual. Únicamente cuando comprendemos la continuidad, llega a su fin el pensamiento; y éste es un proceso extraordinario que requiere un gran estado de percepción alerta, no disciplinas, votos, dogmas, doctrinas, creencias y demás. Hay inmortalidad sólo cuando la mente está por completo silenciosa, y ese silencio, esa quietud, adviene cuando el pensamiento es totalmente comprendido.

*Pregunta: Yo le rezo a Dios, y mis oraciones son respondidas. ¿No es esto una prueba de la existencia de Dios?*

KRISHNAMURTI: Si usted tiene pruebas de la existencia de Dios, entonces eso no es Dios, porque la prueba es de la mente. ¿Cómo puede la mente confirmar o refutar a Dios? Por lo tanto, su dios es una proyección de la mente, conforme a su satisfacción, a su apetito, a su felicidad, a su placer o a su miedo. Una cosa así no es Dios sino una mera creación del pensamiento, una proyección de lo conocido, que es el pasado. Lo que es conocido no es Dios, aunque la mente pueda estar muy activa en la búsqueda de Dios.

El interlocutor dice que sus oraciones son respondidas y pregunta si esto no es una prueba de la existencia de Dios. ¿Desea usted una prueba acerca del amor? Cuando ama a alguien, ¿busca una prueba? Si necesita una prueba, ¿es amor eso? Si ama a su esposa, a su hijo, y quiere una prueba, ese amor es, por

cierto, un negocio. Por lo tanto, su oración a Dios es un mero regateo. (*Risas*). No lo tomen a risa, considérenlo seriamente, como un hecho. El interlocutor, por medio de súplicas y plegarias, se acerca a lo que él llama Dios. Uno no puede dar con la realidad por medio del sacrificio, del deber, de la responsabilidad, porque éstos son medios para un fin, y el fin no es diferente de los medios. El medio es el fin.

La otra parte de la pregunta es: "Le rezo a Dios, y mis oraciones son respondidas". Examinemos eso. ¿Qué entiende usted por oración? ¿Reza cuando está alegre, feliz, cuando no hay confusión ni desdicha? Reza cuando se siente desdichado, cuando hay perturbación, miedo, desorden, y su rezo es súplica, plegaria. Quiere que alguien lo ayude, que una entidad superior le tienda una mano, y ese proceso de súplica en sus diferentes formas, es llamado oración. ¿Qué sucede, entonces? Uno extiende ante alguien su escudilla de mendigo; no importa ante quién: un ángel o su propia proyección a la que llama "Dios". Tan pronto implora, obtiene algo, pero si ese algo es real o no, ya es un asunto diferente. Uno quiere que se resuelvan su confusión, sus desdichas; por lo tanto, pronuncia sus frases tradicionales, pone en marcha su devoción, y es obvio que la repetición constante aquieta la mente. Pero eso no es quietud; la mente tan sólo se embota y adormece. En esa quietud inducida, cuando suplicamos, hay una respuesta. Pero ésa no es, en absoluto, una respuesta de Dios. Proviene de nuestra propia proyección mental.

Aquí está la respuesta a la pregunta. Pero ustedes no quieren investigar todo esto; por eso formulan la pregunta. La oración que practican es una súplica; lo único que les interesa es obtener una respuesta a su plegaria, porque lo que desean es librarse de aquello que les preocupa. Algo les está royendo el corazón y, al rezar, se embotan y se aquietan. En esa quietud artificial hay una respuesta gratificante, es obvio, de lo contrario, la rechazarían. Su oración es satisfactoria; por lo tanto, es lo que ustedes mismos han creado. Es su propia proyección la que los ayuda. Ése es un tipo de oración. Luego está el tipo premeditado de oración para hacer que la mente se aquiete y se torne receptiva, abierta. ¿Cómo puede la mente abrirse cuando está condicionada por la tradición, por el trasfondo del pasado? La apertura mental implica comprensión, capacidad de seguir el movimiento de lo imponderable. Cuando la mente se halla sujeta, atada a una creencia, no puede estar abierta. Cuando está deliberadamente abierta, cualquier respuesta que recibe es una proyección de ella misma. Sólo cuando no está condicionada, cuando sabe cómo habérselas con cada problema a medida que se presenta, sólo entonces, ya no hay más problemas. En tanto prosiga el trasfondo, éste debe crear un problema; en tanto haya continuidad, tiene que haber confusión y desdicha en permanente aumento. La receptividad es la capacidad de estar abiertos, sin condena ni justificación, a *lo que es*; y de eso tratan ustedes de escapar mediante la oración.

*8 de enero de 1950*

## CUARTA PLÁTICA EN COLOMBO

Hay, sin duda, una gran confusión en todas partes, no sólo dentro de nosotros, individualmente, sino también en el mundo y entre nuestros así llamados líderes. Cuando hay confusión, existe un deseo de encontrar a alguien que nos conduzca fuera de nuestras dificultades, y recurrimos a alguna clase de autoridad. Cedemos la responsabilidad a nuestros líderes, o buscamos un modelo de acción, o acudimos al pasado o al futuro tratando de averiguar qué debemos hacer. Nuestra moralidad se basa en el patrón del ayer o en el ideal del mañana, y cuando tanto la tradición como el ideal del futuro fracasan, nos dirigimos hacia alguna autoridad. Casi todos nosotros queremos seguridad, anhelamos alguna clase de refugio para protegernos de toda esta confusión, y lo buscamos en la moralidad conforme a un modelo del pasado, a algún tipo de ideal; nos aferramos a un ejemplo, esperando ver el modo de salir de nuestra confusión, de nuestra incertidumbre. Nuestro ideal es una proyección de nosotros mismos, creada mediante la interpretación de diversos libros, y toda nuestra intención y nuestro propósito es encontrar algo, una persona, un sistema o una idea, que nos saque de esta confusión. Estando, pues, confundidos, inseguros, buscamos la autoridad externa o interna y gastamos nuestras energías tratando de amoldarnos, ya sea al modelo de la tradición o al ideal de lo que deberíamos ser. El amoldamiento en cualquier nivel, es obvio que niega la inteligencia, que es la capacidad de ajuste, la capacidad de una respuesta rápida al reto. Cuando esa inteligencia no funciona, es cuando nos amoldamos a un patrón fijo, a la autoridad.

Eso es lo que hoy está ocurriendo en el mundo, ¿no es así? Individualmente, estamos confundidos, y al estar confundidos, inseguros en lo interno, acudimos a alguien. Para descubrir, ¿no es necesario, acaso, un estado de inseguridad, de incertidumbre? ¿Puede uno descubrir algo si está seguro? ¿No es esencial estar inseguro para descubrir la realidad, o como prefieran llamarlo? Tiene que existir este estado de inseguridad, este estado de interrogación constante, no para encontrar un resultado, sino para investigar cada incidente, cada pensamiento y sentimiento a medida que surge, lo cual implica comprender la experiencia de instante en instante.

Estando, pues, confundidos, inseguros, ¿no es nocivo para la inteligencia, para la verdadera integridad interna, el hecho de seguir un modelo? Porque el modelo, el sistema, nos conduce finalmente a la seguridad y ¿cómo puede descubrir jamás cosa alguna, alguien que está psicológicamente seguro? Desde luego, necesitamos estar físicamente seguros, pero la seguridad física será destruida en tanto estemos buscando la seguridad psicológica. Es indudable que el deseo de seguridad psicológica impide la respuesta creativa a la vida, respuesta que es inteligencia. Resulta obvio, pues, que nuestro problema no es la sustitución de un modelo por otro, sino cómo liberarnos de los modelos a fin de que podamos responder de un modo nuevo a cada reto. Esto es la

realidad, ¿no es así? La realidad es comprender cada instante de vida tal como es, sin interpretarlo de acuerdo con nuestra experiencia pasada. Una mente limitada por la autoridad, ya sea la autoridad propia o la de otro, una mente que se amolda, que imita, que sigue un modelo determinado de acción, ¿puede ser capaz de comprender lo real, *lo que es* a cada instante del pensar y el sentir? La mente agobiada a causa de la autoridad, de la confusión, de la disciplina, es obvio que no puede encontrar aquello que es libre. Una mente disciplinada, controlada, sometida, ¿puede ser libre alguna vez? ¿Puede un mal medio conducir a un buen fin?

Para descubrir lo real, la mente debe ser libre desde el principio, no en algún remoto final. ¿Cómo puede haber libertad para una mente que se amolda, que tan sólo imita, que sigue cierto curso de acción? Y la mente seguirá patrones de acción, se disciplinará, se amoldará, en tanto haya miedo a la incertidumbre psicológica. Físicamente, debemos tener ropa, alimento y vivienda; pero, cuando hay seguridad psicológica, ¿no excluye eso la investigación y, por ende, el descubrimiento? El descubrimiento sólo es posible en libertad, no es un curso de acción disciplinado conforme a un modelo.

No investigamos, pues, qué es la disciplina o qué sistema o curso de acción debemos seguir, sino cómo liberar a la mente del miedo a sentirse insegura. ¿No es esencial, como vimos, que la mente se sienta insegura? Sólo en la inseguridad puede haber comprensión de lo que es falso. Requiere cierto estado de percepción alerta la no aceptación de ninguna autoridad. Así, una mente que desee comprender la realidad, debe estar libre, desde el principio mismo, de toda compulsión interna o externa; es decir, debe hallarse en un estado de incertidumbre, no atada a ninguna creencia, a ningún ideal en particular, ya que son meros refugios. Sólo entonces está la mente libre de cuidado, sin identificarse con nada, feliz, y sólo una mente así es capaz de comprender lo verdadero. Esta capacidad de comprender requiere que estemos libres de amoldamiento, lo cual implica estar libres de miedo. Después de todo, nos amoldamos porque no sabemos, lo cual nos infunde miedo, pero ¿no es un hecho que el no saber es esencial para que lo desconocido sea? Si observan, verán cómo la mente se mueve todo el tiempo de lo conocido a lo conocido, pero sólo cuando la mente está libre de lo conocido, es posible recibir lo desconocido, y eso implica que debe estar enteramente libre de todo sentido de amoldamiento, autoridad o imitación. La mayor calamidad de esta civilización es que somos como discos de fonógrafo, todos repitiendo lo que dicen los libros, ya sea el Corán, la Biblia o el que fuere. Por cierto, una mente que repite no busca realmente comprender, ya que es incapaz de sentirse insegura; y la incertidumbre es esencial a fin de descubrir.

*Pregunta: ¿Por qué no participa usted en la política o en la reforma social?*

KRISHNAMURTI: ¿Han notado ustedes cómo la política y la reforma so-

cial se han vuelto importantes hoy en día? Todos nuestros diarios y la mayoría de las publicaciones, excepto las puramente escapistas, están llenas de política, economía y otros problemas. ¿Se han preguntado alguna vez por qué es así, por qué los seres humanos dan una importancia tan extraordinaria a la política, a la economía y a la reforma social? Las reformas son evidentemente necesarias debido a la confusión económica, social y política, y al deterioro general de la condición humana a consecuencia de las dos guerras mundiales. Por eso, las multitudes se agolpan alrededor de los líderes políticos; la gente forma fila en las calles, mirándolos como si fueran animales raros que tratan de resolver el problema en el nivel económico, social o político, independientemente del proceso humano total.

Estos problemas, ¿deben ser abordados separadamente, sin relacionarlos con el problema psicológico total del hombre? Ustedes podrán tener un sistema perfecto y creer que resolverá los problemas económicos del mundo, pero otro también tendrá un sistema perfecto, y ambos sistemas representando dos ideologías diferentes, pelearán el uno contra el otro. En tanto sigan ustedes peleando por ideas, sistemas, no podrá haber una revolución radical, verdadera, una transformación fundamental de la sociedad. Las ideas no transforman a la gente. Lo que da origen a la transformación es la libertad respecto de las ideas. La revolución basada en ideas, deja de ser revolución y es tan sólo el pasado que continúa en una forma modificada. Obviamente, eso no es revolución.

El interlocutor quiere saber por qué no participo en política o en la reforma social. Si uno puede comprender el proceso total del hombre, trata con las cuestiones fundamentales, no se limita a podar determinadas ramas del árbol. Pero son muy pocos los que se interesan en el problema completo. Sólo nos preocupa conciliar las cosas, ajustarlas superficialmente; no nos interesa comprender al hombre como un proceso total. Es mucho más fácil ser un experto en un determinado nivel. Los expertos en el nivel económico o político, dejan el nivel psicológico a otros expertos, y así nos volvemos esclavos de los expertos; somos sacrificados por los expertos en pro de una idea.

Una revolución fundamental es, por lo tanto, posible únicamente comprendiendo el proceso total de nosotros mismos, no como individuos opuestos a la masa, a la sociedad, sino comprendiéndonos cada uno como individuo en relación mutua con la sociedad; porque sin mí no existe la sociedad, sin mí no hay relación con otro. En tanto no nos comprendamos a nosotros mismos, no habrá ninguna revolución, ninguna transformación fundamental. Los reformadores y los llamados revolucionarios son, de hecho, factores regresivos en la sociedad. Un reformador trata de arreglar la presente sociedad, o de crear una nueva, sobre la base de una ideología, y su idea es la respuesta condicionada a una pauta previa; una revolución semejante, basada en una ideología, jamás puede producir una transformación fundamental, radical en las relaciones sociales.

Lo que a nosotros nos concierne no es la reforma o la continuidad modificada que llaman "revolución", sino la transformación fundamental del ser

humano en su relación con el ser humano, y mientras no exista este cambio básico en el individuo, no podremos producir un nuevo orden social. La transformación fundamental no depende de creencias, de organizaciones religiosas ni de sistema político o económico alguno; depende de la comprensión acerca de uno mismo en relación con el otro. Ésa es la verdadera revolución que debe tener lugar, y entonces cada uno de ustedes tendrá, como individuo, una influencia extraordinaria en la sociedad. Pero sin esa transformación, limitarse a hablar acerca de la revolución o sacrificarse por una idea así llamada práctica —lo cual en realidad no implica sacrificio alguno— es, obviamente, mera repetición, o sea, retroceso.

*Pregunta: ¿Cree usted en la reencarnación y el karma?*

KRISHNAMURTI: Supongo que ahora se instalarán cómodamente en sus asientos y se sentirán a gusto. ¿Qué entiende usted por "creer", y por qué quiere creer? Para descubrir lo verdadero, ¿es necesaria la creencia? Para eso debe abordar la vida con frescura mental, debe tener la capacidad de ver las cosas de un modo nuevo; pero la mente, acunada en la creencia es incapaz de descubrir lo nuevo. Por lo tanto, antes de que pueda descubrir si hay o no hay reencarnación, debe averiguar si su mente está libre de creencias. La mayoría de nosotros tiene creencias porque eso es conveniente, satisfactorio; hay en ello mucha esperanza. Es como tomar alguna droga o algún narcótico y sentirse apaciguado. Una creencia semejante es una proyección de nuestro propio deseo. Para descubrir, pues, la verdad acerca de cualquier cuestión, es obvio que uno debe estar libre de hipótesis, creencias, de toda forma de conclusión, ya sea que se trate del Buda, de Cristo, de uno mismo, o de la abuela de uno. Es preciso abordar la cuestión de un modo nuevo, y sólo entonces es uno capaz de descubrir lo verdadero. La creencia es un impedimento para la realidad, y ésa es una píldora muy difícil de tragar para la mayoría de nosotros. No buscamos la realidad; queremos gratificación, y la creencia nos brinda gratificación, nos tranquiliza. Así que, en esencia, vamos a la búsqueda de satisfacción escapando del problema, del dolor y del sufrimiento. Por lo tanto, no buscamos realmente la verdad. Para encontrar la verdad, tiene que haber experiencia directa del dolor, de la pena, del placer, pero no a través de una pantalla de creencias.

De igual manera, averigüemos qué entienden ustedes por reencarnación; descubramos la verdad al respecto, no lo que les agrada creer, no lo que alguien les ha contado o lo que pueda haberles dicho su instructor. Por cierto, lo que nos libera es la verdad, no nuestra propia conclusión, nuestra propia opinión.

Y bien, ¿qué entienden ustedes por reencarnación? ¿Qué entienden por reencarnar, renacer? ¿Qué es lo que, *en realidad,* nace de nuevo?, no lo que ustedes creen o no creen. Por favor, descarten todo eso, es tan sólo cosa de niños. Descubramos qué es lo que regresa o reencarna. Para descubrir eso, pri-

mero debemos conocer lo que somos. Cuando decimos: "Yo renaceré", debemos conocer qué es el "yo". Ésa es la pregunta, ¿verdad? No la estoy esquivando. No piensen que esto es un movimiento ingenioso de mi parte. Verán el problema claramente a medida que prosigamos, que exploremos. Uno dice: "Yo renaceré". ¿Qué es el "yo" que ha de renacer? ¿Es el "yo" una entidad espiritual, es algo continuo, algo independiente de la memoria, de la experiencia, del conocimiento? O el "yo" es una entidad espiritual, o es tan sólo un proceso del pensamiento. O es algo que se halla fuera del tiempo, no siendo mensurable en términos de tiempo, o se halla dentro del campo del tiempo, de la memoria, del pensamiento. No puede ser otra cosa. Descubramos si está más allá de la medida del tiempo.

Espero que estén siguiendo todo esto. Descubramos si el "yo" es, en esencia, algo espiritual. Ahora bien, por "espiritual" entendemos, ¿no es así?, algo que no puede ser condicionado, algo que no es una proyección de la mente humana, algo que no está dentro del campo del pensamiento, algo que no muere. Cuando hablamos de una entidad espiritual nos referimos, es obvio, a algo que no se encuentra dentro del campo de la mente. El "yo", ¿es entonces una entidad espiritual semejante? Si es una entidad espiritual, debe estar más allá de todo tiempo; en consecuencia, no puede renacer ni continuar. El pensamiento no puede pensar en ello, porque el pensamiento entra dentro de la medida del tiempo, el pensamiento pertenece al ayer, es un movimiento continuo, la respuesta del pasado; por lo tanto, es esencialmente un producto del tiempo. Si el pensamiento puede pensar en el "yo", entonces éste forma parte del tiempo; en consecuencia, ese "yo" no está libre del tiempo y, por ende, no es una entidad espiritual. Así pues, el "yo", el "tú", es tan sólo un proceso de pensamiento; y ustedes quieren saber si ese proceso de pensamiento, continuando aparte del cuerpo físico, nace de nuevo, si reencarna en una forma física.

Vayamos ahora un poco más lejos. Aquello que continúa, ¿puede alguna vez descubrir lo real, lo que está más allá del tiempo y la medida? Estamos experimentando para descubrir la verdad, no intercambiando opiniones. Ese "yo", esa entidad que es un proceso del pensamiento, ¿puede ser, en modo alguno, nuevo? Si no puede, tiene que haber un final para el pensamiento. ¿Acaso todo lo que continúa no es inherentemente destructivo? Aquello que tiene continuidad, nunca puede renovarse. En tanto el pensamiento continúa a través de la memoria, del deseo, de la experiencia, jamás puede renovarse; por lo tanto, no puede conocer lo real. Uno podrá renacer mil veces, pero jamás podrá conocer lo real, porque sólo aquello que muere, que llega a su fin, puede renovarse a sí mismo.

La otra parte de la pregunta es si yo creo en el karma. ¿Qué entienden ustedes por la palabra *karma*? Hacer, actuar, ser. Tratemos de descubrir, a pesar de los cuentos de viejas. Karma implica, ¿no es así?, causa y efecto: la acción basada en una causa produce cierto efecto; la acción nacida del condicionamiento, produce resultados ulteriores. De modo que karma significa causa y efecto. ¿Son estáticos la causa y el efecto, son siempre fijos? El efecto, ¿no se

convierte también en causa? No hay, pues, causa fija o efecto fijo. El hoy es el efecto del ayer, tanto cronológica como psicológicamente; y el hoy es la causa del mañana. De este modo, la causa es efecto y el efecto se convierte en causa; es un movimiento continuo, no hay causa fija ni efecto fijo. Si hubiera causa y efecto fijos, habría especialización, y ¿no es muerte la especialización? Toda especie que se especializa, es obvio que termina ahí. La grandeza del hombre es que no puede especializarse. Puede especializarse técnicamente, pero no en lo estructural. Una semilla de bellota está especializada, no puede ser otra cosa que lo que es. Pero el ser humano no termina completamente. Existe la posibilidad de una renovación constante; no está limitado por la especialización.

En tanto consideremos la causa, el trasfondo, el condicionamiento, como no relacionados con el efecto, tendrá que haber conflicto entre el pensamiento y el trasfondo. El problema es, por consiguiente, mucho más complejo que la alternativa de creer o no creer en la reencarnación; la cuestión es cómo actuar, no si uno cree en la reencarnación o en el karma, lo cual es absolutamente irrelevante. Nuestra acción es tan sólo el resultado de ciertas causas, y esa acción modifica la acción futura; debido a eso, no hay forma de escapar del condicionamiento.

Planteado nuestro problema de una manera diferente, ¿puede la acción librarnos alguna vez de esta cadena de causa-efecto? He hecho algo en el pasado; he tenido una experiencia, la cual condiciona mi respuesta hoy, y la respuesta de hoy condiciona el mañana. Ése es todo el proceso de karma —causa y efecto— y, aunque temporariamente pueda dar placer, tal proceso de causa y efecto conduce finalmente al dolor. Ése es el verdadero quid de la cuestión: ¿Puede ser libre el pensamiento? El pensamiento libre, la acción libre, no ocasionan dolor, no originan condicionamiento. Ése es el punto vital de toda esta cuestión. ¿Puede, pues, haber una acción no relacionada con el pasado, una acción que no se base en una idea? La idea es la continuación del ayer en una forma modificada, y esa continuación condicionará el mañana, lo cual quiere decir que la acción basada en una idea jamás puede ser libre. En tanto la acción se base en una idea, producirá inevitablemente más conflicto. ¿Puede haber una acción sin la carga de la experiencia, del conocimiento de ayer? Mientras la acción siga siendo un producto del pasado, jamás podrá ser libre, y sólo en libertad puede uno descubrir lo verdadero. Lo que sucede es que, como la mente carece de libertad, no puede actuar, sólo puede reaccionar; y nuestra acción se basa en la reacción. Esa acción no es acción, sino sólo la continuidad de la reacción, porque es el resultado de la memoria, de la experiencia, de la respuesta del ayer.

La pregunta es, entonces: ¿Puede la mente estar libre de su condicionamiento? Eso está contenido, si duda, en la pregunta acerca del karma y la reencarnación. Mientras hay continuidad en el pensamiento, la acción debe ser limitada; y una acción así engendra oposición, conflicto y karma —la respuesta del pasado que, en conjunción con el presente, crea una continuidad modificada—. ¿Puede, pues, ser libre una mente que se basa en la continuidad? Si

no puede serlo, ¿es posible, entonces, que cese la continuidad? Ésta es una pregunta de suma importancia. Descubrir si la mente puede alguna vez estar libre del trasfondo, implica una investigación inmensa. ¿Acaso la mente no está basada en el trasfondo? El pensamiento, ¿no se fundamenta en el pasado? ¿Puede, pues, el pensamiento librarse alguna vez del pasado? Todo cuanto el pensamiento puede hacer es llegar a su fin, pero no mediante la compulsión, es obvio, ni mediante el esfuerzo ni forma alguna de disciplina, control o sometimiento. Como un observador, vea la verdad de lo que significa para el pensamiento llegar a su fin. Vea la verdad, la importancia de ello, y la respuesta falsa queda eliminada. Eso es lo que estamos tratando de hacer al contestar esta pregunta en particular.

Cuando hay acción no basada en la idea o en el pasado, la mente está silenciosa, absolutamente silenciosa. En ese silencio, la acción se halla libre de la idea. Pero usted querrá una respuesta a su pregunta acerca de si yo creo o no creo en la reencarnación. ¿Es usted, de alguna forma, más sabio si yo creo o no creo en ella? Espero que esté confundido al respecto. Satisfacerse con las palabras de una explicación, denota una mente trivial, necia. Examine todo el proceso de sí mismo. Ese examen puede tener lugar únicamente en la relación, y para descubrir la verdad en cualquier relación, tiene que haber un estado de vigilancia constante, de permanente percepción alerta y pasiva. Eso le mostrará la verdad, para la cual no necesita la confirmación de nadie. En tanto continúa el pensamiento, la realidad no puede revelarse; el pensamiento que continúa como el ayer, torna inevitables la confusión y el conflicto. Sólo cuando la mente está quieta, pasivamente alerta, es posible que lo real se manifieste.

*Pregunta: ¿Por qué está usted contra el nacionalismo?*

KRISHNAMURTI: ¿Usted no está contra el nacionalismo? ¿Por qué es nacionalista? ¿Acaso el nacionalismo, el llamarse uno inglés, tamil, o Dios sabe qué más, no es una de las causas fundamentales de la guerra, de la espantosa destrucción y desdicha que reinan en el mundo? ¿Cuál es el proceso de identificarse uno mismo con un grupo, con un país determinado, ya sea económica, social o políticamente? ¿Cuál es la razón de llamarse uno a sí mismo cingalés, indio, alemán, americano, ruso, o lo que fuere? El condicionamiento social y la presión económica hacen que uno se identifique con un grupo. Ése es un factor. Pero, ¿por qué identificarnos con algo? Ése es el problema. Uno se identifica con la familia, con una idea, o con lo que llama Dios. ¿Por qué se identifica con algo que considera grande? Yo vivo en una pequeña aldea; soy un don nadie, pero si me titulo hindú, si me identifico con cierta clase o casta, entonces soy "alguien". Psicológicamente, soy nadie: una persona vacua, insuficiente, solitaria, pobre; pero me identifico con algo grande, y me vuelvo grande. (*Risas*). No lo tomen a broma, esto es lo que en realidad hacen ustedes; lo llaman nacionalismo, y por él lo sacrifican todo. Un gobierno soberano debe siempre estar a la defensiva contra el ataque de algún enemigo, pero uno está

dispuesto a destruirse a sí mismo por una idea, que es el deseo que uno tiene de ser algo grande. De hecho, no es grande, sigue siendo lo que era, sólo que se considera un gran hombre. El nacionalismo es falso; como la creencia, divide a la gente, y en tanto seamos nacionalistas, no podremos tener seguridad física.

*Pregunta: ¿Qué quiere usted decir cuando afirma que el pensador y el pensamiento son una sola cosa?*

KRISHNAMURTI: Ésta es una pregunta seria, y tendrán que estar un poco atentos. Ahora bien, nosotros tenemos conciencia de que existe el pensador aparte del pensamiento, de que el pensador es una entidad separada del proceso de pensamiento, ¿verdad? Porque el pensador está operando sobre el pensamiento, tratando de controlarlo, someterlo, modificarlo, o incluso encontrarle un sustituto. Por lo tanto, decimos que existe el pensador separado del pensamiento. Y bien, ¿es así? ¿Está el pensador separado del pensamiento? Si lo está, ¿por qué lo está? ¿Qué ha dado origen a esta separación? ¿Es así en realidad, o se trata de una ilusión? ¿Hay realmente un pensador separado del pensamiento, o sólo hay pensamiento que se separa a sí mismo como pensador? No hay duda, el pensamiento ha creado al pensador; el pensador no está más allá del pensamiento, el pensador es el producto del pensamiento. Por eso, la idea de que el pensador está separado del pensamiento, es falsa. El pensamiento es el que crea al pensador, y si no hubiera en absoluto capacidad de pensar, no habría pensador. El pensador surge a la existencia por obra del pensamiento; ¿por qué, entonces, ha tenido lugar esta separación? Desde luego, por la simple razón de que el pensamiento cambia constantemente; o sea, al reconocerse a sí mismo en estado de cambio, de transformación, de flujo constante, el pensamiento crea una entidad, el pensador, para otorgarse permanencia. Así, el deseo de permanencia da origen al pensador. Los pensamientos son transitorios, es obvio, pero el pensador se percibe a sí mismo como permanente. De hecho, no hay pensador en absoluto; sólo hay pensamiento creando una entidad permanente a causa del miedo a la transitoriedad.

En consecuencia, el pensador es una ilusión. La mayoría de nosotros supone que este falso proceso es real, y debido a eso existen el pensador y el pensamiento, el experimentador que está siempre experimentando, por lo cual no hay integración. La integración existe únicamente cuando el pensamiento no crea al pensador, y eso quiere decir que el pensamiento no se identifica a sí mismo como "mi" pensamiento, "mi" logro, "mi" experiencia; porque este "mi" es lo que separa al pensamiento del pensador. Cuando existe la experiencia de integración entre pensamiento y pensador, hay una revolución fundamental en el pensar. Entonces no existe una entidad que domine o controle al pensamiento, ni existe ya la idea de un "yo" llegando a ser alguna cosa, volviéndose más perfecto, más virtuoso. Hay integración completa cuando sólo existe el pensamiento para ser comprendido a través de una verdadera meditación. No hay ahora tiempo suficiente para discutir qué es la verdadera meditación; lo

haremos el próximo domingo. Pero la integración, esa revolución completa en el pensar, puede ser comprendida únicamente en la relación.

*Pregunta: La creencia en Dios, ¿es necesaria, es beneficiosa?*

KRISHNAMURTI: Como dije, la creencia, en cualquiera de sus formas, es un obstáculo. Un hombre que cree en Dios jamás podrá encontrar a Dios. Si uno está abierto a la realidad, no puede haber creencia en la realidad. Si uno está abierto a lo desconocido, no puede haber creencia en lo desconocido. Al fin y al cabo, la creencia es una forma de autoprotección, y sólo una mente trivial puede "creer" en Dios. Observen la creencia de los aviadores durante la guerra: mientras arrojaban bombas, ¡decían que Dios era su copiloto! Por lo tanto, ustedes creen en Dios cuando matan, cuando explotan a la gente. Adoran a Dios y prosiguen despiadadamente extorsionando dinero, sosteniendo al ejército; sin embargo, dicen que creen en la misericordia, en la compasión, en la bondad. Obviamente, una creencia semejante es un impedimento para la comprensión de la realidad. Toda creencia, en cualquiera de sus formas, es un impedimento, incluso la creencia de ustedes en Dios. Es un obstáculo para el descubrimiento de lo real, porque se basa en una idea o se ajusta al molde de una tradición.

En tanto exista la creencia, jamás podrá revelarse lo desconocido; no es posible pensar en lo desconocido; el pensamiento no puede medirlo. La mente es el producto del pasado, es el resultado del ayer, y una mente así, ¿puede estar abierta a lo desconocido? Sólo puede proyectar una imagen, pero tal proyección no es real; de modo que ese dios no es Dios, es una imagen de nuestra propia hechura, una imagen de nuestra propia gratificación. La realidad puede manifestarse sólo cuando la mente comprende la totalidad de su propio proceso y ese proceso llega a su fin. Cuando la mente está por completo vacía, sólo entonces, es capaz de recibir lo desconocido. La mente no se purifica hasta que comprende el contenido de la relación —su relación con la propiedad, con las personas—, hasta que ha establecido la correcta relación con todo. A menos que comprenda todo el proceso del conflicto en la relación, la mente no puede ser libre. Cuando se halla totalmente silenciosa, inactiva, cuando no se proyecta ni busca y está por completo quieta, únicamente entonces revela su existencia aquello que es eterno e intemporal.

Esto no es especulación, no es algo que ustedes puedan aprender de otro; no es sentimiento o sensación; es algo que debe ser experimentado. Uno no puede experimentarlo en tanto la mente está activa. El silencio de la mente no puede lograrse mediante la acción deliberada; no es cosa que podamos perseguir; llega sólo cuando cesa el conflicto. Comprender nuestro propio conflicto en la relación, es el principio de la sabiduría, y cuando la mente está tranquila, se manifiesta aquello que es eterno.

*15 de enero de 1950*

# QUINTA PLÁTICA EN COLOMBO

Ésta es la última plática, y consistirá más o menos en un compendio de lo que hemos estado discutiendo aquí durante las últimas cuatro o cinco semanas.

A casi todos nosotros debe parecernos muy extraño que la vida se haya convertido en una lucha semejante en todos los niveles de la existencia, no sólo físicamente, sino también psicológicamente, tanto en lo interno como en lo externo. Parecemos encontrarnos en un campo de batalla del mundo, y hemos aceptado, hemos dado por hecho, que el conflicto es el estado natural del hombre. Este conflicto, esta lucha, es la imagen humana que los así llamados filósofos parecen haber creado; y nosotros hemos admitido eso como nuestra normal forma de vida en la relación, no sólo con respecto a la propiedad, sino también en nuestra relación con los demás seres humanos. Existe esta constante batalla, individual y colectiva, entre hombres y mujeres, entre uno mismo y la sociedad; y también hay conflicto entre ideas, entre la ideología de la izquierda y la de la derecha, entre diversas creencias, ya sean religiosas o laicas, económicas, sociales o políticas. Está, pues, esta constante división desarrollándose entre hombre y hombre, no sólo externamente, sino también en lo interno.

¿Podemos, acaso, comprender, podemos realmente crear cosa alguna en un estado de conflicto? ¿Puede uno escribir un libro, pintar un cuadro, apreciar a otro ser humano, sentir junto con él o amarlo, si hay conflicto? Por cierto, el conflicto es la antítesis de la comprensión,  mediante el conflicto no puede haber comprensión jamás, en ningún nivel. Hemos aceptado filosóficamente que el conflicto es inevitable, y tal vez estemos enteramente equivocados al aceptar una tesis, una idea semejante. ¿Puede la comprensión provenir del conflicto, de la contienda armada, de una revolución proletaria? Para entender la estructura de la sociedad y dar origen a una revolución radical, ¿no debemos comprender *lo que es*, y no crear el opuesto, lo cual genera conflicto? ¿Produce una síntesis el conflicto? Para comprender, es indudable que debemos ver, examinar *lo que es* realmente, y no introducir ideas al respecto; sólo entonces es posible resolver el problema.

En tanto abordemos el problema con ideas, con una conclusión, con opiniones, creencias, esquemas, sistemas de cualquier clase, ello impide la comprensión. Están los problemas del hambre, del desempleo, de la guerra, que deben ser resueltos. ¿Qué es lo que de hecho ocurre? Los sistemas, basados en ideologías de izquierda o de derecha, ponen al hombre contra el hombre; mientras tanto, el hambre sigue existiendo. De modo que los sistemas, las ideologías, no solucionan el problema; sin embargo, nos peleamos unos con otros por ideas y por determinados sistemas. Es indudable que debemos abordar el

problema sin ningún tipo de conclusiones del pasado, porque resulta evidente que las conclusiones impiden la comprensión del problema.

Podemos ver, pues, que el conflicto en cualquier nivel indica deterioro; es un signo de desintegración, tanto de la sociedad como del individuo. Si vemos, no en teoría sino de hecho, que el conflicto impide, invariablemente, la comprensión, que a través del conflicto no podemos jamás generar armonía, entonces nuestro modo de encarar el problema es, sin duda, completamente distinto, ¿verdad? Entonces nuestra actitud experimenta un cambio fundamental. Hasta ahora, nuestro modo de encarar el problema ha creado otros problemas, creciente aflicción y dolor, que son siempre el resultado del conflicto y de la falta de comprensión respecto del problema; y la comprensión puede llegar sólo cuando no hay conflicto. Si yo quiero comprenderlos, no tiene que haber conflicto alguno; por el contrario, debo mirarlos, observarlos, estudiarlos, sin conclusiones previas, sin ninguna clase de esquemas o sistemas. Ésos son todos prejuicios, y el prejuicio impide la comprensión. Debo tener una mente muy clara, no empañada por prejuicio alguno, por ningún conocimiento previo. Sólo una mente así es capaz de comprender el problema, y en esa manera de abordarlo radica la solución. La purificación de la mente es, por cierto, el primer requerimiento. La mente que se halla todo el tiempo en conflicto, luchando, debe liberarse de su condicionamiento a fin de enfrentarse al problema, ya sea éste económico, personal o social.

Lo importante, pues, es cómo encaramos cualquier problema. Es esencial que veamos muy claramente que el origen del conflicto es la falta de una relación correcta; por lo tanto, es indispensable que comprendamos el conflicto en la relación, todo el proceso de nuestro pensar y actuar. Es obvio que, si no nos comprendemos a nosotros mismos en la relación, cualquiera sea la sociedad que formemos, cualesquiera las ideas u opiniones que podamos tener, sólo engendrarán más daño y más desdicha. Por lo tanto, el primer paso para comprender el problema del conflicto, es comprender todo el proceso de la relación que uno mismo establece con la sociedad.

El conocimiento propio es el principio de la sabiduría, porque uno es el mundo, uno no está separado del mundo. La sociedad es la relación de uno con el otro; nosotros hemos creado la sociedad, y la solución radica en nuestra propia capacidad de comprender esa relación, que es la acción recíproca entre uno mismo y la sociedad. Si uno no se comprende a sí mismo, es completamente inútil buscar una solución; se trata tan sólo de un escape. En consecuencia, lo esencial es comprender la relación. La relación es la causa del conflicto, y esa relación no puede ser comprendida a menos que tengamos la capacidad de estar pasivamente atentos; entonces, en esa percepción alerta y pasiva, adviene la comprensión.

*Pregunta: ¿Qué es la vida sencilla, y cómo puedo vivir una vida sencilla en el mundo moderno?*

KRISHNAMURTI: La vida sencilla tiene que ser descubierta, ¿no es así? No hay un patrón para una vida sencilla. Tener poca ropa, sólo un taparrabo, y una escudilla de mendigo, no denota una vida sencilla. Ésta debe ser descubierta. Ciertamente, elaborar un modelo para una vida sencilla no origina sencillez; por el contrario, crea complejidad. ¿Qué entendemos por vida sencilla? Tener escasa ropa, andar semidesnudo, poseer pocas cosas... ¿indica eso una vida sencilla? La vida, ¿no es mucho más compleja que eso? Obviamente, uno no debe tener sino pocas cosas; es tonto, absurdo, estúpido, poseer muchas cosas y depender de ellas. El hombre que tiene muchas posesiones se aferra a ellas: a su propiedad, a su título, etc. Pero, ¿es vida sencilla la de un hombre que tiene innumerables creencias, o incluso una sola creencia? La dependencia respecto de sistemas y autoridades, el impulso de llegar a ser, de lograr, de adquirir, imitar, amoldarse, disciplinarse conforme a un patrón determinado... ¿es ésa una vida sencilla? ¿Indica sencillez eso?

La sencillez debe comenzar, sin duda, no en la mera expresión de cosas exteriores, sino a mucha mayor profundidad. El hombre sencillo no tiene conflicto. El conflicto denota un escape hacia el "más" o hacia el "menos". Es decir, el conflicto significa afán adquisitivo, deseo de llegar a ser algo más o algo menos; y un hombre que desea llegar a ser alguna cosa, ¿es una persona sencilla? Ustedes desprecian al que trata de adquirir riquezas, posesiones, y aprecian al que se supone no está interesado en cosas mundanas pero que lucha por ser virtuoso, o por llegar a ser como el Buda, Cristo, o que intenta seguir cierto modelo; ustedes dirán que es un ser maravilloso. Por cierto, el hombre que lucha por llegar a ser algo en el mundo, es igual que el hombre deseoso de ser espiritual. Ambos están unidos en un deseo: llegar a ser alguien o algo, ya sea alguien "respetable", o algo así llamado "espiritual".

La vida sencilla no es, por cierto, algo artificioso. Puede ser descubierta en la existencia cotidiana; en este mundo corrupto que, después de dos guerras espantosas, quizá se está preparando para una tercera, podemos vivir de manera sencilla, simple, no sólo en lo externo, sino internamente. ¿Por qué concedemos tanta importancia a las manifestaciones exteriores de la sencillez? ¿Por qué comenzamos inevitablemente por el extremo equivocado? ¿Por qué no empezamos por el extremo correcto, que es lo psicológico? No hay duda de que debemos empezar por lo psicológico para descubrir qué es la vida simple, ya que lo interno es lo que da origen a lo externo. La insuficiencia interna hace que la gente se apegue a la propiedad, a las creencias; este sentimiento de insuficiencia interna es el que nos fuerza a acumular dioses, ropas, conocimientos, virtudes. De ese modo sólo podemos generar más daño, más perjuicios.

Resulta en extremo difícil tener una mente sencilla; no la así llamada mente intelectual de la persona instruida, sino la sencillez que adviene cuando comprendemos algo, esa sencillez que percibe el problema de *lo que es*. Desde luego, no podemos comprender nada cuando nuestra mente es compleja. No sé si han notado que cuando se atormentan con un problema, cuando están preocupados acerca de algo, no ven nada con mucha claridad; todo está

fuera de foco. Sólo cuando la mente es sencilla y vulnerable, resulta posible ver las cosas claramente, en su justa proporción. Así pues, la sencillez de la mente es esencial para la sencillez de la vida. El monasterio no es la solución. La sencillez adviene cuando la mente no está apegada, cuando no es adquisitiva, cuando acepta *lo que es*. Ello significa realmente libertad, libertad con respecto al trasfondo, a lo conocido, a la experiencia adquirida. Sólo entonces la mente es sencilla, y sólo entonces podemos ser libres. No puede haber sencillez mientras uno pertenece a alguna religión en particular, a determinada clase o Sociedad, a algún dogma político, ya sea de la izquierda o de la derecha. Ser internamente sencillo, simple, claro, vulnerable, es ser como una llama sin humo; en consecuencia, uno no puede ser sencillo sin amor. El amor no es una idea; el amor no es pensamiento. Sólo en la terminación del pensar hay una posibilidad de conocer esa sencillez, que es vulnerabilidad.

*Pregunta: Yo encuentro que la soledad es la causa subyacente de muchos de mis problemas. ¿Cómo puedo encararla?*

KRISHNAMURTI: ¿Qué entiende usted por soledad? ¿Se da cuenta realmente de que está solo, aislado de los demás? Por cierto, la soledad del aislamiento (*loneliness*) no es un estado de soledad creativa (*aloneness*). Muy pocos de nosotros estamos solos; no queremos estar solos. Es esencial comprender que la soledad creativa no es aislamiento. Existe una diferencia entre estar internamente solo, y el sentirse aislado. El aislamiento es la sensación de hallarse encerrado, sentir que uno carece de relaciones, que está separado de todo. Eso es por completo distinto de estar internamente solo, lo cual implica ser extraordinariamente vulnerable. Cuando nos sentimos aislados de los demás, se abate sobre nosotros un sentimiento de miedo, de ansiedad, de dolor. Si amamos a alguien, sentimos que sin esa persona estamos perdidos, de modo que ella se vuelve esencial para nosotros a fin de que no nos sintamos aislados. Usamos, pues, a la persona para escapar de lo que somos. Por eso tratamos de establecer una relación, una comunión con otro, o de establecer un contacto con cosas, con la propiedad, para así sentirnos vivos. Adquirimos muebles, vestidos, automóviles, procuramos acumular conocimientos o nos convertimos en adictos al amor.

Cuando hablamos de soledad, por lo general entendemos un estado que le sobreviene a la mente, un estado de aislamiento, un estado en el que no tenemos contacto ni relación ni comunión con nada. Ese estado nos infunde miedo; decimos que es doloroso y, al sentir temor de lo que somos, de nuestra verdadera condición, escapamos de él utilizando múltiples vías de escape: Dios, la bebida, la radio, los entretenimientos, cualquier cosa con tal de alejarnos de esa sensación de aislamiento. ¿Acaso nuestras acciones, tanto en la relación individual como en la relación con la sociedad, no son un proceso que nos aísla? La relación del padre, de la madre, de la esposa, del marido, ¿no es actualmente para nosotros un proceso de aislamiento? ¿No es,

acaso, una relación que se basa casi siempre en necesidades mutuas? Así pues, el proceso de autoaislamiento es simple: uno está siempre buscando, en sus relaciones, obtener provecho para sí mismo. Este proceso aislador prosigue todo el tiempo; y cuando la conciencia del aislamiento nos sobreviene a causa de nuestras propias actividades, queremos escapar de ello; por lo tanto, acudimos al templo, o nos volvemos al libro, o encendemos la radio, o nos sentamos frente a una pintura y meditamos... cualquier cosa con tal de evadirnos de *lo que es.*

Llegamos, pues, al verdadero problema, que es el deseo de escapar. ¿Qué temen ustedes, por qué temen a lo desconocido, a esa insuficiencia interna, a esa vacuidad? Si sienten miedo, ¿por qué no investigan eso? ¿Por qué deberían sentir miedo de perder lo que tienen, de perder la asociación, el contacto con algo? ¿Por qué sus pretensiones de conocimiento? ¿Qué es, exactamente, lo que conocen? El conocimiento de ustedes no es sino memoria; no conocen el vivir; lo que conocen es el pasado, las cosas muertas, las cosas decadentes. Nuestra dificultad, ¿no consiste, por lo tanto, en que jamás descubrimos *lo que es*? Jamás nos enfrentamos al conflicto de nuestra insuficiencia; la encubrimos, la reprimimos, escapamos de ella, y no conocemos lo que es. Por cierto, cuando encaramos nuestra insuficiencia y lo hacemos sin miedo ni condena alguna, llegamos a descubrir la verdad al respecto, y eso puede ser mucho más significativo que el significado que le otorgamos bajo el efecto del miedo. A causa del miedo a la insuficiencia, la mente opera sobre el pensamiento; jamás lo mira, y sólo cuando tenemos la capacidad de mirar al pensamiento, existe la posibilidad de comprender qué ha hecho ese pensamiento; de ese modo, se nos revela todo el proceso que implica escapar de *lo que es*. Entonces, la soledad del aislamiento se transforma; se convierte en la soledad madura, creativa, y esa soledad es un estado de vulnerabilidad capaz de recibir lo desconocido, lo imponderable, lo inconmensurable. En consecuencia, para comprender ese estado de vulnerabilidad, debemos comprender todo el proceso del pensar, lo cual implica que debemos considerarlo y ver sus extraordinarias cualidades. Ese estado no puede ser aceptado verbalmente; tiene que ser experimentado.

*Pregunta: Usted pone gran énfasis en que debemos darnos cuenta de nuestro condicionamiento. ¿Cómo puedo comprender mi mente?*

KRISHNAMURTI: El condicionamiento, ¿no es inevitable, inevitable en el sentido de que tiene lugar todo el tiempo? Condicionamos a nuestros hijos, los condicionamos como budistas, cingaleses, tamiles, ingleses, chinos, comunistas, y así sucesivamente. Hay un constante impacto de influencias que actúan todo el tiempo; influencias económicas, climáticas, sociales, políticas, religiosas. Mírense a sí mismos: son budistas, cingaleses, hindúes, cristianos, capitalistas... Ése es todo el proceso; la mente está siendo condicionada de manera constante, lo cual quiere decir que es un producto del pasado, que sus

bases están en el pasado. Y el pensamiento es la respuesta del pasado. De modo que la mente es el pasado, forma parte del pasado, y el pasado es tradición, moralidad. La acción se ajusta, pues, al patrón del pasado, o al del futuro en la forma de un ideal. Ésta es la verdadera condición de todos los que se hallan condicionados. Son el producto del entorno, social, económico, o el que fuere. Aquello en que creen es el producto de lo que sus padres y la sociedad han implantado dentro de ustedes. Si no les hubieran implantado la idea del budismo, seguramente serían otra cosa: católicos romanos, protestantes, comunistas... Nuestras creencias son el resultado del medio en que vivimos, y estas creencias son también originadas por nosotros, debido a que somos el producto del pasado; y el pasado, en conjunción con el presente, origina la actual entidad social que es cada uno de nosotros. Así pues, nuestra mente está condicionada; esa mente condicionada se enfrenta al reto, al estímulo, e invariablemente responde conforme a su condicionamiento; esto es lo que genera un problema y, al generar un problema, es causa de conflicto.

Ahora bien, si usted pregunta: "¿Puedo liberarme del condicionamiento?", su pregunta tiene validez; no de otro modo. En tanto la mente esté condicionada conforme a un modelo, responderá siempre de acuerdo con ese modelo. Están quienes dicen que la mente no puede librarse de su condicionamiento, que eso es una imposibilidad; en consecuencia, sustituyen la vieja forma de condicionamiento por una nueva. En lugar de la capitalista, está la comunista; en lugar de la católica romana, están la protestante o la budista, etc. Eso es lo que de hecho ocurre hoy en todo el mundo. Hablan de revolución; eso no es revolución, sino tan sólo sustitución de ideas. Las ideas no producen revolución alguna; sólo dan por resultado una continuidad modificada, no una revolución. Así, están los que dicen que la mente no puede ser liberada de su condicionamiento, que tan sólo puede ser reformada, o sea, condicionada de una forma diferente. La afirmación misma implica condicionamiento. Si decimos que puede o que no puede, ya está condicionada. Por lo tanto, lo esencial es descubrir si la mente puede ser liberada de su condicionamiento, liberada por completo, no de manera superficial o transitoria.

Y bien, ¿por qué se titulan ustedes budistas? Desde la infancia, les han dicho que son budistas; ¿por qué lo aceptan y se aferran a ello? Si pudieran comprenderlo, se liberarían de ese condicionamiento. ¿Qué ocurriría si no se aferraran más a él? Si no se llamaran a sí mismos budistas, se sentirían excluidos y aislados. De modo que lo hacen por razones económicas; ése es un factor. Otro factor es que se identifican con algo más grande; de lo contrario, se sentirían perdidos. Soy nadie, pero cuando digo que soy budista, siento que soy alguien; eso me da colorido. Por consiguiente, el deseo de ser alguien, de identificarme con algo grande, me condiciona. Y ese deseo de ser alguien es la esencia misma del condicionamiento. Si ustedes no tuvieran el deseo de ser alguien, no estarían condicionados, en el sentido más profundo de esa palabra. Por cierto, ser *lo que es*, constituye el principio de la virtud; el contentamiento es la comprensión con respecto a *lo que es*. El deseo de ser algo,

condiciona invariablemente al pensamiento y, por ende, genera un problema aún más hondo y amplio, incrementando el conflicto y la desdicha.

Estar libre del condicionamiento es muy simple; experimenten con ello. Cuando uno no quiere ser un artista, un Maestro, un ministro, una persona importante, sabia o erudita, entonces es nadie. Ése es el hecho, pero no nos gusta aceptarlo; por eso nos aferramos a las posesiones, a los muebles, a los libros, a la propiedad. En vez de complacernos en pretensiones, ¿por qué no ser simplemente pequeños, humildes? Entonces verán que la mente es extraordinariamente flexible, capaz de responder rápidamente y de un modo nuevo al reto. Eso, sin duda, está claro. El condicionamiento no es sólo superficial, no se limita a las capas superiores de la mente; también está en las capas profundas. Tanto en el contenido oculto de la muerte como en el superficial, existe el deseo de ser alguien. Este deseo de ser alguien, de buscar un resultado, origina condicionamiento, y una mente condicionada jamás puede ser revolucionaria; actúa meramente conforme a un patrón. Es una mente sonámbula, no revolucionaria. La revolución cobra existencia cuando la mente es libre, cuando no actúa de acuerdo con el pasado y está alerta a su condicionamiento. Sólo cuando la mente está quieta puede ser libre.

*Pregunta: ¿Qué es la verdadera meditación?*

KRISHNAMURTI: Éste es un tema muy complejo y requiere muchísima comprensión. Examinemos la pregunta. Ustedes y yo vamos a descubrir qué es la verdadera meditación, y eso implica que ustedes y yo vamos a meditar. ¿De qué modo comprendemos algo? ¿Cuál es el estado mental que requiere la comprensión? Vamos a averiguar cuáles son las muchas implicaciones de lo que es meditación. Para comprender algo, uno debe estar en comunión con ello, no tiene que haber barreras. Si queremos comprender algo nuevo, ha de haber una integración completa. ¿Cómo lo abordarían ustedes? Tendrán que mirarlo, no censurarlo o justificarlo. Para comprender el problema, la mente debe hallarse en un estado de atención pasiva. La meditación es el proceso de comprender; el estado pasivo es el que da origen al descubrimiento de la verdad.

He discutido la meditación anteriormente, pero ahora vamos a discutirla de nuevo. Para comprender a fondo, la mente debe hallarse muy, muy quieta. Si quiero comprender algo, mi mente ha de estar en silencio. Si tengo un problema y de veras deseo comprenderlo, no debo abordarlo con una mente preocupada y agitada. Debo hacerlo con una mente libre, porque sólo una mente pasiva, alerta, puede comprender. Una mente capaz de hallarse en silencio, está en situación de recibir la verdad. Porque uno no sabe qué es la verdad; si uno conoce la verdad, eso no es la verdad. La verdad es totalmente nueva, libre. No puede ser abordada a través de ideas preconcebidas; no es la experiencia de otra persona. Para descubrir, pues, la verdad, la realidad, es indispensable que la mente esté por completo quieta. Ése es un requisito para la comprensión de cualquier problema, político, económico o matemático.

Es esencial, por lo tanto, que la mente esté quieta a fin de comprender. La mente es nueva sólo cuando está quieta; es libre, serena, únicamente cuando no se halla condicionada por el pasado. Sólo entonces, lo desconocido es descubierto espontáneamente. Tiene que haber, pues, libertad, pero una mente que ha sido disciplinada, regimentada, no es una mente libre; no es una mente serena, silenciosa. Su función está condicionada cuando se halla sometida a una disciplina. Una mente así es silenciada por la disciplina; ha sido controlada, moldeada, para que esté en silencio. Para que la mente sea de veras silenciosa, tiene que haber libertad, no al final sino desde el principio mismo. Una mente sobrecargada, o una mente disciplinada, es incapaz de comprender un problema. ¿Qué es lo que origina libertad? No hablamos de una libertad restringida impulsada por el deseo. ¿Cómo surge a la existencia una libertad semejante, de modo que la mente pueda recibir la verdad? Esa libertad es posible tan sólo cuando hay virtud. Actualmente, ustedes se esfuerzan por llegar a ser virtuosos, y el "llegar a ser" alguna cosa implica, obviamente, otra forma de condicionamiento. Cuando uno se esfuerza por llegar a ser no violento, el proceso mismo de esforzarse es violencia. O sea, al tratar de volverme no violento, estoy imitando el ideal de no violencia, que es mi propia proyección. Por lo tanto, el ideal es de hechura casera, es el resultado de mi propia violencia. Siendo violento, creo el opuesto, pero el opuesto contiene siempre su propio opuesto; por eso, el ideal de no violencia debe contener inevitablemente el elemento de violencia —no son dos cosas diferentes—.

Así pues, la mente que trata de volverse misericordiosa, humilde, está condicionada y, por ende, jamás puede ver la verdad. Virtud es comprender *lo que es*, sin escapar de ello. No puedo comprender *lo que es* si lo resisto, porque la comprensión requiere libertad respecto de toda respuesta condicionada en relación con *lo que es*; no sólo requiere que uno esté libre de condenar y justificar, sino también de todo el proceso de calificar o nombrar. La virtud es un estado de libertad, porque la virtud genera claridad y orden. La virtud está libre del devenir; es la comprensión de *lo que es*. La comprensión no es cuestión de tiempo, pero se requiere tiempo para escapar mediante el proceso de *adquirir* virtud. En consecuencia, sólo la mente silenciosa puede recibir lo desconocido, porque lo desconocido es inconmensurable. Aquello que puede medirse no es lo desconocido; es conocido y, por lo tanto, no es verdadero, no es real.

La libertad se origina en la virtud, no en la disciplina. Una mente disciplinada es excluyente, y hay libertad sólo cuando cada pensamiento es comprendido por completo sin exclusión ni distracción alguna. Lo que llamamos concentración no es sino un proceso de exclusión, y la mente que sabe cómo excluir, resistir, no es una mente libre. Uno no puede comprender el pensamiento si lo resiste. La mente debe ser libre para abordar cada pensamiento y comprenderlo plenamente; y entonces verán ustedes que el pensamiento, como proceso acumulativo, llega a su fin.

También está el problema de hacer que la mente se aquiete mediante el

uso de diversas prácticas. El observador, el pensador, ¿no es lo mismo que el pensamiento que "él" observa? No son dos procesos diferentes, sino un solo proceso. Mientras existe el pensador como un observador separado del pensamiento, no hay libertad. La meditación es el proceso de comprender qué es el pensador, qué es el meditador; o sea, es el proceso de comprenderse uno a sí mismo en todos los niveles: "mi casa", "mi propiedad", "mi esposa", "mis creencias", "mis conocimientos", "mi adquisición", "mi trabajo". En tanto el pensador esté separado del pensamiento, tiene que haber conflicto, no puede haber libertad. La comprensión respecto del meditador, es conocimiento propio, y eso es lo que hemos estado haciendo esta tarde. El principio de la meditación es el principio del conocimiento propio, porque sin conocimiento propio no podemos ser libres. La comprensión de nosotros mismos exige un estado de alerta pasivo. Como dijimos, tiene que haber libertad al principio, no al final. La verdad no es una meta final a ser alcanzada personalmente; es para ser experimentada, vivida a cada instante en la relación. Sólo la mente silenciosa —no la que ha sido silenciada— puede percibir lo inconmensurable.

La solución al problema de generar inquietud sin ejercer coacción alguna, radica en comprender la relación; por lo tanto, la meditación es el principio del conocimiento propio, y el conocimiento propio es el principio de la sabiduría. La sabiduría no es la acumulación de conocimientos y experiencias; la sabiduría no se adquiere por medio de los libros, de las ceremonias o de la coacción. La sabiduría adviene cuando hay libertad de la mente, y una mente quieta, silenciosa, dará con lo intemporal, que es la manifestación de lo inconmensurable. Ese estado no es un estado de experiencia; no es para ser recordado. Lo que uno recuerda, lo repetirá, y lo inconmensurable no puede repetirse, no puede cultivarse. La mente debe estar en movimiento para recibirlo de nuevo cada vez; y una mente que acumula conocimientos, virtudes, es incapaz de recibir lo eterno.

*22 de enero de 1950*

## LA RELACIÓN

La relación es acción, ¿verdad? La acción tiene sentido solamente en la relación; sin comprender la relación, la acción sólo engendrará conflicto, cualquiera que sea el nivel en que se desarrolle. Comprender la relación es infinitamente más importante que buscar cualquier plan de acción. La ideología, el modelo para la acción, obstruye la acción. La acción basada en una ideología, impide comprender la relación entre un ser humano y otro. La ideología puede ser de la derecha o de la izquierda, puede ser religiosa o laica, pero es invariablemente destructiva de la relación. La acción verdadera tiene lugar cuando

comprendemos la relación. Sin comprender la relación, son inevitables la lucha y el antagonismo, la confusión y la guerra.

La relación implica contacto, comunión. No puede haber comunión donde la gente está dividida por ideas. Una creencia puede reunir en torno de sí a un grupo de personas. Un grupo semejante engendrará inevitablemente oposición y, por lo tanto, se formará otro grupo con una creencia diferente.

Las ideas postergan la relación directa con el problema. Sólo cuando existe una relación directa con el problema, hay acción. Pero, desarfortunadamente, todos abordamos el problema con conclusiones, con explicaciones que llamamos ideas. Son recursos para posponer la acción. La idea es pensamiento verbalizado. El pensamiento no existe sin la palabra, el símbolo, la imagen. El pensamiento es la respuesta de la memoria, de la experiencia, que son las influencias que nos condicionan. Estas influencias no son sólo del pasado, sino del pasado en conjunción con el presente. Por lo tanto, el pasado está oscureciendo siempre el presente. La idea es la respuesta del pasado al presente; en consecuencia, la idea es siempre limitada, por amplia que pueda ser. Por eso, las ideas tienen que separar siempre a las personas.

El mundo se halla siempre próximo a la catástrofe, pero hoy parece estar más próximo aún. Al ver esta catástrofe cercana, la mayoría de nosotros busca refugio en las ideas. Pensamos que esta catástrofe, esta crisis, puede ser resuelta por una ideología. La ideología es siempre un obstáculo para la relación directa, lo cual impide la acción. Ansiamos la paz sólo como una idea, no como una realidad. Queremos paz en el nivel verbal, que es sólo el nivel del pensamiento, aunque lo llamemos orgullosamente el nivel intelectual. Pero la palabra *paz* no es la paz. La paz puede existir sólo cuando termina la confusión que uno y otro provocamos. Estamos apegados al mundo de las ideas, no a la paz. Buscamos nuevos modelos sociales y políticos, no la paz; estamos interesados en conciliar los efectos de la guerra, no en desechar sus causas. Esta búsqueda sólo producirá respuestas condicionadas por el pasado. Tales respuestas condicionadas son lo que llamamos conocimiento, experiencia; y los hechos nuevos y cambiantes son traducidos, interpretados conforme a este conocimiento. Hay, pues, conflicto entre *lo que es* y la experiencia de lo que ha sido. El pasado, que es conocimiento, tiene que estar en conflicto con el hecho, que se encuentra siempre en el presente. De modo que esto no resolverá el problema, sino que perpetuará las condiciones que han generado el problema.

Nosotros abordamos el problema con ideas al respecto, con conclusiones y respuestas conforme a nuestros prejuicios. Interponemos entre nosotros mismos y el problema, la pantalla de la ideología. Naturalmente, la respuesta al problema está de acuerdo con la ideología, y eso sólo crea otro problema sin haber resuelto el anterior.

Nuestro problema es la relación, y no la idea acerca de la relación; es la relación no en algún nivel determinado, sino en todos los niveles de nuestra existencia. Éste es el único problema que tenemos. Para comprender la relación debemos abordarla libres de toda ideología, de todo prejuicio, no sólo del

prejuicio que genera la falta de educación, sino también del prejuicio del conocimiento. No existe eso de comprender el problema gracias a la experiencia pasada. Cada problema es nuevo. No hay problemas viejos. Cuando encaramos un problema, que es siempre nuevo, y lo hacemos con una idea, que es invariablemente el producto del pasado, nuestra respuesta es también del pasado, lo cual impide comprender el problema.

La búsqueda de una respuesta al problema, sólo lo intensifica. La respuesta no está fuera del problema, sino sólo en el problema mismo. Debemos ver el problema de una manera nueva, no a través de la pantalla del pasado. La insuficiencia de la respuesta al reto, origina el problema. Esta insuficiencia es la que debe ser comprendida, no el reto. Estamos ávidos de ver lo nuevo, y no podremos verlo cuando la imagen del pasado impide que lo percibamos claramente. Respondemos al reto sólo como cingaleses o tamiles, como budistas o como partidarios de la izquierda o de la derecha; esto produce invariablemente más conflicto. Lo importante, pues, no es ver lo nuevo, sino erradicar lo viejo. Sólo cuando la respuesta es adecuada al reto, no hay conflicto ni problema. Esto tenemos que verlo en nuestra existencia de cada día y no en las ediciones de los periódicos.

La relación es el reto de la vida cotidiana. Si no sabemos cómo relacionarnos unos con otros, estamos creando condiciones que engendran guerra. Por lo tanto, el problema del mundo es el problema de cada uno. Uno no es diferente del mundo. El mundo es uno mismo. Lo que es uno, eso es el mundo. Podemos salvar el mundo, que somos nosotros mismos, sólo comprendiendo la relación en nuestra vida cotidiana, no por medio de la creencia, de la llamada religión, de la ideología de izquierda o de derecha, o de alguna reforma, por amplia que sea. La esperanza no está en el experto, en la ideología o en el nuevo líder; radica en uno mismo, en cada uno de nosotros.

Quizá se pregunten de qué modo ustedes, que viven una vida corriente dentro de un círculo limitado, podrían influir sobre la actual crisis del mundo. No creo que puedan hacerlo. La lucha presente es la consecuencia del pasado, y cada uno de nosotros ha contribuido a ella. Hasta que uno y otro transformemos radicalmente la actual relación, sólo contribuiremos a crear más desdicha. Esto no es una simplificación exagerada. Si lo investigan plenamente, verán cómo la relación que establecen con otro, cuando se extiende, origina conflicto y antagonismo en el mundo.

El mundo es cada uno de nosotros. Sin la transformación del individuo, no puede haber una revolución radical en el mundo. La revolución en el orden social, sin la transformación individual, sólo conducirá hacia nuevos conflictos y desastres. Porque la sociedad es la relación que establecemos usted y yo y el otro. Sin una revolución radical en esta relación, todo esfuerzo para traer paz al mundo es sólo una reforma que, por revolucionaria que sea, implica retroceso.

La relación basada en la necesidad mutua sólo trae conflicto. Por interdependientes que seamos el uno del otro, los usamos mutuamente para un

propósito, para una finalidad. Con un fin en vista, no hay relación posible. El otro puede usarme y yo puedo usarlo. En esta utilización perdemos contacto. Una sociedad que se basa en la utilización mutua, es el fundamento de la violencia. Cuando usamos al otro, lo único que tenemos es la imagen del objetivo a lograr. La finalidad, el provecho, impide la relación, la comunión. En el uso que hacemos del otro, por gratificante y alentador que pueda ser, hay siempre miedo. Para evitar este miedo, tenemos que poseer. De esta posesión surgen la envidia, la desconfianza y un constante conflicto. Una relación así jamás puede originar felicidad.

Una sociedad cuya estructura se basa en las meras necesidades, ya sean fisiológicas o psicológicas, tiene que engendrar conflicto, confusión y desdicha. La sociedad es la proyección ampliada de uno mismo en relación con otro, relación en la que predominan la necesidad y la utilización mutua. Cuando utilizo a otro para mis necesidades físicas o psicológicas, en realidad no hay relación alguna; no tengo verdadero contacto ni comunión con el otro. ¿Cómo puede uno tener comunión con el otro, cuando el otro es usado como un mueble para la propia conveniencia y comodidad? Es esencial, pues, comprender el significado de la relación en la vida de cada día.

Nosotros no comprendemos la relación; el proceso total de nuestro ser, de nuestro pensamiento, de nuestra actividad, contribuye al aislamiento, el cual impide la relación. El ambicioso, el astuto, el creyente, no pueden establecer relación alguna con otro. Sólo pueden utilizar al otro, lo cual da por resultado confusión y enemistad. Esta confusión, esta enemistad, existen en nuestra presente estructura social; existirán también en cualquier sociedad reformada, mientras no haya una revolución fundamental en nuestra actitud hacia otro ser humano. En tanto sigamos utilizando al otro como un medio para lograr un objetivo, por noble que sea, habrá inevitablemente violencia y desorden.

El conflicto denota la falta de relación; el conflicto jamás producirá la comprensión de ninguna problema, ya sea personal o, en consecuencia, del mundo. Es imperativo que comprendamos nuestra relación en la vida cotidiana. Ustedes quizá se pregunten: "¿Cómo afectaría esto la organización de un nuevo orden social?"

La sociedad es la relación entre usted y yo y otro. Si usted y yo producimos en nosotros mismos una revolución fundamental y, por lo tanto, no basada en la necesidad mutua —ni física ni psicológica—, entonces, ¿no ha experimentado una transformación radical nuestra relación con el otro? La dificultad consiste, para nosotros, en que tenemos una imagen mental de lo que debería ser la nueva sociedad organizada, y tratamos de ajustarnos a ese modelo. El modelo es, obviamente, ficticio. Lo real está en lo que de hecho somos, en la comprensión de eso que somos, lo cual es visto claramente en el espejo de la relación cotidiana. Seguir el modelo tan sólo origina más conflicto y confusión.

El presente desorden social y la desdicha deben resolverse por sí mis-

mos. Pero usted, yo y el otro podemos y debemos ver la verdad de la relación y así dar principio a una relación nueva no basada en la necesidad mutua y en la gratificación. La mera reforma de la presente estructura social, sin que se transforme fundamentalmente nuestra relación, es retroceso. Una revolución que mantiene la utilización del hombre dirigida a un fin, por prometedor que sea, produce más guerras y dolor incalculable. El fin es siempre la proyección de nuestro propio condicionamiento. Por promisorio y utópico que pueda ser, el fin sólo puede constituirse en un instrumento de más confusión y dolor. Lo importante en esto no son los nuevos modelos sociales o económicos, los nuevos cambios superficiales, sino la comprensión del proceso total del hombre, o sea, de uno mismo.

En el proceso de comprendernos a nosotros mismos, no en el aislamiento sino en la relación, ustedes descubrirán que hay una transformación profunda, perdurable, en la que ha llegado a su término la utilización del otro como medio para la propia satisfacción psicológica. Lo esencial no es cómo debemos actuar, qué modelo debemos seguir, o qué ideología es la mejor, sino comprender nuestra relación con otro ser humano. Ésta es la única revolución real, y no la revolución basada en una idea. Cualquier revolución que se basa en una ideología, mantiene al hombre solamente como un medio.

Como lo interno se impone siempre a lo externo, si no comprendemos el proceso psicológico total —que es uno mismo—, no hay base alguna para el pensar. Cualquier pensamiento que da origen a una pauta de acción, sólo habrá de conducir a más confusión e ignorancia.

Existe una sola revolución fundamental. Esta revolución no pertenece a las ideas, no se basa en ningún modelo de acción. Esta revolución surge a la existencia cuando cesa la necesidad de utilizar al otro. Esta revolución transformadora no es una abstracción, una cosa que haya de desearse, sino una realidad que puede ser experimentada cuando comenzamos a comprender las modalidades de nuestra relación. Esta revolución fundamental puede ser llamada amor; es el único factor creativo capaz de originar una transformación en nosotros mismos y, por ende, en la sociedad.

*Emitido por la Radio Ceylán*
*el 22 de enero de 1950*

# *Bombay, India, 1950*

## PRIMERA PLÁTICA EN BOMBAY

¿No es importante descubrir cómo escuchar? A mí me parece que la mayoría de nosotros no escucha en absoluto. Lo hace a través de diversas pantallas de prejuicios, examinando lo que se dice, ya sea como hindú, musulmán, cristiano, o lo hace con una mente ya preparada para esto. No escuchamos libremente, fácilmente, en silencio. Escuchamos con la intención de concordar o discrepar, o escuchamos con un espíritu de argumentación; no escuchamos para descubrir, y me parece muy importante saber cómo escuchar, cómo leer, ver, observar. Casi todos somos incapaces de escuchar verdaderamente, pero sólo por medio de un correcto oír y escuchar, comprendemos. La comprensión llega, no a través del esfuerzo, no a través de ninguna forma de amoldamiento o coacción, sino sólo cuando la mente está muy quieta. En el tratar de descubrir qué es lo que la otra persona está diciendo, no hay tensión ni esfuerzo, sino un fácil fluir, un vivo deleite; pero no podemos descubrir lo que el otro está diciendo, si escuchamos con cualquier clase de prejuicio.

Quizá yo pueda tener algo nuevo que decir, y para aquellos que ya vienen predispuestos a favor o en contra, será sumamente difícil comprender realmente. Porque casi todos nosotros estamos condicionados por influencias sociales, económicas, religiosas, etc.; somos copistas, imitamos y, por eso, descuidamos aquello que es nuevo; lo llamamos revolucionario o absurdo y lo desechamos. Pero si pudiéramos examinarlo, considerarlo libre de todos los prejuicios, de todas las limitaciones, quizá fuera posible comprendernos y entrar en comunión uno con el otro. Hay comunión únicamente cuando no hay barreras, y una idea, un prejuicio, es una barrera. Cuando amo a alguien, estoy en comunión con esa persona; no tengo idea alguna respecto de la persona a la que amo. Del mismo modo, si podemos establecer entre nosotros una relación de comunión verdadera, de modo que ustedes y yo comprendamos el problema juntos, hay posibilidad de que haya una revolución fundamental en el mundo. Al fin y al cabo, el mundo necesita realmente no meras reformas, no revoluciones superficiales, sino una revolución fundamental, radical, una revolución que no se base en ninguna idea. La revolución que es el resultado de

una idea, no es una transformación fundamental, sino tan sólo la continuación de una idea o un modelo modificados.

Veamos, pues, si durante estas pláticas podemos establecer entre quien les habla y quienes escuchan, una comunión más allá de las meras palabras. Las palabras son necesarias para la comunicación, pero si nos limitamos a permanecer en ese nivel, es indudable que no hay comprensión. La comprensión adviene cuando vamos más allá del nivel verbal, pero la mente muy cultivada vive a base de palabras; es capaz de examinar algo, únicamente a través de la pantalla de las palabras, y un examen semejante no es comprensión; por el contrario, no hace sino conducirnos a más argumentos y disputas.

¿No es posible, entonces, que establezcamos una verdadera comunión, no tan sólo en el nivel verbal, sino a un nivel más profundo, más valioso? Es posible, por cierto, pero para hacerlo, ustedes y yo debemos mirar nuestros problemas de un modo nuevo: nuestros problemas del vivir, de la relación, de la lucha entre un ser humano y otro, entre grupos de personas... Tenemos que abordarlos y examinarlos como por primera vez, porque sólo entonces existe una posibilidad de generar un cambio fundamental en nuestras vidas y, por consiguiente, en la vida de la sociedad. Nuestro primer problema básico es el de la relación, ¿no es así?, y esa relación se apoya en la moralidad del pasado o en la del futuro, es decir, en los preceptos tradicionales, o en una idea de lo que debería ser.

Nuestra moralidad, que constituye la base de nuestra acción, es el producto del pasado, de lo tradicional, o del futuro, que es el ideal; y cuando basamos nuestra acción en el futuro o en el pasado, es obvio que no hay acción en absoluto. En tanto vivimos de esperanzas, no podemos actuar, porque la esperanza es la respuesta a una exigencia del futuro, y mientras basemos nuestra acción en una esperanza, en una utopía, en el ideal de perfección o en un esquema de lo que debería ser, no estamos viviendo en el presente. Una idea es siempre del futuro o del pasado, y cuando la acción es considerada desde el punto de vista del futuro o del pasado, ninguna acción es posible; la acción es siempre inmediata, está siempre en el presente, en el ahora.

Uno de nuestros enormes problemas es el de dar origen a una revolución fundamental en el orden hoy existente. Al ver la desigualdad y la mala distribución que reinan en el mundo —toda la estructura económica de ricos y pobres, el conflicto entre los que poseen y los que no poseen, y así sucesivamente—, tratamos de resolver los problemas económicos y sociales mediante un esquema, una idea, un modelo. Está el modelo, el sistema de la izquierda y el de la derecha, y estos sistemas se basan invariablemente en una idea. Es decir, la izquierda se pone a resolver el problema mediante la aplicación de un sistema nuevo que está en conflicto con la derecha, y en tanto sigamos estando en conflicto sobre ideas —en las que se basan todos los sistemas—, es obvio que no habrá solución. Planteado de una manera diferente: están los problemas del hambre, del desempleo, de las guerras, y los abordamos teniendo ya en mente cierto sistema definido para resolver cada uno de ellos.

¿Puede cualquier sistema, ya sea de la izquierda o de la derecha, resolver problema alguno? Tanto los que están comprometidos con la izquierda como los que lo están con la derecha, consideran que tienen el sistema definitivo, absoluto, y ambos encaran el problema del hambre, del desempleo y de las guerras, con una idea, con un prejuicio. El resultado es que los sistemas, las ideas, las creencias, están en conflicto unos con otros, y los problemas continúan. Si ustedes y yo queremos realmente comenzar a resolver un problema, es indudable que debemos examinar el problema directamente, sin el prejuicio o la pantalla de un sistema, porque sólo cuando la mente está libre de sistemas, ya sean de izquierda o de derecha, es posible para nosotros enfrentarnos al problema en sí.

Ahora bien, ¿es posible que haya acción sin idea? Ésa es, en realidad, la pregunta básica. La idea es, evidentemente, una esperanza; se basa en el futuro o en el pasado. ¿Podemos, entonces, vivir sin la esperanza? Vivir sin la esperanza implica comprender el presente de manera directa, no en función del pasado o del futuro. Si examinamos nuestras propias mentes y la base de nuestro pensamiento, veremos que estamos pensando desde el punto de vista del ideal, del futuro, o con la esperanza de llegar a ser algo, de alcanzar un nuevo estado. La esperanza nos conduce siempre hacia la muerte; en la esperanza no hay vida, porque la vida está en el presente, no en el futuro. La vida no se encuentra ni en el futuro ni en el pasado, sino en el ahora, en el proceso del vivir. ¿No es posible, pues, examinar todos nuestros problemas, cualesquiera que sean, económicos, individuales o colectivos, examinarlos de un modo nuevo, considerarlos sin el modelo, sin la esperanza del futuro y sin el prejuicio, el condicionamiento del pasado?

Por cierto, cada reto es nuevo; de lo contrario, no es un reto. Y para enfrentarnos a ese reto, nuestras mentes deben ser puras, nuevas, no han de estar agobiadas por el pasado ni por la esperanza del futuro. Y, ¿es posible para la mente afrontar un problema sin recurrir ni al condicionamiento del pasado ni al escape que es la esperanza en el futuro? No hay duda, *es* posible únicamente cuando ustedes y yo, como individuos, somos capaces de comprender el problema, cualquiera que sea, personal o colectivo, y responder al reto de manera adecuada, plena y completa. Sólo cuando la mente no está cargada de conocimientos, de experiencias, puede uno responder al reto adecuada y naturalmente. Eso significa, de hecho, que la mente debe ser capaz de estar muy quieta, ¿no es así?, porque sólo cuando no está esforzándose, cuando no exponemos una idea, cuando la mente está muy quieta, surge la comprensión. No si lo han notado en su propia vida diaria. Cuando se agitan y atormentan con un problema, no lo comprenden es obvio, pero cuando la mente está muy quieta, libre del pasado y del futuro, es capaz de enfrentarse adecuadamente al reto. Lo que da origen al problema es lo inadecuado de nuestra respuesta al reto, y ésta tiene que ser inadecuada mientras nuestras acciones se basan ya sea en el pasado o en el futuro, en la tradición o en la esperanza.

Por lo tanto, un hombre que quiera realmente comprender el problema de

la existencia y así generar una revolución fundamental, debe estar libre del pasado y del futuro, de la esperanza y de la tradición, o sea, del ideal y de lo que ha sido. Un estado semejante de la mente es creativo, y sólo la mente creativa puede comprender los problemas actuales, no así la mente acribillada de ideas, la mente que inventa esquemas y sigue ideales, la mente que tan sólo copia, imita; porque el reto es siempre nuevo, y si queremos comprender, debemos afrontarlo de nuevo cada vez.

De modo que la realidad, o cualquiera sea el nombre que quieran darle, es un estado del ser en el que la mente ya no está oscilando entre el pasado y el futuro, sino que percibe y comprende *lo que es* de instante en instante. El pasado y el futuro no son *lo que es*. *Lo que es*, es lo nuevo, no se relaciona con el pasado y el futuro; y para afrontarlo, la mente no debe estar atrapada en el péndulo del pasado y el futuro, no debe ser un pasaje, un movimiento del pasado hacia el futuro. La comprensión respecto de *lo que es*, es la realidad, y la realidad no pertenece al tiempo; una mente que es el producto del tiempo no puede comprender la realidad. Así pues, la mente debe ser por completo silenciosa, no una mente silenciada, coaccionada, disciplinada o controlada; y es silenciosa sólo cuando comprende todo el proceso del devenir, este movimiento del tiempo que, desde el pasado y a través del presente, se dirige hacia el futuro.

Me han entregado varias preguntas y, antes de contestarlas sugiero, si me lo permiten, que ustedes y yo tratemos de encontrar juntos las respuestas correctas. Es muy fácil formular una pregunta y esperar una respuesta —ésa es tan sólo una maña de escolares—. Emprender el viaje del descubrimiento exige una mente madura, inteligente, exploradora, una mente libre de prejuicios. Al considerar, pues, estas preguntas, vamos a emprender juntos un viaje y a descubrir la verdad; no a encontrar una respuesta conveniente para ustedes o para mí. La verdad no es, por cierto, una opinión; no depende del conocimiento, y donde está el conocimiento no está la verdad. La verdad no es el resultado de la experiencia, porque la experiencia es memoria, y limitarse a vivir en el campo de la memoria es negar la verdad. Para descubrir la verdad, la mente debe ser libre, rápida y flexible. Por lo tanto, tiene que existir ese arte de escuchar, el que revela la verdad sin que haya esfuerzo alguno, porque el esfuerzo es deseo, y donde hay deseo hay conflicto, y el conflicto jamás es creativo. Así que, mientras consideramos estas preguntas no esperen, por favor, una respuesta, porque no hay respuesta. La vida no tiene respuestas tales como "sí" o "no"; es demasiado vasta, inconmensurable, y para profundizar en lo inconmensurable, la mente tiene que ser libre, silenciosa. No indagamos para encontrar una opinión, una conclusión con sus aceptaciones y rechazos, sino para descubrir la verdad acerca de la pregunta. Si puedo sugerirlo, ustedes y yo vamos a ver si podemos descubrir la verdad del problema, porque sólo la verdad nos libera del problema, no la opinión de ustedes o mi opinión, por sabia, por erudita que sea. La persona de conocimiento, la persona de opinión, de experiencia, jamás dará con la verdad, porque para dar con la verdad, la

mente debe ser muy sencilla, y la sencillez no se alcanza por medio de la erudición.

*Pregunta: Nuestras vidas están vacías de todo impulso verdadero de bondad, y buscamos llenar este vacío, con la caridad organizada y la justicia compulsiva. El sexo es nuestra vida. ¿Puede usted arrojar alguna luz sobre este fastidioso tema?*

KRISHNAMURTI: Traduzcamos la pregunta: Nuestro problema consiste en que nuestras vidas están vacías y no conocemos el amor; conocemos las sensaciones, conocemos la publicidad, conocemos las exigencias sexuales, pero no hay amor. Y ¿cómo hemos de transformar esta vacuidad, cómo va uno a encontrar esa llama sin humo? Por cierto, ésa es la pregunta, ¿verdad? Descubramos, pues, juntos la verdad al respecto.

¿Por qué están vacías nuestras vidas? Aunque seamos muy activos, aunque escribamos libros, vayamos a los cines, asistamos a la oficina, juguemos, amemos, nuestras vidas están vacías, son aburridas, son mera rutina. ¿Por qué nuestras relaciones son tan vulgares, vacuas, sin mucha significación? Conocemos nuestras vidas lo suficientemente bien como para darnos cuenta de que nuestra existencia tiene muy poco sentido; citamos frases e ideas que hemos aprendido: lo que fulano de tal ha dicho, lo que han dicho los mahatmas, los santos más recientes o los santos antiguos. Si no es un líder religioso el que seguimos, es un líder político o intelectual, es Marx o Adler o Cristo... Somos tan sólo discos de fonógrafo que repetimos, y a esta repetición la llamamos "conocimiento". Aprendemos, repetimos, y nuestras vidas siguen siendo totalmente vulgares, aburridas y desagradables. ¿Por qué? ¿Por qué es así?

Si ustedes y yo nos formuláramos realmente esa pregunta, ¿no encontraríamos la respuesta? ¿Por qué hemos dado tanta importancia a las cosas de la mente? ¿Por qué la mente se ha vuelto tan esencial en nuestras vidas, siendo la mente ideas, pensamientos, capacidad de razonar, sopesar, equilibrar, calcular? ¿Por qué hemos asignado una significación tan extraordinaria a la mente? Esto no quiere decir, desde luego, que debamos volvernos emocionales, sentimentales y efusivos. Conocemos esta vacuidad, este extraordinario sentimiento de frustración. ¿Por qué hay en nuestras vidas esta superficialidad tan enorme, esta sensación de nulidad? Esto podemos comprenderlo sólo cuando lo abordamos, mediante la percepción alerta, en la relación.

¿Qué es lo que de hecho ocurre en nuestras relaciones? ¿Acaso no implican éstas autoaislamiento? ¿No es toda actividad de la mente un proceso de autoprotección, de búsqueda de seguridad, de aislamiento? Ese pensar mismo que consideramos colectivo, ¿no es un proceso de aislamiento? ¿No es un proceso de autoencierro toda acción de nuestra vida? Ustedes mismos pueden verlo en su vida cotidiana, ¿no es así? La familia ha llegado a ser un proceso autoaislador y, al hallarse aislada, tiene que existir un estado de oposición. Todas nuestras acciones nos conducen, pues, al autoaislamiento, lo cual crea

esta sensación de vacuidad; y, sintiéndonos vacíos, procedemos a llenar esta vacuidad; lo hacemos con la radio, con el ruido, la cháchara, el chismorreo, la lectura, la adquisición de conocimientos, la respetabilidad, el dinero, la posición social, etc. Pero todas estas cosas forman parte del proceso aislador y, por ende, fortalecen el aislamiento. Así, para la mayoría de nosotros, la vida es un proceso de aislamiento, rechazo, resistencia, ajuste a un modelo. Naturalmente, en ese proceso no hay vida y, en consecuencia, hay un sentimiento de vacuidad, de frustración.

Amar a alguien es estar en comunión con esa persona, no en un determinado nivel, sino completamente, integralmente, generosamente; pero nosotros no conocemos un amor así. Conocemos el amor sólo como sensación: mis hijos, mi esposa, mi propiedad, mi conocimiento, mi logro; y eso es, nuevamente, un proceso aislador, ¿no es así? Nuestra vida, en todas direcciones, nos conduce a la exclusión; es un movimiento de autoencierro del pensar y del sentir; sólo en raras ocasiones tenemos comunión con otro. Por eso existe este enorme problema.

Ahora bien, ése es el verdadero estado de nuestras vidas: respetabilidad, posesión y vacuidad. Y la pregunta es: ¿Cómo ir más allá de eso? ¿Cómo ir más allá de esta soledad, este vacío, esta insuficiencia, esta pobreza interna? No creo que la mayoría de nosotros lo desee. Casi todos estamos satisfechos de ser como somos; es demasiado fatigoso descubrir algo nuevo, de modo que preferimos seguir así. Y ésa es la verdadera dificultad. Tenemos muchísimas seguridades; hemos construido muros alrededor de nosotros y estamos satisfechos de ellos. Alguna que otra vez hay un susurro más allá del muro; alguna que otra vez ocurre un terremoto interno, una revolución, una perturbación que pronto sofocamos. La mayoría de nosotros no desea, pues, ir más allá del proceso de autoencierro; todo cuanto buscamos es una sustitución, la misma cosa en una forma diferente. Nuestra insatisfacción es muy superficial; queremos algo nuevo que nos satisfaga, una nueva seguridad, un modo nuevo de protegernos a nosotros mismos, y eso implica, otra vez, aislamiento. No buscamos, en realidad, ir más allá del aislamiento, sino fortalecerlo a fin de que sea permanente y no se vea perturbado jamás. Sólo muy pocos desean abrirse paso a través de ello y ver qué hay más allá de esta cosa que llamamos vacío, soledad. Quienes buscan una sustitución para lo viejo, estarán satisfechos descubriendo algo que ofrezca una nueva seguridad; pero hay, evidentemente, algunos que querrán ir más allá, así que prosigamos con ellos.

Entonces, para ir más allá de la soledad, del vacío, uno debe comprender todo el proceso de la mente, ¿no es así? ¿Qué es esta cosa que llamamos soledad, vacío? ¿Cómo sabemos que ésa es su condición, que está "vacía", que está "sola"? ¿Qué medida usa uno para decir que es "esto" y no es "aquello"? ¿Comprenden el problema? Cuando decimos que está vacía, ¿cómo lo sabemos, cuál es la medida? Podemos saberlo únicamente con la medida de lo viejo. Decimos que eso es vacío, le damos un nombre y pensamos que lo hemos comprendido. ¿Acaso el mismo nombrarlo no es un obstáculo para comprenderlo? Miren,

señores, casi todos sabemos qué es esta soledad, ¿no es así?, esta soledad de la que procuramos escapar. La mayoría de nosotros es consciente de esta pobreza interna, de esta insuficiencia. Esto es un hecho, y dándole un nombre no podemos disolverlo; está ahí. Ahora bien, ¿cómo conocemos su contenido, cómo conocemos su naturaleza? ¿Ustedes me conocen al llamarme por un nombre? pueden conocerme sólo cuando me observan, cuando están en comunión conmigo, pero al darme un nombre, al decir que soy esto o aquello, es obvio que ponen fin a la comunión conmigo.

De igual manera, para poder conocer eso que llamamos soledad, es preciso estar en comunión con ello, y la comunión no es posible si lo nombramos. Para poder comprender algo, primero tiene que llegar a su fin el nombrar. Si alguno de ustedes quiere comprender a su hijo —lo cual pongo en duda—, ¿qué hace? Lo mira, le presta atención cuando juega, lo observa, lo estudia, ¿no es así? En otras palabras, uno ama aquello que desea comprender. Cuando amamos algo, estamos naturalmente en comunión con ello; pero el amor no es una palabra, un nombre, un pensamiento. Ustedes no pueden amar lo que llaman soledad, ya que no tienen conciencia plena de ello, lo abordan con miedo; no miedo de *eso*, sino de otra cosa. No han reflexionado acerca de la soledad porque, en realidad, no saben *qué es*. Señores, no se sonrían; no se trata de un argumento ingenioso. Experimenten la cosa mientras estamos hablando; entonces verán su significación.

Así pues, esa cosa que llamamos el "vacío" es un proceso de aislamiento, el cual es producto de la relación cotidiana, ya que en ésta buscamos, consciente o inconscientemente, la exclusión. Uno quiere ser el dueño exclusivo de su propiedad, de su esposa, de sus hijos; desea nombrar la cosa o la persona como "mía", lo cual significa, obviamente, adquisición exclusiva. Este proceso de exclusión debe conducir, inevitablemente, a un sentido de aislamiento, y como nada puede vivir en aislamiento, hay conflicto, y de ese conflicto procuramos escapar. Todas las formas de escape que podamos concebir, ya sean las actividades sociales, la bebida, la búsqueda de Dios, el *puja*, la práctica de ceremoniales, el baile y otras diversiones, están en el mismo nivel. Y, si en nuestra vida cotidiana vemos este proceso total de escape respecto del conflicto y queremos ir más allá de eso, debemos comprender la relación.

Sólo cuando la mente no escapa en ninguna forma, es posible estar en comunión directa con eso que llamamos soledad, y para que ello ocurra tiene que haber afecto, tiene que haber amor. En otras palabras, uno tiene que amar la cosa para comprenderla. El amor es la única revolución, y el amor no es una teoría, no es una idea; no sigue ningún libro, ningún modelo de comportamiento social. De modo que la solución del problema no ha de encontrarse en teorías, que no hacen sino generar más aislamiento; puede encontrarse cuando la mente, que es pensamiento, no busca escapar de la soledad. El escape es un proceso que nos aísla, y la verdad en esto es que puede haber comunión únicamente cuando hay amor; sólo entonces se resuelve el problema de la soledad.

*Pregunta: La India tiene una antigua tradición de vida sencilla y con pocas necesidades. Sin embargo, millones de personas son mantenidas actualmente en las garras de una pobreza y una privación involuntarias, mientras que en el otro extremo de la escala social, este país es dominado por las ricas clases superiores, que ya están llevando un estilo europeo de vida. ¿Cómo puede uno descubrir la relación correcta con las posesiones y las comodidades?*

KRISHNAMURTI: Señor, ¿qué entiende usted por sencillez? ¿No resulta importante descubrir primero qué es una vida sencilla? ¿Es no poseer sino pocas ropas, un par de taparrabos? ¿Es una vida sencilla tener pocas necesidades y estar satisfecho con una sola comida al día? ¿Es sencilla la exhibición externa de sencillez? ¿O la sencillez debe comenzar en un nivel por completo diferente, no en la periferia sino en el centro? Averigüemos, pues, qué entendemos por sencillez.

Una mente compleja, que se esfuerza por desarrollar virtudes, que busca el poder, que trata de seguir un ideal, de ser no violenta, de disciplinarse, de amoldarse a algo, de aspirar a alguna cosa, de forzarse a fin de llegar a ser esto o aquello... ¿es sencilla una mente así? Obviamente, no. Pero nosotros queremos la exhibición exterior de sencillez porque eso resulta muy provechoso; es lo tradicional, el ideal. Una mente que persigue el ideal no es una mente sencilla; es una mente que escapa. Una mente en conflicto, una mente que se ajusta a un modelo, cualquiera que sea, no es una mente sencilla; pero donde hay sencillez en el centro, habrá sencillez en la periferia.

Ahora bien, el interlocutor desea saber cómo puede descubrir la relación correcta con las posesiones y las comodidades. Si usamos las posesiones para nuestra gratificación psicológica, es obvio que las posesiones conducen entonces a la complejidad. Usamos las cosas, las posesiones, no como meras necesidades, sino para satisfacer una exigencia psicológica, ¿no es así? Es decir, la propiedad se vuelve un medio de exaltación propia. Casi todos estamos buscando títulos, posición, propiedades, tierras, virtudes, reconocimiento; y todo eso implica una necesidad psicológica, ¿verdad?, una exigencia interna de ser algo o alguien. Cuando nuestra relación con la propiedad se basa en una exigencia psicológica, es obvio que no podemos llevar una vida sencilla; por eso, tiene que haber conflicto. O sea, cuando uso la propiedad, las ideas o a las personas como un medio para mi gratificación psicológica, tengo que poseer; cualquier cosa que sea, es "mía". Por lo tanto, debo protegerla, debo luchar por ella y, en consecuencia, comienza el conflicto.

Es importante, pues, comprender nuestra relación con la propiedad, pero es evidente que no podemos comprender esa relación si la abordamos mediante algún modelo en particular. La comprensión no surge por obra de ningún plan, ya sea comunista, socialista, de la derecha o de la izquierda. En tanto usemos la propiedad como instrumento de exaltación propia, tiene que haber conflicto, tiene que haber una sociedad basada en la violencia. No es tan sólo

un problema económico, sino que es, mucho más, un problema psicológico, y los economistas que intentan resolverlo en el nivel económico fracasarán siempre, porque la significación es mucho más profunda. ¿Acaso no usan ustedes la propiedad, las comodidades, el poder, como instrumentos de exaltación propia? El saber que tienen una gran suma de dinero en el banco, que poseen un título, propiedades, ¿no les da importancia, un sentimiento de poder? Si no es la propiedad lo que les interesa, entonces quieren ser un funcionario, un burócrata, un comisario, un embajador, y Dios sabe qué más, y de ello obtienen un sentimiento de satisfacción, sienten que son "alguien".

Nuestra relación se basa, pues, en la exaltación propia, y mientras usemos a las personas, las ideas y las cosas para autoengrandecernos, tendrá que haber violencia. El problema no puede ser resuelto mediante ningún modelo de acción económica o social, sino que requiere la comprensión respecto de todo nuestro ser psicológico; por lo tanto, tiene que haber una revolución interna, no tan sólo una revolución en lo exterior de la sociedad. Es muy difícil ser como nada, no necesitar ser algo, porque casi todos queremos ser exitosos, perseguimos el éxito en una u otra forma, ¿no es así? En los negocios, en el mundo social, en la política, como escritor, como poeta, uno necesita ser reconocido; de modo que el problema es mucho más interno y psicológico que externo y objetivo. En tanto nuestra relación se apoye en la propiedad, tendrá que existir esta terrible división entre los que poseen y los que no poseen, entre el rico y el pobre. Y nosotros tratamos de abolir esa división mediante la revolución basada en una idea, la cual es un modelo de acción externa que determina cómo los individuos se comportarán en una sociedad donde no ha habido una transformación fundamental, radical en el núcleo mismo, que es la psique.

Por eso, una revolución que se limita a sustituir un modelo por otro, no es revolución en absoluto. Creemos que teniendo una revolución exterior, podemos dar origen a un mundo nuevo basado en lo que debería ser. Por el contrario, la revolución sólo puede tener lugar en el núcleo, en la psique, y entonces producirá una verdadera revolución externa; pero, haga uno lo que hiciere, la mera revolución externa jamás podrá generar una revolución interna.

Nuestro problema no es, entonces, cómo originar un nuevo modelo o una nueva sustitución, sino cómo despertar en nosotros mismos la revolución radical. Ése es el verdadero problema, porque lo que somos nosotros, eso es el mundo. Nuestro problema es el problema del mundo; no estamos separados del mundo. Nosotros y el mundo somos un solo proceso integrado; el mundo no existe sin nosotros. Así pues, a menos que haya una revolución en el núcleo, la revolución exterior muy poco significa. Somos poquísimos los que queremos cambiar, o sólo queremos cambiar superficialmente, manteniendo ciertas cosas tal como son en relación con nuestras exigencias psicológicas; pero es únicamente una radical revolución interna la que transformará al mundo. La transformación debe comenzar con uno mismo como individuo; no podemos acudir a la masa, porque sólo el individuo, no la masa, puede dar origen

a una transformación. En consecuencia, ustedes y yo debemos transformarnos radicalmente, y en eso hay una belleza extraordinaria, hay un pensar creativo.

Un hombre que es feliz, que ama, no desea posesiones; no lo entusiasman el éxito, el poder, la posición o la autoridad. El desdichado, el que sufre, es el que busca poder y éxito como un modo de escapar de su propia insuficiencia. El descontento superficial sólo conduce a la gratificación y a más descontento, y como casi todos estamos tan sólo superficialmente descontentos, no queremos liberarnos del descontento. Liberarse del descontento es dar origen a una revolución fundamental. El contentamiento, que no es lo opuesto del descontento, es ese estado en que hay comprensión de *lo que es*, y la comprensión de *lo que es*, no es una cuestión de tiempo; no es el movimiento del pasado hacia el futuro. La mente puede ser libre sólo cuando es sencilla, pura, y sólo una mente así puede conocer el contentamiento. Sólo la mente libre puede establecer una relación correcta con la propiedad. Ustedes dirán: "Eso llevará muchísimo tiempo, porque sólo unos pocos pueden hacerlo. Mientras tanto, el mundo se desmorona; por eso debemos organizarnos colectivamente". Ése es un argumento muy fácil y engañoso. De hecho, aunque ustedes se organicen para producir una revolución colectiva, eso también llevará tiempo, y ¿cómo saben que poseen la llave del futuro? ¿Qué les otorga la autoridad y la certeza de que, gracias a su revolución particular, van a crear una maravillosa utopía?

Es, entonces, realmente importante que el problema sea examinado, no en un determinado nivel sino a fondo, íntimamente, y con un enfoque integrado; únicamente en eso hay solución. No puede haber tal integración si abordamos el problema con algún sentido de resistencia o mediante alguna forma de coacción o amoldamiento. Por lo tanto, lo que origina integración es el amor, pero para amar el problema, uno no puede imponerle ninguna teoría o disciplina en particular. Si de veras queremos resolver este problema de la relación correcta con la propiedad, debemos ser capaces de comprender toda la estructura de nuestro ser. Pero ya ven, queremos respuestas rápidas, una respuesta inmediata, una solución fácil a este problema, y no hay nadie en la Tierra que pueda dárnosla. No existe una solución inmediata para un problema muy complejo. Lo inmediato se encuentra en la respuesta del individuo, no en la solución del problema. Uno puede cambiar inmediatamente si lo desea. Pero no lo desea. Cuando experimentamos una crisis es cuando tenemos que cambiar. Una crisis significa que abordamos el problema de una manera extraordinariamente completa, íntegra; de lo contrario, no es una crisis. Pero nosotros no queremos crisis en nuestras vidas; por eso tenemos abogados, sacerdotes, revolucionarios autorizados. Evitamos la crisis, pero cuando tengamos que hacerles frente, sólo entonces, daremos con la respuesta correcta.

*Pregunta: ¿Qué es el conocimiento propio? Según el enfoque tradicional, el conocimiento propio es el conocimiento del atma como algo distinto del ego. ¿Es eso lo que usted entiende por conocimiento propio?*

KRISHNAMURTI: Miren, señores, todos ustedes son personas muy ilustradas, ¿verdad? Han leído todos los libros religiosos, y así es como saben acerca del atma; de lo contrario, no sabrían nada al respecto. Han leído eso en los libros y les agrada la idea, de modo que la aceptan, pero no quieren saber de veras si existe o no existe. Desean permanencia, y eso es lo que el atma les garantiza. Ahora bien, supongamos que no hubieran leído ni un solo libro religioso acerca del atma, del super atma y demás, ¿qué es lo que harían? Podrían inventar, pero si no tuvieran ningún conocimiento previo, ¿cuál sería el enfoque de ustedes? Y ése es mi enfoque; no he leído ni un solo libro religioso o psicológico, porque no los necesito. No es que sea presuntuoso, pero dado que toda la cosa está dentro de uno, uno puede descubrirla por sí mismo, pero no mirando afuera. De lo contrario, ¿cómo sabe uno que Shankaracharya, el Buda o la autoridad más reciente, no están equivocados?

Así pues, para descubrir lo verdadero, tiene que haber libertad, libertad no al final sino en el principio mismo. La libertad no está en el final, la liberación no es un producto final; tiene que existir al principio; de otro modo, es imposible descubrir. En consecuencia, ha de haber libertad, libertad respecto del pasado, y eso es lo que vamos a descubrir ustedes y yo. El interlocutor quiere saber qué es el conocimiento propio. No es cosa del ego, ni del atma; ustedes no saben qué significa eso. Todo lo que saben es que están aquí, una entidad en relación con otra, con su esposa e hijos, con el mundo; es todo cuanto saben. Ése es el hecho real. Si el atma existe o no, es tan sólo una teoría, una especulación, y la especulación es una pérdida de tiempo; es para los perezosos, para los irreflexivos.

Y bien, ¿qué soy yo? Eso es todo lo que importa: ¿Qué es uno mismo? Voy a descubrir qué soy; voy a ver hasta dónde puedo llegar en esa dirección y a averiguar adónde conduce. Porque el hecho es *ése*, no el atma, no el ego, no el super-super-super. Yo no pienso en esas cosas, aun cuando el Buda y Cristo y todos puedan haber hablado acerca de ellas. Lo que puedo conocer es mi relación con la propiedad, con las personas, con las ideas. Por lo tanto, el principio del conocimiento propio radica en comprender la relación, y esa relación actúa en todos los niveles, no sólo en un nivel determinado. Tengo que descubrir qué es mi relación con mi esposa, con mis hijos, con la propiedad, con la sociedad, con las ideas. La relación es el espejo en el que me veo tal como soy, y verme tal como soy es el principio de la sabiduría. La sabiduría no es algo que ustedes y yo podamos comprar en los libros o adquirirlo acudiendo a un gurú; eso es mera información, y la sabiduría no es información. La sabiduría es el origen del conocimiento propio, y esa sabiduría adviene cuando comprendemos la relación.

Ahora bien, para comprender la relación, para ver muy claramente en la relación el hecho de lo que somos, no tiene que haber condena ni justificación alguna, debemos considerar el hecho con libertad. ¿Cómo puede uno comprender algo si lo condena o desea que eso sea otra cosa que lo que es? Comprendiendo la relación descubrimos, de instante en instante, las modalidades

de nuestro pensar, la estructura de nuestra mente; y en tanto la mente no comprenda la totalidad de su proceso —tanto consciente como inconsciente—, no puede haber libertad. Así pues, gracias a la relación de los contactos cotidianos, de la acción cotidiana, llegamos a un punto donde vemos que el pensador no es diferente del pensamiento. Cuando uno dice que el atma es diferente del ego, sigue estando dentro del campo del pensamiento, y sin comprender el proceso, el funcionamiento del pensar, es completamente inútil hablar de la realidad y el atma, porque entonces carecen de existencia, son meros prejuicios del pensamiento. Lo que debemos hacer es comprender el proceso del pensar, y éste puede ser comprendido únicamente en la relación, cosa que discutiremos luego.

Después está la cuestión del pensador y el pensamiento, del experimentador y lo experimentado, cuestión que nos es familiar. ¿Existe un pensador como entidad separada del pensamiento? Por cierto, no hay una entidad separada; sólo hay pensamiento, y el pensamiento ha creado esta entidad separada que llamamos el pensador. El pensamiento es la respuesta de la memoria, tanto de la consciente como de la inconsciente, de la manifiesta como de la oculta. La memoria es experiencia, y la experiencia es la respuesta a un reto, la cual se convierte en lo experimentado; ése es el proceso total de nuestra conciencia, ¿no es así? Está la memoria, después la experiencia, que es la respuesta al reto, luego viene el proceso de nombrar, el cual cultiva más aún la memoria. La memoria responde como pensamiento en la relación, y todo este proceso del pensar, este ciclo de memoria, reto, respuesta, experiencia y nombrar, que se convierte en más memoria, es lo que llamamos conciencia. Eso es todo lo que soy, eso es todo cuanto sé.

Veo, pues, que mi mente funciona dentro del campo del tiempo, dentro del campo de lo conocido. ¿Puede funcionar más allá de ese campo? Ahora veo todo el proceso de mi pensar, lo cual me lleva a preguntarme: ¿Puede la mente ir más allá del pensamiento, que es el resultado de lo conocido? Obviamente no, porque cuando el pensamiento busca ir más allá, está persiguiendo su propia proyección. El pensamiento no puede experimentar lo desconocido; sólo puede experimentar aquello que ha proyectado, es decir, lo conocido. El pensamiento es la mente, la cual es el resultado del tiempo, el producto del pasado; y yo quiero saber si la mente puede ir más allá de sí misma. Es obvio que no puede, porque el "más allá" es lo desconocido, no pertenece al tiempo. La mente debe, pues, llegar a su fin, y eso implica que debe hallarse en estado de silencio, de meditación. La meditación no es el resultado de algo, sino la comprensión del proceso total de la relación, comprensión que implica conocimiento propio. Sólo cuando la mente está quieta, no obligada a aquietarse, hay una posibilidad de experimentar lo desconocido.

¿Puede, entonces, la mente, que es el resultado de la experiencia, que es memoria, puede una mente así experimentar lo desconocido? ¿Comprenden el problema? ¿Puede la mente, que es memoria, que es el producto del tiempo, experimentar lo intemporal? La función de la mente es recordar; y la verdad,

¿es un asunto de experiencia y memoria? Discutiremos todo esto más adelante a medida que avancemos; sólo escuchen lo que se está diciendo, acompáñenlo, jueguen con ello, no lo resistan. El punto es, entonces, éste: La mente es el resultado del tiempo, siendo el tiempo memoria; y la memoria dice: "He experimentado", o dice: "No he experimentado". La verdad, lo desconocido, lo inconmensurable, ¿es una cuestión de experiencia, es algo para ser recordado? Si uno recuerda algo, eso ya es lo conocido, ¿verdad? ¿No es, entonces, posible experimentar algo sin hacerlo en función del tiempo, lo cual implica experimentar en el sentido de ver la verdad de instante en instante? Si recuerdo la verdad, eso ya no es la verdad, porque el recuerdo es cosa del tiempo, de la continuidad, y la verdad no es del tiempo, no pertenece a la continuidad. *La verdad del Buda no es la verdad que descubro hoy.* La verdad jamás es la misma; no tiene continuidad, sólo existe de instante en instante, no puede ser recordada. La verdad se manifiesta tan sólo cuando la mente está por completo serena, silenciosa. La verdad no es algo que podamos buscar, experimentar, retener y adorar. Lo intemporal puede ser experimentado cuando la mente está libre de todo condicionamiento. El conocimiento propio es la comprensión con respecto al condicionamiento.

Lo importante es comprender el proceso total de la mente. Más tarde discutiremos eso, pero antes tendremos que ver muy claramente que la verdad no es algo que pueda ser recordado. Lo que se recuerda pertenece al tiempo, es una cosa del pasado, y la verdad jamás puede ser del pasado o del futuro; sólo puede existir en el presente, en ese estado donde no existe el tiempo. El tiempo es el proceso de la mente; la mente es pensamiento, y el pensamiento es la respuesta de la memoria. La memoria es la experiencia de reto y respuesta; debido a que la respuesta es inadecuada, crea el problema en la relación. Así pues, comprender el proceso total del "yo" implica comprender la relación en la vida cotidiana, y esa comprensión libera del tiempo a la mente; en consecuencia, ésta es capaz de experimentar la realidad de instante en instante, lo cual no es un proceso de recordar; ya no puede seguir siendo llamado "experiencia", es un estado totalmente distinto. Ese estado del ser es bienaventuranza, no es algo que aprendemos en los libros y repetimos como discos de fonógrafo. Un hombre así conoce la felicidad; él no repite, para él la vida no tiene problemas. Sólo la mente crea los problemas.

*12 de febrero de 1950*

## SEGUNDA PLÁTICA EN BOMBAY

Cuando hay tanta confusión y contradicción, no sólo en nuestras propias vidas, sino también entre los especialistas y los eruditos, la acción se vuelve extremadamente difícil, y es aventurado e incierto encontrar un recto modo de

conducirse, una recta manera de vivir. Esta confusión va actualmente en aumento, no sólo dentro de nosotros mismos, sino también alrededor de nosotros, y debemos descubrir, ¿no es así?, una manera de actuar que no genere más conflicto, más desdicha, lucha y destrucción. Vemos que cualquier cosa que afirman los expertos, los dirigentes políticos y las autoridades religiosas, sólo conduce a más infortunio, a más caos y confusión. De modo que el problema de la acción es muy importante —no sólo la acción individual, sino también la colectiva—, y descubrir cómo vivir es mucho más significativo que limitarse a seguir cierto modelo de acción.

Ahora bien, es evidente que para actuar debe existir una verdadera individualidad, pero si bien tenemos cuerpos separados, de hecho no somos, en absoluto, individuos; psicológicamente, no estamos separados. No somos *individuos* en el verdadero sentido de la palabra, sino que estamos compuestos de muchas capas de memoria, de tradición, conflicto, y patrones de conducta, tanto conscientes como en otro respecto; y ésa es toda la estructura de nuestro ser. Así pues, si examinamos atentamente al individuo, veremos que de hecho no hay individualidad en absoluto, no hay singularidad. Al fin y al cabo, por individualidad entendemos la cualidad de lo único, de lo creativo; la individualidad es el estado de soledad creativa. Señores, la acción que no contribuye a más desdicha, caos y destrucción, es posible únicamente cuando hay verdadera individualidad, y la individualidad es posible sólo cuando comprendemos todo el proceso de amoldamiento e imitación. Para la mayoría de nosotros, el vivir es meramente el seguimiento de un modelo: el modelo de lo que ha sido o el modelo de lo que será. Si examinamos nuestra conducta diaria, nuestra diaria manera de pensar, veremos que el proceso de nuestra acción es un continuo imitar, un continuo copiar. Todo lo que sabemos y todo lo que hemos adquirido, se basa en la imitación. Debido a eso, a que imitamos, a que copiamos, no somos individuos en absoluto. Citamos lo que ha dicho fulano de tal, lo que han dicho Shankaracharya, el Buda o Cristo, porque ello se ha convertido en el modelo de nuestra existencia, jamás para descubrir, jamás para dar con la verdad por nosotros mismos, sino para repetir lo que algún otro ha descubierto, lo que algún otro ha experimentado.

Cuando usamos la experiencia de otro —por auténtica que sea— como el modelo para nuestra acción, ésta se basa de hecho en la imitación, y esa acción es, entonces, una mentira. (¡Por favor, señor, tome asiento!). Estas reuniones no están dirigidas a aquellos que no son serios. Ésta no es una reunión política ni un espectáculo donde ustedes puedan presumir de sus rostros o tomar sus fotografías. (*Risas*). Usted no haría esto en un templo religioso, ¿verdad? Estamos tratando con la vida, no con la mera exhibición externa de las cosas, y para comprender la vida tenemos que comprender este proceso completo del vivir, que somos nosotros mismos. Para comprendernos, debemos comprender todo el contenido de la mente consciente y de la inconsciente, y si usted no presta más que una escasa atención a lo que se dice, me temo que no entenderá el pleno significado de ello.

Así pues, la acción que se basa en la imitación, en la copia, en el amoldamiento, en la búsqueda de un modelo, debe conducir inevitablemente a la confusión; y eso es lo que, de hecho, ocurre hoy en el mundo. ¿Por qué nos amoldamos, por qué imitamos, copiamos, citamos autoridades, nos mantenemos fieles al mandato de lo que ha sido o de lo que será? ¿Por qué no podemos descubrir directamente, por nosotros mismos, cómo vivir, en vez de copiar siempre a alguien? ¿No es porque casi todos tenemos miedo de perder nuestra seguridad? La mayoría de nosotros desea un estado seguro al que llama "paz", pero éste es, en realidad, un estado en el que no queremos que se nos perturbe. Muy pocos nos arriesgamos; por eso vivimos tan sólo copiando y nos satisfacemos con la imitación. Sólo cuando nos abrimos paso por este proceso de la imitación, cuando lo comprendemos, se torna posible una acción individual, la cual es creación.

Especialmente en estos tiempos, cuando hay tanta confusión en el mundo, cuando hay tantas autoridades, tantos gurúes, tantos líderes —cada uno afirmando y negando, cada uno ofreciendo un nuevo modelo de acción—, ¿no es importante, acaso, descubrir qué es la acción independiente de modelos, independiente de copias? Y eso es posible únicamente cuando comprendemos el proceso y el significado de la imitación, no sólo la imitación de un ejemplo externo, sino la imitación y el amoldamiento que se origina en la autoridad de nuestra propia experiencia. La autoridad cobra existencia, ¿no es así?, cuando queremos estar seguros, y cuanto mayor es nuestro deseo de seguridad, menos seguridad tenemos, cosa que han demostrado estas guerras inacabables. Cada grupo constituido por los así llamados individuos, desea estar seguro, de modo que cada uno crea un sistema, un patrón de seguridad basado en su propia autoridad, la que se halla en conflicto con la autoridad de otros grupos. Por consiguiente, en tanto busquemos seguridad en cualquiera de sus formas, psicológica o física, tiene que haber conflicto, destrucción. El deseo de seguridad implica amoldamiento, pero sólo cuando la mente está de veras insegura, competamente dubitativa, cuando no se basa en ninguna autoridad, ni externa ni interna, cuando no imita un ejemplo, un ideal, y no se aferra a la autoridad de lo que ha sido, sólo entonces, al no amoldarse en forma alguna y estar, por lo tanto, libre para descubrir, únicamente así, hay creación.

De modo que nuestro problema no es cómo actuar, sino cómo generar ese estado de creación que es la verdadera individualidad. Ese estado no se basa en una idea, obviamente, porque lo creativo no puede ser jamás una ideación. La ideación debe cesar para que lo creativo sea. No puede haber acción creadora mientras hay un modelo, una idea, y como nuestra vida se basa en la idea, en el amoldamiento al ideal, no somos creativos; ése es el verdadero problema, no cómo actuar. Cualquiera les dirá cómo actuar, cualquier político, cualquier sistema ingenioso les dirá qué deben hacer, pero, al hacerlo, engendrarán ustedes más desdicha, más daño y confusión, más rivalidad, porque su acción no es la consecuencia de un estado creativo. Por eso es importante estar libre de todo amoldamiento y ser un verdadero individuo. Para ello, debemos conocer

lo que somos de instante en instante; en la comprensión de lo que somos existe una posibilidad de dar origen a una sociedad no basada en el conflicto, la destrucción y la desdicha.

Un individuo así es un ser humano feliz, y la felicidad no necesita imitar la virtud; por el contrario, la felicidad crea virtud. Un hombre feliz es un hombre virtuoso; el desdichado es el que carece de virtud y, por más que trate de llegar a ser virtuoso, mientras siga siendo desdichado no existirá para él la virtud. Él se ha vuelto respetable, pero la respetabilidad sólo disimula la infelicidad. Lo importante, pues, es descubrir por nosotros mismos el patrón de amoldamiento y ver la verdad al respecto, porque sólo cuando vemos que ese patrón es creado por miedo a la inseguridad, puede haber un estado de creación.

Como es habitual, me han entregado muchas preguntas; mientras las consideramos juntos, me permito sugerir que no ofrezcan resistencia a lo que se dice, sino que lo oigan tal como si escucharan música. Sólo escúchenme sin disputar. Disputar y rechazar es la manera acostumbrada y fácil, pero la mente discutidora jamás puede hallarse en un estado de serenidad, único estado en el que llega la comprensión. Además, si puedo sugerirlo, no se limiten a aguardar explicaciones; no esperen de mí una conclusión o una respuesta, porque no las daré. No hay respuestas categóricas para los verdaderos problemas de la vida; sólo existe la comprensión, y la comprensión capta el pleno significado del problema, viendo todo su contenido. Así que, por favor, tengan la bondad de escucharme con un sentimiento amigable y con la intención de descubrir la significación del problema en sí, antes que aguardar meramente una respuesta.

*Pregunta: Usted afirma que no ha leído un solo libro, pero ¿es eso realmente lo que quiere decir? ¿No sabe que declaraciones tan poco precisas causan resentimiento? Usted parece conocer la jerga más reciente de la política, la economía, la psicología y las ciencias. ¿Trata de sugerir que obtiene toda esta información mediante ciertos poderes sobrehumanos?*

KRISHNAMURTI: Señor, le guste o no, es un hecho que no he leído un solo libro religioso, ni libro alguno de psicología o de ciencia, y también es un hecho que cuando era joven, no se me hizo pasar por un riguroso curso de aprendizaje en filosofía o psicología. De una u otra manera, he sido reacio a leerlos, me aburrían; eso es un hecho. Obviamente, conozco a muchísimas personas de toda clase: científicos, filósofos, psicoanalistas, personas religiosas, etc., que vienen a discutir, y una que otra vez leo algunos semanarios dedicados a la política y a los asuntos del mundo. Eso es todo cuanto poseo en el sentido de una información general. Ahora bien, ¿por qué eso le causa resentimiento? ¿No es, acaso, porque usted ha leído tanto, y su propia ignorancia es puesta en descubierto por alguien que no ha leído? Señor, ¿usted lee con el fin de volverse sabio? ¿Es sabiduría el conocimiento? ¿No es la sabiduría por completo diferente del conocimiento? Pero en esto hay dos problemas: uno, por

qué hay resentimiento en usted, y dos, cómo adquiero yo todo eso de que hablo. Investiguemos primero por qué se resiente usted.

¿No es importante averiguar por qué siente usted resentimiento? Lee diarios, revistas, libros sagrados, todos los comentarios que aparecen sobre filosofía, psicología y ciencia; y continúa leyendo. ¿Por qué lee? ¿Por qué mantiene a su mente de tal modo ocupada todo el tiempo? ¿Y por qué se resiente cuando alguien que no ha leído señala algo? ¿Es, acaso, porque se siente frustrado y eso le desagrada, y entonces detesta a quien muestra una actitud distinta hacia la vida? ¿Cuál es el proceso de su propio resentimiento?

Es importante, sin duda, descubrir si la sabiduría, la comprensión, llega por intermedio de los libros, y por qué leen ustedes, por qué llenan sus mentes con información, con lo que ha dicho fulano de tal. ¿No denota eso una mente muy perezosa, una mente no inquisitiva? ¿No denota, también, una mente incapaz de investigar y experimentar directamente? Una mente así vive de las experiencias de otras personas, y con eso se satisface, se adormece, se embota. ¿Puede una mente repleta de parloteo, de información, ser alguna vez receptiva para la sabiduría?

El segundo problema es éste: Aunque yo pueda hablar, no he leído ningún libro, y usted pregunta: "¿Trata de sugerir que obtiene toda esta información mediante ciertos poderes sobrehumanos?". Y bien, si uno no lee, tiene que saber cómo escuchar, tiene que ver y comprender con más claridad, observar más delicada y agudamente, ¿no es así? Tiene que ser más sutil en la percepción de todo cuanto le rodea, no sólo de las personas que uno conoce, de las que vienen a verlo, sino también de las que viajan en el tranvía, de las que caminan por la carretera. Uno debe observarlo todo, ¿no es cierto?, con mayor agudeza y claridad; y está impedido de hacerlo si se halla atiborrado de información. Cuando uno está viviendo plenamente, con atención no dividida, hay experiencia directa; no se basa en autoridades ni mandatos y, además, ¿por qué necesitan ustedes acudir a otros, cuando poseen todo el tesoro dentro de sí mismos?

Al fin y al cabo, uno es el resultado total de la humanidad íntegra, tanto de lo colectivo como de lo así llamado individual. Somos la suma de todos los padres y todas las madres, y si sabemos cómo mirar dentro de nosotros mismos, no tenemos que leer ni un solo libro sobre religión, filosofía o psicología, porque el libro es uno mismo. Ustedes quizás hayan tenido que leer para obtener información científica, para aprender matemáticas, etc., pero todo eso puede ser guardado en bibliotecas. ¿Por qué llenan ustedes sus mentes con datos, cuando tienen un tesoro dentro de sí mismos, el cual requiere muchísima atención, muchísima vigilancia? Vean, ése es todo el quid de la cuestión. Aunque nos encontremos con personas de todo tipo, de todo grado de instrucción, es la comprensión de nosotros mismos la que trae consigo un conocimiento infinito, una infinita sabiduría.

Señores, estoy seguro de que en los tiempos antiguos, antes de que se publicaran libros, antes de que hubiera instructores y gurúes y discípulos, hubo

descubridores totalmente originales; como no había Bhagavad Gita ni Biblia ni libro de ninguna clase, ellos debían descubrir por sí mismos, ¿no es así? ¿Cómo lo hacían? Obviamente, ni tenían sanciones ni citaban estúpidamente la autoridad de algún individuo. Investigaban la verdad por sí mismos; la descubrían en los sitios sagrados de sus propias mentes y de sus corazones. Pero descubrir, ver *lo que es* sin condenarlo ni justificarlo, es extraordinariamente difícil. La mente es tan sólo un proceso del pasado que usa el presente como un pasaje hacia el futuro, y ¿cómo puede una mente así ver *lo que es*? Para ver *lo que es*, la mente debe estar libre de toda adquisición, de toda acumulación... pero ése es un problema diferente. Ahora estamos tratando de comprender el problema de por qué leemos y por qué sentimos resentimiento contra aquellos que no leen. Y alguien que ha leído, que ha acumulado tanta información, ¿puede tener la libertad indispensable para ver, para escuchar, para atender?

No es bueno sentirse resentido; es estúpido, es tan sólo una pérdida de tiempo. Pero todos nos complacemos en acciones que no tienen sentido y, por cierto, señoras y señores, si ustedes quieren descubrir qué es la sabiduría, poseen en sí mismos la llave y también la puerta que deben abrir. El conocimiento propio es el principio de la sabiduría, pero el conocimiento propio empieza muy cerca; no se halla en algún supremo nivel "átmico" —lo cual no es sino otra invención de una mente ingeniosa en busca de seguridad—. El conocimiento propio se refleja en la relación con nuestra esposa, con nuestros hijos, con el vecino, con el jefe, con la propiedad, con los árboles y con el mundo. Para llegar muy lejos, debemos empezar muy cerca. Pero a casi todos nos desagrada empezar cerca, porque somos tan feos internamente, sentimos tanto temor de nosotros mismos, que imaginamos algo maravilloso en la distancia y lo convertimos en nuestra meta, en nuestro lema, en el modelo que tenemos que seguir. Debido a que no estamos dispuestos a ver y comprender lo que somos de instante en instante, hacemos de nuestra vida una contradicción, una desdicha y una completa confusión. Señor, la verdad está aquí, no lejos; la felicidad es el descubrimiento de *lo que es*, y eso es virtud.

*Pregunta: La belleza, ¿puede ser cultivada, adquirida? ¿Qué significa la belleza para usted?*

KRISHNAMURTI: La belleza es, por cierto, algo que no pertenece a la mente. Por lo tanto, la belleza no es sensación. Lo que busca la mayoría de nosotros es sensación, y a eso lo llama belleza. Está la moda, el estilo que puede ser cambiado, ajustado o abandonado; está el moblaje costoso que uno compra para su hogar si es que posee dinero; están la mujer hermosa, el niño hermoso, la pintura hermosa, la casa hermosa... todo eso es, en realidad, la respuesta de la sensación, que es la respuesta de la mente, ¿verdad? Y, ¿es sensación la belleza? ¿Pertenece la belleza tan sólo a la forma y configuración externa? Vestir un sari del modo apropiado, tener los labios cuidadosamente curvados por el lápiz labial, caminar de cierta manera... ¿es belleza eso? Y ¿es

belleza el rechazo de lo feo? ¿Es virtud el rechazo de lo malo? ¿Hay belleza en cualquier rechazo? El rechazo —lo agradable y lo desagradable— existe, por cierto, únicamente cuando hay sensación. Sólo escuchen, no lo contradigan, no se opongan; simplemente, escuchen, y descubrirán qué entendemos por belleza.

Mientras que la forma externa debe recibir, evidentemente, cierta consideración y requiere cierto cuidado, limpieza, y demás, en parte como necesidad y también por razones estéticas, eso no es, por cierto, belleza, ¿verdad? La belleza que es sensación, pertenece a la mente, y la mente puede hacer que cualquier cosa sea bella o fea; en consecuencia, la belleza que depende de la mente no es belleza. Entonces, ¿qué es la belleza? La mente es sensación, y si la mente juzga la belleza y le da un nombre como bondad o verdad, ¿es belleza eso? Si la belleza es percibida por medio de la mente, es sensación, y la sensación se termina; ¿puede eso ser bello en modo alguno? ¿Comprenden lo que quiero decir? ¿Es belleza aquello que termina como sensación? Veo un árbol bajo las luces del atardecer, el Sol danzando y centelleando sobre las hojas de la palmera, y es algo muy bello. La mente, al apegarse a eso, dice: "¡Qué bello es!"; lo retiene, resucitando y reviviendo esa imagen. En el instante de percepción experimenta un gran placer, un sentimiento profundo de satisfacción que califica como lo bello; pero un segundo después eso ha desaparecido, es nada más que un recuerdo; de modo que la mente da continuidad a la sensación de lo que ella llama belleza.

La mente está, pues, de continuo representándose, imaginando lo bello, que siempre pertenece al pasado. Pero la belleza, ¿es del tiempo? Si no es del tiempo, entonces la belleza es algo ilimitado, inconmensurable, ¿no es así?, no cabe dentro del marco de la palabra *belleza*. La mente puede inventar lo bello, pero la experiencia de lo inconmensurable no puede ser conocida por una mente que persigue la sensación de la belleza. Ustedes y yo podemos ver la belleza externamente, pero la mera apreciación de esa expresión externa no es belleza, ¿verdad? Por lo tanto, la belleza es algo que está más allá de la mente, más allá de la sensación, de los límites temporales, más allá de la cualidad del pensar, que nos liga al tiempo. Y ese sentido de lo inconmensurable en que todas las cosas existen, es belleza; ello implica ser, de veras, infinitamente sensible. El hombre que rechaza lo malo, que rechaza lo feo, jamás puede saber qué es la belleza, porque el rechazo mismo es el cultivo de lo feo. Lo inconmensurable no se encuentra en un diccionario, en ningún libro religioso o filosófico.

Así pues, la belleza no es algo de la mente, pero por desgracia, la civilización moderna está convirtiendo a la belleza en una cosa de la mente. Todas las revistas fotográficas, todos los cines lo hacen; casi todos nuestros esfuerzos se dirigen a pintar cuadros maravillosos, a fabricar muebles maravillosos, a construir casas hermosas, a comprar los vestidos más de moda, el lápiz labial más reciente, o cualquier cosa de las que se exhiben en los anuncios publicitarios. Estamos atrapados en las cosas de la mente, y por eso nuestras vidas son tan

feas, tan vacías; por eso nos adornamos —lo cual no quiere decir que no deberíamos adornarnos—.

Pero existe una belleza interna y, cuando la vemos, ella da significación a lo externo, pero el mero adornar lo externo mientras ignoramos lo interno, es igual que tocar un tambor: éste sigue estando vacío. La belleza es algo que está más allá de la mente, y para dar con lo bello —llámese verdad, Dios, o como quiera uno llamarlo— es preciso estar liberados del proceso de pensamiento. Pero ése es un problema distinto que podemos discutir en alguna otra oportunidad.

*Pregunta: Mediante movimientos tales como la Organización de las Naciones Unidas y las Conferencias Pacifistas Mundiales recientemente celebradas en la India, los hombres de todo el mundo están haciendo un esfuerzo individual y colectivo para impedir la tercera guerra mundial. ¿En qué difiere su intento del de ellos? Y ¿espera usted obtener algunos resultados apreciables? ¿Puede ser impedida la guerra que nos amenaza?*

KRISHNAMURTI: Primero despachemos los hechos obvios y después investiguemos más a fondo la cuestión. El primer hecho es la guerra que nos amenaza y si podemos impedirla. Señor, ¿qué piensa usted? Los hombres están dispuestos a matarse masivamente unos a otros; ustedes están dispuestos a matar a su prójimo, no con espadas, tal vez, pero lo están explotando, ¿no es así?, política, religiosa y económicamente. Hay divisiones sociales, comunales, lingüísticas, y ¿no arman un gran alboroto en torno de todo esto? No desean impedir la guerra que nos amenaza, porque algunos de ustedes se harán ricos con ella. (*Risas*). Los astutos van a hacer dinero, y los estúpidos también querrán hacer más. ¡Por Dios!, vean lo horrible, lo despiadado que es eso.

Señor, cuando tenemos un propósito fijo de ganar a toda costa, el resultado es inevitable, ¿verdad? La tercera guerra mundial se está originando en la segunda guerra mundial, la segunda guerra mundial se originó en la primera, y la primera fue el resultado de guerras anteriores. Hasta que pongamos fin a la causa, el mero andar ocupándonos ineficazmente de los síntomas, carece de toda significación. Una de las causas de la guerra es el nacionalismo, son los gobiernos soberanos y toda la cosa desagradable que los acompaña: el poder, el prestigio, la posición y la autoridad. Muy pocos de nosotros queremos poner fin a las guerras, porque nuestras vidas son incompletas; toda nuestra existencia es un campo de batalla, un conflicto incesante, no sólo con nuestra esposa, nuestro marido, nuestro prójimo, sino con nosotros mismos: la constante lucha por llegar a ser alguna cosa. Ésa es nuestra vida, de la que la guerra y la bomba de hidrógeno son tan sólo las proyecciones violentas y espectaculares, y en tanto no comprendamos todo el significado de nuestra existencia y demos origen a una transformación radical, no podrá haber paz en el mundo.

Ahora bien, el segundo problema es mucho más difícil, exige mucho más nuestra atención, lo cual no quiere decir que el primero no sea importante. El

motivo de que casi todos prestemos tan escasa atención a la transformación de nosotros mismos, es que no queremos transformarnos. Estamos contentos y no deseamos que se nos perturbe. Nos satisface seguir siendo como somos, y por eso estamos enviando a nuestros hijos a la guerra, por eso debemos tener instrucción militar. Todos ustedes quieren salvar sus cuentas bancarias, aferrarse a su propiedad, y todo eso en nombre de la no violencia, en el nombre de Dios y de la paz, lo cual es todo un montón de disparates santurrones. ¿Qué entendemos por paz? Ustedes dicen que la O.N.U. procura establecer la paz organizando a sus naciones miembros, lo cual implica equilibrar el poder. ¿Es eso una búsqueda de la paz?

Luego están los individuos que se reúnen en torno de cierta idea sobre lo que ellos consideran que es la paz. Es decir, el individuo se resiste a la guerra, ya sea de acuerdo con su convicción moral o según sus ideas económicas. Colocamos la paz sobre una base racional o sobre una base moral. Decimos que debemos tener paz porque la guerra no es provechosa —es decir, la razón económica—, o decimos que debemos tener paz porque matar es inmoral, irreligioso, ya que el hombre es divino en su naturaleza y no debe ser destruido, y así sucesivamente. Existen, pues, todas estas diversas explicaciones de por qué no debería haber guerra: por una parte, las razones para la paz religiosas, morales, humanitarias o éticas, y por la otra, las razones racionales, económicas o sociales.

Ahora bien, ¿es la paz una cosa de la mente? Si tenemos una razón, un motivo para la paz, ¿originará paz eso? ¿Comprenden lo que quiero decir? Si yo me abstengo de matarlo porque pienso que hacerlo es inmoral, ¿es eso pacífico? Si por razones económicas no destruyo, si no ingreso en el ejército porque pienso que me resulta improductivo, ¿es pacífico eso? Si baso mi paz en un motivo, en una razón, ¿puede eso generar paz? Si amo a alguien por su belleza física, porque me gusta corporalmente, ¿es eso amor? Señores, por favor, presten un poco de atención a esto porque es muy importante. Casi todos hemos cultivado tanto nuestras mentes, somos tan intelectuales, que necesitamos encontrar razones para no matar, siendo las razones el espantoso poder destructivo de la bomba atómica, los argumentos morales y económicos para la paz, etc., y creemos que cuantas más razones tengamos para no matar, más paz habrá. Pero ¿pueden ustedes tener paz por obra de una razón, de un motivo? ¿Es posible convertir la paz en una causa? La causa misma, ¿no forma parte del conflicto? La no violencia, la paz, ¿es un ideal que hayamos de seguir y alcanzar finalmente mediante un proceso gradual de evolución? Éstas son todas razones, racionalizaciones, ¿no es así?

Por lo tanto, si somos de algún modo reflexivos, nuestra verdadera pregunta es la siguiente: La paz, ¿es un resultado, es el efecto de una causa, o es un estado del ser, no en el futuro ni en el pasado, sino ahora? Si la paz, la no violencia es un ideal, ello denota, sin lugar a dudas, que en realidad somos violentos, no pacíficos. Deseamos ser pacíficos, damos razones por las que deberíamos serlo y, estando satisfechos con las razones, permanecemos siendo

violentos. De hecho, un hombre que quiere la paz, que ve la necesidad de ser pacífico, no tiene ideales acerca de la paz. No hace un esfuerzo para volverse pacífico, sino que ve la necesidad de serlo, la verdad que implica ser pacífico. Sólo el hombre que no ve esto, que no ve la importancia, la verdad de ser pacífico, hace de la no violencia un ideal, el que sólo es una postergación de la paz. Y eso es lo que ustedes están haciendo: todos rinden culto al ideal de la paz y, mientras tanto, disfrutan de la violencia. (*Risas*). Señores, ustedes se ríen, se divierten fácilmente, ¿no es así? Éste es otro entretenimiento, y cuando abandonen esta reunión, seguirán exactamente igual que antes. ¿Esperan tener paz mediante sus argumentos acomodaticios, mediante su charla ocasional? No tendrán paz porque no desean la paz, no se interesan en ella, no ven la importancia, la necesidad de tener paz ahora, no mañana. Sólo cuando no esgriman razones para ser pacíficos, tendrán paz.

Señores, en tanto tengan ustedes una razón para vivir, no estarán viviendo, ¿verdad? Uno *vive* únicamente cuando no hay razón ni causa; simplemente vive. De igual manera, en tanto tengan una razón para la paz, no habrá paz. Una mente que inventa una razón para ser pacífica, se halla en conflicto; y una mente así producirá caos y conflicto en el mundo. Sólo considérenlo cuidadosamente y lo verán. ¿Cómo puede ser pacífica una mente que inventa razones para la paz? Uno puede tener argumentos a favor y argumentos en contra muy ingeniosos, pero la estructura misma de la mente, ¿no se basa en la violencia? La mente es el resultado del tiempo, del ayer, y está siempre en conflicto con el presente, pero el hombre que de veras desea ser pacífico *ahora*, no busca razones para ello. El hombre pacífico no necesita motivos para la paz. Señor, la generosidad, ¿tiene tras de sí un motivo? Cuando uno es generoso con un motivo, ¿es eso generosidad? Cuando un hombre renuncia al mundo con el fin de llegar a Dios, con el fin de encontrar algo más grande, ¿es renunciación eso? Si abandono esto para encontrar aquello, ¿he abandonado realmente algo? Si soy pacífico por diversas razones, ¿he encontrado la paz?

Así pues, ¿no es la paz algo que está mucho más allá de la mente y de las invenciones de la mente? Casi todos nosotros, casi todas las personas religiosas con sus organizaciones, llegan a la paz mediante la razón, mediante la disciplina y el amoldamiento, porque no hay una percepción directa de la necesidad de ser pacífico y de la verdad que ello implica. Esa serenidad, ese estado de paz, no es estancamiento; por el contrario, es un estado sumamente activo. Pero la mente sólo puede conocer la actividad de su propia creación, que es el pensamiento, y el pensamiento jamás puede ser pacífico; el pensamiento es dolor, conflicto. Como sólo conocemos el sufrimiento y la desdicha, tratamos de encontrar medios y arbitrios para ir más allá, y cualquier cosa que la mente inventa no hace sino incrementar más aún su propio infortunio, su conflicto, su lucha. Ustedes dirán que muy pocos podrán comprender esto, que muy pocos serán alguna vez pacíficos en el verdadero sentido de la palabra. ¿Por qué dicen eso? ¿No es porque decirlo resulta para ustedes un escape conveniente?

Dicen que la paz jamás podrá alcanzarse del modo como yo lo digo, que eso es imposible; en consecuencia, deben tener razones para la paz, organizaciones para la paz, hábil propaganda para la paz. Pero todos esos métodos son, evidentemente, mera postergación de la paz. Sólo cuando estemos en contacto directo con el problema, cuando veamos que sin paz hoy, no puede haber paz mañana, cuando no tengamos razón alguna para la paz, sino que percibamos la verdad de que sin paz no es posible la vida, no es posible la creación, que sin paz no puede haber sentido alguno de felicidad, sólo cuando percibamos la verdad de eso, tendremos paz. Entonces habrá paz sin ningún tipo de organizaciones para la paz.

Señor, para eso debe usted ser muy vulnerable, debe exigir paz con todo su corazón, debe descubrir la verdad de ello por sí mismo, no mediante organizaciones ni propaganda ni hábiles argumentos en favor de la paz y contra la guerra. La paz no es la negación de la guerra. La paz es un estado del ser en el que han cesado todos los conflictos y todos los problemas; eso no es una teoría, no es un ideal a ser alcanzado después de diez encarnaciones, diez años o diez días. Mientras la mente no haya comprendido su propia actividad, creará más desdicha; y la comprensión de la mente es el principio de la paz.

*Pregunta: Usted repite una y otra vez que la mente debe cesar para que la realidad manifieste su existencia. ¿Por qué ataca, entonces, a la oración, el culto y los ceremoniales, que están destinados de hecho a aquietar la mente?*

KRISHNAMURTI: La mente puede ser aquietada mediante una artimaña; usted puede tomar una droga o un trago; puede practicar ceremoniales, cultos, oraciones. Hay muchos medios por los cuales uno puede hacer que la mente se aquiete. Pero la mente que ha sido aquietada, ¿es una mente quieta? Algunos de ustedes rezan, ¿no es así? Repiten el *Gayatri*, cantan para silenciar la mente, o aprietan sus manos y se hipnotizan a sí mismos para inducir un estado al que llaman paz. La autohipnosis mediante la repetición de palabras es muy simple. Cuando uno continúa repitiendo ciertas palabras, su mente se queda muy quieta, muy silenciosa; adoptando ciertas posturas, respirando de cierto modo, forzando a la mente, es obvio que uno puede reducir la actividad mental. O sea, mediante diversos trucos de disciplina, coacción, amoldamiento, la mente se aquieta, pero cuando la mente es aquietada, ¿es de veras una mente quieta? Está muerta, ¿no es así? Se encuentra en un estado de hipnosis.

Cuando usted reza, repite ciertas frases y eso aquieta a la mente; en esa quietud inducida hay ciertas respuestas; usted escucha voces que, por supuesto, atribuye a lo supremo. Eso "supremo" responde siempre a su pedido más urgente, y la respuesta le produce satisfacción. Todo eso es un muy conocido proceso psicológico. Pero cuando la mente ha sido aquietada mediante la oración, mediante los ceremoniales, la repetición, los cánticos, ¿está realmente quieta, o tan sólo embotada? La mente se ha hipnotizado a sí misma para aquie-

tarse, ¿no es así? Y la mayoría de ustedes disfruta ese estado de hipnosis, porque en él uno no tiene problemas; está completamente encerrado en sí mismo, aislado e insensible. Ése es, obviamente, un estado de inconsciencia; la respuesta de lo consciente está bloqueada. Cuando la mente es aquietada de manera artificial, la capa superficial es capaz de recibir insinuaciones, no sólo de su propio inconsciente, sino del inconsciente colectivo, y esas insinuaciones son traducidas conforme a la mente condicionada. Por lo tanto, un Hitler puede decir que en todo lo que hace es guiado por Dios, y alguna otra persona en la India dirá que Dios está a favor de algo por completo diferente.

Es un proceso psicológico muy simple, y usted puede descubrirlo por sí mismo si observa su propia mente en acción y ve cómo puede autohipnotizarse para inducirse tranquilidad. En consecuencia, cuando la mente es forzada al silencio por medio de la concentración, del amoldamiento, por medio de cualquier clase de disciplina o autohipnosis, es incapaz de descubrir la realidad. Puede proyectarse y oír su propia fea voz, a la que llama la voz de Dios; pero eso es, sin duda, completamente distinto del estado de una mente que es de veras silenciosa.

Ahora bien, la mente está activa, piensa constantemente en las cosas que han sido y en las cosas que serán; ¿cómo puede una mente así estar quieta? Quieta, no aquietada; esto último cualquier tonto puede hacerlo. ¿Cómo ha de estar la mente quieta de verdad? Por cierto, la mente está quieta sólo cuando comprende su propia actividad. Tal como las aguas de un estanque se tornan muy quietas, muy serenas, cuando la brisa se detiene, así la mente está quieta, serena, cuando ya no genera problemas. Nuestro problema no es, entonces, cómo hacer que la mente se aquiete, sino cómo comprender al creador de los problemas, porque tan pronto comprendo al que crea los problemas, hay quietud en la mente. No cierren los ojos y se adormezcan porque se haya mencionado esa palabra *quietud*. La comprensión acerca del creador de los problemas, trae serenidad. Así pues, tienen que comprender el pensamiento, porque el pensamiento es el hacedor de los problemas. El pensamiento crea al pensador; el pensamiento está siempre buscando un estado permanente. Viendo su estado de transición, de flujo, de fugacidad, el pensamiento crea una entidad a la que llama el pensador, el atma, el paramatma, el alma... una seguridad cada vez más grande. Es decir, el pensamiento crea una entidad a la que llama el observador, el experimentador, el pensador permanente como distinto del pensamiento transitorio, y la dilatada distancia entre los dos genera el conflicto del tiempo.

Ahora bien, la comprensión con respecto a todo este proceso de pensamiento que da origen al pensador, y a la encarnación del pensamiento como pensador, genera sosiego en la mente. Esto significa que uno ha de comprender qué es el pensamiento. ¿Qué es esta cosa que ustedes llaman el pensar? Hasta que comprendamos eso, todo cuanto haga el pensamiento sólo creará más confusión; hasta que conozcamos todo el significado y la profundidad del pensamiento —tanto el consciente como el inconsciente, tanto el individual como el colectivo—, el mero complacerse en más pensamiento, en más especulación,

sólo generará más infortunio. Por lo tanto, una mente que se halla todo el tiempo activa, parloteando, usando siempre el presente como un pasaje desde el pasado hacia el futuro, ¿cómo puede estar quieta? Una mente así jamás puede estar quieta.

Una mente estúpida es siempre estúpida; nunca puede volverse inteligente; uno podrá volverse lo que llama "inteligente", pero eso es tan sólo más estupidez. Una mente que divaga no puede estar quieta, no puede estar serena. Sólo cuando la mente comprenda su propio proceso, cuando comience a darse cuenta de sí misma, uno verá cómo llega a su fin el pensamiento. Al fin y al cabo, ¿qué es nuestro pensar, del que estamos tan orgullosos? Es tan sólo la respuesta de la memoria, la respuesta de la experiencia, que llamamos conocimiento; nuestro pensar no es sino la respuesta del ayer, ¿no es así? ¿Cómo puede un pensar semejante, que pertenece al tiempo, comprender algo que está más allá del tiempo?

Señor, ¿no es, acaso, importante que la mente se dé cuenta de su propia acción, no como una entidad aparte de la acción, sino que se dé cuenta de sí misma como acción? Eso puede hacerlo únicamente en relación con la propiedad, las personas y las ideas. Sólo comprendiendo la relación comprendemos el pensamiento, porque no hay pensador separado del pensamiento, no hay un pensador que piensa pensamientos; sólo hay pensamiento. Cuando vemos la verdad de eso, deja de existir el pensador, y cuando no hay pensador, la mente se torna muy quieta. Cuando no hay una entidad intentando aquietar la mente, entonces la mente, que no es sino el resultado del tiempo, del pasado, se aquieta por sí misma. Sólo entonces es posible comprender la verdad, o que la verdad se manifieste. La verdad no es cosa de la memoria, no pertenece al campo del conocimiento, de la información. La verdad no es de la mente ni de la emoción; no tiene nada que ver con las sensaciones. No es la proyección del "yo" como imagen, no es la voz del Todopoderoso. Al no pertenecer a la memoria, la verdad no es del tiempo. Como no es de la mente, la verdad puede manifestarse sólo cuando la mente está quieta, cuando el pensamiento está en silencio. La verdad tiene que ser vista de instante en instante, y sólo la verdad puede resolver nuestros problemas; éstos no pueden ser resueltos por la mente ni por las invenciones de la mente.

*19 de febrero de 1950*

## TERCERA PLÁTICA EN BOMBAY

Me gustaría volver a hacer hincapié en la importancia que tiene el escuchar correctamente. Casi todos escuchamos sin comprender; tan sólo escuchamos las palabras, pero la palabra no es la cosa; la palabra jamás puede ser lo real. La palabra se torna real únicamente cuando tiene una significación pro-

funda, pero para captar la profunda significación de la palabra, uno debe saber cómo escuchar. Esta tarde quiero considerar la cuestión de la virtud, y tal vez ello no siga las viejas líneas tradicionales; puede que sea algo nuevo. Espero, pues, que tengan la bondad de escucharlo sin ofrecer ninguna resistencia, sin rechazar nada. Escúchenlo con la intención de captar realmente su significado, y entonces, quizá, podremos comprender la importancia extraordinaria de la virtud. La dificultad para captar el significado de cualquier cosa que se diga estará, no tengo dudas, en cruzar las barreras de nuestros propios prejuicios y de nuestras experiencias personales.

Y bien, la virtud es esencial, y para comprenderla debemos ir más allá de la lucha por ser virtuosos, más allá del significado convencional o la definición de esa palabra. A causa de que hemos convertido la virtud en algo muy pesado y tedioso, a veces muy desagradable, no hay ninguna alegría en ser virtuoso. Es un esfuerzo constante, una tensión, un tormento. La virtud es un hecho, y para comprender el hecho, uno debe estar libre para mirarlo como un hecho. Sólo el hombre desdichado lucha por ser virtuoso, y la lucha misma por ser virtuoso es la negación de la virtud; pero el hombre libre de infelicidad, de competencia, de lucha, es virtuoso sin esfuerzo alguno. La comprensión de un hecho es extraordinariamente difícil, porque una cosa es el hecho y otra cosa es el deseo de cambiar el hecho. Comprender el hecho es ser virtuoso. La ira es un hecho, y el comprenderla sin condenarla, sin tratar de defenderla o de buscarle excusas, nos libera del hecho; y el liberarnos del hecho es virtud. Por consiguiente, la virtud está en la comprensión del hecho, cualquiera que sea, no en llegar a ser algo alejado del hecho.

Para la mayoría de nosotros, la virtud es el ideal, y el ideal es un medio para escapar del hecho; por lo tanto, jamás, en ningún momento, somos virtuosos. Estamos siempre volviéndonos virtuosos; en consecuencia, no lo somos. Debemos ver el hecho de lo que somos, cualquiera que sea, verlo sin rechazo ni aceptación ni identificación, porque cuando uno se identifica con un hecho, cuando lo acepta o lo rechaza, no lo comprende. La mera aceptación o el rechazo no implican, obviamente, comprensión. La virtud no es, entonces, un objetivo que hayamos de perseguir. La comprensión del hecho es virtud, y sin virtud no puede haber libertad. La persona que carece de virtud no es libre, y sólo siendo libres podemos descubrir la verdad. La libertad es virtud, y virtud es comprender el hecho de lo que somos; esa comprensión no se encuentra al final de un proceso. Podemos ver el hecho inmediatamente, de modo que la virtud es inmediata, no está en el futuro. Si ustedes reflexionaran acerca de esto, verían su importancia. Naturalmente, no disponemos de tiempo para entrar en todos los detalles, pero si pueden ver el hecho de lo que son —como verían cualquier otro hecho—, descubrirán que se han liberado de ese hecho; únicamente entonces puede comprenderse la verdad.

Así pues, la virtud no es un proceso, no es algo que haya de practicarse o alcanzarse como meta final. Lo que se practica se vuelve mero hábito, y el hábito jamás puede ser virtud. No es sino una respuesta automática. Un hecho

es algo constantemente nuevo, libre; pero una virtud que se practica sólo conduce a la respetabilidad, y una persona respetable jamás puede ser feliz. La felicidad no es algo que se obtiene mediante la posición, el prestigio; no se llega a ella por ningún medio. Decimos que somos felices porque tenemos dinero, posición social, o ciertas sensaciones, pero eso no es, por cierto, felicidad. La felicidad es un estado del ser en el que no hay dependencia, porque donde hay dependencia está el miedo, y un hombre con miedo jamás puede ser feliz, por mucho que logre disimular su miedo. Uno es feliz únicamente en libertad, y para que haya libertad tiene que haber virtud. Un hombre no virtuoso, nunca podrá ser libre, porque su mente está confusa. De modo que la comprensión del hecho implica libertad respecto de ese hecho, y esa libertad respecto del hecho es virtud. Sólo cuando hay libertad, hay descubrimiento, y la libertad no está al final sino al principio. La verdad no es algo distante; debe ser descubierta en lo inmediato, en el primer paso. Para descubrir la verdad en lo inmediato, tiene que haber libertad, y ésta implica la comprensión del hecho, lo cual es virtud.

Ahora contestaré algunas preguntas. Siempre es difícil contestar preguntas y ser preciso, porque la vida no es una cuestión de "sí" o "no". Es demasiado inmensa para ser abarcada por unas cuantas palabras; es demasiado vital para ser puesta en un marco. Pero si podemos ver el significado del problema, entonces la respuesta está en el problema mismo. Está abierta para todo aquel que descubre la significación, la belleza, la verdad del problema, y eso es posible únicamente cuando uno puede ver el hecho y no se aleja del hecho.

*Pregunta: Uno espera de las personas cercanas a usted algún signo visible de transformación. ¿Cómo explica que, mientras usted camina en la luz, sus más cercanos seguidores continúan siendo torpes y desagradables en sus vidas y en su conducta?*

KRISHNAMURTI: En primer lugar, el seguidor destruye al líder. Seguir a alguien implica no encontrar la verdad. Si uno comprendiera qué es la verdad, no podría haber ni discípulo ni maestro. No hay gurú alguno que nos conduzca hacia la verdad, y seguir a alguien es negar esa libertad que la virtud trae consigo. Ésta no es una mera respuesta retórica. Sólo vea la verdad de ello, o sea, que seguir cualquier clase de autoridad, es negar la inteligencia. Seguimos porque nosotros mismos estamos confusos, y desde esa confusión escogemos al líder; por lo tanto, el líder también debe estar confuso. (*Risas*). Señor, por favor, no lo tome a risa. Usted escoge al gurú para satisfacer su apetito de seguridad, y lo que sigue es, entonces, su propia proyección, su propia gratificación, no la verdad. Cuando uno sigue a alguien, está destruyendo a ese alguien, lo cual implica que se destruye a sí mismo. Yo no tengo seguidores ni soy el maestro de nadie; si lo fuera, ustedes me destruirían y yo los destruiría. Entonces no habría amor entre nosotros; habría mero seguimiento, porque los que siguen y los que conducen no tienen amor en sus corazones.

Ahora bien, el interlocutor se muestra muy interesado en aquellos que están cerca de mí. ¿Por qué? ¿Por qué le interesa si otros son hermosos o feos? Por cierto, lo importante es nuestra propia condición, no la de otro. Si mi mente es mezquina, estrecha, limitada, entonces sólo veré lo mismo en otros. Este deseo de criticar a otros es realmente muy extraordinario. ¿Cómo puedo saber lo que otro es, cuando no sé qué soy yo mismo? ¿Cómo puedo juzgar a otro cuando mi propia medida es defectuosa? ¿Cuál es el instrumento, la balanza mediante la cual peso a otro, cuando no conozco todo el proceso de "mí mismo"? Y cuando termino con el "mí mismo" en su totalidad, no hay tiempo para juzgar a otro ni siento inclinación alguna de hacerlo. La mente perezosa, agitada, atormentada, es la que juzga; es una mente inquieta que está siempre criticando a otros y ¿cómo puede una mente inquieta que no se conoce a sí misma, mirar jamás claramente cosa alguna? Sólo cuando somos capaces de mirar las cosas de manera directa y clara, estamos libres de esas cosas.

Con respecto al tercer punto en esta pregunta, ¿cómo sabe usted que yo "camino en la luz"? Presume que lo hago, pero ¿cómo puede usted saber cosa alguna al respecto? Este extraordinario deseo de aceptar las cosas dándolas por sentadas, es uno de los indicios de una mente lerda. Por el contrario, uno debe ser escéptico. El escepticismo no es cinismo ni rechazo, es el estado mental que no acepta rápidamente las cosas, que no las da por sentadas. Una mente que acepta está buscando, no la iluminación o la sabiduría, sino refugio. Lo importante es, por cierto, no si yo camino en la luz, sino si lo hacen ustedes. Es la vida de ustedes, no la mía; es la felicidad, la lucha, la desdicha de ustedes. ¿De qué sirve pensar que alguna otra persona camina en la luz? Tal vez lo haga, tal vez no, pero ¿qué valor tiene eso para ustedes si ustedes mismos son desdichados? Si se limitan a creer en la luz de otro, se vuelven seguidores, copistas, imitadores, lo cual implica que son discos de fonógrafo que tocan alguna tonada una y otra vez sin que haya un canto en sus propios corazones.

En esta pregunta hay también otro punto: en vez de criticarme, de emprenderla conmigo, atacan a los así llamados seguidores. Es como azotar a un niño en vez del rey; el rey no puede obrar mal, de modo que atacan al niño. De igual manera, atacan ustedes a quienes consideran seguidores míos. Afortunadamente y hasta donde me concierne, no hay seguidores. Como dije, seguir a alguien es destrucción, y eso es lo que ocurre con el mundo hoy en día. Somos meros copistas, imitadores. Seguimos a alguien con ansiedad, tanto política como religiosamente, y así se nos conduce a la destrucción. Esto no quiere decir que debamos volvernos feroces individualistas, que es el otro extremo; significa que ser capaces de vivir con felicidad, de ver la verdad por nosotros mismos, no requiere que sigamos a otro. Un hombre feliz no sigue a nadie. El desdichado, el confuso, es el que sigue ansiosamente a otro, esperando hallar refugio; y hallará refugio, pero ese refugio es su oscuridad y su perdición. Sólo el hombre que procura descubrir el hecho de lo que él es internamente, conocerá la libertad y, por lo tanto, la felicidad.

*Pregunta: Cuanto más uno lo escucha, más siente que usted predica el retiro de la vida. Yo soy un empleado en el Ministerio; tengo cuatro hijos y gano solamente 125 rupias mensuales. ¿Tendría la bondad de explicar cómo puedo pelear la oscura lucha por la existencia, de la manera nueva que usted propone? ¿Piensa realmente que su mensaje puede significar algo importante para el hambriento y para el que tiene que hacer malabarismos con su magro salario? ¿Ha vivido usted entre tales personas?*

KRISHNAMURTI: En primer lugar, despachemos la pregunta acerca de si he vivido entre tales personas. Ello implica, ¿no es así?, que a fin de comprender la vida uno tiene que pasar por todas sus fases, por todas las experiencias; que debe vivir entre los pobres y los ricos, padecer hambre y atravesar todas las condiciones de la existencia. Ahora bien, para exponer el problema muy concisamente: ¿Debe uno pasar por la ebriedad a fin de conocer la sobriedad? ¿Acaso una experiencia comprendida de manera plena y completa no revela todo el proceso de la vida? ¿Debe uno pasar por todas las fases de la vida para comprender la vida? Por favor, vea que esto no es un modo de eludir la pregunta, al contrario. Creemos que para conocer la sabiduría, es preciso pasar por cada fase de la vida y la experiencia, del rico al pobre, del mendigo al rey. ¿Es así? La sabiduría, ¿es la acumulación de muchas experiencias? ¿O la sabiduría ha de encontrarse en la completa comprensión de una experiencia? Debido a que jamás comprendemos de manera completa y total una experiencia, vamos de experiencia en experiencia buscando alguna clase de salvación, algún refugio, alguna felicidad. Así, hemos convertido nuestra vida en un proceso de continua acumulación de experiencias; por lo tanto, nuestra vida es una lucha interminable, una batalla incesante por lograr, por adquirir. Ésa es, sin duda, una manera tediosa y absolutamente estúpida de abordar la vida, ¿no es así?

¿No es posible captar el pleno significado de una experiencia y así comprender toda la amplitud y profundidad de la vida? Yo digo que es posible y que es el único modo de comprender la vida. Cualquiera que sea la experiencia, cualesquiera que sean el reto y la respuesta a la vida, si uno puede comprenderlos plenamente, no tiene sentido perseguir cada experiencia; se vuelve una mera pérdida de tiempo. A causa de que somos incapaces de esa comprensión, hemos inventado la ilusoria idea de que, acumulando experiencias, llegaremos finalmente... ¡Dios sabe adónde!

Ahora bien, el interlocutor quiere saber si estoy predicando el retiro de la vida. ¿Qué entendemos por vida? Estoy examinando este problema en voz alta, así que sigámoslo juntos. ¿Qué entendemos por vida? El vivir sólo es posible en relación, ¿verdad? Si no hay relación no hay vida. Ser es estar relacionado; la vida es un proceso de relación, de estar en comunión con otro, con dos o con diez, con la sociedad. La vida no es un proceso de aislamiento, de retiro. Pero, para la mayoría de nosotros, el vivir es un proceso de aislamiento, ¿no es así? Nos esforzamos por aislarnos en la acción, en la relación. Todas nuestras actividades nos encierran en nosotros mismos, nos limitan y aíslan, y en ese pro-

ceso mismo hay fricción, dolor, angustia. El vivir es relación, y nada puede existir en aislamiento; por consiguiente, no podemos retirarnos de la vida. Al contrario, tenemos que comprender la relación: la relación con nuestra esposa, con nuestros hijos, con la sociedad, con la naturaleza, con la belleza de este día, con la luz del Sol sobre las aguas, con el vuelo de un pájaro, con las cosas que poseemos y los ideales que nos controlan. Uno no se aísla de todo eso para comprenderlo. La verdad no se encuentra en el retiro y el aislamiento; por el contrario, en el aislamiento, ya sea consciente o inconsciente, sólo hay oscuridad y muerte.

De modo que no estoy proponiendo que nos retiremos de la vida, que reprimamos la vida, porque la vida sólo puede comprenderse en la relación. A causa de que no comprendemos la vida, estamos todo el tiempo esforzándonos por apartarnos de ella, por aislarnos, y habiendo creado una sociedad basada en la violencia, en la corrupción, Dios se convierte para nosotros en el máximo aislamiento.

El interlocutor quiere saber luego cómo, ganando él tan poco, puede vivir aquello de que hablamos. Y bien, ganarse la vida no es sólo el problema del hombre que gana poco, sino que es el problema de ustedes y el mío, ¿no es así? Alguno puede tener un poco más de dinero, estar más acomodado, tener un empleo mejor, una mejor posición, una mayor cuenta bancaria; pero el problema de la subsistencia es también de ustedes y mío, porque esta sociedad es tal como nosotros la hemos hecho. Hasta que nosotros tres, usted, yo y otro, comprendamos de veras la relación, no podremos producir una revolución en la sociedad.

El hombre que no tiene comida en su estómago, no puede dar con la realidad; es obvio que no puede; primero debe ser alimentado, pero para aquél cuyo estómago está lleno, su responsabilidad inmediata es, sin duda, ver que haya una revolución fundamental en la sociedad, que las cosas no continúen del modo como están. Pensar en todos estos problemas, sondearlos, es mucho más la responsabilidad de aquellos que disponen de tiempo, de ocio, que del hombre que gana poco y tiene que luchar tanto para poder vivir de sus ingresos, que carece de tiempo y se halla agotado por esta sociedad corrupta y explotadora. Somos, pues, ustedes y yo, los que tenemos un poco más de tiempo y ocio, quienes debemos investigar completamente estos problemas, lo cual no implica que hayamos de convertirnos en habladores profesionales, que ofrecen un sistema como sustituto de otro. Ustedes y yo, que disponemos de tiempo libre para pensar, somos quienes debemos buscar el camino hacia una nueva sociedad, hacia una cultura nueva.

Ahora bien, ¿qué le sucede al pobre hombre que gana 125 rupias, o las que fueren? Tiene que cargar con su familia, tiene que aceptar las supersticiones de su abuela, de sus tías, de sus sobrinos, etc.; tiene que casarse de acuerdo con cierta norma, practicar rituales, *puja*, ceremonias, y encajar en todo ese supersticioso desatino. Está atrapado en ello y, si se rebela, ustedes, las personas respetables, lo estrangulan.

Por lo tanto, la cuestión del recto medio de vida es problema de ustedes y mío, ¿verdad? Pero a la mayoría de nosotros no le interesa en absoluto el recto medio de vida; estamos contentos y agradecidos con tener simplemente un empleo, y así sostenemos una sociedad, una cultura que torna imposibles los rectos medios de vida. Señores, no traten esto teóricamente. Si se descubren en una vocación equivocada y hacen realmente algo al respecto, ¿no ven qué revolución originará ello en sus vidas y en las vidas de quienes los rodean? Pero si sólo escuchan de paso y siguen igual que antes porque tienen un buen empleo y *para ustedes* no hay problema, continuarán causando desdicha en el mundo. Para el hombre con muy poco dinero existe un problema, pero él, como el resto de nosotros, sólo se interesa en tener más, y cuando consigue más, el problema continúa porque desea más todavía.

¿Qué es, entonces, un recto medio de vida? Evidentemente, hay ciertas ocupaciones que son perjudiciales para la sociedad. El ejército lo es, porque planea y alienta el asesinato en nombre del país. Debido a que son ustedes nacionalistas, se aferran a los gobiernos soberanos y tienen que disponer de fuerzas armadas para proteger su propiedad; y la propiedad es para ustedes mucho más importante que la vida, que la vida de sus hijos. Por eso tienen conscripción, por eso se estimula en sus escuelas el adiestramiento militar. En nombre de su país destruyen a sus hijos. Su país son ustedes mismos identificados, es la propia proyección de ustedes, y cuando rinden culto a su país, están sacrificando a sus hijos al culto de sí mismos. Por eso el ejército, siendo el instrumento de un gobierno separado y soberano, constituye un medio de vida incorrecto. Pero se hace fácil ingresar en el ejército, y éste se vuelve un medio seguro de ganar algo de dinero. Sólo vean este hecho extraordinario en la civilización moderna. Es indudable que la profesión militar implica un medio incorrecto de ganarse la vida, porque se basa en la destrucción planeada y calculada, y hasta que ustedes y yo veamos la verdad de esto, no vamos a originar ninguna clase diferente de sociedad.

De igual manera, pueden ver que un empleo en la fuerza policial es un medio de vida incorrecto. No sonrían dejándolo pasar. La policía se vuelve un medio para investigar las vidas privadas. No hablamos de la policía destinada a ayudar, a guiar a las personas, sino de la que es un instrumento del Estado, de la policía secreta y todo eso. Entonces el individuo se convierte en una mera herramienta de la sociedad; carece de intimidad, de libertad, de derechos propios; es investigado, controlado, moldeado por el gobierno, que es la sociedad. Obviamente, éste es un medio de vida incorrecto.

Luego está la profesión de abogado. ¿No es éste un medio de vida incorrecto? Veo que algunos de ustedes se están sonriendo. Probablemente, son abogados y saben mejor que yo en qué se basa este sistema. En lo fundamental, no superficialmente, se basa en mantener las cosas tal como están, en los desacuerdos, las disputas, la confusión, las riñas, en estimular la desorganización y el desorden en nombre del orden.

También está la profesión incorrecta de aquel que desea volverse rico, el

importante hombre de negocios, el que junta, acumula, atesora dinero mediante la explotación y la crueldad, aunque pueda hacerlo en nombre de la filantropía, o en nombre de la educación.

Es obvio, entonces, que todos éstos son medios incorrectos de subsistencia, y que un cambio completo en la estructura social, una revolución verdadera, es posible únicamente cuando comienza con nosotros mismos. La revolución no puede basarse en un ideal o en un sistema, pero cuando vemos todo esto como un hecho, nos hemos liberado de ello y, por lo tanto, estamos libres para actuar. Pero, señores, ustedes no quieren actuar; temen ser perturbados, y dicen: "Ya hay suficiente confusión; por favor, no agreguemos más". Si ustedes no generan más confusión, otros lo hacen por ustedes y utilizan esa confusión como un medio de ganar poder político. Por cierto, es responsabilidad de cada uno de ustedes como individuo, ver la confusión que reina tanto dentro como fuera y hacer algo al respecto; no limitarse a aceptarla esperando un milagro, una maravillosa utopía que otros han creado y en la que ustedes puedan entrar sin esfuerzo alguno.

Señores, este problema es tanto de ustedes como del hombre pobre. El pobre depende de ustedes, y ustedes dependen de él; él es el empleado de ustedes, que conducen un gran automóvil, que tienen ingresos abundantes y acumulan dinero a expensas de él. Es, por consiguiente, tanto problema de ustedes como de él, y hasta que ustedes y él no cambien radicalmente en su relación, no habrá una revolución verdadera. Aunque pueda haber violencia y derramamiento de sangre, seguirán ustedes manteniendo las cosas esencialmente tal como están.

En consecuencia, nuestro problema es transformar la relación; y esa transformación no está en el nivel verbal o intelectual, sino que puede ocurrir sólo cuando comprendemos el hecho de lo que somos. No podemos comprenderlo si teorizamos, verbalizamos, negamos o justificamos, y por eso es importante comprender todo el proceso de la mente. Una revolución que es tan sólo el resultado de la mente, no es revolución en absoluto, pero la que no pertenece a la mente, a la palabra, al sistema, es la única y verdadera revolución, la única solución del problema. Desafortunadamente, hemos cultivado en tal medida nuestros cerebros, nuestros así llamados intelectos, que hemos perdido todas las capacidades excepto la meramente intelectual y verbal. Sólo cuando veamos la vida en conjunto, en su integridad, en su totalidad, será posible una revolución que dará lo justo tanto al pobre como al rico.

*Pregunta: La mente consciente ignora y teme a la mente inconsciente. Usted se dirige, de manera fundamental, a la mente consciente. ¿Basta con eso? ¿Originará su método una liberación de lo inconsciente? Por favor, explique en detalle cómo puede uno habérselas de manera plena con la mente inconsciente.*

KRISHNAMURTI: Éste es un problema sumamente complejo y difícil;

requiere muchísimo discernimiento, y espero que presten atención, no sólo a lo verbal, sino que realmente escuchen y vean la verdad de ello.

Y bien, nos damos cuenta de que existen la mente consciente y la inconsciente, pero la mayoría de nosotros funciona sólo en el nivel consciente, en las capas superficiales, y toda nuestra vida se limita prácticamente a eso. Vivimos en la así llamada mente consciente, y jamás prestamos atención a la mente más profunda, la inconsciente, desde la cual llega de vez en cuando una insinuación, un indicio; pero ese indicio es desatendido, falseado o traducido conforme a nuestras particulares exigencias conscientes del momento. El interlocutor pregunta: "Usted se dirige, de manera fundamental, a la mente consciente. ¿Basta con eso?"

Veamos qué entendemos por mente consciente. ¿Es ésta distinta de la mente inconsciente? Hemos dividido lo consciente de lo inconsciente. ¿Se justifica una división semejante? ¿Es real? ¿Existe, de hecho, tal división? ¿Hay una barrera definida, una línea donde termina lo consciente y empieza lo inconsciente? Nos damos cuenta de que la mente consciente, la capa superficial, está activa, pero ¿es el único instrumento que se halla activo a lo largo del día? Si yo me estuviera dirigiendo tan sólo a la capa superficial de la mente, lo que digo carecería, sin duda, de valor; no tendría sentido. Sin embargo, la mayoría de nosotros se atiene a lo que la mente consciente ha aceptado, porque ésta encuentra conveniente ajustarse a ciertos hechos obvios; pero lo inconsciente puede rebelarse, y a menudo lo hace, de modo que hay conflicto entre lo que llamamos consciente y lo que llamamos inconsciente.

Éste es, entonces, nuestro problema, ¿verdad? De hecho, hay un solo estado, no dos estados tales como el consciente y el inconsciente. Hay un solo estado del ser, que es la conciencia. Pero *esa* conciencia es siempre del pasado, jamás del presente; uno tiene conciencia tan sólo de las cosas que se han acabado. Ustedes son conscientes de oírme, un segundo después, ¿no es así?, lo comprenden un momento más tarde. Jamás son conscientes o se dan cuenta del ahora. Observen sus propias mentes y corazones y verán que la conciencia está funcionando entre el pasado y el futuro, y que el presente es tan sólo un pasaje del uno al otro. Por lo tanto, la conciencia es un movimiento del pasado hacia el futuro. Tengan la bondad de seguir esto. Es demasiado sumario dar ejemplos, símiles; y pensar a base de símiles es no pensar en absoluto, ya que los símiles son limitados. Uno debe pensar de manera abstracta o negativa, que es la forma más elevada del pensar.

Si ustedes vigilan su propia mente, verán que el movimiento hacia el pasado y hacia el futuro es un proceso en el que no existe el presente. O el pasado es un medio para escapar del presente, que quizá sea desagradable, o el futuro es una esperanza proyectada lejos del presente. La mente está ocupada, pues, con el pasado o con el futuro y descarta el presente. Es decir, la mente está condicionada por el pasado —uno está condicionado como indio, brahmín o no brahmín, cristiano, budista, etc.—, y esa mente condicionada se proyecta a sí misma hacia el futuro; en consecuencia, nunca es capaz de mirar directa e

imparcialmente ningún hecho. Condena y rechaza el hecho, o lo acepta y se identifica con él. Una mente así es incapaz de ver ningún hecho como hecho.

Ése es nuestro estado de conciencia, condicionado por el ayer, y nuestro pensamiento es la respuesta condicionada al reto de un hecho; y cuanto más respondemos de acuerdo al condicionamiento de la creencia, del pasado, más se fortalece el pasado. Ese fortalecimiento del pasado es, obviamente, la continuidad de sí mismo, a la que llama futuro. De modo que ése es el estado de nuestra mente, de nuestra conciencia: un péndulo que oscila hacia atrás y adelante, entre el pasado y el futuro. Ésa es nuestra conciencia, compuesta no sólo de las capas superficiales de la mente, sino de las capas más profundas. Es obvio que una conciencia así no puede funcionar en un nivel diferente, porque sólo conoce esos dos movimientos: retroceso y avance.

Ahora bien, si observan muy cuidadosamente, verán que no es un movimiento constante, sino que existe un intervalo entre dos pensamientos; aunque sólo sea por una fracción infinitesimal de un segundo, hay un intervalo que tiene importancia en la oscilación del péndulo hacia atrás y adelante. Vemos, pues, el hecho de que nuestro pensar se halla condicionado por el ayer, el cual se proyecta hacia el mañana; y tan pronto admitimos el pasado, debemos admitir también el futuro, porque no hay dos estados como "el pasado y el futuro", sino un solo estado que incluye tanto lo consciente como lo inconsciente, tanto el pasado colectivo como el pasado individual. El pasado colectivo y el individual, al reaccionar ante el presente, emiten ciertas respuestas que dan origen a la conciencia individual; por lo tanto, la conciencia es del pasado, y ése es todo el trasfondo de nuestra existencia. En el instante en que tenemos el pasado, tenemos inevitablemente el futuro, porque el futuro es tan sólo la continuidad del pasado, que se modifica pero que sigue siendo el pasado. Así que nuestro problema es cómo dar origen a una transformación en este proceso del pasado, sin crear otro condicionamiento, otro pasado. Espero que estén siguiendo todo esto. Si no está claro, quizá volvamos a considerarlo el martes o el jueves.

Expresado de una manera diferente, el problema es éste: La mayoría de nosotros rechaza una determinada forma de condicionamiento y encuentra otra forma, un condicionamiento más amplio, más significativo o más placentero. Abandonamos una religión y adoptamos otra, rechazamos una forma de creencia y aceptamos otra. Tal sustitución no implica, obviamente, comprender la vida, siendo la vida relación. Nuestro problema es cómo estar libres de todo condicionamiento. Ustedes o bien dicen que eso es imposible, que ninguna mente humana puede liberarse del condicionamiento, o empiezan a experimentar, a investigar, a descubrir. Si afirman que es imposible, están fuera de carrera, es obvio. Esa afirmación puede que se base en una experiencia limitada o en una amplia, o tal vez en la mera aceptación de una creencia, pero una afirmación semejante es la negación de la búsqueda, de la investigación, del descubrimiento. A fin de averiguar si la mente puede estar por completo libre de todo condicionamiento, uno debe tener la libertad indispensable para investigar y descubrir.

Yo digo que es claramente posible para la mente liberarse de todo condicionamiento, y no es que ustedes deban aceptar mi autoridad. Si lo aceptan basados en la autoridad, jamás descubrirán; será otra sustitución, y eso no tendrá significado alguno. Cuando digo que es posible, lo digo porque para mí es un hecho, y se lo mostraré en palabras; pero si han de descubrir la verdad por sí mismos, deben experimentar con ello y seguir rápidamente sus movimientos.

La comprensión acerca de todo el proceso del condicionamiento, no llega a nosotros mediante el análisis o la introspección, porque tan pronto tenemos al analizador, ese analizador mismo forma parte del trasfondo y, por lo tanto, su análisis carece de significación. Eso es un hecho, y uno debe desechar el análisis. El analizador que examina, que analiza aquello que está considerando, forma él mismo parte del estado de condicionamiento; en consecuencia, cualquiera que pueda ser su interpretación, su comprensión, su análisis, ello sigue siendo parte del trasfondo. De modo que por ese camino no hay escape, y es esencial romper con el trasfondo, porque para enfrentarse al reto de lo nuevo, la mente debe ser nueva; para descubrir a Dios, la verdad, o como quieran llamarlo, la mente debe ser fresca, pura; no ha de estar contaminada por el pasado.

Analizar el pasado, arribar a tal o cual conclusión a través de una serie de experimentaciones, emitir afirmaciones y negaciones, etc., implica, en su esencia misma, la continuación del trasfondo en formas diferentes; y cuando uno ve la verdad de ese hecho, descubre que el analizador ha llegado a su fin. El trasfondo sigue estando ahí, pero el analizador ha llegado a su fin. Entonces no hay ninguna entidad aparte del trasfondo; sólo hay, como trasfondo, pensamiento, siendo el pensamiento la respuesta de la memoria, tanto consciente como inconsciente, tanto individual como colectiva.

Así pues, la mente es el producto del pasado, que es el proceso del condicionamiento, y ¿cómo puede la mente estar libre? Para ello, no sólo debe ver y comprender el balanceo pendular entre el pasado y el futuro, sino que también ha de darse cuenta del intervalo entre pensamientos. Ese intervalo es espontáneo; no se origina en ningún proceso causal, en ningún deseo, en ninguna coacción. Sólo experimenten conmigo esta tarde y verán cómo operan sus propias mentes mientras examino poco a poco la cuestión. No se inquieten, no los estoy hipnotizando. *(Risas)*. No estoy interesado en hipnotizarlos o en influir sobre ustedes, porque si somos hipnotizados, influenciados —consciente o inconscientemente—, nos convertimos en seguidores, y si nos convertimos en seguidores nos destruimos a nosotros mismos y a aquél a quien seguimos; por lo tanto, no hay amor entre nosotros.

Ahora bien, aunque es difícil hacerlo con un gran auditorio, esta tarde procuraré mostrar cómo la mente trabaja en realidad, y ustedes pueden experimentarlo y verlo por sí mismos. Sabemos que el pensar es una respuesta del trasfondo. Uno piensa como hindú, como parsi, como budista, o Dios sabe qué más, no sólo en su pensar consciente, sino también en su pensar inconsciente. Uno mismo es el trasfondo, no está separado, no hay pensador aparte del tras-

fondo, y la respuesta de ese trasfondo es lo que ustedes llaman el pensar. Ese trasfondo, ya sea culto o inculto, erudito o ignorante, está constantemente respondiendo a cualquier reto, a cualquier estímulo, y esa respuesta crea no sólo el así llamado presente, sino también el futuro; y ése es nuestro proceso del pensar.

Si observan muy cuidadosamente verán que, si bien la respuesta, el movimiento del pensar parece tan rápido, hay brechas, intervalos entre pensamientos. Entre dos pensamientos hay un período de silencio que no está relacionado con el proceso del pensamiento. Si observan, verán que ese período de silencio, ese intervalo, no es del tiempo; y el descubrimiento de ese intervalo, el experimentarlo plenamente, nos libera del condicionamiento; o mejor dicho, no "nos" libera, sino que *hay* liberación respecto del condicionamiento. La comprensión del proceso del pensar es meditación; esto lo discutiremos en otra oportunidad. Ahora no sólo estamos considerando la estructura y el proceso del pensamiento, que es el trasfondo de la memoria, de la experiencia, del conocimiento, sino que también tratamos de descubrir si la mente puede liberarse del trasfondo. Sólo cuando la mente no da continuidad al pensamiento, cuando está quieta con una quietud no inducida, o sea, una quietud sin causa alguna, sólo entonces, puede liberarse del trasfondo. Espero haber explicado suficientemente esta cuestión.

*Pregunta: ¿Por qué la mente se aferra con tanta persistencia y de tantas maneras diferentes, a la idea de Dios? ¿Puede usted negar, acaso, que la creencia en Dios ha traído consuelo y sentido a las personas solitarias y afligidas de todo el mundo? ¿Por qué despoja usted al hombre, de este consuelo, predicando un nuevo tipo de nihilismo?*

KRISHNAMURTI: Señores, ésta es una pregunta tan importante como la anterior, porque todas las cuestiones humanas vitales son importantes. Así que, por favor, no ofrezcan resistencia; traten, más bien, de comprender lo que dije al respecto, y lo verán.

Y bien, la creencia es una negación de la verdad; la creencia oculta la verdad. Creer en Dios es no encontrar a Dios. Ni el creyente ni el no creyente encontrarán a Dios, porque la realidad es lo desconocido, y la creencia o no creencia de ustedes en lo desconocido, es nada más que una autoproyección; por lo tanto, no es real. Si me permiten sugerirlo, pues, no resistan sino investíguenlo junto conmigo. Yo sé que ustedes creen, y sé que eso significa muy poco en sus vidas. Hay muchas personas que creen; millones creen en Dios y obtienen consuelo. En primer lugar, ¿por qué creen ustedes? Creen porque el creer les brinda satisfacción, consuelo, esperanza, y dicen que eso da sentido a la vida. Pero de hecho, la creencia de ustedes significa muy poco, porque creen y explotan, creen y matan, creen en un Dios universal y se asesinan unos a otros. El hombre rico también cree en Dios; explota despiadadamente, acumula dinero, y después construye un templo o se convierte en filántropo. ¿Es eso la creencia en Dios? Y el que arroja una bomba atómica dice que Dios es su copiloto en el

avión. *(Risas)*. No se rían, señores. También les está llegando el turno a ustedes. El hombre que planea asesinatos en vasta escala, invoca al Todopoderoso; el que es cruel con su esposa, con sus hijos, con su vecino, él también canta en el templo, se arrodilla, aprieta sus manos e invoca el nombre de Dios.

Así pues, todos ustedes creen de diferentes maneras, pero esa creencia carece en absoluto de realidad. La realidad es lo que somos, lo que hacemos, lo que pensamos; y nuestra creencia en Dios es tan sólo un modo de escapar de nuestra monótona, cruel y estúpida vida. Además, la creencia divide invariablemente a los seres humanos: están el parsi, el hindú, el budista, el cristiano, el comunista, el socialista, el capitalista, etc. La creencia, la idea, divide a la gente, jamás la une. Ustedes podrán juntar a unas cuantas personas en un grupo, pero ese grupo se opone a otro grupo. De modo que las ideas y creencias jamás unifican; al contrario, son separativas, desintegran, destruyen. Por lo tanto, la creencia de ustedes en Dios, lo que hace en realidad es extender la desdicha en el mundo; aunque pueda haberles brindado un consuelo momentáneo, de hecho les ha traído más desdichas y destrucción en la forma de guerras, hambre, divisiones de clase, y la cruel acción de las individualidades separadas. Así que la creencia de ustedes carece de toda validez. Si realmente creyeran en Dios, si para ustedes fuera una experiencia genuina, habría una sonrisa en sus rostros y no destruirían a los seres humanos. Esto que digo no es retórico, así que tengan la bondad de considerar primeramente los hechos.

Ustedes no creen realmente en Dios, porque si lo hicieran no serían ricos, no tendrían templos, no tendrían pobres, no serían filántropos con grandes títulos después de explotar a la gente. De nada vale, pues, que crean en Dios; y aunque ello pueda darles un consuelo temporario, compensándolos por su propia desdicha al permitirles disimularla, aunque pueda ofrecerles un escape respetable que la humanidad distingue al hacer de ustedes personas religiosas, todo eso carece absolutamente de significación y valor. Lo que tiene importancia es la vida de ustedes, la forma en que viven, la manera como tratan a su sirviente, como miran a otro ser humano.

Lo que yo predico, pues, no es negación. Lo que digo es que ustedes propagan la desdicha al aferrarse a ilusiones, ilusiones que les ayudan a no tener que mirar las cosas y verlas tal como son. Enfrentarse a un hecho es liberarse del hecho, y la creencia es un obstáculo para la percepción de *lo que es*. Después de todo, la creencia de ustedes es el resultado de su condicionamiento. Puede que estén condicionados para creer en Dios, y otros pueden estar condicionados para no creer, para negar que hay Dios. Es obvio, entonces, que la creencia impide comprender *lo que es*, y si vemos la verdad de este hecho, nos liberamos del hecho. Sólo entonces puede la mente investigar y descubrir si existe eso que llamamos Dios.

¿Qué es la realidad, qué es Dios? Dios no es la palabra "Dios"; la palabra no es la cosa. Para conocer aquello que es inconmensurable, que no pertenece al tiempo, la mente debe estar libre del tiempo, y eso implica que debe estar libre de todo pensamiento, de todas las ideas acerca de Dios. Porque, ¿qué

saben ustedes acerca de Dios o la verdad? De hecho, acerca de esa realidad nada saben. Todo cuanto conocen son palabras, experiencias de otros, o ciertos instantes de una más bien vaga experiencia propia. Ciertamente, eso no es Dios, eso no es la realidad; eso no está más allá del campo del tiempo. Para conocer, pues, lo que está más allá de ese campo, es indispensable que el proceso del tiempo sea comprendido, siendo el tiempo pensamiento, el proceso del devenir, la acumulación de conocimientos. Todo eso es el trasfondo de la mente; la mente misma es el trasfondo, tanto la consciente como la inconsciente, la colectiva como la individual. La mente debe liberarse, pues, de lo conocido, lo cual implica que debe estar por completo silenciosa, no deliberadamente silenciada. La mente que alcanza el silencio como un resultado, como la consecuencia de determinada acción, práctica o disciplina, no es una mente silenciosa. La mente que ha sido forzada, controlada, moldeada, puesta en una armazón y mantenida quieta, no es una mente quieta. La quietud adviene sólo cuando comprendemos todo el proceso del pensamiento, porque comprender el proceso es dar fin al proceso, y la terminación del proceso de pensamiento es el principio del silencio.

Cuando la mente se halla por completo silenciosa, no sólo en el nivel superior, superficial, sino fundamentalmente, en su totalidad, tanto en los niveles superficiales de la conciencia como en los profundos, sólo entonces puede lo desconocido manifestarse. Lo desconocido no es algo que la mente pueda experimentar; sólo el silencio puede ser experimentado, nada más que el silencio. Si la mente experimenta otra cosa que el silencio, tan sólo está proyectando sus propios deseos, y una mente así no es silenciosa. En tanto la mente no sea silenciosa, en tanto el pensamiento —en cualquier forma, consciente o inconsciente— esté en movimiento, no puede haber silencio. El silencio es libertad respecto del pasado, del conocimiento, de la memoria; y cuando la mente es por completo silenciosa, cuando no está en uso, cuando existe el silencio que no es producto del esfuerzo, sólo entonces manifiesta su existencia lo intemporal, lo eterno.

Ese estado no es un estado de recordación; no hay una entidad que recuerda, que experimenta. Por lo tanto, Dios o la verdad, o como quieran llamarlo, es algo que se revela de instante en instante, y ello ocurre tan sólo en un estado de libertad y espontaneidad, no cuando la mente ha sido disciplinada conforme a un modelo. Dios no es una cosa de la mente, no llega a uno por obra de la autoproyección, sino sólo cuando hay virtud, la cual es libertad. La virtud se enfrenta al hecho, a *lo que es*, y ese enfrentarse al hecho es un estado de dicha, de bienaventuranza. Cuando la mente es dichosa, cuando está quieta, sin movimiento propio alguno, sin que se proyecte el pensamiento consciente o inconsciente, sólo entonces revela su existencia lo eterno.

*26 de febrero de 1950*

# CUARTA PLÁTICA EN BOMBAY

A menos que comprendamos todo el problema del esfuerzo, no podremos comprender por completo qué es la acción. La mayoría de nosotros vive a base de una serie de esfuerzos, pugnando por alcanzar un resultado, luchando ya sea por el bienestar general, por el mejoramiento general, o para alcanzar el progreso personal. El esfuerzo es en el fondo un proceso de ambición, ¿verdad?, ya sea colectiva o individual, y la ambición es lo que parece impulsarnos a todos nosotros hacia la actividad política o hacia el trabajo para el progreso social y religioso. Para la mayoría de la gente, la ambición parece ser la meta, el estilo de vida; y cuando las actividades de la ambición se ven impedidas, hay frustración, sufrimiento, lo cual nos conduce a una serie de escapes. Como decía, el esfuerzo implica en el fondo no sólo ambición de progreso personal, sino también ambición de progreso social y político, y si no tenemos éxito en asuntos mundanos, dirigimos nuestra ambición hacia las cuestiones llamadas espirituales. Si no llego a ser "alguien" en este mundo, quiero llegar a serlo en el mundo próximo, y eso se considera espiritual, más valioso, más significativo. Pero la ambición, cualquiera sea el sentido en que la dirijamos, cualquiera sea el nombre que le demos, sigue siendo ambición.

El adquirir capacidad, técnica y eficiencia, el deseo de poder para hacer el bien, poder para hablar, para escribir, para pensar claramente... el deseo de poder en cualquier forma, implica ambición, ¿no es así? Y la búsqueda de poder, ¿origina, acaso, creación o creatividad? ¿Surge la creatividad por obra del esfuerzo, del progreso individual o colectivo? ¿Surge cultivando la capacidad y la eficiencia, que en el fondo son poder? Hasta que comprendamos el estado de ser que es la creación, hasta que exista en nosotros ese profundamente arraigado sentido de creatividad, el conflicto seguirá siendo inevitable. Si podemos comprender esa cuestión de la creatividad, quizá seremos capaces de actuar sin multiplicar los problemas con nuestra acción; y para comprender el estado de creatividad, debemos comprender, sin duda, el proceso del esfuerzo.

Ahora bien, donde hay esfuerzo para lograr alguna cosa, es obvio que no puede haber comprensión. La comprensión adviene únicamente cuando cesa todo el proceso, todo el mecanismo del esforzarse por ser o por no ser, por progresar o por no progresar. En realidad, sólo el imitador se esfuerza por llegar a ser esto o aquello, y el hombre que ha disciplinado su mente conforme a cierto modelo, es un imitador, un copista. Tiene que hacer un esfuerzo para ajustarse al modelo, y llama a eso vivir. Por sutil, por oculto o por ampliamente difundido que pueda ser, cualquier esfuerzo en el que hay imitación, copia, no es creación. Pero casi todos nosotros estamos atrapados en la imitación, hemos perdido el sentimiento de lo creativo y, habiéndolo perdido, quedamos enredados en la técnica, en hacer esfuerzos más y más perfectos, más y más eficientes; es decir, desarrollamos más y más capacidad técnica sin que exista en nosotros la llama creativa, y la búsqueda de eficiencia en la acción, sin esa

llama, es la calamidad de esta época. Casi todos los que estamos interesados en una actividad que, según esperamos, habrá de generar una revolución, nos hallamos atrapados en la acción basada en una idea, la cual es tan sólo copia y, por lo tanto, carece de toda validez. Indudablemente, nuestro problema, ya sea sociológico, religioso, individual, colectivo, o el que fuere, podrá resolverse sólo cuando comprendamos todo el proceso, todo el mecanismo del esfuerzo; y comprender el esfuerzo es meditación.

Así pues, hasta que comprendamos todo el proceso de la ambición —que es la búsqueda de poder, de eficiencia, de dominio— y nos liberemos por completo de él, no podrá haber acción creativa; y sólo el ser humano creativo puede resolver estos problemas, no el hombre que se limita a copiar un modelo, por eficiente y valioso que éste pueda ser. La búsqueda de un modelo no es la búsqueda de una verdadera revolución creativa. En tanto no comprendamos el proceso del esfuerzo, en el que se hallan implicados el poder, la imitación, la ambición, no puede haber creatividad. Únicamente el ser humano creativo es feliz, y sólo el ser humano feliz es virtuoso; y siendo feliz, virtuoso, es una entidad social verdaderamente creativa que dará origen a una revolución.

Hay varias preguntas. Para la mayoría de nosotros, el problema de la vida no es muy serio, y queremos respuestas hechas. No queremos sondear profundamente el problema, no queremos examinarlo a fondo, plenamente, y comprender todo su significado. Queremos que se nos diga la respuesta, y cuanto más gratificante es, tanto más pronto la aceptamos. Cuando se nos hace pensar en un problema, cuando tenemos que examinarlo, nuestras mentes se rebelan, porque no estamos acostumbrados a investigar problemas. Si, en la contestación de estas preguntas, ustedes se limitan a esperar de mí una respuesta hecha, me temo que se sentirán decepcionados. Pero, si podemos examinar la pregunta juntos, examinarla de un modo nuevo, no conforme a viejas pautas, entonces quizá seremos capaces de resolver los múltiples problemas con que nos enfrentamos, problemas que habitualmente estamos tan poco dispuestos a considerar.

Debemos considerarlos; o sea, tiene que existir la capacidad de enfrentarnos al hecho, y no podremos enfrentarnos al hecho, sea el que fuere, en tanto tengamos explicaciones, en tanto las palabras llenen nuestras mentes. Las palabras, las explicaciones, los recuerdos, empañan e impiden la comprensión del hecho. El hecho es siempre nuevo, porque el hecho es un reto; pero el hecho deja de ser un reto, no es nuevo, cuando lo consideramos meramente como lo viejo y lo descartamos. Así que, al considerar estas preguntas, espero que ustedes y yo examinemos al problema juntos. Yo no dicto la respuesta, sino que juntos examinaremos a fondo cada problema y descubriremos la verdad al respecto.

*Pregunta: Usted parece estar predicando algo muy semejante a las enseñanzas de los Upanishads; ¿por qué, entonces, se enfada si alguien cita de los libros sagrados? ¿Quiere sugerir, acaso, que usted expone algo que*

*nadie ha dicho antes? El hecho de citar a otras personas, ¿interfiere con la peculiar técnica de hipnotismo que usted emplea?*

KRISHNAMURTI: ¿Por qué citan ustedes, por qué comparan? O citan porque dicen: "Citando puedo comparar y comprender", o citan porque en la mente de ustedes no hay más que citas. *(Risas)*. No se rían, señores, sólo vean la verdad de esto. Un disco de fonógrafo repite lo que algún otro ha dicho. ¿Tiene eso alguna validez en la búsqueda de la verdad? ¿Comprende uno citando los Upanishads o cualquier otro libro? Ningún libro es sagrado, puedo asegurarlo; como el periódico, son sólo palabras impresas sobre el papel, y tampoco en éstas hay nada sagrado. Ahora bien, ustedes citan porque piensan que citando y comparando comprenderán aquello de que hablo.

¿Comprendemos algo mediante la comparación, o la comprensión llega solamente cuando abordamos de manera directa lo que se dice, sea ello lo que fuere? Cuando afirman que los Upanishads lo han dicho, o que alguna otra persona lo ha dicho, ¿qué es lo que, de hecho, está ocurriendo en su proceso psicológico? Al sostener que alguien ha dicho eso, ya no tienen que pensar más al respecto, ¿verdad? Creen que han comprendido los Upanishads, y cuando comparan lo que dicen los Upanishads con lo que yo digo, afirman que es igual y ya no conceden más reflexión al problema. Es decir, cuando comparan, lo que en realidad buscan es un estado en el que no se los perturbe. Después de todo, cuando han leído los Upanishads o el Bhagavad Gita y piensan que lo han comprendido, pueden sentarse cómodamente y continuar repitiéndolo, pero ello no tendrá efecto alguno en sus vidas cotidianas; pueden continuar leyendo y citando y sentirse tranquilos, perfectamente seguros. Entonces son personas muy respetables, y pueden proseguir con sus vidas de todos los días, que son monstruosamente feas y estúpidas; y cuando algún otro viene y señala algo, comparan inmediatamente eso con lo que han leído, y creen que comprendieron. En realidad, están evitando la perturbación; por eso comparan, y eso es lo que yo objeto.

No sé si lo que digo es nuevo o viejo, no me interesa si alguna otra persona lo ha dicho o no; lo que de veras me interesa es descubrir la verdad de cada problema, no de acuerdo con los Upanishads, el Bhagavad Gita, la Biblia o Shankara. Cuando uno busca la verdad respecto de un problema, es estúpido citar lo que otros han dicho. Señor, ésta no es una reunión política, y la pregunta es, fundamentalmente, ésta: ¿Comprende usted algo por comparación? ¿Comprende la vida al tener la mente llena de los dichos de otros, al seguir la experiencia, el conocimiento de otros? ¿O la comprensión llega sólo cuando la mente está quieta? No deliberadamente aquietada, desde luego, ya que eso es embotamiento. A través de la investigación, de la búsqueda, de la exploración, es inevitable que la mente llegue a estar quieta, y entonces el problema entrega su plena significación. Y sólo cuando la mente está quieta, se comprende el significado profundo del problema, no cuando está constantemente comparando, citando, juzgando, sopesando. Por cierto, señor, el hombre de conoci-

mientos, el erudito, jamás puede conocer la verdad; por el contrario, el conocimiento y la erudición deben llegar a su fin.

Para comprender la verdad, la mente debe ser muy sencilla, no debe estar llena con conocimientos ajenos o con su propia inquietud. Miren, si ustedes no tuvieran libros de ninguna clase, ni los que llaman religiosos o sagrados, ¿qué harían para encontrar la verdad? Si estuvieran interesados en ella, cada uno tendría que explorar su propio corazón, buscar en los sitios sagrados de su mente, ¿no es así? Tendría que mirarse a sí mismo, comprender la manera como su mente trabaja, porque la mente es el único instrumento que uno tiene, y si no comprende ese instrumento, ¿cómo puede ir más allá de la mente? Por cierto, señor, los primeros que escribieron los libros sagrados, no pudieron haber sido copistas, ¿verdad? No citaban a algún otro. Pero nosotros citamos porque nuestros corazones están vacíos, estamos secos, no tenemos nada dentro. Hacemos muchísimo ruido, y llamamos a eso sabiduría; con ese conocimiento queremos transformar el mundo y, debido a eso, hacemos más ruido aún. Por eso, la mente que de veras quiere originar una revolución fundamental, es importante que esté libre de copias, imitaciones y modelos.

Ahora bien, el interlocutor pregunta: "El hecho de citar a otra persona, ¿interfiere con la peculiar técnica de hipnotismo que usted emplea?". ¿Yo los estoy hipnotizando? No me contesten, porque aquel que está hipnotizado no sabe que lo están hipnotizando. El problema no es si los estoy hipnotizando, sino por qué me escuchan ustedes. Si me escuchan tan sólo para encontrar un sustituto, otro líder, otra imagen para venerar y poner flores ante ella, entonces lo que digo será completamente inútil. Las paredes de ustedes ya están llenas de cuadros, tienen innumerables imágenes, y si escuchan para encontrar una nueva gratificación, serán hipnotizados sin importar lo que se diga. En tanto estén buscando gratificación, encontrarán los medios que los gratifiquen; por lo tanto, serán hipnotizados, como ocurre con la mayoría. Aquellos que creen en el nacionalismo, están hipnotizados; los que creen en ciertos dogmas acerca de Dios, de la reencarnación, o de lo que fuere, están hipnotizados por palabras, por ideas. Y a ustedes les agrada ser hipnotizados, ya sea por otro o por ustedes mismos, porque en ese estado permanecen sin perturbación alguna; y mientras estén buscando un estado en el que no haya ningún tipo de perturbación —estado al que llaman paz de la mente—, encontrarán siempre el instrumento, el gurú, alguien o algo que les dará lo que desean.

Ese estado es de hipnosis. No es, por cierto, lo que está ocurriendo aquí, ¿verdad? De hecho, yo no les estoy dando nada. Al contrario, digo: Despierten de su hipnosis; si están hipnotizados por sus Upanishads, o por el gurú más reciente, libérense de ellos. Miren sus propios problemas; vean la verdad respecto de los problemas más cercanos, no miren los más lejanos, y comprendan la relación que tienen con la sociedad. Eso no es ciertamente, hipnotizarlos; por el contrario, es bajarlos al nivel de los hechos. La evitación del hecho, el escapar del hecho, es el proceso de hipnosis, y eso es ayudado por los diarios, el cine, los libros sagrados, los gurúes, los templos, la repetición de palabras y cantos.

El *hecho* no es algo muy extraordinario; el hecho es que ustedes explotan a otros, que son responsables por la confusión que hay en el mundo; ustedes son los responsable, no algún desajuste económico. Ése es el hecho que no están dispuestos a considerar; y mientras no quieran considerar el hecho, serán hipnotizados no por mí, sino por su propio deseo, el cual les hace buscar la manera de no ser perturbados, de recorrer el sendero habitual y volverse respetables. Señor, el hombre respetable, el así llamado hombre religioso, es el hombre hipnotizado, porque su escape fundamental es su creencia; y esa creencia es invariablemente satisfactoria, jamás perturbadora; de lo contrario, no creería en eso.

Por lo tanto, o el deseo de gratificación, de consuelo, de seguridad, de un estado de no perturbación crea a la entidad externa que nos hipnotiza, o estamos internamente hipnotizados por nuestro propio deseo de seguridad; pero, a fin de comprender la verdad, la mente debe ser libre. La libertad no es algo que haya de alcanzarse finalmente; debe hallarse al principio. Pero nosotros no queremos ser libres al principio, porque eso implica una revolución interna, una drástica percepción de los hechos todo el tiempo, lo cual exige de la mente un estado constante de percepción alerta. Debido a que no queremos estar despiertos a los hechos, encontramos las habituales vías de escape, ya sea en las actividades sociales o en la ambición personal, y la mente atrapada en la actividad social y en la ambición, está mucho más hipnotizada que la mente tan sólo encerrada en su propia desdicha personal; pero ambas están hipnotizadas por su propia necesidad psicológica, por sus propios deseos. Uno puede liberarse de su autohipnosis sólo cuando comprende el proceso completo, total de sí mismo; por consiguiente, el conocimiento propio es el principio de la libertad, y sin conocimiento propio se hallan ustedes perpetuamente en un estado de hipnosis.

*Pregunta: Usted predica una especie de anarquismo filosófico, que es el escape favorito de los eruditos intelectuales. Una comunidad, ¿no necesitará siempre alguna forma de autoridad y regulación? ¿Qué orden social podría expresar los valores que usted sostiene?*

KRISHNAMURTI: Señor, cuando la vida es muy difícil, cuando los problemas van en aumento, escapamos ya sea mediante el intelecto o a través del misticismo. Conocemos el escape por medio del intelecto: racionalización, más y más artefactos ingeniosos, más y más técnicas, más y más respuestas económicas a la vida, todo muy sutil e intelectual. Y está el escape a través del misticismo, de los libros sagrados, de rendir culto a una idea establecida, siendo la idea una imagen, un símbolo, una entidad superior o lo que fuere; pensamos que eso no es de la mente, pero tanto el intelectual como el místico son productos de la mente. A uno lo llamamos erudito intelectual, y al otro lo menospreciamos, porque la moda es hoy menospreciar al místico, mandarlo a paseo, pero ambos funcionan a través de la mente. El intelectual puede tener la capa-

cidad de hablar, de expresarse con más claridad, pero él también se abstrae dentro de sus propias ideas y ahí vive tranquilamente, haciendo caso omiso de la sociedad y siguiendo sus ilusiones, nacidas en la mente. No creo, pues, que haya diferencia alguna entre ambos. Los dos persiguen ilusiones mentales, y ni el erudito ni el ignorante, ni tampoco el místico, o el yogui que escapa y se retira del mundo, o el comisario político, tienen la respuesta.

Ustedes y yo, personas comunes y corrientes, somos quienes debemos resolver este problema, sin ser intelectuales ni místicos, sin escapar mediante la racionalización o usando términos vagos, y sin hipnotizarnos con palabras o con métodos de nuestra propia proyección. El mundo es lo que somos nosotros y, a menos que nos comprendamos a nosotros mismos, aquello que generamos aumentará siempre la confusión y el infortunio, pero la comprensión respecto de nosotros mismos no es un proceso por el que debamos pasar a fin de actuar. No es que uno deba primero comprenderse a sí mismo y después actuar; al contrario, la comprensión respecto de nosotros mismos está en el modo como actuamos en la relación. La relación es acción en la que nos comprendemos a nosotros mismos, en la que nos vemos claramente; pero si para actuar esperamos volvernos perfectos o comprendernos a nosotros mismos, ese esperar es morir. Casi todos hemos estado activos, y esa actividad nos ha dejado vacíos, secos; y una vez que hemos escarmentado, esperamos y no actuamos más, porque decimos: "No actuaré hasta que comprenda". Esperar comprender es un proceso de muerte, pero si comprendemos todo el problema de la acción, del vivir de instante en instante, que no requiere esperar, entonces la comprensión está en lo que hacemos; está en la acción misma, no se halla separada del vivir. El vivir es acción; el vivir es relación y debido a que no comprendemos la relación, a que eludimos la relación, quedamos atrapados en las palabras; y las palabras nos han hipnotizado conduciéndonos a una acción que origina más caos y desdicha.

"Una comunidad, ¿no necesitará siempre alguna forma de autoridad y regulación?". Obviamente, en tanto una comunidad se base en la violencia, tendrá que haber autoridad. ¿Acaso nuestra presente estructura social no se basa en la violencia, en la intolerancia? La comunidad la forman usted y otro en relación, y ¿no tiene como base la violencia la relación de ustedes? Ya sea como comisario político o como yogui, en el fondo, ¿no vive cada uno para sí mismo? El yogui desea su salvación antes que nada, y lo mismo el comisario político, sólo que llaman a eso con nombres diferentes. Nuestra relación actual, ¿no se basa, acaso, en la violencia, siendo violencia el estado da autoencierro, de aislamiento? Y puesto que cada uno se aísla en sí mismo, tiene que existir la autoridad para generar cohesión, ya sea la autoridad del Estado o la autoridad de la religión organizada. Hasta ahora, si se nos ha mantenido juntos de algún modo, ha sido mediante el miedo impuesto por la religión o mediante el miedo que nos infunde el gobierno; pero un ser humano que comprende la relación y cuya vida no se basa en la violencia, no necesita de la autoridad. Quien necesita de la autoridad es la persona estúpida, violenta, desdichada, o

sea, uno mismo. Ustedes buscan la autoridad porque piensan que sin ella están perdidos; por eso tienen todas estas religiones, estas ilusiones y creencias; por eso tienen innumerables líderes, tanto políticos como religiosos. En momentos de confusión, producimos al líder, y ése es el líder que seguimos; y, puesto que es el resultado de nuestra propia confusión, el líder mismo debe estar confuso. La autoridad es necesaria, pues, en tanto estemos produciendo conflicto, desdicha y violencia en nuestras relaciones.

"¿Qué orden social podría expresar los valores que usted sostiene?". Señor, ¿comprende usted qué valores sostengo? ¿Sostengo algo, al menos para esos pocos que han escuchado con intención seria? No les estoy dando una nueva serie de valores en lugar de una vieja serie de valores, no les ofrezco una sustitución, sino que digo: Consideren las cosas mismas que sostienen *ustedes*, examínenlas, investiguen su verdad; y los valores que entonces establezcan crearán la sociedad nueva. No se trata de que alguna otra persona redacte un programa detallado de acción que ustedes puedan seguir ciegamente sin saber siquiera en qué consiste, sino que son ustedes los que por sí mismos deben descubrir el valor, la verdad de cada problema.

Lo que yo digo es muy claro y simple si lo siguen con atención. La sociedad es nuestro propio producto, nuestra proyección. El problema del mundo es nuestro problema, y para comprender ese problema tenemos que comprendernos a nosotros mismos, y eso es posible solamente en la relación, no escapando. Debido a que escapamos por medio de nuestra religión, de nuestro conocimiento, éstos carecen de validez, de significación. No estamos dispuestos a cambiar fundamentalmente en nuestra relación con otro, porque eso implica contratiempos, perturbaciones, revolución; por consiguiente, hablamos acerca del erudito intelectual, del místico, y todas esas tonterías.

Señor, una sociedad nueva, un orden nuevo, no pueden ser establecidos por otro; es usted quien debe establecerlo. Una revolución basada en una idea no es revolución en absoluto. La verdadera revolución surge desde lo interno, y esa revolución no se origina en los escapes, sino que llega únicamente cuando comprendemos nuestras relaciones, nuestras actividades diarias, nuestro modo de actuar, de pensar, de hablar, nuestra actitud hacia el prójimo, hacia nuestra esposa, nuestro marido, nuestros hijos. Sin comprendernos a nosotros mismos, sea lo que fuere que hagamos, por lejos que podamos escapar, sólo ocasionaremos más desdicha, más guerras, más destrucción.

*Pregunta: La plegaria es la única expresión de todo corazón humano; es el clamor del corazón por la unidad. Todas las escuelas de Bhaktimarga se basan en la tendencia instintiva hacia la devoción. ¿Por qué la desecha usted como una cosa de la mente?*

KRISHNAMURTI: La mayoría de la gente reza; todos ustedes lo hacen, ya sea en un templo, en su habitación privada, o silenciosamente en el propio corazón. ¿Cuándo rezan? Por cierto, cuando se hallan en dificultades, ¿no es

así? Cuando se enfrentan con un problema serio, cuando sufren, cuando nadie puede ayudarlos en su dificultad, cuando se sienten desdichados, confusos, perturbados y necesitan que alguien les eche una mano, entonces rezan. O sea, la plegaria es el clamor de todo ser humano en busca de alguien que lo ayude a salir de su infortunio; de modo que la plegaria es generalmente una petición. Es una súplica dirigida a alguien exterior a nosotros mismos, a una entidad separada, a fin de que nos ayude, y queremos unirnos a esa entidad.

Ahora bien, señores, casi todos ustedes rezan de un modo u otro, así que procuren comprender de qué estoy hablando; no lo resistan, sino que primero dense cuenta de qué se trata. No los estoy hipnotizando; intento decirles que resistir algo nuevo es no comprenderlo. No digan que estoy condenando la plegaria, que pienso que es inútil, porque tal vez haya un modo diferente de abordar todo el problema. A menos que sigan esto con bastante atención, me temo que no comprenderán lo que va a surgir de ello.

La plegaria es una súplica, una petición, una apelación a algo exterior a nosotros mismos. ¿Existe alguna cosa así, más allá de nosotros mismos? No citen los Upanishads o a Marx, porque el citar no tiene sentido. Los Upanishads podrán decir que hay algo más allá de nosotros mismos, y el marxista podrá decir que no hay nada, pero quizás ambos estén equivocados. Ustedes tienen que descubrir la verdad al respecto, y para ello tienen que examinar el proceso de sí mismos en la plegaria, tienen que comprender por qué rezan. Por el momento, no estamos considerando si hay una respuesta a la plegaria o cómo llega la respuesta; dentro de poco examinaremos eso. Cuando rezamos, se da por sentado que rezamos a otro, a una entidad superior que está más allá de nosotros mismos, pero antes de que examinemos eso, debemos averiguar, sin duda, *por qué* rezamos.

¿Qué es el proceso de la oración? En primer lugar, es obvio que rezamos porque estamos confusos. Un hombre dichoso no reza, ¿verdad? Un hombre que experimenta alegría, deleite, no reza. El que sufre, el que se enfrenta a una dificultad, el que se halla confundido, apenado, es el que reza, y su rezo es, o bien para clarificar su confusión, o es una súplica por alguna otra necesidad urgente. El hombre que reza, pues, es el que se debate en la confusión, en la desdicha, en el dolor. ¿Qué ocurre cuando reza? ¿Se ha observado usted alguna vez rezando? Se arrodilla o se sienta quietamente, adopta cierta postura física, ¿no es así? O, mientras pasea, su mente está rezando. Y bien, ¿qué ocurre en ese proceso? Por favor, siga esto y lo verá. Cuando usted reza, su mente repite ciertas palabras, ciertas frases cristianas o sánscritas, y la repetición de estas frases aquieta la mente, ¿verdad?

Inténtelo y verá que, si continúa repitiendo ciertas palabras, ciertas frases, las capas superiores, superficiales de la mente se aquietan. Eso no es una verdadera quietud, sino una forma de hipnosis. Ahora bien, cuando la mente superficial es aquietada, ¿qué sucede? Las capas más profundas entregan sus sugerencias, ¿no es así? Todas las capas más profundas de la conciencia, las acumulaciones raciales, las experiencias individuales, los recuerdos y conoci-

mientos del pasado… todo está ahí; pero nuestra vida cotidiana, nuestras actividades diarias se hallan tan sólo en la superficie de la mente, y la mayoría de nosotros no se interesa para nada en los niveles profundos. Nos interesamos en ellos sólo cuando estamos perturbados o cuando, alguna que otra vez, surge un recuerdo, un sueño. Pero es obvio que las capas profundas de la conciencia están siempre ahí y actúan incesantemente, aguardando, vigilando; y cuando la mente superficial, que por lo común está completamente ocupada con sus contratiempos, sus necesidades y preocupaciones propias, se aquieta un poco o es deliberadamente aquietada, los recuerdos internos lanzan naturalmente sus sugerencias, y a estas sugerencias las llamamos la voz de Dios. Pero, ¿son la voz de Dios? ¿Es, acaso, algo que está más allá de nosotros mismos?

Cuando estas sugerencias, estas insinuaciones llegan, es evidente que deben ser el resultado de la experiencia colectiva e individual, de la memoria racial, que es un poco más alerta, más sabia que la mente superficial; pero la respuesta sigue proviniendo de uno mismo, no llega desde el exterior. Los recuerdos colectivos, los instintos colectivos, las idiosincrasias y las respuestas colectivas, todo ello proyecta la insinuación en la mente que está quieta, pero procede todavía de la entidad limitada, de la conciencia condicionada; no llega desde más allá de la conciencia. Por eso nuestras plegarias son respondidas. Uno forma parte de lo colectivo, y sus plegarias son respondidas desde lo colectivo dentro de uno mismo; pero la respuesta a la plegaria tiene que ser satisfactoria para la mente consciente; de lo contrario, jamás la aceptamos. Uno cree y reza porque desea salir de su dificultad, y esa salida es siempre gratificante; de alguna manera, nuestras plegarias reciben siempre respuestas que concuerdan con nuestras gratificaciones. En consecuencia, nuestras plegarias, que son súplicas, obtienen una respuesta desde nuestras propias capas más profundas, no desde más allá de nosotros mismos.

La pregunta siguiente es: ¿Existe alguna cosa más allá de nosotros mismos? Descubrir eso requiere una manera por completo diferente de pensar, no mediante plegarias, meditaciones, citas, sino comprendiendo todo el proceso de la conciencia. La mente puede proyectar ideas acerca de Dios o la realidad, pero lo que la mente proyecta no está más allá del campo del pensamiento, y mientras la mente esté activa en la proyección de sus propios conceptos, es obvio que no puede descubrir si hay algo más allá de ella misma. Para descubrir eso, la mente debe dejar de proyectar, porque cualquier cosa que ella pueda pensar, sigue estando dentro del campo del pensamiento, ya sea consciente o inconsciente. Lo que la mente puede proyectar no se halla fuera de su propio campo, y a fin de descubrir si existe algo más allá de la mente, ésta, como pensamiento, debe llegar a su fin. Cualquier actividad, cualquier movimiento por parte de la mente es aún su propia proyección; así pues, mientras el pensamiento continúe, la mente no podrá dar con aquello que está más allá de ella misma.

Lo que está más allá de la mente puede ser descubierto sólo cuando la mente está quieta, y la quietud de la mente no es un proceso de la voluntad, de una acción determinada. La mente que aquietamos mediante la acción de la

voluntad, no es una mente quieta; de modo que el problema es cómo puede llegar a su fin el pensamiento sin que uno desee que llegue a su fin, porque si disciplino la mente para que esté quieta, ésa es una mente muerta, encerrada en sí misma; no es una mente libre. Sólo la mente libre puede descubrir qué hay más allá de ella misma. Esa libertad no puede ser impuesta a la mente. La imposición no es libertad, la disciplina no es libertad, el amoldamiento no es libertad; pero cuando la mente ve que el amoldamiento no es libertad, está libre. Ver el hecho es el principio de la libertad, que es ver lo falso como falso y lo verdadero como verdadero, verlo no en un futuro lejano, sino de instante en instante. Sólo entonces existe esa libertad en la que la mente puede ser sencilla y silenciosa, y una mente así puede conocer aquello que está más allá de ella misma.

*Pregunta: ¿Acepta usted como válida la ley de la reencarnación y el karma, o concibe un estado de completa aniquilación?*

KRISHNAMURTI: Y bien, la mayoría de ustedes cree probablemente en la reencarnación y el karma, así que, por favor, no se resistan a lo que voy a decir. Mediante la resistencia no comprendemos, y no puede haber comunión alguna mediante la exclusión. Para comprender algo debemos amarlo, y eso implica que debemos estar en comunión con ello y no temerlo.

Ante todo, la creencia en cualquiera de sus formas es la negación de la verdad; una mente que cree no es una mente exploradora, y jamás puede hallarse en un estado de experimentar. La creencia no es sino una atadura producida por un deseo determinado. Un hombre que cree en la reencarnación no puede conocer la verdad al respecto, porque su creencia es tan sólo un consuelo, una manera de escapar de la muerte, del miedo a la no continuidad. Un hombre así no puede descubrir la verdad acerca de la reencarnación, porque lo que anhela es consuelo, no la verdad. La verdad puede brindarle consuelo o puede ser un factor de perturbación, pero si empieza con el deseo de encontrar consuelo, no podrá ver la verdad. Ahora bien, si son serios, ustedes y yo vamos a descubrir la verdad al respecto, y lo esencial es el modo como abordamos el problema.

¿Cómo abordamos, ustedes y yo, el problema de la reencarnación? ¿Lo abordan ustedes con temor, con curiosidad, con el deseo de continuar? ¿O quieren conocer *lo que es*? No estoy esquivando la pregunta. Una mente que desea saber la verdad, cualquiera que sea, se halla en un estado distinto de la que teme a la muerte, de la que busca consuelo, continuidad y que, por lo tanto, se aferra a la reencarnación. Es obvio que una mente así no se halla en estado de descubrimiento. Importa, pues, el modo como abordamos el problema, y doy por sentado que ustedes lo abordan correctamente, no a causa de algún deseo de consuelo, sino para descubrir la verdad al respecto.

¿Qué entienden ustedes por reencarnación? Sabemos que existe la muerte y que, sea lo que fuere que hagamos, no podemos evitarla. Podemos postergar la muerte, pero ésta es un hecho que luego investigaremos. ¿Qué es lo que

reencarna? Es una de dos cosas, ¿verdad? O es una entidad espiritual, o lo que toma nuevamente forma en otra vida, es algo que consiste tan sólo en una acumulación de experiencias, conocimientos, recuerdos. Examinemos, pues, ambas cosas. ¿Qué entendemos por "entidad espiritual"? ¿Existe en nosotros una entidad espiritual, algo que no pertenece a la mente, que está más allá de la sensación, algo que no es del tiempo, algo inmortal? Ustedes dirán: "Sí", todas las personas religiosas lo dicen. Ustedes afirman que hay una entidad espiritual, una entidad que se encuentra más allá del tiempo, más allá de la mente, más allá de la muerte. Por favor, no ofrezcan resistencia, examinémoslo.

Si decimos que existe en nosotros una entidad espiritual, ésta es, obviamente, el producto del pensamiento, ¿no es así? Nos han hablado acerca de ello, no es nuestra experiencia. Tal como una persona está condicionada por haberse educado en la idea de que no existe una entidad espiritual, sino sólo un conjunto de diversas influencias sociales, económicas y ambientales, así ustedes se hallan condicionados a la idea de una entidad espiritual, ¿no es así? Aun si son ustedes mismos quienes descubren que hay una entidad espiritual, ello sigue estando, sin duda, dentro del campo del pensamiento, y el pensamiento es el resultado del tiempo, es el producto del pasado, es acumulación, memoria. O sea, si uno puede pensar acerca de la entidad espiritual, es obvio que esa entidad sigue estando dentro del campo del pensamiento; por lo tanto, es el producto del pensamiento, la proyección del pensamiento. En consecuencia, no es una entidad espiritual. Aquello en que podemos pensar sigue estando dentro del campo del pensamiento, así que no puede ser algo más allá del pensamiento.

Ahora bien, si no hay una entidad espiritual, ¿qué es lo que reencarna? Y si hay una entidad espiritual, ¿puede reencarnar? ¿Es una cosa del tiempo, es una cosa de la memoria, que va y viene según nuestra conveniencia, según nuestro deseo? Si ha nacido, si es un proceso en el tiempo, si progresa, entonces no se trata, por cierto, de una entidad espiritual. Y si no pertenece al tiempo, entonces no puede haber posibilidad de que reencarne, de que adopte una nueva vida. Así pues, si la entidad espiritual no existe, entonces el "yo" es tan sólo un haz de recuerdos acumulados; el "yo" es mi propiedad, mi esposa, mis hijos, mi nombre, mis cualidades. El "yo" es la acumulación de las experiencias del pasado en conjunción con el presente, tanto las experiencias conscientes como las inconscientes, tanto las colectivas como las individuales; todo ese haz es el "yo", y ese haz de recuerdos pregunta: "¿Reencarnaré, tendré continuidad? ¿Qué ocurre después de la muerte?". Si existe una entidad espiritual, está más allá del pensamiento, no puede ser aprisionada en la red de la mente; y para descubrir esa entidad, ese estado espiritual, la mente debe estar quieta, no puede hallarse agitada por el funcionamiento del pensar.

Usted pregunta si el "yo" tiene continuidad; el "yo" es el nombre, la propiedad, los muebles, los recuerdos, la idiosincrasia, las experiencias, los conocimientos acumulados. ¿Tiene eso una continuidad? Es decir, ¿tiene una continuidad el pensamiento condicionado? Evidentemente, el pensamiento tiene

continuidad; para eso no deben ustedes investigar mucho. Uno tiene continuidad en sus hijos, en su propiedad, en su nombre; es obvio que eso continúa, en una forma u otra. Pero con esa continuidad no están satisfechos, ¿verdad? Quieren continuar como una entidad espiritual, no tan sólo como pensamiento, como un haz de reacciones —eso no tiene gracia—. Pero ¿son, acaso, algo más que eso? ¿Son algo más que su religión, sus creencias, sus divisiones de casta, sus supersticiones, tradiciones y esperanzas en el futuro? ¿Son algo más? Les gustaría creer que son algo más que eso, pero el hecho es que son eso y nada más. Quizás haya algo más allá, pero para descubrirlo todo esto tiene que llegar a su fin. Por lo tanto, cuando inquieren acerca del problema de la reencarnación, se interesan no en lo que hay más allá, sino en la continuidad del pensamiento identificado como el "yo". Y, obviamente, *hay* continuidad.

Ahora bien, otra cuestión involucrada en esto es el problema de la muerte. ¿Qué es la muerte? La muerte, ¿es tan sólo el final del cuerpo? Y ¿por qué tememos tanto a la muerte? Debido a que nos aferramos a la continuidad, y vemos que hay un final para la continuidad cuando morimos, queremos una garantía de continuidad en el otro lado; por eso creemos en la vida después de la muerte. Pero ninguna cantidad de garantías acerca de la continuidad, ni todas las Sociedades de investigación psíquica, ni los libros con su información, los satisfarán jamás. La muerte es siempre lo desconocido; podrán tener toda la información sobre ella, pero lo conocido siente temor ante lo desconocido y siempre lo sentirá. Por consiguiente, uno de los problemas en esta cuestión es el siguiente: ¿Es creativa la continuidad? ¿puede aquello que es continuo descubrir algo más allá de sí mismo? Señor, lo que tiene continuidad, ¿puede conocer algo más allá de su propio campo?

Ése es el problema, y es un problema que ustedes son renuentes a afrontar; por eso temen a la muerte. Aquello que continúa no puede ser creativo jamás; solo en el final existe lo nuevo. Sólo cuando lo conocido llega a su fin, hay creación, existe lo nuevo, lo desconocido; pero en tanto nos aferremos al deseo de continuidad, que es el pensamiento identificado como el "yo", ese pensamiento continuará, y lo que continúa lleva en sí la semilla de la muerte y el deterioro; no es creativo. Sólo lo que se termina puede ver lo nuevo, lo fresco, lo total, lo desconocido. Señor, esto es simple y muy claro. En tanto uno continúa en el hábito de un determinado pensamiento, no puede conocer lo nuevo, ¿verdad? Mientras uno se sigue aferrando a sus tradiciones, a su nombre, a sus propiedades, no puede conocer nada nuevo, ¿no es así? Sólo cuando se desprende de todo eso por completo, adviene lo nuevo. Pero ustedes no se atreven a desprenderse de lo viejo, porque tienen miedo de lo nuevo; por eso temen a la muerte, y por eso tienen todos los innumerables escapes.

Se han escrito más libros sobre la muerte que sobre la vida, porque de la vida desean ustedes huir. El vivir es para ustedes una continuidad, y lo que continúa se marchita, carece de vida; siempre tiene miedo de llegar a su fin. Por esa razón anhelan ustedes la inmortalidad. Uno tiene su inmortalidad en su nombre, en su propiedad, en sus muebles, en su hijo, en sus ropas, en su casa;

todo eso es su inmortalidad, uno la tiene, pero desea algo más. Desea la inmortalidad del "otro lado", y también la tiene: en su pensamiento, identificado como el "sí mismo", que continúa, siendo el "sí mismo" los muebles de uno, sus sombreros, sus sustituciones, sus creencias. Pero ¿no deberían ustedes descubrir si aquello que continúa puede jamás conocer lo intemporal? Lo que continúa implica un proceso de tiempo: pasado, presente y futuro. O sea, la continuación es el pasado que, en conjunción con el presente, engendra el mañana, el futuro, y éste engendra, a su vez, otro futuro; y así es como hay continuidad.

Pero esa continuidad, ¿puede, acaso, descubrir lo desconocido, lo incognoscible, lo eterno? Y si no puede, ¿qué sentido tiene que el pensamiento, identificado como el "yo", continúe? El "yo", que es pensamiento identificado, tiene que hallarse en un estado de incesante conflicto, de sufrimiento constante, de perpetuo atormentarse sobre problemas, etc.; y ése es el destino de la continuidad. Sólo cuando esta mente llegue a su fin, cuando no esté identificada como el "yo", conocerán ustedes aquello que está más allá del tiempo; pero limitarse a especular qué hay más allá, es un desperdicio de energía, es la actividad de un holgazán. Por consiguiente, lo que continúa jamás puede conocer lo real; sólo conocerá lo real aquello que llega a su fin. Únicamente la muerte puede mostrar el camino hacia la realidad —no la muerte a causa de la vejez o de la enfermedad, sino la muerte de cada día, el morir de cada minuto, que nos permite ver lo nuevo—.

En esta cuestión también está contenido el problema del karma. Me pregunto si no preferirían discutir esto en otra ocasión. Ya son las siete y media. ¿Quieren que lo investigue?

*Comentario del público: Sí, señor.*

KRISHNAMURTI: ¿Han comprendido lo que dije acerca de la reencarnación? ¿Lo han comprendido señores? ¿Por qué este extraño silencio? *(Interrupción)*. Ésta no es una discusión, señor. El próximo martes discutiremos la cuestión del tiempo y el jueves discutiremos la meditación; pero si de veras reflexionan sobre lo que acaba de decirse, verán la extraordinaria profundidad que implica llegar al final, morir. La mente que puede morir a cada minuto, conocerá lo eterno, pero la mente que continúa, jamás puede conocer aquello que está más allá de ella misma. Señor, esto no es algo para ser citado, discutido; usted debe vivirlo, y sólo entonces conocerá su belleza, conocerá la profundidad y el significado del morir a cada instante. El morir es tan sólo el final del pasado, que es la memoria; no la memoria que es el reconocimiento de hechos, sino el final de la acumulación psicológica, la acumulación del "yo" y "lo mío"; y en ese final del pensamiento identificado, está lo nuevo.

Ahora ustedes quieren que yo responda a la pregunta sobre el karma. Por favor, aborden esto con libertad, no con resistencia, no con superstición ni con sus creencias. Obviamente, existen la causa y el efecto. La mente es el resultado de una causa; usted es el resultado, el producto del ayer, de muchos, mu-

chos miles de ayeres; causa y efecto son un hecho evidente. La planta de semillero contiene en sí tanto la causa como el efecto. Está especializada; una semilla en particular no puede devenir en algo diferente. La semilla de trigo está especializada, pero nosotros, los seres humanos, somos diferentes, ¿no es así? Aquello que se especializa puede ser destruido, cualquier cosa que se especializa llega a su fin, tanto biológica como psicológicamente, pero con nosotros es distinto, ¿verdad? Vemos que la causa se convierte en efecto, y lo que era efecto se vuelve una causa ulterior; es muy simple. El hoy es el resultado del ayer, y el mañana es el resultado del hoy; el ayer fue la causa del hoy, y el hoy es la causa del mañana. Lo que era efecto se convierte en causa, de modo que es un proceso sin fin. No hay causa separada del efecto; no hay división entre causa y efecto, porque causa y efecto fluyen uno dentro del otro, y si podemos ver el proceso de causa y efecto tal como realmente opera, podemos liberarnos de él.

Mientras sigamos ocupados con la mera conciliación de los efectos, es inevitable que la causa forme patrones, y los patrones se convierten entonces en el motivo de la acción; pero ¿existe alguna vez una línea demarcatoria donde termina la causa y empieza el efecto? Ciertamente no, porque causa y efecto se hallan en movimiento constante. En realidad, no hay causa ni efecto, sino tan sólo un movimiento de lo que "ha sido", el cual atraviesa el presente hacia el futuro; y para una mente atrapada en este proceso de lo que "ha sido" y que usa el presente como un corredor de paso hacia lo que "será", sólo existe el resultado. O sea, una mente así se interesa tan sólo en los resultados, en la conciliación de los efectos; de aquí que para esa mente no haya un escape más allá de sus propias proyecciones. Por lo tanto, mientras el pensamiento siga atrapado en el proceso de causa y efecto, la mente puede proceder sólo dentro de su propio encierro; en consecuencia, no hay libertad. La libertad existe únicamente cuando vemos que el proceso de causa y efecto no es estacionario, estático, sino que se halla en movimiento; una vez que lo hemos comprendido, ese movimiento llega a su fin; entonces, uno puede ir más allá.

Así pues, mientras la mente se limite a responder a los estímulos del pasado, cualquier cosa que haga estará tan sólo prolongando su propia desdicha; pero, cuando ve y comprende el hecho de todo este proceso de causa y efecto, de todo este proceso del tiempo, esa misma comprensión con respecto al hecho, la libera del hecho. Sólo entonces puede la mente conocer aquello que no es resultado ni causa. La verdad no es un resultado, la verdad no es una causa; es algo que no tiene causa en absoluto. Lo que tiene una causa pertenece a la mente, igual que lo que tiene un efecto; y para conocer aquello que es sin causa, que es lo eterno —aquello que está más allá del tiempo—, la mente, que es el efecto del tiempo, debe llegar a su fin. El pensamiento, que es tanto efecto como causa, debe terminar; únicamente entonces es posible dar con aquello que está más allá del tiempo.

*5 de marzo de 1950*

## QUINTA PLÁTICA EN BOMBAY

Ésta es la última plática que tendremos aquí. Creo que hay una el día martes 14 en Dadar a las nueve de la mañana; es probable que estén informados al respecto.

Pienso que es importante comprender el significado de las palabras, no sólo superficialmente, conforme al diccionario, sino ver también su significación más allá del mero nivel superficial, porque estamos hipnotizados por las palabras y creemos que, entendiendo una palabra, comprendemos todo el contenido de esa palabra. La palabra se torna importante únicamente cuando vamos más allá del nivel superficial, de su uso común o corriente, y vemos su significado más profundo. Hemos sido hipnotizados por ciertas palabras tales como *Dios, amor, la vida sencilla*, etc., y especialmente en estos tiempos, cuando hay tanta confusión, tantos líderes, libros, tantas teorías y opiniones, tendemos a ser fácilmente hipnotizados por las palabras *actividad* o *acción*. Considero, pues, que valdría la pena investigar el problema de lo que entendemos por acción, y no ser simplemente hipnotizados por esa palabra.

Creemos que nos hallamos mucho más despiertos y activos cuando estamos constantemente en movimiento, cuando hacemos algo, ya sea en el club, en la política, en la familia, o donde fuere. Pensamos que la actividad es vida, pero ¿lo es? Vivir basados en las respuestas mecánicas de nuestra existencia cotidiana, ¿es vida? Puesto que la mera actividad se lleva la mayor parte de nuestra energía, ¿no es, acaso, importante comprender las palabras *acción* y *actividad*, y no ser hipnotizados por ellas? La acción es, evidentemente, necesaria; la acción *es* vida, pero ¿en qué nivel? Actuamos de acuerdo con la opinión, de acuerdo con la memoria; somos toda una serie de respuestas condicionadas, recuerdos y tradiciones. Nuestra acción y nuestra moralidad se basan, o bien en lo que ha sido, o en lo que será, y nuestro pensar, que es evidentemente la base de nuestra acción, es casi mecánico; casi todos somos máquinas en lo que hacemos. Damos a una máquina cierta información, y la máquina nos devuelve ciertas respuestas; de igual manera, recibimos cierta información a través de nuestros sentidos, y entonces respondemos. Así que nuestro pensar y nuestras actividades son casi mecánicos, y a este pensar mecánico con sus respuestas y sus actos, lo llamamos "vivir". Nos satisface vivir en ese nivel, y nuestros líderes, nosotros mismos, nuestras influencias ambientales, nos hipnotizan para que continuemos viviendo en ese estado.

Ahora bien, ¿podemos ir más allá y descubrir qué es la acción? Para la mayoría de nosotros, la acción es mera respuesta mecánica a un reto. Yo les pregunto algo y ustedes responden. Hay un constante impacto de estímulos, y hay una respuesta constante, consciente o inconsciente; y toda nuestra existencia es este proceso del trasfondo, la tradición de lo que ha sido, respondiendo mecánicamente al reto de los estímulos. Ése es nuestro pensar, ésa es nues-

tra actividad. Tanto religiosa como políticamente, estamos respondiendo siempre a un reto, y a esa respuesta la llamamos actividad. ¿Pero es *acción* esa respuesta? ¿Puede alguna vez ser acción? Por cierto, no es acción; sólo es reacción, y ¿es posible ir más allá de la reacción, más allá del proceso mecánico de la mente? Conocemos la estructura de la mente, que es tan sólo información acumulada, experiencia acumulada, condicionamiento del pasado; y esta mente condicionada está siempre respondiendo, reaccionando, y a esta reacción la llamamos acción. Pero la acción que se basa en reacciones debe conducir, es obvio, a la confusión, porque en ella no hay nada nuevo, falta frescura, vitalidad, claridad; es una respuesta mecánica. Es como ocurre con un automóvil: lo cargamos con aceite y combustible, lo ponemos en marcha, lo mantenemos andando, y una que otra vez lo reparamos. Eso es, exactamente, nuestra vida: una serie de respuestas mecánicas a los estímulos, al reto; y esto es lo que llamamos "vivir". Evidentemente, una manera así de abordar cualquier problema, puede resolverlo únicamente conforme a la reacción, y un problema que se resuelve conforme a una reacción, no se resuelve en absoluto.

¿Es posible, pues, ir más allá de las respuestas mecánicas y descubrir qué es la acción? La acción no es una respuesta, no es una reacción; sólo cuando vemos que la acción misma es el reto, existe la cualidad de lo nuevo. Para llegar a eso, uno debe comprender todo el proceso del pensar, del responder, del reaccionar. Por eso resulta tan importante que nos comprendamos a nosotros mismos. El "yo" es, obviamente, reacción, y para ir más allá de la reacción, es preciso comprender completamente el "yo", comprenderlo en todos los niveles, no sólo en el nivel físico sino también en el psicológico. En tanto haya reacción, es inevitable que haya un "yo", y la comprensión respecto del "yo" es el final de la reacción. Pensar acerca de cualquier problema, haciéndolo desde el punto de vista de la reacción, sólo multiplicará los problemas, las complejidades, las desdichas de la vida; en el final de la reacción, de la respuesta mecánica, está la comprensión del "sí mismo", del "yo". El "yo" se encuentra en todos los niveles; sigue siendo el "yo", ya sea que lo situemos en el nivel más alto llamándolo el atma, el paramatma, el alma, o en el nivel del "yo" que es dueño de la propiedad, que busca poder, virtud. El "yo" no es sino reacción; en consecuencia, el final de la reacción es el final del "yo".

Por eso es importante comprender todo el proceso del "yo", lo cual implica comprender el proceso del pensar. Porque nuestro pensar es mecánico, se basa en la reacción. Siendo mecánico, el "yo" sólo puede responder mecánicamente. A fin de ir más allá, es imprescindible que haya completo conocimiento propio. Como dijimos, el "yo" es reacción, y cuando comprendamos el "yo", descubriremos qué es la acción, porque entonces la acción es reto, no es una respuesta mecánica, no es una reacción; procede del centro sin un punto fijo. Ahora, actuamos siempre desde un centro con un punto fijo, que es el "yo": mis miedos, mis esperanzas, mis frustraciones, mis ambiciones, mi condicionamiento, ya sea sociológico, ambiental o religioso; ése es el centro desde el cual reaccionamos, y mientras ese centro no sea completamente comprendi-

do, por mucho que podamos tratar de resolver nuestros problemas, éstos no harán sino multiplicarse, y la desdicha, la lucha, la catástrofe, sólo habrán de aumentar. Comprender ese centro con un punto fijo es poner fin a la reacción y dar origen a un centro sin punto alguno, y cuando existe ese centro sin punto alguno, entonces sí, hay acción, y la acción es, en sí misma, el reto.

Sólo en la relación es posible comprender la mente; en nuestra relación con la propiedad, con la gente y con las ideas. Hoy por hoy, esa relación es reacción, y un problema que se origina en la reacción no puede ser resuelto por otra reacción; puede resolverse sólo cuando todo el proceso de la reacción —que se origina en el "sí mismo", el "yo"— es comprendido. Entonces encontraremos que hay una acción que no es reacción, que es el reto mismo, que es una acción creativa. Pero ese estado no se realiza cerrando los ojos y penetrando en la peculiar y profunda meditación con sus fantasías y todo eso. Por lo tanto, la religión es conocimiento propio; con el conocimiento propio empieza uno a comprender la reacción, y sin conocimiento propio no hay base alguna para el pensar; sólo hay base para la reacción. El pensar es acción sin un centro; pero entonces ya no es más "pensar", porque no hay verbalización, no hay acumulación de recuerdos, de experiencias. Podemos resolver nuestros problemas únicamente cuando los abordamos de un modo nuevo, cuando hay creatividad, y no puede haber creatividad cuando hay respuestas mecánicas. Una máquina no es creativa, por maravillosamente armada que esté; y nosotros tenemos una mente maravillosamente armada, la cual es mecánica y genera problemas. Para resolver esos problemas, de vez en cuando les aplicamos un "shock", y después más y más "shocks", pero el método de "shock" no es la solución de un problema. La solución de los problemas llega cuando hay acción que no es una reacción, y eso es posible cuando comprendemos todo el proceso de la mente en las relaciones que establece en la vida cotidiana.

La religión consiste, pues, en la comprensión de la vida cotidiana; no es una teoría o un proceso de aislamiento. Un hombre "religioso" que repite ciertas palabras mientras explota despiadadamente a otros, es un escapista; su moralidad, su respetabilidad, carecen de todo significado. La comprensión respecto del "yo" es el principio de la sabiduría, y la sabiduría no es reacción. Sólo cuando comprendemos todo el proceso de la reacción, que es condicionamiento, hay un centro de acción sin punto fijo alguno; y eso es sabiduría.

Aparentemente, es fácil formular preguntas, porque me han entregado muchas. A base de todas esas preguntas, se han hecho resúmenes de las más representativas, y aquí están; de modo que si la pregunta particular de algunos no es contestada exactamente como la han formulado, es sólo que se la contesta de una manera distinta, pero los problemas son los mismos. Mientras respondo a estas preguntas, tengan la bondad de no seguir tan sólo en el nivel verbal lo que se dice; experiméntenlo a medida que avanzamos. Emprendamos el viaje juntos y observemos, por decirlo así, cada sombra, cada flor, cada piedra, cada animal muerto en la carretera, toda la suciedad y la belleza que se encuentran a la orilla del camino. Ése es el único modo en que podemos resol-

ver todos nuestros problemas: observando clara, definida y atentamente todo cuanto vemos y percibimos.

*Pregunta: ¿Tendría a bien explicar el verdadero proceso de su mente cuando usted habla aquí? Si no ha adquirido conocimientos y si no tiene acopio de experiencias y recuerdos, ¿de dónde obtiene su sabiduría? ¿Cómo se las ingenia para cultivarla?*

KRISHNAMURTI: (*Pausa*). Vacilo porque no he visto las preguntas antes. Contestaré espontáneamente, de modo que ustedes también tendrán que seguir esto espontáneamente y no pensar según la manera tradicional. El interlocutor pregunta, pues, cómo trabaja mi mente y cómo he adquirido sabiduría. Dice: "Si no tiene acopio de experiencias y recuerdos, ¿de dónde obtiene su sabiduría? ¿Cómo se las ingenia para cultivarla?". Ante todo, ¿cómo sabe usted que lo que yo digo es sabiduría? (*Risas*). Señores, no se rían. Es fácil reírse y dejar pasar las cosas. ¿Cómo sabe que lo que digo es verdadero? ¿Cuál es el metro, el patrón con que mide? ¿Hay una medida para la sabiduría? ¿Puede, acaso, decir que esto es sabiduría y aquello no lo es? La sabiduría, ¿es sensación? ¿Es la respuesta a la sensación? Señor, usted no sabe qué es la sabiduría; por lo tanto, no puede afirmar que aquello que digo es sabiduría. La sabiduría no es lo que uno experimenta, ni es para encontrarse en un libro. No es para nada algo que uno pueda experimentar, adquirir, acumular. Por el contrario, la sabiduría es un estado del ser en el que no hay acumulación de ninguna clase; uno no puede acopiar sabiduría.

El interlocutor quiere saber cómo trabaja mi mente. Si me permiten investigarlo un poco, se lo mostraré. No hay un centro desde el cual ella esté actuando, no hay memoria desde la cual esté respondiendo. Hay memoria del camino que acabo de recorrer, de la dirección donde vivo, hay reconocimiento de personas, de acontecimientos, pero no hay un proceso acumulativo, un proceso de acopio gradual desde el que surja la respuesta. Si no conociera el uso del inglés o de algún otro idioma, no sería capaz de hablar. La comunicación en el nivel verbal es necesaria a fin de entendernos el uno al otro, pero lo importante es lo que se dice, cómo se dice y desde dónde se dice.

Ahora bien, cuando se formula una pregunta, si la contestación es la respuesta de una mente que ha acumulado experiencias y recuerdos, entonces no es sino una reacción; por consiguiente, no hay razonamiento. Pero cuando no hay acumulación, o sea, que no hay respuesta mecánica, entonces no hay frustración ni esfuerzo ni lucha. El proceso acumulativo, el centro acumulativo es como un árbol, con raíces profundas en un arroyo, que junta desechos a su alrededor, y el pensamiento, situado en la copa de ese árbol, imagina que piensa, que vive. Una mente así sólo está acumulando, y la mente que acumula —ya sea conocimientos, dinero o experiencias—, es obvio que no vive. Cuando la mente se mueve, cuando fluye, sólo entonces, hay un vivir.

El interlocutor también desea saber cómo se obtiene la sabiduría y cómo

se la cultiva. No podemos cultivar la sabiduría, ya que la sabiduría no es algo que pueda ser acumulado. Tan pronto empezamos a acumular, ello se vuelve mera información, conocimiento, lo cual no es sabiduría. La entidad que cultiva la sabiduría, sigue formando parte del pensamiento, y éste es tan sólo una respuesta, una reacción al reto. Por lo tanto, el pensamiento no es sino una acumulación de la memoria, de la experiencia, del conocimiento; por eso jamás podrá encontrar la sabiduría. Sólo con la cesación del pensar hay sabiduría, y el pensar cesa únicamente cuando se termina el proceso de acumulación, que es la aceptación respecto del "yo" y "lo mío". Mientras la mente funciona dentro del campo que constituyen el "yo" y "lo mío", que es mera reacción, no puede haber sabiduría. La sabiduría es un estado de espontaneidad en el que no hay un centro ni una entidad acumulativa. Mientras estoy hablando, me doy cuenta de las palabras que uso, pero ante la pregunta, no reacciono desde un centro. Para descubrir la verdad sobre una pregunta, sobre un problema, el proceso del pensar —que es mecánico y que conocemos— debe llegar a su fin. Eso implica, pues, que debe haber un completo silencio interno, y entonces conoceremos esa creatividad que no es mecánica, que no es mera reacción. De modo que el silencio es el principio de la sabiduría.

Vean, señores, esto es bastante sencillo. Cuando tienen un problema, la primera reacción es pensar sobre él, resistirlo, negarlo, aceptarlo, explicarlo, ¿no es así? Obsérvense y verán. Tomen cualquier problema que surge y verán que la respuesta inmediata es resistirlo o aceptarlo; o, si no hacen ninguna de esas cosas, lo justifican recurriendo a explicaciones. Así pues, cuando se formula una pregunta, la mente de ustedes se pone inmediatamente en movimiento; como una máquina, responde de inmediato. Pero si quieren resolver el problema, la respuesta inmediata es el silencio, no el pensar. Cuando se formuló esta pregunta, mi respuesta fue el silencio, completo silencio; y, al estar silencioso, vi instantáneamente que donde hay acumulación no puede haber sabiduría. La sabiduría es espontaneidad, y no puede haber espontaneidad o libertad mientras haya acumulación de conocimientos, de memoria.

Un hombre de experiencia jamás puede ser sabio ni sencillo, sino que es sabio aquel que está libre del proceso de acumulación; él sabe qué es el silencio y sabe que todo cuanto provenga de ese silencio, es verdadero. Ese silencio no es algo que pueda cultivarse; no hay medios ni senderos que conduzcan a él, ni hay un "cómo". Preguntar "cómo" significa cultivar, implica una mera reacción, una respuesta del deseo de acumular silencio. Pero cuando ustedes comprendan todo el proceso del acumular, que es el proceso del pensar, conocerán ese silencio del cual emana la acción que no es reacción; y uno puede vivir en ese silencio todo el tiempo. No es un don, una capacidad, no tiene nada que ver con la capacidad; surge a la existencia cuando observamos atentamente cada reacción, cada pensamiento, cada sentimiento, cuando estamos atentos al hecho, sin explicación alguna, sin resistencia, sin aceptación ni justificación. Y cuando vemos el hecho muy claramente sin que se interpongan bloqueos y pantallas, esa percepción misma del hecho lo disuelve, y la mente

está quieta. Cuando la mente está muy quieta, sin hacer ningún esfuerzo para aquietarse, sólo entonces, es libre. Señor, sólo la mente libre es sabia, y para ser libre debe ser una mente silenciosa.

*Pregunta: ¿De qué modo puedo yo, como individuo, afrontar, superar y resolver la creciente tensión y el ardor bélico entre la India y Pakistán? Esta situación crea una mentalidad de venganza y represalia en masa. Peticiones y argumentos resultan por completo insuficientes. La inacción es un crimen. ¿Cómo debe uno enfrentarse a un problema como éste?*

KRISHNAMURTI: Señor, ¿por qué llama usted crimen a la inacción? Según usted, sólo hay dos maneras de habérselas con esto: volverse un pacifista o empuñar un fusil. Es el único modo que tienen ustedes de responder, ¿no es así? Es el único modo que la mayoría de la gente conoce para responder a un problema de esta clase. Para ustedes, el fusil y el pacifismo son los únicos medios de acción. Piensan que responden al reto cuando toman venganza con un fusil, o lo que fuere que hagan, y si creen que la violencia no es la solución, se convierten en pacifistas. En otras palabras, desean reconocimiento por lo que hacen, y el reconocimiento los deja satisfechos. Dicen: "Soy pacifista", o "tengo un fusil", y al aplicarse estos rótulos se sienten gratificados y piensan que han respondido al problema. Ésa es, sin duda, la respuesta general, ¿verdad? Por eso dice usted que la inacción es un crimen. Es un crimen desde esos dos puntos de vista, por supuesto. El hombre que no porta un fusil ni se titula pacifista, es para ustedes un criminal, porque piensan conforme a los rótulos reconocidos, a esas dos maneras. Ahora bien, viendo eso, averigüemos si la inacción es un crimen, siendo la inacción no actuar según alguna de esas dos maneras o sus equivalentes.

¿Es eso un crimen? ¿Es un crimen decir: "Ni soy pacifista ni porto un fusil"? ¿Cuándo diría usted eso? Cuando viera que ambas cosas son meras reacciones ante el reto, y que mediante la reacción no puede resolver el problema. El hombre que porta un fusil, es obvio que lo hace a causa de su reacción, la cual es el resultado de su condicionamiento como nacionalista, como indio, como pakistaní o como quiera que se llame. La portación del fusil es tan sólo una reacción que está de acuerdo con su condicionamiento. Y el hombre que no porta un fusil, que se considera un pacifista, también reacciona según su punto de vista particular, ¿no es así? Ésas son las dos reacciones que conocemos, con las que nos hallamos familiarizados. En época de guerra, hacemos del pacifista un mártir, etc., pero ambos son medios reconocidos de actividad, y cuando actuamos según esas dos maneras, con todas sus implicaciones, estamos satisfechos, sentimos que al menos estamos "haciendo" algo respecto de la guerra, y la gente reconoce que lo hacemos. Nosotros nos sentimos satisfechos, ellos se sienten satisfechos, y cuantos más fusiles portamos, tanto mejor.

Ahora bien, el hombre que en tiempos de guerra no porta un fusil ni se titula pacifista, que es inactivo en el profundo sentido de la palabra, cuya res-

puesta al reto no es una reacción, a un hombre así lo llaman ustedes "inactivo" y, por lo tanto, criminal. Pero, ¿es ese hombre el criminal? ¿*Está* inactivo? ¿No son ustedes los criminales, tanto el pacifista como el que porta un fusil? Por cierto, el criminal no es el hombre que dice: "No reaccionaré ante la guerra, de ningún modo", porque un hombre así no pertenece a ningún país, a ninguna religión, a ningún dogma; no tiene líder alguno, ni político ni religioso ni económico; no pertenece a ningún partido, porque todas ésas son reacciones; en consecuencia, ni es pacifista ni porta un fusil. Y a un hombre que no reacciona frente al reto, sino que *es* el reto, ustedes lo llaman "inactivo", lo consideran un ente inservible, ya que no encaja en ninguna de estas dos categorías. Toda la cosa es, obviamente, errónea, tanto el pacifismo como la portación de un fusil, porque son meras reacciones; y mediante la reacción ustedes jamás resolverán problema alguno. Resolverán el problema de la guerra únicamente cuando ustedes mismos sean el reto y no tan sólo una reacción.

Así pues, el hombre que porta un fusil no resuelve el problema, sólo lo incrementa, porque cada guerra genera otra guerra, lo cual es un hecho histórico. La primera guerra mundial generó la segunda guerra mundial, la segunda producirá la tercera, y así prosigue la cadena. Cuando uno lo ve, reacciona contra ello y dice: "Soy pacifista, no empuñaré un fusil, iré a prisión, sufriré por ello; tengo una causa por la cual actúo". El sufrimiento, el martirio, sigue siendo una reacción, y por eso, tampoco puede resolver el problema. Pero el hombre que no reacciona de ningún modo ante la guerra, ese hombre *es* el reto; él es, en sí mismo, el quebrantador de las viejas tradiciones, es la única entidad que puede resolver este problema.

Por eso es esencial que nos comprendamos a nosotros mismos: nuestro condicionamiento, la manera como hemos sido criados, como se nos educa, porque el gobierno, todo el sistema, es nuestra propia proyección. El mundo somos nosotros, el mundo no se halla separado de nosotros; el mundo con sus problemas se proyecta desde nuestras respuestas, desde nuestras reacciones, de modo que la solución no radica en generar nuevas reacciones. Sólo podrá haber una solución del problema, cuando haya acción que no sea una reacción; y eso es posible únicamente cuando comprendemos todo el proceso de respuesta a los estímulos, tanto de afuera como de adentro; o sea, que comprendemos la estructura de nuestro propio ser, a partir de la cual se forma la sociedad.

*Pregunta: Sabemos que el sexo es una necesidad física y psicológica ineludible, y parece ser una causa fundamental de caos en la vida personal de nuestra generación. Es un horror para las mujeres jóvenes que son víctimas de la lujuria masculina. La represión y la indulgencia son igualmente ineficaces. ¿Cómo podemos habérnoslas con este problema?*

KRISHNAMURTI: ¿Por qué convertimos en problema todo lo que tocamos? Hemos convertido a Dios en un problema, hemos convertido en un problema el amor, la relación, el vivir; y hemos hecho un problema del sexo. ¿Por qué?

¿Por qué es un problema, un horror todo lo que hacemos? ¿Por qué sufrimos? ¿Por qué ha llegado a ser un problema el sexo? ¿Por qué nos sometemos a este vivir con problemas, por qué no les ponemos fin? ¿Por qué no morimos para nuestros problemas, en vez de cargar con ellos día tras día, año tras año? El sexo es, sin duda, una cuestión relevante a la que contestaré ahora, pero hay una pregunta que es primordial: ¿Por qué convertimos a la vida en un problema? El trabajar, el sexo, el ganar dinero, el pensar, el sentir, el experimentar... ustedes saben, todo el asunto del vivir, ¿por qué es un problema? ¿No lo es, en esencia, porque siempre pensamos desde un punto de vista particular, fijo? Siempre estamos pensando desde un centro hacia la periferia, pero la periferia es el centro para la mayoría de nosotros; por eso, cualquier cosa que tocamos es superficial.

Pero la vida no es superficial; exige ser vivida de manera completa, y debido a que vivimos tan sólo superficialmente, sólo conocemos la reacción superficial. Cualquier cosa que hacemos en la periferia debe, inevitablemente, engendrar un problema, y ésa es nuestra vida: vivimos en lo superficial, y estamos satisfechos de vivir allí con todos los problemas de lo superficial. Por lo tanto, los problemas existen mientras vivimos en la superficie, en la periferia, siendo la periferia el "yo" y sus sensaciones, que pueden ser exteriorizadas o tornarse subjetivas, que pueden identificarse con el universo, con el país, o con alguna otra cosa elaborada por la mente. Así pues, en tanto vivamos dentro del campo de la mente, tiene que haber complicaciones, problemas; y eso es todo cuanto conocemos.

La mente es sensación; la mente es el resultado de sensaciones y reacciones acumuladas, y cualquier cosa que ella toca está obligada a crear desdicha, confusión, problemas inacabables. La mente es la verdadera causa de nuestros problemas, la mente que trabaja de manera mecánica noche y día, consciente o inconscientemente. La mente es algo muy, muy superficial, y hemos pasado generaciones, pasamos toda nuestra vida cultivando la mente, tornándola más y más ingeniosa, más y más sutil, más y más astuta, más y más deshonesta, más retorcida, todo lo cual se manifiesta en cada actividad de nuestra vida. La naturaleza misma de nuestra mente es ser deshonesta, retorcida, incapaz de afrontar los hechos; y ésa es la cosa que crea problemas, que *es* el problema mismo.

Y bien, ¿qué entendemos por el problema del sexo? ¿Es el acto, o es el pensamiento acerca del acto? Ciertamente, no es el acto. El acto sexual no es para ustedes un problema mayor de lo que puede serlo el comer; pero si piensan acerca del comer o de cualquier otra cosa a lo largo de todo el día porque no tienen nada más en qué pensar, eso se convierte para ustedes en un problema. (*Risas*). No se rían mirando a alguna otra persona; es la vida de cada uno de ustedes. Entonces, ¿es el acto sexual el problema, o lo es el pensamiento acerca del acto? Y ¿por qué piensan en él? ¿Por qué lo fortalecen, que es lo que evidentemente hacen? Los cines, las revistas, los cuentos, la manera como visten las mujeres, todo tiende a fortalecer el pensamiento acerca del sexo. Y ¿por qué lo fortalece la mente, por qué piensa en absoluto sobre el sexo? ¿Por qué, señoras y señores? Es el problema de ustedes. ¿Por

qué? ¿Por qué ha llegado a ser un problema central en sus vidas?

Habiendo tantas cosas que llaman, que exigen nuestra atención, concedemos atención completa al pensamiento sobre el sexo. ¿Qué sucede, por qué están nuestras mentes tan ocupadas con eso? Porque ése es un modo fundamental de escapar, ¿no es así? Es una manera de olvidarse completamente de uno mismo. Por el momento, al menos por el momento, podemos olvidarnos de nosotros mismos; y no hay otra manera de lograrlo. Todo lo demás que hacemos en la vida pone el acento en el "yo", en el "sí mismo". Nuestros negocios, nuestra religión, nuestros dioses, nuestros líderes, nuestras acciones políticas y económicas, nuestros escapes, nuestras actividades sociales, nuestro afiliarnos a un partido y rechazar otro... todo eso hace hincapié en el "yo" y lo fortalece.

Es decir, señores, existe para nosotros un solo acto que no acentúa el "yo", y por eso tal acto se convierte en un problema, ¿verdad? Cuando en nuestra vida hay una sola cosa capaz de servirnos como vía de escape fundamental, de completo olvido propio, aunque sea por unos cuantos segundos, nos aferramos a ella porque es el único momento en que somos felices. Toda otra cosa que tocamos se vuelve una pesadilla, una fuente de sufrimiento y pena, así que nos apegamos a esa única cosa que nos permite olvidarnos de nosotros mismos y a la que llamamos felicidad. Pero, cuando nos apegamos a ella, también se convierte en una pesadilla, porque entonces queremos librarnos de ella, no queremos que nos esclavice. La mente inventa, pues, la idea de la castidad, del celibato, y tratamos de ser castos, célibes, mediante la represión, la negación del sexo, la meditación, mediante toda clase de prácticas religiosas, todo lo cual son operaciones de la mente para separarse, desconectarse del hecho. Esto vuelve a hacer hincapié en el "yo", que trata de llegar a ser alguna cosa; de modo que otra vez estamos atrapados en el tormento, la aflicción, el esfuerzo y el dolor.

El sexo se convierte, pues, en un problema extraordinariamente difícil y complejo, en tanto no comprendamos a la mente que piensa acerca del problema. El acto en sí jamás puede ser un problema, sino que el pensamiento acerca del acto genera el problema. Protegemos el acto; vivimos de manera disoluta o nos complacemos en el matrimonio, convirtiendo así a nuestra esposa en una prostituta, todo lo cual es aparentemente muy respetable; y nos satisface dejar que las cosas sigan así. Por cierto, el problema podrá resolverse únicamente cuando comprendamos todo el proceso y la estructura del "yo" y "lo mío": mi esposa, mi hijo, mi propiedad, mi automóvil, mi logro, mi éxito; y hasta que comprendamos y resolvamos todo eso, el sexo seguirá siendo un problema.

Mientras seamos ambiciosos —política, religiosamente o de cualquier manera—, mientras pongamos el acento en el "yo", el pensador, el experimentador, alimentándolo a base de ambición, ya sea en nombre de uno mismo como individuo o en nombre del país, del partido o de una idea que llamamos religión, mientras exista esta actividad autoexpansiva, tendremos un problema sexual. Por un lado, estamos creando, alimentando, expandiendo el "sí mismo", y por el otro procuramos olvidarnos de nosotros mismos aunque sólo sea por un momento. ¿Cómo pueden ambas cosas existir juntas?

Nuestra vida es, por lo tanto, una contradicción: énfasis en el "yo", y olvido del "yo". El sexo no es un problema; el problema es esta contradicción en nuestra vida, y la contradicción no puede ser salvada por la mente, ya que la mente misma es una contradicción. Podremos comprender la contradicción sólo cuando comprendamos plenamente todo el proceso de nuestra existencia cotidiana. Ir al cine y observar a las mujeres en la pantalla, leer libros que estimulan el pensamiento, las revistas con sus fotos de semidesnudos, la manera que tienen ustedes de mirar a las mujeres, los ojos subrepticios que los atrapan... todas estas cosas alientan a la mente, por medios tortuosos, a acentuar el "yo"; y al mismo tiempo, tratan ustedes de ser benévolos, afectuosos, tiernos. Ambas cosas no pueden ir juntas. El hombre que es ambicioso, ya sea espiritualmente o de otra manera, jamás puede vivir sin un problema, porque los problemas cesan sólo con el olvido del "yo", cuando el "yo" no existe; y ese estado de inexistencia del "yo" no es un acto de la voluntad, no es una mera reacción. El sexo se vuelve una reacción, y cuando la mente trata de resolver el problema, sólo lo torna más confuso, más penoso, más doloroso.

De modo que el acto en sí no es el problema; el problema es la mente, la mente que dice que debe ser casta. La castidad no es de la mente. La mente sólo puede reprimir sus propias actividades, y la represión no es castidad. La castidad no es una virtud; la castidad no puede ser cultivada. El hombre que cultiva la humildad no es, por cierto, humilde; podrá llamar humildad a su orgullo, pero es un hombre orgulloso, y por eso busca volverse humilde. El orgullo jamás puede ser humilde, y la castidad no pertenece a la mente; uno no puede "llegar a ser" casto. Conocerá la castidad sólo cuando haya amor, y el amor no es cosa de la mente.

Así pues, el problema del sexo, que tortura a tantas personas en todo el mundo, no podrá ser resuelto hasta que no comprendamos a la mente. No podemos poner fin al pensar, pero el pensamiento llega a su fin cuando cesa el pensador, y el pensador cesa sólo cuando hay comprensión de todo el proceso. El miedo surge cuando hay división entre el pensador y su pensamiento; cuando no hay pensador, únicamente entonces, no existe conflicto alguno en el pensamiento. Lo implícito no requiere esfuerzo para ser comprendido. El pensador nace por obra del pensamiento; entonces el pensador se afana por moldear, controlar sus pensamientos o por ponerles fin. El pensador es una entidad ficticia, una ilusión de la mente. Cuando comprendemos el pensamiento, cuando lo comprendemos como un hecho, no hay necesidad de pensar acerca del hecho. Si hay una percepción alerta simple y sin opciones, aquello que está implícito en el hecho, comienza a revelarse. Por lo tanto, el pensamiento como hecho, se termina. Entonces verán ustedes que los problemas que devoran sus mentes y sus corazones, los problemas de nuestra estructura social, pueden ser resueltos.

El sexo deja, entonces, de ser un problema; tiene su lugar apropiado, no es algo impuro ni puro. El sexo tiene su lugar, pero cuando la mente le da el lugar predominante, se vuelve un problema. La mente le da el lugar predominante,

porque no puede vivir sin algo de felicidad, y así el sexo se convierte en un problema; pero cuando la mente comprende todo su propio proceso y, de ese modo, llega a su fin, o sea, cuando cesa el pensar, hay creación, y esa creación es la que nos hace felices. Hallarse en ese estado de creación, es bienaventuranza, porque es olvido de uno mismo en el que no hay reacción como la que surge del "yo". Ésta no es una respuesta abstracta al problema cotidiano del sexo; es la única respuesta. La mente niega el amor, y sin amor no hay castidad. Ustedes han convertido al sexo en un problema, porque no hay amor.

*Pregunta: El amor, tal como lo experimentamos, es una fusión entre dos personas, o entre los miembros de un grupo; es excluyente, y en él hay tanto pena como alegría. Cuando usted dice que el amor es lo único que resuelve los problemas de la vida, está dando a la palabra "amor" una connotación que nosotros apenas si hemos experimentado. ¿Puede un hombre común como yo conocer alguna vez el amor en el sentido que usted le da?*

KRISHNAMURTI: Señor, todos pueden conocer el amor, pero usted podrá conocerlo tan sólo cuando sea capaz de mirar los hechos muy claramente, sin resistencia, sin justificación, sin disculparlos con explicaciones; sólo mire las cosas con atención, obsérvelas clara y minuciosamente.

Ahora bien, ¿qué es eso que llamamos amor? El interlocutor dice que es excluyente y que en él conocemos la pena y la alegría. ¿Es excluyente el amor? Lo descubrimos al examinar lo que llamamos amor, lo que el así llamado hombre común llama amor. No hay "hombre común". Sólo existe el hombre, que somos ustedes y yo. El "hombre común" es una entidad ficticia inventada por los políticos. Sólo existe el hombre, el hombre que se debate en el dolor, la pena, la ansiedad y el miedo. Ahora bien, ¿qué es nuestra vida? Para descubrir qué es el amor, comencemos con lo conocido. ¿Qué es nuestro amor? En medio del dolor y el placer, sabemos que es excluyente, personal: mi esposa, mis hijos, mi país, mi Dios. Sabemos que es una llama en medio del humo; lo conocemos a través de los celos, de la dominación, de la posesión; lo conocemos a causa de la pérdida cuando la otra persona se ha ido. Conocemos, pues, el amor como sensación, ¿no es así? Cuando decimos que amamos, conocemos los celos, el miedo, la ansiedad. Todo eso está implicado cuando decimos que amamos a alguien: la envidia, el deseo de poseer, el deseo de ser dueño de alguien, de dominar, el miedo a la pérdida, etcétera.

Todo esto es lo que llamamos amor, y no conocemos el amor sin miedo, sin envidia, sin posesión; tan sólo verbalizamos ese otro estado de amor que está libre de miedo; lo llamamos impersonal, puro, divino, o Dios sabe qué más, pero el hecho es que somos celosos, dominadores, posesivos. Conoceremos ese otro estado de amor únicamente cuando lleguen a su fin los celos, la envidia, el afán posesivo, la dominación; mientras poseamos, jamás podremos amar. La envidia, la posesión, el odio, el deseo de dominar a la persona

o la cosa que llamo "mía", el deseo de poseer y ser poseído... todo es el proceso de pensamiento, ¿no es así? Y ¿es amor un proceso de pensamiento? ¿Es amor una cosa de la mente? De hecho, para la mayoría de nosotros lo es. No digan que no lo es, no tiene sentido decir eso. No nieguen el hecho de que el amor de ustedes es una cosa de la mente. Lo es, sin duda alguna. De lo contrario, no poseerían, no dominarían, no dirían: "Eso es mío". Y puesto que lo dicen, el amor de ustedes es cosa de la mente y, por lo tanto, es un proceso del pensamiento.

Podemos pensar en la persona que amamos, pero el pensar acerca de esa persona, ¿es amor? ¿Cuándo pensamos en la persona amada? Pensamos en ella cuando se ha ido, cuando está lejos, cuando nos ha dejado. Pero cuando ya no nos inquieta, cuando uno puede decir "es mía", no tenemos que pensar en ella. No tenemos que pensar en nuestros muebles; forman parte de nosotros, lo cual es un proceso de identificación a fin de no vernos perturbados, para evitar dificultades, ansiedad, dolor. Echamos, pues, de menos a la persona que decimos amar, sólo cuando estamos perturbados, cuando sufrimos; y en tanto poseemos a esa persona no tenemos que pensar en ella, porque en la posesión no hay perturbaciones. Pero cuando la posesión se ve alterada, uno comienza a pensar, y entonces dice: "Amo a esa persona". Así pues, ese amor es tan sólo una reacción de la mente, lo cual implica que nuestro amor no es sino una sensación, y una sensación no es, por cierto, amor. ¿Piensan ustedes en la persona cuando están cerca de ella, señoras y señores? Cuando poseen, cuando retienen y dominan y controlan, cuando pueden decir: "Ella es mía", o "Él es mío", no hay problema. En tanto estén seguros en su posesión, no hay problema, ¿verdad? Y la sociedad, todo cuando han erigido en torno de ustedes, les ayuda a poseer de modo tal que no se vean perturbados, que no piensen acerca de ello. El pensar surge cuando están perturbados, y es inevitable que estén perturbados en tanto piensen en lo que llaman "amor".

El amor no es, por cierto, una cosa de la mente, y debido a que las cosas de la mente han llenado nuestros corazones, carecemos de amor. Las cosas de la mente son los celos, la envidia, la ambición, el deseo de ser alguien, de lograr el éxito. Estas cosas de la mente llenan nuestros corazones, y entonces decimos que amamos, pero ¿cómo podemos amar cuando llevamos en nosotros todos estos elementos confusos? Cuando hay humo, ¿cómo puede haber una llama pura? El amor no es cosa de la mente, y el amor es la única solución para nuestros problemas. El hombre que ha acumulado dinero o conocimientos, jamás podrá conocer el amor, porque ese hombre vive con las cosas de la mente; sus actividades son de la mente, y todo cuanto toca lo convierte en un problema, una confusión, una desdicha.

Por lo tanto, lo que llamamos nuestro amor, es una cosa de la mente. Mírense a sí mismos, señoras y señores, y verán que lo que digo es verdadero; de otro modo, nuestras vidas, nuestras relaciones serían por completo diferentes; tendríamos una nueva sociedad. Nos ligamos a otra persona, no por verdadera unión, sino a través de un contrato que llamamos amor, matrimonio. El

amor no se fusiona, no se adapta, no es personal ni impersonal; es un estado del ser. El hombre que desea fusionarse con algo más grande, unirse a otra persona, está eludiendo la confusión, la desdicha; pero la mente sigue en estado de separación, que es desintegración.

El amor no conoce ni la fusión ni la dispersión; no es personal ni impersonal; es un estado del ser que la mente no puede encontrar; puede describirlo, definirlo, darle un nombre, pero la palabra, la descripción, no es amor. Sólo cuando la mente esté quieta conocerá el amor, y ese estado de quietud no es cosa que pueda cultivarse. El cultivo sigue siendo la actividad de la mente, lo mismo que la disciplina; y una mente disciplinada, controlada, sometida, una mente que resiste, que lo explica todo, no puede conocer el amor. Uno puede leer, puede escuchar lo que se dice acerca del amor, pero eso no es amor. Sólo cuando descartamos las cosas de la mente, cuando nuestros corazones se han vaciado de las cosas de la mente, hay amor. Entonces sabremos qué es amar sin separación, sin distancia, sin tiempo, sin miedo; y eso no está reservado para unos pocos. El amor no conoce jerarquías; sólo existe el amor. Únicamente cuando no amamos, están los muchos y el uno, el estado de exclusividad. Cuando uno ama, señor, no existen ni el "tú" ni el "yo"; en ese estado sólo existe una llama sin humo.

Ya son las siete y media, y hay una pregunta más. ¿Quieren que la conteste? ¿No están cansados?

> *Pregunta: El interrogante acerca de qué es la verdad, es antiguo y nadie ha respondido a él de manera concluyente. Usted habla de la verdad, pero nosotros no vemos sus experimentos o esfuerzos para alcanzarla, tal como los vimos en las vidas de seres como el Mahatma Gandhi y la Dra. Besant. Su agradable personalidad, su cautivadora sonrisa y su tierno afecto, es todo cuanto vemos. ¿Tendría a bien explicar por qué hay una diferencia semejante entre su vida y la vida de otros buscadores de la verdad? ¿Hay dos verdades?*

KRISHNAMURTI: ¿Necesitan ustedes pruebas? Y ¿mediante qué patrón de medida será juzgada la verdad? Están los que dicen que el esfuerzo y el experimento son necesarios para la verdad, pero ¿ha de alcanzarse la verdad por medio del esfuerzo, de la experimentación, del ensayo y el error? Están aquellos que luchan y hacen valientes esfuerzos, los que se afanan de manera espectacular, ya sea públicamente o quietamente dentro de cavernas... ¿Encontrarán ellos la verdad? ¿Es la verdad algo para ser descubierto mediante el esfuerzo? ¿Hay un sendero hacia la verdad, el sendero de ustedes y mi sendero, el sendero de aquel que realiza el esfuerzo y el de quien no lo realiza? ¿Hay dos verdades? ¿Tiene la verdad muchos aspectos?

Ahora bien, éste es un problema suyo, no es mi problema; y su problema es el siguiente: Usted dice: "Ciertas personas —dos o varias o cientos— han hecho esfuerzos, han luchado, han buscado la verdad, mientras que usted no

hace ningún esfuerzo, lleva una vida afable, recatada". Por consiguiente, usted desea comparar, es decir, tiene un patrón de medida, tiene una imagen de sus líderes que han luchado para alcanzar la verdad. Y cuando viene algún otro que no encaja en su armazón, se desconcierta y pregunta: "¿Cuál es la verdad?". Está desconcertado; eso es lo importante, señor, no si yo tengo la verdad o si alguna otra persona tiene la verdad. Lo que importa es averiguar si uno puede descubrir la realidad por medio del esfuerzo, de la voluntad, de la lucha. ¿Trae comprensión eso? Por cierto, la verdad no es algo distante, la verdad se encuentra en las pequeñas cosas de la vida cotidiana, en cada palabra, en cada sonrisa, en cada relación, sólo que no sabemos verla; y el hombre que intenta hallarla, que lucha valientemente, que se disciplina, que se controla, ¿verá la verdad? la mente que ha sido disciplinada, controlada, limitada por el esfuerzo, ¿verá la verdad? Obviamente no.

Sólo la mente silenciosa verá la verdad, no la mente que se esfuerza por verla. Señor, ¿prestará atención a lo que digo si hace un esfuerzo para atender? Uno comprende sólo cuando está quieto, cuando está realmente silencioso. Si usted observa atentamente, si escucha con serenidad, se enterará de lo que digo; pero si está tenso, si se esfuerza por captar todo lo que estoy diciendo, su energía se disipará en el esfuerzo, en la tensión. De modo que no encontrará la verdad por medio del esfuerzo; no importa quién lo dice, si los libros antiguos, los santos antiguos o los modernos. El esfuerzo es la negación misma de la comprensión, y sólo la mente quieta, la mente sencilla, silenciosa, no agobiada por sus propios esfuerzos, comprenderá, verá la verdad. La verdad no es algo lejano, y no hay sendero alguno hacia ella —ni "su" sendero ni "mi" sendero—; no hay sendero devocional, no hay sendero de conocimiento o sendero de acción, porque la verdad carece de senderos que conduzcan hacia ella. Tan pronto tenemos un sendero hacia la verdad, la dividimos, porque el sendero es excluyente, y lo que excluye en el comienzo mismo, terminará en la exclusión. El hombre que sigue un sendero, jamás conocerá la verdad, porque está viviendo en la exclusión; sus medios son excluyentes, y los medios son el fin, no están separados del fin. Si los medios son excluyentes, el fin también lo es.

No hay, pues, sendero hacia la verdad, y no hay dos verdades. La verdad no es del pasado ni del presente, es intemporal; y el hombre que cita la verdad del Buda, de Shankara, de Cristo, o el que se limita a repetir lo que yo digo, no encontrará la verdad, porque la repetición no es la verdad. La repetición es una mentira. La verdad es un estado del ser que surge cuando la mente, que busca dividir, excluir, que puede pensar sólo en función de resultados, de logros, ha llegado a su fin. Sólo entonces existirá la verdad. La mente que se esfuerza, que se disciplina a fin de alcanzar un objetivo, no puede conocer la verdad, porque el objetivo es su propia proyección, y el seguir esa proyección, por noble que sea, es una forma de egolatría. Un ser así se está rindiendo culto a sí mismo; por consiguiente, no puede conocer la verdad. La verdad puede conocerse sólo cuando comprendemos todo el proceso de la mente, o sea, cuando no hay esfuerzo alguno.

La verdad es un hecho, y el hecho puede ser comprendido únicamente cuando eliminamos las diversas cosas que han sido colocadas entre la mente y el hecho. El hecho es nuestra relación con la propiedad, con nuestra esposa, con los seres humanos, la naturaleza, las ideas; y mientras no comprendamos el hecho de la relación, nuestra búsqueda de Dios tan sólo incrementará la confusión en que vivimos, porque esa búsqueda es una sustitución, un escape y, por ende, no tiene sentido. En tanto usted domine a su esposa o ella lo domine, en tanto posea y sea poseído, no podrá conocer el amor; en tanto reprima, sustituya, en tanto sea ambicioso, no podrá conocer la verdad. Negar la ambición no hace que la mente esté en calma; la virtud no es la negación del mal. La virtud es un estado de libertad, de orden, que el mal no puede dar, y la comprensión respecto del mal es el establecimiento de la virtud. La persona que, con el dinero que ha ganado mediante la explotación, el engaño, la astucia, la traición, edifica iglesias o templos en el nombre de Dios, no conocerá la verdad; su lenguaje podrá ser dulce, pero su lengua es amarga con el sabor de la explotación, del sufrimiento ajeno.

Sólo conocerá la verdad aquel que no busca, que no se esfuerza tratando de lograr un resultado. La mente misma es un resultado, y todo lo que produce sigue siendo un resultado; pero el hombre que se contenta con *lo que es*, conocerá la verdad. El contentamiento no implica estar satisfecho con el statu quo, manteniendo las cosas tal como están; eso no es contentamiento. El contentamiento, que es virtud, consiste en ver un hecho fielmente y estar libre de él. La verdad no es continua; no tiene lugar de residencia; puede ser vista sólo de instante en instante. La verdad es siempre nueva y, por lo tanto, intemporal. Lo que fue verdad ayer no es verdad hoy; lo que es verdad hoy no es verdad mañana. La verdad carece de continuidad. La mente es la que quiere hacer continua la experiencia que ella llama verdad, y una mente así no conocerá la verdad. La verdad es siempre nueva; es ver la misma sonrisa y ver esa sonrisa de un modo nuevo, ver la misma persona y verla de un modo nuevo, ver de un modo nuevo las palmeras ondulantes, enfrentarse de un modo nuevo a la vida. La verdad no puede ser hallada en los libros ni por medio de la devoción ni por la autoinmolación; demos con la verdad cuando la mente es libre, cuando está quieta. Y esa libertad, esa quietud de la mente adviene sólo cuando comprendemos los hechos que conciernen a sus relaciones. Si no comprende sus relaciones, cualquier cosa que la mente haga solo creará más problemas. Pero cuando la mente está libre de todas sus proyecciones, hay un estado de quietud en el que cesan los problemas, y sólo entonces revela su existencia lo intemporal, lo eterno. Entonces la verdad no es una cuestión de conocimiento, ni es cosa para ser recordada ni repetida ni impresa y propalada. La verdad es aquello *que es*; es innominada y, por eso, la mente no puede abordarla.

*12 de marzo de 1950*

## SEXTA PLÁTICA EN BOMBAY

Esto va a resultar más bien difícil, y espero que aquellos que entienden el inglés tengan la paciencia de escuchar el marathi.

Debe ser bastante obvio para la mayoría de nosotros, que es indispensable originar en el mundo una clase diferente de pensamiento y acción, y eso requiere una observación muy cuidadosa de nosotros mismos, no mero análisis, sino una investigación muy profunda de las actividades de cada uno. Los problemas de nuestra existencia cotidiana son numerosos, y no tenemos los medios ni la capacidad de habérnoslas con ellos; y como nuestras vidas son tan opacas, torpes y estúpidas, procuramos escapar de ellas, ya sea por vía intelectual o mística. En lo intelectual, nos volvemos cínicos, ingeniosos y muy instruidos; en lo místico, tratamos de desarrollar ciertos poderes o de seguir a algún gurú, esperando con ello embellecer nuestros corazones y dar más sabor a nuestra vida. O, al advertir la monotonía de nuestra existencia y la implicancia de nuestros problemas, y viendo que éstos siempre aumentan y se multiplican, pensamos que para producir un cambio fundamental, no podemos actuar como individuos, sino que debemos actuar en masa, colectivamente. Creo que es un gran error decir que nuestros problemas han de ser resueltos mediante la acción colectiva o de masas. Consideramos que la acción individual es de muy poca importancia y no tiene cabida por ser los problemas tan vastos, tan complejos, tan exigentes; por lo tanto, recurrimos a la acción colectiva o de masas. Pensamos que, si ustedes y yo actuáramos individualmente, ello tendría muy poco efecto, de modo que nos adherimos a los movimientos de masas y tomamos parte en la acción colectiva. Pero si examinamos con mucha atención la acción colectiva veremos que se basa, de hecho, en ustedes y en mí. Al parecer, consideramos que la acción de masas es la única acción efectiva porque puede producir un resultado, pero olvidamos que la acción individual es mucho más efectiva, porque la masa está compuesta de muchos individuos, no es una entidad independiente, no es distinta ni está separada de ustedes y de mí.

Así pues, lo importante es comprender que cualquier acción creadora y claramente efectiva, sólo puede tener origen en individuos, o sea, en cada uno de nosotros. La acción de masas es, en realidad, una invención del político, ¿no es así? Es una actividad ficticia en la que no hay pensamiento y acción independientes por parte del individuo. Si miramos la historia, vemos que todos los grandes movimientos que derivaron en una acción colectiva, comenzaron con individuos como ustedes y yo, individuos capaces de pensar muy claramente y de ver las cosas tal como son; esos individuos, gracias a su comprensión, invitan a otros, y entonces hay una acción colectiva. Al fin y al cabo, lo colectivo está compuesto de individuos, y sólo la respuesta del individuo puede generar un cambio fundamental en el mundo; pero cuando el individuo no ve su responsabilidad, la proyecta sobre lo colectivo, y lo colectivo es, en-

tonces, utilizado por el hábil político, o por el hábil líder religioso. Mientras que, si vemos que ustedes y yo somos responsables por el cambio en las condiciones del mundo, entonces el individuo se vuelve extraordinariamente importante y no un mero instrumento, una herramienta en manos de otro.

De modo que cada uno de nosotros, el individuo, forma parte de la sociedad, no se halla separado de la sociedad; lo que es uno, eso es la sociedad. Aunque la sociedad pueda constituir una entidad aparte de nosotros, nosotros la hemos creado; por lo tanto, sólo nosotros podemos cambiarla. Pero, en vez de comprender nuestra responsabilidad, como individuos, en lo colectivo, nos volvemos cínicos, intelectuales o místicos; eludimos nuestra responsabilidad individual respecto de una acción definida, que debe ser revolucionaria en el sentido fundamental del concepto; y mientras los individuos, que somos ustedes y yo, no nos sintamos responsables por la completa transformación de la sociedad, la sociedad seguirá siendo tal como es.

Olvidamos, al parecer, que el problema del mundo es el problema del individuo, que los problemas del mundo los creamos ustedes y yo como individuos. Los problemas de la guerra, del hambre, de la explotación, y todos los otros innumerables problemas a que se enfrenta cada uno de nosotros, se originan en ustedes y en mí, y mientras no nos comprendamos a nosotros mismos en todos los niveles, mantendremos el estado de corrupción de la actual sociedad. Por consiguiente, antes de que podamos cambiar la sociedad, debemos comprender en qué consiste toda nuestra estructura: la manera como pensamos, como actuamos, las modalidades de nuestra relación con las personas, las ideas y las cosas. La revolución en la sociedad debe comenzar con la revolución en nuestro propio pensar y actuar. Si queremos dar origen a una transformación radical en la sociedad, es de primordial importancia que nos comprendamos a nosotros mismos, y la comprensión respecto de uno mismo es conocimiento propio.

Ahora bien, nosotros hemos convertido el conocimiento propio en algo extraordinariamente difícil y remoto. Las religiones han hecho que el conocimiento propio sea muy místico, abstracto y lejano, pero si lo miramos más de cerca, veremos que el conocimiento propio es muy sencillo y exige simple atención en nuestras relaciones; y es esencial si ha de haber una revolución fundamental en la estructura de la sociedad. Si yo, el individuo, no comprendo las modalidades de mi propio pensamiento y de mis actividades cotidianas, el mero producir una revolución superficial en la estructura externa de la sociedad, es crear más confusión y desdicha. Si no me conozco a mí mismo, si sigo a otro sin conocer todo el proceso de mi propio pensar y sentir, es obvio que seré conducido a más desorden, a más desastres.

Al fin y al cabo, la vida es relación; sin relación no hay posibilidad de vida. No existe el vivir en aislamiento, porque el vivir es un proceso de relación, y la relación no lo es con abstracciones; es nuestra relación con la propiedad, con las personas, con las ideas. En la relación nos vemos tal como somos, cualquier cosa que seamos, feos o hermosos, sutiles o groseros. En el espejo de

la relación vemos con exactitud cada nuevo problema, la estructura total y precisa de nosotros mismos. Debido a que pensamos que no podemos modificar de manera fundamental nuestra relación, procuramos escapar a través del intelecto o del misticismo, y este escape sólo crea más problemas, más confusión, más desastres. Pero, si en vez de escapar, miramos nuestra vida tal como se expresa en la relación, y comprendemos toda la estructura de esa relación, existe entonces una posibilidad de ir más allá de aquello que se encuentra muy cerca. Para llegar muy lejos debemos empezar, no hay duda, muy cerca, pero empezar cerca es muy difícil para la mayoría de nosotros, porque queremos escapar de *lo que es*, del hecho de lo que somos.

Sin comprendernos a nosotros mismos, no podemos ir lejos; y estamos en interrelación constante, no hay existencia alguna sin relación. La relación es, pues, lo inmediato, y para ir más allá de lo inmediato, es indispensable comprender la relación. Pero preferimos examinar lo que está muy lejos, eso que llamamos Dios o la verdad, antes que originar una revolución fundamental en nuestras relaciones, y este escape hacia Dios o la verdad es completamente ficticio, irreal. La relación es lo único que tenemos, y sin comprender esa relación, jamás podremos descubrir qué es la realidad, qué es Dios. De modo que, para originar un cambio completo en la estructura social, en la sociedad, el individuo debe depurar su relación, y esa depuración de las relaciones es el principio de su propia transformación.

Voy a contestar algunas de las preguntas que me han entregado. Ahora bien, al considerar estas preguntas, no daré ninguna conclusión definida, ninguna respuesta terminante, porque lo esencial es descubrir la verdad del problema, y la verdad no está en la respuesta sino en el problema mismo. Casi todos estamos acostumbrados a repetir lo que nos han dicho, a recitar algo que hemos aprendido de un libro, y entonces, al formular preguntas, esperamos respuestas que encajen en nuestras particulares maneras de pensar. Creemos que hemos comprendido los problemas de la vida citando algún libro sagrado, lo cual nos convierte en meros discos de fonógrafo, y si la canción no es la misma, nos sentimos perdidos. Tanto la persona que se titula religiosa como la que se titula no creyente, ambas son máquinas de repetición. No son ni religiosas ni revolucionarias; no hacen sino repetir una fórmula, y la repetición no lo convierte a uno en una persona religiosa o revolucionaria. Al considerar, pues, estas preguntas, viajemos juntos e investiguemos plena y extensamente el problema, no nos limitemos a mirarlo desde afuera.

*Pregunta: La libertad política no nos ha traído todavía una fe y una felicidad nuevas. En todas partes encontramos cinismo, hostilidad comunal y lingüística, y odio de clases. ¿Cuál es su diagnóstico y su remedio para esta trágica situación?*

KRISHNAMURTI: Señor, éste no es sólo un problema en la India, sino que es un problema en todo el mundo. Es un problema mundial, no tan sólo

indio. Ahora bien, uno de los factores de desintegración surge cuando la gente se divide en grupos comunales, lingüísticos o seccionales. Pensamos, al parecer, que gracias al nacionalismo seremos capaces de resolver nuestros problemas, pero el nacionalismo, por ampliamente extendido que esté, es una exclusión; sigue siendo separatismo, y donde hay separatismo hay desintegración. Aunque al comienzo se muestre lleno de promesas, esperanzas, júbilo y expectativas, el nacionalismo se convierte en un veneno, como pueden verlo en este país; y eso es exactamente lo que sucede en todos los países. ¿Cómo puede haber unidad cuando hay exclusión? Unidad implica no separación en hindúes y musulmanes. La unidad es destruida cuando se vuelve excluyente, cuando se limita a un grupo en particular. La unidad no es lo opuesto de la exclusión; es la integración interna de todo el ser individual en sí mismo, no su mera identificación con un determinado grupo o una sociedad en especial.

¿Por qué son ustedes nacionalistas? ¿Por qué pertenecen a determinada clase? ¿Por qué este énfasis en un nombre? Examinemos este proceso de identificación con un país, con un pueblo, con un grupo lingüístico, etc. ¿Por qué se llaman a sí mismos hindúes? ¿Por qué se define uno como indio, gujarathi, o lo que fuere? ¿No es, acaso, porque al identificarse con algo más grande, se siente más grande uno mismo? En nosotros mismos no somos nadie, somos áridos, vacíos, huecos y, al identificarnos con algo más grande llamado India, Inglaterra, o algún otro país, creemos que nos hemos vuelto más importantes. Así, cuando nos titulamos nacionalistas, el hecho de identificarnos con un país en particular denota, es obvio, que internamente somos vacíos, torpes, áridos, desagradables; y, al identificarnos con algo más grande, no hacemos sino escapar de lo que somos. Una identificación semejante debe, por fuerza, conducirnos a la desintegración porque, como individuos somos la base de toda sociedad, y si somos deshonestos en nuestro propio pensar, la sociedad que producimos o que proyectamos hacia el exterior, tendrá su fundamento en la deshonestidad y carecerá de toda realidad esencial. Y los hábiles políticos o líderes religiosos, usan el nacionalismo como un medio de producir un resultado que es artificial, porque en él no hay comprensión de toda la estructura del pensamiento y sentimiento humanos.

Pensamos, al parecer, que habiendo conquistado la independencia nacional, hemos alcanzado la libertad. No es así; la libertad no llega mediante la mera independencia política. Llega cuando hay felicidad. El mero canje de una burocracia blanca por una burocracia morena, no nos hace libres, ¿verdad? Seguimos siendo el explotador y el explotado; seguimos cargando con los hábiles políticos y los innumerables líderes que intentan llevarnos Dios sabe a qué. El nacionalismo es como un veneno que trabaja sutilmente, y antes de que sepamos lo que sucede, nos hallamos en medio de una guerra. Los gobiernos soberanos con su nacionalismo y sus fuerzas armadas, tienen que conducirnos a la guerra; y evitar la guerra no es convertirnos en meros pacifistas o adherirnos a movimientos antibélicos, sino comprender toda nuestra propia estructu-

ra de entidades humanas, de individuos en relación unos con otros, relación que constituye la sociedad.

Así pues, comprendernos a nosotros mismos es mucho más importante que definirnos con un nombre. Un nombre es fácilmente explotado, pero si nos comprendemos a nosotros mismos, nadie puede explotarnos. El nacionalismo produce siempre guerra, y el problema no va a resolverse originando más nacionalismo, lo cual no implica sino eludir el hecho y extender el mismo veneno; el problema se resolverá liberándonos del nacionalismo, del sentido de pertenencia a determinado grupo, a determinada clase o sociedad.

*Pregunta: ¿Pueden comprender su mensaje las personas hambrientas e ignorantes de este país? ¿Cómo puede este mensaje tener sentido o significación alguna para ellas?*

KRISHNAMURTI: El problema del hambre y del desempleo no existe solamente en este país, aunque esté mucho más agravado aquí; es un problema que existe en todas partes del mundo. Tiene causas definidas, y hasta que comprendamos esas causas, el limitarnos a arañar la superficie no dará ningún resultado. Una de las causas es el nacionalismo, otra son los gobiernos soberanos separados. Hay conocimientos científicos suficientes como para originar condiciones tales que la gente en todo el mundo tenga alimento, ropa y vivienda. ¿Por qué no se hace? ¿No es, acaso, porque reñimos acerca de sistemas? Al darnos cuenta de que hay hambre y desocupación en el mundo, recurrimos a sistemas y fórmulas que permiten un futuro mejor, ¿no han notado nunca que los que tienen un sistema para la solución del desempleo y el hambre están siempre disputando con otro sistema? De este modo, los sistemas adquieren mucha más importancia que la propia solución del problema del hambre. El hecho del hambre jamás podrá ser resuelto por una idea, porque las ideas sólo producirán más conflicto, más oposición, pero los hechos nunca pueden producir oposición. Hay hambre y desempleo en este país y en todo el mundo, y al ver el problema, lo abordamos con una idea acerca del problema. Así la idea, la teoría, el sistema, se vuelven mucho más importantes que el hecho. Es decir, nos apartamos del hecho y nos inclinamos hacia una teoría, una idea, una creencia acerca del hecho, y en torno de la creencia se forman grupos, y estos grupos combaten entre sí y se liquidan unos a otros, mientras que el hecho permanece. (*Risas*). Lo importante es la comprensión del hecho, no una idea acerca del hecho, y la comprensión no depende de la idea. La idea es tan sólo una fabricación de la mente, pero la comprensión no es un resultado de la mente.

Tenemos bastante inteligencia y capacidad y conocimientos como para resolver el hecho del hambre y del desempleo, pero lo que nos impide resolverlo es nuestra idea acerca de la solución. El hecho está ahí, y hemos elaborado diversos enfoques del hecho; está el enfoque del yogui, el del comisario político, el del capitalista, el del socialista, etc. Ahora bien, ¿puede el hecho

ser captado mediante un enfoque en particular? Es obvio que un enfoque en particular tiene que impedir la comprensión del hecho. Por eso, el hecho del hambre y el desempleo podrá ser resuelto sólo cuando la idea, la creencia, no interfieran con la comprensión de ese hecho. Eso significa, ¿no es así?, que ustedes, al formar parte de la sociedad, deben estar libres del nacionalismo, libres de la creencia en una religión determinada, libres de la identificación con una idea o un grupo en particular. La solución de este problema no se encuentra, pues, en manos del comisario político o del yogui, sino en manos de cada uno de nosotros, porque lo que somos es lo que impide la solución de todos estos problemas. Si somos nacionalistas, si pertenecemos a una determinada clase o casta, si tenemos estrechas tradiciones religiosas, es obvio que estamos obstruyendo el bienestar del hombre.

*Pregunta: ¿No se opone usted al matrimonio como institución?*

KRISHNAMURTI: Tengan la bondad de escuchar cuidadosa e inteligentemente; no se limiten a oponerse o a resistir. Es muy fácil estar contra algo, y es muy tonto resistir algo sin comprenderlo. Ahora bien, la familia es exclusiva, ¿verdad? Es un proceso de identificación con lo particular, y cuando la sociedad se basa en esta idea de la familia como una unidad exclusiva en oposición a otras unidades exclusivas, una sociedad semejante produce, inevitablemente, violencia. Usamos a la familia como un medio de seguridad para nosotros mismos, para el individuo; y donde hay búsqueda de seguridad individual, de felicidad individual, tiene que haber exclusión. Esta exclusión es llamada "amor", y en esa así llamada familia o en el estado matrimonial, ¿hay realmente amor? Y bien, examinemos qué es la familia, qué es de hecho, y no nos aferremos a ninguna teoría al respecto. No estamos considerando el ideal de lo que ella debería ser, así que examinemos qué es, exactamente, la familia tal como la conocemos.

Entendemos por familia nuestra esposa y nuestros hijos, ¿no es así? Es una unidad en oposición a otras unidades, y en esa unidad el importante es usted, no su esposa, no sus hijos o la sociedad, sino usted en busca de su seguridad propia, en busca de nombre, posición, poder, tanto dentro como fuera de la familia. Usted domina a su esposa, la tiene subordinada; usted es el hacedor y el dispensador del dinero, y ella es su cocinera y la que da a luz a sus hijos. Así es como crean ustedes la familia, esa unidad exclusiva opuesta a otras unidades exclusivas; se multiplican por millones y reproducen una sociedad en la que la familia es una unidad excluyente, autoaisladora, separativa, antagónica y opuesta a otras. Todas las revoluciones sociales tratan de abolir la familia, pero fracasan invariablemente, porque el individuo está buscando todo el tiempo su propia seguridad por medio del aislamiento, la exclusión, la ambición y el dominio sobre los demás. En consecuencia, la familia que ustedes han creado como una unidad separativa, se convierte en un peligro para lo colectivo, que es también el resultado del individuo; por lo tanto, no

puede haber reforma en lo colectivo mientras uno mismo, el individuo, sea excluyente y autoaislador en todas sus acciones, limitando su interés a su propia persona.

Ahora bien, este proceso de exclusión no es, ciertamente, amor. El amor no es una creación de la mente. El amor no es personal, impersonal o universal; esas palabras son sólo de la mente. El amor es algo que no puede ser comprendido en tanto persiste el pensamiento, que es excluyente. El pensamiento, que es la reacción de la mente, jamás puede comprender qué es el amor; el pensamiento siempre excluye, separa, y cuando trata de describir el amor, debe necesariamente encerrarlo en palabras, que también son excluyentes. La familia, tal como la conocemos, es la invención de la mente; por lo tanto, es exclusiva, es un proceso de expansión del "sí mismo", del "yo", el cual es un resultado del pensamiento. Y en la familia, a la que nos aferramos con tanta constancia y desesperación, no hay, ciertamente, amor, ¿verdad? Usamos esa palabra *amor*; creemos que amamos, pero en realidad no amamos. Decimos que amamos la verdad, que amamos a nuestra esposa, a nuestro marido, a los hijos; pero esa palabra está rodeada por el humo de los celos, la envidia, la opresión, la dominación y la batalla constante. Así, la familia se convierte en una pesadilla, es un campo de batalla entre los dos sexos y, por ende, la familia se opone invariablemente a la sociedad. La solución radica no en la legislación destinada a destruir la familia, sino en nuestra propia comprensión del problema, y el problema es comprendido y, en consecuencia, llega a su fin, únicamente cuando hay verdadero amor. Cuando las cosas de la mente no llenen el corazón, cuando no predominen la ambición individual, el éxito y el logro personales, cuando éstos no tengan cabida en el corazón, entonces conoceremos el amor.

*Pregunta: ¿Por qué trata usted de debilitar nuestra creencia en Dios y en la religión? ¿No es, acaso, necesaria cierta fe para el empeño espiritual, tanto individual como colectivo?*

KRISHNAMURTI: ¿Por qué necesitamos la fe, la creencia? Si lo observan, ¿no es la creencia uno de los factores que separan al hombre del hombre? Uno cree en Dios, y otro no cree en Dios, de modo que nuestras creencias nos separan a unos de otros. La creencia está organizada en todas partes del mundo, como hinduismo, budismo, cristianismo, etc., y así divide a los seres humanos. Estamos confundidos, y pensamos que mediante la creencia aclararemos nuestra confusión; o sea, superponemos la creencia a la confusión y, con eso, abrigamos la esperanza de que la confusión será disipada. Pero la creencia es tan sólo un escape del hecho de la confusión; no nos ayuda a afrontar y comprender el hecho, sino a escapar de la confusión en que nos debatimos. La creencia no es necesaria para comprender la confusión; no hace sino actuar como una pantalla entre nosotros mismos y nuestros problemas. Por eso la religión, que es una creencia organizada, se convierte en un medio para escapar de *lo que es*, del hecho de la confusión. El hombre que cree en Dios, el que

cree en el más allá, o el que tiene alguna otra forma de creencia, está escapando del hecho de lo que él es. ¿No conocen ustedes a esas personas que creen en Dios, que practican *puja*, que repiten ciertos cánticos, ciertas palabras, y que en su vida cotidiana son dominadoras, crueles, ambiciosas, tramposas, deshonestas? ¿Encontrarán ellas a Dios? ¿Están realmente buscando a Dios? ¿Puede Dios ser encontrado mediante la repetición de palabras, mediante la creencia? Pero personas así creen en Dios, veneran a Dios, acuden al templo todos los días, lo hacen todo para eludir el hecho de lo que son; y a ellas las consideran ustedes respetables, porque esas personas son ustedes mismos.

Así pues, la religión de ustedes, su creencia en Dios, es un escape respecto de la realidad; por lo tanto, no es religión en absoluto. El rico que acumula dinero mediante la crueldad, la deshonestidad, la explotación astuta, cree en Dios; y ustedes también creen en Dios, también son astutos, crueles, recelosos, envidiosos. ¿Puede Dios encontrarse mediante la deshonestidad, el engaño, las artimañas arteras de la mente? El hecho de que uno coleccione todos los libros sagrados y los diversos símbolos de Dios, ¿denota que es una persona religiosa? Religión no es escapar del hecho, es comprender el hecho de lo que somos en nuestras relaciones cotidianas: nuestra forma de hablar, de conversar, la manera como nos dirigimos a nuestro sirviente, como tratamos a nuestra esposa, a nuestros hijos y vecinos. En tanto no comprendamos nuestra relación con el prójimo, con la sociedad, con la esposa y los hijos, es inevitable que haya confusión. Y, cualquier cosa que haga la mente confusa, sólo creará más confusión, más problemas y conflictos. Una mente que escapa de lo factual, de los hechos que atañen a la relación, jamás hallará a Dios; una mente agitada por la creencia no conocerá la verdad.

Pero la mente que comprende su relación con la propiedad, con las personas, con las ideas, la mente que ya no lucha con los problemas que crea la relación y para la cual la solución no es retirarse del mundo, sino comprender el amor, sólo una mente así puede comprender la realidad. La verdad no puede ser conocida por una mente que está confusa en la relación, o que escapa de la relación hacia el aislamiento, sino por aquella que se comprende a sí misma en la acción; sólo una mente así conocerá la verdad. Una mente quieta, silenciosa, no puede surgir a la existencia a través de ninguna forma de compulsión, de disciplina, porque la mente está quieta sólo cuando comprende su relación con la propiedad, las personas y las ideas. Y, haga lo que hiciere, la mente no está quieta cuando se halla agitada por el hecho que implica la índole de su relación con todo esto. La mente que ha sido aquietada sin haber comprendido sus relaciones, es una mente muerta; pero la mente libre de creencias, que está quieta porque comprende la relación, una mente así es silenciosa, creativa, y conocerá la realidad.

*14 de marzo de 1950*

# *París, Francia, 1950*

## PRIMERA PLÁTICA EN PARÍS

Casi todos nosotros nos enfrentamos a muchos problemas, no sólo individuales sino colectivos. Hay problemas que no sólo afectan nuestras vidas personales, sino que también nos afectan como ciudadanos de un determinado país, como parte de un grupo colectivo, etc. Tenemos problemas no sólo sociológicos y económicos, sino también, si puedo usar la palabra, espirituales. Tenemos que hacer frente a problemas de toda clase, y cuanto más nos las habemos con estos problemas, tanto más parecen aumentar y multiplicarse, tanto más confusos se vuelven

Este asunto de la traducción va a resultar más bien difícil, pero quizá se torne fluido a medida que nos vayamos habituando. No he hecho esta clase de cosas por muchos años, espero, pues, que tengan un poco de paciencia si hay cierta vacilación de mi parte.

Como estaba diciendo, cuanto más tratamos con estos problemas, tanto más parecen aumentar, y con el aumento de los problemas surgen un sufrimiento, una desdicha y una confusión cada vez mayores. Lo importante no es, por cierto, cómo resolver cualquier problema en particular, sino descubrir el modo de abordar los problemas apenas surgen, a fin de no incrementarlos o multiplicarlos. Es decir, debemos abordar los problemas de la existencia no en un determinado nivel, cualquiera que sea, sino en todos los niveles, porque si abordamos un problema solamente en su propio nivel, es indudable que tal problema no podrá resolverse. Si abordamos el problema económico, ya sea individual o colectivo, como algo aparte del problema espiritual o psicológico, el problema económico no podrá resolverse jamás. A fin de resolver un problema en particular, tenemos que comprender al creador del problema; eso es mucho más importante que comprender el problema en sí, porque una vez que comprendemos al creador o hacedor del problema, estamos en condiciones de resolver el problema. Nuestra dificultad consiste, pues, en comprender, no sólo superficialmente sino también fundamentalmente, al creador de los problemas, que es uno mismo. Por lo tanto, el estudio de uno mismo no es una manera de eludir el problema, ya sea superficial o profundo; al contrario, el com-

prendernos a nosotros mismos es de una importancia mucho mayor que el producir un resultado encargándonos del problema, transformándolo o desarrollando actividades al respecto.

Bien, como dije, lo esencial no es buscar una mera solución al problema —económico o de otro tipo, individual o colectivo—, sino comprender al hacedor del problema; y comprender al hacedor del problema es mucho más difícil, requiere una percepción alerta y una atención mucho más intensas que las que requiere el mero estudio del problema. El creador del problema es uno mismo, y la comprensión respecto de uno mismo no implica un proceso de aislamiento, un proceso de retiro. Pensamos, al parecer, que debemos agitarnos, estar activos en relación con el problema, porque entonces al menos podemos sentir que hacemos algo al respecto. Pero cualquier interés en el estudio, en la comprensión del hacedor del problema, lo consideramos un proceso de aislamiento, de autoencierro y, por ende, un rechazo de la acción. Es importante ver que el estudio de uno mismo no es un proceso de retiro, de aislamiento o inactividad; por el contrario, es un proceso de atención extraordinaria que exige claridad, no sólo superficial, sino también claridad interna, profunda.

Al fin y al cabo, cuando hablamos de acción, en realidad queremos decir reacción, ¿no es así? La mayoría de nosotros reacciona a cualquier influencia exterior, y en este proceso de reacción estamos atrapados; y a este proceso de reacción lo llamamos "abordar el problema". Así pues, comprender la acción es empezar a comprendernos a nosotros mismos. Como lo señalé, lo importante no es tanto la comprensión del problema en sí, sino la comprensión de las reacciones que cada uno de nosotros tiene en respuesta a cualquier estímulo, a cualquier influencia o circunstancia en particular. El estudio de uno mismo es mucho más significativo que el estudio del problema, pero a este estudio ha dedicado su vida la mayoría de nosotros. Hemos estudiado los problemas desde todos los ángulos, pero jamás hemos estudiado profundamente, a fondo, al hacedor de los problemas; y para comprender al hacedor de los problemas, tenemos que comprender nuestras relaciones, ya que el hacedor de los problemas existe únicamente en relación. Por lo tanto, la cuestión fundamental para nosotros es el estudio de las relaciones a fin de comprender al hacedor de los problemas, y la comprensión respecto de las relaciones es el principio del conocimiento propio. No veo cómo podemos comprender la vida, o cualquiera de nuestros problemas, sin comprendernos a nosotros mismos, puesto que sin el conocimiento propio no hay base para la acción, no hay base para ningún tipo de transformación o revolución.

En consecuencia, es de máxima importancia empezar a comprender las relaciones, mediante lo cual uno descubre al hacedor de los problemas, y el hacedor de los problemas es la mente. Comprender al hacedor de los problemas, que es la mente, no implica tan sólo ser muy capaz, sino que requiere estudiar todo el proceso de la reacción psicológica en uno mismo; y sin comprender el proceso total de la mente, haga uno lo que hiciere en relación con los múltiples problemas, individuales o colectivos, ya sea el problema econó-

mico, los problemas de la guerra, del nacionalismo, etc., no hay forma de salir de todos estos problemas. Es esencial, pues, el estudio, la comprensión de la mente, dado que la mente es la que genera los problemas en la relación, ya sea en la relación con las personas, las ideas o las cosas. Y la mente no puede ser comprendida como algo aparte; no puede ser estudiada en un laboratorio, sino sólo en las acciones que tienen lugar en la relación.

La mente es, después de todo, el producto del pasado. Lo que ustedes y yo somos es el producto de muchos ayeres, somos la suma total del pasado; y sin comprender ese pasado no podemos proseguir. Entonces, para comprender ese pasado, ¿debemos estudiar todo su contenido, todo su trasfondo? O sea, para estudiar el pasado, podemos o bien escudriñar en él, ahondar a fondo en todos los recuerdos raciales, grupales, individuales, lo cual implica estudiar al analizador, o podemos investigar el problema de si el analizador es diferente de lo analizado, si el observador es diferente de lo observado. Porque, en tanto haya un analizador examinando el pasado, el analizador es, sin duda, también un producto del pasado. Por consiguiente, todo lo que él analiza, examina, tiene que estar condicionado y, en consecuencia, es insuficiente. El analizador forma parte de lo que él analiza, no hay separación entre el analizador y lo analizado, lo cual es un hecho evidente cuando lo consideramos. No existe un pensador aparte del pensamiento, y en tanto haya un pensador separado del pensamiento, cualquiera que sea el resultado de ese examen, estará, como decía, condicionado y será insuficiente.

Por eso, antes de intentar comprender el problema de la guerra, el problema económico o cualquier otro problema, primero debemos comprender al pensador que lo analiza. Porque el problema no es diferente del pensador, y el pensador no está separado del pensamiento; el pensamiento crea al pensador. Si podemos ver eso, descubriremos que sólo existe el pensar, y no un pensador, un observador, un experimentador. Tan pronto vemos eso, nuestro enfoque del problema, cualquiera que éste sea, es por completo diferente, porque entonces no hay un pensador tratando de disecar, analizar o moldear un determinado pensamiento; sólo existe el pensar. Debido a eso, el pensamiento puede llegar a su fin sin el proceso de la lucha, sin el proceso de analizar. Mientras exista un pensador como el "yo" y "lo mío", la acción tiene lugar siempre a partir de un centro. Ese centro es, obviamente, el resultado de nuestro pensar, y nuestro pensar es el resultado del condicionamiento; y cuando el pensador se limita a apartarse del condicionamiento y trata de producir una acción, un cambio o una revolución, siempre está el centro que queda ahí como si fuera algo permanente. De modo que el verdadero problema es comprender y disolver ese centro que es el pensador.

La dificultad con la mayoría de nosotros es que nuestro pensar está tan condicionado. Somos franceses o ingleses o alemanes o rusos o hindúes, con determinados trasfondos religiosos, políticos y económicos. Y a través de esta pantalla de condicionamientos procuramos enfrentarnos a los problemas de la vida y, de tal modo, los incrementamos. No afrontamos la vida libres de condi-

cionamientos; la afrontamos como una entidad con un trasfondo, una instrucción y una experiencia peculiares. Estando condicionados, nos enfrentamos a la vida conforme a nuestros patrones particulares, y esta reacción sólo genera más problemas. Es obvio, entonces, que debemos comprender y eliminar estos condicionamientos que aumentan nuestros problemas. Pero muy pocos de nosotros somos conscientes de que nos hallamos condicionados y de que este condicionamiento es el resultado de nuestro propio deseo, de nuestro propio anhelo de seguridad. Después de todo, la sociedad que nos rodea es la consecuencia de nuestro deseo de estar seguros, a salvo, de tener permanencia en nuestra particular forma de condicionamiento; y, al no tener conciencia de nuestro condicionamiento, continuamos creando más problemas. Tenemos tal acumulación de conocimientos, tantos prejuicios, tantas ideologías, tantas creencias a las que nos aferramos, que estos trasfondos, estos condicionamientos nos impiden afrontar la vida tal como realmente es. Siempre nos enfrentamos a la vida, que es un reto, con nuestras respuestas insuficientes, y así jamás comprendemos la vida excepto a través de nuestro condicionamiento particular. El reto es la vida en constante transformación, en flujo constante; y tenemos que comprender, no el reto, sino nuestra reacción frente al reto.

Ahora bien, nuestro condicionamiento es la mente; la mente es la sede de todo nuestro condicionamiento, siendo éste el conocimiento, la experiencia, la creencia, la tradición, la identificación con un partido político determinado, con un grupo o una nación en especial. La mente es el resultado del condicionamiento, es el estado condicionado; por lo tanto, cualesquiera que sean los problemas que la mente aborda, ella debe incrementar más aún esos problemas. En tanto la mente trate cualquier problema, en cualquier nivel que sea, sólo puede crear más preocupación, más desdicha y más confusión. ¿Es posible, entonces afrontar el reto de la vida, sin el proceso del pensar, sin esta experiencia acumulada que es la mente? O sea, ¿es posible afrontar el reto de la vida sin la reacción de la mente, que es el condicionamiento del pasado? Cuando hay un reto, tenemos una reacción; la mente responde de inmediato, y si uno observa, ve que la respuesta de la mente está siempre condicionada. En consecuencia, cuando hay un reto, la mente que responde sólo puede crear más problemas, más confusión... y siempre lo hace.

Así pues, aunque tengamos innumerables problemas en todos los niveles de nuestra existencia, mientras sea la mente la que los afronta, mientras el pensamiento reaccione ante ellos, tendrá que haber más confusión. ¿Es posible encarar la vida, sin la reacción de la mente condicionada? Podemos hacer frente al reto sin que sea el pensamiento el que responda a él, únicamente cuando hay una crisis. Cuando haya una crisis aguda, veremos que no hay respuesta del pensamiento; el trasfondo no reacciona. Sólo en ese estado, cuando la mente como proceso de pensamiento no reacciona ante el problema, sólo entonces, podemos resolver los problemas con que debe enfrentarse cada uno de nosotros.

Me han entregado algunas preguntas y responderé a ellas.

*Pregunta: La única arma que usted ofrece a las víctimas de la injusticia social, es el conocimiento propio. Esto, para mí, es una burla. La historia nos enseña que los pueblos jamás se han liberado excepto por medio de la violencia. El estado de la sociedad me condiciona; por lo tanto tengo que hacerlo añicos.*

KRISHNAMURTI: Antes de que empecemos a acabar con la sociedad, debemos comprender qué es la sociedad y cómo ha de actuar uno, cómo ha de responder a esa sociedad en que está atrapado. Lo importante, pues, no es cómo hacer trizas la sociedad a fin de librarme de ella, sino comprender la estructura de la sociedad, porque tan pronto comprenda la estructura de la sociedad en relación conmigo mismo, seré capaz de actuar de la manera correcta con respecto a ella.

¿Que es la sociedad? ¿No es, acaso, el producto de nuestra relación, la relación entre usted y yo y otro? Nuestra relación es la sociedad; la sociedad no es algo aparte de nosotros. Por lo tanto, cambiar la estructura de la sociedad actual sin comprender la relación, es tan sólo continuar la misma estructura en una forma modificada. La sociedad actual está muy deteriorada, es un proceso de corrupción, de violencia, en el que siempre hay intolerancia, conflicto y dolor; y para producir un cambio fundamental en esta sociedad de la que formamos parte, es indispensable que nos comprendamos a nosotros mismos. Esta comprensión respecto de nosotros mismos no es, por cierto, una burla ni está en oposición al orden actual. Cuando lo está, es sólo como una reacción. Una transformación fundamental de la sociedad podrá ocurrir, no por obra de ideas, no a través de una revolución basada en ideas, sino mediante la transformación de mí mismo en mi relación con otro.

Es obvio que la sociedad necesita una transformación; todas las sociedades necesitan siempre transformarse. ¿Debe esa transformación basarse en una idea, es decir, en el pensamiento, en el cálculo, en hábiles afirmaciones y negaciones dialécticas, y todo eso? ¿O, puesto que los modelos sólo generan oposición, una revolución así debe tener lugar sin basarse en ningún modelo previo? Una verdadera revolución puede surgir únicamente cuando cesa la idea del "yo" como ente aparte de la sociedad; y ese "yo" existe sólo mientras continúa el pensamiento, que es el deseo condicionado de sentirnos seguros en diferentes formas.

Todos sabemos y admitimos que debe haber alguna clase de cambio radical en la estructura de la sociedad. Están los que sostienen que tal transformación, tal cambio, debe tener su base en una idea, en una ideología; pero una idea genera invariablemente oposición; por consiguiente, tenemos revoluciones conforme a la izquierda o a la derecha. Ahora bien, una revolución, una verdadera revolución, ¿es posible cuando se basa en una idea, en una creencia? O sea, cuando la revolución es el resultado de un proceso de pensamiento —el cual es tan sólo una reacción del trasfondo que da una continuidad modificada al pasado—, ¿es eso revolución? Por cierto una revolución basada en

una idea, no es revolución, es solamente una continuidad modificada del pasado, por ingeniosa, por hábil que pueda ser. Así pues, la revolución en el verdadero sentido de la palabra, es posible sólo cuando la mente no es el centro de acción, cuando la creencia, la idea, no es la influencia dominante. Por eso, para dar origen a una transformación radical en la sociedad, uno debe comprenderse a sí mismo, siendo el "sí mismo" el trasfondo condicionado de la idea, la experiencia, el conocimiento, la memoria.

*Pregunta: A mi marido lo mataron durante una guerra, mis hijos murieron en otra, y mi casa ha sido destruida. Usted dice que la vida es un estado eterno de creación. Pero todas las primaveras se han agotado en mí, y no encuentro posible participar en esa renovación.*

KRISHNAMURTI: ¿Qué es lo que impide esta constante renovación en nuestra vida? ¿Qué impide que nazca lo nuevo? ¿No es, acaso, porque no sabemos cómo morir cada día? Debido a que vivimos en un estado de continuidad, en un proceso constante de traspasar de un día a otro nuestros recuerdos, nuestro conocimiento, nuestras experiencias, preocupaciones y angustias, nuestro sufrimiento, jamás llegamos a un nuevo día, sin cargar con la memoria de ayer. Para nosotros, la continuidad es vida; es vida saber que "yo" continúo como memoria identificada con un grupo en particular, con determinado conocimiento, determinada experiencia; y lo que tiene continuidad, lo que prosigue a través de la memoria, ¿cómo puede renovarse alguna vez? La renovación es posible únicamente cuando comprendemos todo el proceso que implica el deseo de continuar; sólo cuando esa continuidad como ente, como el "yo" contenido en el pensamiento, llega a su fin, hay una renovación.

A fin de cuentas somos una colección de recuerdos: recuerdos de experiencias, recuerdos de lo que hemos acumulado a través de la vida, de la educación; y el "yo" es el resultado de la identificación con todo eso. Somos el resultado de identificarnos con un determinado grupo, ya sea francés, holandés, alemán, hindú, etc. Sin identificarnos con un grupo, con una casa, con un piano, con una idea o con una persona, nos sentimos perdidos. Por eso, nos aferramos a la memoria, a la identificación; esta identificación nos brinda una continuidad, y la continuidad impide la renovación. Ciertamente, podemos renovarnos sólo cuando sabemos cómo morir y renacer cada día, o sea, cuando nos liberamos de toda identificación, la cual nos otorga continuidad.

La creación no es un estado de la memoria, ¿verdad? No es un estado en el que la mente está activa. La creación es un estado mental en que el pensamiento se halla ausente, y en tanto el pensamiento esté funcionando, no puede haber creación. El pensamiento es continuo, es el resultado de la continuidad; y para lo que tiene continuidad, es imposible la creación, la renovación; ello sólo puede proseguir de lo conocido a lo conocido y, en consecuencia, jamás

puede ser lo desconocido. Es esencial, por lo tanto, comprender el pensamiento y el modo de ponerle fin. Esta terminación del pensamiento no es un proceso de vivir en una torre de marfil basada en abstracciones; por el contrario, la terminación del pensamiento es la más alta forma de comprensión. Ella da origen a la acción creativa, y en eso hay renovación; pero en tanto el pensamiento continúe, la renovación será imposible. Por eso, es mucho más importante comprender cómo pensamos, que considerar el modo de renovarnos a nosotros mismos. Cuando comprendo las modalidades de mi propio pensar, cuando veo todas sus reacciones, no sólo en el nivel superficial sino en los más profundos niveles inconscientes, únicamente entonces, con la comprensión de mí mismo, el pensamiento llega a su fin.

La terminación del pensamiento es el principio de lo creativo, el principio del silencio; pero el pensamiento no puede terminar mediante la compulsión, mediante forma alguna de disciplina, de esfuerzo. Al fin y al cabo, hemos debido tener momentos en que la mente estaba muy quieta, espontáneamente quieta, sin sentido alguno de compulsión, sin ningún motivo, sin ningún deseo de tornarla silenciosa. Debemos haber experimentado instantes en que la mente se hallaba en completo silencio. Ese silencio no es el resultado de una continuidad, jamás puede ser la consecuencia de una forma particular de identificación. En ese estado, la mente llega a su fin; o sea, llega a su fin el pensar como la reacción de un determinado condicionamiento. Esa terminación del pensar es renovación, es el estado de frescura, de pureza, en el cual la mente puede comenzar de nuevo.

Por lo tanto, la comprensión respecto de la mente —no como el pensador, sino sólo como pensamiento—, la percepción directa de la mente como pensamiento, sin sentido alguno de justificación o condena, sin opción alguna, termina con el pensamiento. Entonces verá usted, si quiere experimentar con ello, que con la terminación del pensamiento no hay pensador, y cuando no hay pensador, la mente está quieta, silenciosa. El pensador es el ente que tiene continuidad. El pensamiento, al verse a sí mismo como efímero, crea al pensador como algo permanente y le da continuidad; y entonces el pensador se convierte en la entidad que mantiene a la mente en un estado de agitación constante, de constante búsqueda, indagación, anhelo. Sólo cuando la mente comprende la totalidad de su propio proceso, sin que intervenga forma alguna de compulsión, hay serenidad y, en consecuencia, una posibilidad de renovación.

Lo importante, pues, en todas estas cuestiones, es comprender el proceso de la mente, y esa comprensión no es una acción autoaisladora o introspectiva, no es una negación de la vida, un retiro a una ermita o a un monasterio, o un encerrarse en una determinada creencia religiosa. Por el contrario, cualquier creencia condiciona la mente. La creencia genera antagonismo, y una mente que "cree", jamás puede estar quieta; una mente aprisionada en un dogma jamás puede saber qué es ser creativo. Nuestros problemas podrán resolverse sólo cuando comprendamos el proceso de la mente, que es la creadora de los

problemas, y la creadora de los problemas puede llegar a su fin únicamente cuando comprendemos la relación. La relación es la sociedad y, para producir una revolución en la sociedad, tenemos que comprender nuestras reacciones en la relación. La renovación, ese estado creativo, surge a la existencia cuando la mente está por completo serena, no encerrada en ninguna actividad o creencia en particular. Cuando la mente está quieta, absolutamente silenciosa porque el pensar ha llegado a su fin, sólo entonces, hay creación.

*9 de abril de 1950*

## SEGUNDA PLÁTICA EN PARÍS

Una de nuestras grandes dificultades es sin duda que, al tratar de encontrar seguridad, no sólo en el mundo económico, sino también en el así llamado mundo psicológico o espiritual, destruimos la seguridad física. En la búsqueda de seguridad económica y psicológica, generamos ciertas ideas, nos aferramos a ciertas creencias, tenemos ciertas ansiedades, ciertos instintos adquisitivos, y esa búsqueda misma termina por destruir la seguridad física para la mayoría de nosotros. ¿No es importante, pues, descubrir por qué la mente se apega con tanta fuerza a las ideas, a las creencias, a los sistemas, a las conclusiones y las fórmulas? Porque, obviamente, este apego a las ideas y a las creencias con la esperanza de una seguridad interna, destruye finalmente la seguridad externa o física. La seguridad física se torna imposible a causa del deseo, de la ansiedad, de la necesidad psicológica, de buscar seguridad interna; por lo tanto, es sin duda importante descubrir por qué la mente, por qué cada uno de nosotros, persigue con tanto ardor la seguridad interna.

Ahora bien, es obvio que debemos tener seguridad física, alimento, ropa y vivienda, y es importante descubrir cómo la mente, al buscar seguridad interna, destruye la seguridad externamente. A fin de producir seguridad física, tenemos que investigar este deseo de seguridad interna, este apego interno a las ideas, a las creencias, a las conclusiones. ¿Por qué busca seguridad interna la mente? ¿Por qué atribuimos una importancia tan enorme a las ideas, a la propiedad, a ciertas personas? ¿Por qué nos refugiamos en la creencia, en el aislamiento, lo cual destruye, finalmente, la seguridad externa? ¿Por qué la mente se aferra con tanta fuerza y determinación a las ideas? El nacionalismo, la creencia en Dios, la creencia en una u otra clase de fórmula, son tan sólo apego a una idea, y vemos que las ideas, las creencias, dividen a la gente. ¿Por qué estamos tan fuertemente apegados a las ideas? Si pudiéramos liberarnos del deseo de estar seguros internamente, quizá sería posible organizar la seguridad externa, porque lo que nos divide es el deseo de seguridad interna, no el deseo de seguridad externa. Esta seguridad *debemos* tenerla, es obvio, pero la seguridad externa se ve impedida por el deseo de estar seguros internamente.

Hasta que este problema sea resuelto, no superficialmente sino de manera radical, fundamental y seria, no podrá haber seguridad externa.

De modo que nuestro problema no es buscar una fórmula o un sistema que origine seguridad externa, sino descubrir por qué la mente busca todo el tiempo el aislamiento interno, la gratificación interna, la seguridad psicológica. Formular la pregunta es fácil, pero es muy difícil descubrir la respuesta exacta, verdadera. Casi todos deseamos sentirnos seguros, evitamos la incertidumbre; queremos estar seguros en nuestros afectos, en nuestros conocimientos, en nuestras experiencias, porque esa certidumbre nos da una sensación de garantía, de bienestar, en la cual no hay perturbaciones, en la que no existe el impacto de la experiencia, el impacto que produce el nacimiento de una cualidad nueva. Este deseo mismo de certidumbre es el que nos impide investigar la necesidad de liberarnos de toda seguridad interna. Encontramos, evidentemente, una gran satisfacción en nuestra capacidad de hacer cosas con nuestras manos o con nuestra mente, la cual es conocimiento, experiencia acumulada; y en esa capacidad hallamos certidumbre, porque en ese estado la mente jamás necesita inquietarse: no hay ansiedad ni miedo ni experiencias nuevas.

Vemos, pues, que la mente, al buscar la certidumbre interna mediante la propiedad, las personas, las ideas, no desea sentirse inquieta ni insegura. ¿No han notado cómo la mente se rebela a menudo contra cualquier cosa que sea nueva: una nueva idea, una nueva experiencia, un estado nuevo? Cuando experimenta de hecho un estado nuevo, la mente lo introduce de inmediato en su propio campo, en el campo de lo conocido. Ella está funcionando siempre dentro del campo de la certidumbre, dentro del campo de lo conocido, el campo de la seguridad, que es su propia proyección; por lo tanto, jamás puede experimentar nada más allá de sí misma. El estado de creación consiste, sin duda, en experimentar algo más allá de la mente, y ese estado de creación no puede nacer en tanto la mente esté apegada a cualquier forma peculiar de seguridad, interna o externa. Resulta obvio, entonces, que lo importante para cada uno de nosotros, es descubrir dónde está uno apegado, dónde busca seguridad; y si uno está de veras interesado, puede descubrir esto fácilmente por sí mismo, descubrir de qué manera, mediante qué experiencia, mediante qué creencia, la mente busca seguridad, certidumbre.

Cuando uno descubre eso, no teóricamente sino de hecho, cuando experimenta directamente el apego a una creencia, a una forma particular de afecto, a una determinada idea o fórmula, verá que, desde esa forma particular de certidumbre, surge un estado de libertad. Y en ese estado de incertidumbre, que no es aislamiento, que no es miedo, existe el ser creativo. La incertidumbre es esencial para la existencia creativa.

Vemos en el mundo que las creencias, las ideas y las ideologías están dividiendo a la gente, están generando catástrofes, desdichas y confusión. Manteniéndonos en nuestras creencias, estando divididos por nuestras experiencias y opiniones personales a las que nos aferramos como si fueran la ver-

dad suprema, tratamos entonces de producir una acción colectiva, lo cual es obviamente imposible. Puede haber una acción colectiva únicamente cuando estamos libres de todo deseo de hallar refugio en una ideología, una creencia, un sistema, un grupo, una persona, un maestro o una enseñanza en particular. Sólo cuando estamos libres de todo deseo de sentirnos internamente seguros, hay una posibilidad de estar seguros externamente, de tener las cosas físicas que son necesarias para la supervivencia humana.

Voy a contestar algunas de estas preguntas, pero recuerden, por favor, que no hay categóricos "sí" o "no" para ningún problema humano. Uno debe examinar cada problema, investigarlo a fondo, ver su verdad; sólo entonces el problema revela su propia respuesta.

*Pregunta: ¿Qué es el pensamiento? ¿De dónde surge? ¿Y cuál es la relación del pensador con el pensamiento?*

KRISHNAMURTI: Bueno, ¿quién formula la pregunta? ¿Es el pensador el que la formula? ¿O la pregunta es el resultado del pensamiento? Si el pensador formula la pregunta, entonces el pensador es una entidad separada del pensamiento, es tan sólo el observador del pensamiento, el experimentador que se encuentra fuera de la experiencia. Por lo tanto, cuando usted formula esta pregunta, tiene que descubrir si el pensador se halla separado del pensamiento. ¿Se formula la pregunta como si usted estuviera fuera, aparte del proceso de pensar? Si lo está, entonces tiene que descubrir si el pensador está realmente separado del pensamiento. El pensamiento es tan sólo un proceso de reacción, ¿no es así? Es decir, hay un reto y una respuesta, y la respuesta es el proceso del pensar. Si no hay reto de ninguna clase, consciente o inconsciente, violento o muy sutil, no hay respuesta, no hay pensar. De modo que el pensar es un proceso de respuesta al reto. El pensar, el pensamiento, es un proceso de reacción. Primero hay percepción, después contacto, sensación, deseo e identificación... y ha comenzado el pensamiento. El pensamiento es una respuesta al reto, consciente o inconsciente; eso es bastante obvio. No hay respuesta si no hay reto. Así, pues, el pensar es un proceso de respuesta, de reacción a cualquier forma de estímulo o reto.

Ahora bien, ¿es eso todo? El pensador, ¿es el resultado del pensamiento, o es una entidad por derecho propio, no creada por el pensamiento, sino fuera de todo pensamiento y aparte del tiempo? Porque el pensamiento es un proceso del tiempo, es la respuesta del trasfondo, y la respuesta del trasfondo es el proceso del tiempo; entonces, ¿está el pensador separado del tiempo? ¿O el pensador forma parte del proceso del tiempo, que es pensamiento?

Éste es un problema difícil de abordar en dos idiomas; sería mucho más simple si yo pudiera expresarme en francés. Como no puedo —aunque lo hablo y entiendo un poco—, prosigamos así y veremos.

La pregunta dice: ¿Qué es el pensamiento y qué es el pensador? ¿Está el pensador separado del pensamiento, o es el resultado del pensar? Si está sepa-

rado del pensamiento, entonces puede operar sobre el pensamiento, puede controlarlo, cambiarlo, modificarlo; pero si forma parte del pensar, no puede operar sobre él. Aunque crea que puede controlar el pensamiento, cambiarlo o modificarlo, no puede hacer eso, porque él mismo es el producto del pensar. Tenemos, pues, que descubrir si el pensamiento produce al pensador, o si el pensador, siendo una entidad aparte, separado e independiente del pensamiento, puede entonces controlarlo.

Podemos ver muy bien que el pensador es el resultado del pensamiento, porque no hay pensador si no hay pensamiento, no hay experimentador si no hay un experimentar. El experimentar, el observar, el pensar, producen al experimentador, al observador, al pensador. El experimentador no está separado de la experiencia, el pensador no está separado del pensamiento. ¿Por qué, entonces, el pensamiento ha convertido al pensador en una entidad separada? Cuando sabemos que nuestro diario pensar, que es una respuesta al reto, produce al pensador, ¿por qué creemos que hay una entidad separada de nuestro diario pensar? El pensamiento ha creado al pensador como una entidad aparte, porque el pensamiento está siempre cambiando, modificándose, y ve su propia transitoriedad. Siendo transitorio, el pensamiento desea permanencia, y entonces crea al pensador como entidad permanente, no atrapada en la red del tiempo. Así es como creamos al pensador, el cual no es sino una creencia. O sea, al buscar seguridad, la mente se aferra a la creencia de que hay un pensador separado del pensamiento, un "yo" aparte de mis actividades y funciones cotidianas, de mis pensamientos cotidianos. De este modo, el pensador se convierte en una entidad aparte del pensamiento, y entonces el pensador procede a controlar, modificar y dominar al pensamiento, lo cual genera conflicto entre el pensador y el pensamiento, entre el actor y la acción.

Ahora bien, si vemos la verdad de eso, que el pensador es pensamiento, que no hay un pensador separado del pensamiento, sino sólo el proceso del pensar, ¿qué ocurre, entonces? Si vemos que sólo existe el pensar y no un pensador intentando modificar el pensamiento, ¿cuál es el resultado? Espero estar expresándome con claridad. Hasta ahora, lo que sabemos es que el pensador opera sobre el pensamiento, y que esto crea conflicto entre el pensador y el pensamiento; pero si vemos la verdad de que sólo hay pensamiento y no un pensador, que el pensador es arbitrario, artificial y enteramente ficticio, ¿qué ocurre? ¿No queda eliminado el conflicto? Actualmente, nuestra vida es un conflicto, una serie de batallas entre el pensador y el pensamiento: qué hacer y qué no hacer, qué debería y qué no debería ser. El pensador está siempre separándose como el "yo" que permanece fuera de la acción. Pero cuando vemos que sólo hay pensamiento, ¿no hemos eliminado, entonces, la causa del conflicto? Entonces somos capaces de estar atentos, sin optar, al pensamiento, y no como un pensador que observa al pensamiento desde afuera. Cuando eliminamos a la entidad que da origen al conflicto, hay una posibilidad de comprender el pensamiento. Cuando no existe un pensador observando, juzgando, moldeando el pensamiento, sino sólo una percepción alerta y sin opciones de

todo el proceso del pensar, una percepción sin resistencia, sin lucha, sin conflicto, entonces llega a su fin el proceso del pensamiento.

En consecuencia, la mente, al comprender que no hay pensador sino sólo pensamiento, acaba con el conflicto; por lo tanto, sólo existe el proceso del pensar; y cuando hay una percepción del pensar, cuando el pensar se percibe sin opción alguna, porque ha sido eliminada la entidad que opta, que escoge, verán que el pensamiento se termina. Entonces la mente está muy quieta, no hay agitación alguna; y en esa quietud, en ese silencio, el problema es comprendido.

*Pregunta: Considerando la actual condición del mundo, tiene que haber una acción inmediata por parte de algunos que no se hallan atrapados en ningún sistema de izquierda o de derecha. ¿Cómo ha de crearse este grupo y cómo actuará en relación con la crisis presente?*

KRISHNAMURTI: ¿Cómo ha de crearse este grupo, el grupo que no pertenece ni a la izquierda ni a la derecha ni a ninguna creencia en particular? ¿Cómo ha de formarse un grupo semejante? ¿Cómo cree usted que puede formarse? ¿Qué es un grupo? Por cierto, un grupo somos ustedes y yo, ¿no es así? Para formar un grupo semejante, ustedes y yo debemos liberarnos del deseo de estar seguros, de identificarnos con alguna idea, creencia, conclusión particular, con algún sistema o país. Es decir, debemos empezar a liberarnos del buscar refugio en una idea, en una creencia, en el conocimiento; entonces, obviamente, ustedes y yo seremos el grupo que está libre de la exclusividad de pertenecer a algo. Pero, ¿somos un grupo así? ¿Somos, ustedes y yo, entidades semejantes? Si no estamos libres de creencias, de conclusiones, de sistemas, de ideas, podremos formar un grupo, pero volveremos a generar la misma confusión, la misma desdicha, el mismo liderazgo, la misma eliminación de aquellos que disienten, etc. Así que, antes de que formemos grupo alguno, primero debemos liberarnos del deseo de estar seguros, de refugiarnos en alguna creencia, en alguna idea, en algún sistema. ¿Estamos ustedes y yo libres de ese deseo? Si no lo estamos, no pensemos entonces en función de grupos y de acciones futuras. Lo importante, sin duda, es averiguar, no sólo desde el punto de vista verbal, sino interna y profundamente, tanto en los niveles conscientes como en las zonas ocultas de nuestras mentes y nuestros corazones, si de veras estamos libres de todo sentido de identificación con un grupo, una nación, una creencia o un dogma en particular. Si no lo estamos, entonces, al fundar un grupo, crearemos por fuerza la misma confusión, la misma desdicha.

Usted probablemente dirá: "Me llevará mucho tiempo librarme de mis propias creencias, de los dogmas que he proyectado y que son el producto de mi propio pensar; por lo tanto, no puedo funcionar, no puedo hacer nada, tendré que esperar". Su reacción es ésa, ¿verdad? Dice: "Como no estoy libre, ¿qué he de hacer? No puedo actuar". ¿No es ése, acaso, su planteo? Y mientras usted espera, el mundo continúa creando más confusión, más desdicha, más

horrores y destrucción. O, ansioso por ayudar, se sumerge usted en sus propias creencias, en sus propios dogmas, y así crea una confusión mayor. Por cierto, lo importante es ver que no puede haber recta acción mientras la mente siga aferrándose a una conclusión o creencia en particular, ya sea de la izquierda o de la derecha, porque si usted ve realmente la verdad de eso, es obvio que estará en situación de actuar. Y eso no lleva tiempo, no es un asunto de progreso, de evolución gradual. Ver un hecho no es un proceso de evolución. Pero ustedes no están interesados, no quieren ver la verdad de eso. Se limitan a decir: "Bueno, es una cuestión de tiempo el que yo pueda liberarme", y ahí lo dejan.

La pregunta es, entonces: ¿Podemos, personas comunes como ustedes y yo, personas no muy intelectuales y todo eso, liberarnos inmediatamente del deseo de estar aferrados a una creencia o a un dogma en particular? ¿Podemos liberarnos inmediatamente de la creencia? Cuando uno se plantea seriamente esa pregunta, ¿queda alguna duda? ¿Es para ustedes una cuestión de tiempo considerar eso? Cuando ven que la creencia divide a los seres humanos, cuando de veras lo ven y lo comprenden internamente, ¿acaso la creencia no se desprende por sí misma de ustedes? Eso no requiere un esfuerzo, una lucha, un proceso de tiempo. Pero nosotros no estamos dispuestos a ver ese hecho, y ésa es la dificultad. Queremos actuar, y entonces nos adherimos a grupos que tal vez son un poco más cultos, un poco más bondadosos, un poco más agradables. Un grupo así puede actuar, pero sólo podrá producir el mismo caos en otra dirección. En cambio, si ustedes y yo vemos que cada uno de nosotros puede estar libre del dogma, de la creencia, entonces, ya sea que formemos o no un grupo, es indudable que actuaremos, y ésta es la acción que se necesita, no la acción basada en una idea.

De modo que el punto importante en esta cuestión es si puede haber acción sin idea, sin creencia. Vemos en todo el mundo que la acción basada en una creencia, un dogma, una conclusión, un sistema, una fórmula, nos ha conducido a la división, al conflicto y a la desintegración. ¿Es posible, entonces, actuar sin la idea, sin la creencia? Ustedes tienen que averiguarlo, ¿no es así?, no aceptarlo o rechazarlo. Deben descubrir por sí mismos si tal acción es posible, y lo descubrirán tan sólo experimentándolo, no creyendo en ello o desechándolo. Cuando vean que toda acción basada en la creencia, en el dogma, en la conclusión, en el cálculo, debe inevitablemente crear separación y por lo tanto, desintegración, cuando vean eso, experimentarán la acción que no ha sido impuesta por una idea.

*Pregunta: ¿Cuál es la relación del individuo con la sociedad? ¿Tiene él alguna responsabilidad hacia ella? Si la tiene, ¿debe modificarla, o no reconocerla?*

KRISHNAMURTI: Y bien, ¿qué es el individuo y qué es la sociedad? ¿Qué somos ustedes y yo? ¿No somos, acaso, el producto de nuestro trasfondo, de

nuestra educación, de nuestras influencias ambientales, de nuestra educación religiosa? Somos el resultado de todo lo que nos rodea, y las cosas que nos rodean son, a su vez, creadas por nosotros, ¿no es así? La sociedad de hoy en día es el producto de nuestros deseos, de nuestras respuestas, de nuestras acciones. Proyectamos la sociedad y después nos convertimos en los instrumentos de esa sociedad. ¿No son ustedes, acaso, el producto de la sociedad que ustedes mismos han creado? Por cierto, no existe ninguna división extraordinaria, ninguna línea de demarcación entre el individuo y la sociedad. La individualidad nace más tarde, mucho más tarde, cuando comenzamos a liberarnos de las influencias sociales.

Entonces, ¿es usted un individuo? Aunque pueda tener determinado nombre, ser dueño de un terreno, de una casa propia, de una cuenta bancaria separada, aunque tenga una relación personal con alguien, ¿es usted realmente un individuo, o es un mero producto del entorno? Aunque todo esto le haga pensar que está separado, ¿no forma usted parte de la totalidad? Y ¿cómo puede tener una relación con ello, a menos que esté separado de ello? Al fin y al cabo, nuestra mente es el producto del pasado, ¿no es así? Todos nuestros pensamientos tienen su base en el pasado, y el pasado, tanto el consciente como el inconsciente, es el producto de pensamientos, esfuerzos, luchas, intenciones y deseos de todos los seres humanos. Somos, pues, la suma de todo el esfuerzo humano, y puesto que somos el resultado de la masa, de la sociedad, no podemos decir que estamos separados, nítidamente aparte de eso. *Somos* la sociedad; formamos parte del conjunto, no estamos separados. La separación tiene lugar sólo cuando la mente empieza a ver dónde está lo falso y, en consecuencia, lo rechaza.

Sólo entonces hay una individualidad, la cual no se resiste, no se opone a la sociedad; es una individualidad no basada en la oposición, en la resistencia, en la adquisición, sino que ha comprendido y, por consiguiente, se ha separado de eso. Únicamente una entidad así puede operar sobre la sociedad y, por ende, su responsabilidad hacia lo social es por completo diferente. Entonces actuará, no en función de desconocer o modificar la sociedad, sino a partir de su propia comprensión, de su propia vitalidad, que surgen gracias al descubrimiento de lo que es falso.

Así pues, en tanto carezcamos de conocimiento propio, en tanto no comprendamos el proceso total de nosotros mismos, no tiene ningún sentido el mero modificar o negar la sociedad. A fin de originar una revolución fundamental en la sociedad, el conocimiento propio es esencial, y el conocimiento propio implica darnos cuenta de lo falso. Desde esa percepción respecto de lo falso, surge la comprensión de la soledad, de esa soledad que no es un retiro, un aislamiento solitario, sino que es esencial si hemos de actuar correctamente, con verdad; porque únicamente lo que está solo, lo que es suficiente en sí mismo, es creativo. La creación no surge cuando todas las influencias del pasado están impactando sobre el presente; surge sólo cuando existe esa soledad creativa que no es aislamiento, que no es un estado de separación, de división.

Es una soledad que adviene por obra de la comprensión, tanto de lo oculto como de lo consciente; y en ese estado de soledad creativa puede haber una acción que será efectiva en la transformación de la sociedad.

*Pregunta: ¿Qué relación tiene la muerte con la vida?*

KRISHNAMURTI: ¿Existe una división entre la vida y la muerte? ¿Por qué consideramos a la muerte como algo aparte de la vida? ¿Por qué tememos a la muerte? ¿Y por qué se han escrito tantos libros acerca de la muerte? ¿Por qué existe esta línea de demarcación entre vida y muerte? Y esta separación, ¿es real o es tan sólo arbitraria, una cosa de la mente?

Ahora bien, cuando hablamos acerca de la vida, entendemos el vivir como un proceso de continuidad en el que hay identificación. Yo y mi casa, yo y mi esposa, yo y mi cuenta bancaria, yo y mis experiencias pasadas... Eso es lo que entendemos por vida, ¿no es así? El vivir es un proceso de continuidad en la memoria, tanto la consciente como la inconsciente, con sus múltiples luchas, disputas, incidentes, experiencias, etc. Todo eso es lo que llamamos vida y, en oposición a eso, está la muerte, que pone fin a todo ello. Habiendo, pues, creado el opuesto, que es la muerte, y temerosos de ella, procedemos a buscar la relación entre la vida y la muerte, y si podemos llenar el vacío con alguna explicación, con la creencia en la continuidad, en el más allá, estamos satisfechos. Creemos en la reencarnación o en alguna otra forma de continuidad del pensamiento, y entonces procuramos establecer una relación entre lo conocido y lo desconocido. Tratamos de tender un puente entre lo conocido y lo desconocido y, de tal modo, intentamos encontrar la relación entre el pasado y el futuro. Eso es lo que estamos haciendo, ¿verdad?, cuando indagamos si hay alguna relación entre la vida y la muerte. Queremos saber cómo ligar el vivir con el final; ése es, sin duda, nuestro pensamiento fundamental.

Ahora bien, ¿puede el final, que es la muerte, ser conocido mientras vivimos? Es decir, si pudiéramos saber qué es la muerte, saberlo mientras estamos vivos, entonces no tendríamos problema. Pero, debido a que no podemos experimentar lo desconocido mientras vivimos, le tenemos miedo. Nos esforzamos, pues, por establecer una relación entre nosotros —que somos el resultado de lo conocido— y lo desconocido, que llamamos muerte. Y ¿puede haber relación alguna entre el pasado, y algo que la mente no puede concebir, la muerte? Y ¿por qué separamos ambas cosas? ¿No es porque nuestra mente puede funcionar sólo dentro del campo de lo conocido, de lo continuo? Uno se conoce a sí mismo únicamente como un "pensador", como un "actor" con ciertos recuerdos de desdicha, placer, amor, afecto, recuerdos de diversas experiencias; sólo se conoce siendo continuo; de lo contrario, no se recordaría a sí mismo como siendo alguna cosa, alguien. Entonces, cuando ese "alguien" llega al final, final que llamamos muerte, hay miedo a lo desconocido; deseamos, pues, atraer lo desconocido hacia lo conocido, y todo nuestro esfuerzo consiste en dar continuidad a lo conocido. Es decir, no queremos conocer la

vida que incluye a la muerte, sino que queremos saber cómo continuar y no llegar al fin. No queremos conocer la vida y la muerte; sólo queremos saber cómo continuar interminablemente.

Lo que continúa no se renueva. No puede haber nada nuevo, nada creativo, en aquello que tiene continuación; eso es bastante obvio. Únicamente cuando cesa la continuidad, se torna posible aquello que es siempre nuevo. Pero este final es lo que nos infunde pavor; no vemos que sólo en el final puede haber renovación, puede resolverse lo creativo, lo desconocido, y no transfiriendo de un día para otro nuestras experiencias, nuestros recuerdos, nuestros infortunios. Sólo cuando morimos cada día a todo lo viejo, puede existir lo nuevo. Lo nuevo no puede existir donde hay continuidad; lo nuevo es lo creativo, lo desconocido, lo eterno, Dios, o como quieran llamarlo.

La persona, la entidad continua que va en busca de lo desconocido, lo real, lo eterno, jamás lo encontrará, porque puede encontrar solamente lo que proyecta desde sí misma, y aquello que proyecta no es lo real. Por consiguiente, sólo en el final, en el morir, es posible conocer lo nuevo; y el hombre que busca hallar una relación entre la vida y la muerte, que trata de tender un puente entre lo continuo y aquello que, según piensa, se encuentra más allá, está viviendo en un mundo ficticio, irreal, un mundo que es una proyección de él mismo.

¿Es posible, entonces, morir mientras estamos viviendo? Eso significa llegar al final, ser como la nada. ¿Es posible, mientras vivimos en este mundo donde todo deviene más y más o deviene menos y menos, donde todo es un proceso de escalar, realizar, triunfar, es posible en un mundo semejante, conocer la muerte? O sea, ¿es posible poner fin a todos los recuerdos, no al recuerdo de datos —el camino a nuestra casa, etc.—, sino al apego interno a la seguridad psicológica, a los recuerdos que uno ha acumulado, atesorado, y en los que busca certidumbre, felicidad? ¿Es posible poner fin a todo eso, lo cual implica morir cada día, de modo tal que pueda haber una renovación en el día de mañana? Sólo entonces conoce uno la muerte mientras está viviendo. Sólo en ese morir, en ese llegar al final, en ese poner fin a la continuidad, hay renovación, existe esa creación que es eterna.

*16 de abril de 1950*

## TERCERA PLÁTICA EN PARÍS

¿No es importante que aquellos que quieran saber qué es la verdad, lo descubran a través de su propia experiencia, y no que meramente acepten algo o crean en ello conforme a algún modelo en particular? Ciertamente, es esencial descubrir por uno mismo qué es la realidad, qué es Dios —no tiene gran importancia el nombre que le den—, porque eso es lo único verdaderamente

creativo, es la única puerta a través de la cual podemos hallar esa felicidad que no es tan sólo transitoria, que no depende de nada. Casi todos buscamos, de una u otra forma, la felicidad, y tratamos de encontrarla mediante el conocimiento, la experiencia, el esfuerzo constante. Pero la felicidad que depende de algo no es, ciertamente, felicidad. Tan pronto dependemos, para ser felices, de posesiones, personas o ideas, esas cosas se vuelven muy importantes, y la felicidad pasa de largo. Las mismas cosas de las que dependemos para nuestra felicidad, se tornan más importantes que la felicidad en sí. Si ustedes y yo dependemos, para ser felices, de ciertas personas, entonces esas personas adquieren importancia, y si para nuestra felicidad dependemos de las ideas, entonces lo que se vuelve importante son las ideas. Lo mismo ocurre con la propiedad, el nombre, la posición, el poder; tan pronto nuestra felicidad depende de alguna de estas cosas, la cosa se vuelve devastadoramente esencial en nuestras vidas.

De modo que la dependencia es la negación de la felicidad, y en el momento en que uno depende de las ideas, de las personas o las cosas, es obvio que la relación debe aislarlo. La dependencia misma implica aislamiento, y donde hay aislamiento no puede haber verdadera relación. Sólo comprendiendo la verdadera relación es posible liberarse de la dependencia, la cual pone de manifiesto al aislamiento; por eso creo que es importante investigar plena y profundamente la relación. Si la relación es tan sólo una cuestión de dependencia, conduce al aislamiento, y es inevitable que una relación así genere diversas formas de miedo, autoencierro, afán posesivo, celos, etc. Cuando buscamos la felicidad por medio de la relación, ya sea la relación con la propiedad, con las personas o con las ideas, invariablemente poseemos esas cosas; *debemos* poseerlas, porque mediante ellas obtenemos nuestra felicidad —al menos así lo pensamos—. Pero, al poseer las cosas de las que dependemos, de esa posesión misma surge el proceso de autoencierro; y así la relación, que debería conducir a la destrucción del "yo", del "sí mismo", de las influencias limitadoras de la vida, se vuelve más y más estrecha, más y más restringida, limitada, y destruye la misma felicidad que buscamos.

Así pues, mientras nuestra felicidad dependa tan sólo de las cosas, las personas o las ideas, la relación será un proceso de autoencierro, de aislamiento, y creo que es muy importante darse cuenta de esto. Actualmente, todas nuestras relaciones tienden a limitar nuestra acción, nuestro pensamiento, nuestros sentimientos, y hasta que nos demos cuenta de que la dependencia pone trabas a nuestra acción y destruye nuestra felicidad, hasta que realmente veamos la verdad de eso, no existe posibilidad alguna de que haya un movimiento más amplio y más libre del pensar y del sentir.

Al fin y al cabo, acudimos a los libros, a los Maestros, a los instructores, recurrimos a las disciplinas o a la experiencia y al conocimiento, a fin de hallar una felicidad duradera, un refugio seguro, una protección; y así multiplicamos a los Maestros, los libros, las ideas y los conocimientos. Pero no hay nada ni nadie que pueda darnos esa felicidad; nadie puede liberarnos de nues-

tros propios deseos, de nuestras propias influencias limitadoras. Por lo tanto, es importante, ¿verdad?, que nos conozcamos completamente a nosotros mismos, no sólo nuestra parte consciente, sino también lo interno y profundo de nosotros. Ese conocimiento propio llega tan sólo gracias a la relación, porque al comprender la relación ponemos al descubierto el proceso del "sí mismo", del "yo". Cuando comprendemos el pleno alcance del "yo" y de sus actividades, no sólo en el nivel superficial sino en todos los niveles más profundos, únicamente entonces hay libertad respecto de la dependencia y, por ende, se torna posible comprender qué es la felicidad. La felicidad no es un fin en sí misma, tal como no lo es la virtud, y si convertimos a la felicidad o a la virtud en un fin, entonces debemos depender de cosas, personas o ideas, de Maestros o conocimientos. Pero nadie, excepto nosotros mismos comprendiendo la relación en la vida cotidiana, puede darnos la libertad respecto de nuestra propia confusión y de los conflictos que nos limitan.

Pensamos, al parecer, que la comprensión del "yo" es extremadamente difícil. Tenemos la impresión de que, para descubrir el proceso del "yo", las modalidades de nuestro pensamiento en los lugares secretos de nuestra propia mente y de nuestro corazón, debemos acudir a alguna otra persona para que nos diga cómo hacerlo o nos dé un método. No hay duda de que hemos hecho extremadamente complicado el estudio del "yo", ¿no es así? Pero, ¿es tan difícil el estudio del "yo"? ¿Necesita, acaso, la ayuda de otro, por avanzado que pueda ser el Maestro y cualquiera que sea el nivel en que se encuentre? Por cierto, nadie puede enseñarnos la comprensión respecto del "yo". Tenemos que descubrir el proceso íntegro, total del "yo", pero para descubrirlo es preciso que haya espontaneidad. Uno no puede imponerse a sí mismo una disciplina, un método de funcionamiento; sólo puede estar alerta, de instante en instante, a cada movimiento del pensar, a cada sentimiento, a cada relación. Y para la mayoría de nosotros, eso es lo difícil: estar alerta, sin opción alguna, a cada palabra, a cada pensamiento y sentimiento. Pero el estar alerta no requiere que sigamos a nadie; uno no necesita a un Maestro, a un sabio, o una creencia. Para conocer el proceso total de la mente, lo que uno necesita es tan sólo la intención de observar, de estar atento sin condena ni justificación alguna.

Podemos conocernos a nosotros mismos sólo cuando estamos atentos en la relación, relación con nuestra esposa, con nuestros hijos, con nuestro vecino, con la sociedad, con el conocimiento que hemos adquirido, con las experiencias acumuladas. Debido a que somos perezosos, indolentes, recurrimos a alguien, a un líder, a un Maestro, para que nos instruya, para que nos dé un método de conducta. Pero este deseo de recurrir a otro por ayuda, sólo nos torna dependientes, y cuanto más dependientes somos, más y más nos alejamos del conocimiento propio. Sólo mediante el conocimiento propio, mediante la comprensión del proceso completo de nosotros mismos, hay liberación; y, al liberarnos de nuestro propio encierro, de nuestro proceso de limitación y aislamiento, hay felicidad.

Lo importante es, entonces, que uno se comprenda a sí mismo de manera

completa, profunda y amplia. Si no me conozco a mí mismo, si ustedes no se conocen a sí mismos, ¿qué base tenemos para el pensar, para la acción? Si no me conozco a mí mismo, no sólo superficialmente sino también en los niveles profundos desde los que brotan todos los motivos, las respuestas, los deseos e impulsos acumulados, ¿cómo puedo pensar, actuar, vivir, ser? ¿No es esencial, entonces, que nos conozcamos a nosotros mismos tanto como sea posible? Si no me conozco a mí mismo, ¿cómo puedo acudir a otro y encontrar la verdad? Puedo acudir a otro, puedo escoger a un líder desde mi confusión, pero a causa de que lo he escogido desde mi confusión, el líder, el instructor, el Maestro, también debe estar confuso. Así pues, en tanto haya opciones no puede haber comprensión. La comprensión no llega si optamos, si comparamos, criticamos o justificamos. La comprensión llega cuando la mente ha estado por completo atenta a la totalidad de su propio proceso y, de tal modo, ella misma se ha aquietado. Sólo cuando la mente está por completo silenciosa, sin exigencia alguna, en ese silencio hay comprensión y existe una posibilidad de experimentar aquello que está más allá del tiempo.

Antes de contestar algunas de estas preguntas, me permitiré señalar, si no les importa, que es importante descubrir la respuesta por uno mismo. Es decir, ustedes y yo vamos a investigar la verdad de cada problema y a descubrirla por nosotros mismos, a experimentarla por nosotros mismos; de lo contrario, ello permanecerá solamente en el nivel verbal y, por lo tanto, carecerá por completo de valor alguno. Si podemos experimentar la verdad de cada cuestión, de cada problema, entonces quizás ese problema se resuelva completamente; pero si nos limitamos a permanecer en el nivel verbal, a discutir, a argumentar entre nosotros mediante palabras, ello no originará la solución del problema. Al considerar estas preguntas, no estoy tan sólo dando expresión a las palabras, sino que ustedes y yo procuramos averiguar la verdad al respecto; y para ello debemos estar libres de nuestras anclas, de nuestros compromisos, de la influencia de las ideas, y proceder, paso a paso, a investigar la verdad de la cuestión.

*Pregunta: Como los individuos creativos pueden desorganizar la sociedad conforme a sus propias idiosincrasias y capacidades particulares, ¿no debería la creatividad estar bajo la dirección de la sociedad?*

KRISHNAMURTI: ¿Qué es lo que entendemos por creatividad? ¿Es creativo inventar la bomba atómica o descubrir el modo de matar a otro? ¿Es creativo tener una capacidad, un don? ¿Es creativo ser capaz de hablar muy ingeniosamente, de escribir libros muy inteligentes, de resolver problemas? ¿Es creativo descubrir el proceso de la naturaleza, los procesos ocultos de la vida? Alguna de esas cosas, ¿es un estado de creatividad? ¿O la creatividad es algo por completo diferente de la expresión creativa? Puedo tener la capacidad de trasladar al mármol cierta visión, cierto sentimiento, o, siendo un científico, puedo ser capaz de descubrir algo de acuerdo con mis tendencias y aptitudes.

Pero ¿es creatividad eso? La expresión de un sentimiento, la escritura de un libro o de un poema, la pintura de un cuadro, la realización de un descubrimiento... ¿es necesariamente creativa alguna de esas cosas? ¿O la creatividad es algo enteramente distinto que no depende de la expresión? Para nosotros, la expresión parece importar enormemente, ¿no es así? Ser capaz de expresar algo en palabras, en una pintura, en un poema, ser capaz de concentrarse en el descubrimiento de determinado hecho científico... ¿es eso un acto de creación? ¿O la creación es algo que no pertenece en absoluto a la mente? Después de todo, cuando la mente necesita una respuesta, la encontrará, pero ¿es creativa la respuesta? ¿O la creatividad existe sólo cuando la mente se halla por completo silenciosa, cuando no pregunta, no exige, no busca?

Ahora bien, somos el resultado de la sociedad, los depositarios de la sociedad, y, o bien nos amoldamos a la sociedad, o rompemos con ella. La ruptura con la sociedad depende de nuestro trasfondo, de nuestro condicionamiento y, por lo tanto, no indica que estamos libres; puede ser tan sólo la reacción del trasfondo a ciertos sucesos. En consecuencia, una persona que es creativa solamente en el sentido aceptado de la palabra, puede ser muy peligrosa, desorganizadora, sin transformar en ningún aspecto fundamental la respetable y explotadora sociedad, que es nuestra sociedad; y el interlocutor desea saber si la sociedad no debería dirigir la creatividad de esa persona. Pero ¿quién va a representar a la sociedad? ¿Los líderes, los que están en el poder, los que son respetables y tienen los medios de controlar a otros? ¿O el problema debe ser abordado de una manera por completo diferente? Es decir, la sociedad es el resultado de nuestras propias proyecciones, de nuestras intenciones; por lo tanto, no estamos separados de la sociedad, y puesto que el hombre que va contra la sociedad no es necesariamente un revolucionario, ¿no es importante comprender qué entendemos por revolución? En tanto basemos la revolución en una idea, eso no es revolución, ¿verdad? Una revolución que se basa en una creencia, en un dogma, en el conocimiento, no es revolución en absoluto, es tan sólo una continuidad modificada de lo viejo. O sea, una reacción del trasfondo contra la influencia condicionadora; es un escape, no es una revolución.

Hay verdadera revolución, que no depende de la idea, sólo cuando uno comprende el proceso total de sí mismo. En tanto aceptemos el modelo de la sociedad, en tanto produzcamos las influencias que originan una sociedad basada en la violencia, en la intolerancia y en el progreso estático, en tanto este proceso exista, la sociedad tratará de controlar al individuo. Mientras el individuo intente ser creativo dentro del campo de su condicionamiento, es obvio que no podrá ser *creativo*. Hay creatividad sólo cuando hemos comprendido la mente por completo; entonces la mente no depende de la mera expresión, esta es de importancia secundaria.

Resulta esencial, pues, descubrir qué es ser creativo, y la creatividad podrá ser descubierta y comprendida, la verdad de ello podrá ser vista, sólo cuando comprenda la totalidad de mi propio proceso. Mientras haya una proyección

de la mente, ya sea en el nivel verbal o en cualquier otro nivel, no podrá haber un estado creativo. Sólo cuando cada movimiento del pensar sea comprendido y, en consecuencia, llegue a su fin, sólo entonces, habrá creatividad.

*Pregunta: He rezado por la salud de mi amigo, y eso ha producido ciertos resultados. Si ahora rezo para tener paz en mi corazón, ¿puedo entrar en contacto directo con Dios?*

KRISHNAMURTI: Obviamente, un pedido, una súplica, un ruego, trae resultados. Ustedes piden y ustedes reciben; ese es un evidente hecho psicológico que pueden probar por sí mismos. Psicológicamente, rezan, piden, ruegan, y obtienen una respuesta, pero ¿es la respuesta de la realidad? Para encontrar la realidad, no debe haber petición ni ruego ni súplica. Después de todo, ustedes rezan solamente cuando están afligidos, ¿no es así? De lo contrario, no rezan. Sólo cuando están confusos, cuando son desdichados, desean que alguien los ayude; y la oración, que es un proceso de súplica, debe necesariamente tener una respuesta. La respuesta puede ser el resultado de profundas capas inconscientes de uno mismo, o puede ser el resultado de lo colectivo, pero no es, obviamente, la respuesta de la realidad. Y uno puede ver que, por medio de la oración, de determinadas posturas, de la repetición constante de ciertas palabras y frases, la mente se aquieta. Cuando la mente está quieta después de haber luchado con un problema, es obvio que hay una respuesta, pero la respuesta no proviene, ciertamente, de aquello que está más allá del tiempo. El requerimiento de ustedes está dentro del campo del tiempo y, por lo tanto, la respuesta también debe estar dentro del campo del tiempo. Ésa es una parte de la cuestión; toda vez que recen, siendo el rezo una petición, un ruego, tendrá que haber una respuesta, pero ésa no es una respuesta de la realidad.

Ahora bien, el interlocutor quiere saber si mediante la oración es posible entrar en contacto directo con la realidad, con Dios. Haciendo que la mente se aquiete, forzándola por medio de la disciplina, de la repetición de palabras, adoptando ciertas posturas, controlándola y sometiéndola, ¿es posible, de ese modo, entrar en contacto con la realidad? Obviamente no. Una mente moldeada por las circunstancias, por el medio, por el deseo, por la disciplina, jamás puede ser libre. Sólo la mente libre puede descubrir, puede entrar en contacto con la realidad. Pero una mente que busca, que pide, que trata de ser feliz, de volverse virtuosa, una mente así jamás puede estar quieta; por lo tanto, jamás puede establecer contacto con aquello que está más allá de toda experiencia. Al fin y al cabo, la experiencia se encuentra dentro del campo de lo transitorio, ¿no es así? Decir: "He experimentado", es poner esa experiencia dentro de la red del tiempo. ¿Acaso la verdad es algo para ser experimentado? ¿Es algo que puede ser repetido? ¿Es una cosa de la memoria, de la mente? ¿O la verdad es algo que está más allá de la mente y, en consecuencia, más allá del estado de experimentar? Cuando uno experimenta, hay un recuerdo de esa experiencia,

y ese recuerdo, que es repetición, no es, evidentemente, lo verdadero. La verdad es algo que existe de instante en instante, no puede ser experimentada como una cosa del experimentador.

Así pues, para entrar en contacto directo con la realidad, la mente debe ser libre, pero esa libertad no surge por medio de la disciplina, de la súplica, de la oración. La mente puede aquietarse por obra del deseo, de diversas formas de coacción, de esfuerzo, pero la mente aquietada no es una mente quieta, silenciosa; es tan sólo una mente disciplinada, una mente aprisionada, moldeada, bajo control. El que quiera entrar en contacto con la realidad no necesita rezar. Al contrario, debe comprender la vida; y la vida es relación. Ser es estar relacionado, y si la mente no comprende su relación con las cosas, las personas y las ideas, estará inevitablemente en conflicto, en un estado de agitación. Uno puede, momentáneamente, reprimir esa agitación, pero tal represión no es libertad. La libertad adviene cuando nos comprendemos a nosotros mismos, y sólo entonces es posible entrar en contacto con aquello que no es una proyección de la mente.

*Pregunta: El individuo, ¿es el resultado de la sociedad o es el instrumento de la sociedad?*

KRISHNAMURTI: Ésta es una pregunta importante, ¿verdad? Sobre esta cuestión, el mundo se divide en dos ideologías opuestas: que el individuo es el instrumento de la sociedad, o que es el resultado de la sociedad. De un lado, los expertos, las autoridades, dicen que el individuo es el resultado de la sociedad, y del otro, están los que sostienen que es el instrumento de la sociedad. Ahora bien, ¿no es importante, para ustedes y para mí, descubrir por nosotros mismos la verdad de esto, y no depender de especialistas, de autoridades, ya sean de la izquierda o de la derecha? Es la verdad —no la opinión, no el conocimiento— lo que nos liberará de lo falso, y es importante, para cada uno de nosotros, descubrir la verdad, y no depender meramente de las palabras o de la opinión de otra persona.

Entonces, ¿cómo vamos a descubrir la verdad de eso? Para ello, es obvio que no debemos depender del experto, del especialista, del líder. Y para conocer la verdad de esto por nosotros mismos, tampoco debemos depender de nuestro conocimiento previo. Cuando dependemos del conocimiento previo, estamos perdidos, ya que cada autoridad contradice a la otra, cada una traduce la historia de acuerdo con su prejuicio o su idiosincrasia personal. Por lo tanto, lo primero es, obviamente, estar libres de las influencias externas del conocimiento, del especialista, de los dirigentes políticos, etcétera.

Para descubrir la verdad acerca de esta cuestión, podemos rechazar a las autoridades externas y confiar en nuestra propia experiencia, en nuestro propio conocimiento, en nuestro propio estudio, pero ¿nos revelará eso la verdad al respecto?

Quizá digan que no tienen nada más en qué basarse, que para juzgar si el

individuo es el instrumento o si es el resultado, el producto de la sociedad, para hallar la verdad al respecto, tendrán que confiar en su propia experiencia. Ahora bien, ¿depende de la experiencia el descubrimiento de la verdad? Al fin y al cabo, ¿qué es nuestra experiencia? Es el resultado de la acumulación de creencias, influencias, recuerdos, circunstancias, etc. Es el pasado. La experiencia es la acumulación del conocimiento que pertenece al pasado, y por medio del pasado tratamos de encontrar la verdad acerca de esta cuestión. ¿Puede uno, entonces, confiar en su experiencia? Y si no puede, ¿a base de qué juzgará?

Espero estar aclarando el problema. Para ver, para encontrar la verdad con respecto a esto, debemos saber *qué* es la experiencia. ¿Qué es nuestra experiencia? Es, obviamente, la respuesta a nuestro condicionamiento, y éste es el resultado de la sociedad que nos rodea. Por lo tanto, al buscar la verdad en esto, la buscamos de acuerdo con nuestro condicionamiento, ¿no es así? A ustedes les gustaría pensar que son tan sólo el producto de la sociedad; es más fácil así y, por ende, más grato, pero en realidad piensan que son espirituales, que son Dios encarnado, la manifestación de algo supremo, etc., todo lo cual es el resultado de las influencias con que su sociedad y su religión los condicionan. Juzgarán, pues, conforme a eso. Pero ¿es ésa la verdadera medida de la verdad, depende ella siempre de la experiencia? ¿Acaso la experiencia misma no es una barrera para la comprensión de la verdad? Actualmente, son ustedes tanto el producto como el instrumento de la sociedad, ¿no es así? Toda la educación condiciona al niño para ello. Si observan con mirada muy objetiva, imparcial, ven que son el producto de la sociedad: son franceses, ingleses, hindúes, creen en esto o en aquello. Y también son el instrumento de la sociedad. Cuando la sociedad dice: "Vayan a la guerra", todos marchan en tropel a la guerra; cuando la sociedad dice: "Ustedes pertenecen a esta religión", repiten la fórmula, las frases, el dogma. Son, pues, tanto el producto como el instrumento de la sociedad, lo cual es un hecho obvio. Les guste o no, es así.

Ahora bien, para averiguar qué hay más allá, si en la vida hay algo más que el mero ser moldeados por y para la sociedad, a fin de descubrir la verdad al respecto, deben llegar a su fin todas las influencias; y toda experiencia, que es la medida, debe cesar. Para descubrir la verdad, no debe haber medida, porque la medida es el resultado de nuestro condicionamiento, y lo que se halla condicionado, sólo puede ver su propia proyección; en consecuencia, jamás puede percibir aquello que es real. Es importante que averigüemos por nosotros mismos la verdad acerca de esta cuestión, porque sólo la verdad puede liberarnos, y entonces seremos verdaderos revolucionarios, no meros repetidores de palabras.

*Pregunta: ¿Por qué habla usted del silencio de la mente, y qué es este silencio?*

KRISHNAMURTI: Si queremos comprender algo, ¿no es necesario, acaso, que la mente esté en silencio? Si tenemos un problema, nos atormentamos

con él, ¿no es cierto? Lo examinamos, lo analizamos, lo desmenuzamos con la esperanza de comprenderlo. Ahora bien, ¿comprendemos por medio del esfuerzo, del análisis, de la comparación, de cualquier forma de lucha mental? Por cierto, la comprensión llega sólo cuando la mente está muy quieta. No sé si han experimentado con ello, pero si lo hacen, pueden descubrirlo fácilmente por sí mismos. Se dice que cuanto más luchemos con la cuestión del hambre en el mundo, con la guerra, o con cualquier otro problema humano, cuanto más entremos en conflicto con un problema, más podremos comprenderlo. ¿Es eso cierto? Las guerras han estado prosiguiendo durante siglos, así como el conflicto entre individuos, entre sociedades; la guerra, interna y externa, está constantemente ahí. ¿Resolvemos esa guerra, ese conflicto, mediante más conflicto, más luchas, más intentos ingeniosos? ¿O comprendemos el problema sólo cuando nos hallamos directamente frente a él, cuando nos enfrentamos al hecho? Y podemos enfrentarnos al hecho cuando no hay agitación alguna interfiriendo entre la mente y el hecho. ¿No es importante, entonces, si es que hemos de comprender, que la mente esté quieta?

Pero ustedes preguntarán, invariablemente: "¿Cómo puede la mente ser aquietada?". Ésa es la respuesta inmediata, ¿verdad? Dicen: "Mi mente se halla agitada, ¿cómo puedo mantenerla quieta?". ¿Puede un sistema, una fórmula, una disciplina, hacer que la mente se aquiete? Puede, pero cuando aquietamos la mente de ese modo, ¿es eso quietud, es silencio? ¿O la mente tan sólo se ha encerrado dentro de una idea, de una fórmula, de una frase? Y una mente así está muerta, ¿verdad? Por eso, casi todas las personas que tratan de ser espirituales —lo que ellas llaman ser espirituales—, están muertas, ya que han adiestrado sus mentes para que se mantengan quietas, se han encerrado, con ese fin, dentro de una fórmula. Una mente semejante jamás está quieta, es obvio; sólo ha sido reprimida, sojuzgada.

Ahora bien, la mente está quieta cuando ve la verdad de que la comprensión llega sólo si está quieta; si yo quiero comprenderlo a usted, debo estar quieto, no puedo tener reacciones contra usted, no debo prejuzgar, tengo que eliminar todas mis conclusiones previas, mis experiencias, y enfrentarme a usted cara a cara. Sólo entonces, cuando la mente está libre de mi condicionamiento, comprendo realmente. Cuando veo la verdad de eso, la mente está quieta, y entonces no existe el problema de cómo hacer que la mente se aquiete. Sólo la verdad puede liberar a la mente de sus propias ideaciones, y para ver la verdad, la mente debe darse cuenta de que, mientras se halla agitada, no puede tener comprensión. Eso es un hecho. Por lo tanto, la quietud de la mente, la serenidad de la mente, no es cosa que pueda ser producida por la fuerza de la voluntad, por ninguna acción del deseo, porque en tal caso, una mente así está encerrada en sí misma, está aislada, es una mente muerta; en consecuencia, es incapaz de tener adaptabilidad, flexibilidad, rapidez. Una mente así no es creativa.

No se trata, pues, de cómo hacer que la mente se aquiete, sino de ver la verdad de cada problema a medida que se nos presenta. Es como el estanque

que se aquieta cuando cesa el viento. Nuestra mente se halla agitada porque tenemos problemas, y para evitar los problemas aquietamos la mente. Ahora bien, la mente ha proyectado estos problemas, no hay problemas aparte de la mente; y en tanto la mente proyecte cualquier concepto de sensibilidad, en tanto practique cualquier forma de quietud, jamás podrá estar quieta. Pero cuando la mente se da cuenta de que sólo estando quieta hay comprensión, entonces se queda muy quieta. Esa quietud no es algo impuesto, producido por la disciplina; es una quietud que no puede ser comprendida por una mente agitada.

Muchos de los que buscan la quietud mental, se retiran de la vida activa yéndose a una aldea, a un monasterio, a las montañas. O se retiran encerrándose en ideas, en una creencia, o evitando a las personas que los perturban. Pero semejante aislamiento no es la quietud de la mente. El encierro de la mente en una idea, o la evitación de personas que nos complican la vida, no generan quietud mental. La quietud, el silencio de la mente adviene cuando no hay proceso de aislamiento a causa de las acumulaciones, sino una comprensión completa de todo el hecho de la relación. Las acumulaciones envejecen la mente, y sólo cuando la mente es nueva, fresca, cuando está libre del proceso de acumulación, sólo entonces, es posible que esté serena. Una mente así no está muerta, se halla muy activa. La mente quieta es una mente en extremo activa, pero si experimentan con ello, si lo investigan a fondo, verán que en esa quietud no hay proyección alguna del pensamiento. El pensamiento es, en todos los niveles, la reacción de la memoria, y jamás puede hallarse en un estado de creación. Puede expresar la creatividad, pero el pensamiento en sí nunca puede ser creativo. Pero, cuando haya silencio —esa serenidad mental que no es un resultado—, veremos que en esa quietud existe una actividad extraordinaria, una acción extraordinaria que una mente agitada por el pensamiento jamás podrá conocer. En esa quietud, no hay formulación alguna, no hay ideas, no hay recuerdos; es un estado de creación que puede ser experimentado únicamente cuando comprendemos por completo todo el proceso del "yo". De lo contrario, la quietud no tiene sentido. Y en esa quietud que no es un resultado, se descubre lo eterno, lo que está más allá del tiempo.

*23 de abril de 1950*

## CUARTA PLÁTICA EN PARÍS

El problema de la lucha, del esforzarse por algo, debe ser comprendido a fondo, porque me parece que cuanto más nos esforzamos, cuanto más luchamos por ser esto o aquello, tanto más aumenta la complejidad del problema. Jamás hemos investigado realmente esta cuestión del esforzarse por algo. Hacemos grandes esfuerzos, espiritualmente, físicamente y en todos los campos de la vida; toda nuestra existencia es un proceso de esfuerzo constante, positi-

va o negativamente, ya sea para llegar a ser algo o para huir de algo. Toda nuestra estructura social, así como nuestra existencia religiosa o filosófica, se basan en el esfuerzo por alcanzar un resultado o por evitarlo.

Ahora bien, ¿comprendemos algo mediante la lucha, el esfuerzo, el conflicto? ¿Hay en ello posibilidad alguna de flexibilidad, de ajuste? Y ¿es realmente esencial el esfuerzo que hacemos prácticamente todo el tiempo, ya sea consciente o inconscientemente? Yo sé, es obvio, que la actual estructura de la sociedad se basa en la lucha, en el esfuerzo, en alcanzar el éxito o en evitar un resultado que no deseamos. Es una constante batalla psicológica. Mediante el esfuerzo psicológico, mediante el intento de llegar a ser alguna cosa, ¿comprendemos algo? Creo que es un problema que debemos afrontar realmente e investigar con bastante profundidad. Quizá no sea posible esta mañana entrar en detalles, pero uno puede ver con mucha claridad que hay esfuerzos de toda clase, y que el esfuerzo más notable que hacemos es para amoldarnos en la relación. La lucha, el conflicto, existen en la relación: siempre estamos tratando de amoldarnos a una diferente categoría social o a una idea. Y este constante esforzarnos, ¿nos lleva realmente a alguna parte?

El esforzarnos crea en nuestra conciencia un centro alrededor del cual construimos toda la estructura del "yo" y "lo mío": mi posición, mi logro, mi voluntad, mi éxito; y en tanto el "yo" exista, no hay posibilidad alguna de comprender verdaderamente el proceso total de uno mismo. ¿No es posible, acaso, vivir una vida sin lucha, sin conflicto, sin el centro del "yo"? Una manera así de vivir no es, por cierto, mero escapismo oriental; llamarla de ese modo sería realmente absurdo, sería tan sólo una forma de ignorarla. Por el contrario, consideremos si es posible vivir en el mundo y construir una nueva sociedad, si todo este proceso de volvernos exitosos, virtuosos, de lograr o evitar algo, puede ser completamente desechado. Y ¿no es esencial que desechemos este constante esforzarnos por algo, si es que de veras queremos comprender qué es el vivir? A fin de cuentas, ¿podemos, acaso, captar el significado de algo esforzándonos, luchando, estando en conflicto con ello? ¿O lo comprendemos sólo cuando tenemos la capacidad de mirarlo directamente, sin esta batalla, sin este conflicto entre el observador y lo observado?

Podemos ver en la experiencia cotidiana que, si de veras queremos comprender algo, tiene que haber cierto sentido de quietud, cierta serenidad no forzada, no disciplinada ni controlada, sino una serenidad espontánea en la que uno ve el significado de cualquier problema. Después de todo, cuando tenemos un problema, luchamos con él, lo analizamos, lo disecamos, lo desmenuzamos tratando de averiguar cómo resolverlo. Ahora bien, ¿qué ocurre cuando renunciamos a luchar con él? En ese estado de quietud, de relajada serenidad, el problema adquiere un aspecto diferente, uno lo comprende con más claridad. ¿No es posible, de igual manera, vivir en ese estado de alerta, de observación imparcial, que da origen a la serenidad de la mente, ya que sólo en esa serenidad puede haber comprensión?

Al fin y al cabo, nuestro condicionamiento —social, económico, religio-

so, etc.— está todo basado en el culto del éxito. Todos deseamos tener éxito, lograr un resultado. Si fracasamos en este mundo, abrigamos la esperanza de tener éxito en el próximo. Si no somos muy exitosos política o económicamente, deseamos serlo espiritualmente. Rendimos culto al éxito. Y en ese llegar a tener éxito, es inevitable que haya esfuerzo, el cual implica conflicto constante, interno y externo. Y, a través del conflicto, uno jamás puede comprender nada, ¿verdad? ¿Acaso la propia naturaleza del "sí mismo", del "yo", no es un proceso de llegar a ser esto o aquello? A fin de pensar y sentir de manera directa, ¿no es necesario comprender este "yo", que es el campo del conflicto? ¿Podemos comprender toda esta estructura de nosotros mismos, sin que intervenga el conflicto de intentar cambiar *lo que es*? En otras palabras, ¿podemos mirar, considerar lo que somos esencialmente, de hecho, y no tratar de cambiarlo? Sólo cuando somos capaces de mirar el hecho tal como es, podemos habérnoslas con él, pero en tanto luchemos con el hecho tratando de cambiarlo, de convertirlo en otra cosa, seremos incapaces de comprender *lo que es*. Únicamente cuando comprendemos *lo que es*, podemos ir más allá.

Por consiguiente, a fin de comprender la estructura de mí mismo, que es el problema central de toda existencia, resulta esencial que tome conciencia de todo el proceso del "yo" —el "yo" que busca el éxito, el "yo" que es cruel, adquisitivo, que separa toda acción, todo pensamiento, como algo "mío"—. A fin de comprender ese "yo", ¿no debo mirarlo tal como es en realidad, sin luchar con él, sin tratar de modificarlo? No hay duda de que sólo entonces se torna posible ir más allá. En consecuencia, el conocimiento propio es el principio de la sabiduría. La sabiduría no se compra en los libros; la sabiduría no es experiencia, no es la acumulación de ninguna clase de virtudes, no es la evitación del mal. La sabiduría llega sólo por obra del conocimiento propio, de la comprensión con respecto a todo la estructura, a todo el proceso del "yo".

Para que el "yo" sea claramente comprendido, debe ser visto, experimentado en la relación. Sólo en el espejo de la relación descubro el proceso total de mí mismo, tanto el consciente como el inconsciente; y es obvio que todo esfuerzo por transformar ese proceso, es un movimiento de evitación, de resistencia, que impide la comprensión. De modo que, si uno es de veras serio y no vive solamente en el nivel verbal, debe comprender este proceso del "yo", comprenderlo no teóricamente, no conforme a tal o cual filosofía o doctrina, sino de hecho, en la relación; y ese proceso puede ser descubierto y comprendido por completo cuando no hay esfuerzo alguno por cambiarlo o modificarlo. Es decir, la comprensión llega sólo cuando existe una observación pura, sin opciones.

Yo no creo que la mayoría de ustedes comprenda que los problemas del mundo no son algo separado de cada uno de nosotros. Los problemas del mundo existen a causa de ustedes y de mí; los problemas del mundo son *nuestros* problemas, porque el mundo no es diferente de ustedes y de mí. Y si uno quiere de veras, seria y sinceramente, comprender todo el problema de la existencia, no hay duda de que debe empezar consigo mismo, pero no en el aisla-

miento, no como una individualidad en oposición a la masa o apartada de la sociedad. El problema de la masa es el problema del "yo", y es esencial, si queremos comprender el mundo y dar origen a una nueva estructura social, que nos comprendamos a nosotros mismos. Creo que no nos damos cuenta seriamente, de la capacidad que cada uno tiene de transformarse a sí mismo. Acudimos a líderes, instructores, salvadores, pero me temo que ellos no transformarán el mundo, no darán origen a un nuevo orden mundial. Ningún instructor podrá hacerlo jamás, sino únicamente ustedes y yo comprendiéndonos a nosotros mismos; y no creo que veamos la inmensidad de eso. Pensamos que, como individuos, somos tan pequeños, tan insignificantes, tan comunes, que no podemos hacer nada con respecto a este mundo. Por cierto, las grandes cosas empiezan en pequeña escala. La revolución fundamental tiene lugar, no exteriormente, sino internamente, psicológicamente, y esa revolución fundamental, duradera, puede acaecer sólo cuando ustedes y yo nos comprendemos a nosotros mismos.

La comprensión propia no implica un apartarse de la vida para ingresar en un monasterio o para sumergirse en alguna meditación religiosa. Por el contrario, comprendernos a nosotros mismos es comprender nuestra relación con las cosas, las personas y las ideas. Sin la relación no existimos; ser es estar relacionado. La relación es con la propiedad, con las personas, con las ideas, y en tanto no comprendamos el proceso total del "yo" en la relación, estamos obligados a generar conflictos internos; éstos se proyectan exteriormente y causan desdicha en el mundo. Es esencial, pues, comprendernos a nosotros mismos, y esa comprensión propia no se encuentra en ningún libro, en ninguna filosofía. Puede darse sólo de instante en instante y en todas nuestras relaciones cotidianas. La relación es vida, y sin comprender la relación, nuestra vida es un conflicto, una lucha constante por transformar *lo que es*, transformarlo en lo que deseamos que sea. Sin comprender el "yo", el mero transformar o reformar el mundo exterior, sólo conduce a más desdicha, más conflicto y destrucción.

Me han entregado algunas preguntas, y voy a contestarlas. Pero antes de hacerlo, permítanme decirles que, si bien es fácil formular preguntas, resulta extremadamente difícil seguir la pregunta y descubrir por uno mismo la respuesta. Casi todos nosotros, cuando formulamos una pregunta, esperamos una respuesta, pero la vida no está hecha de preguntas y respuestas. La vida es lo verdadero, y cuando uno formula una pregunta, debe seguirla hasta el final, hasta terminar con ella y encontrar la verdadera respuesta. Al considerar, pues, estas preguntas, espero que ustedes y yo tratemos de encontrar la verdad al respecto, y no nos limitemos a vivir en el nivel verbal.

*Pregunta: ¿Por qué le tenemos miedo a la muerte? ¿Y cómo hemos de vencer este miedo?*

KRISHNAMURTI: El miedo no es una abstracción; es obvio que sólo exis-

te en relación con algo. Ahora bien, ¿qué hay en la muerte que nos cause miedo? Tenemos miedo de no ser, de no continuar; eso es, por cierto, lo principal. Tememos no tener continuidad, lo cual implica, básicamente, que nos atemoriza no conocer el futuro, lo desconocido. Si nos aseguran la continuidad, es decir, si podemos conocer el futuro, lo desconocido, no hay miedo.

Y bien, ¿podemos, acaso, conocer lo desconocido, lo que está más allá de todas las invenciones, de todas las proyecciones de la mente? Podemos conocer las proyecciones mentales, pero eso no es lo desconocido. Podemos, asimismo, negar las proyecciones y tratar de sondear lo desconocido, pero eso sigue siendo una forma de proyección. Así pues, en tanto tratemos de averiguar intelectualmente, verbalmente, por medio del deseo, cómo conquistar lo desconocido, tiene que haber miedo. Estamos atemorizados, esencialmente, a causa del futuro, de lo desconocido, y si otro puede garantizarnos, asegurarnos que hay continuidad, entonces ya no tenemos más miedo. Pero la continuidad, ¿genera en alguna forma comprensión con respecto a lo desconocido? ¿Puede dar origen a la creatividad, al sentimiento creativo? Por cierto, tan pronto hay continuidad, no hay terminación, y sólo en la terminación, en el morir, hay creatividad, existe lo nuevo. Nosotros no queremos morir, y así hacemos de la vida un proceso de continuidad, pero sólo en la muerte podemos conocer el vivir.

Nuestro problema es, entonces, éste: ¿Puede la mente concebir, formular alguna vez, lo desconocido? La mente, ¿no es el producto del pasado, del tiempo? ¿No es, acaso, una mera acumulación de experiencias, de conocimientos y, por ende, un depósito del tiempo, del pasado? ¿Puede, pues, la mente, que es el resultado del tiempo, conocer lo intemporal, aquello que está más allá del tiempo? Obviamente no. Cualquier cosa que la mente proyecta, sigue estando dentro del campo del tiempo, y habrá miedo mientras la mente se proyecte a sí misma o trate de entender, el futuro, lo desconocido. El miedo cesará sólo cuando yo vea la verdad de esto: que la continuidad significa la proyección de mí mismo, siendo el "mí mismo" conflicto, constante oscilar entre el placer y el dolor. En tanto haya una continuidad del "yo", tiene que haber dolor, miedo; y la mente, que es el centro del "yo" jamás podrá dar con aquello que está más allá del campo del tiempo.

Nuestra dificultad consiste en que realmente no sabemos cómo vivir, ¿no es así? Debido a que no hemos comprendido la vida, pensamos que queremos comprender la muerte. Pero si podemos comprender el proceso del vivir, entonces no habrá miedo a la muerte. Nos atemoriza la muerte porque no sabemos cómo vivir. Consideren los libros que se han escrito sobre la muerte. ¡Miren todo el esfuerzo hecho para comprender qué hay más allá! Por cierto, el miedo a lo que hay más allá surge sólo cuando no sé cómo vivir en el presente, cuando no conozco todo el significado de la vida.

Nuestra vida es un proceso de lucha, dolor y placer, un movimiento constante de una cosa a otra, de lo conocido a lo conocido; es una batalla de ajustes, logros y cambios. Ésa es toda nuestra vida... con ocasionales resplandores de

claridad. Y, puesto que no comprendemos la vida, nos atemoriza la muerte. Ahora bien, ¿es necesario que la vida sea una batalla, una lucha, un devenir constante? ¿O puede haber libertad respecto de este devenir, a fin de que podamos vivir sin conflicto? Esto significa morir cada día, morir para todas las cosas que uno ha acumulado, todas las cosas que ha reunido como experiencia, como conocimiento. Entonces hay una cualidad de lo nuevo, porque la vida ya no es más un movimiento de lo conocido a lo conocido; es un estado de libertad respecto de lo conocido, y esa libertad permite el encuentro con lo desconocido. Sólo entonces hay una posibilidad de liberarnos del miedo a la muerte.

*Pregunta: ¿Cuál es el proceso de la experiencia? ¿Es diferente de la autoconciencia?*

KRISHNAMURTI: En primer lugar, veamos qué es la experiencia. Indudablemente, la experiencia es la respuesta al reto y el reconocimiento de la respuesta, ¿no es así? Es el estímulo, la respuesta y el reconocimiento de la respuesta; eso es la experiencia. Si no respondo a un reto, a un estímulo, o si no reconozco esa respuesta, ¿hay experiencia? La experiencia es, entonces, el reconocimiento de la respuesta a un reto, siendo reconocimiento el nombrar, el calificar, el asignar a algo el valor apropiado. Es decir, la experiencia es la respuesta a un reto y el reconocimiento de esa respuesta al nombrarla, ya sea verbalmente o simbólicamente, consciente o inconscientemente. Sin el proceso de reconocimiento, no hay experiencia.

Por lo tanto, este proceso de respuesta a un reto y el reconocimiento de la respuesta es, sin lugar a dudas, la experiencia. Y ¿es eso diferente de la autoconciencia? En tanto la respuesta al reto sea adecuada, completa, es obvio que no puede haber fricción ni conflicto entre la respuesta y el reto. De modo que la autoconciencia surge, ¿no es así?, sólo cuando hay conflicto entre el reto y la respuesta. Usted puede comprobar esto por sí mismo, es muy simple; y verá que no es cuestión de creer o descartar, sino únicamente de experimentar y estar atento, de ver realmente lo que ocurre.

En tanto uno no tenga conflicto, no luche, no se esfuerce, ¿hay autoconciencia? ¿Está uno consciente de que es feliz? Tan pronto tiene conciencia de que es feliz, la felicidad cesa, ¿no es así? El deseo por algo, el deseo de felicidad, es lo que genera conflicto y contribuye a que uno tenga conciencia de sí mismo. Cuando hay conflicto, perturbación, hay reconocimiento, y el reconocimiento es, en sí, el proceso de autoconciencia.

Así pues, la experiencia, o sea, el reconocimiento de la respuesta al reto, es el principio de la autoconciencia. No hay diferencia, entonces, entre experimentar, que es reconocer, y la autoconciencia. Para comprender esto no es necesario, por cierto, leer libros acerca de la conciencia, o estudiar muy a fondo, o escuchar lo que dicen otros. Podemos descubrirlo observando el proceso íntegro de nuestro propio experimentar, de nuestra propia conciencia. Eso es

exactamente lo que intentamos hacer. No estoy proponiendo una nueva filosofía —espero que no— ni trato de que acepten cosa alguna. Todo cuanto procuramos hacer es ver qué es la conciencia.

La conciencia es, sin duda, experiencia; después, está el nombrar esa experiencia como buena o mala, agradable o desagradable, y el deseo de tener más o de tener menos de ella; y el mismo nombrarla, calificarla, la fortalece, le da permanencia. De modo que la conciencia es un proceso de experimentar, nombrar o calificar, y de acopiar todo eso como memoria, recuerdos. La totalidad de este proceso es consciente o inconsciente, y en tanto le demos un nombre o califiquemos la experiencia, es inevitable que ésta quede fija en la mente, retenida en la red del tiempo. Este proceso íntegro es, en su totalidad, la autoconciencia, ya sea que se encuentre en el nivel verbal o muy en lo profundo, muy encubierta.

De modo que, en tanto adjudiquemos a una experiencia un nombre, un calificativo, un símbolo, esa experiencia jamás podrá ser nueva, porque tan pronto la reconocemos, ya es vieja. Cuando hay una experiencia y la nombramos, eso es meramente el proceso de registrar, de recordar. Es decir, cada reacción, cada experiencia, es traducida por la mente y guardada en la mente como memoria, y con esa memoria abordamos lo nuevo, que es el reto. Al abordar lo nuevo con lo viejo, transformamos lo nuevo en viejo, y de ese modo no hay en absoluto comprensión respecto de lo nuevo.

Podemos comprender lo nuevo sólo cuando la mente es capaz de no nombrarlo; únicamente así, la experiencia puede ser comprendida de manera plena, completa, y entonces es posible ir más allá, de modo tal que, cada vez que abordamos el reto, éste tiene una cualidad diferente y no es tan sólo reconocido e introducido en la memoria. Hay libertad con respecto a la conciencia de mí mismo, del "yo", cuando comprendemos en su totalidad este proceso de experimentar, nombrar y registrar. Cuando ese proceso llega a su fin —el proceso del "yo" y "lo mío"— existe una posibilidad de ir más allá y descubrir cosas que no pertenecen a la mente.

*Pregunta: Yo no puedo concebir un amor que no sea ni sentido ni pensado. Usted usa probablemente la palabra "amor" para señalar alguna otra cosa. ¿No es así?*

KRISHNAMURTI: Cuando nosotros decimos "amor", ¿qué entendemos por esa palabra? ¿Qué es lo que entendemos de hecho, no teóricamente? Es un proceso de sensación y pensamiento, ¿verdad? Eso es lo que entendemos por "amor".

Ahora bien, ¿es pensamiento el amor? Cuando pienso en alguien, ¿es amor eso? O, cuando digo que el amor debe ser impersonal, universal, ¿es eso amor? Por cierto, el pensamiento es el resultado de un sentimiento, de una sensación, y mientras el amor esté contenido dentro del campo de la sensación y el pensamiento, es obvio que en ese proceso tiene que haber conflicto. Y ¿no es impor-

tante que averigüemos si hay algo más allá del campo del pensamiento? Eso es lo que estamos tratando de hacer. Sabemos qué es el amor en el sentido corriente de la palabra: un proceso de pensamiento y sensación. Si no pensamos en determinada persona, creemos que no la amamos; si no sentimos ciertas cosas, creemos que no hay amor. Pero ¿es eso todo? ¿O el amor es algo más allá de eso? Para averiguarlo, ¿no debe cesar el pensamiento como sensación? Después de todo, cuando amamos a alguien, pensamos en esa persona, tenemos una imagen de ella. Es decir, lo que llamamos amor es un proceso del pensar, una sensación, la cual es recuerdo, el recuerdo de lo que hicimos o no hicimos con él o con ella. Así, el recuerdo, que es el resultado de la sensación y se convierte en pensamiento verbalizado, es lo que llamamos "amor". E incluso cuando decimos que el amor es impersonal, cósmico, o como sea que lo llamemos, eso sigue siendo un proceso de pensamiento.

Y bien, ¿es un proceso de pensamiento el amor? Podemos pensar en la persona o pensar en recuerdos relacionados con esa persona, pero ¿es amor eso? El amor es, sin duda, una llama sin humo. Nosotros estamos familiarizados con el humo: el humo de los celos, de la ira, de la dependencia, de llamarlo amor personal o impersonal, el humo del apego. No tenemos la llama, pero conocemos bien el humo, y esa llama es posible tenerla únicamente cuando no hay humo. En consecuencia, lo que nos concierne no es el amor —no es averiguar si es algo que está más allá de la mente o más allá de la sensación—, sino estar libres del humo: el humo de los celos, de la envidia, el humo de la separación, del dolor y la angustia. Sólo en ausencia del humo conoceremos, experimentaremos aquello que es la llama. Y la llana no es personal ni impersonal, no es universal ni particular; es simplemente una llama. Y la realidad de esa llama existe sólo cuando la mente, todo el proceso del pensamiento ha sido comprendido. De modo que el amor es posible cuando llega a su fin el humo del conflicto, de la competencia, de la lucha, de la envidia, porque ese proceso engendra oposición y en ésta hay miedo. En tanto haya miedo no hay comunión, porque uno no puede entrar en comunión con nada a través de una cortina de humo.

Está claro, pues, que el amor sólo es posible sin el humo, y como estamos familiarizados con el humo, investiguémoslo por completo, comprendámoslo plenamente a fin de liberarnos de él. Entonces conoceremos esa llama que no es personal ni impersonal, esa llama sin nombre. No es posible nombrar lo que es nuevo. Nuestro problema no radica en saber qué es el amor, sino qué son las cosas que impiden la plenitud de esa llama. No sabemos cómo amar; sólo sabemos cómo pensar en el amor. En el proceso mismo de pensar generamos el humo del "yo" y "lo mío", y en ese humo quedamos atrapados. Pero cuando somos capaces de liberarnos del proceso de pensar en el amor, y de todas las complicaciones que surgen de ello, sólo entonces existe una posibilidad de tener esa llama.

*Pregunta: ¿Qué es el bien y qué es el mal?*

KRISHNAMURTI: Como dije, es fácil formular una pregunta, pero es mucho más difícil investigarla plenamente. Pero intentémoslo.

¿Por qué pensamos siempre en función de la dualidad, desde el punto de vista de los opuestos? ¿Por qué estamos tan condicionados por el pensamiento de que existe el bien y de que existe el mal? ¿Por qué esta división, por qué este proceso opera siempre dentro de nosotros? Si podemos comprender el proceso del deseo, comprenderemos, sin duda, este problema, ¿no es así? La división del bien y del mal es una contradicción en nosotros. Estamos apegados al bien porque es mucho más placentero, y nos hallamos condicionados para evitar el mal, que nos resulta doloroso. Ahora bien, si pudiéramos comprender el proceso del deseo, que convierte a la vida en una contradicción, entonces quizá seríamos capaces de liberarnos del conflicto de los opuestos.

El problema no consiste, pues, en saber qué es el bien y qué es el mal, sino en descubrir el porqué de esta contradicción en nuestra vida cotidiana. Deseo algo, y en ese desear mismo está el opuesto. Entonces, ¿es el bien la evitación del mal? La belleza, ¿es la evitación de lo feo? En tanto evito algo, ¿no genero necesariamente resistencia contra ello y, por lo tanto, creo su opuesto? ¿Existe, pues, esa nítida línea de demarcación entre el bien y el mal? ¿O, cuando comprenda el proceso del deseo, quizá sabré qué es la virtud? Porque el hombre que trata de volverse virtuoso, jamás podrá ser virtuoso; esto es obvio. El hombre que trata de volverse amable, afectuoso, tolerante, jamás podrá ser virtuoso; sólo trata de lograr algo, y la virtud no es un proceso de logro. La evitación del mal es un proceso de logro, pero si puedo comprender el deseo, que genera dualidad, sabré qué es la virtud.

No es virtud poner fin al deseo, sino comprender el deseo. Poner fin al deseo es solamente otra forma de deseo. En el deseo mismo de terminar con el deseo, genero el opuesto y, por ende, perpetúo el conflicto, la batalla entre el ideal y lo que soy. Así pues, el hombre que persigue el ideal sólo genera conflicto, y el que está intentando volverse virtuoso, jamás puede conocer la virtud; tan sólo se halla enredado en la batalla de los opuestos. Este conflicto entre él mismo y lo que él piensa que debería ser, le brinda una sensación de vivir, pero el hombre de ideales es, en realidad, un hombre de escapes.

Si uno puede comprender qué es la virtud, lo cual implica que puede comprender el deseo, entonces se halla libre de los opuestos; y uno puede comprender el deseo sólo cuando lo mira de hecho, cuando lo ve tal como es, sin ningún sentido de comparación, sin condena ni resistencia alguna. Entonces está libre del deseo. Mientras condene el deseo, tiene que existir el conflicto de los opuestos como el bien y el mal, como lo importante y lo insignificante; en tanto uno se resista al deseo, tiene que existir el conflicto de la dualidad. Pero cuando uno mire el deseo tal como es, sin ningún sentido de comparación, condena o justificación, entonces verá que el deseo llega a su fin.

De modo que el principio de la virtud es la comprensión respecto del deseo. Estar atrapado en el conflicto de los opuestos es tan sólo fortalecer el

deseo, y la mayoría de nosotros no quiere comprender plenamente el deseo; nos complacemos en el conflicto de los opuestos. Al conflicto de los opuestos lo llamamos virtud, volvernos espirituales, pero es tan sólo otra forma de fortalecer la continuidad del "sí mismo", y en la continuidad del sí mismo no puede haber virtud. Únicamente cuando no hay miedo, hay libertad, y el miedo cesa con la comprensión del deseo.

Hay una pregunta más. ¿La contestaré o no?

*Auditorio: Sí, sí.*

*Pregunta: Usted dice que si soy creativo, todos los problemas se resolverán. ¿Cómo puedo cambiarme a mí mismo para ser creativo?*

KRISHNAMURTI: Esta pregunta es tan importante como la primera, y espero que no estén demasiado cansados, a fin de investigarlo tan plenamente como nos sea posible en unos cuantos minutos.

Vemos que, al tratar de resolver un problema, creamos muchos otros problemas, lo cual es un hecho evidente. Intentando resolver el problema económico, damos con una multitud de otros problemas, no sólo exteriores, sino también internos. Cuando tengo un problema, trato de resolverlo, y en la solución misma, me encuentro en las manos con otros problemas. Esto es, entonces, lo que sabemos del problema: que jamás se resuelve de manera definitiva, sino que se incrementa constantemente.

Ahora bien, siendo ése el caso, ¿cómo es posible abordar el problema del vivir, o cualquier otro problema, sin multiplicarlo? O sea, ¿es posible abordar el problema de una manera nueva? Por cierto, ésa es la pregunta, ¿verdad? Si puedo abordar cualquier problema de una manera nueva, lo cual implica abordarlo creativamente, entonces tal vez no sólo resolveré ese problema en particular, sino que tampoco introduciré muchos otros problemas. ¿Cómo es posible, pues, ser creativo? ¿Cuáles son las cosas que obstaculizan este sentido de creatividad, el sentido de lo nuevo? Y la mejor pregunta creo que es ésta: ¿Cómo es posible encararlo todo de un modo nuevo, con una mente plena de frescura, una mente no abrumada por la experiencia, por el conocimiento, por la imitación?

¿Qué es lo que nos impide ser creativos? Obviamente, es la técnica. Siempre sabemos qué hacer; tenemos los medios. Toda nuestra educación es un proceso de aprender una técnica, lo cual implica un proceso de imitación, de copia. Al fin y al cabo, el conocimiento es imitación, copia, y ¿no es ésa una de las principales cargas que nos impiden afrontar las cosas de una manera nueva, creativa? La autoridad en cualquiera de sus formas, espiritual o mundana, externa o interna, ¿no es un impedimento para la comprensión creativa? Y ¿por qué tenemos autoridades? Porque pensamos que sin la autoridad estamos perdidos. Necesitamos tener alguna ancla. Por eso, en el deseo de estar interna y externamente seguros, creamos la autoridad, y esa autoridad misma que,

obviamente, significa imitación, destruye la creatividad, la posibilidad de lo nuevo.

La verdad, Dios, ese estado de creatividad, ¿es algo que puede manifestarse por obra de la imitación, de la copia, de la autoridad, de la coacción? ¿No debe uno estar libre de todo eso? Ustedes dirán: "No, para estar libres, tenemos que empezar con la autoridad, con la imitación, con la coacción, y así llegaremos finalmente a la libertad". Si emplean medios erróneos, ¿pueden llegar al fin correcto? Si el fin es la libertad, ¿no debe también ser libre el principio? Porque, si empleamos medios incorrectos, el fin debe ser igualmente incorrecto, y si carecemos de libertad al principio, no tendremos libertad al final. Si al principio nuestra mente es controlada, moldeada, disciplinada conforme a la autoridad, es obvio que seguirá estando cercada, retenida en una armazón al final; y una mente así no puede, por cierto, hallarse en un estado de creatividad. En consecuencia, el principio es el fin; el fin y los medios son una sola cosa.

Si hemos de comprender la creatividad, el principio importa enormemente; eso implica comprender todas esas cosas que obstruyen la mente e impiden su libertad. La libertad adviene cuando comprendemos el deseo de estar seguros. Este deseo es el que crea a la autoridad, el que da origen a la disciplina, al modelo para imitar, al seguimiento del ideal, a todo el proceso de amoldamiento. Cuanto más elevado el ideal, tanto más noble, más santo, más espiritual pensamos que es; pero sigue siendo tan sólo un modelo, y una mente atrapada en un modelo, es incapaz de ser creativa. Pero ver que la mente se halla atrapada en un modelo y limitarnos a rechazarlo, es una reacción, y eso no es, evidentemente, libertad.

Al comprender por qué la mente crea un modelo y se aferra a él, por qué se halla atrapada en la técnica, en la adicción al conocimiento, por qué siempre se mueve de lo conocido a lo conocido, de seguridad en seguridad, de imitación en imitación, al comprender de manera directa todo eso y no reaccionando meramente contra ello, nos liberamos del deseo de seguridad y, en consecuencia, del sentimiento de miedo. En tanto exista el centro del "yo", desde el cual emanan la acción y la reacción, la negación y la aceptación, es obvio que debe haber un proceso de imitación y copia. Mientras seamos meros repetidores y sigamos leyendo libros, citando autoridades, persiguiendo ideales, amoldándonos a una fórmula o a un dogma, aferrándonos a determinada religión o abrazando nuevos cultos, buscando nuevos instructores con la esperanza de ser felices, mientras exista ese proceso, es obvio que no puede haber libertad.

La creatividad adviene sólo cuando la mente se halla libre de toda imitación, de toda experiencia, la cual no es sino la continuidad del "yo". La mente está libre cuando no hay un centro que experimente, y ese centro de la mente desaparece cuando comprendemos todo el proceso del deseo. Sólo entonces hay quietud mental; no es una quietud impuesta, una calma disciplinada, o la serenidad del amoldamiento, sino la espontánea quietud que surge gracias a la

comprensión. Y cuando la mente está quieta, en silencio, hay creatividad, existe el estado creativo del ser. La quietud no es un proceso de imitación, de amoldamiento; no podemos pensar acerca de la quietud.

La serenidad no adviene mediante ninguna proyección de la mente. Cuando el pensamiento está en silencio, no sólo en el nivel superficial, sino en toda la conciencia, así como en lo inconsciente, sólo cuando llega a su fin el proceso del pensamiento, hay un sentido de serenidad, de silencio. En ese silencio hay una creación que no es mera técnica, pero que tiene su propia vitalidad, su propia vía de expresión. En tanto estemos interesados en la expresión, en la técnica, en el conocimiento, en cualquier forma de adicción, no puede haber creatividad, ya que esa creatividad surge sólo cuando la mente está por completo quieta. Esa quietud no es un proceso de evitación, no adviene estudiando una técnica de meditación. Los que aprenden una técnica de cómo meditar, jamás sabrán qué es el silencio, jamás serán creativos, el estado de esas personas será un estado de muerte, de negación de la vida. Puede haber creación sólo cuando el pensamiento ha llegado a su fin en todos los niveles de la conciencia, tanto en el nivel superficial como en los muy profundos, ocultos y secretos. Cuando la mente está por completo quieta, silenciosa, hay creación.

*30 de abril de 1950*

## QUINTA PLÁTICA EN PARÍS

Pensamos, al parecer, que siguiendo determinado curso de filosofía, o una creencia, o un sistema de pensamiento, seremos capaces de esclarecer la confusión, no sólo en nosotros mismos, sino también la que nos rodea. Tenemos innumerables creencias, doctrinas y esperanzas, y al tratar de seguirlas, de ser sinceros en relación con nuestros ideales, confiamos en despejar el camino hacia la felicidad, o el camino hacia el conocimientos y la comprensión. Por cierto, hay una diferencia entre sinceridad y seriedad. Uno puede ser fiel a una idea, a una esperanza, a una doctrina, a un sistema en particular; pero el mero copiar, seguir una idea o amoldarse a determinada doctrina —todo lo cual puede ser llamado sinceridad—, no nos ayudará a esclarecer la confusión en nosotros mismos y, por ende, alrededor de nosotros.

Me parece, pues, que lo que se necesita es seriedad, no la seriedad que surge del mero seguir una tendencia, un sendero en particular, sino esa seriedad que es esencial para comprendernos a nosotros mismos. Para eso no necesitamos ningún sistema, ninguna idea. Uno es sincero respecto de una cosa, de una actitud, de una creencia determinada, pero tal sinceridad no puede ayudarnos, porque podemos ser sinceros y, sin embargo, estar confusos, ser tontos e ignorantes. La sinceridad es un obstáculo cuando es un mero copiar, un mero tratar de seguir cierto ideal, pero la seriedad es algo por completo diferente.

ser serio resulta esencial, no serio en la persecución de algo, sino serio en la comprensión del proceso de nosotros mismos. En esa comprensión no hay necesidad de creencia, doctrina o filosofía alguna. Por el contrario, si tenemos una filosofía, una doctrina, ello se volverá un impedimento para la comprensión de nosotros mismos.

La comprensión de nosotros mismos no tiene nada que ver con el seguimiento de una doctrina, una filosofía o una fórmula, o con tratar de imitar un determinado ideal. Todas esas cosas son el proceso del "yo". Y para la comprensión de los diversos condicionamientos, no es necesaria la sinceridad, sino que es esencial que seamos serios, lo cual es algo por completo diferente. La seriedad no depende de una disposición de ánimo; es el principio de la comprensión de nosotros mismos. Porque, sin ser serios, verdaderamente serios, no podemos ir muy lejos. Pero nuestra seriedad, nuestra intensidad de propósitos, se aplica generalmente al seguimiento de una idea, una creencia o una esperanza en particular, y lo que importa es que nos comprendamos a nosotros mismos. La comprensión de nosotros mismos no requiere imitación, copia, aproximación a un ideal. Por el contrario, tenemos que comprendernos a nosotros mismos tal como somos de instante en instante —sea ello lo que fuere—, y para eso tiene que haber seriedad, la cual no depende de ninguna tendencia o disposición de ánimo especial.

Ahora bien, está claro que no podemos resolver ningún problema humano, ya sea externo o interno, sin comprendernos a nosotros mismos; y la comprensión de nosotros mismos es posible sólo cuando no condenamos ni justificamos aquello a lo que estamos atentos. Estar atentos, sin condena, justificación ni comparación, a cada pensamiento, a cada estado de ánimo, a cada reacción, no requiere la aproximación a una idea. Lo que requiere es seriedad, un sentido de investigación plena, completa, respecto de lo que observamos. Pero la mayoría de nosotros no desea comprender ningún problema a fondo, plenamente; queremos más bien escapar del problema a través de una idea, de la aproximación, la comparación o la condena; debido a eso, jamás resolvemos el problema en particular que afrontamos.

Es importante, pues, a fin de comprendernos a nosotros mismos, que estemos alerta a cada reacción, a cada sentimiento apenas surgen, y la percepción alerta no depende de ninguna fórmula, de ninguna doctrina o creencia, que son tan sólo escapes autoproyectados. Para comprender cada estado de ánimo, cada sentimiento de reacción, uno debe estar atento, sin opción alguna, porque tan pronto escogemos, hay resistencia, y en la resistencia no hay comprensión. Escoger es tan sólo fijar la mente en un interés particular y resistir otros intereses, otras exigencias, otras búsquedas. Evidentemente, una opción semejante no nos ayudará a resolver o comprender todo el proceso de nosotros mismos. Cada uno de nosotros está compuesto de muchas entidades, tanto conscientes como inconscientes, y optar por una entidad determinada, un determinado deseo, e ir tras ello, es sin duda un impedimento para la comprensión de nosotros mismos.

Ver, pues, todo el proceso de nosotros mismos es el principio de la sabiduría. La sabiduría no es algo que pueda comprarse en los libros, aprenderse de otro, o que pueda adquirirse siquiera mediante la experiencia. La experiencia no es sino memoria, y la acumulación de la memoria o del conocimiento no es sabiduría. Sabiduría es, sin duda, experimentar cada instante sin condenar ni justificar; es comprender plenamente, completamente, cada experiencia o reacción en particular, de modo tal que la mente llegue a cada problema de una manera nueva, creativa.

Después de todo, el "yo" es el centro de reconocimiento, y si no comprendemos ese centro, sino que tan sólo reconocemos cada experiencia o reacción y le damos un nombre, un calificativo, eso no quiere decir que hemos comprendido esa experiencia, esa reacción en particular; por el contrario, cuando nombramos, o reconocemos una experiencia en particular, sólo fortalecemos el "yo", esa conciencia aislada que es el centro de reconocimiento. Por lo tanto, el mero reconocer cada experiencia, cada reacción, no es comprendernos a nosotros mismos. La comprensión de uno mismo llega sólo cuando estamos atentos al proceso de reconocimiento y permitimos que haya un intervalo entre la experiencia y el reconocimiento de ésta, lo cual implica un estado de silencio y quietud mental.

Por cierto, si queremos comprender algo, cualquier problema, tiene que haber quietud de la mente, ¿no es así? Pero la mente no puede ser forzada para que esté quieta, y el silencio cultivado es mera resistencia, aislamiento. La mente se aquieta de manera espontánea sólo cuando ve la necesidad de estar quieta, la verdad que ello implica; debido a eso, empieza a comprender el proceso de reconocimiento, que constituye toda la conciencia del "yo". Si no nos comprendemos a nosotros mismos, es obvio que no hay base para el pensar, y sin ese conocimiento propio, el mero conocer los problemas externos, el adquirir conocimientos externos, nos conducirá a más confusión y desdicha. Pero cuanto más nos conocemos a nosotros mismos, tanto en lo consciente como en lo inconsciente, cuanto más vemos todo el proceso del "yo", más capaces somos de entender y resolver nuestros problemas y, por lo tanto, de dar origen a una sociedad mejor, a un mundo diferente. Debemos, pues, comenzar con nosotros mismos. Ustedes quizá digan que comenzar con uno mismo es muy poca cosa, pero si queremos abordar grandes cosas, tenemos que empezar muy cerca. El problema del mundo es nuestro problema, y sin comprendernos a nosotros mismos, cualquier problema con el que nos enfrentamos en el mundo, jamás será resuelto. Así pues, el principio de la sabiduría es el conocimiento propio, y sin el conocimiento propio no podemos resolver ningún problema humano.

Antes de contestar algunas de estas preguntas, permítanme sugerir que, al escuchar las respuestas, ustedes y yo debemos experimentar lo que se dice. O sea, emprendamos un viaje juntos en la comprensión de estos problemas que voy a tratar de explicar verbalmente. No permanezcan, pues, en el nivel verbal ni se limiten a procurar entender intelectualmente cualquier cosa que

esa palabra "intelectualmente" pueda significar. Porque el intelecto no puede comprender; sólo puede proyectar sus propias y particulares acumulaciones. Puede aceptar, negar o resistir, lo cual constituye el proceso de reconocimiento y verbalización, pero el intelecto no puede comprender ningún problema humano; sólo puede tornarlo más confuso, más conflictivo, más doloroso.

Si, en vez de intentar entender tan sólo en el nivel verbal, vamos más allá del intelecto, quizá seremos capaces de ver la verdad respecto de estas preguntas. Ir más allá del intelecto no es volverse sentimental, emocional; eso sería lo opuesto, y en el conflicto de los opuestos no hay comprensión, es obvio. Pero, si podemos ver que el proceso del intelecto, el proceso de la mente sólo puede generar más argumentaciones, más conflicto, si podemos ver la verdad de eso, quizá descubriremos la verdad de cada pregunta, de cada problema humano al que nos enfrentamos.

*Pregunta: Más allá de todos los miedos superficiales, hay una profunda angustia que me elude. Parece ser el miedo mismo a la vida... o tal vez a la muerte. ¿O se trata de la inmensa vacuidad de la vida?*

KRISHNAMURTI: Pienso que la mayoría de nosotros siente esto; casi todos tenemos una gran sensación de vacuidad, una gran sensación de solitud. Procuramos evitarla, escapar de ella, encontrar seguridad, permanencia, lejos de esta angustia. O intentamos librarnos de ella analizando los múltiples sueños, las distintas reacciones. Pero siempre esta ahí, eludiéndonos, sin que pueda ser resuelta tan fácilmente, tan superficialmente. Casi todos somos conscientes de esta vacuidad, de esta solitud, de esta angustia. Y, por tener miedo de ella, buscamos la seguridad, un sentido de permanencia en las cosas o en la propiedad, en las personas o en la relación, así como en las ideas, las creencias, los dogmas, el nombre, la posición social y el poder. Pero ¿puede esta vacuidad ser erradicada mediante el mero escapar de nosotros mismos? Y este escapar de nosotros mismos, ¿no es, acaso, una de las causas de confusión, dolor, desdicha, en nuestras relaciones y, por ende, en el mundo?

De modo que ésta no es una pregunta para ser dejada de lado como propia de personas burguesas, tontas o que no están activas social o religiosamente. Debemos examinarla con mucho cuidado e investigarla a fondo. Como dije, casi todos somos conscientes de esta vacuidad y procuramos escapar de ella. Al hacerlo, establecemos ciertas seguridades, y entonces esas seguridades se vuelven en extremo importantes para nosotros, porque son los medios por los que escapamos de nuestra solitud, nuestra vacuidad o nuestra angustia personal. El escape puede ser un Maestro, puede ser la idea de que somos muy importantes, puede ser el entregar todo nuestro amor, nuestra riqueza, nuestras joyas, todo, a nuestra esposa, a nuestra propia familia; o puede ser la actividad social o filantrópica. Cualquier forma de escape respecto de esta vacuidad interna, se vuelve sumamente importante y, en consecuencia, nos aferramos con desesperación a ella. Los que están predispuestos religiosamente, se

aferran a su creencia en Dios, la cual encubre su vacuidad, su angustia; de este modo, su creencia, su dogma, se convierte para ellos en algo esencial, y por estas cosas están dispuestos a pelear, a destruirse unos a otros.

Es evidente, pues, que ningún escape respecto de este sentimiento de soledad, de angustia, resolverá el problema. Al contrario, tan sólo aumenta el problema y genera más confusión. Por lo tanto, debemos darnos cuenta de los escapes. Todos los escapes están en el mismo nivel; no hay escapes superiores o inferiores, no hay escapes espirituales aparte de los mundanos. Todos son en esencia similares, y si reconocemos que la mente está escapando todo el tiempo del problema central de la angustia, de la vacuidad, entonces seremos capaces de mirar la vacuidad sin condenarla ni temerla. Si estoy escapando de un hecho, tengo miedo de ese hecho, y cuando hay miedo, no puedo comunicarme con el hecho. Para comprender, pues, el hecho de la vacuidad, no debe haber miedo. El miedo surge cuando intento escapar del hecho, porque al escapar jamás puedo mirarlo directamente. Pero, tan pronto dejo de escapar, me quedo con el hecho; puedo mirarlo sin miedo, y entonces soy capaz de habérmelas con él.

Ése es el primer paso: enfrentarse al hecho, lo cual implica no escapar por medio del dinero, de los entretenimientos, de la radio, de las creencias, de las afirmaciones acerca de esto o aquello, o de cualquier otro medio, porque esa vacuidad no puede ser llenada con palabras, actividades, creencias. Haga uno lo que hiciere, esa angustia no puede ser eliminada mediante ninguna de las artimañas mentales, y todo cuanto la mente haga a ese respecto, será tan sólo una evitación. Pero cuando no hay evitación de ninguna clase, el hecho esta ahí, y la comprensión del hecho no depende de las invenciones, proyecciones o cálculos de la mente. Cuando uno se enfrenta con el hecho de la solitud, con esa inmensa angustia, con el vasto vacío de la existencia, ve si ese vacío es una realidad o si es tan sólo el resultado de nombrar, calificar, autoproyectarse. Porque, al darle un nombre al hecho, al calificarlo, lo hemos condenado, ¿no es así? Decimos que eso es vacuidad, que es solitud, que es muerte... y estas palabras: *muerte, solitud, vacuidad*, implican condena, resistencia; y al condenar, al resistir, no comprendemos el hecho.

Para comprender el hecho que llamamos vacuidad, no debemos condenar el hecho ni nombrarlo. Al fin y al cabo, el reconocimiento del hecho crea el centro del "yo", y el "yo" es vacío, el "yo" no es sino palabras. Cuando no nombro el hecho, cuando no lo califico ni lo reconozco como esto o aquello, ¿hay solitud? Después de todo, la solitud es un proceso de aislamiento, ¿no es así? Por cierto, en todas nuestras relaciones, en todos los esfuerzos que hacemos en la vida, estamos siempre aislándonos. Es obvio que ese proceso de aislamiento debe conducirnos a la vacuidad, y sin comprender todo el proceso de aislamiento, no podremos resolver esta vacuidad, esta solitud. Pero, cuando comprendamos el proceso de aislamiento, veremos que la vacuidad es tan sólo una cuestión de palabras, que es mero reconocimiento; y tan pronto no hay reconocimiento de ello ni lo nombramos y, en consecuencia, no hay miedo, la vacuidad se convierte en otra cosa, va mas allá de sí misma. Entonces no

es vacuidad, no es solitud; es soledad creativa, algo mucho más inmenso que el proceso de aislamiento.

Ahora bien, ¿no debemos, acaso, estar solos? En la actualidad no estamos solos, somos un mero haz de influencias: sociales, religiosas, económicas, hereditarias, climáticas. A través de todas esas influencias tratamos de encontrar algo más allá y, si no podemos encontrarlo, lo inventamos y nos aferramos a nuestras invenciones. Pero, cuando comprendemos todo ese proceso en los diferentes niveles de nuestra conciencia, entonces, al liberarnos de él, hay una soledad libre de toda influencia; o sea, la mente y el corazón ya no están más moldeados por los acontecimientos externos o las experiencias internas. Únicamente cuando existe esta soledad creativa, es posible encontrar lo real. Pero una mente que se aísle a causa del miedo, sólo puede tener angustia, y una mente así jamás podrá ir más allá de sí misma.

La dificultad, con la mayoría de nosotros, es que no nos damos cuenta de nuestros escapes. Estamos tan condicionados, tan acostumbrados a los escapes, que los tomamos por realidades. Pero si nos examináramos más a fondo, veríamos cuan extraordinariamente solitarios y vacíos somos bajo la cubierta superficial de nuestros escapes. Conscientes de esa vacuidad, la disimulamos constantemente con diversas actividades, ya sean artísticas, sociales, religiosas o políticas. Pero la vacuidad jamás puede ser disimulada de manera decisiva; debe ser comprendida. Para comprenderla, tenemos que darnos cuenta de estos escapes, y cuando comprendamos los escapes, seremos capaces de enfrentarnos a nuestra vacuidad. Entonces veremos que la vacuidad no es diferente de nosotros mismos, que el observador es lo observado. En esa experiencia, en esa integración del pensador y el pensamiento, desaparecen esta solitud, esta angustia.

*Pregunta: ¿Pueden meditar los occidentales?*

KRISHNAMURTI: Creo que ésta es una de las ideas románticas de los occidentales: que sólo los orientales pueden meditar. Averigüemos, pues, no cómo meditar, sino qué entendemos por meditación. Experimentemos juntos para descubrir qué es la meditación, cuáles son sus implicaciones. El aprender cómo meditar, el adquirir una técnica, no es meditación. Acudir a un yogui, a un swami, leer en los libros acerca de la meditación y tratar de imitar eso, sentarse en ciertas posturas con los ojos cerrados, respirar de cierta manera, repetir palabras, todo eso no es, por cierto, meditación; es tan sólo seguir un patrón de amoldamiento, hacer que la mente sea repetitiva, que funcione a base de hábitos. El cultivo de un hábito, por trivial o noble que sea, no es meditación. Esta practica de cultivar un hábito en particular, se conoce tanto en Oriente como en Occidente, y pensamos que ése es un proceso de meditación.

Ahora bien, averigüemos qué es la meditación. ¿Es concentración? La concentración en un interés determinado que escogemos entre muchos otros intereses, el enfocar la mente en un objeto o una entidad, ¿es meditación? En el

proceso de la concentración, es obvio que hay resistencia a otras formas de interés; por lo tanto, es un proceso de exclusión, ¿no es así? No sé si han intentado meditar, fijar la mente en un pensamiento determinado. Cuando hacen eso, otros pensamientos entran a raudales, porque ustedes se interesan también en esos otros pensamientos, no sólo en el pensamiento particular que han escogido. Han escogido un pensamiento determinado, pensando que es noble, espiritual, y que deben concentrarse en él y resistir otros pensamientos. Pero la resistencia misma genera conflicto entre el pensamiento que han escogido para meditar en él, y otros intereses; por consiguiente, emplean su tiempo concentrándose en un pensamiento y cerrando el paso a los demás, y esta batalla entre pensamientos se considera que es meditación. Si tienen éxito en identificarse por completo con un pensamiento y resistir a todos los otros, creen que han aprendido a meditar.

Una concentración así es un proceso de exclusión y, por lo tanto, de gratificación, ¿verdad? Hemos escogido un interés en particular que, según creemos, nos brindará finalmente satisfacción, y vamos tras él repitiendo una frase, concentrándonos sobre una imagen, respirando de cierta manera, etc. Todo ese proceso implica para nosotros que progresamos, que llegamos a ser alguna cosa, que alcanzamos un resultado. Por eso, esto nos interesa a todos; queremos tener éxito en la meditación. Y cuanto más éxito tenemos, más pensamos que hemos progresado. Es obvio, pues, que tales formas de concentración, a las que llamamos meditación, no son meditación en absoluto, sino una mera gratificación. Así pues, el concentrarse simplemente sobre una idea, no es meditar.

¿Qué es, entonces, la meditación? ¿Es una forma de plegaria? ¿Es un hecho devocional? ¿Es el cultivo de una virtud? Cultivar una virtud, tan sólo fortalece el "yo", ¿no es así? Soy *yo* el que se está volviendo virtuoso. ¿Puede el "yo" volverse virtuoso alguna vez? O sea, el centro de resistencia, el centro de reconocimiento, el cual es un proceso que nos aísla, ¿puede jamás ser virtuoso? Por cierto, la virtud existe únicamente cuando estamos libres del "yo"; por lo tanto, el cultivo de la virtud mediante la meditación es, evidentemente, un proceso falso. Pero resulta muy conveniente, porque fortalece el "yo"; y mientras estoy fortaleciendo el "yo" pienso que estoy progresando, volviéndome espiritualmente exitoso. Pero eso no es meditación, ¿verdad? Ni lo es la plegaria, ya que la plegaria es mera petición, súplica, lo cual implica nuevamente una exigencia del "yo", una proyección del "yo" en procura de mayores y más amplias satisfacciones. Tampoco es meditación inmolarnos a una imagen, a una idea; a eso lo llamamos devoción, porque siempre escogemos la imagen, la fórmula, el ideal, de acuerdo con nuestra propia satisfacción. Lo que escogemos, tal vez sea bello, pero sigue siendo una búsqueda de gratificación.

En consecuencia, ninguno de estos procesos —la concentración, la repetición de ciertas frases, el respirar de una manera especial, etc.— puede ayudarnos realmente a comprender qué es la meditación. Esas cosas son muy populares, porque siempre producen resultados, pero es obvio que son todas formas tontas de intentar la meditación.

¿Qué es, entonces, la meditación? Meditar es comprender las modalidades de la mente, ¿no es así? La meditación consiste en comprenderme a mí mismo, en estar atento a cada reacción, tanto a las conscientes como a las inconscientes, lo cual es conocimiento propio. Sin conocimiento propio, ¿cómo puede haber meditación? El conocimiento propio es, sin duda, el principio de la meditación, ya que si no me conozco, todo cuanto haga tiene que ser tan sólo una manera de escapar de mí mismo. Si no conozco la estructura, las modalidades de mi propio pensar, sentir, reaccionar, ¿qué valor tiene que imite, que trate de concentrarme, que aprenda cómo respirar de una manera especial, o me absorba en la devoción? De ese modo, jamás me comprenderé a mí mismo; por el contrario, no hago sino escapar de mí mismo.

La meditación es, entonces, el principio del conocimiento propio. En eso no hay éxitos, no hay procesos espectaculares. Es algo sumamente arduo. Y, como nosotros no queremos conocernos sino tan sólo encontrar un escape, acudimos a los Maestros, a los libros religiosos, a las oraciones, a los yoguis y demás; y entonces creemos que hemos aprendido a meditar. Sólo en la comprensión de nosotros mismos la mente se aquieta de verdad; sin esa comprensión propia, la serenidad de la mente es imposible. Cuando la mente está quieta, no aquietada por la disciplina ni controlada ni encerrada en la condena y en la resistencia, sino que se halla espontáneamente silenciosa, en calma, sólo entonces resulta posible descubrir qué es lo verdadero y qué hay más allá de las proyecciones de la mente.

Es indudable que, para saber si existe la realidad, Dios, o como quiera uno llamarlo, mi mente debe estar absolutamente quieta, ¿no es así? Porque, cualquier cosa que la mente escoja en su búsqueda, no será lo real, sino tan sólo la proyección de sus propios recuerdos, de las cosas que ha acumulado; y la proyección de la memoria no es, evidentemente, la realidad o Dios. La mente debe, pues, estar en silencio, pero no deliberadamente silenciada; tiene que estar en silencio de manera natural, fácil y espontánea. Sólo entonces es posible que la mente descubra algo más allá de sí misma.

*Pregunta: La verdad, ¿es absoluta?*

KRISHNAMURTI: ¿Es la verdad algo final, absoluto, fijo? Nos gustaría que fuera absoluta, porque entonces podríamos ampararnos en ella. Nos gustaría que fuera permanente, porque entonces podríamos aferrarnos a ella, encontrar en ella la felicidad. Pero, ¿es absoluta la verdad, es continua, puede ser experimentada una y otra vez? La repetición de la experiencia es el mero cultivo de la memoria, ¿no es así? En momentos de quietud, puedo experimentar cierta verdad, pero si me aferro a esa experiencia mediante la memoria y la convierto en absoluta, fija, ¿es eso la verdad? ¿Es la verdad la continuación, el cultivo de la memoria? ¿O la verdad ha de encontrarse sólo cuando la mente está por completo silenciosa? Cuando mi mente no está atrapada en recuerdos, cuando no cultiva la memoria como centro de reconocimiento, sino que se

halla atenta a todo lo que digo, a todo lo que hago en mis relaciones, en mis actividades, viendo la verdad de todo tal como es de instante en instante, ése es el sentido de la meditación, ¿verdad?

Hay comprensión sólo cuando la mente está quieta, y no puede estarlo en tanto sea ignorante respecto de sí misma. Esa ignorancia no se disipa mediante ninguna forma de disciplina ni siguiendo autoridad alguna, antigua o moderna. La creencia genera tan sólo resistencia, aislamiento, y donde hay aislamiento no puede haber serenidad. La serenidad adviene cuando comprendo todo el proceso de mí mismo, las diversas entidades que componen el "yo" y se hallan en conflicto una con otra. Como ésa es una tarea ardua, acudimos a otras personas para aprender diversos trucos que llamamos meditación. Los trucos de la mente no son meditación. La meditación es el principio del conocimiento propio, y sin meditación no hay conocimiento propio. La meditación es estar atentos, observarnos, percibirnos a nosotros mismos, no sólo en una determinada hora del día, sino todo el tiempo: cuando caminamos, comemos, hablamos, leemos, cuando actuamos en la relación; en todo ese proceso descubrimos los comportamientos del "yo".

Cuando me comprendo a mí mismo, hay quietud, existe el silencio de la mente. En ese silencio, la realidad puede venir a mí. Esa quietud no es estancamiento, no niega la acción. Por el contrario, es la más elevada forma de acción. En esa quietud, en ese silencio hay creación, no la mera expresión de una particular actividad, sino el sentimiento de la creación en sí.

De modo que la meditación es el principio del conocimiento propio, y el mero aferrarnos a fórmulas, a repeticiones, a palabras, no revela el proceso del "yo". Sólo cuando la mente no se halla agitada ni coaccionada ni forzada, existe una quietud espontánea en la que puede manifestarse la verdad.

*7 de mayo de 1950*

# *Ciudad de Nueva York, Nueva York, 1950*

## PRIMERA PLÁTICA EN NUEVA YORK

Creo que es importante tener en cuenta la dificultad que implica comprendernos el uno al otro. Casi todos escuchamos despreocupadamente y oímos sólo lo que queremos oír; pasamos por alto lo que nos afecta o perturba y prestamos atención únicamente a las cosas que nos resultan placenteras, satisfactorias. Por cierto, no puede haber verdadera comprensión de nada si sólo escuchamos aquello que nos gratifica y complace. Es un verdadero arte escucharlo todo sin prejuicio, sin erigir defensas; y me permito sugerir que tratemos de desechar nuestros conocimientos adquiridos, nuestras idiosincrasias y nuestros puntos de vista personales, y escuchemos a fin de descubrir la verdad respecto de todo esto. Sólo la verdad nos libera real y fundamentalmente; no las especulaciones, no las conclusiones, sino la percepción de lo verdadero. Lo verdadero es lo factual, y somos incapaces de mirar lo factual cuando nos aproximamos a ello con nuestros prejuicios, nuestras conclusiones y experiencias personales. De modo que, si puedo sugerirlo, durante estas pláticas deberíamos tratar de escuchar no sólo lo que se dice verbalmente, sino el contenido interno de ello; deberíamos tratar de descubrir por nosotros mismos la verdad al respecto.

Ahora bien, la verdad puede ser descubierta sólo cuando no perseguimos ninguna forma de distracción, y la mayoría de nosotros lo que desea es distraerse. La vida, con todas sus luchas, sus problemas, sus guerras, sus crisis comerciales, sus riñas de familia, es demasiado para nosotros; por lo tanto, queremos distraernos, y es probable que hayamos venido a esta reunión en busca de distracciones. Pero la distracción, tanto externa como interna, no nos ayudará a comprendernos a nosotros mismos. La distracción, ya sea la distracción de los políticos, de la religión, del conocimiento, de las diversiones, o la que implica ir en pos de la así llamada verdad, por estimulantes que sean de momento, a la larga embotan la mente, la encierran en sí misma, la restringen

y limitan. Las distracciones externas las conocemos bastante bien; a medida que vamos envejeciendo, comenzamos a reconocerlas si es que somos algo reflexivos. Pero aunque podamos descartar las distracciones obvias, mucho más difícil resulta comprender las internas. Y si nos limitamos a convertir estas reuniones, en una nueva forma de distracción, un nuevo estímulo, me temo que ellas tendrán muy poco valor en la comprensión de nosotros mismos, comprensión que es de primordial importancia.

Por consiguiente, uno tiene que comprender todo el proceso de distracción, porque en tanto la mente esté distraída buscando un resultado, intentando escapar por medio de estímulos o de la así llamada inspiración, es incapaz de comprender su propio proceso. Y, si hemos de resolver cualquiera de los innumerables problemas que afronta cada uno de nosotros, es esencial que conozcamos todo el proceso de nuestro propio pensar, ¿no es así? El conocimiento propio es finalmente el único modo de resolver nuestros innumerables problemas, y el conocimiento propio no puede ser una consecuencia, un resultado del estímulo o de la distracción. Por el contrario, la distracción, el estímulo y la así llamada inspiración, tan sólo lo sacan a uno de la cuestión central. Sin conocernos a nosotros mismos de manera fundamental, radical y profunda, sin conocer todas las capas de la conciencia, tanto las superficiales como las profundas, no hay base para el pensar, ¿verdad? Si no me conozco a mí mismo en todas las capas de la mente, ¿qué base tengo para el pensar en cualquiera de sus aspectos? Y para conocerme a mí mismo, no resulta útil ninguna forma de distracción. No obstante, la mayoría de nosotros se interesa en las distracciones. Nuestras actividades religiosas, políticas, sociales y económicas, nuestro ir tras de diversos maestros con sus idiosincrasias particulares, el ruido que hacemos en torno de lo que llamamos conocimiento... todo eso son escapes, evidentes distracciones que nos alejan del problema fundamental de conocernos a nosotros mismos. Aunque se ha dicho a menudo que es esencial conocernos a nosotros mismos, en realidad dedicamos muy poco tiempo o reflexión al asunto; y si no me conozco a mí mismo, cualquier cosa que piense o haga, debe conducir inevitablemente a más confusión y desdicha.

Es esencial, pues, en todas las cosas que encaramos, comprender el proceso de uno mismo, porque sin conocernos a nosotros mismos, no podemos resolver ningún problema humano. Toda resolución de un problema, si no hay conocimiento propio, es mera distracción y conduce a ulterior desdicha, desorden y lucha; esto, cuando uno piensa en ello, es bastante obvio. Viendo esa verdad, ¿de qué modo puede uno conocer todo el contenido, la estructura total de sí mismo? Creo que ésta es una pregunta fundamental a la que ha de enfrentarse cada uno de nosotros; y, al considerar esto juntos, ni ustedes se limitan a escucharme como si yo estuviera dándoles una serie de ideas, ni yo expongo ante ustedes un sistema o un método en particular. Por el contrario, ustedes y yo tratamos de descubrir juntos cómo puede uno conocerse a sí mismo, siendo el "sí mismo" el actor, el observador, el pensador, el que vigila. Si no conozco

el proceso total de mí mismo, es obvio que muy poco significan las meras conclusiones, teorías y especulaciones.

Ahora bien, para conocerme a mí mismo, debo conocer mis acciones, mis pensamientos y sentimientos, porque sólo puedo conocerme en la acción, no aparte de la acción. No puedo conocerme aparte de mis actividades en la relación. Yo *soy* mis actividades, mis cualidades. Sólo en mi relación —mi relación con las ideas, las personas, las cosas, la propiedad, el dinero— puedo conocer todo el proceso de mi pensar, tanto consciente como inconsciente; y tiene poco sentido que me estudie a mí mismo aparte de la relación. Sólo en mi relación con estas cosas puedo conocerme. Es absurdo que me divida a mí mismo en "lo superior" y "lo inferior". Pensar que soy el "yo superior" dirigiendo y controlando a mi "yo inferior", constituye una teoría de la mente, y sin comprender la estructura de ésta, el mero inventar teorías convenientes, es un proceso para escapar de mí mismo.

Lo importante, pues, es descubrir cuál es mi relación con la gente, con la propiedad y las ideas, porque la vida es un proceso de relación. Nada puede vivir en aislamiento, excepto teóricamente, y para comprenderme a mí mismo debo comprender todo el proceso de la relación. Pero esto se torna extremadamente difícil y casi imposible cuando miro en el espejo de la relación con un sentimiento de condena, o justifico o comparo. ¿Cómo puedo comprender la relación si la condeno, la justifico o la comparo con algo? Puedo comprenderla sólo si la abordo de un modo nuevo, con una mente fresca, pura, una mente no atrapada en el trasfondo tradicional de condena y aceptación.

Comprenderme a mí mismo es esencial porque, cualesquiera que sean los problemas, son proyectados por mí. Yo soy el mundo, no soy independiente del mundo, y los problemas del mundo son mis propios problemas. Para comprender los problemas que me rodean, que son la proyección de mí mismo, tengo que comprenderme en relación con todo, pero no puede haber comprensión si empiezo a comparar, condenar o justificar. Pero, está en la naturaleza de la mente justificar, condenar, comparar, y cuando vemos en el espejo de la relación nuestras propias reacciones, nuestra idiosincrasia, la respuesta instintiva es condenarlas o justificarlas. La comprensión de este proceso de condena y justificación es el principio del conocimiento propio, y sin conocimiento propio no podemos ir muy lejos. Podemos inventar un montón de teorías y especulaciones, ingresar a diversos grupos, seguir a instructores y Maestros, practicar rituales, unirnos a pequeñas camarillas y sentirnos superiores a otros; pero todo esto no nos lleva a ninguna parte, es tan sólo la actividad inmadura de personas irreflexivas.

Para averiguar qué es lo real, para descubrir si existe o no existe la realidad, Dios, debemos primero comprendernos a nosotros mismos, porque cualquiera sea la concepción que podamos tener de la realidad o de Dios, ésta es solamente la proyección de uno mismo, la cual es obvio que jamás puede ser lo real. Sólo cuando la mente se halla por completo serena —no forzada a serenarse, no obligada ni disciplinada—, es posible descubrir qué es lo real; y la mente puede

estar quieta sólo comprendiendo su propia estructura. Únicamente lo real, aquello que no es una proyección de la mente, puede liberarla de todas las tribulaciones, de todos los problemas a que se enfrenta cada uno de nosotros.

Por lo tanto, primero debo ver la importancia, la necesidad de comprenderme a mí mismo, porque si no me comprendo, no podrá resolverse ningún problema, y las guerras, los antagonismos, la envidia y la lucha habrán de continuar. Un hombre que quiera realmente comprender la verdad, debe tener una mente quieta, y esa quietud puede llegar sólo mediante la comprensión de sí mismo. La serenidad de la mente no adviene por obra de la disciplina, del control, de la subyugación, sino cuando los problemas, que son las proyecciones de uno mismo, han sido comprendidos por completo. Entonces, cuando la mente está quieta, cuando no se proyecta a sí misma, es posible que se manifieste lo real. Es decir, para que la realidad revele su existencia, la mente debe estar quieta; no aquietada, no controlada, subyugada o reprimida, sino espontáneamente silenciosa, debido a que comprende toda la estructura del "yo", con sus recuerdos, limitaciones y conflictos. Cuando todo esto se comprende de verdad y por completo, la mente está quieta; sólo entonces es posible conocer aquello que es lo real.

Me han entregado algunas preguntas, y esta mañana responderé a unas cuantas de ellas, pero antes de hacerlo permítanme decirles que es muy fácil formular una pregunta y esperar una respuesta. Sin embargo, me temo que la vida no tiene respuestas tales como "sí" o "no". Tenemos que descubrir la verdadera respuesta por nosotros mismos, y para eso debemos examinar el problema. Examinar el problema —en especial un problema que nos concierne íntimamente— es muy difícil, porque la mayoría de nosotros lo aborda con un prejuicio, con el deseo de obtener un resultado, una respuesta satisfactoria. Así pues, al considerar estas preguntas, investiguemos el problema juntos; no esperen que yo les dé la respuesta, porque la verdad debe ser descubierta a cada instante, no solamente explicada. La verdad no es conocimiento; el conocimiento es tan sólo el cultivo de la memoria, y la memoria es continuidad de experiencias. Y aquello que es continuo, jamás puede ser la verdad. Investiguemos, pues, juntos estas preguntas. No digo esto como algo meramente retórico; es lo que realmente quiero decir. Ustedes y yo vamos a descubrir la verdad al respecto. Si la descubren por sí mismos, lo que descubran será de ustedes, pero si esperan que yo les dé la respuesta, ella tendrá muy poco valor, porque entonces permanecerán en el nivel verbal y sólo oirán palabras; y las palabras no los llevarán muy lejos.

*Pregunta: ¿Qué sistema nos garantizaría la seguridad económica?*

KRISHNAMURTI: Y bien, ¿qué entendemos por un sistema? Actualmente, el mundo se halla desgarrado entre dos sistemas: la izquierda y la derecha. Está dividido por creencias, ideas, fórmulas; y buscamos la seguridad económica o física siguiendo ciertos cursos de acción. ¿Puede haber seguridad con-

forme a algún sistema en particular? ¿Puede uno basar la existencia en determinada conclusión, creencia o teoría? Están el sistema de la izquierda y el sistema de la derecha; ambos prometen seguridad económica y se hallan en guerra el uno con el otro, lo cual implica que no estamos seguros. No estamos seguros porque peleamos acerca de sistemas y, en el proceso, cultivamos la guerra. Por consiguiente, en tanto nuestra seguridad dependa de un sistema, tiene que haber inseguridad. Eso está bastante claro, ¿no es así? Quienes se apoyan en creencias, en promesas utópicas, no se interesan en los seres humanos sino en las ideas; y la acción que se basa en ideas debe engendrar, inevitablemente, separatismo y desintegración. Y eso es lo que ocurre hoy en día. Mientras busquemos, pues, la seguridad por medio de un sistema, de una idea, es obvio que debe haber separatismo, contienda y desintegración, lo cual origina invariablemente inseguridad.

El problema siguiente es éste: La seguridad económica, ¿es un asunto de legislación, de coacción, de totalitarismo? Todos deseamos estar seguros. Es esencial estar seguro físicamente, tener comida, ropa y vivienda; de lo contrario, uno no puede existir. Pero esa seguridad, ¿se origina en la legislación, en la regulación económica, o es un problema psicológico? Hasta ahora, hemos considerado que es tan sólo un problema económico, una cuestión de ajustes económicos, pero se trata, por cierto, de un problema psicológico, ¿verdad? Y un problema de esta naturaleza, ¿puede ser resuelto por expertos económicos? Puesto que el problema económico es, evidentemente, el resultado de nuestras propias inclinaciones, búsquedas y deseos, en realidad es un problema psicológico; y, a fin de originar seguridad económica, debemos comprender nuestra exigencia psicológica de seguridad. No sé si me estoy expresando claramente.

El mundo está hoy despedazado en diferentes nacionalidades, creencias diferentes, ideologías políticas diferentes, cada una prometiendo seguridad, una utopía futura; es obvio que un proceso semejante de separatismo es un proceso de desintegración.

Entonces, ¿puede haber alguna vez unidad por obra de las ideas? ¿Pueden las ideas, las creencias, unir a las personas? Evidentemente no; hay prueba de ello en todo el mundo. Por lo tanto, a fin de originar seguridad, no para un pequeño grupo de personas, sino para la totalidad de los seres humanos, tiene que haber libertad respecto de este proceso de división creado por las ideas: la idea de ser cristianos, budista, hindú, nacionalista, comunista, socialista, capitalista, americano, ruso... y Dios sabe qué más. Estas cosas son las que nos separan, y ellas no son sino creencias, ideas; y en tanto nos aferremos a las creencias como instrumentos de seguridad, tendrá que haber separación, desintegración y caos.

En consecuencia, éste es fundamentalmente un problema psicológico, no económico; es un problema de la psique individual y, por lo tanto, tenemos que comprender el proceso de la individualidad, del "yo". El "yo" en América, ¿es diferente del "tú" que vive en la India o en Europa? Aunque podamos separarnos por costumbres, fórmulas, por ciertas creencias, en lo fundamental

somos iguales, ¿no es así? Ahora bien, cuando el "yo" busca seguridad en una creencia, esa creencia misma fortalece el "yo". Yo soy hindú, socialista, o pertenezco a determinada religión, a determinada secta; me aferro a eso y lo defiendo. El apego mismo a la creencia genera, pues, separatismo, que es una causa de disputa entre unos y otros. El problema económico jamás podrá resolverse en tanto nos sigamos separando en nacionalidades, en grupos religiosos, o pertenezcamos a determinadas ideologías. En consecuencia, es esencialmente un problema psicológico, o sea, un problema del individuo en relación con la sociedad; y la sociedad es la proyección de uno mismo. Por eso, no puede haber solución para ningún problema humano sin que uno se comprenda completamente a sí mismo, lo cual implica vivir en un estado de completa inseguridad interna. Nosotros queremos estar exteriormente seguros, y así perseguimos la seguridad interna; pero mientras busquemos la seguridad interna por medio de creencias, apegos, ideologías, es obvio que crearemos islas de separación en la forma de grupos nacionales, ideológicos y religiosos; por lo tanto, estaremos en guerra unos contra otros.

Es importante, pues, comprender el proceso de uno mismo; pero el conocimiento propio no es un recurso para lograr la máxima seguridad; por el contrario, la realidad es algo que debe ser descubierto de instante en instante. Una mente que está segura, jamás puede hallarse en estado de descubrimiento, y una mente que no busca la seguridad, no tiene creencias, no se halla atrapada en ninguna ideología. Una mente así, al no buscar la seguridad interna, originará seguridad externa. En tanto uno busque seguridad internamente, jamás tendrá seguridad externamente. Por lo tanto, el problema no es generar seguridad externa, sino comprender el deseo de sentirse internamente, psicológicamente seguro; y mientras no comprendamos eso, nunca tendremos paz, nunca tendremos seguridad en el mundo exterior.

Ahora bien, uno se horroriza con mucha frecuencia, al descubrir en uno mismo distorsiones espantosas. ¿Cómo hará para librarse de ellas? Hay diferentes maneras de intentarlo, ¿no es así? Tenemos el proceso psicoanalítico, el proceso del control, de la disciplina, y el proceso del escape. ¿Puede uno librarse, de manera fundamental, mediante el proceso psicoanalítico? No estoy condenando el psicoanálisis, pero examinémoslo. Ante todo, el "yo", toda la estructura del "yo", es el producto del pasado. Usted y yo somos el producto del pasado, del tiempo, de muchos acontecimientos, muchas experiencias; estamos compuestos de diversas cualidades, recuerdos, idiosincrasias. Toda la estructura del "yo" es el pasado. Ahora bien, en el pasado hay ciertas cualidades que me desagradan y quiero deshacerme de ellas, así que investigo el pasado y las miro; las saco a relucir y las analizo con la esperanza de disolverlas. O, usando las acciones del presente como un espejo para reflejar el pasado, procuro disolver el pasado. Es decir, voy al pasado y trato de disolverlo mediante el análisis, o uso el presente como un instrumento mediante el cual descubro el pasado; o sea, en la acción presente procuro descubrir y comprender el pasado. Ése es, por lo tanto, un camino.

Luego está el camino de la disciplina. Me digo: "Estas distorsiones no sirven; voy a reprimirlas, subyugarlas, controlarlas". Esto implica, ¿no es así?, que hay una entidad separada del proceso de pensamiento —llámenla el "yo superior" o como prefieran— que controla, domina, elige. Eso es, por cierto, lo que ello implica. Cuando digo: "Voy a disolver las distorsiones", estoy separado de esas distorsiones. O sea, no me agradan, me molestan, generan temor, conflicto, y quiero disolverlas; surge así la idea de que el "yo" está separado de las distorsiones y es capaz de disolverlas.

Antes de que sigamos discutiendo esto, tendremos que averiguar si el "yo", el examinador, el observador, el analizador, es diferente de las cualidades. ¿Lo expreso con claridad? El pensador, el experimentador, el observador, ¿es diferente del pensamiento, de la experiencia, de la cosa que es observada? El "yo", ya sea que uno lo sitúe en el nivel más alto o en el más bajo, ¿es diferente de las cualidades que lo componen? El pensador, el analizador, ¿es diferente de sus pensamientos? Ustedes piensan que lo es, que el pensador se halla separado del pensamiento; por eso, controlan el pensamiento, lo moldean, lo subyugan, lo desechan. Dicen que el pensador es diferente del pensamiento, pero ¿es así? Sin el pensamiento, ¿existe un pensador? Si no tengo pensamientos, ¿dónde está el pensador? El pensamiento crea, pues, al pensador; el pensador no crea al pensamiento. Apenas separamos al pensador del pensamiento, tenemos todo el problema de intentar controlar, disipar, reprimir el pensamiento, o de intentar librarnos de un pensamiento en particular. Éste es el conflicto entre el pensador y el pensamiento, conflicto en el que casi todos estamos atrapados. Ése es todo nuestro problema.

Uno ve dentro de sí mismo ciertas distorsiones que no le agradan, y desea librarse de ellas; entonces trata de analizarlas o disciplinarlas, es decir, trata de hacer algo respecto de los pensamientos. Pero antes de que hagamos eso, ¿no deberíamos averiguar si el pensador está realmente separado del pensamiento? Es obvio que no lo está: el pensador es el pensamiento, el experimentador es lo experimentado; no son dos procesos diferentes, sino un solo proceso unitario. El pensamiento se divide a sí mismo y crea al pensador para su propia conveniencia. O sea, el pensamiento es, evidentemente, efímero; no tiene un lugar permanente, y viéndose efímero, crea como entidad permanente al pensador. La entidad permanente actúa, entonces, sobre el pensamiento, escogiendo este pensamiento en particular y rechazando aquel otro. Ahora bien, cuando uno vea realmente la falsedad de ese proceso, descubrirá que no hay pensador, sino tan sólo pensamientos. Descubrir eso es una verdadera revolución. Ésta es la revolución fundamental, indispensable a fin de comprender todo el proceso del pensar. En tanto uno afirme la existencia de un pensador separado de sus pensamientos, está obligado a generar conflicto entre el pensador y el pensamiento, y donde hay conflicto no puede haber comprensión.

Sin comprender esta división en nosotros mismos, sea lo que fuere que hagamos —reprimir, analizar, descubrir la causa de la lucha, acudir al psicoanalista, y todo lo demás— permaneceremos inevitablemente en el proceso del

conflicto. Pero si podemos ver y comprender la verdad de que el pensador es el pensamiento, de que el analizador es lo analizado, si podemos comprender eso, no tan sólo verbalmente sino experimentándolo de hecho, descubriremos que ocurre una revolución extraordinaria. Entonces no hay una entidad permanente, no hay un "yo" escogiendo y descartando, buscando un resultado o tratando de alcanzar un objetivo. Donde hay opción tiene que haber conflicto, y el optar jamás nos conducirá a la comprensión, porque la opción implica un pensador que opta, que escoge. Así pues, para liberarnos de una distorsión en particular, de una determinada perversión, primero debemos descubrir por nosotros mismos la verdad de que el pensador no está separado del pensamiento; entonces veremos que lo que llamamos distorsión es un proceso del pensar y que, aparte de ese proceso, no existe un pensador.

Y bien, ¿qué entendemos por pensar? Cuando decimos: "Esto es terrible", "esto es miedo", "esto debe ser descartado", sabemos qué es ese proceso. Está el "yo" que escoge, condena, descarta. Pero si no hay un "yo", si sólo existe ese proceso del miedo, ¿qué ocurre? ¿Estoy explicando el problema? Si no existe el "uno" que condena, que opta, que cree estar separado de aquello que le desagrada, ¿qué ocurre, entonces? Tengan a bien experimentar con esto a medida que avanzamos y lo verán. No se limiten a escuchar mis palabras; experimenten de hecho que sólo hay pensamiento, *que no hay un pensador*. Entonces verán qué es el pensar. ¿Qué es el pensamiento? El pensamiento es un proceso de verbalización, ¿no es así? Sin palabras, ustedes no pueden pensar. El pensamiento es, entonces, un proceso de la memoria, porque las palabras, los símbolos, los nombres, son el producto, el resultado de la memoria. De modo que el pensar es un proceso de la memoria, y la memoria da un nombre a determinado sentimiento y, o lo condena o lo acepta. Cuando ustedes ponen nombre a algo, eso es lo que hacen, ¿no?, lo condenan o lo aceptan. Cuando dicen de alguien que es americano, ruso, hindú, negro, han terminado con él, ¿verdad? Al rotular una cosa, piensan que la han comprendido. Así, cuando hay determinada reacción que ustedes llaman *miedo*, al darle un nombre la han condenado. Ése es el proceso real que verán desarrollarse cuando comiencen a percibir su propio pensar.

¿Es posible no nombrar un sentimiento? Porque, llamando a un determinado sentimiento, "ira", "miedo", "celos", lo hemos fortalecido, ¿no es así? Lo hemos fijado. El nombrar mismo es un proceso de confirmar ese sentimiento dándole fuerza y, de ese modo, encerrándolo en la memoria. Obsérvenlo y lo verán. Librarse fundamentalmente de algo es posible sólo cuando comprendemos el proceso de nombrar; el nombrar consiste en calificar algo, decir que es esto o aquello, en simbolizarlo, lo cual es una acción de la memoria, porque la memoria es el "yo", el "tú". Sin su memoria, sin sus experiencias no existe el "tú", y la mente se aferra a esas experiencias como a algo esencial para sentirse segura. Cultivamos, pues, la memoria, que es experiencia, conocimiento, y mediante ese proceso esperamos controlar las reacciones y sentimientos que calificamos de distorsiones.

Si queremos liberarnos de cualquier cualidad en particular, debemos comprender todo el proceso del pensador y el pensamiento; debemos ver la verdad de que el pensador no está separado del pensamiento, sino que son un proceso único, unitario. Si uno se da cuenta realmente de eso, verá que en su vida tiene lugar una revolución extraordinaria. Por "revolución" no entiendo la revolución económica, que no es revolución en absoluto, sino una continuidad modificada de *lo que es*. Pero cuando nos demos cuenta de que el pensador no es diferente del pensamiento, veremos que hay, radical y profundamente, una transformación extraordinaria, porque entonces sólo existe el hecho del pensamiento, y no la traducción de ese hecho para conveniencia del pensador.

Ahora bien, ¿qué hay que comprender acerca de un hecho? Nada, ¿verdad? Un hecho es un hecho, es evidente por sí mismo. La lucha por comprender surge sólo cuando el pensador trata de hacer algo respecto del hecho. La acción del pensador sobre el hecho, es moldeada por su memoria, por su experiencia pasada; en consecuencia, el hecho es siempre moldeado por el pensador y, debido a eso, éste jamás comprende el hecho. Pero si no hay pensador, si sólo existe el hecho, entonces el hecho no tiene que ser comprendido; es un hecho. Y cuando uno se enfrenta cara a cara con el hecho, ¿qué ocurre? Cuando no hay escape, cuando no hay un pensador procurando dar al hecho un significado que a él le convenga, o de moldearlo según su patrón particular, ¿qué es lo que ocurre? Cuando uno se enfrenta cara a cara con un hecho, no hay duda de que entonces lo ha comprendido, ¿verdad? Por lo tanto, se ha liberado de él. Y tal libertad es una libertad fundamental, no es una mera reacción superficial, un resultado de la mente que trata de identificarse con determinado opuesto. Mientras estemos buscando un resultado, tiene que existir el pensador, el proceso de aislamiento. Y una persona que, como pensador, se aísla en sus pensamientos, jamás puede dar con lo verdadero. La así llamada persona religiosa, que está buscando a Dios, no hace sino afirmarse a sí misma como una entidad permanente separada de sus pensamientos, y una persona así jamás puede encontrar la realidad.

Nuestro problema es, entonces, éste: Al darse uno cuenta de una reacción en particular, de una respuesta del miedo, de la culpa, de la ira, de la envidia, o de lo que fuere, ¿cómo ha de liberarse radicalmente de eso? Uno puede ver que es imposible hacerlo mediante la disciplina, porque un producto del conflicto jamás es la verdad; es sólo un resultado, el efecto de una causa. Mientras que, si uno ve como verdadero que el pensador nunca puede estar separado de su pensamiento, que las cualidades y los recuerdos del "yo" no están separados del "yo", cuando uno comprenda eso y tenga de ello una experiencia directa, verá que el pensamiento se convierte en un hecho, y el hecho no puede traducirse a otra cosa. El hecho es *lo que es*, y cuando uno se enfrenta a la verdad de *lo que es*, no hay otra acción sino verla directamente tal como es, sin condenar ni justificar, y ese mismo reconocimiento del hecho libera del hecho a la mente.

Por lo tanto, la mente puede estar quieta, serena, sólo cuando es capaz de

verse a sí misma en su relación con todas las cosas. La mente que está serena merced a un proceso de aislamiento, de subyugación, de control, no está serena sino muerta; se está amoldando meramente a un patrón previo, buscando cierto resultado. Sólo una mente libre puede estar serena, y esa libertad no adviene mediante forma alguna de identificación; por el contrario, lo hace únicamente cuando nos damos cuenta de que el pensador es el pensamiento, que no está separado del pensamiento. La serenidad de la mente libre, la serenidad de la comprensión, no es asunto de conocimiento. El conocimiento jamás puede traer comprensión, ya que es tan sólo el cultivo de la memoria, en el que la mente busca seguridad; y una mente así jamás puede comprender lo real. Lo real puede encontrarse sólo en libertad, y eso implica enfrentarse al hecho tal como es, sin distorsionarlo. Es inevitable que haya distorsión en tanto el "yo" esté separado de la cosa que él observa. Por cierto, la mente serena es una mente libre, y sólo en libertad puede descubrirse lo verdadero.

*4 de junio de 1950*

## SEGUNDA PLÁTICA EN NUEVA YORK

Pienso que es importante ver la necesidad del conocimiento propio, porque lo que somos es lo que proyectamos. Si estamos confusos, inseguros, atormentados, si somos ambiciosos, crueles, temerosos, es exactamente eso lo que producimos en el mundo. Al parecer, no nos damos cuenta de cuán esencial es para el pensamiento y la acción que haya una comprensión fundamental respecto de uno mismo, no sólo de las capas superficiales de la conciencia, sino también de las capas más profundas del inconsciente, de la totalidad de nuestro proceso del pensar y sentir. Consideramos esta comprensión de nosotros mismos una tarea tan difícil, que preferimos escapar de ello hacia toda clase de actividades infantiles, inmaduras, tales como las ceremonias, las organizaciones así llamadas espirituales, los grupos políticos, etc., cualquier cosa antes que estudiar y comprendernos a nosotros mismos de manera integral y completa.

La comprensión integral de nosotros mismos no llega mediante los conocimientos ni mediante la acumulación de experiencias, lo cual es nada más que cultivo de la memoria. La comprensión propia es de instante en instante; y si nos limitamos a acumular conocimientos respecto del "yo", esos conocimientos mismos impiden una comprensión futura, porque los conocimientos y las experiencias que se acumulan, se convierten en el centro a través del cual el pensamiento se enfoca y tiene su existencia. El mundo no es diferente de nosotros y de nuestras actividades, porque lo que somos da origen a los problemas del mundo; y la dificultad con la mayoría de nosotros es que no nos conocemos directamente, sino que buscamos un sistema, un método, un medio de operación mediante el cual resolver los múltiples problemas humanos.

Ahora bien, ¿hay un medio, un sistema de conocimiento propio? Cualquier persona ingeniosa, cualquier filósofo, puede inventar un sistema, un método, pero el seguimiento de un sistema producirá, sin duda, un resultado que será producto de ese sistema, ¿no es así? Si sigo un determinado método de conocerme a mí mismo, obtendré el resultado que ese sistema necesita, pero es obvio que tal resultado no será la comprensión de mí mismo. Es decir, al seguir un método, un sistema, un medio por el cual conocerme a mí mismo, moldeo mi pensar, mis actividades, conforme a un patrón, pero el seguimiento de un patrón preestablecido no es comprensión de uno mismo.

No existe, pues, un método de conocimiento propio. Buscar un método implica invariablemente el deseo de obtener cierto resultado, y eso es lo que todos deseamos. Seguimos a la autoridad —si no la de una persona, entonces la de un sistema, la de una ideología— porque queremos un resultado que sea satisfactorio, que nos brinde seguridad. En realidad, no queremos comprendernos, comprender nuestros impulsos y reacciones, todo el proceso de nuestro pensar, tanto el consciente como el inconsciente; deseamos más bien perseguir un sistema que nos asegure un resultado. Pero la persecución de un sistema es siempre la consecuencia de nuestro deseo de seguridad, de certidumbre, y el resultado no es, obviamente, la comprensión de nosotros mismos. Cuando seguimos un método, debemos tener autoridades: el instructor, el gurú, el salvador, el Maestro, que nos garantizarán lo que deseamos; y ése no es, por cierto, el camino del conocimiento propio.

La autoridad impide la comprensión de uno mismo, ¿no es así? Bajo el amparo de una autoridad, de una guía, uno puede tener temporariamente una sensación de seguridad, de bienestar, pero eso no es la comprensión del proceso total de uno mismo. La autoridad, por su propia naturaleza, impide la plena percepción respecto de nosotros mismos y, por lo tanto, destruye finalmente la libertad, y sólo en libertad puede haber creación. La creatividad puede existir únicamente gracias al conocimiento propio. Muy pocos somos creativos; somos máquinas repetidoras, meros discos fonográficos que tocan una y otra y otra vez ciertos cantos de la experiencia, ciertas conclusiones, ciertos recuerdos, ya sean propios o ajenos. Una repetición semejante no es un vivir creativo, pero eso es lo que deseamos. Debido a que queremos sentirnos internamente seguros, buscamos constantemente medios y arbitrios para esta seguridad; de tal modo, creamos la autoridad, la veneración de otro, lo cual destruye la comprensión, esa serenidad espontánea de la mente en la que es posible un estado de creatividad.

Nuestra dificultad consiste, ciertamente, en que la mayoría de nosotros ha perdido este sentido de creatividad. Ser creativo no implica que debemos pintar cuadros o escribir poemas y volvernos famosos. Eso no es creatividad; es tan sólo capacidad de expresar una idea que el público aplaude o pasa por alto. No debemos confundir capacidad con creatividad. La capacidad no es creatividad. La creatividad es un estado totalmente distinto del ser, ¿no es así? Es un estado en el que el "yo" está ausente, en el que la mente no es más un

foco de nuestras experiencias, ambiciones, búsquedas y deseos. La creatividad no es un estado continuo; es nueva de instante en instante, es un movimiento en el que no existen el "yo" y "lo mío", en el que el pensamiento no se concentra en torno de ninguna experiencia en particular, de ninguna ambición, de ningún logro, propósito o motivo. Sólo en ausencia del "yo" existe la creatividad, único estado del ser en que puede manifestarse la realidad, creadora de todas las cosas. Pero ese estado no puede concebirse ni imaginarse, no puede formularse ni copiarse, no es posible lograrlo mediante ningún sistema o método, mediante ninguna filosofía o disciplina; por el contrario, surge a la existencia únicamente cuando comprendemos el proceso total de nosotros mismos.

La comprensión respecto de nosotros mismos no es un resultado, una culminación; es vernos de instante en instante en el espejo de la relación, de nuestra relación con la propiedad, con las cosas, las personas y las ideas. Pero encontramos difícil estar alerta, atentos, y preferimos embotar nuestras mentes siguiendo un método, aceptando autoridades, supersticiones y teorías que nos gratifican; así, nuestras mentes quedan agotadas, exhaustas e insensibles. Una mente semejante no puede hallarse en estado de creatividad. Ese estado adviene únicamente cuando el "yo", que es el proceso de reconocimiento y acumulación, cesa de existir; al fin y al cabo, la conciencia como el "yo" es el centro de reconocimiento, y el reconocimiento no es sino el proceso de acumulación de experiencias. Pero todos sentimos temor de ser nada, porque todos queremos ser "algo". El hombre insignificante quiere ser un gran hombre, el que no es virtuoso quiere ser virtuoso, el hombre débil y desconocido anhela el poder, la posición y la autoridad. Ésta es la incesante actividad de la mente. Una mente así no puede estar quieta y, por lo tanto, jamás puede comprender el estado de creatividad.

Para transformar, pues, el mundo que nos rodea, el mundo con sus desdichas, sus guerras, su desempleo, su hambre, sus divisiones de clase y su total confusión, tiene que haber una transformación en nosotros mismos. La revolución debe comenzar dentro de cada uno de nosotros, pero no conforme a alguna creencia o ideología, ya que la revolución basada en una idea o ajustada a un modelo determinado, no es revolución en absoluto. A fin de originar dentro de nosotros mismos una revolución fundamental, debemos comprender todo el proceso de nuestro pensamiento y sentimiento en la relación. Ésa es la única solución para todos nuestros problemas, y no el tener más disciplinas, más creencias, más ideologías, más instructores. Si podemos, sin el proceso de acumulación, comprendernos tal como somos de instante en instante, veremos cómo adviene una serenidad que no es producto de la mente, una serenidad no imaginada ni cultivada; sólo en ese estado puede haber creatividad.

Tengo aquí varias preguntas; al considerarlas ustedes y yo, experimentemos juntos, como individuos, a fin de descubrir la verdad de cada pregunta. No es mi explicación lo que va a disolver el problema, ni lo hará la ansiosa búsqueda de una solución por parte de ustedes; lo que disuelve cualquier pro-

blema es aclararlo paso a paso y, de tal modo, percibir su verdad. La percepción de la verdad respecto de nuestras dificultades es lo que las disuelve, pero ver las cosas tal como son no es fácil. Escuchar es un arte, y si al escuchar podemos seguir experimentalmente, operativamente lo que se dice, existe entonces una posibilidad de ver la verdad y, con eso, disolver el problema particular que puede estar afrontando cada uno de nosotros.

*Pregunta: ¿Qué actitud mental considera usted más conveniente para lograr el contentamiento en el mundo agitado de hoy, y cómo sugeriría que podemos obtenerlo?*

KRISHNAMURTI: Cuando ustedes desean obtener el contentamiento, tienen una idea al respecto, ¿no es así? Tienen un preconcepto de lo que es estar contentos, y desean encontrarse en ese estado, de modo que buscan un método, quieren saber cómo lograrlo. ¿Es un resultado el contentamiento, una cosa que deba lograrse? ¿La búsqueda misma de un resultado, no es en sí la causa del descontento? Por cierto, tan pronto deseo ser alguna cosa, he sembrado la semilla del descontento; debido a que deseo lograr el contentamiento, ya he dado origen al descontento.

Veamos, por favor, el significado de este deseo de alcanzar un objetivo. El objetivo es siempre gratificante, es algo que creemos habrá de darnos seguridad y felicidad permanentes. O sea, el objetivo es siempre autoproyectado, y habiéndolo proyectado o imaginado o formulado en palabras, deseamos obtenerlo, y entonces buscamos un método para su obtención. Queremos saber cómo estar contentos. Ese deseo mismo de estar contentos, o la búsqueda de un método con ese objetivo, ¿no muestran, acaso, la estupidez de nuestras propias mentes? Un hombre que dice: "Quiero lograr el contentamiento", no hay duda de que ya se halla estancado. Su único interés es encerrarse en un estado donde nada lo perturbe, de modo que su contentamiento es, en realidad, la seguridad máxima, que consiste en un aislamiento sin perturbación alguna. El contentamiento obtenido, al que llamamos la más elevada realización espiritual, es de hecho una condición de deterioro. Pero, si podemos comprender el proceso del descontento, ver qué lo origina y, sin llegar a ninguna conclusión, podemos darnos cuenta de sus modalidades, observando sin optar cada uno de sus movimientos, entonces, en esa comprensión misma, adviene un estado de contentamiento que no es producto de la mente, que no es el proceso del pensar o del deseo.

Cualquier cosa que la mente produce se basa, evidentemente, en el pensamiento, y el pensamiento no es sino la respuesta de la memoria, de la sensación. Cuando buscamos contentamiento, estamos buscando una sensación que sea completamente satisfactoria, y la sensación nunca puede ser contentamiento. Si tengo conciencia de estar contento, ¿es contentamiento eso? La virtud, ¿es consciente de sí misma? La felicidad, ¿es un estado en el que estoy consciente de ser feliz? Por cierto, apenas tengo conciencia de que estoy contento, ya

estoy descontento; deseo más. (*Risas*). Tengan a bien no reírse de estas cosas, porque al reírse las desechan, no las toman en cuenta. Es una reacción superficial ante algo serio que no desean afrontar y considerar.

El contentamiento es algo que no puede ser obtenido —aunque todos los libros religiosos, todos los santos y los Maestros nos lo prometan—. Su promesa no es promesa en absoluto, es sólo una cosa vana que nos gratifica. Pero existe una posibilidad de comprender todo el proceso del descontento, ¿no es así? ¿Qué es lo que hace que me sienta descontento? Es, sin duda, el deseo de obtener un resultado, una recompensa, un logro, el deseo de llegar a ser tal o cual cosa. En ese proceso mismo de obtener una recompensa, hay castigo, y aquel que busca una recompensa ya está castigándose a sí mismo. La ganancia implica descontento; el anhelo de lograr algo crea miedo a la pérdida, y el propio deseo de obtener contentamiento, trae descontento. Es importante ver esto, ¿no es cierto?, verlo no como una teoría, no como algo sobre lo cual hay que reflexionar, discutir y meditar, sino como un simple hecho. No bien deseamos algo, ya hemos generado el descontento, y todos los anuncios publicitarios, todo en nuestra sociedad fomenta este deseo de poseer, de crecer, de obtener cosas, de llegar a ser esto o aquello. Y esta lucha por llegar a ser, ¿puede llamarse evolución, desarrollo, progreso?

Hay, indudablemente, un proceso de comprender el descontento, y en el proceso de comprenderlo verán ustedes que el descontento es la naturaleza misma del "yo". El "yo" es el centro del descontento, porque el "yo" es la acumulación de recuerdos, y los recuerdos no pueden prosperar, enriquecerse, a menos que haya más recuerdos, más sensaciones. Hasta que comprendamos el "yo", que es el centro del descontento, hasta que investiguemos y comprendamos todo este proceso del devenir, del lograr, siempre tendrá que haber descontento. ¿Cómo puede comprender cosa alguna, una mente agitada por el deseo de lograr un resultado? Puede aquietarse por un tiempo en el aislamiento de sus propios logros, pero es obvio que una mente así está encerrada en sí misma y jamás puede conocer la serenidad de ese contentamiento que no es un resultado. La mente atrapada en un resultado jamás puede ser libre, y sólo en libertad puede haber verdadero contentamiento.

*Pregunta: Usted dice que usamos nuestras necesidades fisiológicas para nuestra expansión y seguridad psicológicas. Después, nos muestra que la seguridad no existe. Esto genera en nosotros un sentimiento de completa desesperanza y miedo. ¿Es esto todo?*

KRISHNAMURTI: Éste es un problema complejo, así que resolvámoslo juntos. Ante todo, tiene que haber seguridad fisiológica, ¿no es así? Uno debe tener alimento, ropa y vivienda. Tiene que haber seguridad, en el sentido de que deben satisfacerse nuestras necesidades físicas; de lo contrario, ni siquiera podríamos existir. Pero las necesidades físicas son utilizadas como medios para nuestra expansión psicológica personal, ¿no es así? Es decir, uno utiliza la

propiedad, las ropas, todas las necesidades físicas, como un instrumento para su propia posición social, su progreso y autoridad.

Expresado de una manera diferente: el nacionalismo, el llamarse uno americano, ruso, hindú o lo que fuere, es evidentemente una de las causas de la guerra. El nacionalismo es separatismo, y lo que separa desintegra. El nacionalismo destruye la seguridad física, pero uno es nacionalista porque hay seguridad psicológica en el sentirse identificado con lo más grande, con un país, un grupo o una raza en particular. Me brinda un sentimiento de seguridad psicológica llamarme a mí mismo hindú o con cualquier otro nombre; me siento halagado, me da una sensación de bienestar.

De igual manera, usamos la propiedad, las cosas, como un medio de agrandamiento psicológico, de expansión del "yo", y por eso tenemos toda esta confusión, este conflicto y esta separación que ocurren en el mundo. Así pues, el problema económico no está totalmente en su propio nivel, sino que es, en esencia, un problema psicológico. Ésa es una de las cosas involucradas en esta cuestión.

Ahora bien, en tanto estemos buscando seguridad psicológica o interna, es obvio que debemos negar la seguridad externa. O sea, en tanto seamos nacionalistas, tenemos que generar guerra y, de tal modo, destruimos la seguridad externa que es tan fundamental. La búsqueda individual de seguridad interna es la que origina guerras, luchas de clases, las innumerables divisiones de la religión, y las demás cosas que finalmente destruyen para todos la seguridad externa. De modo que, en tanto esté buscando mi seguridad interna en cualquiera de sus formas, debo por fuerza generar exteriormente caos y desdicha. El mero reordenamiento de la seguridad externa, individual o colectiva, sin comprender los procesos internos del deseo, es completamente inútil, porque la necesidad psicológica de expansión interna destruirá inevitablemente cualquier estructura externa que hayamos creado. Éste es un hecho que podemos discutir y que investigaré más adelante.

La seguridad interna es un estado inexistente, y cuando la buscamos, lo que hacemos es aislarnos, encerrarnos en una idea, en una esperanza, en un patrón particular que nos gratifica. Es decir, nos encerramos ya sea en la experiencia y el conocimiento colectivos, o en nuestra propia experiencia y conocimiento personales, y nos agrada permanecer en ese estado porque nos sentimos seguros. El hecho de tener un nombre determinado, de poseer ciertas cualidades y cosas, nos da un sentimiento de bienestar. El titularse uno doctor, alcalde, swami o Dios sabe qué más, comunica un sentido de seguridad interna, y esa seguridad interna es, evidentemente, un proceso de separación y, en consecuencia, de desintegración.

Ahora bien, cuando uno ve realmente que no hay seguridad interna, dice que tiene un sentimiento de completa desesperanza y miedo. ¿Por qué existe este sentimiento de desesperanza? ¿Por qué hay desesperación? ¿Qué se entiende por esperanza? Un hombre que se aferra a la esperanza está muerto; el que espera está muriendo, porque para él lo importante es el futuro, no *lo que*

*es* sino lo que será. Aquel que vive de esperanzas, no está viviendo en absoluto; vive en alguna otra parte, en el futuro. Y vivir en el futuro no es, evidentemente, vivir.

El interlocutor dice que cuando está sin esperanzas, llega a la desesperación. ¿Es así? Cuando uno ve la verdad respecto de la esperanza, cuán destructiva es, ¿se desespera? ¿Lo hace? Si vemos la verdad de que internamente no hay seguridad de ninguna clase, si vemos realmente la verdad de ello, si no nos limitamos a especular sobre el estado psicológico de inseguridad, ¿nos sentimos desesperanzados, desesperados? Debido a que siempre pensamos en función de opuestos —cuando estamos desesperados, queremos esperanzas, y cuando no hay esperanzas, nos desesperamos—, ¿no indica esto que buscamos un estado en el que no haya perturbación de ninguna clase? ¿Y por qué no deberíamos perturbarnos? ¿No debe la mente estar por completo insegura a fin de descubrir? Pero no bien nos sentimos inseguros, caemos en un estado de desesperanza y miedo, y entonces desarrollamos una filosofía de la desesperación y la seguimos. Por cierto, si vemos realmente la verdad en cuanto a la esperanza, adviene una libertad tanto respecto de la esperanza como de la desesperación; pero eso debe uno verlo, debe realizar y experimentar ese estado.

¿Qué entendemos por miedo? ¿Miedo de qué? ¿Miedo de no ser? ¿Miedo de lo que uno es? ¿Miedo de perder, de no encontrar? El miedo, ya sea consciente o inconsciente, no es abstracto, existe sólo en relación con algo. Lo que nos infunde miedo es sentirnos inseguros, ¿verdad? Inseguros no sólo económicamente sino, mucho más aún, internamente. O sea, nos atemoriza la solitud, el no ser nada, la sensación de completo desposeimiento, el deshacernos de todas las creencias, experiencias y recuerdos que guarda la mente. Ese estado, sea lo que fuere, es el que nos infunde miedo: miedo de no ser amados, miedo a la pérdida, miedo de no realizarnos. Pero, tan pronto como vemos qué es la solitud, qué implica estar solo, aislado, sin escape, existe entonces una posibilidad de ir más allá, porque la soledad (*aloneness*) es por completo diferente de la solitud (*loneliness*). Tiene que haber soledad, pero actualmente estamos compuestos de muchas cosas, de muchas influencias, y jamás estamos verdaderamente solos. No somos individuos, no somos sino un haz de respuestas colectivas, cada uno con un nombre determinado y un particular grupo de recuerdos, tanto heredados como adquiridos. Por cierto, eso no es individualidad.

Para comprender qué es estar solo, debemos comprender todo el proceso del miedo. Comprender el miedo nos conduce finalmente a ese estado en el que estamos completamente vacíos, completamente solos; es decir, estamos cara a cara con un estado de aislamiento, de solitud que no puede ser satisfecha, que nada puede llenar y de la que no existe escape posible. Veremos así que uno puede ir más allá de la solitud, y que entonces no hay esperanza ni desesperanza, sino un estado de soledad creativa completamente libre de miedo.

Como dije, el hombre que abriga esperanzas no está viviendo, porque para él es extraordinariamente importante el futuro; en consecuencia, está dispuesto a sacrificar el presente en aras del futuro. Eso es lo que están haciendo

los ideólogos, todas las personas que fabrican utopías: sacrifican el presente, o sea, están prontas a liquidarnos a ustedes y a mí por el futuro. ¡Como si conocieran el futuro! Todos los partidos políticos, todos los ideólogos, dejan entrever frente a nosotros una esperanza, y aquellos que la persiguen son finalmente destruidos. Pero, si podemos comprender el deseo de seguridad interna, ver la totalidad de su proceso y no limitarnos a negarlo o a vivir en algún estado irreal, si merced a la vigilancia alerta nos damos cuenta de cada respuesta del "yo" y vemos que no hay seguridad interna de ninguna clase, ya sea por medio de la propiedad, de una persona o de una ideología, entonces, en esa condición de completa inseguridad de la mente, adviene una libertad que es el único estado en que resulta posible descubrir *lo que es*. Pero un estado así no es para aquellos que abrigan esperanzas, que tienen miedo, o que desean obtener un resultado.

*Pregunta: ¿Cómo puedo experimentar a Dios dentro de mí?*

KRISHNAMURTI: ¿Qué entendemos por experimentar? ¿Cuál es el proceso del experimentar? ¿Cuándo decimos: "He tenido una experiencia"? Lo decimos sólo cuando reconocemos la experiencia, o sea, cuando hay un experimentador aparte de la experiencia. Esto significa que nuestro experimentar es un proceso de reconocimiento y acumulación. ¿Me explico con claridad?

Puedo experimentar únicamente cuando hay reconocimiento de la experiencia, y el reconocimiento es recuerdo, memoria; y la memoria es, evidentemente, el centro del "yo". Es decir, todo el proceso de reconocimiento y acumulación de experiencias es el "yo", y el "yo" dice entonces: "He tenido una experiencia". Lo que reconocemos y acumulamos como experiencia es la respuesta a los estímulos, la respuesta al reto. Si no reconozco la respuesta a un reto, no tengo experiencia alguna. Si ustedes me plantean un reto y yo no reconozco el sentido, el significado de ese reto, ni mi respuesta a él, ¿cómo puedo tener una experiencia? El experimentar existe sólo cuando respondo a un reto y reconozco la respuesta.

Ahora bien, el interlocutor pregunta: "¿Cómo puedo experimentar a Dios dentro de mí?". Dios, la realidad, o como gusten llamarlo, ¿es una cosa para ser experimentada, reconocida, de modo que uno pueda decir: "He tenido una experiencia de Dios"? Obviamente, Dios es lo desconocido; no puede ser lo conocido. En el momento en que uno lo conoce, eso no es Dios, es algo autoproyectado, reconocido, lo cual implica que es memoria. Por eso el creyente jamás puede descubrir a Dios; y puesto que casi todos ustedes creen en Dios, jamás podrán descubrir a Dios, porque su propia creencia les impide hacerlo. Pero la no creencia en Dios —que es otra forma de creencia— también impide el descubrimiento de lo desconocido, porque toda creencia es un proceso de la mente. La creencia es el resultado de lo conocido. Uno podrá creer en lo desconocido, pero esa creencia se origina en lo conocido, forma parte de lo conocido, que es memoria. La memoria dice: "Yo no conozco a Dios, es algo descono-

cido". Así, la memoria crea lo desconocido y cree en ello como una forma de experimentar lo desconocido.

¿Es Dios algo para que se crea en ello? Los sacerdotes, los predicadores, los organizadores de religiones, los obispos, los cardenales, el hombre sanguinario, el que maneja un avión y arroja una bomba... todos ellos dicen: "Dios está conmigo". El que hace dinero, el que explota a otros, el que acumula riquezas y construye templos e iglesias, dicen que Dios los acompaña. Todos ellos creen en Dios, y su creencia es, por cierto, tan sólo una forma de expansión propia, de engreimiento personal. Tales personas, que creen en dogmas organizados, que han condicionado sus mentes conforme a una determinada norma llamada religión, es obvio que jamás podrán dar con la realidad suprema.

Para que lo desconocido cobre existencia, la mente debe estar por completo vacía; y la realidad no puede experimentarse, porque el experimentador es el "yo" con todos sus recuerdos acumulados, tanto los conscientes como los inconscientes. El "yo", que es el residuo de todo eso, dice: "Estoy experimentando", pero lo que él puede experimentar es tan sólo su propia proyección. El "yo" no puede experimentar lo desconocido; sólo puede experimentar lo conocido, lo autoproyectado, la cosa en la que cree o en la que abriga esperanzas, la cual es una creación del pensamiento, una reacción que proviene del pasado. Una mente así es incapaz de estar completamente vacía, completamente sola; por lo tanto, jamás puede ser libre. Sólo una mente libre puede conocer *lo que es*, lo indescriptible, lo que no puede ser puesto en palabras para que ustedes o yo lo reconozcamos. La descripción de ello es tan sólo el cultivo de la memoria; verbalizarlo es introducirlo en el tiempo, y lo que está en el tiempo jamás puede ser lo intemporal.

Lo importante, pues, no es en qué creemos o no creemos, o cuáles son nuestras actividades, sino comprender todo el proceso, todo el contenido de nosotros mismos, y eso implica estar atentos a todo de instante en instante, sin sentido alguno de acumulación. Cuando la mente está por completo serena, quieta, sin aceptar ni rechazar nada, sin afán de adquirir o de acumular, cuando existe ese estado de serenidad en el que se halla ausente el experimentador, sólo entonces, existe eso que puede ser llamado Dios —la palabra no es importante—. Y entonces hay un estado de creación que no es la expresión del "yo".

*11 de junio de 1950*

## TERCERA PLÁTICA EN NUEVA YORK

Es sumamente importante que comprendamos los diversos factores de desintegración que operan en nuestra vida. Estos elementos disociadores existen no sólo en el nivel superficial o económico, sino también en niveles más profundos de nuestra conciencia. Podemos ver en todo el mundo que hay divi-

sión; tanto entre distintos grupos de personas como dentro del individuo mismo, hay contradicción, conflicto. Hasta que comprendamos esta contradicción dentro de nosotros mismos, no podremos habérnoslas con las contradicciones que nos rodean. Esta contradicción que existe en cada uno y de la que casi todos nos damos cuenta si somos algo reflexivos, no puede resolverse mediante el deseo de estar integrados, el cual tan sólo se convierte en otro problema con el que debemos luchar; pero si podemos percibir y comprender los factores que originan contradicción, quizás haya una posibilidad de estar integrados.

Y bien, ¿qué origina contradicción en cada uno de nosotros? Es, sin duda, el deseo de llegar a ser alguna cosa, ¿no es así? Todos deseamos llegar a ser algo: tener éxito en el mundo, y alcanzar un resultado en lo interno. Así pues, mientras pensemos desde el punto de vista del tiempo, de logros, de posición social, etc., tendrá que haber contradicción. Al fin y al cabo, la mente es el producto del tiempo. El pensamiento se basa en el ayer, en el pasado; y en tanto el pensamiento opere dentro del campo del tiempo, pensando en función de futuro, de devenir, de ganar, de lograr, tendrá que haber contradicción, porque entonces somos incapaces de enfrentarnos exactamente a *lo que es*. Sólo al estar pasivamente atentos a *lo que es*, al darnos cuenta de ello, al comprenderlo, hay posibilidad de liberarnos de ese factor que es la contradicción.

Es esencial, pues, comprender todo el proceso de nuestro pensar, ya que es ahí donde encontramos contradicción. El pensamiento mismo se ha vuelto una contradicción, porque no hemos comprendido el proceso total de nosotros mismos; y esa comprensión es posible sólo cuando estamos plenamente atentos a nuestro pensar, no como un observador que actúa sobre su pensamiento, sino integralmente y sin optar, lo cual resulta extremadamente difícil. Únicamente entonces se disuelve esa contradicción que es tan dañina, tan dolorosa.

En tanto estemos tratando de alcanzar un resultado psicológico, en tanto deseemos seguridad interna, tendrá que haber contradicción en nuestra vida. Yo no creo que la mayoría de nosotros esté consciente de esta contradicción, o si lo está no ve su verdadero significado. Por el contrario, siente que la contradicción nos provee el incentivo para vivir; así, el elemento mismo de fricción nos hace sentir que estamos vivos. El esfuerzo, la lucha de la contradicción, nos da una sensación de vitalidad. Por eso nos gustan las guerras, por eso disfrutamos la batalla de las frustraciones. Mientras exista el deseo de lograr un resultado, que es el deseo de estar psicológicamente seguros, tendrá que haber una contradicción, y donde hay contradicción no puede haber una mente quieta. La quietud de la mente es esencial para comprender todo el significado de la vida. El pensamiento jamás puede estar sereno; siendo el producto del tiempo, no puede dar con aquello que es intemporal, no puede conocer lo que está más allá del tiempo. La naturaleza misma de nuestro pensar es una contradicción, porque estamos siempre pensando desde el punto de vista del pasado o del futuro; por lo tanto, jamás tenemos conocimiento pleno ni plena conciencia del presente.

Tener plena conciencia del presente es una tarea en extremo difícil, por-

que la mente es incapaz de enfrentarse a un hecho de manera directa, sin engañarse a sí misma. Como lo expliqué, el pensamiento es el producto del pasado y, en consecuencia, sólo puede pensar en función del pasado o del futuro, no puede percatarse por completo de un hecho en el presente. Por lo tanto, mientras el pensamiento —que es el producto del pasado— trata de eliminar la contradicción y todos los problemas que ésta origina, no hace sino perseguir un resultado, procura lograr un objetivo; y un pensar semejante genera más contradicción y, en consecuencia, conflicto, desdicha y confusión dentro de nosotros y, por ende, alrededor de nosotros.

Para estar libre de la contradicción, uno debe estar atento al presente, sin opción alguna. ¿Cómo es posible que haya opción cuando nos enfrentamos a un hecho? Por cierto, la comprensión del hecho se vuelve imposible mientras el pensamiento trata de actuar sobre el hecho en función del devenir, intentando cambiarlo, alterarlo. Así pues, el conocimiento propio es el principio de la comprensión, y sin conocimiento propio, continuarán la contradicción y el conflicto. Para conocer todo el proceso, la totalidad de uno mismo, no se requiere ningún experto, ninguna autoridad. El seguimiento de la autoridad sólo engendra temor. Ningún experto, ningún especialista puede enseñarnos cómo comprender el proceso del "yo". Uno tiene que estudiarlo por sí mismo. Ustedes y yo podemos ayudarnos el uno al otro conversando al respecto, pero nadie puede descubrirlo por nosotros, ningún especialista, ningún instructor puede explorarlo por nosotros. Únicamente en nuestra relación podemos darnos cuenta de él, en nuestra relación con las cosas, con la propiedad, con la gente, y con las ideas. En la relación descubriremos que la contradicción surge cuando la acción se aproxima a una idea. La idea es tan sólo la cristalización del pensamiento en la forma de un símbolo, y el esfuerzo para vivir a la altura del símbolo, origina una contradicción.

Así pues, en tanto haya un patrón de pensamiento, la contradicción habrá de continuar; y para poner fin al patrón de pensamiento y, por ende, a la contradicción, tiene que haber conocimiento propio. Esta comprensión respecto del "yo" no es un proceso reservado para unos pocos. El "yo" puede ser comprendido en nuestra conversación cotidiana, en el modo como pensamos y sentimos, como miramos al otro. Si podemos estar alerta, de instante en instante, a cada pensamiento, a cada sentimiento, veremos que en la relación llegan a comprenderse las modalidades del "yo". Sólo entonces es posible esa serenidad de la mente en la que puede manifestarse la existencia de la realidad suprema.

Voy a contestar algunas preguntas; mientras lo hago, exploremos juntos cada problema. Yo no soy la autoridad, el especialista, el instructor, el que les dice lo que deben hacer; eso sería demasiado absurdo para personas maduras —si es que somos de algún modo maduros—. Al considerar, pues, estas preguntas, tratemos de explorar y descubrir la verdad por nosotros mismos. El descubrimiento de la verdad es lo que va a liberarnos de nuestros problemas, pero esa verdad no puede ser descubierta, ella no puede venir a nosotros si la

mente se halla agitada en la corriente de estos problemas. A fin de descubrir los aspectos del problema, éste debe ser expuesto y a la mente debe permitírsele que esté quieta; entonces vemos la verdad, y la verdad nos libera.

*Pregunta: ¿Cómo puedo librarme del miedo, que influye en todas mis actividades?*

KRISHNAMURTI: Éste es un problema muy complejo que requiere profunda atención, y si no lo seguimos y exploramos plenamente, en el sentido de experimentarlo paso a paso mientras avanzamos, no seremos capaces, al final de ello, de liberarnos del miedo.

¿Qué entendemos por miedo? ¿Miedo de qué? Hay diversos tipos de miedo, y no necesitamos analizar cada tipo. Pero podemos ver que el miedo surge cuando no comprendemos por completo la relación. La relación no lo es sólo entre personas, sino entre nosotros y la naturaleza, entre nosotros y la propiedad, entre nosotros y las ideas; y mientras esa relación no sea plenamente comprendida, tendrá que haber miedo. La vida es relación. Ser es estar relacionado, y sin relación no hay vida. Nada puede existir en aislamiento, y en tanto la mente esté buscando el aislamiento, tiene que haber miedo. Por lo tanto, el miedo no es una abstracción; existe sólo en relación con algo.

Ahora bien, la pregunta es cómo vernos libres del miedo. Ante todo, cualquier cosa que conquistamos, tiene que ser conquistada una y otra vez. Ningún problema puede ser finalmente vencido, conquistado; puede ser comprendido, no vencido. Son dos procesos por completo diferentes, y el proceso de vencer, de conquistar, conduce finalmente a más confusión, a más miedo. Resistir un problema, dominarlo, combatirlo, o erigir una defensa contra él, es sólo generar un futuro conflicto. Mientras que, si podemos comprender el miedo, investigarlo paso a paso, explorar todo su contenido, el miedo no regresará, entonces, en ninguna forma; y eso es lo que espero podamos hacer esta mañana.

Como dije, el miedo no es una abstracción; existe sólo relacionado con algo. Entonces, ¿qué entendemos por miedo? Fundamentalmente, tenemos miedo, ¿no es así?, de no ser, de no devenir. Ahora bien, cuando hay miedo de no ser, de no progresar, miedo a lo desconocido, a la muerte, ¿puede ese miedo ser vencido por determinación, por una conclusión, por cualquier clase de preferencia? Obviamente no. La mera represión, sublimación o sustitución crea más resistencia, ¿no es así? El miedo no puede, pues, ser dominado por ninguna forma de disciplina, ninguna forma de resistencia. Ese hecho debe ser visto claramente, sentido y experimentado: que el miedo no puede ser superado mediante ninguna forma de defensa o resistencia. No puede haber libertad respecto del miedo, mediante la búsqueda de una respuesta, o mediante la mera explicación intelectual o verbal.

Y bien, ¿de qué tenemos miedo? ¿Tenemos miedo de un hecho, o de una idea respecto del hecho? Tengan a bien ver este punto. ¿Nos atemoriza la cosa tal como es, o nos atemoriza lo que pensamos que es? Tomemos, por ejemplo,

la muerte. ¿Le tenemos miedo al hecho de la muerte, o a la idea acerca de la muerte? El hecho es una cosa, y la idea acerca del hecho es otra. ¿Tengo miedo de la palabra *muerte* o del hecho mismo? Debido a que me atemoriza la palabra, la idea, jamás comprendo el hecho, jamás miro el hecho ni estoy en relación directa con él. El miedo deja de existir únicamente cuando estoy en completa comunión con el hecho. Pero si no estoy en comunión total con el hecho, hay miedo. Y esa comunión es imposible mientras tenga una idea, una opinión, una teoría respecto del hecho. Debo, pues, tener muy en claro si es la palabra, la idea o el hecho lo que me infunde miedo. Si estoy cara a cara con el hecho, no hay nada que comprender al respecto: el hecho está ahí y puedo habérmelas con él. Pero si lo que me infunde miedo es la palabra, entonces tengo que comprender la palabra, examinar todo el proceso de lo que implica la palabra, el vocablo.

Por ejemplo, uno teme a la solitud, teme el dolor, la pena que genera este estado de aislamiento. Por cierto, ese miedo existe porque uno jamás ha mirado realmente la solitud, jamás ha estado en comunión completa con ella. En el momento en que uno está completamente abierto al hecho de la solitud, puede comprender lo que ésta es; pero uno tiene una idea, una opinión al respecto basada en el conocimiento previo; y esta idea, esta opinión, este conocimiento previo acerca del hecho, da origen al miedo. De modo que el miedo es, obviamente, la consecuencia de nombrar, de calificar, de proyectar un símbolo para representar el hecho; o sea, el miedo no es independiente de la palabra, del vocablo. Confío en estar expresándome con claridad.

Digamos que tengo una reacción a la soledad; es decir, digo que tengo miedo de ser nada. ¿Tengo miedo del hecho mismo, o ese miedo se halla despierto porque poseo un conocimiento previo del hecho, siendo el conocimiento la palabra, el símbolo, la imagen? ¿Cómo puede haber miedo respecto de un hecho? Cuando estoy cara a cara con un hecho, en comunión directa con él, puedo mirarlo, observarlo; por lo tanto, no tengo miedo del hecho. Lo que causa miedo es mi aprensión respecto del hecho, lo que el hecho podría ser o hacer.

Por consiguiente, lo que origina miedo es mi idea, mi experiencia, mi conocimiento acerca del hecho. En tanto haya verbalización del hecho, en tanto demos al hecho un nombre y, de tal modo, nos identifiquemos con él o lo condenemos, en tanto el pensamiento, como observador, esté juzgando el hecho, es inevitable que haya miedo. El pensamiento es producto del pasado; sólo puede existir gracias a la verbalización, a los símbolos, a las imágenes, y mientras el pensamiento esté juzgando o traduciendo el hecho, tiene que haber miedo.

Entonces, lo que da origen al miedo es la mente, siendo la mente el proceso del pensar. El pensar es verbalización. Uno no puede pensar sin palabras, sin símbolos, sin imágenes; estas imágenes, que son los prejuicios, los conocimientos previos, las aprensiones de la mente, son proyectadas sobre el hecho y, a causa de eso, surge el miedo. Hay libertad respecto del miedo sólo cuando

la mente es capaz de mirar el hecho sin traducirlo, sin ponerle un nombre, un rótulo. Esto es sumamente difícil, porque las reacciones, las ansiedades, los sentimientos que tenemos, son muy pronto identificados por la mente y ésta les da un nombre. El sentimiento de los celos es identificado por esa palabra. ¿Es posible, pues, no identificar un sentimiento, mirarlo sin darle un nombre? Lo que da continuidad y fuerza a un sentimiento es el hecho de nombrarlo. Tan pronto como damos un nombre a eso que llamamos "miedo", lo hemos fortalecido; pero si podemos mirar ese sentimiento sin nombrarlo, veremos que se debilita. Por lo tanto, si uno quiere estar completamente libre de miedo, es esencial comprender todo este proceso de calificar los sentimientos, de proyectar símbolos, imágenes, de dar nombres a los hechos. O sea, podemos liberarnos del miedo sólo cuando hay conocimiento propio. El conocimiento propio es el principio de la sabiduría, la cual implica la terminación del miedo.

*Pregunta: ¿Cómo puedo deshacerme permanentemente del deseo sexual?*

KRISHNAMURTI: ¿Por qué queremos deshacernos permanentemente de un deseo? Usted lo llama sexual, algún otro lo llama apego, miedo, etc. ¿Por qué queremos librarnos permanentemente de cualquier deseo que fuere? Porque ese deseo en particular nos perturba y no queremos sentirnos perturbados. Eso es todo nuestro proceso del pensar, ¿no es así? Queremos encerrarnos en nosotros mismos, sin perturbación alguna, o sea, queremos aislarnos; pero nada puede vivir en aislamiento. En su búsqueda de Dios, la persona así llamada religiosa, lo que busca en realidad es un completo aislamiento en el que jamás se vea perturbada, pero una persona así no es realmente religiosa, ¿verdad? Las personas verdaderamente religiosas son aquellas que comprenden la relación de manera completa, total y, en consecuencia, no tienen problemas, conflictos. No es que no se vean perturbadas, pero debido a que no buscan la seguridad, comprenden las perturbaciones y, por lo tanto, no existe el proceso de autoencierro que se origina en el deseo de seguridad.

Ahora bien, esta cuestión requiere que se la comprenda a fondo, porque estamos tratando con la sensación, que es pensamiento. Para la mayoría de la gente, el sexo ha llegado a ser un problema extraordinariamente importante. No siendo creativa sino temerosa, estando encerrada en sí misma, coartada en todas las demás direcciones, el sexo es la única cosa mediante la cual la mayoría de las personas puede encontrar una liberación, es el único acto en el que se halla por unos momentos ausente el "yo". En ese breve estado de abnegación, cuando el "yo", con todas sus preocupaciones, confusiones y ansiedades, se halla ausente, hay una gran felicidad. Gracias al olvido de uno mismo, hay un sentimiento de quietud, un alivio, y debido a que no somos creativos en lo religioso, en lo económico y en toda otra dirección, el sexo se convierte en un problema abrumadoramente importante.

En la vida cotidiana, somos meros discos de fonógrafo que repiten frases aprendidas; en lo religioso, somos autómatas que siguen mecánicamente al

sacerdote; en lo económico y social, estamos atados, sofocados por las influencias ambientales. ¿Hay alivio para nosotros en alguna de esas cosas? Evidentemente no; y donde no hay alivio, tiene que haber frustración. Por eso el acto sexual, en el que hay un alivio, se ha vuelto un problema tan vital para la mayoría de nosotros. Y la sociedad lo fomenta y estimula por medio de los anuncios, las revistas, el cine y demás.

Mientras la mente, que es el resultado, el punto focal de las sensaciones, considere al sexo como su alivio, el sexo habrá de ser un problema, y ese problema continuará tanto como seamos incapaces de ser creativos de manera amplia, total, y no tan sólo en una dirección determinada. La creatividad no tiene nada que ver con la sensación. El sexo es cosa de la mente, y la creación no es de la mente. La creación jamás es un producto de la mente, del pensamiento, y en ese sentido, el sexo, que es sensación, jamás puede ser creativo. Puede producir bebés, pero eso, obviamente, no es creatividad. Mientras dependamos, para nuestro alivio psicológico, de la sensación, del estímulo en cualquiera de sus formas, tendrá que haber frustración, porque la mente se vuelve incapaz de comprender qué es la creatividad.

Este problema no puede ser resuelto por ninguna disciplina, por ninguna clase de tabúes, de mandatos o sanciones sociales. Podrá resolverse sólo cuando comprendamos el proceso total de la mente, ya que lo sexual pertenece a la mente. Las imágenes, las fantasías y representaciones de la mente son las que estimulan en ella lo sexual, y como la mente es el resultado de la sensación, sólo puede volverse más y más sensual. Una mente así jamás puede ser creativa, porque la creación no es sensación. Sólo cuando la mente no busca estímulos en ninguna forma, ni externos ni internos, puede estar completamente quieta, libre; y únicamente en esa libertad hay creación. Hemos convertido el sexo en algo feo porque es la única sensación privada que tenemos; todas las otras sensaciones son públicas, abiertas. Pero, en tanto usemos cualquier forma de sensación como un medio para liberarnos de problemas, ello sólo los aumentará, y también aumentará la confusión y la pena, porque la liberación jamás puede surgir mediante la búsqueda de un resultado.

El interlocutor quiere acabar permanentemente con el deseo sexual, porque tiene la idea de que entonces se encontrará en un estado donde habrán desaparecido todas las perturbaciones; por eso lo busca, se esfuerza en pos de él. El mismo esforzarse en lograr ese estado, le impide estar libre para comprender el proceso de la mente. Mientras la mente esté buscando ese estado de permanencia en el que pueda hallarse libre de cualquier clase de perturbaciones, estará cerrada en sí misma y, por lo tanto, jamás podrá ser creativa. Sólo cuando la mente está libre del deseo de devenir, de llegar a ser alguna cosa, de lograr un resultado y, en consecuencia, está libre de miedo, puede hallarse completamente quieta; sólo entonces es posible que exista ese estado creativo que es la realidad.

*Pregunta: ¿Debería yo ser un pacifista?*

KRISHNAMURTI: Me temo que no puedo decirle lo que usted debería o no debería ser. Nosotros suponemos que somos personas maduras, y buscar el consejo de otro en asuntos de esta clase, denota inmadurez. La búsqueda de una autoridad sólo engendra corrupción; no trae libertad. Y la libertad es el único estado en que la verdad puede ser descubierta. Siguiendo a otro, usted jamás descubrirá qué es estar libre de violencia.

Averigüemos qué es lo que entendemos por pacifismo. ¿Es el pacifismo opuesto a la violencia? La paz, ¿es negación del conflicto? El bien, ¿es el opuesto del mal? Cuando uno niega el vicio y acude a lo opuesto, ¿es virtud eso? Si negamos, resistimos, desechamos lo feo, ¿somos bellos? ¿Es alguna vez pacífica, virtuosa o bella la persecución de un opuesto? El opuesto implica conflicto, ¿no es así? Si negamos la violencia y perseguimos la paz, ¿qué sucede? La persecución misma de la paz genera conflicto, porque estamos negando la violencia. La propia negación genera conflicto, y ¿es la virtud el resultado del conflicto? ¿Es la paz la negación de la guerra? La guerra es, evidentemente, la extensión, la proyección de nosotros mismos, ¿verdad? De modo que la guerra es la proyección espectacular y sangrienta de nuestra propia existencia cotidiana. Nos llamamos a nosotros mismos americanos o rusos o hindúes, o Dios sabe qué más, a causa de nuestro deseo de estar a salvo, y esta identificación con un país, con una raza en particular, o con un determinado grupo de personas, nos brinda una sensación de seguridad. Pero ello implica separación y conduce a la desintegración y la guerra. Por cierto, en tanto esté buscando identificarme en cualquier forma, con mi familia, con mi grupo, con mi propiedad, con mi particular ideología o creencia, es inevitable que haya separación, desintegración y guerra. Aunque el sueño de todos los ideólogos, tanto de la izquierda como de la derecha, es tener a todos creyendo en una teoría o un sistema en particular, tal cosa es una imposibilidad. La creencia separa siempre y, por consiguiente, es un factor de desintegración.

Así pues, en tanto usted y yo estemos en conflicto internamente, psicológicamente, ese conflicto tiene que proyectarse al mundo en la forma de guerras. Si uno no comprende su propio conflicto interno, no tiene sentido que se vuelva meramente un pacifista o ingrese en alguna organización para la paz. El hombre que se limita a resistir la guerra mientras sigue psicológicamente en conflicto, sólo genera más confusión. Pero si uno comprende realmente este proceso total del conflicto interno, conflicto que se proyecta al mundo en la forma de guerras, entonces no es ni un atizador de guerras ni un mero pacifista; es algo por completo diferente, ya que al hallarse en paz consigo mismo, está en paz con el mundo. Estando en paz internamente y, por ende, externamente, es obvio que no pertenece a ninguna nacionalidad, a ninguna religión, a ningún grupo o clase en particular, y si lo llevan ante el tribunal para alistarlo, probablemente será fusilado. Pero ésa no es su responsabilidad; la sociedad es la responsable, puesto que la sociedad lo rechaza. Al fin y al cabo y como quiera que sea, la sociedad no es muy inteligente. ¿Qué es la sociedad? Es

nuestra propia proyección, ¿no es así? Lo que somos usted y yo, eso es la sociedad. No llamen, pues, estúpida a la sociedad para reírse de ella. La sociedad es la estructura proyectada de nosotros mismos, y si queremos dar origen a una revolución fundamental en la sociedad, tiene que haber una revolución fundamental en nosotros mismos, lo cual implica una tarea enormemente difícil. Toda revolución basada en una idea, jamás es una revolución; es tan sólo una continuidad modificada. Las ideas nunca pueden ser revolucionarias, porque las ideas son meras reacciones de la memoria. El pensamiento no es sino una reacción, y la acción basada en reacciones jamás puede ser fundamental, verdadera.

Por cierto, el problema no es, entonces, si uno debería o no debería ser pacifista. Vemos que todo en el mundo está contribuyendo a la guerra. La guerra no es, evidentemente, el medio de arreglar nada, pero por lo visto somos incapaces de aprender eso. De vez en cuando cambiamos de enemigos, y parecemos muy satisfechos con este proceso, el cual se mantiene a causa de la propaganda, de nuestro deseo de ser vengativos, y de nuestro conflicto interno, psicológico. Estamos, pues, fomentando la guerra mediante el nacionalismo, la codicia, el deseo de ser exitosos, de llegar a ser "alguien". Es decir, alentamos la guerra internamente, y después queremos ser pacifistas externamente; es obvio que un pacifismo así carece de sentido. No es sino una contradicción. Todos queremos llegar a ser alguna cosa: un pacifista, un héroe de guerra, un millonario, un hombre virtuoso... lo que fuere. El deseo mismo de "llegar a ser" implica conflicto, y ese conflicto es el origen de la guerra.

La paz existe solamente cuando no hay deseo de llegar a ser alguna cosa, y ése es el único estado verdadero, porque sólo en él hay creación y revela su existencia la realidad. Pero ese estado es completamente ajeno a toda la estructura de la sociedad —la cual es la proyección de nosotros mismos—. Adoramos el éxito; es el dador de títulos, de rangos académicos y de autoridad. Hay dentro de nosotros una batalla constante: la lucha por lograr lo que deseamos. Nunca tenemos un momento de paz, no hay paz en nuestro corazón, porque estamos siempre esforzándonos por llegar a ser, por progresar. No se dejen engañar por la palabra *progreso*. Las cosas mecánicas progresan, pero el pensamiento jamás puede progresar excepto en función de su propio devenir. El pensamiento se mueve de lo conocido a lo conocido, pero eso no es crecimiento, no es evolución, no es libertad.

Por lo tanto, si usted desea ser pacifista en el verdadero sentido de la palabra —que es estar libre de conflicto—, tiene que comprenderse a sí mismo; y cuando la mente y el corazón sean pacíficos, cuando estén quietos, sabrá usted qué es vivir sin conflicto, y eso se expresará en la acción, cualquiera que sea tal acción. Pero preparar su mente para que llegue a ser esto o aquello, es tan sólo un proceso de esfuerzo, el cual genera inevitablemente más conflicto y lucha. Tal como cada guerra engendra otra guerra, así cada conflicto produce más conflicto. Podrá haber verdadera paz sólo cuando cese el conflicto, y terminar con el conflicto es comprender todo el proceso de uno mismo.

*Pregunta: No soy amado y quiero serlo, porque sin amor la vida no tiene sentido. ¿Cómo puedo realizar este anhelo?*

KRISHNAMURTI: Espero que ustedes no estén tan sólo escuchando las palabras, porque entonces estas reuniones serán otra distracción más, una pérdida de tiempo. Pero si experimentan realmente las cosas que discutimos, éstas tendrán una importancia extraordinaria, porque aunque puedan seguir las palabras con la mente consciente, si experimentan lo que se dice, lo inconsciente también participa en ello. Si se le da una oportunidad, lo inconsciente revelará todo su contenido y, de tal modo, permitirá una completa comprensión de nosotros mismos. Espero, pues, que no estén escuchando meramente una plática, sino que de veras experimenten las cosas a medida que avancemos.

El interlocutor quiere saber cómo amar y ser amado. ¿No es ése el estado de casi todos nosotros? Todos queremos ser amados y también dar amor. Hablamos muchísimo al respecto. Todas las religiones, todos los predicadores hablan de ello. Veamos, pues, qué entendemos por amor. ¿Es sensación el amor? ¿Es una cosa de la mente? ¿Puede uno pensar en el amor? Uno puede pensar en el objeto del amor, pero no puede pensar en el amor, ¿verdad? Puedo pensar en la persona que amo; puedo tener una representación mental, una imagen de esa persona y rememorar las sensaciones, los recuerdos de esa relación. Pero el amor, ¿es sensación, recuerdo? Cuando digo: "Quiero amar y ser amado", ¿no es eso mero pensamiento, una reverberación de la mente? ¿Es pensamiento el amor? Creemos que lo es, ¿no? Para nosotros, el amor es sensación. Por eso tenemos retratos de personas que amamos, por eso pensamos en ellas y a ellas nos apegamos. Todo eso es un proceso del pensamiento, ¿no es así?

Ahora bien, el pensamiento se ve frustrado en diferentes direcciones; por lo tanto, dice: "Encuentro felicidad en el amor, por eso debo tener amor". Ésa es la razón de que nos apeguemos a la persona que amamos, de que poseamos a esa persona, tanto psicológica como físicamente. Elaboramos leyes para proteger la posesión de lo que amamos, ya sea una persona, un piano, una propiedad, una idea o una creencia, porque en la posesión, con todas sus complicaciones de celos, miedo, sospechas, ansiedad, nos sentimos seguros. Así, hemos convertido al amor en una cosa de la mente, y con las cosas de la mente llenamos el corazón. A causa de que el corazón está vacío, la mente dice: "Debo tener ese amor", y tratamos de realizarnos por medio de la esposa, del marido. Por medio del amor, procuramos "llegar a ser". Es decir, el amor se vuelve una cosa útil, usamos el amor como un medio para un fin.

Así pues, hemos hecho del amor una cosa de la mente. La mente se vuelve el instrumento del amor, y la mente es sólo sensación. El pensamiento es la reacción de la memoria ante la sensación. Sin el símbolo, sin la palabra, sin la imagen, no hay memoria, no hay pensamiento. Conocemos la sensación del así

llamado amor, y nos aferramos a eso; y cuando eso fracasa, deseamos alguna expresión diferente de esa misma sensación. Cuanto más cultivamos la sensación, cuanto más cultivamos el conocimiento —que es tan sólo memoria—, tanto menos amor hay.

Mientras estemos buscando amor, tiene que haber un proceso de autoencierro. Amor implica vulnerabilidad, amor implica comunión, y no puede haber comunión ni vulnerabilidad en tanto exista el proceso de pensamiento. El proceso mismo de pensamiento es miedo, y ¿cómo puede haber comunión con otro cuando hay miedo, cuando usamos el pensamiento como un medio para ulteriores estímulos?

Podrá haber amor sólo cuando comprendamos todo el proceso de la mente. El amor no es de la mente y, como hemos visto, uno no puede pensar en el amor. Cuando decimos: "Quiero amar", estamos pensando en ello, lo estamos anhelando, y eso es una sensación, un medio para un fin. En consecuencia, no es amor lo que queremos, sino estímulos; queremos un medio por el cual podamos realizarnos, y ese medio puede ser una persona, un empleo, una determinada excitación, etc. Por cierto, eso no es amor. El amor puede existir sólo cuando se halla ausente el pensamiento del "yo", y la libertad respecto del "yo" reside en el conocimiento propio. Con el conocimiento propio adviene la comprensión, y cuando el proceso total de la mente se revele por completo y sea plenamente comprendido, sabrá el interlocutor qué es amar. Entonces verá que el amor no tiene nada que ver con la sensación, que no es un medio para realizarnos en lo personal. El amor existe, entonces, por sí mismo, no produce resultados. El amor es un estado del ser, y en ese estado hay ausencia completa del "yo" con sus identificaciones, posesiones y ansiedades. El amor no puede existir mientras continúen existiendo las actividades del "yo", tanto las conscientes como las inconscientes. Por eso es importante comprender el proceso del "yo", el centro de reconocimiento que es el "yo".

*18 de junio de 1950*

## CUARTA PLÁTICA EN NUEVA YORK

Si pudiéramos hallar una salida para nuestro conflicto, no recurriríamos a la autoridad, pero como no encontramos un modo de resolver nuestros innumerables y crecientes conflictos, acudimos en procura de guía y consuelo, ya sea a la autoridad interna o a la externa. Así, la autoridad se vuelve muy importante en nuestras vidas. Debido a que somos incapaces de comprender y resolver el conflicto, usamos a la autoridad como un medio de evitarlo, y entonces el medio llega a ser sumamente importante, no así la profundización, la exploración del conflicto y de todo su proceso.

Tenemos, pues, innumerables clases de autoridad, tanto internas como

externas. La autoridad externa adopta la forma de conocimientos, ejemplos, instructores, etc., e internamente son nuestras experiencias, nuestros recuerdos, a los que acudimos buscando guía en momentos de conflicto y ansiedad. Así pues, la autoridad, tanto externa como interna, nos ofrece una esperanza de liberarnos de nuestras múltiples dificultades.

Pero, ¿puede la autoridad, de cualquier clase que sea, externa o interna, resolver nuestros problemas? Cuando más buscamos autoridades, ideales, conclusiones, esperanzas, tanto más dependemos de todo ello; y la dependencia respecto de la autoridad se vuelve mucho más significativa que la comprensión del conflicto mismo. Cuanto más dependemos de la autoridad, más dependientes nos volvemos, porque la dependencia termina por destruir la confianza en nuestra propia comprensión de los problemas. La mayoría de nosotros no confía en su propia capacidad de descubrir, de explorar los numerosos problemas, y cuando dependemos de la autoridad, es obvio que la confianza es negada.

La confianza no es arrogancia. Cuando más uno ha experimentado, más seguro está internamente y más arrogante y obstinado se vuelve. Tal confianza en uno mismo sólo es autoencierro, un proceso de resistencia. Pero, a mi entender, hay una clase distinta de confianza, que no es acumulativa. Para explorar la naturaleza del conflicto, uno no puede introducir en la exploración lo que ha acumulado; si explora con conocimientos previos, eso deja de ser exploración. Entonces uno se mueve tan sólo de lo conocido a lo conocido, de certidumbre en certidumbre, de lo que ha experimentado a lo que espera experimentar, y eso no es exploración ni experimentación. No es sino el proceso acumulativo del conocimiento, de la experiencia; y la confianza que eso trae consigo es arrogancia dogmática.

Como dije, creo que existe una confianza mucho más sutil, mucho más valiosa, que adviene cuando no hay sentido alguno de acumulación, sino exploración y descubrimiento constantes. Este estado de constante descubrimiento, esta capacidad de exploración constante, originan una confianza perdurable que no es arrogancia. Y esa confianza, que resulta tan esencial, es negada cuando hay cualquier tipo de autoridad, cuando dependemos de otro o recurrimos a otro para que guíe nuestra conducta. El hecho de ser dependientes nos brinda cierta seguridad en nosotros mismos, aun cuando ello acarree temor, pero esa seguridad que nace de seguir a alguien, de pertenecer a un grupo, de creer en una idea o en un determinado dogma, es indudablemente un proceso de autoencierro, ¿verdad? La mente que se aísla todo el tiempo, por fuerza tiene que generar miedo, y así deambulamos de una autoridad a otra, de un agotamiento emocional a otro, y en este proceso nuestros problemas jamás se resuelven, sólo se multiplican.

Ahora bien, ¿es posible considerar nuestros conflictos sin introducir en ello ninguna autoridad, ni externa ni interna? Por cierto, uno puede estar pasivamente atento al conflicto, sin optar ni condenar; o sea, uno puede estar atento, no como un observador que observe su experiencia o que analiza la cosa

que él desea destruir dentro de sí mismo, sino atento con esa pasividad en la que el observador es lo observado. En ese estado mental veremos que los problemas se comprenden y resuelven; mientras que si escogemos el modo de actuar en relación con un problema, o lo comparamos o condenamos, sólo habremos de aumentar la resistencia y, por ende, multiplicaremos los problemas. Este proceso de opción se desarrolla en todos los niveles de nuestro ser; por eso, en lugar de disminuir los problemas, los estamos multiplicando. La multiplicación de problemas surge sólo cuando buscamos una respuesta, una conclusión, y así dependemos de una autoridad, ya sea externa o interna. La dependencia respecto de la autoridad impide, de hecho, nuestra comprensión de cualquier problema, ya que todo problema es siempre nuevo. Ningún problema es viejo; en tanto permanece siendo un problema, implica un reto; por lo tanto, es siempre nuevo. Los problemas son invariablemente autoproyectados; en consecuencia, es importante comprender todo el proceso de uno mismo, comprenderlo sin recurrir a la autoridad, sin seguir un modelo de acción ni por respeto a un ejemplo, a un ideal o a un líder.

En el conocimiento propio tiene su origen la terminación de todos los conflictos, y sólo cuando cesa el conflicto puede haber creación. La creación no puede ser puesta en palabras; es un estado que surge a la existencia cuando toca a su fin el proceso del pensamiento, y únicamente entonces llega a uno lo incognoscible.

Al considerar estas preguntas, emprendamos juntos el viaje de la exploración; descubramos, cada uno de nosotros por sí mismo, la verdad de cada problema. De nada sirve esperar la respuesta que pueda agradarnos a ustedes o a mí, ni adherirnos a alguna opinión en particular. Para descubrir lo verdadero, es obvio que en la mente tiene que haber un estado de alerta pasivo, el cual confiere la capacidad de explorar profundamente cada problema.

*Pregunta: Tengo muchos amigos, pero temo constantemente ser rechazado por ellos. ¿Qué debería hacer?*

KRISHNAMURTI: ¿Cuál es el problema? ¿Es un problema de miedo al rechazo, o es una cuestión de dependencia? ¿Por qué deseamos tener amigos? No es que no debamos tenerlos, pero cuando sentimos la necesidad de tener amigos, cuando existe este depender de otros, ¿qué es lo que eso denota? ¿No denota, acaso, insuficiencia en uno mismo? Ese sentirse solo, aislado, ¿no es un indicio de pobreza interna? Al sentirnos solos, internamente pobres, insuficientes, recurrimos a los amigos, al amor, a la actividad, a las ideas, a las posesiones, al conocimiento y la técnica. Es decir, siendo pobres en lo interno, dependemos de cosas externas; por eso, las cosas externas se vuelven muy importantes para nosotros. Cuando usamos algo como un instrumento para escapar de nosotros mismos, es natural que eso se vuelva sumamente importante. Nos apegamos a cosas, a ideas y a personas, porque psicológicamente dependemos de ellas, y cuando se nos quita eso, como cuando nuestros amigos

nos rechazan, estamos perdidos, atemorizados. La dependencia denota, pues, incertidumbre interna, y en tanto usemos a otros o dependamos de ellos, es inevitable que haya temor a la pérdida.

Ahora bien, esta solitud, esta pobreza o vacuidad interna, ¿puede ser colmada por acción alguna de la mente? Si me permiten sugerirlo, tengan a bien escuchar y seguir esto hasta el fin, observando sus propias mentes, y encontrarán la respuesta por sí mismos. Yo sólo describo la experiencia mientras avanzamos, pero a fin de experimentarlo por ustedes mismos, deben estar pasivamente alerta y no limitarse a seguir las palabras.

Siendo, pues, internamente pobres, procuramos escapar de esta pobreza mediante el trabajo, el conocimiento, el amor, y muchas formas de actividad. Escuchamos la radio, leemos el libro de moda, perseguimos una idea o una virtud, aceptamos una creencia... cualquier cosa, con tal de escapar de nosotros mismos. Nuestro pensar es un proceso por el cual escapamos de *lo que es*, y ¿puede esa vacuidad interna ser encubierta o llenada de algún modo? Uno puede conocer la verdad al respecto sólo cuando no escapa, y eso es extremadamente difícil. Es preciso darse cuenta de que uno está escapando, y ver que todos los escapes son similares, que no hay escapes "nobles". Todos los escapes, desde la embriaguez hasta Dios, son la misma cosa, ya que uno está escapando de *lo que es*, o sea, de uno mismo, de su propia pobreza interna. Únicamente cuando dejamos de escapar, nos enfrentamos al problema de nuestra solitud, de esa insuficiencia interna que ningún conocimiento, ninguna experiencia pueden disimular. Sólo así existe una posibilidad de comprenderla y disolverla. Esta solitud, esta insuficiencia interna, no es un problema para ser considerado tan sólo por personas que disponen de tiempo libre, que no tienen nada que hacer en la vida excepto estudiarse a sí mismas; es el problema de todos los que viven en este mundo, el rico y el pobre, el hombre brillante y el hombre torpe.

¿Puede, entonces, ser disimulada de algún modo esta vacuidad interna? Si uno ha intentado disimularla por medio de un escape y ha fracasado, sabe seguramente que todos los escapes son inútiles, ¿no es así? No tiene que correr de un escape a otro para ver que la insuficiencia psicológica jamás puede llenarse, encubrirse o enriquecerse. Comprendiendo completamente un escape, se comprende todo el proceso de los escapes. ¿Qué ocurre, entonces? Uno se ha quedado con la solitud, con la vacuidad. Y entonces surge el problema: ¿Es esa vacuidad, diferente de la entidad que se siente vacía? Evidentemente, no. No es que la entidad se sienta vacía, sino que ella misma es la vacuidad; y la separación entre la entidad que se siente vacía y el estado que ella llama vacuidad, surge sólo cuando a ese estado le damos un nombre, le ponemos un rótulo. Cuando uno no lo nombre, verá que no hay separación entre el observador y lo observado: el observador *es* lo observado. En otras palabras, cuando no nombramos ni calificamos, tiene lugar una integración entre el experimentador y lo experimentado, y entonces uno puede proseguir mas allá para descubrir si aquello que uno ha estado evitando como solitud, insuficiencia, es real-

mente así o si es tan sólo una reacción a la palabra *solitud* lo que despierta en nosotros el miedo.

Lo que da origen al miedo, ¿es la palabra o el hecho? El hecho en sí, ¿es alarmante alguna vez? ¿O lo que contribuye al miedo es *la idea* acerca del hecho? Si han seguido todo este proceso, verán que donde no hay deseo de escapar de *lo que es*, no hay miedo; y entonces hay una transformación de *lo que es*, porque la mente ya no tiene más miedo de ser lo que ella es. En ese estado no existe el sentirse solo, insuficiente; eso es *lo que es*. Si uno prosigue a mayor profundidad, verá que la mente ya no rechaza ni acepta ese estado y, en consecuencia, está quieta; sólo entonces es posible liberarse de aquello que ha sido calificado de solitud o insuficiencia. Pero para llegar a eso, uno debe comprender todo este proceso de la pobreza interna, del escape y la dependencia; debe ver cómo el escape y los medios de escape, se tornan mucho más importantes que la cosa de la que uno está escapando; debe descubrir esta división entre el pensador y la condición que él llama solitud, y averiguar por sí mismo si esa condición es tan sólo verbal, o si es un estado efectivo, verdadero. Si es verbal, entonces esa separación continúa, pero si no le damos un nombre, sólo existe ese estado que uno ya no califica más de *solitud*; únicamente entonces puede la mente ir más allá y seguir descubriendo.

*Pregunta: ¿Cuál es el lugar del individuo en la sociedad?*

KRISHNAMURTI: El individuo, ¿es diferente de la sociedad? ¿Es usted diferente de su entorno? El entorno, el medio en que vivimos, nos ha condicionado para ser cristianos, capitalistas, comunistas, socialistas, o lo que fuere, y el medio es la proyección de nosotros mismos, ¿no es así? La sociedad es la proyección del individuo, quien luego es condicionado por esa sociedad. Así pues, el individuo y la sociedad están correlacionados; no son dos estados, dos entidades separadas. En tanto yo esté condicionado por el medio, ¿hay una individualidad separada? No digo que la vida es toda una sola cosa; eso es tan sólo una teoría. Pero es importante descubrir si el individuo está separado del entorno, ¿verdad? Aun cuando podamos llamarnos individuos, ¿no estamos, acaso, condicionados por la sociedad? Obviamente, lo estamos. Somos una parte integral de la sociedad; por lo tanto, aunque pueda parecer que somos entidades separadas, no somos realmente individuos. Físicamente, ustedes y yo estamos separados, somos desiguales, pero hay una extraordinaria similitud interna. Cualesquiera que puedan ser las diferencias superficiales de raza y costumbres, todos estamos más o menos moldeados de la misma manera: estamos todos condicionados por el miedo, la dependencia, la creencia, el deseo de estar seguros, etc. Mientras estemos condicionados por el entorno —que es nuestra propia proyección—, no somos realmente individuos, aunque podamos llevar nombres diferentes. La individualidad existe sólo cuando podemos ir más allá de este condicionamiento. La individualidad es un estado

creativo, un estado de soledad madura en el que estamos libres de las influencias condicionadoras del deseo.

Así pues, mientras estemos atados por el deseo, mientras el pensamiento sea una mera reacción del deseo, tal como lo es, tendrá que existir la influencia condicionadora de la sociedad, del medio y de nuestras propias experiencias en respuesta a la sociedad. Formamos parte integral de la sociedad; y si tratamos de establecer una relación entre nosotros mismos y la sociedad, como si nosotros y la sociedad fuéramos dos entidades separadas, entonces sólo confundiremos todo el proceso: nos limitaremos a resistir la sociedad o a combatirla. Hasta que comprendamos cómo las influencias, las condiciones sociales nos controlan a través de nuestras propias respuestas instintivas, es obvio que no seremos individuos únicos, aunque podamos decir: "Soy un alma separada", y todo lo demás que decimos. Eso es tan sólo la afirmación de un dogma, de una creencia que será inevitablemente rechazada por aquellos que pertenecen a otra clase de sociedad; estaremos, pues, condicionados de un modo, y ellos estarán condicionados de otro. Mientras sigamos considerándonos entidades que se hallan separadas de la sociedad, jamás nos comprenderemos a nosotros mismos ni a la sociedad y siempre estaremos en conflicto con ésta. Pero si somos capaces de comprender el proceso del deseo, que crea las influencias ambientales que nos condicionan, entonces podemos ir más allá y descubrir esa madura soledad que es individualidad verdadera, esa singularidad que es, en sí, un estado de creación.

De modo que lo importante no es averiguar cuál es el lugar del individuo en la sociedad, sino percibir cómo estamos condicionados por nuestras creencias, por nuestros móviles y deseos. Darnos cuenta de las respuestas del pasado al presente, tanto de las conscientes como de las inconscientes o colectivas, conocer las capas superficiales así como las más profundas de nuestro pensar, es de una importancia muchísimo mayor que investigar cuál pueda ser la relación entre el individuo y la sociedad. Si podemos ver eso, verlo realmente, entonces la reforma de la sociedad se vuelve un asunto secundario. Reformar la sociedad sin comprendernos a nosotros mismos, no hace sino crear la necesidad de reformas ulteriores, y así las reformas no terminan jamás. Mientras que, si podemos ir más allá de las limitaciones del deseo, existe la revolución de la individualidad, y esta revolución interna es esencial para dar origen a un mundo nuevo. Limitarnos a reformar el mundo de acuerdo con una ideología determinada, no tiene significación alguna, porque la revolución que se basa en una idea no es revolución en absoluto. Una idea es una mera reacción del pasado respecto del presente. Sólo cuando comprendemos el deseo, hay una revolución o transformación interna, y esta revolución interna es tan esencial porque únicamente ella puede originar un mundo diferente.

*Pregunta: Amo a mis hijos. ¿Cómo puedo educarlos para que se conviertan en seres humanos integrados?*

KRISHNAMURTI: Me pregunto si amamos de verdad a nuestros hijos. Eso es lo que decimos, y damos por hecho que los amamos. Pero, ¿es así? Si amáramos a nuestros hijos, ¿habría guerras? Si los amáramos, ¿seríamos nacionalistas, nos dividiríamos en grupos separados, nos destruiríamos constantemente unos a otros? ¿Perteneceríamos a determinada raza o religión en oposición a otra? Todo este proceso de separación en la vida, genera finalmente desintegración, ¿no es así? Por cierto, la guerra, el conflicto incesante que reina en la sociedad entre grupos y clases diferentes, es una indicación de que no amamos a nuestros hijos. Si los amáramos, desearíamos salvarlos, ¿no es así? Desearíamos protegerlos, querríamos que vivieran como seres humanos felices, integrados; no querríamos que vivieran en medio de la inseguridad externa o que fueran destruidos. Pero, puesto que hemos creado un mundo de conflicto y desdicha, un mundo en el que no existe la seguridad externa, ello denota, por cierto, que en realidad no amamos en absoluto a nuestros hijos. Si los amáramos, tendríamos un mundo diferente. No nos volvamos sentimentales, pero si de veras amáramos a nuestros hijos, tendríamos un mundo distinto porque veríamos rápidamente cómo impedir las guerras; no dejaríamos librado eso a los hábiles políticos —quienes jamás impedirán las guerras—, sino que asumiríamos la responsabilidad directa en tal sentido, porque tendríamos la verdadera intención de salvar a los hijos.

No hay duda, entonces, de que todo nuestro concepto de la educación, toda nuestra estructura social, deben experimentar una completa revolución, ¿no es así? Eso significa que ya no podemos usar más a los hijos para nuestra gratificación personal o psicológica, como hoy lo hacemos; por eso nos satisfacemos tan fácilmente y somos tan superficiales en lo que llamamos "amor". Pero si no usamos a los hijos como un medio de perpetuarnos a nosotros mismos, de dar continuidad a nuestro apellido, si no los usamos de ninguna manera para nuestra satisfacción personal, es obvio que será muy distinto el modo como habremos de tomarlos en cuenta. Nuestro interés no estará puesto, entonces, en educar a nuestros hijos, sino en educar al educador. En la actualidad, la educación se limita a hacer que los chicos sean eficientes, a enseñarles una técnica, la manera de ganarse la vida, y la eficiencia origina, evidentemente, crueldad. No es que uno deba ser ineficiente, sino que este apremio por ser eficiente, esta atención constante al éxito, tiene que acarrear lucha, esfuerzo, contienda.

Ahora bien, no podemos tener seres humanos integrados a menos que comprendamos el proceso de desintegración. La integración no consiste en perseguir un modelo, en ajustarse a una idea o en seguir un determinado ejemplo. La integración puede acaecer sólo cuando comprendemos el proceso total de nosotros mismos, y tal comprensión es imposible mientras estamos viviendo superficialmente. Todo nuestro proceso de pensamiento, la actividad de nuestro así llamado intelecto, es superficial, y nosotros ponemos gran énfasis en el cultivo de este intelecto. Así pues, intelectualmente, o sea, verbalmente, hemos avanzado mucho, pero en lo interno somos insuficientes, pobres, vaci-

lantes, inciertos, nos aferramos a cualquier forma de seguridad. Todo este proceso de pensamiento es un proceso de desintegración, ya que el pensamiento separa siempre; las ideas, como las creencias, jamás unen a las personas excepto en grupos antagónicos. En tanto dependamos, pues, del pensamiento como medio de integración, tendrá que haber desintegración. Comprender el proceso del pensamiento es comprender los comportamientos del "yo", y sólo entonces hay posibilidad de integración, la cual no es imitación.

Por consiguiente, no sólo debe educarse al educador, sino que nosotros, como seres humanos maduros, debemos comprender nuestra relación con los hijos, ¿no es así? Y si realmente los amamos, veremos que no haya guerras, que no exista en la sociedad lucha entre el rico y el pobre, ni las depredaciones de los ambiciosos y codiciosos que buscan poder, posición y prestigio. Pero si deseamos que nuestros hijos sean poderosos, que tengan mejores y más altas posiciones sociales, que se vuelvan más y más exitosos, eso demuestra, por cierto, que no los amamos; tan sólo amamos el aplauso, el encanto, la posición, la gloria reflejada que esperamos que ellos nos proporcionen. En consecuencia, fomentamos la confusión, la destrucción y la desdicha absoluta. Sé que ustedes escuchan todo esto, pero probablemente regresarán a sus casas y continuarán con esas mismas conductas que engendran guerras. La mayoría de nosotros no se interesa realmente en estas cosas. Nos interesan las respuestas inmediatas. No queremos explorar y descubrir la verdad. No es una revolución económica, sino únicamente el descubrimiento de la verdad lo que nos liberará y dará origen a un mundo nuevo.

Así que todo el problema deviene no en cómo educar a los hijos, sino en cómo educarnos a nosotros mismos y, de tal modo, dar origen a una sociedad diferente. Para hacer eso, uno debe comprenderse a sí mismo, comprender las modalidades de su propio deseo, de su propio pensamiento. Debemos darnos cuenta de todo, de las cosas que nos rodean y de las que existen dentro de nosotros, darnos cuenta de las personas, de los colores, de las ideas, de las palabras que usamos, de nuestros recuerdos, tanto personales como colectivos. Sólo cuando uno es consciente de todo este proceso, está creativamente solo, es un individuo único, y son personas así las que pueden originar una nueva civilización, una cultura nueva.

*Pregunta: ¿Puede la plegaria establecer el nexo entre la vida y la religión?*

KRISHNAMURTI: ¿Qué entendemos por plegaria, y qué entendemos por vida y religión? ¿Es la vida diferente de la religión? Aparentemente, para la mayoría de nosotros lo es; por eso usamos la plegaria como un medio de vincular la vida con la religión. ¿Por qué están separadas? ¿Qué es religión, y qué es vida? La religión, ¿es el seguimiento de una idea? Cuando ustedes dicen que la religión es la búsqueda de Dios, el Dios de ustedes es, sin duda, una idea, ¿no es así? En consecuencia, ese Dios es proyectado por ustedes mismos. O, si niegan a Dios y aceptan otra ideología, ya sea de la izquierda o de la derecha,

eso sigue siendo una forma de religión. Entonces, ¿es la religión el mero seguimiento de cierto patrón de ideas que prometen una recompensa en el presente o en el futuro? Y ¿es diferente la religión, de la vida, de la acción, de la relación?

¿Qué entendemos por vida? La vida es relación, ¿verdad? ¿Puede haber vida sin relación, relación con las personas, las ideas, las cosas, la propiedad, la naturaleza? ¿Puede haber vida en el aislamiento? Sin embargo, eso es lo que persigue cada uno de nosotros, ¿no es así? En nuestras ideas, en nuestra relación con todo cuanto nos rodea, nos encerramos, nos aislamos; y, estando aislados, queremos encontrar una relación o ligar la vida con lo que llamamos religión —que no es sino otra forma de aislamiento—. O sea, a causa de que en nuestras relaciones buscamos la seguridad interna, hacemos que sea imposible la seguridad externa, y en la religión también estamos buscando la seguridad. Nuestro Dios es la felicidad suprema, la paz absoluta. Por cierto, un Dios semejante es una invención de nuestras mentes a fin de asegurarnos la permanencia en la forma de la seguridad máxima; y entonces preguntamos: "¿Puede la plegaria establecer el nexo entre la vida y la religión?". Es obvio que puede, ¿no es así? Como todo lo demás en nuestras vidas, la plegaria nos ayudará a estar más y más aislados, porque eso es lo que queremos. En nuestras relaciones, en nuestras posesiones, buscamos el aislamiento, que es una forma de seguridad; y en la religión también buscamos seguridad, permanencia. Nuestro Dios, nuestra virtud, nuestra moralidad, al igual que todas nuestras actividades, nos encierran y aíslan en nosotros mismos; por consiguiente, usamos la plegaria como un medio de unir los diversos aislamientos. ¿Qué entendemos por plegaria? ¿Cuándo rezamos? Rezamos sólo cuando estamos sufriendo, cuando nos sobreviene una desgracia, cuando hay conflicto, confusión, dolor. ¿Rezamos alguna vez cuando somos felices, cuando hay regocijo, plenitud en nuestros corazones? Evidentemente no. Rezamos sólo cuando estamos confusos, inseguros, cuando no sabemos qué hacer, y entonces recurrimos a alguien por ayuda.

La plegaria es, por lo general, una súplica, ¿no es cierto? Es una petición, un requerimiento, un extender la mano psicológicamente, para que la sostengan, la llenen. Y cuando uno pide, recibe, ¿verdad? Pero lo que obtiene es lo que desea obtener —jamás lo que no desea—; por lo tanto, obtiene su propia proyección. Lo que recibe en respuesta a la plegaria, está moldeado por su propia fantasía, su propia limitación, su propio condicionamiento. Cuanto más pide, más recibe de su propia proyección, y con eso está satisfecho.

Pero ¿es la plegaria un proceso de autogratificación? ¿Qué ocurre cuando rezamos? Repetimos ciertas palabras, ciertas frases, adoptamos cierta postura; y cuando hay una constante repetición de palabras y frases, es obvio que la mente se aquieta, ¿verdad? Inténtenlo y verán. La repetición de palabras aquieta la mente. Pero eso es nada más que un truco. La mente no está de veras quieta —es adquisitiva—, sino que la hemos aquietado con el fin de recibir lo que deseamos. Deseamos que nos ayuden porque estamos confusos, nos sentimos inseguros... y recibiremos lo que deseamos. Pero esa respuesta a la súpli-

ca no es la voz de la realidad; es la respuesta de nuestra propia proyección y también de la proyección colectiva. Porque *todos* queremos una respuesta, ¿no es así? Todos queremos que alguien nos diga qué personas tan maravillosas somos; todos queremos que alguien nos guíe, nos ayude en nuestra confusión, en nuestra desdicha. Recibimos, pues, lo que deseamos, pero lo que deseamos es mezquino, trivial.

Así pues, la plegaria, que es una súplica, una petición, jamás puede dar con esa realidad que no es el resultado de un pedido. Nosotros pedimos, suplicamos, rezamos, únicamente cuando estamos confusos, cuando sufrimos, y, al no comprender ese sufrimiento y esa confusión, recurrimos para ello a algún otro. La respuesta a la plegaria es nuestra propia proyección; de un modo u otro es siempre satisfactoria, gratificante, porque de lo contrario la rechazaríamos. Por lo tanto, cuando uno ha aprendido el truco de aquietar la mente por medio de la repetición, continúa con ese hábito, pero la respuesta a la súplica debe, obviamente, estar moldeada conforme al deseo de la persona que suplica.

Ahora bien, la plegaria, la súplica, la petición, jamás puede revelar aquello que no es la proyeccion o fabricación de la mente. Para descubrirlo, la mente debe estar quieta, no aquietada mediante la repetición de palabras, lo cual es autohipnosis, ni por cualquier otro medio de inducir quietud en la mente. La quietud inducida, forzada, no es quietud en absoluto. Es como mandar a un niño al rincón: puede aquietarse superficialmente, pero internamente está hirviendo. Así, la mente que es aquietada por la disciplina, nunca está verdaderamente quieta, y la quietud inducida jamás puede revelar ese estado creativo en el que se manifiesta la realidad.

De modo que, cuando usamos la plegaria como un medio de establecer un nexo entre la vida y la religión, sólo estamos descubriendo más maneras de autoaislarnos, más vías de desintegración. Ponerse uno mismo en un estado de receptividad por medio de la plegaria, es un proceso de desintegración, porque uno desea recibir. Ustedes podrán decir: "Yo no pido nada; sólo me pongo en un estado de receptividad por medio de la plegaria", pero eso es tan sólo una forma sutil de forzar a la mente. El esfuerzo, de cualquier clase que sea, jamás puede originar serenidad. La serenidad de la mente surge sólo con la cesación del pensamiento, y el pensamiento cesa cuando uno comprende al pensador —la persona que pide, que reclama— . Por lo tanto, el conocimiento propio es el principio de la sabiduría, y sin conocimiento propio, significa muy poco la plegaria. Ésta no puede abrir la puerta al conocimiento propio. Lo que abre la puerta al conocimiento propio es la constante percepción alerta; no el practicar la percepción alerta, sino el estar alerta de instante en instante y descubrir. El descubrimiento nunca puede ser acumulativo; si es acumulativo no es descubrimiento. Éste es nuevo de instante en instante, no es un estado continuo. Si un hombre acumula, no puede descubrir, porque la acumulación es continuidad. Descubrir de instante en instante es liberarse del deseo, el cual es comprendido de instante en instante. Hay espontaneidad de la mente sólo

cuando comprendemos el deseo que busca seguridad, permanencia, y ese deseo es el "yo" en todos los niveles. Mientras uno no se comprenda totalmente, serán inevitables todas las formas de escape, confusión y destrucción; y las plegarias no ayudan, tan sólo ofrecen otro medio de escape. Pero si uno empieza a comprender el deseo que da origen a la confusión, al dolor, al conflicto, verá que en la comprensión misma surge la espontaneidad de la mente; entonces la mente está de veras serena, sin el deseo de estarlo; y sólo una mente así puede comprender lo real.

*25 de junio de 1950*

## QUINTA PLÁTICA EN NUEVA YORK

Pienso que es muy evidente la necesidad de que haya una transformación fundamental en la sociedad, y ello sólo puede iniciarse con una revolución radical dentro de cada uno de nosotros, porque la sociedad no es muy diferente de nosotros mismos. La sociedad es lo que somos nosotros. Los problemas del mundo no están separados de nuestros problemas. Nosotros mismos los hemos proyectado y, por lo tanto, somos responsables por ellos; y la revolución fundamental en las circunstancias externas, por esencial y necesaria que sea, podrá ocurrir únicamente cuando haya una revolución radical en nosotros mismos. Una revolución radical, una transformación, un cataclismo psicológico interno, no puede tener su origen en ninguna idea ni puede producirse conforme a ningún modelo previo. La revolución basada en una ideología, ya no es más revolución, es una mera continuidad modificada de un modelo viejo. El pensamiento jamás podrá ser revolucionario, dado que el pensamiento es la respuesta de la memoria. Las ideas nunca podrán originar una transformación en nosotros mismos, puesto que las ideas no son sino la continuación de esa respuesta, ya sea verbalizada o en la forma de símbolos, imágenes, etc. Cuando queremos generar una transformación interna de acuerdo con un patrón preestablecido por el pensamiento, una transformación así es sólo la continuidad modificada de la memoria; siendo una proyección de nosotros mismos en una forma diferente, es una continuación del estado condicionado y, por lo tanto, no es transformación en absoluto. La revolución basada en una ideología no es revolución, porque una idea es la proyección del pensamiento, que es memoria. La respuesta de la memoria jamás puede originar transformación alguna. Lo que puede transformarnos y, en consecuencia, transformar la sociedad, es comprender todo el proceso del pensamiento, el cual no es diferente del sentimiento. El sentimiento es pensamiento; si bien nos agrada mantenerlos separados y confiar en uno o en otro, están relacionados entre sí; no son un proceso dualístico sino unitario.

Así pues, en tanto no comprendamos todo el proceso del pensar y sentir,

es obvio que no puede haber una revolución fundamental interna y, por ende, externa. La comprensión del pensamiento, que es sentimiento, implica conocimiento propio, y el conocimiento propio no podemos "comprarlo". Ni el estudio de libros, ni el asistir a conferencias, les dará el conocimiento de sí mismos. El conocimiento propio llega sólo cuando estamos atentos a nosotros mismos de instante en instante. Atentos de manera natural, espontánea, fácil, sin sentido alguno de esfuerzo, no sólo a nuestro pensar consciente, sino también al inconsciente, con todo cuanto éste contiene. Es como mirar un mapa permitiéndole que se despliegue; y apenas bloqueamos el conocimiento propio mediante la disciplina, mediante algún tipo de práctica, el desplegarse del conocimiento propio toca a su fin.

Lo importante, por cierto, es estar atentos sin opción alguna, porque la opción genera conflicto. El que opta está confuso; por eso escoge. Sólo la persona que está confusa escoge lo que hará o no hará. El hombre sencillo, claro, no escoge; eso que es, *es*. La acción basada en una idea pertenece, evidentemente, a la opción, y una acción semejante no es liberadora; por el contrario, sólo genera más resistencia, más conflicto, conforme a ese pensar condicionado.

Es esencial, entonces, estar atentos de instante en instante, sin acumular la experiencia que la atención trae consigo, porque tan pronto uno acumula, sólo está atento de acuerdo con esa acumulación, con ese patrón previo, con esa experiencia. Es decir, nuestra atención se halla condicionada por nuestras acumulaciones; en consecuencia, ya no hay más observación, sino interpretación. Cuando interpretamos, hay opción, y la opción genera conflicto; y en estado de conflicto no puede haber comprensión alguna.

Como lo hemos estado discutiendo durante las semanas anteriores, la dificultad para comprendernos a nosotros mismos existe porque jamás hemos reflexionado al respecto. No vemos la importancia, la significación de explorarnos a nosotros mismos directamente, no conforme a alguna idea, a algún modelo, a algún instructor. La necesidad de comprendernos se percibe sólo cuando vemos que sin conocimiento propio no puede haber base para pensar, actuar, sentir. Pero el conocimiento propio no es el resultado del deseo de lograr un objetivo. Si empezamos a investigar el proceso del conocimiento propio, haciéndolo a causa del miedo, de la resistencia, de la autoridad, o con el deseo de obtener un resultado, obtendremos lo que deseamos, pero eso no será la comprensión respecto del "yo" y de sus comportamientos. Uno podrá situar al "yo" en cualquier nivel, llamándolo el "yo superior" o el "yo inferior", pero eso sigue siendo el proceso del pensar, y si el pensador no es comprendido, resulta obvio que su pensar es un proceso de escape.

Pensamiento y pensador son una sola cosa, pero el pensamiento es el que crea al pensador; sin pensamiento no hay pensador. Uno ha de darse cuenta, pues, del proceso de condicionamiento, que es el pensar; y cuando hay percepción, sin opción alguna, de ese proceso, cuando no hay sentido de resistencia, ni condena, ni justificación de aquello que observamos, vemos, entonces, que la mente es el centro del conflicto. Al comprenderla —tanto en lo cons-

ciente como en lo inconsciente— y al comprender sus modalidades a través de los sueños, de cada palabra, de cada proceso de pensamiento y acción, la mente adquiere una quietud extraordinaria; y esa serenidad mental es el principio de la sabiduría. La sabiduría no puede comprarse, no puede aprenderse, nace cuando la mente está quieta, completamente quieta, no aquietada compulsivamente por coacción o mediante la disciplina. Sólo cuando está espontáneamente silenciosa, es posible comprender aquello que se encuentra más allá del tiempo.

En la consideración de estas preguntas, como lo he recordado a menudo, no hay rechazo ni aceptación. Vamos a explorar cada una de ellas, y la respuesta no está separada de la pregunta. Al investigar la pregunta tan plena y profundamente como podamos, veremos su verdad, y esa verdad nos liberará del problema.

*Pregunta: Usted me ha mostrado la superficialidad e inutilidad de la vida que estoy llevando. Me gustaría cambiar, pero estoy atrapado por el hábito y el entorno. ¿Debería abandonar todo y a todos y seguirlo a usted?*

KRISHNAMURTI: ¿Cree usted que nuestros problemas están resueltos cuando seguimos a otro? Seguir a otro, no importa quién sea, es negar la comprensión de uno mismo. Y es muy fácil seguir a alguien. Cuanto más grande es la personalidad, cuanto mayor el poder, tanto más fácil es seguirlo; y en el seguimiento mismo estamos destruyendo esa comprensión, porque el seguidor destruye —jamás es el creador, jamás origina comprensión—. Seguir es negar toda comprensión y, por consiguiente, es negar la verdad.

Ahora bien, si uno no sigue, ¿qué ha de hacer? Puesto que, como dice el interlocutor, uno está atrapado por el hábito y el entorno, ¿qué debe uno hacer? Ciertamente, todo cuanto uno puede es comprender la trampa del hábito y del entorno, la superficialidad e inutilidad de su vida. Siempre estamos en relación, ¿no es así? Ser es estar relacionado, y si uno considera la relación como una trampa de la que desea escapar, entonces sólo caerá en otra trampa: la trampa del instructor a quien uno sigue. Puede ser un poco más arduo, un poco más inconveniente, un poco menos reconfortante, pero seguirá siendo igualmente una trampa; porque ésa es también una trampa, y allí también hay celos, envidia, deseo de ser el discípulo más cercano, y todo lo demás de esa insensatez.

Así pues, estamos atrapados porque no comprendemos la relación; y es difícil comprender la relación si condenamos algo o nos identificamos con ello, o si usamos la relación como un medio para escapar de nosotros mismos, de lo que somos. Después de todo, la relación es un espejo, ¿no es así? Un espejo en el que puedo verme tal como soy. Pero vernos a nosotros mismos directamente como somos es muy molesto, y entonces lo evitamos condenándolo o justificándolo, o simplemente identificándonos con ello. Sin relación

no hay vida, ¿verdad? Nada puede existir en aislamiento. Sin embargo, todos nuestros esfuerzos se dirigen a aislarnos; la relación, para la mayoría de nosotros, es un proceso de autoaislamiento, de autoencierro; por lo tanto, hay fricción. Cuando hay fricción, desdicha, pena, sufrimiento, infelicidad, queremos escapar, seguir a alguien, vivir a la sombra de otro; por eso, acudimos a la iglesia, a algún monasterio, o al instructor de moda. Son todos la misma cosa, ya que todos son escapes, y nuestro recurrir a ellos está, evidentemente, impulsado por el deseo de eludir *lo que es;* y, en ese escapar mismo, generamos más desdicha, más confusión.

De modo que casi todos estamos atrapados, nos guste o no, porque ése es nuestro mundo, ésa es nuestra sociedad; y el estado de percepción alerta en la relación, es el espejo donde podemos vernos muy claramente. Para ver claramente, es obvio que no debe haber condena, aceptación, justificación ni identificación alguna. Si estamos simplemente atentos sin optar, entonces podemos observar, no sólo las reacciones superficiales de la mente, sino también las ocultas y profundas que se revelan en la forma de sueños, o durante los momentos en que la mente superficial está quieta y hay espontaneidad de respuesta. Pero si la mente se halla condicionada, moldeada y atada por una creencia en particular, es indudable que no puede haber espontaneidad y, en consecuencia, no puede haber percepción directa de las respuestas que surgen en la relación.

Es importante ver que nadie puede liberarnos del conflicto de la relación, ¿no es así? Podremos escondernos tras la pantalla de las palabras, o seguir a un instructor, o correr a una iglesia, o absorbernos en un cine o en un libro, o seguir asistiendo a pláticas; pero sólo cuando el proceso fundamental del pensar se nos revela gracias a la percepción alerta en la relación, es posible comprender y liberarnos de esa fricción que instintivamente buscamos eludir.

Casi todos usamos la relación como un medio para escapar de nosotros mismos, de nuestra propia solitud, de nuestra propia incertidumbre y pobreza interna, y así nos apegamos a las cosas externas de la relación, que se vuelven muy importantes para nosotros. Pero si, en vez de escapar por medio de la relación, podemos mirar en ella como en un espejo y ver muy claramente, sin prejuicio alguno, exactamente *lo que es*, entonces, esa percepción misma origina una transformación de *lo que es*, sin que haya ningún esfuerzo para transformarlo. No hay nada que transformar con respecto a un hecho; el hecho es lo que es. Pero nosotros abordamos el hecho con vacilación, con temor, con un sentido de prejuicio, y así estamos siempre actuando sobre el hecho; por lo tanto, jamás percibimos el hecho tal como es. Cuando vemos el hecho tal como es, ese hecho mismo es la verdad que resuelve el problema.

En todo esto, no es lo que dice otra persona, por grande o tonta que pueda ser, sino estar atento a uno mismo, ver el hecho de *lo que es*, verlo de instante en instante, sin acumular. Cuando acumulamos, no podemos ver el hecho; vemos la acumulación, no el hecho. Pero cuando uno puede ver el hecho independientemente del proceso de pensamiento —que es la respuesta de la expe-

riencia acumulada—, entonces es posible ir más allá del hecho. La evitación del hecho es lo que da origen al conflicto, pero cuando uno reconoce la verdad del hecho, hay quietud mental, quietud en la que toca a su fin el conflicto.

Por consiguiente, haga uno lo que hiciere, no puede escapar por medio de la relación; y si escapa, sólo creará más aislamiento, más confusión y desdicha, porque usar la relación como un instrumento de realización propia, es negar la relación. Si consideramos con mucha claridad este problema, podemos ver que la vida *es* un proceso de relación; y, si en vez de comprender la relación, buscamos apartarnos de ella, encerrarnos en ideas, supersticiones, diversas formas de adicción, estos autoencierros sólo generarán más del mismo conflicto que estamos tratando de evitar.

*Pregunta: ¿Qué es la sabiduría? ¿Es algo diferente del conocimiento?*

KRISHNAMURTI: ¿Qué es el conocimiento? Es, sin duda, el principio acumulativo que opera en todos nosotros, o sea, la memoria. El proceso adquisitivo es conocimiento, ¿verdad? El conocimiento es experiencia y memoria. Cuanta más experiencia acumulamos, más conocemos. El conocer es un proceso de verbalizar, y aquello que ha sido acumulado —experiencia, memoria o conocimiento—, jamás puede traernos sabiduría. El conocimiento es el resultado de la experiencia, y la experiencia existe únicamente cuando hay un experimentador que acumula. El experimentador es el producto de sus propias acumulaciones, de sus experiencias y conocimientos, y lo que experimenta, lo experimenta de acuerdo con su condicionamiento previo. Por lo tanto, cuanto más experimenta, más condicionado, más abrumado está por sus experiencias. Cuando experimenta, sólo puede hacerlo conforme a su trasfondo, de modo que el trasfondo dicta el conocimiento, la interpretación de la experiencia. La experiencia, la interpretación de un hecho, no pueden traer comprensión. La comprensión llega únicamente con la supresión del conocimiento.

Al fin y al cabo, experimentamos según cual sea nuestra creencia. Si yo creo que no hay Dios, es obvio que experimento de acuerdo con mi creencia, porque el trasfondo, el condicionamiento, la preparación previa, dicta y traduce mis experiencias; y si creo en Dios, entonces mi experiencia responde a mi condicionamiento como creyente. Así pues, el experimentar es un proceso de respuestas de la mente condicionada; y donde hay conocimiento, o sea, acumulación de experiencias, de recuerdos, palabras, símbolos, imágenes, no puede haber comprensión. La comprensión adviene cuando hay libertad respecto del conocimiento. Después de todo, si uno tiene un problema, cuanto más piensa en él, cuanto más se preocupa por él, tanto menos lo comprende; pero si puede mirarlo libremente sin interpretarlo, sin introducir en ello todo el trasfondo de su tradición, de sus experiencias, verá que de ahí surge la comprensión.

En consecuencia, la comprensión no es el resultado de las acumulaciones, y la sabiduría no es conocimiento. La sabiduría es independiente, distinta del conocimiento. La sabiduría existe de instante en instante, mientras que el

conocimiento nunca puede estar libre del pasado, del tiempo. La sabiduría está libre del tiempo, y el conocimiento es el proceso mismo del tiempo, por lo que ambos no pueden ir juntos. El hombre que conoce mucho, jamás puede ser sabio, ya que el conocimiento de lo que posee niega la sabiduría. El conocimiento es el proceso del tiempo, es la acumulación de experiencias; y la sabiduría es libertad respecto del tiempo, o sea, es experiencia de instante en instante, sin el proceso de acumulación.

*Pregunta: Si bien soy joven, estoy obsesionado por el miedo a la muerte. ¿Cómo puedo vencer este miedo?*

KRISHNAMURTI: Por cierto, cualquier cosa que vencemos, tiene que ser vencida nuevamente, ¿no es así? Cuando uno conquista a su enemigo, tiene que volver a conquistarlo una y otra vez. Por eso continúan las guerras. Tan pronto subyugamos un deseo, hay otro deseo que debe ser subyugado. En consecuencia, lo que es vencido, jamás puede ser comprendido. El vencer es una forma de represión, y nunca podemos vernos libres de aquello que reprimimos. Así que vencer el miedo no es sino posponer el miedo.

Nuestro problema no consiste, pues, en cómo vencer el miedo a la muerte, sino en comprender todo el proceso de la muerte, y comprenderlo no es cuestión de ser joven o viejo. Hay distintas formas de muerte, tanto para los viejos como para los jóvenes. Todos nosotros nos hallamos condicionados por nuestro pasado, por la conformidad a ciertos modelos, por el deseo de nuestro propio progreso personal, por la sutil acumulación de poder, y aunque estemos exteriormente activos, podemos estar muertos internamente. Así, pues, comprender este proceso de la muerte requiere muchísima exploración, y no el adherirnos meramente a una determinada forma de creencia: que hay o que no hay una continuidad posterior a la muerte. La creencia en la vida después de la muerte, puede brindarnos un consuelo ideológico; y quizás haya, probablemente la hay, una forma de continuidad. Pero entonces, ¿qué? ¿Qué es lo que continúa? ¿Puede aquello que continúa ser creativo alguna vez? Y donde hay continuidad, ¿no existe siempre el miedo a la terminación? Así, 1a muerte es un proceso del tiempo, ¿no es así?

¿Qué entendemos por tiempo? Está el tiempo cronológico, pero también hay otra clase de tiempo, ¿verdad? Es el proceso psicológico de la continuidad. O sea, deseamos continuar, y el deseo mismo de continuar crea el proceso del tiempo y el miedo de no continuar. Este miedo de no continuar es el que nos preocupa; lo que tememos es la terminación. Tememos a la muerte porque pensamos que gracias a la continuidad, lograremos algo, que seremos felices.

A fin de cuentas, ¿qué es lo que continúa? Si de veras podemos comprender eso, si realmente podemos experimentarlo mientras estamos aquí sentados, y no nos limitamos a escuchar las palabras, entonces quizá sabremos qué es morir de instante en instante; y, al conocer la muerte, conoceremos la vida, puesto que ambas no son muy diferentes. Si no sabemos cómo vivir, tenemos

miedo a la muerte, pero si sabemos cómo vivir, entonces no hay muerte. La mayoría de nosotros no sabe qué es el vivir; por eso consideramos a la muerte como una negación de la vida y, en consecuencia, tememos a la muerte. Pero si podemos comprender qué es el vivir, sabremos acerca de la muerte en el proceso mismo del vivir. Para descubrir eso, debemos comprender qué entendemos por continuidad.

¿Qué es este anhelo extraordinario de continuar que experimenta cada uno de nosotros? Y ¿qué es lo que continúa? Indudablemente, lo que continúa es el nombre, la forma, la experiencia, el conocimiento y múltiples recuerdos. Eso es lo que somos, ¿no es cierto? Es irrelevante que uno se divida a sí mismo en el "yo superior" y el "yo inferior"; continuamos siendo tan sólo la suma de todo eso. Aunque uno pueda decir: "No, yo soy más que eso, soy una entidad espiritual", esa afirmación misma forma parte del proceso de pensar, que es la respuesta condicionada y condicionante de la memoria. Hay otros que se hallan condicionados para decir: "No somos espirituales, somos simplemente el producto del entorno". De modo que uno es sus recuerdos, sus experiencias, sus pensamientos. Y cualquiera que sea el nivel en que situemos el proceso del pensamiento, continuamos siendo eso, y tenemos miedo de que, cuando llegue la muerte, ese proceso, que es el "yo", toque a su fin. O lo racionalizamos y decimos: "Continuaré en alguna forma después de la muerte y regresaré en la próxima vida".

Ahora bien, es obvio que una entidad espiritual no puede continuar, porque está más allá del tiempo. La continuidad implica tiempo: ayer, hoy y mañana; en consecuencia, aquello que es intemporal no puede tener continuidad. Decir: "Soy una entidad espiritual" es un pensamiento reconfortante, pero el proceso mismo de pensar acerca de ello lo atrapa en la red del tiempo; por consiguiente no puede ser intemporal y, en consecuencia, no es espiritual.

Por lo tanto, lo único que tenemos es nuestro pensamiento, que también es sentimiento. No tenemos nada sino nuestro nombre, nuestra forma, nuestra familia, nuestras ropas y nuestros muebles, los recuerdos, las experiencias, las respuestas, las tradiciones, las vanidades y los principios que hemos acumulado. Eso es todo cuanto tenemos, y *eso* es lo que queremos que continúe. Tenemos miedo de que todo eso se termine, de que seremos incapaces de decir: "Esto por lo que he luchado es todo mío". Ahora bien, eso que continúa, ¿puede, acaso, renovarse? Obviamente no. Lo que continúa no puede renacer, experimentar una renovación; sólo puede tener eso: continuidad. Únicamente lo que llega a su fin puede renovarse. La creación existe cuando hay un final. Pero nosotros tememos el final, tememos morir. Queremos continuar desde el ayer, a través del hoy, hacia el mañana. Construimos utopías y sacrificamos el presente al futuro. Si examinamos minuciosamente qué es lo que continúa, veremos que sólo es memoria en diversas formas, y a causa de que la mente se aferra a la memoria, teme a la muerte. Pero no hay duda de que sólo en el morir, en el no acumular, se encuentra aquello que está más allá del tiempo. La mente no puede concebir, formular o experimentar lo que no pertenece al tiem-

po. Sólo puede experimentar lo que es del tiempo, porque la mente es el producto del tiempo, del pasado.

En consecuencia, mientras la mente tema llegar a su fin, seguirá aferrándose a su propia continuidad, y aquello que continúa debe, evidentemente, deteriorarse. Nuestra dificultad radica en morir para todas las cosas que hemos acumulado, para todas las experiencias del ayer. Al fin y al cabo, eso es la muerte, ¿no?: estar inseguro, hallarse en un estado de vulnerabilidad. El hombre que está seguro, jamás puede dar con aquello que es inmortal, que está más allá del tiempo. El hombre de conocimientos jamás puede conocer la muerte, que está más allá del tiempo, que es lo desconocido. Sólo cuando morimos de instante en instante a las cosas de ayer y comprendemos todo el significado de la continuidad, cobra existencia lo desconocido, lo nuevo. Lo que continúa, jamás puede conocer la verdad, lo desconocido; sólo puede conocer su propia proyección. La mayoría de nosotros vive a base de acumulaciones; por eso, el ayer y el mañana se vuelven mucho más importantes que el hoy, el presente.

Tiene que haber, es obvio, tiempo cronológico; de lo contrario, perderíamos el tren; pero mientras seguimos presos en las proyecciones de la mente, proyecciones que son tiempo psicológico, no hay un final, y aquello que tiene continuidad no es inmortal. Sólo lo que llega a su fin es intemporal, y únicamente eso puede conocer la inmortalidad.

*Pregunta: Hay diversos sistemas de meditación tanto occidentales como orientales. ¿Cuáles recomienda usted?*

KRISHNAMURTI: Es realmente un problema muy complejo comprender qué es la verdadera meditación; y saber cómo meditar, cómo hallarse en estado de meditación, es de suma importancia. Pero seguir algún sistema, ya sea occidental u oriental, no es meditar. Cuando seguimos un sistema, todo cuanto aprendemos es a amoldar la mente para que se ajuste a un determinado sistema, o a conducirla a lo largo de un surco en particular. Si perseguimos eso con suficiente fervor, producirá el resultado que el sistema nos garantiza, pero eso no es, ciertamente, meditación. Hay un montón de disparates que enseñan respecto de la meditación, en especial esas personas que llegan de Oriente. (*Risas*). Les ruego que no se rían ni aplaudan; ésta no es esa clase de reuniones. Estamos tratando de averiguar qué es la meditación.

Uno puede ver que aquellos que siguen un sistema, que impulsan a la mente hacia ciertas prácticas, es obvio que la condicionan de acuerdo con tales fórmulas. Por lo tanto, la mente no es libre. Y sólo la mente libre puede descubrir, no una mente condicionada conforme a algún sistema, ya sea oriental u occidental. El condicionamiento es el mismo, cualquiera sea el nombre que le pongan. Para ver la verdad, la mente debe ser libre, y una mente condicionada según un sistema, jamás puede ver la verdad.

Ahora bien, ver que la libertad es imposible por medio de la disciplina que implica algún sistema, ver la verdad de ello, requiere que se comprenda el

proceso de la mente, porque la mente se apega a los sistemas, a las creencias, a fórmulas especiales. Para descubrir la verdad de eso, uno debe ver que está atrapado en un sistema; y darse cuenta del proceso por el cual la mente queda presa en un sistema, es meditación. Darse cuenta de todo el proceso del pensar, es conocimiento propio. Por consiguiente, la meditación es el principio del conocimiento propio. Sin conocer el proceso de nuestro propio pensar, el mero hecho de sentarse en un rincón y dejarse estar en silencio, o lo que fuere que uno haga, no es meditación; es simplemente un deseo de devenir, de adquirir, de ganar algo. Y, evidentemente, la concentración no es meditación. Limitarse a enfocar la mente en una idea, una imagen o una frase, y excluir todos los demás pensamientos, no es meditar, ¿verdad? Uno puede aprender a concentrarse de esa manera, pero eso es exclusión, y cuando la mente excluye no es libre.

¿Por qué queremos enfocar la mente en una imagen o una idea, o practicar un sistema así llamado meditación, cuanto más misterioso mejor? Es porque pensamos que por medio de la concentración, o de la plegaria, con la constante repetición de ciertas palabras, la mente habrá de aquietarse. Como dije, la concentración es un proceso de exclusión. Escogemos una idea o un pensamiento en particular y nos detenemos en él y mientras estamos obligando a la mente a concentrarse en eso, se introducen otros pensamientos. Por lo tanto, se genera un conflicto, y gastamos nuestra energía en esta agotadora batalla. Pero si podemos abrirnos a cada pensamiento a medida que surge y comprenderlo, veremos que la mente no vuelve sobre ningún pensamiento en particular. Cuando lo hace, es porque no lo ha comprendido; es decir, lo que no hemos comprendido se repite una y otra y otra vez, y la mera exclusión no impedirá eso. Así pues, la concentración, que excluye, no es meditación. Casi todos queremos vivir de manera excluyente, con nuestros recuerdos íntimos, nuestras experiencias y conocimientos personales; y la concentración, a la que llamamos meditación, no es sino un proceso más de autoencierro, de autoaislamiento. Pero la mente jamás puede ser libre a causa del aislamiento, por amplia que sea la idea que proyectamos.

Ahora bien, uno podrá, mediante lo que llamamos oración, mediante la repetición constante de palabras, forzar a la mente para que esté quieta, pero cuando la mente es hipnotizada hasta la quietud, ¿es ése un estado de meditación? Por cierto, eso sólo embota la mente, ¿no es así? Aunque ésta pueda apaciguarse por medio de la disciplina, la cual se basa en el deseo de obtener ciertos resultados, una mente así no es una mente libre. La libertad jamás puede provenir de la disciplina. Aunque creamos que debemos disciplinarnos a fin de ser libres, el comienzo determina el fin, y si la mente es disciplinada al comienzo, será una mente disciplinada al final; por lo tanto, nunca podrá ser libre. Pero si podemos comprender todo el proceso de la disciplina, del control, de la represión, sublimación, sustitución, entonces habrá libertad desde el comienzo mismo, porque los medios y el fin son una sola cosa, no son dos procesos separados, ya sea política o religiosamente.

En consecuencia, la concentración con su disciplina, no es meditación, ni lo son las diversas formas de plegaria. Ésos son todos trucos por los que la mente se fuerza a estar quieta, y una mente aquietada por obra de la voluntad, del deseo, jamás puede ser libre. Si consideráramos realmente todas estas cosas: la concentración, la plegaria, los sistemas de meditación, y todos los distintos trucos que aprendemos para aquietar, para hipnotizar la mente, descubriríamos que son todos recursos del pensamiento, recursos del "yo". Y este descubrimiento es el principio de la meditación, la cual es el principio del conocimiento propio. Si no nos conocemos a nosotros mismos, el mero concentrarnos, amoldarnos a un patrón previo, seguir un sistema, aquietar la mente mediante la disciplina, sólo conduce a más desdicha, a más confusión. Pero, si uno comienza a conocer los recursos de su propio pensamiento estando pasivamente alerta a sí mismo en la relación, atento a la manera como habla, como camina, como observa a un pájaro o como mira a alguna otra persona, entonces, en esa percepción alerta, surgen y se revelan las respuestas de su estado de condicionamiento; y en esa espontaneidad, uno se descubre a sí mismo tal como es. Y cuanto más atento está uno a sí mismo, atento sin opción, justificación ni condena, más libertad hay. Y esta libertad es el movimiento de la meditación. Pero uno no puede cultivar la libertad, tal como no puede cultivar el amor. La libertad llega no cuando la buscamos, sino cuando comprendemos el proceso y la estructura total de nosotros mismos.

La meditación, dijimos, es el principio del conocimiento propio. Cuando uno comienza muy cerca, puede ir muy lejos, y entonces verá que el pensamiento, el cual es la proyección de la mente, cesa por sí mismo sin ser obligado, forzado a ello. Entonces hay silencio; no el silencio inducido por la voluntad, creado por la mente, sino un silencio que no pertenece al tiempo; y en ese silencio existe el estado de creación, lo intemporal, la realidad.

Sin comprender, pues, los recursos del pensamiento, el mero forzar a la mente para que medite es una completa pérdida de tiempo y de energía, y sólo genera más confusión, más desdicha. Pero comprender el proceso del "yo", del "yo" como pensador, conocer las modalidades del "yo" como pensamiento, es el principio de la sabiduría. Para que la sabiduría exista, es indispensable comprender el proceso acumulativo, o sea, al pensador. Sin comprender al pensador, la meditación no tiene sentido, porque todo cuanto éste proyecta responde a su propio condicionamiento, y eso, evidentemente, no es la realidad. Sólo cuando la mente comprende todo el proceso de sí misma como pensamiento, puede estar libre, y únicamente entonces se manifiesta lo intemporal.

*2 de julio de 1950*

# *Seattle, Washington, 1950*

## PRIMERA PLÁTICA EN SEATTLE

Creo que es importante aprender el arte de escuchar. Casi todos escuchamos solamente aquello que nos resulta conveniente, agradable; no escuchamos esas cosas que podrían afectarnos a fondo, que son perturbadoras, que contradicen nuestras particulares creencias y opiniones. Y es importante, por cierto, que sepamos cómo escuchar sin hacer un esfuerzo tremendo para comprender. Cuando nos esforzamos en comprender, dedicamos nuestra energía al esfuerzo antes que al proceso de comprensión. Muy pocos de ustedes pueden escuchar sin resistencia, sin erigir barreras entre sí mismos y quien les habla. Pero si podemos dejar de lado nuestras opiniones personales, los conocimientos y las experiencias que hemos acumulado, y escuchar fácilmente, sin esfuerzo, entonces quizá seremos capaces de comprender la naturaleza de la transformación fundamental y radical que es tan indispensable en una crisis como la que actualmente existe.

Ahora bien, es obvio que tiene que haber alguna clase de cambio. Estamos al borde de un precipicio, y la crisis no se limita a un grupo o pueblo, o a alguna religión en particular, sino que nos involucra a todos. Todos somos afectados por esta crisis: americanos, coreanos, japoneses, alemanes, rusos, indios, etc. Éste es un mundo en crisis, y para comprenderla plenamente, si uno es del todo serio al respecto, tiene que comenzar por una fundamental comprensión de sí mismo. El mundo no es diferente de cada uno de nosotros. Los problemas del mundo son los problemas de ustedes y los míos. Ésta no es una afirmación de tipo teatral; es un hecho verdadero. Si examinan la cuestión detenidamente, si la investigan a fondo, verán que los problemas colectivos son los que afronta individualmente cada uno de nosotros. Yo no creo que haya una división entre los problemas colectivos y los del individuo. El mundo es lo que somos, lo que somos es lo que proyectamos, y eso es lo que se convierte para nosotros en los problemas del mundo.

Para comprender, pues, este extraordinariamente complejo y siempre creciente problema que vemos en el mundo, tenemos que comprendernos a nosotros mismos, lo cual no implica que debemos volvernos tan subjetivos, tan

inmersos interiormente, que perdamos contacto con los asuntos externos. Una acción así, un proceso semejante, no tiene sentido, carece de toda validez. Pero si podemos ver que la crisis del mundo —la confusión, la tragedia, los espantosos asesinatos y desastres que ocurren y van a ocurrir, todo este brutal desorden— es el resultado de nuestra propia vida y acción de cada día, de nuestras creencias, tanto religiosas como nacionales, si podemos ver que este cataclismo mundial es una proyección de nosotros mismos y no es independiente de cada uno de nosotros, entonces nuestro examen del problema no será ni subjetivo ni objetivo, sino que se originará en una forma por completo diferente de abordarlo.

Por lo general, abordamos un problema de esta clase, ya sea objetivamente o subjetivamente, ¿no es así? Tratamos de comprenderlo en el nivel objetivo o en el subjetivo, y la dificultad radica en que el problema no es ni puramente subjetivo ni puramente objetivo, sino que es una combinación de ambas cosas. Es tanto un proceso social como psicológico, y por eso ningún especialista ni economista ni psicólogo, ningún seguidor de un sistema, ya sea de la derecha o de la izquierda, pudo resolver jamás este problema. Los especialistas y los expertos pueden atacar el problema solamente en sus propios campos particulares, jamás lo tratan como un proceso total. Y para comprenderlo, es indispensable encararlo en su totalidad. Así pues, nuestro enfoque del problema no puede ser, evidentemente, ni subjetivo ni objetivo, sino que debemos ser capaces de verlo como un proceso íntegro, total.

Para entender la crisis del mundo como un proceso total, uno tiene que comenzar consigo mismo. Exteriormente, hay guerra, conflicto, confusión, desdicha y lucha constantes; y, a través de todo esto, existe la búsqueda de seguridad, de felicidad. Estos problemas externos son, indudablemente, el resultado, la proyección de nuestro conflicto, de nuestra confusión y desdicha internas. Por consiguiente, a fin de resolver los problemas externos, que no son independientes de nuestras luchas y aflicciones internas, es obvio que debemos empezar por comprender el proceso de nuestro propio pensar; o sea, tiene que haber conocimiento propio. Sin conocernos de manera fundamental a nosotros mismos, tanto en lo consciente como en lo inconsciente, no hay base para el pensar, ¿verdad? Si no me conozco a mí mismo profundamente, en todos los diferentes niveles, ¿qué base hay para mi pensar, para mi acción? Aunque esto ha sido dicho una y otra vez por todos los predicadores desde el principio de los tiempos, seguimos pasándolo por alto porque pensamos que, mediante el cambio del entorno, alterando las circunstancias externas, produciendo una revolución económica, podremos transformar fundamentalmente el proceso de nuestro pensar. Pero, si podemos considerar el problema con un poco más de atención y fervor, veremos que las alteraciones externas jamás pueden originar una revolución fundamental. Sin comprender todo el proceso del "yo" —el proceso de nuestro propio pensar—, la confusión interna en que vivimos se impondrá siempre sobre la hábil reconstrucción de las circunstancias externas.

Es importante, pues, para aquellos que son realmente serios, intensos, que no actúan con ligereza ni persiguen alguna creencia sectaria, que comprenden el proceso de su propio pensar. Porque, después de todo, nuestro pensar es la respuesta de nuestro condicionamiento personal, y si no hubiera condicionamiento, no pensaríamos. O sea, si uno es socialista, comunista, capitalista, católico, protestante, hindú, o lo que fuere, su pensar es la respuesta de ese condicionamiento; y sin comprender ese condicionamiento o trasfondo, que es el "yo", cualquier cosa que uno haga o piense debe, obviamente, ser la respuesta de ese condicionamiento. Para originar, pues, una revolución fundamental, una transformación en uno mismo, es esencial comprender el trasfondo, las influencias condicionadoras que dan origen al proceso del pensar; y este conocimiento propio es el principio de la sabiduría.

Casi todos nosotros, desafortunadamente, buscamos la sabiduría por medio de los libros, o escuchando a alguien; pensamos que comprenderemos la vida siguiendo a los expertos o ingresando en sociedades filosóficas o en organizaciones religiosas. Por cierto, ésos son todos escapes, ¿no es así? Porque, al fin y al cabo, tenemos que comprendernos a nosotros mismos, y la comprensión de uno mismo es un proceso muy complejo. No existimos en un solo nivel; la estructura de nuestro ser se halla en distintos niveles, con entidades diferentes, todas en conflicto unas con otras. Sin comprender todo ese proceso del "yo", no podemos resolver de manera decisiva ningún problema, ya sea político, económico o social. El problema es básicamente un problema de relación humana, y para resolver eso, debemos comenzar por comprender el proceso total de nosotros mismos. Para producir un cambio en el mundo, cambio que es evidentemente esencial, debemos estar atentos a todas nuestras respuestas psicológicas, ¿no es así? Estar atentos a nuestras respuestas es observarlas sin optar, sin condenar ni justificar; simplemente, ver todo el problema de nuestro propio pensar en medio de la relación, en medio de la acción. Entonces comenzamos a observar el problema en su totalidad, o sea, nos damos cuenta de su pleno alcance. Y entonces veremos cómo nuestras respuestas se hallan condicionadas por nuestro trasfondo personal, y cómo estas respuestas condicionadas están contribuyendo al caos que impera en el mundo. Así, el conocimiento propio es el principio de la libertad.

Ahora bien, para descubrir algo, para comprender qué es la verdad, la realidad, Dios, tiene que haber libertad. La libertad no puede llegar jamás gracias a una creencia; por el contrario, hay libertad sólo cuando comprendemos las influencias condicionadoras de la creencia y los procesos de la memoria. Cuando existe esa comprensión de sus propios procesos, la mente está de veras quieta, espontáneamente silenciosa; y en ese silencio, que no puede generarse mediante ningún esfuerzo, hay libertad. Sólo entonces es posible el descubrimiento de lo real. Por lo tanto, puede haber libertad únicamente con la comprensión respecto del "yo", de todo el proceso de nuestro pensar.

Me han entregado algunas preguntas; ¿puedo sugerir que, al considerarlas, ustedes y yo deberíamos tratar de descubrir la verdad al respecto, y no

limitarnos a esperar una respuesta? La vida no tiene respuestas categóricas de "sí" o "no". Debemos investigar muy a fondo cada problema, y para investigarlo a fondo, tenemos que comenzar muy cerca y seguirlo atentamente sin pasar por alto ni un solo paso. Y si podemos emprender el viaje juntos y descubrir la verdad acerca de estos problemas, entonces ningún experto, ninguna presión de la opinión pública, ningún pensar inmaduro, podrán confundir jamás eso que ha sido descubierto.

*Pregunta: ¿Cuál es mi responsabilidad en cuanto a la presente crisis mundial?*

KRISHNAMURTI: En primer lugar, ¿es la crisis del mundo algo separado de uno mismo? La presente catástrofe mundial, ¿es diferente del conflicto de nuestra existencia cotidiana? Al fin y al cabo, esta desastrosa situación mundial es el resultado colectivo de nuestras creencias separadas, de nuestros estrechos patriotismos, de nuestros fanatismos religiosos, de los antagonismos mezquinos, de las fronteras económicas. Es el resultado de nuestra competencia diaria, de nuestra despiadada eficiencia, ¿no es así?

De modo que la crisis mundial es una proyección de nosotros mismos; no está separada de nosotros. Y para originar un cambio fundamental en el mundo, debemos acabar individualmente con esas limitaciones, esas barreras, esas influencias que nos condicionan y generan este horror universal y esta confusión. Debemos liberarnos de todo eso. Pero nuestra dificultad consiste en que no vemos que somos responsables; no vemos realmente que el nacionalismo divide a los seres humanos, que las así llamadas religiones, con sus dogmas, sus creencias y rituales, son influencias separativas. Aunque puedan predicar la unidad del hombre, son, en sí mismas, un medio para generar antagonismo entre los seres humanos. No vemos la verdad de eso, ni vemos el hecho de que nuestros propios pensamientos, nuestras experiencias y conocimientos, por ser limitados, constituyen también un proceso separativo; y donde hay separación, es obvio que hay desintegración y, finalmente, guerra.

Nuestra vida es, entonces, un proceso de desintegración; en ella no hay nada creativo. Somos como discos de fonógrafo que repiten ciertas experiencias, ciertas consignas, y reproducen el conocimiento que hemos adquirido. Al repetir, hacemos muchísimo ruido, y pensamos que estamos viviendo; pero esta repetición mecánica es, obviamente, un proceso de desintegración que, cuando es proyectado, se convierte en una crisis mundial de máxima destrucción. De modo, pues, que la crisis del mundo es una proyección de nuestra existencia cotidiana. Lo que somos, origina el mundo que nos rodea. En consecuencia, para aquellos que son de veras serios, es de máxima importancia generar un cambio fundamental en lo que somos, ya que sólo con la transformación de nosotros mismos puede tocar a su fin este horror que ocurre en el mundo. Desafortunadamente, casi todos somos perezosos. Queremos que otros hagan el trabajo por nosotros, que nos digan lo que debemos hacer. Estamos

satisfechos con nuestros pequeños conocimientos, con nuestras pequeñas experiencias, con los trillados eslogans de los diarios, y poco a poco nos vamos afirmando en nuestros estrechos hábitos; perdemos la vitalidad del cambio, la rapidez y agudeza de la mente.

El problema no está, pues, en descubrir cuál es la responsabilidad de uno hacia la crisis mundial, sino en ver que, lo que es uno, eso es el mundo. Sin una transformación fundamental en nosotros mismos, la crisis del mundo seguirá multiplicándose, volviéndose más y más desastrosa. El problema es, entonces, cómo originar una transformación fundamental en uno mismo; discutiremos esto durante las próximas cuatro semanas, a medida que avancemos. No es un problema fácil. La transformación no es un mero cambio, una mera modificación en nuestra actitud personal. Un cambio semejante es un cambio en la superficie, jamás puede ser un cambio fundamental. Debemos, pues, considerar todo el problema de una manera por completo diferente, cosa que haremos en el curso de las próximas semanas.

*Pregunta: El individuo ¿es el instrumento de la sociedad, o la sociedad existe para el individuo?*

KRISHNAMURTI: Ésta es una pregunta importante, ¿verdad? Considerémosla cuidadosamente juntos y encontremos la verdad al respecto sin depender de la opinión de alguna autoridad o algún experto. Las autoridades y los expertos cambian sus opiniones conforme a su conveniencia, conforme a sus últimos descubrimientos, etc. Pero si podemos descubrir la verdad de la cuestión por nosotros mismos, no dependeremos de otros.

Ahora bien, esta pregunta implica que el mundo está dividido, ¿no es así? Están aquellos que afirman, con enorme conocimiento sumado a su inclinación e idiosincrasia personales, que el individuo es el instrumento de la sociedad, lo cual implica que el individuo no es importante en absoluto. Hay una enorme cantidad de personas que sostienen esto y que, por lo tanto, entregan sus energías a la reconstrucción de la sociedad. Y están los que creen con igual énfasis que el individuo se encuentra por encima de la sociedad, que la sociedad existe para el individuo.

Así que ustedes y yo tenemos que descubrir cuál es la verdad en esta cuestión. ¿Cómo vamos a descubrirlo? Por cierto, no siendo persuadidos a aceptar esta o aquella opinión, sino investigando muy profundamente todo el problema. O sea, nuestro problema no es si la sociedad existe para el individuo o si el individuo existe para la sociedad, sino descubrir qué es el individuo. Espero estar expresándome con claridad. Están quienes afirman que el individuo no es importante y que sólo la sociedad tiene importancia, y hay otros que sostienen la superioridad del individuo respecto de la sociedad. Pero para descubrir cuál es la verdad en esto, debemos investigar el problema de lo que es la individualidad.

¿Es uno mismo un individuo? Quizá piense que lo es porque tiene su

propia casa, su propio nombre, su propia familia, su propia cuenta bancaria; tiene las experiencias particulares, los recuerdos, tanto íntimos como colectivos, de una persona separada de las demás. Pero, ¿constituye eso la individualidad? Porque, después de todo, uno está condicionado por su medio, ¿no es así? Uno es americano, ruso o hindú, con todo lo que eso implica; tiene cierta ideología que le ha impuesto su sociedad, ya sea de la izquierda o de la derecha. Su sociedad lo ha educado de cierta manera. Sus creencias religiosas son el resultado de su educación, de su influencia ambiental. Uno cree o no cree en Dios, según sea su condicionamiento. De modo que uno, como entidad, es el resultado del condicionamiento social o ambiental, ¿no es así? Es decir, uno es una entidad condicionada; y una entidad condicionada, ¿es un verdadero individuo? La individualidad es algo único, ¿verdad? De lo contrario, no es individualidad. Y eso que es único, es creativo, está más allá de todo condicionamiento, no se halla limitado, controlado por el pensar. En consecuencia, puede haber individualidad únicamente cuando estamos libres del condicionamiento, pero mientras uno siga condicionado como hindú, budista, comunista, capitalista, ruso, o lo que fuere, la individualidad es imposible.

Ahora bien, la sociedad sólo se interesa en crear una entidad que sea eficiente para los propósitos de esa sociedad, inclusive para la guerra; es obvio que no se interesa en dar origen a un individuo único, creativo. Por lo tanto, el problema no consiste en saber si el individuo es o no el instrumento de la sociedad, sino en descubrir si nosotros mismos somos individuos; y para descubrirlo debemos, sin duda, darnos cuenta de nuestro condicionamiento. Mientras no estemos libres de nuestro condicionamiento personal, no podrá existir la singularidad creativa que implica la verdadera individualidad. Esa individualidad es posible cuando hay libertad respecto de todo condicionamiento, y sólo esa libertad puede dar origen a la singularidad creativa del individuo.

Quizá digan que estoy dando un significado muy diferente a esa palabra *individuo*. Pero no creo que seamos individuos, ¿verdad? Si reconocemos que no somos individuos, que tan sólo respondemos conforme a nuestro condicionamiento, si reconocemos ese hecho, podremos ir más allá; pero si negamos el hecho, es evidentemente imposible ir más allá. Y la mayoría de nosotros negará el hecho, porque nos gusta lo que somos. Nos gusta sentirnos cómodos en el pequeño patio interior de nuestro pensar, y por esa comodidad pelearemos. Pero si podemos comprender nuestro condicionamiento y las respuestas de ese condicionamiento, a las que tan orgullosamente llamamos individualidad, si podemos darnos cuenta de todo eso, existe entonces una posibilidad de ir más allá y descubrir qué es la verdadera creación.

*Pregunta: Hay muchos conceptos de Dios en el mundo de hoy. ¿Cuál es su pensamiento en relación con Dios?*

KRISHNAMURTI: Ante todo, debemos averiguar qué entendemos por concepto. ¿Qué es para nosotros el proceso del pensar? Porque, al fin y al cabo,

cuando formulamos un concepto, digamos de Dios, nuestra fórmula, nuestro concepto, tiene que ser el resultado de nuestro condicionamiento, ¿no es así? Si creemos en Dios, nuestra creencia es, indudablemente, el resultado de nuestro medio. Están aquellos que fueron educados desde la infancia para negar a Dios, y están los que fueron educados para creer en Dios, como lo fue la mayoría de ustedes. Así pues, formulamos un concepto de Dios, conforme a nuestra educación, a nuestro trasfondo, a nuestra idiosincrasia, a nuestros agrados y desagrados, esperanzas y temores. Es obvio, entonces, que en tanto no comprendamos el proceso de nuestro propio pensar, los meros conceptos de Dios carecen de todo valor, ¿no es así? Porque el pensamiento puede proyectar cualquier cosa que le agrade. Puede crear a Dios, así como negar a Dios. Cada persona puede inventar o destruir a Dios de acuerdo con sus inclinaciones, placeres y dolores. Por consiguiente, en tanto el pensamiento esté activo, formulando, inventando, jamás podrá ser descubierto aquello que está más allá del tiempo. El descubrimiento de Dios o la realidad, sólo es posible cuando el pensamiento toca a su fin.

Ahora bien, cuando usted pregunta: "¿Cuál es su pensamiento en relación con Dios?", ya ha formulado su propio pensamiento, ¿no es así? El pensamiento puede crear a Dios y experimentar aquello que ha creado, pero eso no es, ciertamente, una experiencia verdadera. El pensamiento sólo experimenta su propia proyección; por lo tanto, eso no es real. Pero si ustedes y yo podemos ver la verdad de esto, quizás experimentemos algo mucho más inmenso que una mera proyección del pensamiento.

Hoy en día, cuando es cada vez mayor la inseguridad que existe exteriormente, hay un anhelo intenso y evidente de seguridad interna. Puesto que no podemos encontrar seguridad afuera, la buscamos en una idea, en el pensamiento; y así creamos eso que llamamos Dios; y ese concepto se convierte en nuestra seguridad. Ahora bien, una mente que busca seguridad, no puede encontrar lo real, lo verdadero. Para que se comprenda aquello que está más allá del tiempo, deben llegar a su fin las fabricaciones del pensamiento. El pensamiento no puede existir sin palabras, símbolos, imágenes, y sólo cuando la mente está quieta, libre de sus propias creaciones, hay posibilidad de descubrir lo real. Limitarse a preguntar si hay o no hay Dios, es una respuesta inmadura al problema, ¿no es así? Y formular opiniones acerca de Dios es realmente infantil.

Para experimentar, para hacer realidad aquello que está más allá del tiempo, es obvio que debemos comprender el proceso del tiempo. La mente es el resultado del tiempo; se basa en los recuerdos del ayer. ¿Es posible liberarse de la multiplicación de ayeres, la cual constituye el proceso del tiempo? Éste es, sin duda, un problema muy serio; no es cuestión de creencia o descreimiento. El creer y el descreer son un proceso de la ignorancia, mientras que comprender cómo el pensar nos sujeta al tiempo, trae libertad, y sólo en esa libertad puede haber descubrimiento. Pero la mayoría de nosotros prefiere la creencia, porque creer es mucho más conveniente, nos da un sentido de seguridad, un

sentido de pertenecer al grupo. Por cierto, esta creencia misma nos separa, porque ustedes creen en una cosa y yo creo en otra. Así, la creencia actúa como una barrera; es un proceso de desintegración.

Lo importante no es, entonces, el cultivo de la creencia o del descreimiento, sino comprender el proceso de la mente. La mente, el pensamiento, crea el tiempo interno. El pensamiento es tiempo, y todo cuanto el pensamiento proyecta tiene que ser tiempo; por lo tanto, el pensamiento no puede ir más allá de sí mismo. Para que sea posible descubrir qué hay más allá del tiempo, el pensamiento tiene que cesar; y eso es algo sumamente difícil, porque la terminación del pensamiento no ocurre por obra de la disciplina, del control, de la negación, de la represión. El pensamiento llega a su fin sólo cuando comprendemos todo el proceso del pensar, y para ello tiene que haber conocimiento propio. El pensamiento es el "yo", es la palabra que se identifica como el "yo"; y cualquiera que sea el nivel en que se sitúe, alto o bajo, el "yo" sigue estando dentro del campo del pensamiento.

Para encontrar a Dios, aquello que está más allá del tiempo, debemos comprender el proceso del pensamiento, o sea, el proceso de uno mismo. Y el "uno mismo" es muy complejo; no se encuentra en ningún nivel determinado, sino que está compuesto de muchos pensamientos, muchas entidades, cada una en contradicción con la otra. Tiene que haber una constante percepción alerta de todas ellas, una percepción sin opciones, sin condena ni comparación alguna; o sea, tiene que existir la capacidad de ver las cosas tal como son, sin distorsionarlas ni interpretarlas. En el momento en que juzgamos o interpretamos aquello que estamos viendo, lo deformamos conforme a nuestro trasfondo. Para descubrir a Dios o la realidad, no puede haber creencia alguna, porque la aceptación o el rechazo son una barrera para el descubrimiento.

Todos queremos estar seguros, tanto en lo externo como en lo interno, y la mente tiene que comprender que la búsqueda de seguridad es una ilusión. Sólo la mente insegura, completamente libre de cualquier forma de posesión, puede descubrir, y ésta es una ardua tarea. No significa que debamos retirarnos a los bosques o a un monasterio, o aislarnos en alguna creencia peculiar; por el contrario, nada puede existir en aislamiento. Ser es estar relacionado, y únicamente en medio de la relación podemos descubrirnos espontáneamente tal como somos. Este descubrimiento de nosotros mismos tal como somos, sin condenarnos ni justificarnos, da origen a una transformación fundamental en lo que somos; y eso es el principio de la sabiduría.

*16 de julio de 1950*

## SEGUNDA PLÁTICA EN SEATTLE

Para la mayoría de nosotros, la vida es una lucha constante, una constan-

te batalla dentro de nosotros mismos y, por lo tanto, exteriormente. Esta batalla, este conflicto, parece no terminar jamás, y la dificultad con la mayoría de nosotros es que siempre tratamos de amoldar nuestras vidas a ciertas normas, a determinados principios e ideales. Ahora bien, la cesación del conflicto no ocurre mediante un proceso de amoldamiento, ya sea al pasado o al futuro, sino gracias a la comprensión de los sucesos, de los acontecimientos que tienen lugar en nuestra vida cotidiana, comprendiéndolos a medida que surgen de instante en instante; y esa comprensión plena de los acontecimientos es imposible mientras sigamos aferrados a un punto de vista, a una opinión, experiencia o idea en particular.

La vida es relación, y en la relación casi todos buscamos aislarnos. Si observamos atentamente, veremos que tanto nuestro pensar como nuestra acción nos encierran en nosotros mismos, y a este proceso de autoencierro lo llamamos experiencia. La relación no es tan sólo con las personas, sino con las cosas y las ideas; y en tanto no comprendamos este proceso de autoencierro en la relación, estamos obligados a tener conflicto, porque el conflicto es inevitable cuando hay aislamiento.

El aislamiento adopta formas múltiples y extraordinarias. Está el aislamiento de la memoria, tanto personal como colectiva; hay aislamiento en la forma de creencia; y está el aislamiento de las experiencias que uno ha acumulado y a las que la mente se apega. Todo este proceso de aislamiento, de separación, es sin duda un factor de desintegración en nuestras vidas; y eso es exactamente lo que hoy está sucediendo en el mundo. Internamente, como individuos, y exteriormente, como grupos nacionales y religiosos, buscamos el aislamiento en ideales, creencias, dogmas y opiniones que nos encierran en nosotros mismos; y mientras continúe este proceso de aislamiento, tiene que haber conflicto. El conflicto jamás puede ser vencido, porque una cosa que es vencida, tiene que ser conquistada una y otra vez. El conflicto cesa sólo cuando comprendemos el proceso de la relación. No podemos vivir en aislamiento, porque la vida es relación. Ser es estar relacionado, y si no se comprende la relación, es obvio que tiene que haber conflicto. De modo que nuestro problema es comprender la relación, nuestra relación con las personas, con la propiedad y con las ideas.

La comprensión, ¿depende de la experiencia? ¿Qué entendemos por experiencia? La experiencia es una reacción, es la respuesta a un reto, ¿no es así? Si la respuesta no es adecuada, hay conflicto; y la respuesta nunca puede ser adecuada mientras no comprendamos la relación. Para comprender la relación, debemos comprender todo el trasfondo y el proceso de nuestro pensar. El pensamiento, toda la estructura de nuestro pensar, se basa en el pasado, y en tanto no comprendamos este trasfondo, la relación seguirá siendo inevitablemente un proceso de conflicto.

Comprender el pensamiento —que es el proceso del "yo" en cualquier nivel que pueda situarse— es difícil, porque el pensamiento no tiene rupturas en su continuidad. Por eso, para seguir el movimiento, las reacciones del pen-

sar, o sea, del "sí mismo", la mente debe ser extraordinariamente sutil, rápida y adaptable. El "sí mismo", el "yo", está compuesto de las cualidades, tendencias, prejuicios e idiosincrasias de la mente; y sin comprender la totalidad de esa estructura del pensar, es inútil limitarse a resolver los problemas exteriores de la relación.

La comprensión no depende, pues, del proceso de pensamiento. El pensamiento jamás es nuevo, pero la relación es siempre nueva, y el pensamiento aborda esta cosa que es vital, verdadera, nueva, con el trasfondo de lo viejo. Es decir, el pensamiento procura comprender la relación conforme a los recuerdos, los patrones y el condicionamiento de lo viejo, y de aquí surge el conflicto. Antes de que podamos comprender la relación, debemos comprender el trasfondo del pensador, o sea, estar atentos, sin opción alguna, a todo el proceso del pensar; esto es, debemos ser capaces de ver las cosas tal como son sin interpretarlas conforme a nuestros recuerdos, a nuestras ideas preconcebidas, que son el producto del condicionamiento, del pasado.

Para comprender el conflicto, debemos comprender la relación, y comprenderla no depende de la memoria, del hábito, de lo que ha sido o de lo que debería ser. Depende de la percepción alerta y pasiva de instante en instante, y si investigamos esto a fondo, veremos que en esa percepción no hay proceso acumulativo alguno. Tan pronto como hay acumulación, existe un punto fijo desde el cual tiene lugar el examen, y ese punto está condicionado; en consecuencia, cuando consideramos la relación desde un punto fijo, tiene que haber dolor, conflicto.

De modo que la vida es un proceso de constante relación con las ideas, con las personas y con las cosas; y en tanto tengamos un punto fijo o centro de reconocimiento, que es la conciencia del "yo", tiene que haber conflicto. Desde el centro de reconocimiento, ese principio acumulativo del "yo", examinamos todas nuestras relaciones y, por consiguiente, tiene que haber un constante aislamiento; y este aislamiento, este deseo de estar separados, genera conflicto y lucha.

Así pues, nuestro problema en la vida, en el vivir, es comprender el deseo de estar separados. Dijimos que nada puede vivir en aislamiento, pero todos nuestros esfuerzos basados en el deseo deben, finalmente, resultar excluyentes, separativos. Por lo tanto, el deseo es el proceso de desintegración, y el deseo se expresa de muchas maneras, sutiles y groseras, conscientes e inconscientes. Pero, si podemos estar atentos al deseo —no como una disciplina, sino estando pasivamente alerta a él de instante en instante—, veremos que surge una rápida espontaneidad de descubrimiento respecto de aquello que es verdadero; y lo que nos hace libres es esa verdad, no todos nuestros esfuerzos por liberarnos.

La verdad no es acumulativa; es para ser vista y comprendida de instante en instante. La persona que acumula, ya sea conocimientos, propiedades o ideas, que está atrapada en el proceso autoaislador de la relación, es incapaz de ver la verdad. El hombre de conocimientos jamás puede dar con la verdad,

porque el proceso del conocimiento es acumulativo, y la mente que acumula se halla atrapada en el tiempo y, por lo tanto, no puede conocer lo intemporal.

Ahora bien, ¿cómo vamos a comprender el proceso del "sí mismo", del "yo"? Sin comprender este proceso, no hay base para la acción, para el pensamiento. Para comprender el "yo", debemos comprender la relación, porque en el espejo de la relación es donde puede ser visto el "yo"; pero puede ser visto claramente, tal como es, sólo cuando no hay condena ni comparación, o sea, cuando tenemos capacidad de observación, de pasividad alerta en la que ha llegado a su fin toda opción. En tanto la mente esté acumulando, no es libre, pero cuando tiene la capacidad de percibir, sin optar, aquello que *es*, esa percepción misma es su propia libertad. Sólo cuando la mente es libre tiene capacidad de descubrimiento, y en esa libertad cesan el conflicto y el dolor.

Tengo aquí varias preguntas, y al considerarlas, examinemos el problema juntos y descubramos la verdad al respecto. Para hacerlo, la mente debe ser rápida, flexible, debe estar activamente atenta. Ningún problema tiene una respuesta, y si buscamos una respuesta, eso nos alejará del problema; pero si comprendemos ese problema, el problema toca a su fin. En tanto busquemos una respuesta a algún problema, ese problema continuará, porque el deseo de encontrar una respuesta, impide la comprensión del problema en sí. Es extraordinariamente importante, pues, el modo como abordamos el problema, ¿no es así? El hombre que busca la solución a un problema, está totalmente concentrado en el descubrimiento de la respuesta; por eso, es incapaz de mirar directamente el problema. Pero, si podemos mirar el problema, mirarlo sin el deseo de encontrar una respuesta, veremos que se resuelve rápidamente, porque entonces el problema revela todo su contenido. Por lo tanto, si me permiten sugerirlo, examinemos esta pregunta juntos.

*Pregunta: ¿Qué sistema daría al hombre la mayor seguridad física?*

KRISHNAMURTI: Hay varias cosas implicadas en esta pregunta, ¿no es así? ¿Qué entendemos por un sistema? ¿Y qué entendemos por seguridad física? Entendemos por sistema una ideología, de la derecha o de la izquierda, ¿correcto?

¿Puede una ideología garantizar la seguridad física? ¿Acaso un sistema, una idea, una doctrina, por prometedora, por erudita que sea, por ingeniosa y sutilmente elaborada que esté, puede darnos seguridad? Una estructura política construida en torno de ideas, conocimientos, experiencias... eso es lo que entendemos por sistema, ¿verdad? Es una ideología en oposición a otras ideologías, y ¿puede eso dar jamás por resultado la seguridad física?

¿Qué entendemos por idea? La idea es producto del pensar, ¿verdad? Uno piensa, y la idea es tan sólo producto del conocimiento acumulado y la experiencia, y nosotros consideramos a la idea como un medio de seguridad física. O sea, para expresarlo de un modo diferente, hay múltiples problemas: hambre, guerra, desempleo, superpoblación, erosión de los suelos, etc. Considere-

mos el hambre —aunque quizá no sea el problema en este país como lo es en Oriente—. Dos sistemas opuestos, la izquierda y la derecha, tratan de resolverlo. Es decir, encaramos el problema del hambre, con una idea, una fórmula, y después disputamos sobre la fórmula. Así, la fórmula, el sistema, se vuelve más importante que el problema del hambre. El problema es el *hambre*, no qué idea, qué fórmula debemos usar. Pero estamos más interesados en la idea que en el problema del hambre, y entonces nos agrupamos unos contra otros de acuerdo con nuestras respectivas ideas, y peleamos por ellas y nos liquidamos mutuamente... y el hambre continúa.

Lo importante, pues, es tener la capacidad de enfrentarse al problema, de abordarlo directamente sin recurrir a un sistema; y, al comprender el problema, lo resolvemos de manera natural. Esto es por completo diferente de abordarlo con una fórmula, ¿no es así? Al fin y al cabo, hay conocimiento científico suficiente como para resolver el problema del hambre. ¿Por qué no se ha hecho? Es a causa de nuestro nacionalismo, de nuestra política de fuerza, de los demás absurdos innumerables que tanto nos enorgullecen. Por lo tanto, se trata de un problema psicológico y no tan sólo de un problema económico. Ningún experto puede resolverlo, porque el experto lo mira desde su particular punto de vista, lo mira conforme a su fórmula. Por eso es indispensable comprender todo el proceso de nuestro propio pensar.

Ahora bien, ¿podemos tener seguridad física en tanto estemos buscando seguridad psicológica? Éste es otro problema también involucrado en esta cuestión. Hemos visto qué implica nuestro recurrir a un sistema con el fin de tener seguridad física; y ahora estamos tratando de averiguar qué entendemos por seguridad física, y si la seguridad física es independiente de la seguridad psicológica. ¿La seguridad física está asegurada si buscamos la seguridad psicológica? O sea, si usamos la propiedad como un medio de seguridad psicológica, ¿no estamos creando inseguridad física? La propiedad se vuelve extraordinariamente importante para nosotros debido a que somos débiles psicológicamente, y ello nos da poder, posición, prestigio; en consecuencia, lo rodeamos con una cerca y lo llamamos "mío". Para protegerlo, organizamos una fuerza policial, un ejército, y de ahí surgen el nacionalismo y la guerra. Así, en el deseo mismo de seguridad psicológica, generamos inseguridad física. En consecuencia, la seguridad física depende por completo de si buscamos o no seguridad psicológica. Si no buscamos seguridad psicológica en ninguna forma, es obvio que entonces resulta posible lograr la seguridad física.

La seguridad física depende, pues, de la comprensión respecto de nuestro propio proceso psicológico, de toda la estructura de nuestro ser interno, y mientras no nos comprendamos a nosotros mismos, ningún sistema puede darnos seguridad física. Una revolución basada en una idea, jamás puede ser una verdadera revolución y, por consiguiente, nunca puede originar seguridad física, ya que es tan sólo una continuación modificada de *lo que es*. La revolución, la transformación, no es el resultado del pensar; tiene lugar únicamente cuando cesa el pensamiento. Nuestra dificultad reside en que estamos tan atra-

pados por promesas utópicas, que nos hallamos dispuestos a sacrificar el presente por el futuro, y en el sacrificio mismo del presente está la destrucción del futuro. Sólo cuando comprendemos el hecho de *lo que es*, sin interpretarlo según alguna ideología, hay una posibilidad de tener la tan esencial seguridad física.

*Pregunta: Yo busco a Dios, la verdad, la comprensión. ¿Cómo he de proceder para dar con ello?*

KRISHNAMURTI: No busquen, porque lo que uno busca es, obviamente, su propia proyección, ¿no es así? Cuando uno dice: "Yo busco a Dios, la verdad, la comprensión", tiene una idea de lo que es Dios o la verdad, y va en pos de eso; y encontrará lo que busca, pero eso no será Dios. Será nada más que la imagen de su idea. Sólo el hombre que no busca encontrará la realidad, lo cual no significa que debamos volvernos apáticos, perezosos, indolentes. Por el contrario, no buscar es extremadamente difícil, requiere gran comprensión, entendimiento profundo. Cuando la mente busca, proyecta, inventa, fabrica. Sólo cuando la mente está quieta —no disciplinada para aquietarse, sino espontáneamente quieta— existe una posibilidad de que la verdad se manifieste. El hombre que lucha y trata de buscar, está atrapado en el proceso del conflicto, ¿no es así? Debido a que busca todo el tiempo, su mente se halla agitada, jamás está en calma. ¿Cómo puede una mente así estar quieta alguna vez? Esa mente desea un resultado, busca un objetivo, una meta, lo cual implica que anhela el éxito, sólo que no lo llama así; llama a eso la búsqueda de Dios, de la verdad, de la comprensión. Pero el propósito, el trasfondo de esa búsqueda, es el deseo de éxito, de estar seguro, de evitar todo conflicto, de alcanzar una posición donde cesen todas las perturbaciones. Cuando una mente así dice: "Busco", lo que quiere es estar encerrada permanentemente en la seguridad de un ideal, un ideal que es su propia proyección.

Así pues, el hombre que busca nunca encontrará, pero si podemos comprender el proceso de nuestra propia búsqueda, toda la estructura psicológica de nuestro deseo de encontrar, de llegar, de triunfar, lo cual es muy complejo, veremos que cuando la búsqueda toca a su fin, ése es el principio de la verdad, de la comprensión. Pero no puede haber comprensión en tanto la mente continúe en el proceso de la codicia.

La naturaleza misma de la mente es adquirir, ganar, devenir; y en la adquisición, en el devenir, siempre hay agitación, conflicto. Estando en conflicto, la mente busca a Dios o la verdad, y esa búsqueda implica eludir el conflicto, escapar de él. El escape es siempre el mismo, ya sea la bebida o Dios. Así, una mente que está buscando, jamás podrá encontrar; pero cuando la mente empieza a comprender su propio proceso, entonces está quieta, está contenta. Ese contentamiento no es el resultado de adquirir algo o de llegar a algo, no es el contentamiento de la satisfacción o de haber alcanzado una posición determinada. El contentamiento que se halla libre de toda codicia, adviene sólo

cuando comprendemos *lo que es*, pero comprender *lo que es* requiere diligencia, una percepción alerta sin rechazo ni aceptación. Sólo cuando la mente no está luchando, adquiriendo, codiciando, puede estar quieta, y sólo entonces hay comprensión.

*Pregunta: A mi entender, la disciplina es necesaria para una vida buena, pero usted dice que para la vida buena la disciplina es un obstáculo. Tenga la bondad de explicarlo.*

KRISHNAMURTI: Damos por hecho que la disciplina es esencial para la vida buena. Pero ¿es así? ¿Qué entendemos por disciplina? Entendemos amoldamiento a un sistema, a un ideal, ¿verdad? Tenemos miedo de ser lo que somos, de modo que nos disciplinamos para alguna otra cosa, lo cual es un proceso de resistencia, represión, sublimación, sustitución. Ahora bien, el amoldamiento, la resistencia, la represión, ¿nos conducen a una vida buena? ¿Soy bueno cuando resisto? ¿Soy noble cuando temo ver lo que soy y lo evito? ¿Soy virtuoso cuando me estoy amoldando? El hombre que se ha encerrado en la disciplina, ¿está llevando una vida noble? Por cierto, tan sólo está resistiendo algo que teme, se está amoldando a una norma que le garantizará la seguridad. ¿Es bondad eso? ¿O la bondad es algo que está más allá del miedo, más allá del amoldamiento y la resistencia?

Es fácil limitarse a resistir algo, ¿no es así? Es fácil acomodarse, amoldarse, imitar, pero ¿puede una mente así ser noble alguna vez? Después de todo, la virtud es libertad, ¿no? La disciplina es un proceso de volverse virtuoso, y una mente que se está volviendo virtuosa jamás es virtuosa. La virtud es libertad, y la libertad adviene explorando y comprendiendo todo el proceso de la resistencia, del amoldamiento a las normas sociales, ese proceso por el cual la mente se mueve de lo conocido a lo conocido y, por lo tanto, nunca se halla en un estado de inseguridad. Si podemos comprender, pues, la psicología de la resistencia, de la conformidad, de la represión, todo este proceso de llegar a ser algo que llamamos "virtuoso", si podemos comprender todo eso, entonces existe una vida buena. Una vida buena es una vida libre, comprensiva, no una vida de resistir, pelear, amoldarse. Para ser libres, tenemos que comprender el proceso de nuestro propio condicionamiento, que nos ha adiestrado para resistir o para amoldarnos.

De modo que una mente disciplinada jamás puede ser libre. Una mente disciplinada al principio, no será libre al final, porque el principio es el final. El final y el principio no son dos estados separados; son un solo proceso continuo. Y si uno dice: "Me liberaré mediante la disciplina", está negando la libertad desde el principio mismo. Pero, si en el principio mismo examina a fondo y comprende el proceso de la disciplina, del control, del amoldarse, del conformarse, del resistir, uno verá que la libertad existe ahora, no en el futuro.

Ahora bien, la sociedad hace uso de la disciplina para sus propios propósitos. Un partido político necesita tener miembros disciplinados para acciones

concertadas, pero esa acción jamás es libre y, por ende, genera resistencia: el opuesto, el otro partido; y entonces los dos partidos están en conflicto el uno con el otro. Pero, si podemos comprender el proceso que da origen a un partido político, ya sea de la izquierda o de la derecha, el proceso de la disciplina, que surge de nuestro condicionamiento, si podemos comprender esto íntegramente, veremos que la vida buena no es un resultado de la disciplina, sino que adviene únicamente cuando comprendemos nuestro deseo de amoldarnos, de resistir, reprimir, imitar; y esa comprensión es virtud.

*Pregunta: En una de sus pláticas, usted ha dicho que el proceso del pensamiento debe cesar para que la realidad se manifieste. ¿Cómo podemos reconocer cosa alguna si cesa el pensamiento?*

KRISHNAMURTI: En primer lugar, examinemos qué se entiende por pensar y también qué entendemos por experimentar, qué implica reconocer. Como dice el interlocutor, si el pensamiento cesa, ¿cómo puede éste reconocer cosa alguna? Ahora bien, ¿qué entendemos por pensar? Por favor, no esperen mi respuesta, estamos explorando juntos. Cuando decimos: "Estoy pensando", ¿qué queremos significar con eso? Si yo se lo pregunto, usted responde, ¿no es así? Es irrelevante por el momento si lo hace correcta o incorrectamente. De modo que el pensar es un proceso de respuesta al reto. El reto es siempre nuevo, pero la respuesta es siempre lo viejo; así pues, el pensar es la respuesta de la memoria, ¿verdad? Yo les pregunto si creen en Dios, y la respuesta inmediata de ustedes lo es conforme a su memoria o condicionamiento. Creen o no creen. Por consiguiente, el pensar es el proceso, la respuesta de la memoria, que es hábito. Es decir, la memoria es el resultado de la experiencia, y la experiencia es conocimiento; y uno responde a cualquier reto, haciéndolo de acuerdo con su memoria, su experiencia, su conocimiento. El reto es nuevo, y la respuesta de uno se modifica conforme a la novedad, a la vitalidad del reto, pero es siempre la respuesta del trasfondo, ¿verdad?

Por lo tanto, el pensar es la respuesta del trasfondo, del pasado, de la experiencia acumulada; es la respuesta de la memoria en diferentes niveles, tanto individuales como colectivos, particulares y raciales, tanto conscientes como inconscientes. Todo eso es nuestro proceso del pensar. Por lo tanto, nuestro pensar no puede ser nuevo jamás. No puede haber una idea que sea "nueva", porque el pensar nunca puede renovarse, nunca puede ser fresco, ya que siempre es la respuesta del trasfondo, siendo el trasfondo nuestro condicionamiento, nuestras experiencias, nuestras acumulaciones colectivas y personales. Por eso, cuando acudimos al pensamiento como un medio para descubrir lo nuevo, vemos su total futilidad: el pensamiento sólo puede descubrir su propia proyección, no puede descubrir nada nuevo; el pensamiento sólo puede reconocer aquello que ya ha experimentado. Lo que no ha experimentado, no puede reconocerlo.

De modo que el pensar es el proceso de reconocimiento. El pensamiento

existe por obra de la verbalización, de los símbolos, de las imágenes, de las palabras; de lo contrario, no hay pensamiento. En consecuencia, el pensamiento nunca puede ser nuevo, creativo. Cuando uno dice que está experimentando algo, su experiencia es una acción de reconocer, ¿no es así? Si uno no reconociera, no sabría que está experimentando. Y bien, ¿puede el pensamiento experimentar lo nuevo? Obviamente no, porque el pensamiento sólo puede reconocer lo viejo, aquello que ya ha conocido, que ha experimentado antes. Lo nuevo jamás puede ser experimentado por el pensamiento, ya que el pensamiento es la reacción de lo viejo.

Esto no es algo metafórico, complicado o abstracto. Si usted lo mirara con un poco más de atención, vería que en tanto el "yo" —la entidad compuesta de todos estos recuerdos— está experimentando, jamás puede haber descubrimiento de lo nuevo. El pensamiento, que es el "yo", jamás puede experimentar a Dios, porque Dios o la realidad es lo desconocido, lo inimaginable, lo no formulado; no hay rótulo, no hay palabra para ello. La palabra *Dios* no es Dios. El pensamiento no puede, pues, experimentar jamás lo nuevo, lo incognoscible; sólo puede experimentar lo conocido, porque la mente sólo puede funcionar dentro del campo de lo conocido; no puede hacerlo fuera de él. Tan pronto hay un pensamiento acerca de lo desconocido, la mente se agita: busca siempre traer lo desconocido hacia lo conocido. Pero jamás podemos introducir lo desconocido en lo conocido, y de aquí el conflicto entre lo conocido y lo desconocido.

Sólo cuando el pensamiento toca a su fin, puede lo desconocido revelar su existencia, y entonces no hay cuestión de un "yo" que experimenta lo desconocido. El "yo" jamás puede experimentar lo desconocido, la realidad, Dios, o el nombre que queramos darle. El "yo", la mente, el "sí mismo", es el manojo de lo conocido, o sea, la memoria; y la memoria sólo puede reconocer sus propias proyecciones, no puede reconocer lo desconocido. Por eso el pensamiento tiene que llegar a su fin.

El pensamiento, en su condición de "yo", debe cesar de experimentar; no tiene que haber sentimiento ni certeza alguna de que "yo he experimentado". Cuando el pensamiento, que es la respuesta de la memoria, llega a su fin, y la mente ya no funciona en el campo de lo conocido, sólo entonces, hay posibilidad de que se manifieste lo desconocido.

Es imposible experimentar lo desconocido, porque cuando uno "experimenta" lo desconocido, sólo está experimentando lo conocido como una nueva sensación. Jamás podemos reconocer lo desconocido. Lo desconocido *es*. Pero ante ese estado la mente se rebela, porque sólo puede funcionar dentro del campo de lo conocido.

Por eso, para que la realidad se manifieste, debemos comprender todo el proceso del pensar, el proceso del "yo". El pensamiento jamás puede descubrir lo desconocido, lo real, jamás puede dar con ello; pero cuando la mente está quieta, por completo silenciosa —no silenciada mediante alguna práctica, alguna disciplina, algún sistema de control o meditación—, entonces, en esa

quietud, se manifiesta la realidad, la cual jamás puede ser experimentada por la mente, porque la realidad está más allá de todas las proyecciones del "yo".

*23 de julio de 1950*

## TERCERA PLÁTICA EN SEATTLE

Deberíamos ser capaces, creo, de discernir la diferencia entre necesidad y deseo. El deseo jamás puede estar integrado, porque el deseo crea siempre contradicción —su propio opuesto—. Mientras que, si pudiéramos comprender la necesidad, veríamos que en ella no hay contradicción alguna. Y es importante, sin duda, darse cuenta de este problema del deseo, que genera contradicciones en cada uno de nosotros, porque el deseo jamás puede, en ningún momento, producir integración; y sólo en el estado de integración, en el estado de totalidad, es posible ir más allá de las contradicciones creadas en la mente por el deseo. Al fin y al cabo, el deseo es sensación, y la sensación es la base del pensamiento, de la mente. Sobre la sensación se asienta todo nuestro pensar, y en tanto no comprendamos el proceso del deseo, estamos obligados a crear en nuestra vida el conflicto de la contradicción.

Así pues, la comprensión del deseo es esencial, y esa comprensión no llega transfiriendo meramente el deseo de un nivel a otro. El deseo en cualquier nivel, por alto que podamos situarlo, es inevitablemente contradictorio y, en consecuencia, destructivo. Pero, si somos capaces de comprender la necesidad, veremos que el deseo nos ata, que no origina libertad; y discernir lo que es de veras necesario resulta una tarea difícil, porque el deseo interfiere constantemente con nuestras necesidades. Cuando comprendemos la necesidad, no hay contradicción, pero a fin de comprender la necesidad tenemos que comprender el deseo. Y nuestro problema consiste en que hay una batalla constante desarrollándose entre la necesidad y el deseo, ¿no es así? Toda nuestra estructura social se basa en esta contradicción del deseo. Creemos que estamos progresando cuando nos movemos desde un deseo hacia lo que llamamos "un deseo más elevado"; pero el deseo, alto o bajo, es siempre una contradicción, una fuente de conflicto y de gran sufrimiento.

Si podemos ver, pues, cómo todo el proceso del deseo opera en nuestra vida cotidiana, comprenderemos la extraordinaria importancia de la urgencia, de la necesidad. La necesidad no es un asunto de opción, ¿verdad? Cuando comprendemos qué es necesario, no hay contradicción, no hay batalla ni interna ni externa. Pero para comprender la necesidad, ¿no debemos, acaso, examinar el proceso de la mente que opta por lo que considera necesario? En el momento en que introducimos la opción, ¿no bloquea eso la comprensión respecto de la necesidad? Cuando optamos, ¿descubriremos alguna vez qué es lo necesario? La opción se basa siempre en nuestro condicionamiento, y ese con-

dicionamiento es el resultado de nuestros deseos contradictorios. Por consiguiente, si escogemos lo que es necesario, estamos obligados a generar conflicto, desorden. No hay pensamiento sin sensación; el pensamiento es el resultado de la sensación —se basa en la sensación—, y si podemos comprender las modalidades de la sensación, del pensamiento, y no escogemos lo que juzgamos necesario, veremos que la necesidad es un asunto muy simple; y en esa comprensión no hay conflicto ni contradicción alguna.

Donde hay deseo, hay conflicto y contradicción, y tengamos o no conciencia de ello, la contradicción trae invariablemente dolor. Por lo tanto, el deseo es dolor, tanto si deseamos cosas triviales, como si deseamos grandes cosas. El deseo trae, como secuela inevitable, su propio opuesto; en consecuencia, es importante comprender todo el proceso del pensamiento, que es el "yo" y "lo mío". La comprensión del deseo es la vía del conocimiento propio. Sin comprender el "yo", no es posible comprender qué es lo esencial, lo necesario en la vida. El conocimiento propio llega únicamente cuando comprendemos la relación, y eso es el principio de la sabiduría. La sabiduría no puede comprarse, acumularse; surge de instante en instante en la relación, cuando la mente está alerta y observa claramente, sin optar, sin escoger.

Así pues, si queremos comprender la contradicción en que vive la mayoría de nosotros, tiene que haber conocimiento propio, que es la comprensión del deseo; y sin comprender todo el proceso del deseo, no resolveremos nuestro problema mediante el mero seguimiento de un deseo en particular. Lo que resuelve nuestro problema es comprender la naturaleza de la contradicción, la cual es deseo. El deseo jamás puede ser vencido, pero cuando vemos la verdad de que el deseo genera siempre su propio opuesto y, por ende, contradicción, entonces el deseo llega a su fin; sólo así es posible contentarse con la necesidad.

Al considerar estas preguntas que me han entregado, es importante descubrir de qué modo las abordamos. Si encaramos un problema con un preconcepto, una conclusión, una opinión, es obvio que no podemos comprender ese problema. Como dije, cualquier problema es siempre nuevo, fresco, y una mente que, al abordar un problema, lo hace con una conclusión, con conocimientos acumulados, no puede comprenderlo. La mente puede comprender sólo cuando aborda el problema de un modo nuevo. Y si es posible, examinemos esta mañana cada cuestión directamente y veamos su verdad, porque el descubrimiento de la verdad del problema, nos libera del problema en sí.

*Pregunta: ¿Cuántos siglos se requerirán para que los pocos que comprenden, originen una transformación fundamental en el mundo?*

KRISHNAMURTI: Es importante descubrir desde qué punto de vista se ha planteado esta pregunta, ¿verdad? Si decimos que se requerirán muchos siglos para originar una transformación fundamental, porque son muy pocos

los individuos que de veras desean transformarse, es obvio que estamos interesados en el problema del tiempo. Es decir, deseamos la transformación inmediata, porque vemos tanta confusión, tanta desdicha, conflicto, hambre, problemas económicos y guerras en el mundo; vemos este dolor incesante y nos impacientamos, deseamos la transformación dentro de cierto período de tiempo. Decimos: "La transformación de unos cuantos individuos no originará un cambio rápido y fundamental en la estructura de la sociedad. Por lo tanto, la transformación de los pocos no es muy importante. Si bien es necesaria, tiene que existir una manera más rápida de producir una revolución fundamental".

Ahora bien, ¿existe una manera más rápida, inmediata de transformar al hombre? Y si producimos un cambio rápido, ¿será eso duradero? El mundo no puede ser cambiado inmediatamente. Ni siquiera una revolución política puede originar un cambio inmediato y universal; los millones no pueden ser alimentados de la noche a la mañana. Pero es importante descubrir si ustedes y yo podemos cambiar, si podemos dar origen a una transformación radical en nosotros mismos, sin tener en cuenta su aspecto utilitario. Y ¿es útil el descubrimiento y comprensión de la verdad? ¿Tiene la verdad algún uso? ¿Es utilitaria? Eso es lo que, en realidad implica esta cuestión: si la verdad es útil. La verdad no tiene ninguna clase de uso, ¿no es así? No puede ser utilizada. La verdad *es*. Y tan pronto como abordamos la verdad con el deseo de usarla en el mundo de la acción, la destruimos. Pero si podemos ver la verdad y permitirle que opere, sin el deseo de usarla, ello origina una transformación fundamental en nuestro pensar, en nuestra relación. Así pues, en tanto consideremos a la verdad como una cosa para ser usada, como un medio de transformar la sociedad o de transformarnos, la verdad se convierte en un mero instrumento; no es un fin en sí misma, no es sin causa. Pero si es un fin en sí misma, sin ningún propósito utilitario, o sea, si le permitimos que opere dentro de nosotros, sin que la mente interfiera en absoluto, entonces inadvertidamente, inconscientemente, tiene un efecto de muy largo alcance.

Lo importante no es, entonces, si los pocos pueden originar un cambio fundamental —aun cuando los cambios fundamentales son producidos generalmente por los pocos—, sino averiguar si uno, uno mismo, es realmente serio como para descubrir este extraordinario factor de liberación, esta cosa que llamamos la verdad o Dios, al margen de cualquier valor social o de otra clase que ello pudiera tener. Porque la mente está siempre buscando valores, ¿no es así? Y si busca la verdad como un "valor", entonces ese valor es reconocible. Y la verdad no es reconocible, carece de "valor" para la mente. La mente no puede usarla. Pero si la mente está quieta, la verdad actuará, y esta acción es extensiva, ilimitada; y en eso residen la libertad y la bienaventuranza.

*Pregunta: Las religiones abogan por la plegaria, y durante siglos el hombre ha encontrado en ella su consuelo. Este esfuerzo concertado a lo largo de siglos es, ciertamente, una fuerza significativa y vital. ¿Niega usted su importancia?*

KRISHNAMURTI: ¿Cuál es la función de la plegaria? ¿Tiene ella algún significado? Y ¿qué entendemos por plegaria? Investiguemos toda la cuestión sin ningún prejuicio. Obviamente, el hombre ha rezado a lo largo de siglos, y eso tiene que traer resultados, de algún modo debe brindarle consuelo, satisfacción, una respuesta acorde a su requerimiento; de lo contrario, no continuaría rezando. Ahora bien, ¿cuándo rezamos? Por cierto, rezamos cuando estamos en dificultades, ¿verdad? Rezamos cuando nos hallamos en un estado de incertidumbre, de contradicción, o sea, cuando, somos desdichados. No rezamos cuando somos felices, cuando vemos las cosas con mucha claridad, sencillez y de manera directa, sino sólo cuando estamos confusos. Así pues, la plegaria es una forma de petición, de súplica, ¿no es así? Y cuando pedimos, recibimos, y recibimos a nuestro requerimiento. Cuando oramos, pedimos ciertamente satisfacción en una forma u otra. Uno puede orar por luz o guía, otro por la eliminación del dolor, etc., pero el deseo, la intención, es siempre encontrar la paz, sentirse gratificado. Una mente que busca gratificación en cualquier nivel que sea, alto o bajo, por fuerza tiene que ser gratificada, ¿no es cierto? Por eso, cuando estamos confusos, cuando sufrimos, cuando nos sentimos inseguros, recurrimos a la oración, a la plegaria. Por medio de la plegaria esperamos recibir certidumbre, garantía, la respuesta exacta a nuestro problema. Por favor, yo no estoy en contra de la plegaria. Estamos examinando el problema. Creo que hay algo mucho más grande que la plegaria, y eso podemos descubrirlo sólo cuando comprendemos las modalidades de la plegaria, todo este problema de la súplica.

¿Qué ocurre cuando rezamos? Estoy seguro de que muchos de ustedes han rezado. ¿De qué modo rezamos? Adoptamos cierta postura, repetimos ciertas palabras o frases y, gradualmente, mediante esta repetición, la mente se aquieta. La mente es aquietada por la repetición de ciertas frases, y en esa quietud uno recibe una respuesta a su problema. Pero la respuesta es invariablemente gratificante; de lo contrario, no la aceptaríamos. Aunque la respuesta pudiera ser aflictiva, en la aceptación misma de esa respuesta aflictiva hay, sin embargo, gratificación. O sea, al repetir constantemente determinadas frases, o al extenderse en ciertas ideas, la mente se aquieta, y cuando la mente está quieta, es capaz de recibir una respuesta. Pero la respuesta depende del peticionario; y la respuesta que éste recibe proviene de la acumulación concentrada de innumerables deseos, de anhelos conscientes e inconscientes, y del esfuerzo colectivo de numerosas personas a lo largo de muchos siglos. Pueden comprobar esto por sí mismos. Cuando piden conscientemente algo en la plegaria, hay una respuesta inconsciente, y esa respuesta procede del esfuerzo acumulado y concentrado de siglos, que se modifica conforme al condicionamiento particular del peticionario. Pero la plegaria no ayuda básicamente al individuo a que se comprenda a sí mismo; y sólo en la comprensión fundamental de uno mismo como proceso total, hay una posibilidad de ir más allá del estado de petición, de búsqueda, de lucha por obtener un resultado. Como

dije, hay algo mucho más importante que la plegaria, y eso es la meditación, cosa que consideraremos en otra oportunidad.

Ahora, es importante comprender este problema de la plegaria en relación con el conflicto, la aflicción y el sufrimiento. Jamás rezamos cuando somos felices, cuando estamos alegres, cuando no tenemos problemas; rezamos únicamente cuando nos hallamos en conflicto, cuando tenemos una dificultad que no podemos resolver. Hay dos clases diferentes de plegaria que, en esencia, son la misma. Está la plegaria de súplica, de petición activa, y está la plegaria en la que simplemente permanecemos abiertos, pero en la que inconscientemente estamos esperando recibir algo. Cuando rezamos, siempre tenemos una mano extendida; estamos aguardando, anhelando, abrigando la esperanza de recibir una respuesta, algún consuelo. Y en ese peticionar, encontraremos una respuesta que estará de acuerdo con nuestras luchas, con nuestro condicionamiento. Pero la plegaria jamás libera a la mente de crear los mismos problemas que nos hacen rezar. Lo que liberará a la mente de fabricar sus propios problemas, es la comprensión de sí misma, y esa comprensión es el conocimiento propio. Pero todo el proceso de conocernos a nosotros mismos es tan complejo, que pocos estamos deseosos de investigar el problema; preferimos más bien encontrar una respuesta superficial, y por eso recurrimos a la plegaria. Durante siglos, el hombre ha construido un depósito, un almacén de pensamiento y deseo, al cual la plegaria puede acudir para obtener una respuesta, un consuelo; pero esa respuesta no es la solución del problema. La solución del problema es comprender el proceso total de la mente misma.

*Pregunta: En distintas épocas de nuestras vidas, tenemos alguna clase de experiencia mística. ¿Cómo sabemos que estas experiencias no son ilusiones? ¿Cómo podemos reconocer la realidad?*

KRISHNAMURTI: ¿Qué entendemos por ilusión? ¿Qué es lo que da origen a la ilusión? La ilusión es creada, sin duda, cuando la mente se halla atrapada en el deseo. En tanto la mente interprete lo que percibe, conforme a sus anhelos y deseos, a sus agrados y desagrados, tendrá que haber ilusión. En tanto la mente no comprenda el deseo, interpretará la experiencia y creará, inevitablemente, ilusión. O sea, si yo tengo una experiencia de las que llamamos "místicas" y no comprendo el proceso de mi propia mente, esa experiencia está obligada a engendrar ilusión. Y si estoy apegado a cualquier forma particular de experiencia, si deseo adquirir más de ello y continuar con ello, es también inevitable que haya ilusión, porque estoy interesado no en percibir *lo que es*, sino en obtener, guardar, acumular.

Casi todos nosotros hemos tenido alguna clase de experiencia mística que nos ha traído cierta claridad, cierta liberación, cierta felicidad, y cuando se ha ido, el recuerdo de ella se vuelve muy importante para nosotros. Nos apegamos al recuerdo de esa experiencia, y el hecho mismo de apegarnos a ella denota que nos hallamos atrapados en la ilusión. "El recuerdo está dentro del

campo del tiempo, y aquello que es verdadero se encuentra más allá del tiempo; y cuando la mente se aferra a cualquier experiencia en particular, esa experiencia se vuelve mera sensación, y la sensación contribuye a engendrar ilusiones. Así pues, cuando nos aferramos al recuerdo de alguna así llamada "experiencia mística" que quizás hemos tenido, ello demuestra que estamos interesados en la sensación que la experiencia ha dejado tras de sí; por lo tanto, hay ilusión. No podemos jamás apegarnos a la experiencia en sí, ni podemos permanecer aferrados al estado de experimentar. Sólo podemos acumular recuerdos con sus sensaciones, y cuando lo hacemos, creamos un obstáculo para un futuro experimentar. El aferrarse al pasado impide lo nuevo, y así es como este apego al recuerdo de determinada experiencia, engendra ilusión.

La parte siguiente de esta pregunta es: "¿Cómo podemos reconocer la realidad?". Para examinar eso, debemos comprender el proceso del experimentar. Nosotros experimentamos sólo cuando reconocemos, ¿no es así? Si yo me encuentro con alguien y lo reconozco, tengo una experiencia, pero si no lo reconozco, no hay experiencia. Así, cuando hay reconocimiento, existe el proceso de experimentar. Ahora bien, ¿cómo reconozco? El reconocimiento se basa en la memoria, ¿verdad? ¿Puede la memoria, que es el residuo del pasado, reconocer alguna vez lo nuevo? Por favor, como ésta es una pregunta importante, examinémosla con cierto cuidado.

La mayoría de nosotros se mueve de lo conocido a lo conocido; nuestra mente funciona dentro del campo de lo conocido, y no puede funcionar fuera de él. Entonces, ¿puede una mente así reconocer lo que es verdadero? ¿Puede reconocer lo desconocido? ¿Puede reconocer a Dios? Si Dios es lo desconocido, ¿cómo puede reconocerlo? Podemos reconocer únicamente algo que hemos experimentado, que hemos conocido antes; y cuando reconocemos algo, ¿es eso la verdad, es eso lo nuevo? En tanto tenga existencia lo viejo, lo nuevo no puede existir; sólo cuando cesa lo viejo, lo nuevo se torna posible. Y cuando preguntamos: "¿Cómo puedo reconocer la realidad?", lo que queremos saber es si el "yo", la acumulación del pasado, de lo conocido, puede dar un nombre a lo nuevo. Cuando nombramos lo nuevo, ¿acaso lo nuevo no ha dejado de existir? Dios no es una cosa que pueda ser reconocida; la verdad no es algo que pueda ser conocido a través de la memoria. Sólo cuando la mente se halla completa y absolutamente quieta, puede tener existencia lo nuevo, que no es un proceso de reconocimiento. Por el contrario, cuando la mente traduce lo nuevo en términos de lo viejo, no está quieta; en consecuencia, la verdad no puede manifestarse. La mente no puede traducir lo nuevo en términos de lo viejo; sólo puede traducir lo que supone nuevo, desde el punto de vista de lo que ha conocido antes.

Lo que importa, pues, no es si ustedes y yo podemos reconocer la verdad; lo importante es cómo liberar del deseo a la mente, de modo tal que pueda estar por completo quieta. La quietud de la mente no adviene por medio de ninguna disciplina. La mente no puede ser aquietada mediante ninguna coacción, con ningún motivo, ni para tal o cual propósito; pero se halla espontá-

neamente quieta cuando comprende sus propios deseos en conflicto, que dan origen a los problemas. La mente está quieta sólo cuando se conoce a sí misma como una totalidad, pero mientras no se conoce a sí misma por completo, continúa generando problemas y nunca puede estar quieta. La mente debe, pues, comprender sus propios comportamientos, y para eso tiene que hallarse pasivamente alerta, atenta sin optar; sólo entonces hay posibilidad de que esté completa y totalmente quieta. Podemos aquietarla superficialmente mediante la plegaria, mediante diversos trucos psicológicos, pero una mente así no se halla quieta de manera fundamental. La quietud adviene sólo cuando hay completa comprensión con respecto a todo el proceso de reconocimiento, petición y respuesta, que es el proceso del "yo"; y ésa es una ardua tarea.

*Pregunta: ¿Tendría usted a bien explicar qué entiende por creatividad?*

KRISHNAMURTI: La creatividad, ¿es una cuestión de capacidad? ¿Es la destreza de una técnica? ¿Es un talento?

Uno puede dominar una técnica por medio de una práctica constante, acumulando conocimientos y experiencias, tanto propias como ajenas. Pero la perfección de una técnica, ¿contribuye a la creatividad? Uno puede practicar el piano durante horas y ser capaz de tocarlo con destreza, pero ¿hará eso que sea un músico creativo? Si sabe cómo escribir poesía, si puede tejer una guirnalda perfecta de palabras, ¿es por eso un poeta? La técnica, ¿originará esa libertad en la que el "yo", el "sí mismo" se halla ausente? Sólo cuando el "yo" se halla ausente hay creatividad; de otro modo, la técnica sólo acentúa el "yo" o lo distrae, lo modifica o lo agranda, y eso no origina, por cierto, creatividad.

En tanto la mente esté en conflicto con lo que ha producido, está produciendo o producirá, no puede haber un estado creativo. ¿Puede, acaso, haber creatividad mientras estamos en conflicto? El conflicto excluye, sin duda, cualquier forma de acción creativa, y la creatividad surge sólo cuando la mente está quieta, no en un estado de conflicto. En tanto la mente siga atrapada entre opuestos, entre tesis y antítesis, ¿cómo puede existir esa pasividad alerta que es el único estado verdaderamente creativo? Creemos que gracias al conflicto, a la lucha, al indagar, al analizar, tendremos un estado pacífico, pero ¿hay jamás un estado pacífico por obra del conflicto? ¿No es tal estado, independiente del conflicto? Mientras exista el deseo de lograr un resultado, el deseo de ser creativos, es obvio que tenemos que hallarnos en conflicto, y un estado de conflicto niega la creatividad.

Entonces, ¿cómo ha de tener uno ese estado creativo? ¿Cómo es posible lograr la creatividad? No es posible lograr creatividad. Todo cuanto podemos hacer es comprender el conflicto, el cual niega la creatividad, y la comprensión respecto del conflicto es la comprensión de uno mismo. Vea, nosotros pensamos que poseer una técnica, ser capaces de dibujar, de escribir un poema o un artículo, de realizarnos en una forma u otra, es ser creativos. Eso no es, por cierto, creatividad; es tan sólo autoexpresión, es satisfacer cierto apetito

por medio de la técnica. Pero, si podemos comprender todo este proceso del conflicto, este esforzarnos tras la realización propia, lo cual introduce en nuestras vidas una contradicción, un sufrimiento y una pena semejantes, si podemos comprender eso, veremos que la mente se queda muy quieta sin esforzarse en absoluto; y cuando la mente está en silencio, libre de las ansiedades y exigencias del "yo", sólo entonces, es posible la existencia creativa.

Esa creatividad puede o no expresarse en palabras, en el mármol, en el pensamiento; o puede permanecer completamente silenciosa. Pero nosotros deseamos la expresión. Para casi todos, la creatividad es un proceso de expresión; es el poder de hacer alguna cosa, y consideramos ese poder de expresión mucho más importante que la libertad. Anhelamos expresarnos, porque eso nos da un sentimiento de realización, un sentimiento de importancia; sentimos que somos alguien, que somos útiles socialmente. Todo esto alimenta nuestra voluntad de muchas maneras y destruye el estado de creatividad.

De hecho, la creatividad puede no expresarse en absoluto, ya que el estado creativo es silencioso. Buscar la expresión es negar la creatividad, porque lo que es creativo jamás puede ser acumulativo. La creatividad existe sólo de instante en instante; no es un estado continuo. En el momento en que es un estado continuo, se halla dentro del campo del tiempo, y lo que está en el campo del tiempo no es creativo. La creatividad es intemporal, pero nos gustaría retenerla dentro del campo del tiempo a fin de poder expresarla. En tanto la mente busque ser creativa, la creatividad jamás podrá existir, porque todos los esfuerzos de la mente se hallan en el campo del tiempo. Sólo cuando la mente está por completo quieta, silenciosa con un silencio no inducido, hay posibilidad de que se manifieste lo intemporal, lo creativo. Lo importante, pues, no es dar expresión a este estado creativo, sino comprender todo el proceso del conflicto que tiene lugar en la mente. Y tal como el estanque está quieto cuando cesa el viento, así hay creatividad cuando llegan a su fin los problemas que crea la mente.

*30 de julio de 1950*

## CUARTA PLÁTICA EN SEATTLE

La mayoría de nosotros busca alguna clase de resultado; nunca pensamos en la acción sin resultados. No tenemos el sentido del actuar, del obrar, a menos que haya un fin en vista. En tanto busquemos un resultado, el resultado es para nosotros mucho más importante que los medios, y la corrupción de los medios es inevitable cuando damos una significación mayor al resultado. La acción es guiada, entonces, por el deseo de un resultado antes que por consideración a los medios; debido a eso, una acción así queda invalidada. O sea, mientras exista la búsqueda de un resultado proveniente de la acción,

invalidamos esa acción porque nos interesa fundamentalmente el resultado y sólo incidentalmente la acción. En consecuencia, como podemos verlo hoy por hoy en todo el mundo, la acción engendra más desorden, más desdicha. Este conflicto y este sufrimiento externos podrán llegar a su fin sólo cuando veamos cómo la mente está todo el tiempo buscando un resultado en la acción, o sea, seguridad para sí mismo, por lo cual no está interesada en los medios de la acción. Los medios y el fin no son dos estados diferentes, sino un proceso unitario. El medio es el fin, y si comprendemos el medio, el fin correcto es inevitable. Pero, como dije, la mayoría de nosotros no se interesa en los medios. Nos interesa principalmente el fin, y abrigando la esperanza de un fin bueno, usamos métodos malos. Pero el método produce el resultado, y si queremos paz, debemos usar medios pacíficos. Por lo tanto, el medio es mucho más importante que el fin.

Ahora bien, el comprender los medios sin buscar un fin, constituye una revolución fundamental en todo nuestro modo de abordar la vida. Debido a que el pensamiento busca invariablemente una recompensa, en cada uno de nosotros hay una exigencia psicológica de gratificación, y el resultado es que toda acción, ya sea política, económica o social, conduce a una controversia interminable y, finalmente, a la violencia. No hay claridad de percepción porque, fundamentalmente, no nos interesa el medio sino sólo el resultado, la meta, el fin; y no vemos que el fin y el medio no están separados, que son una sola cosa. El fin está en el medio utilizado, y si buscamos psicológicamente un resultado independiente del medio, la acción física debe, por fuerza, producir confusión. Es decir, cuando usamos el resultado como un medio de seguridad interna o psicológica, nuestro trabajo en pos de ese resultado tiene un efecto condicionante sobre la mente, y este proceso podrá ser plenamente comprendido sólo cuando veamos el significado de la acción.

Al presente, conocemos la acción sólo desde el punto de vista de alcanzar un resultado, una meta. Trabajamos en pos de un propósito, tanto en el sentido psicológico como en el físico. Para nosotros, la acción es un proceso de lograr algo, no de comprender la acción misma; únicamente esta comprensión habrá de producir el medio correcto y, en consecuencia, el fin correcto, sin que haya búsqueda de un resultado. Y comprender la acción es, por cierto, comprender todo el proceso de nuestro pensar. Por eso resulta tan esencial tener una comprensión completa con respecto al proceso íntegro de la propia conciencia, a los comportamientos del propio pensar, sentir y actuar. Sin comprendernos a nosotros mismos, el mero logro de un resultado no hará sino conducirnos a más confusión, frustración y desdicha.

Comprender el proceso total de uno mismo requiere un estado constante de percepción alerta con respecto a nuestras acciones en la relación. Tiene que haber una constante vigilancia de cada incidente, una vigilancia sin opción, condena ni aceptación alguna, con cierto sentido de imparcialidad, a fin de que pueda revelarse la verdad de cada acontecimiento. Pero este conocimiento propio no es un resultado, un objetivo. No hay objetivo en el conocimiento

propio; es un proceso constante de aprender que adviene sólo cuando uno comienza objetivamente y penetra cada vez a mayor profundidad en todo el problema del vivir cotidiano, o sea, el problema del "tú" y el "yo" en la relación.

Tengo aquí varias preguntas; al considerarlas, no busquemos una respuesta, porque el limitarse a encontrar una respuesta es poner fin a un descubrimiento y a una comprensión ulteriores. Pero, si podemos seguir el problema paso a paso a medida que se va revelando, quizá seremos capaces de percibir su verdad; y la verdad del problema nos liberará del problema en sí.

*Pregunta: A pesar de que usted nos dice que la mente necesita quedarse en silencio si hemos de experimentar la realidad, hace todo lo que está en su poder para estimularnos a pensar.*

KRISHNAMURTI: ¿Los estoy estimulando a pensar? Si es mero estímulo, de ello surgirá la fatiga, porque toda forma de estímulo llega pronto a su fin, dejando a la mente embotada, cansada y falta de elasticidad. Si estas pláticas y discusiones se han convertido en un mero instrumento de estímulo, me temo que, cuando ellas finalicen, caerán ustedes de vuelta en sus monótonas rutinas, en sus viejas creencias, en sus insensibles actitudes y maneras de pensar. Pero, si en lugar de ser un estímulo, son un proceso en el que ustedes y yo examinamos los hechos y los vemos exactamente como son —lo cual constituye el principio de percepción de lo verdadero—, entonces es obvio que estas pláticas y discusiones habrán sido valiosas. Por cierto, es edificante ver las cosas tal como son, porque entonces ello dará origen a una transformación fundamental.

En consecuencia, no estamos buscando estímulo, sino que exploramos juntos todos nuestros problemas humanos. El estímulo hace que pensemos de una manera determinada; es un proceso de sustitución que nos condiciona en una dirección nueva. Mientras que, cuando procuramos ver las cosas tal como son, verlas muy claramente, sin prejuicio, sin distorsión alguna, es posible para la mente estar quieta. La mente no puede estar quieta, en calma, silenciosa, cuando hay cualquier tipo de distorsión, cuando es capaz de engendrar ilusiones. Y como la mente posee una capacidad infinita de engendrar ilusiones, el hecho de estar alerta a su poder de engendrar ilusión —lo cual implica estar alerta al deseo— no es, ciertamente, un estímulo. Por el contrario, hay libertad respecto de los estímulos, sólo cuando percibimos cómo trabaja la mente, cómo manipula, consiente y distorsiona las cosas; y sólo esa libertad puede generar serenidad en la mente.

Ahora bien, la mente puede encerrarse en una creencia o ilusión en particular y, con eso, pensar que está serena, pero es obvio que una mente así no está serena; está muerta, es inflexible, carece de sensibilidad. La mente está serena cuando es infinitamente flexible, capaz de ajustarse, de ver las cosas tal como son; sólo entonces la mente se libera de aquello que ha visto. Debemos

pasar, sin duda, por todo este proceso de exploración y descubrimiento, antes de que la mente pueda estar serena. Sin esa serenidad mental, es evidente que no puede haber verdadera percepción; y el descubrir cuáles son los factores distorsivos, las distracciones que la mente ha cultivado, no es un estímulo. Si lo es, la mente jamás estará serena, porque irá de un estímulo a otro, y una mente que busca estímulos está embotada, es insuficiente e incapaz de percibir nada sino sus propias sensaciones.

Por lo tanto, lo importante es no depender de ningún estímulo, ya sea éste un ritual, una idea, o la bebida. Todos los estímulos están en el mismo nivel, porque embotan y cansan a la mente; pero ver el hecho de que la mente depende de los estímulos es estar libres de ese hecho. Percibir las cosas sin distorsión alguna, origina en la mente esa serenidad que es tan esencial para que la realidad se manifieste.

*Pregunta: Yo me preocupo muchísimo. ¿Tendría a bien decirme cómo puedo librarme de la preocupación?*

KRISHNAMURTI: ¿Por qué desea uno librarse de la preocupación? Quiere decir que desea librarse de una preocupación en particular, de cierta clase de perturbación, pero no desea estar libre de *toda* preocupación, ¿verdad? Casi todos queremos estar ocupados, y sólo reconocemos que existimos porque estamos ocupados en algo. Decimos que la ocupación es necesaria para la mente, ya sea que esté ocupada con Dios, con la autorrealización, con un automóvil, con una familia, con el éxito, con la virtud, o con lo que fuere. No hay duda, la mente necesita estar ocupada; de lo contrario, nos sentimos perdidos. Y esta ocupación misma es preocupación, ¿no es cierto? ¿Qué ocurriría si uno no se preocupara, si la mente no estuviera ocupada en algo? ¿No se sentiría uno totalmente perdido? Si no tiene una ocupación, ya encontrará alguna. Si no se preocupa por la sociedad, se preocupará por Dios, y estará ocupado en eso; o se preocupará por la guerra, por los periódicos, por la radio, por lo que la gente dice o no dice. La mente está todo el tiempo ocupada; su existencia misma depende de su ocupación. Por eso, para la mayoría de nosotros, el estar ocupados —que es una forma de preocupación— resulta esencial. Si no nos preocupáramos, si no estuviéramos ocupados, nos sentiríamos absolutamente perdidos, diríamos que no hay nada que hacer, que la vida es insustancial, vacía; por lo tanto, la mente se ocupa con algo y sigue preocupándose.

Para la mayoría de nosotros, la ocupación es un escape respecto de nuestra propia insuficiencia esencial. Siendo insuficientes, nos preocupamos acerca de algo, y usamos eso como un medio para escapar de *lo que es*. De modo que la cuestión no es cómo librarnos de una preocupación en particular, sino comprender todo el problema de la ocupación, la cual implica, en un sentido, el medio correcto de vida, y en otro, la ocupación psicológica de la mente. La mayoría encuentra que la mente no puede estar sin pensamientos, sin ocupación, sin preocupaciones. Casi todos tememos ser lo que somos: hermosos o

feos, inteligentes o tontos, o lo que fuere que seamos. La mente tiene miedo de ser lo que es y, por eso, busca un escape, lo más altisonante, lo mejor. Este escapar de *lo que es* podrá ser llamado la realidad o Dios, pero es tan sólo un aislamiento que nos encierra en nosotros mismos; y cuanto más aislado está uno, más se preocupa, más ocupado tiene que estar.

Librarse de la preocupación no es, entonces, el problema. El problema es descubrir por qué la mente necesita ocupación; y si examinamos eso con bastante cuidado, descubriremos que la mente teme ser como la nada. Por cierto, una copa es útil sólo cuando está vacía, y la mente es creativa sólo cuando es capaz de vaciarse a sí misma, de limpiarse de todo su contenido. Pero para llegar a ese punto, uno debe comprender el proceso total de la mente, cómo ésta se halla todo el tiempo ocupada, preocupándose acerca de una virtud, acerca de la muerte, acerca del éxito. Por elevado que sea su nivel, la preocupación sigue siendo preocupación, y una mente atormentada, agitada, jamás puede comprender problema alguno. Sólo puede girar en círculos, esperando encontrar una salida; y eso es lo que hace. Una mente ocupada sin cesar, busca un resultado, un fin, una meta. Y para una mente así, el medio no importa en absoluto.

Así pues, lo importante no es cómo liberarnos de la preocupación, sino descubrir por qué la mente se halla tan ocupada, tan deseosa de apegarse e identificarse con una idea, una creencia o un concepto en particular. Hace esto, sin duda, a causa de su propia insuficiencia. Sin comprender esa insuficiencia, sin investigarla a fondo, la mente intenta escapar de ella mediante la ocupación; y cuanto más escapa uno, más se preocupa. La única manera de salir de este proceso, es volver y considerar la insuficiencia.

*Pregunta: Amo a mi hijo. Pueden matarlo en la guerra. ¿Qué he de hacer?*

KRISHNAMURTI: Me pregunto si aman ustedes a sus hijos. Si los amaran de veras, ¿habría guerra? Si amaran realmente a sus hijos, ¿no impedirían las guerras en alguna forma? ¿No producirían la correcta clase de educación, una educación no identificada ni con Oriente ni con Occidente? Si amaran de verdad a sus hijos, ¿no verían que ninguna creencia dividiera a los seres humanos, que ninguna frontera nacional se levantara entre ellos?

Me temo que no amamos a nuestros hijos. "Yo amo a mi hijo" es tan sólo la frase aceptada. Si amáramos a nuestros hijos, habría una revolución fundamental en la educación, ¿no es así? Porque en la actualidad cultivamos solamente la técnica, la eficiencia, y cuanto más alta la eficiencia, mayor la crueldad. Cuanto más nacionalistas y separativos somos, más rápidamente se desintegra la sociedad. Estamos divididos por nuestras creencias, nuestras ideologías, nuestras religiones y nuestros dogmas, e inevitablemente hay conflicto, no sólo entre diferentes sociedades, sino entre grupos dentro de la misma sociedad.

Así pues, aunque podamos afirmar que amamos a nuestros hijos, es ob-

vio que no nos interesamos profundamente por ellos si seguimos siendo nacionalistas, si nos aferramos a nuestra propiedad, si estamos atados, condicionados por nuestras creencias religiosas. Éstos son los factores de desintegración en la sociedad que conducen a la guerra y a la total desdicha; y si estamos de veras deseosos de salvar a los hijos, nos corresponde a nosotros, como individuos, dar origen a una transformación fundamental en nosotros mismos. Esto implica que debemos revalorizar la estructura total de la sociedad; y como ése es un asunto muy complejo y difícil, lo dejamos a cargo de los expertos, de los expertos religiosos, económicos y políticos. Pero el experto no puede comprender lo que está fuera de su especialización particular. El especialista jamás es una persona integrada, y la integración es la única solución a nuestro problema.

Tiene que haber una total integración de nosotros mismos como individuos, y sólo entonces podremos educar al niño para que sea un ser humano integrado; y es obvio que no puede haber integración mientras haya prejuicios raciales, nacionales, políticos y religiosos. Hasta que transformemos fundamentalmente todo eso en nosotros mismos, estamos destinados a tener guerras, y todo cuanto podamos decir acerca de que amamos a nuestros hijos, no va a detenerlas. Lo que detendrá la guerra, es la comprensión profunda de que uno debe liberarse de esos factores de desintegración que dan origen a las guerras. Pero, desafortunadamente, la mayoría de nosotros no se interesa en todo esto. Queremos un resultado inmediato, una respuesta inmediata.

La guerra, al fin y al cabo, es la proyección espectacular y sangrienta de nuestras vidas cotidianas, y esperamos que, por algún milagro, las guerras llegarán a su fin sin que nosotros transformemos la estructura fundamental de nuestra existencia. O bien culpamos a alguna otra sociedad, decimos que algún otro grupo nacional es responsable de las guerras. Es *nuestra* responsabilidad, no la de algún otro; y aquellos que son verdaderamente serios acerca de esto, que no buscan una explicación fácil, sabrán cómo actuar tomando en consideración toda esta estructura que causa las guerras.

Así pues, si de veras amamos a nuestros hijos, la estructura de la sociedad será radicalmente transformada; y cuanto más los amemos, más profunda será nuestra influencia sobre la sociedad. Por lo tanto, es esencial comprender todo el proceso de uno mismo, y ningún experto, ningún general, ningún instructor, pueden darnos la llave hacia la comprensión. El conocimiento propio es la consecuencia de nuestra propia intensidad, de nuestra propia claridad, de nuestra propia percepción alerta en la relación; y la relación no es sólo con las personas, sino también con la propiedad y con las ideas.

*Pregunta: ¿Cómo puedo vencer a la soledad?*

KRISHNAMURTI: ¿Puede uno vencer a la soledad? Cualquier cosa que vencemos, que conquistamos, tiene que ser conquistada una y otra vez, ¿verdad? Lo que comprendemos llega a su fin, pero lo que conquistamos nunca

puede terminar. El proceso de combatir, sólo nutre y fortalece aquello con lo que combatimos.

Ahora bien, ¿qué es esta soledad de la que casi todos somos conscientes? La conocemos, y escapamos de ella, ¿no es así? Huimos de ella sumergiéndonos en todo tipo de actividades. Somos seres vacíos, solitarios, y como tememos eso, procuramos encubrirlo de un modo u otro: la meditación, la búsqueda de Dios, la actividad social, la radio, la bebida, lo que fuere; haremos cualquier otra cosa antes que enfrentarnos a esa soledad, estar con ella, comprenderla. El escape es el mismo, ya sea que escapemos mediante la idea de Dios o mediante la bebida. En tanto estemos escapando de la soledad, no hay una diferencia esencial entre la adoración de Dios y la adicción al alcohol. Socialmente, puede ser que haya una diferencia, pero psicológicamente, el hombre que escapa de sí mismo, de su propia vacuidad, y cuyo escape es su búsqueda de Dios, se halla en el mismo nivel que el bebedor.

Lo importante no es, entonces, vencer a la soledad, ese estado de aislamiento interno, sino comprenderla; y no podemos comprenderla si no la afrontamos, si no la miramos directamente, si todo el tiempo escapamos de ella. Y toda nuestra vida es un proceso de escapar de esa soledad, ¿no es así? En la relación, usamos a otros para disimular la vacuidad que sentimos; nuestra búsqueda de conocimiento, nuestro acumular experiencias, todo cuanto hacemos, es una distracción, un escapar de esa vacuidad. Por lo tanto, estas distracciones y escapes deben llegar, evidentemente, a su fin. Si hemos de comprender algo, debemos concederle atención completa, ¿no es cierto? ¿Cómo podemos prestar atención completa a la soledad, a nuestro vacío interno, si le tenemos miedo, si escapamos de él mediante alguna distracción? Así pues, cuando de veras queremos comprender esta soledad, cuando nuestra intención es investigarla plenamente, completamente, porque vemos que no puede haber creatividad mientras no comprendamos esa insuficiencia interna que es la causa fundamental del miedo, cuando llegamos a ese punto, toca a su fin toda forma de distracción, ¿verdad? Muchas personas se ríen de la soledad y dicen: "Oh, eso es sólo para el burgués; ¡por Dios!, ocúpese de algo y olvídela". Pero la vacuidad no puede ser olvidada, no podemos dejarla a un lado.

Así pues, si uno quiere realmente comprender esta cosa fundamental que llamamos soledad, este sentimiento de vacuidad interna, esta solitud*, debe cesar toda forma de escape; pero el escape no cesa si nos preocupamos, si buscamos un resultado o si interviene alguna acción del deseo. Uno debe ver que, sin comprender la solitud, toda forma de actividad es una distracción, un escape, un proceso de autoaislamiento que sólo engendra más conflicto, más

* En adelante, se distinguirán las dos formas de soledad —para las que el idioma inglés tiene dos vocablos diferentes—, llamando "solitud" a *loneliness* (la soledad de la insuficiencia interna a la que K se refiere aquí) y "soledad creativa" a *aloneness*, la soledad madura del hombre completo en sí mismo, a la que K alude poco después. *N. del T.*

desdicha. Es esencial que veamos ese hecho, ya que sólo entonces puede uno enfrentarse a la solitud.

Al penetrar todavía más profundamente en ello, surge el problema de si eso que llamamos solitud es una realidad o si es tan sólo una palabra. ¿Es un hecho, o es solamente una palabra que encubre algo que quizá no sea lo que pensamos que es? ¿No es la solitud un pensamiento, el resultado del pensar? O sea, el pensar es verbalización que se basa en la memoria, y ¿no es, acaso, con esa verbalización, con ese pensamiento, con esa memoria, que consideramos el estado que llamamos "solitud"? Así pues, el hecho mismo de dar un nombre a ese estado, puede ser la causa del miedo que nos impide mirarlo más atentamente; y si no le damos un nombre, que está fabricado por la mente, ¿es eso un estado de solitud?

Por cierto, hay una diferencia entre la solitud y el estar internamente solo, sin depender de nada. La solitud es la máxima expresión en el proceso de autoaislamiento. Cuanto más consciente se halla uno de su propia persona, tanto más aislado está, y esa autoconciencia *es* el proceso de aislamiento. Pero la soledad creativa no es aislamiento. Esa soledad creativa existe sólo cuando llega a su fin la solitud. Es un estado en el que ha cesado toda influencia, tanto la influencia del exterior como la influencia interna de la memoria; y sólo cuando la mente se halla en el estado de soledad creativa, puede conocer lo incorruptible. Pero, para llegar a eso, debemos conocer la solitud, este proceso de aislamiento, que es el "yo" con su actividad. En consecuencia, la comprensión respecto del "yo" es el principio de cesación del aislamiento y, por ende, de la solitud.

*Pregunta: ¿Hay continuidad después de la muerte?*

KRISHNAMURTI: Esta pregunta implica varias cosas. Está la idea de inmortalidad, que nosotros imaginamos como una continuidad, la cuestión de lo que entendemos por muerte, y si en cada uno de nosotros hay una esencia espiritual que continuará a pesar de la muerte. Examinemos, pues, esta pregunta, así sea brevemente.

El interlocutor pregunta si hay continuidad después de la muerte. Y bien, ¿qué entendemos por "continuidad"? La continuidad implica, obviamente, causa y efecto, una serie de acontecimientos o causas que son recordadas y que continúan. Por favor, si se me permite sugerirlo, escuchemos muy atentamente esto y examinémoslo juntos y a fondo; quizá veremos, entonces, algo mucho más inmenso que el mero deseo de continuar después de la muerte.

Casi todos deseamos continuar. La vida es, para nosotros, una serie de acontecimientos atados por la memoria. Tenemos experiencias que se acumulan continuamente, como los recuerdos de la infancia, de las cosas agradables; y también los recuerdos desagradables están ahí, si bien ocultos. Todo este proceso de causa y efecto da un sentido de continuidad que es el "yo". El "yo", el "sí mismo" es una cadena de incidentes recordados, no importa si agrada-

bles o desagradables. Mi casa, mi familia, mi experiencia, mi cultivo de la virtud, etc.; todo eso es el "yo"; y el interlocutor quiere saber si ese "yo" continúa después de la muerte.

Ahora bien, es obvio que alguna clase de continuidad del pensamiento debe existir, pero eso no nos satisface, ¿no es así? Deseamos la inmortalidad, y decimos que este proceso de continuidad nos conducirá finalmente a la inmortalidad. Pero ¿es así? ¿Qué es lo que continúa? Es la memoria, ¿no? Es un haz de recuerdos que se mueve desde el pasado, a través del presente, hacia el futuro. Y ¿puede aquello que continúa liberarse alguna vez de la red del tiempo?

Por cierto, sólo aquello que llega a su fin puede renovarse, no lo que tiene continuidad. Lo que continúa puede hacerlo únicamente en su propio estado; puede modificarse, experimentar cambios, pero en esencia es siempre lo mismo. Sólo para lo que llega a su fin hay posibilidad de una transformación fundamental. De modo que la inmortalidad no es continuidad. La inmortalidad es ese estado en que el tiempo, como continuidad del "yo", ha cesado.

¿Existe, en cada uno de nosotros, una esencia espiritual que habrá de continuar? ¿Qué es una esencia espiritual? Si hay una esencia espiritual, es obvio que debe estar más allá del campo del tiempo, más allá del proceso cuasativo; y si la mente puede pensar acerca de ello, o si ya lo ha concebido, es evidentemente el producto del pensamiento y, por lo tanto, se encuentra en el campo del tiempo; por consiguiente, no es una esencia espiritual. Nos gusta creer que hay una esencia espiritual, pero eso es tan sólo una idea, el producto del pensar, de nuestro condicionamiento. Cuando la mente se aferra a la idea de una esencia espiritual, ello denota, ¿no es así?, que estamos buscando seguridad, certidumbre; y a la perpetuación de la seguridad, del bienestar, la llamamos inmortalidad. Mientras la mente continúe en el sentido de moverse desde lo conocido a lo conocido, existirá siempre el miedo a la muerte.

Ahora bien, existe ciertamente otra manera de vivir, que es morir cada día a las cosas de ayer y no trasladar a mañana las cosas de hoy. Si, mientras vivimos, podemos morir para las cosas a las que la mente se aferra, entonces, en ese morir mismo, descubriremos que hay una vida que no pertenece a la memoria, que no es del tiempo. Morir en ese sentido es comprender todo este proceso de la acumulación, el cual da por resultado el miedo a la pérdida, que es la causa del deseo de inmortalizar el "yo" por medio de la familia, de la propiedad, o de la continuidad en el más allá. Si podemos darnos cuenta de cómo la mente busca todo el tiempo la certidumbre —un estado en el que nunca puede haber libertad—, si podemos dejar de acumular en lo interno y no interesarnos psicológicamente en el mañana, lo cual implica morir cada día, si podemos hacer esto, entonces hay inmortalidad, ese estado en el que no existe el tiempo.

*6 de agosto de 1950*

# QUINTA PLÁTICA EN SEATTLE

Casi todos nosotros nos satisfacemos fácilmente con explicaciones, teorías y palabras, y nuestro interés superficial jamás originará, es obvio, una revolución fundamental. Lo que se necesita en la actualidad y siempre, es una transformación radical en uno mismo, y esta transformación afecta no sólo nuestras relaciones personales, sino también nuestra relación con la sociedad. Sin esta profunda revolución interna, no puede haber felicidad perdurable ni solución definitiva para ninguno de nuestros problemas. Es casi imposible, para aquellos que están sólo superficialmente interesados, investigar a fondo estas cuestiones y comprender todo el proceso de sí mismos; únicamente quienes son de veras serios, intensos, pueden originar esta revolución. Esta revolución interna no es la búsqueda de nuevas explicaciones, nuevas palabras, nuevos eslogans; llega cuando estamos libres de todo sentido adquisitivo.

Ahora bien, nosotros no sólo somos adquisitivos en el plano físico, donde hemos levantado toda nuestra estructura social de codicia, sino también en nuestras relaciones. Es decir, en nuestra relación con otro hay un sentido posesivo, que no es sino una señal externa de profunda frustración, solitud, etc. También somos adquisitivos en la cuestión del conocimiento. Pensamos que adquiriendo más y más conocimientos, más y más explicaciones, informaciones más y más vastas, ello resolvería, de algún modo milagroso, nuestros problemas. El afán adquisitivo, en cualquier nivel, sólo ata a la mente, la moldea conforme a un patrón determinado, y es obvio que eso jamás puede producir una revolución. Cualquier forma de afán adquisitivo —ya sea en la persecución de cosas mundanas, en la relación, en el aprender, en la experiencia, o en el deseo de encontrar la realidad—, siempre generará conflicto, producirá malentendidos, una serie de luchas, tanto internas como externas. Y donde hay conflicto, es evidente que no puede haber comprensión.

El espíritu adquisitivo nos impide vivir de manera clara, simple y directa; y hasta que haya una revolución fundamental en cada uno, es imposible una verdadera mejora social. Por eso resulta importante comprender todo el proceso de uno mismo. Los comportamientos del "yo" pueden ser descubiertos sólo en la relación con las cosas, las personas y las ideas; y en el espejo de la relación comenzamos a vernos tal como somos. Pero, para comprender el proceso de nosotros mismos, no puede haber condena ni justificación de nuestras propias reacciones. Nuestra dificultad consiste, ¿no es así?, en que casi todos estamos buscando sutiles formas de aislamiento. Debido a que tenemos conflicto en nuestras relaciones, nos apartamos gradualmente aislándonos; y sin comprender las relaciones en todos los niveles —no sólo con la gente, sino también con las ideas y las cosas—, es imposible investigar profundamente el problema de la realidad.

La realidad no es algo abstracto o teórico, no tiene nada que ver con la

filosofía. La realidad se encuentra en la comprensión de las relaciones, en darnos cuenta, a cada instante, de cómo hablamos, cómo nos comportamos, cómo tratamos a los demás, cómo los consideramos; porque la conducta apropiada es virtud, y en eso se encuentra la realidad. Sin comprender la relación, es imposible ir más allá del conflicto; sin esa comprensión respecto del conflicto, el ir más allá es tan sólo un escape, y donde hay escape está el poder de engendrar ilusión. Casi todos tenemos ese poder extraordinariamente desarrollado, ya que no hemos comprendido la relación. La libertad adviene sólo cuando comprendemos la relación, o sea, cuando comprendemos de manera fundamental y profunda, el proceso total de nosotros mismos. Y únicamente en libertad puede existir el descubrimiento de lo real.

La mente jamás puede dar con la realidad si la busca. Todo cuanto la mente puede hacer es estar quieta, serena, y entonces la realidad se manifiesta. La realidad debe venir a nosotros; no podemos ir tras la realidad. Si uno busca a Dios, jamás encontrará a Dios, porque esa búsqueda es meramente el deseo de escapar de las realidades de la vida. Sin comprender las realidades de la vida, o sea, cada conflicto, cada movimiento del pensar, todas las operaciones internas de la mente, tanto las sutiles como las obvias, las ocultas y las manifiestas... sin comprender todo eso, el mero buscar la realidad no es sino una evasión; y la mente posee una capacidad infinita de producir conceptos ilusorios acerca de la realidad. Así pues, mientras la mente no haya sido comprendida, mientras no hayamos comprendido plenamente todo el proceso de nosotros mismos, del "yo" —que es el centro de la codicia, del afán adquisitivo—, no puede haber terminación del conflicto y, por ende, no puede haber felicidad ni virtud.

La virtud no es un fin a lograr. La virtud trae consigo libertad; por lo tanto, la virtud es esencial. La virtud, que es libertad, reside en la comprensión de la conducta, de nuestra relación con las cosas, con la naturaleza, con las personas y las ideas. Es indudable, entonces, la importancia de conocer nuestro propio pensar y sentir, de darnos cuenta de todas nuestras acciones, de percibirlas sin sentido alguno de condena ni justificación. A fin de ver, en el espejo de nuestra relación, lo que exactamente ocurre, tiene que haber una percepción alerta y pasiva; y, en la percepción misma de *lo que es*, hay libertad respecto de *lo que es*. Pero resulta sumamente difícil y arduo percibir con claridad y exactitud lo que de hecho ocurre, y eso se debe a que tenemos tantos prejuicios, tantas formas sutiles de justificación y condena, que ellas impiden la comprensión fundamental. Estos sutiles condicionamientos mentales son los que obstaculizan la posterior comprensión de las relaciones, del complejo problema de la vida. Y sin esa comprensión, por serio que uno sea en su búsqueda de lo que llamamos realidad, una búsqueda así se convierte inevitablemente en una evasión, en un escape. En el escape hay toda clase de ilusiones, toda clase de mitos, y cuantos más mitos adquiramos y más nos apeguemos a ellos, mayor será la dificultad para liberarnos.

De modo que lo importante es comprender todo el proceso del "yo", por-

que sin esa comprensión no es posible una acción nueva y fundamental. Si queremos comprender la sociedad y originar una revolución esencial y profunda en la estructura social, es obvio que debemos comenzar con nosotros mismos, ya que no somos diferentes de la sociedad. La sociedad es lo que somos nosotros. Hemos hecho la sociedad a partir de nosotros mismos, de nuestras reacciones, de nuestras respuestas, y sin comprender nuestras respuestas, no es posible originar un cambio fundamental en la sociedad.

Tengo aquí varias preguntas y trataré de contestarlas tan brevemente como sea posible, pero la solución a cualquier problema no radica en la respuesta. La respuesta nunca es importante; lo que importa es la comprensión del problema. Si encaramos el problema solamente con el deseo de hallar una respuesta, no estaremos en situación de comprender el problema en sí. Casi todos estamos ansiosos de encontrar una respuesta, una solución, ansiosos de resolver el problema; y esta ansiedad misma nos impide observar plenamente el problema y comprenderlo con claridad. Cualquiera que pueda ser el problema, mientras busquemos una respuesta fuera del problema mismo, éste no puede entregar la totalidad de su significado. La mayoría de nosotros tiene problemas en su vida, y continuar con un problema día tras día agota a la mente. El conflicto jamás puede resolver problema alguno. La solución de un problema surge de estudiarlo, de observarlo, porque sólo entonces puede el problema revelar la plenitud de su significado. Pero eso es arduo, y nosotros estamos siempre tan ansiosos de ir más allá del problema, que somos incapaces de vivir con él, de permitirle que se abra, que nos entregue su perfume. Por cierto, el problema toca a su fin sólo cuando es completamente comprendido.

*Pregunta: Yo deseo ayudar a la gente. ¿Cuál es la mejor manera?*

KRISHNAMURTI: Me pregunto por qué desea uno ayudar a la gente. ¿Es porque ama a la gente? Y si la ama, ¿preguntará cuál es la mejor manera de ayudarla? Hay diferentes maneras de "ayudar" a la gente, ¿no es así? El mercado ayuda a la gente; el médico, el abogado, el científico, el obrero, el sacerdote... todos ellos "ayudan" a la gente, ¿verdad? El deseo de servir a la gente se ha vuelto una profesión, y este deseo siempre está vinculado con una recompensa. El servicio se organiza en grupos eficientes, y cada grupo se halla en disputa con otro. Todos desean servir, ayudar, y todos compiten entre sí, tornándose más y más eficientes y, en consecuencia, más y más crueles.

Así pues, cuando uno dice que desea "ayudar" a la gente, ¿qué entiende por esa palabra *ayudar*? ¿Cómo puede uno ayudar a la gente? ¿En qué nivel desea ayudarla? ¿En el nivel económico, o en el nivel así llamado espiritual o psicológico? Algunos se contentan con ayudar a la gente en el nivel económico, en el inmediato nivel social. Su interés radica, por lo tanto, en producir una reforma social. Pero la mera reforma crea la necesidad de más reformas, y las reformas no terminan nunca. Y están los que desean ayudar a la gente en el sentido espiritual o psicológico. Pero, para ayudar a otro psicológica o espiri-

tualmente, ¿no debe uno comprenderse primero a sí mismo? Es muy fácil decir: "Puedo ayudar a otro", tener el deseo, el anhelo de ayudar; pero en el proceso mismo de ayudar, uno puede ocasionar confusión.

Si uno desea, pues, ayudar a los demás en cualquier nivel que sea, ¿no es importante ver que debe existir, no una mera reforma de remiendos, sino una revolución fundamental? ¿Puede una revolución fundamental basarse en una idea? La revolución, ¿es una revolución cuando se origina en el pensamiento? Las ideas son siempre limitadas, son respuestas condicionadas, ¿no es así? El pensamiento es siempre la respuesta de la memoria; por lo tanto, se halla siempre condicionado, y ninguna revolución que se base en una idea puede jamás ser una transformación fundamental. Cuanto más revoluciones haya basadas en ideas, tanto más separación y desintegración habrá, porque las ideas, las creencias y los dogmas separan siempre a los seres humanos; jamás pueden unirlos, excepto al juntarlos en grupos mutuamente excluyentes y conflictivos. Éstos constituyen un cimiento muy desastroso sobre el cual edificar una sociedad, ya que inevitablemente engendran antagonismo.

Ahora bien, viendo todo eso, si ustedes desean realmente originar una revolución fundamental en la estructura de la sociedad, es indudable que deben comenzar en el nivel psicológico, o sea, consigo mismos. Y si de veras generan en sí mismos una transformación fundamental, entonces sí, serán capaces de ayudar a otros a no crear ilusiones, a no crear más dogmas, más creencias, más jaulas para que la gente quede aprisionada en ellas. Entonces el deseo de ayudar a los demás no nacerá de ninguna convicción, de ningún cálculo, de ninguna creencia. Ayudarán a los seres humanos porque los aman, porque hay plenitud en sus corazones. Pero nuestro corazón jamás podrá estar lleno si es la mente la que llena el corazón, y casi todos tenemos nuestros corazones llenos con las cosas de la mente. Sólo cuando nuestros corazones se llenan con las cosas de la mente queremos saber cómo ayudar; pero cuando el corazón está vacío de las cosas de la mente y, por lo tanto, hay en él plenitud, existe una posibilidad de ayudar. Cuando uno ama de veras, ayuda. Pero el amor no es cosa de la mente. El amor no es sensación. Uno no puede pensar en el amor. Si piensa en el amor, sólo está pensando en la sensación, que no es amor. Cuando dice: "Amo a tal persona", no piensa en el amor sino en la sensación, en la imagen, en la representación mental de esa persona.

Así pues, el pensamiento no es amor. El amor es algo que no puede ser captado por la mente. La mente sólo puede captar la sensación, y entonces es la sensación la que llena nuestros corazones; y de esa sensación surge el deseo de ayudar a las personas haciendo que sean mejores, reformándolas, y así sucesivamente. Mientras nuestros corazones estén llenos con las cosas de la mente, no hay amor; y cuando hay amor no existe la pregunta de cómo ayudar a la gente. La acción misma del amor, sin la interferencia de la mente, ayuda a los seres humanos; pero mientras la mente interfiere, no puede haber amor.

*Pregunta: Mi vida parece carente de propósito, y como resultado de eso, mi conducta no es inteligente. ¿No debería tener un propósito global?*

KRISHNAMURTI: ¿Cómo descubrirá uno un propósito global? ¿Por qué quiere un propósito? ¿Puede uno, acaso, descubrir un propósito que abarque el significado total de la existencia? Y ¿cuál es el instrumento que descubre? Casi todos nosotros queremos un propósito, porque entonces podemos usarlo como guía, y de acuerdo con nuestro propósito podemos construir; a su sombra es posible vivir seguramente, resueltamente, con un sentido de dirección establecida. Sin un objetivo, una meta, un propósito, la mayoría de nosotros se siente perdida y su acción carece de inteligencia, como dice el interlocutor.

Ahora bien, ¿puede uno encontrar un propósito global? ¿Cómo procederá a fin de encontrarlo? ¿Quién es la entidad que lo encontrará? Por cierto, es su propia mente, su propio deseo y anhelo; de modo que el propio deseo de uno dará forma al propósito, ¿no es así? Es decir, su propio deseo crea el propósito, la finalidad. Expresado de otra manera, uno está confuso y, en consecuencia, sus acciones no son inteligentes. Desde esta confusión, desea escoger una finalidad, un propósito global. Pero ¿podemos escoger algo cuando estamos confusos? y ¿no será también confusa cualquier cosa que escojamos? Lo importante es, sin duda, clarificar la confusión. Nos libraremos de la confusión sólo cuando comencemos a comprender cada acto de esta confusión; y en ese proceso mismo descubriremos una claridad que es su propio propósito.

Casi todos estamos confusos, inseguros; luchamos, no sabemos qué hacer. Hemos creado la sociedad y estamos sometidos a todas sus influencias, sus exigencias, sus guerras, su total confusión, su destrucción, su desdicha. Formamos parte de todo eso; y, si en ese estado escogemos algo, cualquier cosa que escojamos seguirá siendo confusa, es obvio. Y eso es lo que está ocurriendo en el mundo, ¿no es así? Estando confusos, escogemos un líder; por lo tanto, el líder también está confuso. Pero si podemos, pacientemente, comprender nuestra propia confusión, penetrar en ella más y más a fondo, cada vez más amplia y extensamente, en todas las capas de la conciencia, veremos que desde esa comprensión surge una claridad; y esa claridad origina espontáneamente una conducta apropiada que no ha sido escogida por la voluntad ni es guiada por ningún modelo en particular.

Lo esencial, pues, no es tener un propósito, sino comprendernos a nosotros mismos. O sea, uno debe empezar a ver la profunda fuente interna del conflicto, de la desdicha, la pena y la incertidumbre; y en el proceso mismo de esa comprensión, surge una acción directa que no es la sombra de un determinado propósito.

*Pregunta: ¿Qué prueba objetiva existe con respecto a la experiencia de la realidad? En la búsqueda de la realidad, ¿no es necesaria la confianza en uno mismo?*

KRISHNAMURTI: Por cierto, hay dos clases de confianza propia, ¿no es así? Está la confianza en sí mismo que proviene de poseer una determinada facultad, de la experiencia, de la constante repetición o práctica, de la adquisición. Es decir, cuanto más adquiere uno en cualquier nivel, mayor es la confianza en sí mismo. Esa clase de confianza sólo engendra arrogancia, actitudes defensivas y antagonismo, dentro y fuera, porque se basa esencialmente en la expansión del "yo". Cuanto más posee uno, cuanto más adquiere, cuanto más experimenta, mayor es la fuerza del "yo"; y eso, evidentemente, engendra cierta clase de seguridad en sí mismo. Pero semejante confianza propia es una forma de resistencia, ¿verdad? Sólo fortalece el proceso de aislamiento, conduciendo finalmente a ilusiones, generando desdicha.

Ahora bien, entiendo que hay una clase diferente de confianza, la cual no se basa en la acumulación. Es la confianza que surge a través de la experimentación, de la sensibilidad, del estado de alerta, del continuo descubrimiento y la comprensión de cada respuesta, de cada idea, de cada movimiento del pensar. Ésa es una clase por completo diferente de confianza, ¿no es así? Porque esa confianza no es cuestión de un centro acumulativo. Tan pronto como existe un centro acumulativo, no puede haber rápido ajuste, viva sensibilidad, en la percepción instantánea que comprende plena y extensamente cada movimiento del pensar y sentir. La confianza que resulta esencial es la que nace de la comprensión —no de la seguridad en uno mismo, que engendra arrogancia—. Y esa confianza adviene únicamente cuando hay una vigilancia constante y sin acumulación. ¿Cómo puede uno ser sensible cuando está acumulando? La persona que acumula es sagaz y alerta para salvarse a sí misma y salvar sus acumulaciones, pero eso no es, ciertamente, sensibilidad. La confianza de la sensibilidad, que es esencia, surge sólo cuando no hay sentido de acumulación, cuando no hay un centro que esté siempre acopiando, siempre anhelando más.

La otra parte de esta pregunta es: "¿Qué prueba objetiva existe con respecto a la experiencia de la realidad?". ¿Qué entiende el interlocutor por prueba objetiva? ¿Una demostración? ¿Un argumento capaz de convencer a otro? ¿Un sistema de filosofía cuidadosamente ideado y precisamente definido, de modo tal que otros puedan verlo? ¿Quiere uno que la autoridad de otro apoye su propia experiencia? La verdad, la realidad, ¿es algo para ser demostrado, ya sea a otro o a uno mismo? Mientras deseemos pruebas —lo cual implica que queremos asegurarnos respecto de nuestra propia experiencia—, nada de lo que experimentemos será la verdad. Casi todos queremos garantías, pruebas de que estamos experimentando lo que llamamos la verdad. Queremos estar seguros de no hallarnos atrapados en la red de la ilusión, de los mitos, etc., y de que aquello que experimentamos es lo real. Queremos no sólo una prueba objetiva, sino también una prueba subjetiva.

Ahora bien, en tanto la mente se aferre a cualquier forma de experiencia, es inevitable que quede atrapada en la ilusión, porque entonces lo que se vuelve sumamente significativo para ella es el residuo o recuerdo de la experien-

cia. Lo que se recuerda es la sensación de la experiencia. Si la sensación es dolorosa, la evitamos; si es placentera, la retenemos. Por lo tanto, mientras la mente se aferre a cualquiera de las así llamadas experiencias espirituales, viviendo en torno de la sensación dejada por ella e incorporando eso a su propia existencia, por fuerza tiene que quedar atrapada en la red de la ilusión.

La realidad no es acumulativa, no puede acopiarse, no da ninguna garantía, ninguna gratificación. Llega a nosotros cuando la mente está quieta, serena, cuando no exige nada; y esa realidad es para ser comprendida de instante en instante. Y no hay como resultado de esa experiencia, ni acumulación ni apremio por más. En el momento en que uno desea una garantía sobre la verdad de su experiencia, puede estar seguro de que tal experiencia es una ilusión. Una mente que anhela estar segura, que busca como objetivo la certidumbre, se condiciona a sí misma y, por lo tanto, toda experiencia que tiene la condicionará más aún, ocasionando más luchas y desdichas.

Uno puede tener una experiencia, y debido a que es placentera, se apega a ella; la mente regresa a ese placer una y otra y otra vez. Así es como el pasado se vuelve extraordinariamente significativo, y los recuerdos de esa experiencia impiden, entonces, experimentar lo nuevo. La experiencia de lo nuevo es posible sólo cuando la mente no está anclada a ningún placer, a ninguna experiencia en particular.

No hay, pues, pruebas de la realidad, ni objetivas ni subjetivas; pero lo que importa es el comportamiento en la vida, porque la recta conducta no es diferente de la virtud. El mero buscar pruebas acerca de una experiencia subjetiva, de ningún modo transforma el comportamiento en la vida. Por el contrario, impide la recta conducta, ya que entonces se vuelve sumamente importante la experiencia pasada, y la mente se torna incapaz de comprender sus propias respuestas en el presente. No quedemos atrapados en comprobaciones y refutaciones, afirmaciones y negaciones; comprendamos, más bien, la confusión, la lucha, la desdicha, la mala voluntad, el antagonismo, la codicia y la ambición. Cuando la mente está libre de todo eso, de todas las cosas mundanas que crea y a las que se aferra, entonces hay una posibilidad de quietud; y en esa quietud, en esa serenidad, se manifiesta lo real. Pero pedir una prueba de la realidad es pedir lo imposible, porque si deseamos garantías, no deseamos la verdad. Para que la verdad o realidad se revele, es esencial el estado de incertidumbre; sólo entonces no hay acumulación, no hay un centro alrededor del cual la mente pueda residir.

Lo que importa, pues, no es buscar pruebas de la realidad, sino observar la propia conducta en la vida cotidiana, estar pasivamente alerta a lo que hacemos, a lo que pensamos y decimos. En la libertad de esa comprensión, la mente se aquieta, no exige, no proyecta; y en ese silencio, existe lo real.

*Pregunta: Mis pensamientos divagan hasta tal grado, que encuentro extremadamente difícil la meditación. ¿No es necesaria la concentración para poder meditar?*

KRISHNAMURTI: Ésta es una cuestión muy compleja y me temo que, para comprenderla plenamente, tendremos que investigar a bastante profundidad el problema. La clase correcta de meditación es esencial, pero muy pocas personas conocen el significado pleno de la meditación. Pueden aprender unos cuantos trucos de algún instructor oriental o de su propio sacerdote, pero eso no es meditación. La meditación es algo que no tiene resultados, ni es meditación la búsqueda de un resultado. Descubriremos qué es la verdadera meditación, sólo si podemos comprender el proceso del pensar. El interlocutor quiere saber cómo concentrarse, ya que sus pensamientos divagan.

Y bien, ¿por qué divagan nuestros pensamientos? ¿Alguna vez ha observado usted su mente en acción? Ella está siempre yéndose, siempre distraída; al menos, así es como llamamos a eso: distracción. ¿Distraída respecto de qué? Distraída respecto de un pensamiento central, un pensamiento que uno ha escogido y sobre el cual desea detenerse. Por favor, tengan a bien seguir esto y verán qué es la verdadera meditación. Sin la verdadera meditación, es imposible el conocimiento propio, y sin conocimiento propio, haga uno lo que hiciere, no puede haber un recto pensar. Así pues, la meditación es fundamentalmente necesaria. Pero debemos comprender qué es, así que espero sigan esto pacientemente.

Cuando queremos enfocar nuestra atención sobre un pensamiento en particular, la mente se desvía una y otra vez, y hay una lucha constante para mantenerla enfocada; y a ese desviarse lo llamamos distracción. Ahora bien, hay varias cosas implicadas en este proceso. Primera, uno escoge un pensamiento central sobre el cual desea detenerse, y como lo escoge desde la confusión, hay resistencia contra otros pensamientos. O sea, mientras tengo un pensamiento central que he escogido y sobre el cual deseo hacer hincapié, todo otro pensamiento es una distracción, y es importante que descubra por qué escojo ese pensamiento central. Seguramente, lo he escogido entre muchos pensamientos, porque me brinda placer o me promete una recompensa, un consuelo. Por eso deseo insistir en él. Pero el deseo mismo de insistir en él, genera resistencia contra otros pensamientos que acuden a raudales, y así prosigo con la batalla, con la lucha constante entre el pensamiento central y los demás pensamientos. Y si finalmente puedo vencer a todos los otros pensamientos y hacer de ellos uno solo, pienso que sé cómo meditar. Por cierto, eso es realmente muy inmaduro.

Es inútil, pues, decir: "Éste es el pensamiento correcto, y todos los demás son distracciones". Lo que importa es descubrir por qué divaga la mente. ¿Por qué divaga? Divaga porque se interesa en todas las cosas que ocurren. Tiene algún interés creado en cada pensamiento que vuelve a la mente. Cada pensamiento tiene cierto significado, cierto valor, cierto sentido oculto, y así, como la mala hierba, siguen brotando.

Ahora bien, si podemos comprender cada pensamiento y no lo resistimos, no lo descartamos, si podemos considerar cada pensamiento a medida

que va surgiendo y descubrir su significado, veremos que esos pensamientos jamás regresan; se han terminado. Sólo los pensamientos no comprendidos plenamente son repetitivos. De modo que lo importante no es el control del pensamiento, sino comprender el pensamiento. Cualquiera puede aprender a controlar el pensamiento, pero eso no es comprender. En el mero control del pensamiento no hay flexibilidad; es sólo una forma de resistencia. Todo disciplinar el pensamiento para amoldarlo a un determinado patrón, genera resistencia, y ¿cómo puede uno comprender por medio de la resistencia?

El interlocutor pregunta: "¿No es la concentración necesaria para poder meditar?". ¿Qué entendemos por concentración? Por concentración entendemos exclusión, ¿no es así? Concentrarse es excluir todos los pensamientos menos uno. Por lo tanto, para la mayoría de nosotros, la concentración es un proceso limitador; y una mente limitada, disciplinada, controlada, moldeada conforme a sus propios deseos y a las influencias del entorno, es obvio que jamás puede ser libre. Así pues, la concentración tal como casi todos la practican en lo que llaman meditación, es una forma de exclusión y, por lo tanto, de autoaislamiento, de autoprotección. Y una mente que se protege a sí misma, es inevitable que se encuentre en un estado de temor. Y ¿cómo puede una mente temerosa estar abierta jamás a aquello que es lo real?

Si usted examina y comprende el significado de cada pensamiento, llegará de manera natural a la cuestión de si el pensador está separado del pensar. Si lo está, entonces el pensador puede actuar sobre el pensamiento, puede controlarlo y moldearlo. Pero ¿está el pensador separado del pensamiento? ¿No nace el pensador a causa del pensamiento? Por cierto, no están separados; el pensador, el experimentador, no está separado de aquello que experimentamos.

Ahora bien, apenas uno ve que no hay pensador separado del pensamiento, que sólo hay pensamiento, queda eliminada toda opción, ¿no es así? Es decir, si sólo hay pensamiento y no la interpretación del pensamiento, entonces no existe una entidad que diga: "Escogeré este pensamiento y rechazaré los demás"; no hay intérprete ni juez ni verdugo. Entonces veremos que no existe conflicto alguno entre el pensador y el pensamiento; por lo tanto, la mente ya no está parloteando, ya no es prisionera de la palabra *distracción*. Entonces cada movimiento del pensar se vuelve significativo. Y si uno profundiza más, encontrará que la mente se queda muy quieta. Ya no es más una mente aquietada, disciplinada para que esté quieta.

Una mente aquietada por la disciplina, es una mente torpe; vive en su fórmula de disciplina, y una mente así no es sensible, no es libre. Vive sólo dentro de lo conocido; no es una mente abierta. En consecuencia, es incapaz de recibir lo desconocido, lo imponderable. Una mente disciplinada jamás puede ser amplia; es una mente limitada, y todo cuanto hace tiene que ser, por fuerza, mezquino. Dios es convertido en algo mezquino por una mente mezquina. Así, cuando la mente ve que todo lo que hace para controlar su propio pensamiento, sólo lo estrecha, lo limita, lo condiciona más aún, entonces, el

proceso del pensamiento tal como lo conocemos, llega a su fin, porque el pensador ya no lucha más con sus pensamientos. De tal modo, la mente deviene quieta, silenciosa, sin ninguna contradicción, y en esa quietud hay estados más y más profundos. Pero si uno se limita a buscar lo más profundo, ello se vuelve especulación, imaginación. La imaginación y la especulación deben cesar para que la realidad se manifieste.

Así pues, todo este proceso de comprendernos a nosotros mismos es el principio de la meditación. No hay técnicas, ni posturas especiales, ni métodos adquiridos de respiración, ni ninguno de los trucos que uno aprende de los libros o de otras personas. El principio de la meditación es el conocimiento propio. Si uno no se conoce a sí mismo, todo cuanto piense carece de realidad, de base. Pero, para conocernos a nosotros mismos, tiene que haber un estado constante de vigilancia, vigilancia sin condena ni justificación, sino con una percepción alerta en la que uno ve las cosas tal como son. Al ver las cosas tal como son, uno se comprende a sí mismo, lo cual origina una perfecta serenidad de la mente; y sólo en esa serenidad, en esa quietud del corazón y de la mente, puede revelar su existencia la realidad.

*13 de agosto de 1950*

# *Madrás, India, 1952*

## PRIMERA PLÁTICA EN MADRÁS

Tengo que hacer uno o dos anuncios. Estas reuniones de los sábados y domingos continuarán hasta el 10 de febrero, y habrá discusiones todos los miércoles, a las 5,30 de la tarde, que durarán el mismo tiempo que de costumbre.

Creo que casi todos nos damos cuenta de los extraordinariamente vastos y complejos problemas que nos rodean a cada uno de nosotros. Hay muchísimas contradicciones entre los expertos políticos, sociales y religiosos. Están los que afirman constantemente que sólo cierto sistema puede ser válido. En el campo religioso, está la contradicción de las creencias. Entiendo que si ustedes quieren resolver alguno de estos problemas, deben todos pensar de un modo nuevo y no confiar en ninguna otra fuente, en ninguna autoridad; y eso nos parece sumamente difícil a casi todos nosotros. O bien acudimos al pasado, ya sea como fuente de información o para imitarlo, o confiamos en alguna promesa respecto del futuro, una promesa económica, política o religiosa. Retrocedemos al pasado para encontrar consuelo, afirmando que la conformidad religiosa es esencial, o confiamos en la autoridad económica de la revolución y en las promesas de un futuro Estado ideal. Hasta que, de manera muy cuidadosa e inteligente, consideremos por nosotros mismos estos problemas confusos y contradictorios, no creo que haya modo de resolver ninguno de ellos.

Lo que me propongo hacer durante estas reuniones, es examinar con cada uno de ustedes este extraordinariamente complejo problema del vivir. Ustedes saben, este problema no está limitado a un área estrecha; es el mismo en todo el mundo. Estamos confusos, no sabemos qué hacer; y no sabemos cómo proceder al respecto, o cómo descubrir por qué cada grupo lucha con el otro. La ambición, la corrupción en nombre de la paz y de otros ideales, se han difundido por todas partes, no sólo locamente sino de manera muy amplia y extensa en todo el mundo. Si de veras queremos resolver este problema, tenemos que considerarlo a fondo por nosotros mismos. Debemos encontrar la respuesta correcta. Creo que *hay* una respuesta, estoy completamente convencido de ello. Pero el mero descubrimiento de la respuesta no es una solución. Lo que debe-

mos hacer, pues, ustedes y yo, es escucharnos el uno al otro a fin de descubrir la verdad al respecto.

Escuchar es un arte extraordinariamente difícil. Por eso, muy pocos somos capaces de escuchar, y eso se debe a que tenemos tantos conocimientos, tanta información. Hemos leído muchísimo, nuestros prejuicios son muy fuertes; nuestras experiencias son como muros que nos rodean. Y, a través de estos prejuicios, atisbando por encima de estos muros, tratamos de escuchar. ¿Podemos, acaso, escuchar algo si nuestra mente, al menos de momento, no está libre de prejuicios, y no deja de remitirse siempre a algún conocimiento que todos hemos traducido e interpretado? Ésta es una de nuestras grandes dificultades, ¿no es así?

Si bien parecemos incapaces de escuchar, creo que ésa es una de las cosas más necesarias y esenciales que debemos hacer ustedes y yo. Lo que digo, no deberían ustedes traducirlo o interpretarlo o entenderlo conforme a su trasfondo, porque cuando hacen eso, han dejado por completo de reflexionar, ¿verdad? Si dicen: "Eso está de acuerdo con mi comprensión", ya no piensan más al respecto, ya no escuchan; no abren la puerta para percepciones y profundidades mayores que esas palabras pudieran contener en sí. Para escuchar sin interpretar, se requiere un estado extraordinario de alerta mental. Por favor, durante estas discusiones y en sus casas, traten de escucharse realmente unos a otros sin interpretación alguna, simplemente escuchar sin traducirlo todo conforme a sus prejuicios. Después de todo, las interpretaciones indican que uno tiene conocimientos previos que limitan el pensar y le impiden penetrar más allá y más profundamente.

Es esencial, pues, que ustedes y yo establezcamos la correcta clase de relación. No creo en autoridades de ningún tipo, y si lo que estoy diciendo, ustedes lo tratan como algo autoritario, dejan de escuchar. Tendrán que investigar y procurar descubrir cuál es la verdadera respuesta, cuál es la salida para esta terrible mescolanza de guerra y paz, para esta contradicción entre ricos y pobres, etc. Si no buscamos y comprendemos la verdadera respuesta, si no sentimos el deber o la responsabilidad de hacerlo, creo que de nada vale que nos sentemos y nos escuchemos el uno al otro y malgastemos así nuestro tiempo. Siento fervientemente que si nosotros, al menos dos o tres de nosotros, podemos investigar esto minuciosamente y a fondo, descartando todo lo que fuere necesario a fin de descubrir, existe entonces una posibilidad de empezar a pequeña escala, hasta que ello se convierta en una atronadora tempestad. Pero eso requiere mucha seriedad, requiere un verdadero intercambio de reflexiones, no la mera afirmación de un prejuicio o la fidelidad a determinada experiencia previa.

¿Cómo es posible, entonces, descubrir la respuesta verdadera, exacta? Estoy seguro, de que eso es lo que trata de hacer la mayoría de nosotros, ¿no es cierto? Cualquier persona reflexiva debe estar buscando la solución correcta, la solución duradera y permanente para todo este sufrimiento espantoso, esta desdicha, esta contradicción entre el rico y el pobre, entre el poderoso y el

oprimido, entre los que nada tienen y los que tienen todo. Por cierto, ha de haber una respuesta para todo esto, ¿verdad? ¿Cómo vamos a descubrirla? El primer requerimiento esencial para entender o encontrar la respuesta correcta, debe ser la comprensión de que toda búsqueda se halla condicionada por el deseo. Reflexionemos un rato al respecto. Si yo busco una respuesta económica o de otra clase para este problema, sin haber comprendido el instrumento que busca, ese instrumento mismo se halla limitado, restringido, condicionado por el deseo que hay tras de la búsqueda. Si estoy buscando la respuesta correcta, la solución apropiada para cualquier problema, ¿no está la búsqueda condicionada por mi deseo? Así pues, antes de que pueda buscar una respuesta, debo comprender el deseo. ¿No es así? Si quiero saber si hay Dios, si hay tal cosa como la felicidad absoluta, antes de que pueda buscar eso debo comprender, sin duda, a la mente que lo busca. De lo contrario, la mente condicionará el objeto de mi búsqueda. Eso es bastante obvio, ¿no? Aquellos que buscan algo, encontrarán lo que buscan, pero lo que encuentren dependerá del deseo que los mueve. Si buscan el confort y la seguridad, los encontrarán, pero eso no será real; al contrario, producirá más y más confusión, contradicción y desdicha. Por lo tanto, antes de que empecemos a buscar, debemos comprender todo el proceso del deseo. En la acción misma de procurar comprender el deseo, encontraremos la respuesta. Pero es inútil buscar la respuesta sin comprender el deseo, el centro de reconocimiento. Aquellos que son de veras serios, que realmente desean ver un mundo en paz, tener una relación pacífica con otros seres humanos, ser amigables y compasivos, es indudable que primero deben resolver este problema.

Si ustedes consideran lo que está sucediendo en el mundo, verán cómo los seres humanos se dividen, engendrando guerras, confusión y completa desdicha. Para toda esta confusión, para toda esta desdicha que aumenta y se extiende, tiene que haber una respuesta, respuesta posible únicamente si comprendemos el proceso del deseo. Toda vez que buscamos algo sin comprender nuestro deseo, estamos buscando una idea como instrumento de acción; toda nuestra búsqueda termina en una idea, como una formulación, un concepto, o como una experiencia. Buscamos, pues, una conclusión, una idea, un concepto. Pero una idea, una formulación, un concepto, jamás pueden producir una acción. No sé si eso está claro o si suena más bien abstracto y confuso. Para nosotros, la idea es muy importante —la idea en la forma de una experiencia o en la forma de una conclusión—. Así, cuando buscamos, estamos buscando una idea que más tarde trasladaremos a la acción. Primero, tengo una idea de lo que debo hacer, y después actúo. Tenemos el modelo de lo que una sociedad debería ser, y después nos ajustamos a ese modelo. Por eso, siempre hay una contradicción, una competencia, una lucha entre acción e idea.

Esta búsqueda de una idea, ¿es efectivamente una respuesta, o la búsqueda debe ser independiente de la idea y ser sólo acción? Esto no es muy complejo si realmente reflexionan sobre ello, y es muy importante que se comprenda antes de que avancemos más. Debido a que nuestra búsqueda es intelectual,

hay una contradicción entre la idea y la acción, hay una brecha, un intervalo; y nuestro esfuerzo constante es para tender un puente que las una, lo cual es, sin duda, una pérdida de tiempo, una estupidez, llámenlo como quieran, porque no comprendemos que la búsqueda depende del deseo y que el deseo engendra, en esencia, la idea. Por consiguiente, aquellos de nosotros que son realmente serios, que no se dejan llevar por desatinos emocionales o por sus propios prejuicios, por sus propias vanidades, si de veras quieren descubrir una respuesta pacífica y perdurable para este problema, tienen que investigar y comprender el deseo, lo cual implica acción. La comprensión misma del deseo es acción, no idea.

En el momento en que tenemos una idea, ¿qué es lo que ocurre? Observen su propia mente y vean, descubran qué ocurre cuando tienen una idea. Quieren trasladar esa idea a la acción, ¿no es así? Quieren expresarla en un cuadro o hacer algo con ella, transmitirla, traducirla, comunicarla a alguien. La idea jamás es acción, ¿verdad? Si la paz se basa en una idea, es inevitable que tengamos contradicciones con respecto a cómo llevarla a la práctica, a cómo implementarla. Pero, si comenzamos por comprender todo el proceso del deseo, veremos que la acción es independiente del pensamiento, de la idea. El error que cometemos es que primero tenemos la idea y después actuamos. Pero si empezamos por comprender el deseo, lo cual es un problema muy complejo e intrincado, veremos que la acción sigue a la comprensión de cada deseo.

¿Qué entendemos por comprender el deseo? El deseo no es estático; no podemos imponerle determinadas normas y regulaciones si es que queremos comprenderlo. Debemos seguirlo, observarlo, debemos seguir cada movimiento de sus intrincados caprichos y de sus fantasías, tanto conscientes como inconscientes, ¿no es así? No podemos decir: “Ése es un deseo correcto. Ese otro es un deseo incorrecto. Esto está muy bien. Esto es lo que deseo hacer”, etc. Cuando decimos eso, ponemos fin a la comprensión y subsecuente seguimiento de ese deseo. Esto no es fácil, porque desde la infancia hemos sido educados para reprimir, controlar, dominar y decir: “Esto es bueno, aquello es malo”; por lo tanto, ponemos fin a la investigación, a la búsqueda y a toda comprensión. No empecemos a decir inmediatamente: “Éste es un deseo correcto”, o “es un deseo incorrecto”. Descubramos. Es como seguir un sendero en el mapa. Eso, si somos serios; pero si uno quiere ser ligero al respecto y jugar con ello en el nombre de la paz, es obvio que una cosa así no tiene sentido. Si queremos realmente seguir la investigación hasta el fin, veremos que tiene un centro que está siempre en proceso de reconocimiento. No hay experiencia si no hay reconocimiento. Si yo no reconozco algo, no tengo experiencia de ello. Digo: “Tengo una experiencia”, cuando ocurre un proceso de reconocimiento. Nuestra dificultad está en comprender el deseo, sin este proceso de reconocimiento.

¿Comprenden lo que quiero decir con “reconocimiento”? Entiendo por reconocimiento algo que ocurre cuando me encuentro con alguien o cuando lo veo. Entonces tengo una reacción subjetiva, una emoción, y lo reconozco; le doy un nombre. Y ese reconocimiento sólo fortalece cada experiencia, y cada

experiencia me limita, me condiciona. Así pues, si uno quiere comprender qué es la realidad, qué es Dios, en ello debe cesar por completo ese centro de reconocimiento. De otro modo, ¿qué tenemos? La proyección de nuestra propia mente como memoria, lo que hemos aprendido del pasado, con lo cual recordamos lo que está sucediendo. Y lo que está sucediendo es nuestra propia experiencia proyectada. Si yo quiero saber qué es la verdad, mi mente debe hallarse en un estado donde no puede tener lugar ningún proceso de reconocimiento. ¿Es eso posible?

Por favor, no acepten ninguna de estas cosas si no están convencidos. Tengan un escepticismo razonable y equilibrado respecto de todo ello. Ustedes no son discípulos ni seguidores míos. Son seres humanos dignos que procuran descubrir la respuesta apropiada a toda esta terrible desdicha. Para ello, deben ser extremadamente agudos, deben dudar, cuestionar, tener un escepticismo equilibrado. ¿Es posible? ¿Tienen una experiencia que no reconozcan? ¿Comprenden lo que eso significa? Porque eso, después de todo, es Dios, eso es la verdad, eso es lo eterno, o como prefieran llamarlo. En el momento en que tienen una medida, un metro con el cual medir, eso no es la verdad. Nuestros dioses son mensurables, los conocemos previamente. Nuestras escrituras, nuestros amigos y nuestros instructores religiosos, nos han condicionado tanto, que lo conocemos todo, sabemos qué es cada cosa. Todo cuanto hacemos, no es sino este proceso de reconocimiento.

¿Es posible disolver el centro de reconocimiento? Al fin y al cabo, lo que da fuerza a nuestro reconocimiento, es el deseo. Decir: "Lo sé, lo he experimentado, es así", denota el fortalecimiento del "yo". No hay un "yo" superior ni un "yo" inferior; el "yo" es "yo". Ahora bien, para descubrir si Dios existe, si la verdad existe, si hay un estado en el cual es imposible el reconocimiento, debemos empezar por comprender qué es el deseo. Es tan absurdo que las personas así llamadas religiosas digan: "Dios existe", como que otras digan: "Dios no existe". Eso no resuelve el problema, ni lo resuelve repetir la Biblia o el Bhagavad Gita o Dios sabe qué más. Por cierto, eso no lo resuelve. Y eso es lo que todos hemos estado haciendo durante siglos. Sin embargo, no lo hemos resuelto. Estamos incrementando más y más nuestros problemas, atrayendo sobre nosotros desgracias cada vez mayores.

Para comprender, pues, este problema de la existencia, con toda su confusión, su desdicha, sus tribulaciones, negaciones y aflicciones extraordinarias, no hay duda de que debemos comprender el deseo, seguir hasta el fin su movimiento. Y sólo podemos seguirlo así cuando la mente se percibe a sí misma, cuando uno no considera al deseo como algo ajeno a uno mismo. Miren, señores. Digamos que tengo un deseo. ¿Qué hago? Mi reacción instintiva es condenarlo, decir: "¡Qué tonto, qué estúpido es!" o decir: "¡Qué bueno es, qué noble!". ¿Qué ocurre, entonces? No he seguido realmente el movimiento del deseo, no lo he investigado, no lo he comprendido; no le he puesto fin. Tengan la bondad de considerar esto a fondo y verán su extraordinaria importancia. Entonces, les aseguro, tendrán una revolución, la más grandio-

sa de las revoluciones; porque la revolución interna es la única revolución, no así la revolución económica. La revolución interna triunfará siempre sobre la revolución externa, pero la externa jamás podrá superar a la interna. Lo esencial es la revolución interna, psicológica, la regeneración; y ésta sólo puede tener lugar cuando seguimos y comprendemos todo el complejo proceso del deseo psicológico, sus móviles e impulsos, tanto conscientes como inconscientes. Eso no es fácil. De nada sirve decir: "Ahora lo tengo, todo está muy bien, me he transformado", porque decir eso no es sino encontrarse de vuelta en el remolino de la actividad. Si podemos comprender cómo seguir el movimiento del deseo, cómo familiarizarnos con él, entonces resolveremos todos estos problemas.

¿Cómo podemos personas corrientes como ustedes y yo, que tenemos tantos problemas, económicos, familiares, religiosos —con la confusión en que todos estamos—, seguir hasta el fin el movimiento del deseo, acompañarlo, comprenderlo? ¿No es ésa la pregunta? ¿Cómo puedo yo, que no soy inteligente, que tengo tantas formulaciones, tantos prejuicios, tantos recuerdos, cómo puedo seguir el movimiento del deseo? Sería fácil si uno tuviera un compañero que lo detuviera cada vez para decirle: "Mira, ¿qué estás haciendo? Estás interpretando, traduciendo, condenando el deseo; no lo estás siguiendo. De hecho, lo estás tapando". Si alguien pudiera urgirnos a cada instante haciéndonos observar lo que hacemos, entonces quizás eso podría ser útil. Pero ustedes no tienen un compañero así; además, no quieren un compañero así, porque resulta demasiado difícil, demasiado irritante, demasiado perturbador. Sin embargo, tendrán tal compañero en su propia mente si son serios y dicen: "Quiero comprender el deseo". No generen ninguna dificultad intelectual preguntando: "Cuando digo que quiero comprender, ¿no es un deseo eso?". Éste es un mero juego de palabras, una hábil argumentación carente de validez. Entonces ustedes y yo no comprenderemos el deseo, porque tenemos que usar palabras a fin de comunicarnos, pero si se limitan a detenerse en cierto punto y rehúsan ir más allá y comprender las palabras en sus connotaciones profundas, entonces cesa toda acción.

Tomemos cualquier deseo: el deseo de ser poderosos, de dominar, que tiene la mayoría de nosotros; oficinista o presidente, rico o pobre, todos desean ser poderosos. No lo condenen, no digan: "Eso es verdad; eso no es verdad", sino investíguenlo; entonces verán adónde los conduce. No tienen que leer ningún libro. Todas las acumulaciones inconscientes del deseo de poder a través de distintos medios, estarán abiertas a lo consciente. Ahí tienen ustedes el libro del conocimiento, y si no saben cómo leerlo, jamás comprenderán nada. Van tras la hojarasca que nada significa, porque la verdad reside en sus corazones, en sus mentes, y de nada sirve buscarla fuera, aunque pueda resultarles agradable hacerlo. Llevamos, pues, vidas muy complejas y contradictorias, no sólo en lo individual, sino colectivamente: el brahmín contra el no brahmín, etc. No sólo son problemas localistas sino problemas muy vastos, problemas mundiales, y no podemos resolverlos confinándonos meramente a un área res-

tringida. Debemos pensar en esto como en una totalidad inmensa, no desde la óptica de una insignificante persona que investiga un problema pequeño.

Sobre eso, entonces, vamos a discutir y conversar durante las próximas seis semanas, o sea, sobre cómo comprender el deseo y cómo, de ser posible, ir más allá del reconocimiento, de ese centro que reconoce, que mutila toda acción creativa. Por favor, no vengan si no son de veras serios. Es mucho mejor tener tan sólo dos o tres que lo sean realmente. Es una completa pérdida de tiempo por parte de ustedes, porque siento que he hablado durante tantos años y ¿con qué resultado? No tengan ninguna simpatía por mi persona, por favor. Siento que más allá de ese centro hay algo que puede ser captado y comprendido; porque, como saben, es algo mucho más inmenso que la existencia física o superficial. Me gustaría comunicar esto a los dos o tres que son verdaderamente serios y pueden investigarlo. Pero es muy difícil encontrar a esos dos o tres, porque tenemos toda clase de personas con su importancia propia, sus ambiciones y su rechazo a ver más allá de ellas mismas. Les ruego, pues, muy intensamente, que no vengan si no son serios; porque si lo son, podremos ir muy lejos y comprender, no a la larga sino inmediatamente. Y ahí es donde está la verdadera transformación: en ver una cosa con mucha claridad y actuar al respecto; ello requiere enorme paciencia, observación e integridad interna.

*Pregunta: Usted ha estado en retiro durante los últimos dieciséis meses, y eso ocurre por primera vez en su vida. ¿Podemos saber si hay algún significado en esto?*

KRISHNAMURTI: ¿No quieren ustedes también alejarse a veces para estar tranquilos y hacer inventario de las cosas y no convertirse en una máquina repetidora, en un charlista, expositor y explicador? ¿No quieren hacer eso alguna vez, no quieren estar tranquilos, no quieren conocer más acerca de sí mismos? Algunos desean hacerlo pero no pueden por razones económicas. Algunos quizá lo anhelen, pero las responsabilidades familiares, etc., se apiñan en su camino. A pesar de todo, es bueno retirarse para, serenamente, examinar todo lo que uno ha hecho. Cuando uno procede así, vive experiencias que no son reconocidas ni interpretadas. Por lo tanto, mi retiro nada significa para ustedes, lo siento. Pero *su* retiro, si lo siguen apropiadamente, tendrá significado para ustedes. Y pienso que es esencial retirarse a veces, suspender todo lo que hemos estado haciendo, suspender por completo nuestras creencias y experiencias y considerarlas de nuevo, no continuar repitiendo como máquinas lo que creemos o no creemos. Al hacerlo, dejaríamos entrar aire fresco en nuestras mentes, ¿no es así? Eso significa que debemos estar inseguros, ¿verdad? Si pudieran hacer eso, estarían abiertos a los misterios de la naturaleza y a cosas que susurran en torno de nosotros, cosas que de otro modo no podrían alcanzar; alcanzarían al Dios que está aguardando para venir, la verdad que no puede ser invitada pero que llega por sí misma.

Pero nosotros no estamos abiertos al amor y a otros procesos más finos

que ocurren dentro de nosotros, porque todos nos hallamos cercados por nuestras propias ambiciones, nuestros propios logros, nuestros propios deseos. No hay duda, es bueno retirarse de todo eso, ¿verdad? Dejar de ser miembro de alguna sociedad. Dejar de ser brahmín, hindú, cristiano, musulmán. Suspender nuestro culto, nuestros rituales; tomar un retiro completo de todo eso y ver qué sucede. Durante el retiro, no sumergirse en alguna otra cosa, no tomar un libro y absorberse en nuevos conocimientos y nuevas adquisiciones. Tengan una ruptura completa con el pasado y vean qué ocurre. Señores, háganlo, y verán vastas expansiones de amor, comprensión y libertad. Cuando nuestro corazón está abierto, la realidad puede manifestarse. Entonces los murmullos de nuestros propios prejuicios, de nuestros propios ruidos internos, ya no se oyen. Por eso es bueno tomar un retiro, alejarse, y suspender la rutina, no sólo la rutina de la existencia externa, sino la rutina que la mente establece, para su propia seguridad y conveniencia.

Señores, aquellos que tienen la oportunidad, inténtenlo. Quizá sabrán, entonces, qué hay más allá del reconocimiento, qué es la verdad que no puede medirse. Descubrirán que Dios no es cosa que puedan experimentar, reconocer, sino que Dios es algo que llega a uno sin ser invitado. Pero eso existe sólo cuando nuestra mente y nuestro corazón se hallan absolutamente quietos, sin buscar, sin inquirir, y cuando no alimentamos ambiciones adquisitivas. Dios puede ser descubierto sólo cuando la mente ya no busca más progresar, ascender. Si tomamos un retiro respecto de todo eso, entonces quizá los murmullos del deseo dejen de escucharse, y aquello que aguarda vendrá directa y certeramente.

*5 de enero de 1952*

## SEGUNDA PLÁTICA EN MADRÁS

Ayer estuvimos hablando sobre el problema del deseo y acerca de cómo comprenderlo. Puesto que se trata de una cuestión muy importante, no debería ser considerada informalmente y luego descartada. Uno puede plantear innumerables preguntas para encontrar la respuesta correcta, pero debe tener la capacidad de escuchar. Casi todos estamos tan ansiosos de obtener una explicación, de tener una respuesta exacta, de encontrar la solución correcta, que en nuestra ansiedad lo confundimos todo. Así pues, como lo sugerí ayer, debemos tener muchísima paciencia; no apatía, sino un paciente estado de alerta, un estado de alerta pasivo. Lo que quisiera hacer esta tarde es hablar sobre los problemas de la creencia y el conocimiento. La creencia y el conocimiento están muy íntimamente relacionados con el deseo, y si pudiéramos comprender estas dos cuestiones, tal vez seríamos capaces de ver cómo opera el deseo y comprender así su complejidad.

Me permito sugerir que ustedes deberían escuchar y no tomar notas, porque es muy difícil tomar notas y escuchar. Lo que quisiera experimentar con cada uno de ustedes aquí, en todas mis pláticas y discusiones, es la necesidad de ver el problema y comprenderlo de manera directa, y no andar a tientas respecto de él cuando se hayan ido. Entonces verán que estas discusiones son valiosas.

Siento muy fervientemente que no hablo a un gran auditorio o a un auditorio pequeño, sino que hablo a cada individuo, y eso es lo que quiero decir. Sólo el individuo puede ver, comprender, y así crear un mundo nuevo, originar una revolución interna y, por ende, también una revolución externa. Así pues, cada uno de ustedes y yo, como individuos, estamos considerando juntos el problema e investigándolo tan a fondo como sea posible. Para hacerlo, tenemos que escuchar; tenemos que ser un poco receptivos, capaces de exponernos a nosotros mismos ante lo que se está diciendo, y descubrir nuestras propias reacciones a medida que avanzamos. Me permito sugerir, pues, que mientras escuchan, vean el hecho sin interpretarlo y lo comprendan directamente.

Como dije, es realmente un problema muy interesante esta cuestión de la creencia y el conocimiento. ¡Qué papel extraordinario juegan en nuestra vida! ¡Cuántas creencias tenemos! Por cierto, cuanto más intelectual, más cultivada, más "espiritual" es una persona, menor es su capacidad de comprender. Los salvajes tienen innumerables supersticiones, aun en el mundo moderno. Los seres más reflexivos, los más despiertos y alerta, son quizá los que menos creen. Eso es porque la creencia ata, aísla; lo vemos en todo el mundo, en el mundo económico, en el político, y también en el así llamado mundo espiritual. Ustedes creen que hay Dios, y tal vez yo creo que no hay Dios; o ustedes creen en el completo control estatal de todo y de cada individuo, mientras que yo creo en la empresa privada, etcétera; ustedes creen que existe solamente un salvador y que, por medio de él, podrán alcanzar su objetivo, y yo no creo en eso. Así, ustedes con su creencia y yo con la mía, nos afirmamos en nosotros mismos. No obstante, ambos hablamos de amor, de paz, de la unión de la humanidad, de que la vida es una, todo eso no significa absolutamente nada, porque la creencia misma es, en realidad, un proceso de aislamiento. Usted es brahmín, yo soy no brahmín; usted es cristiano, yo musulmán, etc. Pero usted habla de hermandad y yo también hablo de la misma hermandad, hablo de amor, de paz. De hecho, estamos separados, nos dividimos a nosotros mismos. Un hombre que quiera la paz y quiera crear un mundo nuevo, un mundo feliz, no puede aislarse mediante ninguna forma de creencia. ¿Está claro eso? Quizá lo esté verbalmente, pero si ven su significado, su validez y su verdad, ello comenzará a actuar.

Vemos, pues, que donde hay en juego un proceso de deseo, tiene que existir el proceso de aislamiento por obra de la creencia, porque es obvio que uno cree a fin de estar seguro económicamente, espiritualmente, y también internamente. No hablo de aquellas personas que creen por razones económi-

cas, porque han sido educadas para depender de empleos y, por consiguiente, serán católicas, hindúes —no importa qué— en tanto haya un empleo para ellas. Tampoco discutimos acerca de esas personas que se adhieren a una creencia porque les conviene. Probablemente sea también así con la mayoría de nosotros. Por conveniencia, creemos en ciertas cosas. Dejando de lado las razones económicas, debemos investigar esto más a fondo. Tomemos a las personas que creen fuertemente en algo, económico, social o espiritual; el proceso que hay tras de ello es el deseo psicológico de estar seguros. ¿No es así? Y después está el deseo de continuar. No estamos discutiendo aquí si hay o no hay continuidad; sólo discutimos el persistente deseo, el constante impulso de creer.

Un hombre de paz, un hombre que quiera comprender de veras todo el proceso de la existencia humana, no puede estar atado por una creencia. Ello implica que ve su deseo funcionando como medio para alcanzar la seguridad. Por favor, no se vayan al otro lado y digan que estoy predicando la no religión. Ése no es, en absoluto, el sentido de mis palabras. El sentido es que, en tanto no comprendamos el proceso del deseo en la forma de creencia, tendrá que haber disputas, conflictos, sufrimientos, y el hombre será enemigo del hombre, lo cual resulta evidente todos los días. En consecuencia, si percibo este proceso, si me doy cuenta de que toma la forma de creencia —que es una expresión del anhelo de seguridad interna—, entonces mi problema no es que yo crea en esto o en aquello, sino que me libere del deseo de estar seguro. ¿Puede la mente liberarse de eso? Éste es el problema, no en qué creer y cuánto creer. Ésas son, como dije, meras expresiones del anhelo interno de seguridad psicológica, de estar seguros acerca de algo, cuando todo el mundo es tan incierto, tan inseguro.

¿Puede una mente consciente de sí misma, una personalidad, hallarse libre de este deseo de estar segura? Queremos estar seguros; por lo tanto, necesitamos la ayuda de nuestros Estados, de nuestra propiedad, de nuestra familia. Queremos estar seguros internamente y también espiritualmente, erigiendo muros de creencia, los que denotan este anhelo de seguridad. ¿Puede uno, como individuo, liberarse de este impulso, este anhelo de estar seguro, el cual se expresa en el deseo de creer en algo? Si no estamos libres de todo eso, somos una fuente de disputas; no somos pacificadores, no contenemos amor en nuestros corazones. La creencia destruye todo eso, cosa que vemos en nuestra vida cotidiana. ¿Puedo, pues, observarme cuando estoy atrapado en este proceso del deseo que se expresa en la adhesión a una creencia? ¿Puede la mente liberarse de eso? No debe encontrar un sustituto para la creencia, sino liberarse enteramente de ella. Ustedes no pueden responder "sí" o "no" a esto, pero pueden responder de una manera definida si su intención es liberarse de la creencia. Entonces llegarán inevitablemente al punto en que buscan los medios para liberarse del impulso de estar seguros.

Es obvio que internamente no hay seguridad, seguridad que, como les gusta creer, habrá de continuar. Les agrada creer que hay un Dios que atiende

cuidadosamente las pequeñas, insignificantes cosas de ustedes: a quién deben ver, qué deben hacer y cómo deben hacerlo. Evidentemente, éste es un pensar infantil e inmaduro. Piensan que el Gran Padre está vigilándonos a cada uno de nosotros, lo cual es una mera proyección de nuestro propio deseo personal. No se trata, obviamente, de algo verdadero. La verdad tiene que ser algo por completo diferente. Nuestro propósito en todas estas pláticas y discusiones, es dar con esa verdad que no es una proyección de nuestro deseo. Así pues, si son realmente serios en su empeño de descubrir qué es la verdad, será obvio para ustedes que una mente mutilada, atada, trabada por la creencia, no puede llegar muy lejos.

Nuestro siguiente problema es el del conocimiento. ¿Es el conocimiento necesario para la comprensión de la verdad? Cuando digo: "Yo sé", eso implica que hay conocimiento. ¿Es capaz una mente así de investigar a fin de descubrir qué es la realidad? Además, ¿qué es lo que sabemos, de qué estamos tan orgullosos? Realmente, ¿qué es lo que conocemos? Conocemos información. Estamos llenos de información y experiencia basadas en nuestro condicionamiento, nuestra memoria y nuestras capacidades. Cuando ustedes afirman: "Yo sé", ¿qué es lo que quieren decir? Por favor, considérenlo a fondo, avancen conmigo, no se limiten a escucharme. O bien la afirmación de que saben es el reconocimiento de un hecho, de cierta información, o es una experiencia que han tenido. La constante acumulación de informaciones, la adquisición de distintas formas de conocimiento, todo eso, constituye la afirmación "yo sé", y empezamos a traducir lo que hemos leído, haciéndolo conforme a nuestro trasfondo, a nuestra experiencia, a nuestro deseo. Nuestro conocimiento es una cosa en la que está en juego un proceso similar al proceso del deseo. Sustituimos la creencia por el conocimiento: "Yo sé, he tenido una experiencia que no puede ser refutada; mi experiencia es ésa, confío completamente en ella", son todas indicaciones de ese conocimiento. Pero cuando uno va tras eso y lo analiza, lo considera con más cuidado e inteligencia, descubre que la afirmación misma "yo sé", es otro muro que nos separa a unos de otros. Nos refugiamos detrás de ese muro buscando bienestar, seguridad. En consecuencia, cuantos más conocimientos carga una mente, menos capaz es de comprender. ¡Evidentemente! Por cierto, señores, el hombre que quiera buscar la paz, que quiera buscar la verdad, debe hacerlo libre de conocimientos, porque quien lo haga con conocimientos, interpretará a su propio modo lo que observa y experimenta. Por lo tanto, la supresión de todo conocimiento es esencial para experimentar la realidad; supresión no en el sentido de sojuzgarlo, de forzarlo.

Es muy interesante observar el papel extraordinariamente poderoso que en nuestra vida juegan ambos, el conocimiento y la creencia. ¡Miren cómo veneramos a aquellos que tienen inmenso conocimiento y erudición! ¿Pueden entender lo que eso significa? Señores, si queremos encontrar algo nuevo, experimentar algo que no sea una proyección imaginativa, nuestra mente debe ser libre, ¿no es así? Debe tener la capacidad de ver algo nuevo. Pero, desafortunadamente, cada vez que vemos algo nuevo, traemos a la mente toda la infor-

mación que ya conocemos, todo nuestro conocimiento, todos nuestros recuerdos del pasado; es obvio que nos volvemos incapaces de mirar, incapaces de recibir nada que sea nuevo y que no pertenezca a lo viejo.

Por favor, no traduzcan esto inmediatamente a pormenores. Si yo no supiera cómo regresar a Mylapore, estaría perdido. Si no sé cómo manejar una máquina, seré de poca utilidad. Eso es una cosa por completo distinta, no es lo que estamos discutiendo aquí. Discutimos acerca del conocimiento que es usado como medio de seguridad interna, psicológica, como medio para llegar a ser algo o alguien. ¿Qué es lo que ustedes obtienen mediante el conocimiento? La autoridad del conocimiento, la influencia que ejerce el conocimiento, el sentido de importancia, dignidad, vitalidad, etc. Un hombre que dice: "Yo sé", "existe", "no existe", es indudable que ha dejado de reflexionar, ha dejado de seguir el movimiento de todo este proceso del deseo.

Nuestro problema, tal como lo veo, es entonces: "Estoy atado, abrumado por la creencia, por el conocimiento. ¿Es posible para una mente liberarse del ayer y de las creencias adquiridas mediante el proceso del ayer?". ¿Comprenden la pregunta? ¿Es posible, para mí como individuo y para cada uno de ustedes como individuo, vivir en esta sociedad y, no obstante, estar libre de las creencias en que la mente ha sido educada? ¿Es posible para ella estar libre de todo ese conocimiento, de toda esa autoridad? Señores, tengan la bondad de prestar un poco de atención a esto, porque creo que es muy importante si ustedes son lo bastante serios como para investigar a fondo este problema de la creencia y el conocimiento. Nosotros leemos las distintas Escrituras, los diversos libros religiosos. Allí está muy cuidadosamente descrito lo que debemos hacer o no debemos hacer, cómo alcanzar la meta, qué es la meta, y qué es Dios. Todos sabemos eso de memoria, y hemos ido tras de eso. Eso es nuestro conocimiento, es lo que hemos adquirido, aprendido; y buscamos a lo largo de ese sendero. Evidentemente, lo que uno busca y reconoce, lo encontrará. Pero, ¿es eso la realidad? ¿No es la proyección de nuestro propio conocimiento? Eso no es la realidad. ¿Es posible darse cuenta de eso ahora —no mañana sino ahora— y decir: "Veo la verdad de ello" y soltarlo, de modo tal que nuestra mente no esté mutilada por este proceso de imaginación, de proyección?

De igual manera, ¿es la mente capaz de liberarse de la creencia? Uno puede liberarse de ella sólo cuando comprende la naturaleza interna de las causas que le hacen aferrarse a la creencia, no sólo los motivos conscientes, sino también los inconscientes que nos impulsan a creer. Después de todo, no somos tan sólo una entidad superficial que funciona en el nivel consciente. Podemos descubrir las actividades conscientes e inconscientes más profundas, si le damos una oportunidad al inconsciente, porque éste es mucho más rápido en sus respuestas que la mente consciente. Si escuchan —como espero que estén escuchando lo que digo, la mente inconsciente de ustedes debe estar enviando respuestas. Mientras que la mente consciente está tranquila pensando, escuchando y observando, la inconsciente está mucho más activa, más alerta y más receptiva; debe, por lo tanto, responder. ¿Puede la mente que ha

sido sojuzgada, intimidada, forzada, obligada a creer, puede una mente así estar libre para pensar? ¿Puede mirarlo todo de un modo nuevo y eliminar el proceso que nos aísla a uno de otro? Por favor, no digan que la creencia une a la gente. No lo hace, es obvio. ¿No? ¿No lo es? Ninguna religión organizada lo ha hecho. Mírense a sí mismos en este país. Son todos creyentes, pero ¿están unidos? Ustedes mismos saben que no lo están. Se hallan divididos en múltiples e insignificantes castas y partidos políticos; ya conocen las innumerables divisiones. Y algo similar ocurre en Occidente. El proceso es el mismo a lo largo de todo el mundo: cristianos destruyendo a cristianos, asesinándose unos a otros por cosas pequeñas, mezquinas, mandando a la gente a campos de concentración, etc. —todo el horror de la guerra—. De modo que la creencia no une a las personas. Eso está muy claro.

Si eso está claro y es verdadero y lo vemos, entonces de acuerdo con eso debemos actuar. Pero la dificultad está en que muy pocos de nosotros vemos, ya que somos incapaces de enfrentarnos a esa inseguridad interna, a esa sensación interna de soledad. Queremos algo en qué apoyarnos, ya sea el Estado, la casta, el nacionalismo, ya sea un Maestro, un salvador, cualquier cosa a la que queramos apegarnos. Y cuando vemos la falsedad de eso, la mente es capaz —aunque sea momentáneamente, durante un segundo— de ver la verdad al respecto; y si lo que ve es demasiado para ella, retrocede. Pero es suficiente el hecho de ver por un momento. Si puedo ver eso durante un fugaz segundo, ello basta, porque entonces veré que ocurre algo extraordinario. El inconsciente está trabajando aunque el consciente rechace lo que veo. Y no se trata de un segundo progresivo, sino que ese segundo es lo único que hay, y tendrá sus propios resultados, aun a pesar de que la mente consciente luche contra ello.

Nos preguntamos, pues: "¿Es posible para la mente estar libre del conocimiento y la creencia?". ¿No está la mente compuesta de conocimiento y creencia? ¿Están siguiendo todo esto? La estructura de la mente, ¿no es, acaso, conocimiento y creencia? El conocimiento y la creencia son los procesos de reconocimiento, el centro de la mente. ¿Puede, entonces, la mente estar libre de su propia estructura? ¿Entienden lo que quiero decir? La mente no es como la conocemos. Resulta muy fácil, sin comprender, formular preguntas. Probablemente, mañana recibiré muchas preguntas; por ejemplo: "¿Cómo puede la mente ser como esto o aquello?". Les ruego que no formulen tales preguntas. Consideren cuidadosamente lo que se dice, sondéenlo, investíguenlo, no lo acepten; vean más bien el problema al que se enfrentan todos los días de su vida.

¿Puede la mente dejar de ser? Ése es el problema. La mente, tal como es ahora, tiene tras de sí la creencia, el deseo, el impulso de sentirse segura, el conocimiento, la acumulación de poder. Y, si con todo el poder y la superioridad de la mente, uno no puede pensar por sí mismo, es imposible que haya paz en el mundo. Ustedes podrán hablar acerca de la paz, podrán organizar partidos políticos, podrán vociferar desde los techos, pero no pueden tener paz, porque en la mente está la base misma que da origen a la contradicción, que

aísla y separa. Discutiremos esto a medida que vayamos avanzando. Simplemente, déjenlo estar. Han escuchado esto, dejen que hierva a fuego lento. Si ya han descartado el deseo, si han terminado con él, tanto mejor; si no lo han hecho, permítanle que opere. Y operará si escuchan correctamente, porque es algo vital, algo que ustedes tienen que resolver. Un hombre pacífico, un hombre serio, no puede aislarse y, no obstante eso, hablar de paz y hermandad. Se trata de un mero juego, político o religioso, un sentimiento de logro y ambición personal. Consideraremos eso más adelante. Un ser humano de veras serio con respecto a esto, deseoso de descubrir, tiene que enfrentarse al problema del conocimiento y la creencia; tiene que ir tras él para descubrir todo el proceso del deseo, del deseo de seguridad, de certidumbre.

*Pregunta: Usted ha condenado a la disciplina como medio de realización espiritual o de otra clase. ¿Cómo es posible realizar algo en la vida, sin disciplina o, al menos, autodisciplina?*

KRISHNAMURTI: Insisto, escuchemos, por favor. Escuchemos para descubrir la verdad en lo que se dice. No importa qué digo yo o qué dice algún otro, sino que debemos descubrir la verdad al respecto. En primer lugar, hay muchos que sostienen que la disciplina es necesaria, o todo el sistema social, económico y político dejaría de existir; que a fin de hacer esto o aquello, de realizar a Dios, debemos tener disciplina. Dicen que debemos seguir cierta disciplina, porque sin disciplina no podemos controlar la mente, sin disciplina nos desbordaríamos.

Pero yo necesito saber la verdad al respecto, no lo que han dicho Shankara, Buda, Patanjali o algún otro. Necesito saber cuál es la verdad. No quiero depender de la autoridad para averiguarlo. ¿Disciplinaría yo a un niño? Disciplino a un niño cuando no tengo tiempo, cuando estoy impaciente, enojado, cuando quiero obligarlo a que haga algo. Pero si ayudo al niño a comprender por qué es travieso, por qué hace cierta cosa, entonces la disciplina es innecesaria, ¿verdad? Si voy y le explico, si me tomo la molestia, si tengo la paciencia de entender todo el problema de por qué el niño actúa de tal o cual manera, la disciplina no es, por cierto, necesaria. Lo que se necesita es despertar la inteligencia, ¿no es así? Si la inteligencia está despierta en mí, es obvio que no haré ciertas cosas. Puesto que no sabemos cómo despertar esa inteligencia, levantamos muros de resistencia y control, y a eso lo llamamos disciplina. La disciplina no tiene, pues, nada que ver con la inteligencia; por el contrario, destruye la inteligencia.

Entonces, ¿cómo he de despertar la inteligencia? Si comprendo que pensar de cierta manera —por ejemplo, pensar desde el punto de vista del nacionalismo— es un proceso erróneo, si veo todo lo que implica: el aislamiento, el sentido de identificación con algo más grande, etc., si veo todas las implicancias del deseo, de la actividad mental, si realmente veo y comprendo la totalidad de ese contenido, si mi inteligencia está despierta a ello, el deseo desapa-

rece; no tengo que decir: "Es un deseo muy malo". Esto requiere vigilancia, atención, percepción alerta y examen, ¿no es así? Debido a que no tenemos la capacidad de hacerlo, decimos que necesitamos disciplina. Es una manera muy inmadura de pensar acerca de un problema sumamente complejo. Incluso los sistemas modernos de educación están descartando toda la idea de la disciplina. Tratan de descubrir la psicología del niño y la razón de que actúe de tal o cual manera; lo observan, lo ayudan.

Ahora, observen el proceso de la disciplina. ¿Qué es lo que sucede? La disciplina es, por cierto, un proceso de coacción, de represión. Deseo hacer algo y digo: "Debo hacerlo, porque quiero triunfar", o: "Eso está mal". ¿Comprendo, acaso, algo condenándolo? Y, cuando condeno algo, ¿lo miro, lo investigo? No lo he visto. Es una mente perezosa la que empieza a disciplinarse sin comprender todo lo que ello implica, y estoy seguro de que todas las normas religiosas han sido establecidas para los perezosos. Es mucho más fácil seguir que investigar, inquirir, comprender. Cuanto más se disciplina uno, menos abierto está su corazón. ¿Saben todas estas cosas, señores? ¿Cómo puede un corazón vacío comprender algo que está más allá de la influencia de la mente?

El problema de la disciplina es realmente muy complejo. Los partidos políticos usan la disciplina con el fin de obtener un resultado en particular, para hacer que el individuo se ajuste al modelo ideal de una sociedad futura, por la cual estamos muy dispuestos a convertirnos en esclavos porque nos promete algo maravilloso. Así, una mente que busca una recompensa, un objetivo, se obliga a ajustarse a ese objetivo, el cual es siempre la proyección de una mente ingeniosa, una mente más astuta. Una mente disciplinada jamás puede comprender qué es ser pacífico. ¿Cómo puede una mente cercada por regulaciones y restricciones, ver cosa alguna que esté más allá?

Si uno considera este proceso de la disciplina, observará que tras él está el deseo, el deseo de ser fuerte, de alcanzar un resultado, de llegar a ser alguna cosa, de ser poderoso, de convertirse en "más" y no en "menos". Siempre está en juego este constante impulso del deseo, este impulso de ajustarse, de disciplinarse, de reprimir, de aislarse. Uno podrá reprimir, podrá disciplinarse; pero la mente consciente no puede controlar y moldear a la inconsciente. Si trato de hacerlo, llamo a eso disciplinar la mente, ¿no es así? Cuanto más trato de reprimir mi mente, cuanto más trato de acabar con ella, más se rebela el inconsciente, hasta que la mente termina por volverse neurótica o por hacer algo absurdo.

Por lo tanto, lo importante en esto no es si yo condeno la disciplina o si ustedes la aprueban, sino ver el modo de despertar la inteligencia integrada —no la inteligencia dividida en compartimientos estancos, sino integrada—, la cual trae consigo su propia comprensión y, en consecuencia, evita ciertas cosas de manera natural, libre y espontánea. Lo que habrá de guiarnos, entonces, es la inteligencia, no la disciplina. Señores, ésta es realmente una cuestión muy importante y compleja. Si la investigamos en serio, si nos observamos y comprendemos así todo el proceso de la disciplina, encontraremos que, de hecho, no estamos en absoluto disciplinados. ¿Llevan ustedes vidas disciplinadas? ¿O se

limitan a reprimir los múltiples antojos, a resistir diversas formas de tentaciones? Si ustedes deben resistirlos mediante la disciplina, esos requerimientos y esas tentaciones siguen allí. ¿Acaso no están ahí, profundamente ocultos, esperando una brecha para desatarse? ¿No han notado ustedes cómo, a medida que envejecen, esos sentimientos reprimidos vuelven a brotar? No podemos, pues, usar ardides con nuestro inconsciente; éste nos devolverá mil veces más.

Ustedes tienen que entender todo este proceso; no se trata de que estén a favor de la disciplina y yo esté en contra de ella. Afirmo que la disciplina no los llevará a ninguna parte; por el contrario, es un proceso insensato, irreflexivo y poco inteligente. Pero despertar la inteligencia es un problema muy distinto. Uno no puede cultivar la inteligencia. Ésta, cuando se despierta, trae su propio modo de actuar: regula su propia vida, observa las diversas formas de tentaciones, inclinaciones, reacciones, y las investiga. La inteligencia comprende, no superficialmente, sino de una manera integrada, abarcadora. Para hacerlo, la mente debe estar todo el tiempo alerta, vigilante, ¿no es así? Por cierto, para una mente que quiera comprender, significan muy poco las restricciones que pueda imponerse a sí misma. Para comprender, es esencial que haya libertad; esa libertad no surge mediante ninguna forma de coacción, y la libertad no se encuentra al final sino al principio. Nuestra dificultad está en despertar la inteligencia integrada, y eso puede ocurrir únicamente cuando somos capaces de comprender lo total.

Este complejo problema del deseo se expresa a través de la disciplina, de la conformidad, de la represión, de la creencia, del conocimiento. Cuando veamos la vasta estructura del deseo, empezaremos a comprender. Entonces la mente comenzará a verse y será capaz de recibir algo que no es la proyección de ella misma.

*6 de enero de 1952*

## TERCERA PLÁTICA EN MADRÁS

En las últimas dos veces que nos reunimos, he estado tratando de descubrir esa acción que no es aislada, que no se halla fragmentada ni limitada por una idea; y creo que es importante investigar esto con bastante detenimiento, porque según mi sentir, si no comprendemos todo el proceso de la ideación, la mera acción tendrá muy poca importancia. El conflicto entre la idea y la acción irá en aumento permanente, y ese espacio jamás podrá ser llenado. Así pues, para descubrir la acción no fragmentada, no dividida, no aislada, sino completa, abarcadora, debemos investigar todo el proceso del deseo. El deseo no es una cosa que pueda ser aniquilada, sojuzgada o tergiversada. Porque, como lo expliqué, por mucho que podamos querer abandonar el deseo, eso no puede hacerse, ya que el deseo es un proceso constante, tanto del consciente

como del inconsciente; quizá controlemos de manera transitoria el deseo consciente, pero es muy difícil subyugar o controlar el inconsciente. Siento que, de cualquier acción aislada, resultarán un caos y una confusión totales, y también me parece que la mayoría de nosotros se ocupa de tales acciones.

Los expertos y los especialistas han separado la acción y la idea; han hecho esto en diferentes niveles y basados en distintos patrones previos; y les han dicho cómo deben ustedes actuar. Están, como saben, los economistas, los políticos, las personas religiosas, etc.; nos han dado visiones fragmentarias acerca de la comprensión total de la vida. Me parece que aquellos que son realmente muy serios en su intención de comprender este proceso de la acción no aislada, no fragmentada o dividida, deben mantenerse en guardia. Para eso, es esencial comprender todo el proceso del deseo. Esto es, más o menos, lo que discutimos el sábado y domingo anteriores.

Comprender el deseo no es condenarlo. Como casi todos estamos condicionados, como tenemos ideas y opiniones fijas respecto del deseo, es casi imposible para nosotros seguir el movimiento del deseo sin condenarlo, sin opinar. Si quiero comprender algo, debo observarlo sin ninguna actitud condenatoria, ¿verdad? Si quiero comprenderlos a ustedes y ustedes quieren comprenderme, no debemos juzgarnos ni condenarnos el uno al otro; tenemos que ser abiertos y receptivos a nuestras respectivas palabras, a las expresiones de nuestros rostros —completamente receptivos e imparciales—. Eso no es posible cuando condenamos.

¿Puede haber acción sin idea? Para la mayoría de nosotros, las ideas vienen primero y son seguidas por la acción. Las ideas son siempre fragmentarias, están siempre aisladas, y toda acción basada en una idea, tiene que ser por fuerza aislada, fragmentaria. ¿Es posible tener una acción que no esté dividida, que sea abarcadora, integrada? Me parece que una acción semejante es la única redención que existe para nosotros. Todas las otras acciones están destinadas a dejar tras de sí más confusión y conflicto. Entonces, ¿cómo ha de encontrar uno la acción que no se base en una idea?

¿Qué entendemos por idea? La idea es, sin duda, pensamiento, ¿no es así? La idea es mentalización, es un proceso del pensar, y el pensar es siempre una reacción, ya sea del consciente o del inconsciente; es un proceso de verbalización que proviene de la memoria. El pensar es un proceso del tiempo. Así pues, cuando la acción se basa en el pensar, tiene que estar inevitablemente condicionada, aislada. La idea debe oponerse a la idea, debe ser dominada por la idea. Hay, entonces, un vacío entre la acción y la idea. Y lo que estamos procurando descubrir es si la acción puede existir sin la idea. Vemos cómo la idea separa a la gente. El conocimiento y la creencia, como lo he explicado, son cualidades separativas. Las creencias jamás unen a las personas, las separan siempre; cuando la acción se basa en la creencia o en una idea, en un ideal, es inevitable que una acción así esté aislada, fragmentada. ¿Es posible actuar sin el proceso del pensamiento, siendo el pensamiento un proceso del tiempo, un proceso de cálculo, de autoprotección, de creencia, rechazo, condena, justificación?

Sin duda, a ustedes debe habérseles ocurrido, como a mí, preguntarse si es de algún modo posible la acción sin la idea. Veo, igual que ustedes, que cuando tengo una idea y baso mi acción en esa idea, ésta debe generar oposición; la idea se enfrenta a la idea y debe crear inevitablemente represión, resistencia. No sé si me expreso con claridad. Para mí, éste es un punto de veras importante. Si pueden comprender eso, no con la mente o con el sentimiento, sino íntimamente, siento que habremos superado todas nuestras dificultades. Nuestras dificultades son de ideas, no de acción. No se trata de lo que deberíamos hacer; eso es tan sólo una idea. Lo que importa es actuar. ¿Es posible la acción sin el proceso del cálculo, que es el resultado de la autoprotección, de la memoria, de la relación personal, individual, colectiva, etc.? Yo digo que es posible. Ustedes pueden experimentar con ello mientras están aquí. Si podemos seguir, sin condena alguna, todo el movimiento del deseo, veremos que la acción sin la idea es inevitable. Eso requiere, sin duda, un estado extraordinario de alerta mental, porque todo nuestro condicionamiento nos induce a condenar, justificar, clasificar por categorías, todo lo cual es un proceso de mentalización, de cálculo. Para la mayoría de nosotros, la idea y la acción son dos cosas diferentes. Primera está la idea, y la acción sigue después. Nuestra dificultad consiste en tender un puente entre ambas. Considerémoslo de una manera distinta.

Sabemos que toda forma de codicia es destructiva. La envidia nos conduce a la ambición: política, religiosa, colectiva o individual. Toda forma de ambición, si nos damos cuenta de ello, es limitada y destructiva. Todos sabemos eso, no necesitamos que nos lo digan, no tenemos que pensar mucho al respecto. La ambición produce envidia. La ambición es el resultado del deseo de posición y poder, de progreso personal, político o religioso; políticamente, en el nombre de una idea del presente o del futuro, y espiritualmente, en el nombre de algo igualmente bueno o igualmente malo. Hemos conocido tales ambiciones: ser "alguien", dominar a la gente en nombre de la paz, en nombre del Maestro, en nombre de Dios, y sabe el cielo de cuántas otras cosas. Donde está la ambición, tiene que haber explotación, hombre contra hombre, nación contra nación, y las mismas personas que vociferan acerca de la paz, son las que hacen cosas altamente destructivas, quizá para ellas mismas y para su país, o para su idea. Tales personas no generan paz. Sólo verbalizan la paz, pero no tienen paz en sus corazones. Es obvio que no pueden traer paz y felicidad al mundo; sólo pueden traer contienda, guerra.

La ambición es el resultado de la codicia, la envidia, el deseo de poder. Todo ello se basa en una idea, ¿no es así? La idea no es sino una reacción. Es así, neurológica, psicológica o físicamente. La ambición es una idea de ser algo o alguien en lo político, en lo religioso: "Quiero llegar a ser una gran persona y trabajar por el futuro". ¿Qué refleja eso? También conocemos la ambición política en nombre del país, etc. Todo esto se basa en una idea; *es* una idea, un concepto, una formulación de lo que yo seré o de lo que mi partido será. Habiendo establecido la idea, persigo esa idea en la acción. Ante todo, una perso-

na ambiciosa es inmoral; es una fuente de disputas. Sin embargo, todos fomentamos la ambición. De otro modo —pensamos—, ¿qué podemos hacer?, sería imposible lograr nada. Así pues, cuando lo consideren, verán que la ambición es una idea, es el seguimiento de una idea en la acción: "Voy a ser tal o cual cosa", y eso implica explotación, crueldad, brutalidad espantosa, etc. Al fin y al cabo, el "yo" es una idea, carece de realidad. Es un proceso del tiempo, un proceso de la memoria, del reconocimiento, que son, en esencia, ideas.

¿Puede la ambición ser desechada por completo cuando percibo que la acción, si se basa en una idea, debe finalmente engendrar odio, envidia? ¿Puedo abandonar completamente la ambición y, por ende, actuar sin el proceso de la idea? Lo expondré de una manera más simple. Si somos ambiciosos, ¿es posible abandonar por completo la ambición, la ambición política, religiosa? Sólo entonces soy un núcleo de paz. Pero no es fácil abandonar por completo la ambición con todo lo que implica y significa: confusión interna, brutalidad, deseo de poder, etc. Sólo puedo desprenderme de ella integralmente, de modo total, completo, cuando ya no persigo más la idea, siendo la idea el "yo"; entonces no hay problema de cómo no ser ambicioso, o de cómo, siendo ambicioso, puedo librarme de la ambición.

¿No es ése nuestro problema? Todos somos codiciosos, envidiosos. Usted tiene más y yo tengo menos; usted tiene más poder y yo quiero ese poder, ya sea espiritual o seglar. Estando atrapado en ello, mi problema es, entonces, cómo librarme. ¿Cómo he de abandonarlo? Introducimos, pues, el problema "¿cómo?". Eso es tan sólo postergar la acción. Si veo que la acción basada en una idea debe introducir la postergación, entonces me doy cuenta de cuán necesario es actuar sin ideación. Me pregunto si soy claro. ¿No es destructiva la ambición? Las naciones ambiciosas, los individuos que andan tras el poder, o las personas inmensamente infladas con su propia importancia, constituyen verdaderos peligros. Ustedes conocen cuánta desdicha se causan a sí mismas y a quienes las rodean. ¿Cómo han de liberarse de ello, no superficialmente sino muy en lo profundo, tanto en lo consciente como en lo inconsciente?

La idea que se introduce en la acción, genera inacción. La acción no basada en una idea, será inmediata, no ocurrirá mañana. Si soy capaz de ver, sin ideación alguna, la brutalidad, las implicaciones de la ambición, habrá una acción inmediata. No es cuestión de cómo no he de ser ambicioso. Si queremos una acción no dividida, no fragmentada, no aislada, debemos reflexionar muy bien al respecto. ¿No han visto al hombre contra el hombre, una nación contra otra, una secta contra otra, un grupo comunal contra otro, un dogma contra otro, un Maestro contra otro? Conocen todo el juego de la división y la brutalidad. Conociéndolo, viendo claramente el hecho que eso implica, ¿puede la ambición ser abandonada? Estamos conscientes de la dominación —espiritual, económica y política— y hemos advertido los resultados, que son guerras constantes, hambre, fragmentación del ser humano, etc. Sabemos que cualquier acción emprendida sin comprender todo el proceso de la ideación y el curso de las ideas, sólo engendrará más antagonismo.

Por lo tanto, un hombre serio, de verdad pacífico —no sólo pacífico políticamente— no puede encarar este problema con una idea preconcebida, porque la idea es postergación, la idea es fragmentaria; no es inteligencia integrada. El pensamiento tiene que estar siempre limitado por el pensador, que se halla condicionado; el pensador está siempre condicionado, jamás es libre. Si surge el pensamiento, de inmediato sigue la idea. La idea con el fin de actuar, está obligada a generar más confusión. Sabiendo todo esto, ¿es posible actuar sin la idea? Sí, ése es el camino del amor. El amor no es una idea, no es sensación, no es memoria; no es un sentimiento de postergación, un artificio autoprotector. Podemos percibir la naturaleza del amor cuando comprendemos todo el proceso de la idea. Ahora bien, ¿es posible abandonar los otros caminos y conocer el camino del amor, que es la única redención? Por ningún otro camino, político o religioso, se resolverá el problema. Ésta no es una teoría sobre la que ustedes tengan que reflexionar y hayan de adoptar en su vida; debe ser algo real, y sólo puede serlo cuando uno ve y comprende que la ambición es destructiva y, en consecuencia, debe alejarla de sí.

Nosotros jamás hemos intentado ese camino del amor. Hemos probado todos los otros caminos. Por favor, no cierren los ojos adormeciéndose con la palabra *amor*. El amor no es un proceso del pensar. La reacción inmediata de ustedes es preguntar: "¿Qué es el amor? ¿Puedo conocerlo? ¿Cómo he de vivir de acuerdo con eso?". ¿Cuál es el camino del amor, que se halla aparte del proceso del pensar y de la idea? Cuando amamos, ¿existe la idea? No lo acepten; sólo mírenlo, examínenlo, investíguenlo profundamente, porque hemos intentado todos los otros caminos, encontrando que no hay respuesta para la desdicha. Los políticos pueden prometerla; las así llamadas organizaciones religiosas pueden prometer la felicidad futura; pero no la tenemos hoy, y el futuro tiene relativamente poca importancia cuando tenemos hambre. Hemos probado todos los otros caminos, y sólo podemos conocer el camino del amor si conocemos el camino de la idea y lo abandonamos; eso implica actuar.

A la mayoría de ustedes le puede sonar absurdo y descabellado escuchar que la acción puede existir sin la idea, pero si lo investigan un poco más a fondo, sin desecharlo como algo tonto, si lo examinan con seriedad, profundamente, verán que la idea jamás puede ocupar el lugar de la acción. La acción es siempre inmediata. Veo algo como la ambición o la codicia y no hay un: "¿Cómo desembarazarme de eso? ¿Puedo hacerlo?". Por favor, considérenlo cuidadosamente. Podemos discutirlo. Verán que el amor es el único remedio; ésa es nuestra única redención, en la que el hombre puede vivir en paz y felicidad con el hombre, sin explotar, sin dominar, sin que una persona se vuelva más importante y superior mediante la ambición, la astucia. No conocemos ese camino. Tomemos, pues, conciencia de todo esto. Cuando hemos reconocido plenamente todo el significado de la acción basada en la idea, el reconocimiento mismo de ello implica actuar lejos de ello; y ése es el camino del amor.

*Pregunta: Se nos ha dicho que la India se está desintegrando rápidamente. ¿Es ése también su sentir?*

KRISHNAMURTI: ¿Qué piensan ustedes? ¿Qué entienden por desintegración? Ciertamente, una nación, un grupo, un individuo se desintegra cuando está corrupto, atado a la tradición, cuando imita, cuando sigue, cuando no es independiente en su pensar, cuando no está libre del entorno, de modo que, como individuo, no puede mirar, pensar, ver con claridad. Cuando un individuo explota a otro mediante su astucia, su conocimiento superior, sus capacidades, es, sin duda, un factor de desintegración, ¿verdad? Y, ¿acaso no estamos todos en la misma situación? ¿No estamos todos imitando, siguiendo, explotando, temerosos, atados a la tradición de los pensamientos ajenos? ¿Somos capaces de pensar por nosotros mismos sin que nos impongan ideas de otros? ¿No denota todo esto que existe un proceso de desintegración? Cuando veneramos a alguien, por grande que sea, ¿no es desintegración eso? Cuando perseguimos una ambición, trepando por su escala para alcanzar la cima del estercolero, ¿no es eso también desintegración, aunque pueda resultarnos satisfactorio, gratificante en lo político, en lo económico? ¿No es desintegración cuando estamos espiritualmente influenciados por alguien, por un "mensajero" especial? Cuando estamos construyendo para el futuro, para un mañana ideal proyectado, o para el futuro de nuestra propia existencia —la próxima vida, etc.—, ¿no es desintegración eso? Nosotros estamos siempre viviendo en el futuro, sacrificando a muchos por una idea. Por cierto, todo esto es un indicio de desintegración, ¿no es así? Ocurre no sólo aquí, en la India, sino en todo el mundo. ¿Por qué hacemos esto todo el tiempo? ¿Es muy difícil descubrir el "por qué"?

Todos deseamos estar seguros, económica y psicológicamente. Nuestros mezquinos "yoes" son tan estrechos y limitados, que necesitamos sentirnos seguros. Por eso rendimos culto a la autoridad. En tanto busquemos internamente la seguridad, tendrá que haber desintegración. La seguridad externa es indispensable. Yo debo estar seguro de mi próxima comida, seguro de que no me faltará ropa y vivienda, pero eso se torna imposible si cada uno de nosotros busca la seguridad interna por medio de la propiedad, de la nación, o trata de alcanzar el peldaño más alto de la escalera. Es decir, mientras yo esté buscando mi progreso personal en cualquier forma que sea, lo cual denota mi deseo de seguridad interna, tiene que haber desintegración, porque estoy combatiendo a mi prójimo.

¿Cuál es la actitud de ustedes cuando escuchan todo esto? No cuál es su idea o su opinión, porque cualquiera puede tener una opinión, sino ¿cuál es su acción al respecto? Si dicen: "¿Cómo puedo no ser ambicioso, no ser autoprotector?", entonces la pregunta que les formulo es para ustedes tan sólo una idea, un intercambio de pensamiento, de opinión. Pero si es genuina, en el sentido de que es un reto para que ustedes respondan mediante la acción, entonces, ¿qué harán? O sea, somos realmente un factor de desintegración. No

importa a qué sociedad pertenezca uno: india, rusa, americana o inglesa, es sin duda un factor de destrucción y desintegración en tanto persiga la seguridad, interna o externamente. ¿Cuál es nuestra acción? Por cierto, tal acción es la única respuesta posible, no: "Reflexionaré sobre ello; ¿cómo puedo hacerlo?", lo cual es más bien la respuesta a una idea. Pero un hombre que ve eso, actúa inmediatamente, y ese hombre conocerá el camino del amor. Para mí, él es un factor regenerativo en el mundo de la corrupción. Eso no requiere una gran valentía, un gran intelecto, que son meros factores de una mente ingeniosa; requiere una perspectiva directa de *lo que es*, es decir, ver las cosas como son. El hombre que ve con claridad, es inevitable que actúe. Nosotros no queremos ver, y ahí es donde reside nuestra desdicha. Sabemos todo esto. Estamos familiarizados con esta corrupción, esta desintegración, y no podemos actuar porque estamos atrapados en la ideación, en las ideas, en el pensamiento de cómo y qué. Así pues, un hombre que ve la corrupción y se da cuenta de ella sin que interfiera la pantalla de las ideas, actuará; y ese hombre conoce el camino del amor.

*Pregunta: Cuando la mente deja de reconocer, ¿no llega a un estado de inactividad? ¿Qué funciona, entonces?*

KRISHNAMURTI: Para responder plenamente a esa pregunta, usted tiene que comprender lo que se ha dicho anteriormente. Dije que el proceso de la mente es reconocimiento. Sin el reconocimiento de algo, sin conocerlo, no hay proceso de pensamiento. Si tengo una experiencia, debo ser capaz de reconocerla, ya sea verbalmente o sin verbalización. Debo *saber* que he tenido una experiencia; o sea, debo reconocer la experiencia como placentera o dolorosa, etc. Debo darle un nombre. Existe el centro de reconocimiento, que es el "yo"; no el "yo" superior o el "yo" inferior; eso es la invención de la mente ingeniosa, el "yo" es uno solo. Así pues, este centro de reconocimiento es el "yo"; y, sin reconocimiento, ¿puede existir la mente, puede existir el centro, el "yo"? Es obvio que no.

El interlocutor pregunta cuál es el estado de actividad de la mente si ese reconocimiento, ese centro, no existe. ¿Qué actividad hay? ¿Qué ocurre entonces? ¿He aclarado la pregunta? Ahora bien, ¿por qué quiere él saberlo? Quiere saberlo para ser capaz de reconocer, ¿no es así? Cuando verbalizo mi experiencia para ustedes, poder decir: "He tenido esa experiencia", o sea, poder reconocerla como correspondiente a la mía. Su formulación de la pregunta es una continuación del proceso del "yo". ¿Es mi experiencia igual a la de él? Él formula la pregunta para sentirse seguro en su reconocimiento. Señor, tenga a bien ver cómo trabaja su propia mente. A usted no le interesa qué ocurre cuando cesa el proceso de reconocimiento; lo que desea es que yo le asegure que su experiencia es igual a la mía, o sea, quiere reconocer su experiencia en relación con la mía. Su pregunta no tiene, pues, respuesta. Es una pregunta equivocada.

Planteémoslo de una manera diferente. Nosotros conocemos la experiencia sólo gracias al reconocimiento. Y cada acto de reconocimiento fortalece a la mente, da énfasis y vigor a la seguridad del "yo". Cada experiencia es reconocida; uno no puede tener experiencia alguna sin decir: "Sí, sé lo que es eso". Así, pues, su experiencia es sólo una proyección de su propio pensamiento. Escuchen esto sin poner en juego su habilidad o su ingenio; simplemente obsérvenlo. Se trata, psicológicamente, de un hecho. Yo deseo ver al Maestro, y lo veo y experimento, pero eso no tiene nada que ver con la realidad. Es mi deseo proyectado y reconocido, el cual sólo fortalece mi experiencia, mi reconocimiento, y entonces digo: "Yo creo, yo sé". Por lo tanto, si dependo de mi experiencia para ver qué es la verdad, eso es mi proyección de lo que la verdad debería ser. Y ¿es posible para el centro, para el "yo", no tener reconocimiento alguno, no ayudar a la experiencia por medio del reconocimiento? Inténtelo. Trate de ver si su mente puede estar por completo quieta sin reconocer las cosas; cuando esto ocurre, la mente se halla en un estado de inmovilidad. Poco después, ella quiere prolongar ese estado y, de tal modo, reduce esa experiencia al reino de la memoria fortaleciendo el proceso del pensar, del reconocer, que es el centro del "yo". Debido a eso, no hay posibilidad de experimentar nada nuevo; persiste el reconocimiento. Y está el deseo de aferrarnos a la experiencia que hemos tenido hace años, de continuarla. ¿Puede la mente permanecer quieta, sin nada de todo esto? Es decir, ¿puede la mente estar en silencio sin la verbalización, que es el proceso del pensamiento? Si la mente permanece silenciosa de esa manera, las actividades que siguen no pueden ser medidas, no pueden ser verbalizadas ni reconocidas.

Dios, la verdad, no es reconocible. Por lo tanto, para dar con la verdad, es preciso comprender y descartar todo conocimiento, toda creencia, porque cuando la mente no se halla en un estado de conocer, cuando todo reconocimiento ha llegado a su fin, la verdad puede penetrar en ella y manifestarse.

*Pregunta: Si yo mismo soy incapaz de encontrar la verdad, ¿cómo puedo impedir que mi hijo sea víctima de mi condicionamiento?*

KRISHNAMURTI: ¿Cómo procederían ustedes al respecto? Sabiendo que un padre está condicionado, que tiene prejuicios, ambiciones, afirmaciones irracionales, laicismo, creencias, tradiciones, opiniones de la abuela, que le preocupa lo que la sociedad dirá o no dirá... sabiendo todo eso, ¿cómo harán a fin de ayudar al niño a crecer para convertirse en un ser humano libre e integrado? Ése es el problema, ¿verdad? ¿Cómo procederán al respecto? Requiere toda una hora responder a ello, porque la pregunta es cómo educar al niño. ¿Qué hacemos por nuestros hijos? ¡Tratar meramente de encajarlos en el presente estado de la sociedad, ayudarlos a aprobar exámenes! No tenemos realmente idea de lo que debemos hacer; queremos intentar ayudar al niño a que comprenda lo que nosotros no hemos comprendido. Si estoy ciego, ¿puedo

conducirlo al otro lado de la carretera? Sin embargo, estando ciego no digo que estoy ciego. No me doy cuenta de que estoy ciego. Digo: "Sí, estoy condicionado, así es. Pero quiero ayudar a mi hijo". Si me doy cuenta de que estoy profunda y fundamentalmente condicionado, de que tengo problemas, prejuicios, ambiciones, supersticiones, creencias, si tengo conciencia de ello, si lo sé, ¿qué ocurre, entonces? Mi acción hacia mi hijo será diferente. Si estoy emponzoñado, emponzoñado por la religión, ¿permitiré que mi hijo se me acerque? Razonaré con él, le mostraré por qué no debe venir a mí, y eso implica que debo amar a mi hijo. Pero nosotros no amamos a nuestros hijos. No tenemos en nuestros corazones amor por los hijos; de otro modo, si lo hubiera, impediríamos las guerras, impediríamos toda esta fragmentación de los seres humanos en clases, nacionalidades: inglés, indio, brahmín y no brahmín, blanco y negro, etcétera.

Así pues, estando condicionado, no puedo ayudar a otro si no me percato de mi condicionamiento. Reconocer que estoy condicionado es acabar con ello, y no: "Estoy condicionado, ¿cómo puedo librarme del condicionamiento?", lo cual es tan sólo una idea que me ayuda a posponer la acción. Si me doy cuenta, si sé que estoy condicionado, entonces no puedo sino actuar y ayudar al hijo. Es de veras muy importante comprender *esta* cuestión, no la cuestión de cómo guiar al niño, cómo ayudarlo.

Tenemos que comprender todo el problema de la idea y la acción. Siempre hemos puesto la idea primero y la acción después. Toda nuestra literatura, religiosa, política, económica, se basa en la idea. Nuestro conocimiento no es más que eso. Una mente llena de conocimientos e ideas, jamás puede actuar. Por lo tanto, la creencia y el conocimiento son un obstáculo para la acción. Esto puede sonar contradictorio y absurdo, pero si tienen a bien investigarlo, verán la racionalidad que hay tras esa declaración. En consecuencia, lo importante en estas pláticas y preguntas, no es cultivar ideas, o intercambiar opiniones, dogmas y creencias, o sustituir una creencia por otra, sino estar libres para actuar, con una acción que no sea aisladora. La acción siempre será aisladora en tanto se base en el conocimiento y la creencia, que son ideas, que constituyen el proceso del pensar. Cuando tenemos un problema como el de la ambición, no podemos tener una idea al respecto; sólo podemos actuar. De igual manera, cuando sé que estoy condicionado, un mero proceso de pensamiento en relación con ello es una postergación de la mente con respecto al condicionamiento. Les aseguro, esto deja de ser un problema sólo para un hombre que es serio, cuya función es la paz, que está resuelto a descubrir el amor, el camino del amor, porque él no se interesa en la idea, porque su interés está puesto en la acción no aislada.

*12 de enero de 1952*

## CUARTA PLÁTICA EN MADRÁS

He estado tratando de descubrir la solución al problema de la conciencia. Es muy importante que conversemos sobre qué es la individualidad o el problema de la conciencia. Siendo seres humanos individuales, nosotros nos esforzamos por encajar en el patrón de la comunidad, de lo colectivo, de lo totalitario. Antes de que podamos abarcar el problema de manera adecuada y verdadera, es necesario comprender todo el problema de la individualidad.

¿Qué es el individuo? Ésta es una cuestión que debemos discutir de manera muy constante y sensata, sin ningún tipo de barreras, conclusiones o comparaciones. Si pueden escuchar aquello de que voy a hablar, sin erigir rápidamente las barreras de sus propias conclusiones —que podrán ser verdaderas o no—, barreras de lo que han aprendido de su influencia ambiental o de lo que leyeron en los libros, entonces quizá serán realmente capaces de cooperar conmigo y entre ustedes, sin dominar, sin aniquilar por completo al individuo mediante la legislación, la coacción, los campos de concentración y demás. No sé si perciben la importancia de esto. Si no la perciben, sugiero que lo intenten, ya que se trata, sin duda, de un problema vital. Como es una cuestión difícil, debemos ser capaces de discutirla como dos amigos, no como dos antagonistas en campos opuestos, ustedes con sus opiniones y yo, tal vez, con la mía. No les ofrezco una opinión, no expongo una creencia, una formulación o un concepto, porque no me complazco en esa forma de estupidez; para mí es estúpido que, siendo uno incapaz de comprender *lo que es*, desee conocer *lo que es*.

No debemos especular acerca de *lo que es*. Espero que vean la diferencia entre especular sobre *lo que es*, y comprender *lo que es*. Las dos cosas son, sin duda, por completo diferentes. La mayoría de nosotros sólo especula, tiene creencias, conclusiones acerca de *lo que es*, y con estas conclusiones, especulaciones, formulaciones, etc., aborda la cuestión del individuo. Es inevitable que fracasemos si la abordamos de ese modo, mientras que si podemos considerarla sin formulación alguna, simplemente considerarla, quizá seremos capaces de comprender el significado de los problemas que involucra la individualidad, y quizá podamos, entonces, ir más allá de lo que llamamos "individuo". Eso implica comprender toda la cuestión de lo consciente y lo inconsciente, no sólo la árida conciencia de la mente superficial, de la mente activa, sino también la de lo inconsciente, lo oculto.

Entonces, ¿qué es el individuo? ¿Qué es el "yo"? Debemos examinar lo que pensamos que es y lo que esperamos que sea, es decir, mirarnos a nosotros mismos, de ser posible, sin especulación alguna. Si dicen cosas tales como: "Soy el más alto representante de Dios", eso es mera especulación. Tenemos que desechar tales especulaciones. ¡Obviamente! ¿No es así? Son todas palabras que han aprendido, que la sociedad les ha impuesto de un modo u otro. En lo político, si pertenecen a la extrema izquierda, ustedes podrían decir que no tienen nada de qué preocuparse al respecto, sólo dejar que opere la influen-

cia del entorno; si están predispuestos religiosamente, tienen su propia fraseología: que son esto, que son aquello, que "algo" se manifiesta en ustedes... ya conocen todo el asunto acerca del yo superior y el yo inferior. Con ese trasfondo, es obvio que no pueden mirar o examinar el problema, ¿verdad? Podrán considerar *lo que es,* sólo si observan muy cuidadosamente todo el proceso del individuo, qué es el individuo, etc. ¿Pueden ustedes decirme lo que son? Por favor, tengan presente qué es lo que estamos discutiendo, con qué propósito lo hacemos: comprender el problema de la conciencia y, si es posible, considerarlo no especulativamente, no teóricamente, sino ir más allá de los confines del área estrecha llamada el individuo; eso es lo que intentamos hacer.

¿Qué es el individuo? ¿Qué son ustedes, de hecho? Obviamente, ciertas respuestas fisiológicas, respuestas corporales, y respuestas psicológicas de la memoria, del tiempo, constituyen el individuo. Estamos todos compuestos de esperanzas frustradas, depresiones, con alguna ocasional alegría; y en ello esta el "yo" con sus temores, esperanzas, degradaciones, recuerdos. Somos un depósito de la tradición, del conocimiento, de la creencia, de lo que quisiéramos ser, y del deseo de certidumbre, de continuidad con un nombre y una forma. Eso es lo que somos en realidad. Somos el resultado de nuestra madre y nuestro padre, de las influencias ambientales, climáticas y psicológicas. Eso es *lo que es.* Más allá de eso nada sabemos. Sólo podemos especular, afirmar; sólo podemos decir que somos el alma inmortal, imperecedera; pero de hecho, eso carece de existencia. Es meramente un proceso de *lo que es,* traducido en términos de seguridad.

La conciencia, tal como la conocemos, es un proceso del tiempo. ¿Cuándo están ustedes conscientes? Cuando hay una respuesta, agradable o desagradable. De lo contrario, no están conscientes, ¿verdad? Cuando hay miedo, están conscientes. Cuando hay frustración, tienen conciencia de sí mismos sintiéndose frustrados. Cuando hay alegría, tienen conciencia de ella. Cuando la conciencia entra en acción, cuando el deseo se ve contrariado, frustrado, o cuando se realiza, son igualmente conscientes de ello. Por lo tanto, lo que sabemos es que la conciencia es un proceso de tiempo, confinado, limitado, reducido al proceso del pensamiento. Eso es, sin duda, lo que realmente tiene lugar en cada uno de nosotros, ¿no es así? Ese proceso puede ser elevado a un alto nivel o descendido a un nivel bajo; pero es lo que de hecho tiene lugar, lo que realmente ocurre.

La conciencia es un proceso de tiempo en acción. Deseo hacer algo, y cuando puedo hacerlo sin ningún obstáculo, sin lucha, sin sentido alguno de frustración, ello no implica ningún esfuerzo. Apenas interviene el esfuerzo, surge la conciencia como el "yo". Espero que estén siguiendo esto.

El individuo es el producto del tiempo, y es memoria, conciencia, es el "yo" reducido a una forma y un nombre en particular. El "yo" se refiere tanto a la mente consciente en funcionamiento, como a la mente inconsciente. Todos tememos a la muerte, tenemos miedo de innumerables cosas. Tenemos distintos niveles de frustraciones y esperanzas, conforme a la educación, a la in-

fluencia ambiental, al desaliento, niveles que dependen tanto de nuestra condición fisiológica como de la condición psicológica. Somos, pues, todo eso; somos un manojo de todo eso. Estamos conscientes sólo cuando el movimiento de la conciencia se bloquea. Uno se da cuenta de sí mismo únicamente cuando se ve obstaculizado. ¿Son ustedes autoconscientes de algún otro modo? Tienen conciencia de sí mismos al realizarse, al lograr algo, al alcanzar un objetivo, al devenir. De lo contrario, no están conscientes, ¿verdad? Y en tanto exista este proceso del tiempo, tiene que haber miedo, ¿no es así?

¿Qué es el miedo? El miedo existe siempre en relación con algo, ¿no? No existe por sí mismo. Miedo a la muerte, miedo de no ser, de no llegar, de no ser elegido, de no lograr, de no alcanzar el éxito, etc. Hay miedo en diferentes niveles. Está el miedo a la inseguridad económica, a la inseguridad mental. Mientras haya miedo tiene que haber lucha, fricción constante entre ser y no ser, no sólo en el nivel consciente, sino también en el nivel oculto. Así pues, estando atemorizados —que es el estado de la mayoría de nosotros— procuramos escapar de ello, y tenemos innumerables escapes.

Les ruego que sigan esto cuidadosamente y que se observen a sí mismos mientras lo hacen. Entonces ustedes y yo podremos avanzar más allá y descubrir mucho más que en el mero nivel verbal. Mientras hablo, deben observarse en el espejo de mis palabras. Si se detienen tan sólo en el nivel verbal, no serán capaces de ir más lejos; sólo podrán hacerlo si lo que digo lo relacionan consigo mismos. No expongo algo que ustedes tengan que examinar y analizar. Digo lo que de hecho está ocurriendo.

Todos sentimos miedo. Deseamos estar seguros. Nos agrada estar con nuestra esposa, con nuestro esposo, con el vecino, con la sociedad, con Dios, etc. No hemos resuelto el problema del miedo. Lo que hacemos es escapar de él en diversas formas. Si somos lo que se llama personas instruidas, civilizadas, nuestros escapes son refinados. A veces, estos escapes adoptan la forma de supersticiones.

Ahora bien, ¿es posible ir más allá del miedo? Sé que tengo miedo; ustedes también saben que tienen miedo, quizá no a lo externo, pero están atemorizados internamente. ¿Qué es este miedo? Evidentemente, sólo puede existir en relación con algo. Tengo miedo a la muerte; tengo miedo porque no sé qué va a suceder. Temo perder mi empleo, temo a mi vecino, temo a mi esposa; temo tener un deseo, temo no alcanzar la altura espiritual que se espera de mí, y así sucesivamente. ¿Qué es este "yo" que teme? Es el miedo, la conciencia en acción, el deseo de ser algo o de no ser algo. El miedo encuentra diversos escapes. La variedad común es la identificación, ¿no es así? Identificación con el país, con la sociedad, con una idea. ¿No han notado cómo responden cuando ven un desfile militar o una procesión religiosa, o cuando el país está en peligro de ser invadido? Entonces se identifican con el país, con una creencia, con una ideología. Hay otras ocasiones en que uno se identifica con su hijo, con su esposa, con una forma particular de acción o inacción. Así pues, la identificación es un proceso de olvido de nosotros mismos.

En tanto estoy consciente del "yo", sé que hay pena, lucha, miedo constantes. Pero, si puedo identificarme —al menos transitoriamente— con algo más grande, con algo valioso, con la belleza, con la vida, con la verdad, con la creencia, con el conocimiento, hay un escape respecto del "yo", ¿no es así? Si hablo acerca de mi país, me olvido momentáneamente de mí mismo. Si puedo decir algo con respecto a Dios, me olvido de mí mismo. Si puedo identificar a mi familia con un grupo, con determinado partido político, con cierta ideología, entonces hay un escape temporario.

La identificación es, por lo tanto, una forma de escapar del "yo", tal como la virtud es una forma de escapar del "yo". El hombre que persigue la virtud está escapando del "yo", y tiene una mente estrecha. Ésa no es una mente virtuosa, porque la virtud no es algo que pueda ser perseguido. Ustedes no van a ser virtuosos persiguiendo la virtud, porque cuanto más tratan de volverse virtuosos, mayor es la fuerza, la seguridad que confieren al "yo". Así, el miedo, que es común a la mayoría de nosotros en diferentes formas, debe siempre encontrar una sustitución y, por lo tanto, ha de incrementar nuestra lucha. Cuanto más nos identificamos con una sustitución, mayor es la fuerza que tenemos pare aferrarnos a aquello por lo que estamos dispuestos a morir, a luchar, porque detrás está el miedo.

¿Sabemos ahora qué es el miedo? ¿No es, acaso, la no aceptación de *lo que es*? Debemos comprender la palabra *aceptación*. No uso esa palabra en el sentido del esfuerzo hecho para aceptar. No hay cuestión de aceptar cuando soy capaz de ver *lo que es*, cuando percibo *lo que es*. Cuando no veo claramente *lo que es*, introduzco el proceso de la aceptación. De modo que el miedo es la no aceptación de *lo que es*. ¿Cómo puedo yo, que soy un manojo de todas estas reacciones, respuestas, recuerdos, esperanzas, depresiones, frustraciones, que soy el resultado de la conciencia bloqueada, cómo puedo ir más allá? Es decir, ¿puede la mente, sin estos bloqueos y obstáculos, estar consciente? Sabemos cuán extraordinario es el regocijo que existe cuando no hay obstáculos. ¿No conocen ustedes esa alegría, ese bienestar que se sienten cuando el cuerpo está perfectamente sano? Y cuando la mente está por completo libre sin bloqueo alguno, cuando el centro de reconocimiento que es el "yo" se halla ausente, ¿no experimentan, acaso, cierto estado de júbilo? Todos lo hemos experimentado, sin duda; y, habiéndolo experimentado, queremos volver atrás y recapturarlo. Eso es, nuevamente, el proceso del tiempo. Habiendo experimentado algo, lo deseamos y, de ese modo, ponemos un bloqueo a la conciencia.

Por cierto, para descubrir la acción que no es el resultado del aislamiento, es preciso que haya un actuar sin "yo". Eso es lo que, en una forma u otra, todos buscamos en la sociedad; lo buscamos por medio de la especulación religiosa, de la meditación, de la identificación, de la creencia, del conocimiento, de innumerables clases de actividades. Eso es lo que cada uno de nosotros está buscando: escapar del área estrecha llamada el "yo", alejarnos de ella. ¿Puede uno hacerlo sin comprender todo el proceso de *lo que es*? Si no

conozco todo el contenido de lo que está frente a mí como el "yo", ¿puedo evitarlo y escapar?

Hay comprensión y liberación respecto del "yo", sólo cuando puedo mirarlo completa e integralmente como un todo; y eso es posible únicamente cuando comprendo el proceso que implican todas las actividades del deseo —que es la expresión misma del pensamiento—, sin justificarlo, condenarlo ni reprimirlo. Si puedo comprender eso, sabré que hay una posibilidad de ir más allá de las restricciones del "yo". Y entonces puede haber una acción no aislada, una acción que no se base en la idea. Pero mientras la mente se halle confinada al área que llamamos el "yo", tiene que haber conflicto entre hombre y hombre; y un hombre que busca la verdad o la paz, debe comprender el deseo. La comprensión llega cuando el deseo no se ve bloqueado intelectualmente a causa del miedo, de la condena, lo cual no quiere decir que hayamos de dar rienda suelta al deseo. Debemos seguir su movimiento, seguirlo sin contradicción alguna, sin condenarlo. Y entonces veremos que lo consciente, por activo que pueda estar, deviene el campo donde lo inconsciente puede florecer.

La libertad, que de hecho es virtud, resulta esencial para descubrir qué es la verdad, y un hombre atado a la creencia, al conocimiento, al "yo", jamás podrá descubrir qué es la verdad. Ese descubrimiento no es el proceso del tiempo. El proceso del tiempo es la mente, y la mente no puede descubrir qué es la verdad. Por lo tanto, es indispensable comprender el proceso de la conciencia limitada al "yo".

*Pregunta: ¿Cuál es, en su sentir, la causa del gran predominio que, en el mundo de hoy, tiene el desequilibrio mental? ¿Es la inseguridad? Si es eso, ¿qué podemos hacer para evitar que los millones que se sienten inseguros se vuelvan seres desequilibrados, neuróticos y psicóticos?*

KRISHNAMURTI: Ante todo, ¿existe algo como la seguridad interna? ¿Puede jamás haber seguridad en lo interno, en lo psicológico? Si ustedes pueden encontrar la respuesta a eso, entonces resulta posible la seguridad física, porque eso es lo que millones desean: seguridad física, la próxima comida, un techo, ropa. Millones se van a dormir medio muertos de hambre. A fin de resolver el problema del alimento, la ropa y la vivienda para la mayoría de los seres humanos, no para unos pocos, debemos investigar por qué el hombre busca la seguridad psicológica, ya que la respuesta no se encuentra en el reordenamiento de las cosas. La respuesta no es económica sino psicológica, porque cada uno de nosotros está buscando la seguridad interna, y eso impide la seguridad externa para el hombre; cada uno de nosotros quiere ser algo; usamos la sustancia física como instrumento de seguridad psicológica. ¿No están ustedes haciendo eso? Si ustedes y yo nos interesáramos, si el mundo se interesara en alimentar al ser humano, en vestirlo, en proveerle de techo, encontraría seguramente los medios. ¿No es así? Nadie está haciéndolo. Ésa es una de las causas de desequilibrio mental, ¿verdad? Si me siento inseguro exterior-

mente, suceden en mi interior toda clase de cosas que generan un estado mentalmente neurótico.

Por lo tanto, nuestro problema no es totalmente económico, como a los economistas les gustaría creer, sino más bien psicológico; o sea, cada uno de nosotros quiere estar seguro mediante la creencia, mediante la superstición. Conocemos las diversas formas de creencia a las que nos aferramos con la esperanza de sentirnos seguros. ¿No saben ustedes que el hombre que cree, jamás puede cometer suicidio? Pero el hombre que no cree está dispuesto a suicidarse, ya sea matándose o matando a otra persona . De modo que la creencia es un instrumento de seguridad. Y cuanto más creo en la vida futura, en Dios, tanto más pienso en ello, porque me brinda consuelo y seguridad, y estoy bastante equilibrado. Pero, si soy inquisitivo, escéptico, si investigo, si dudo, comienzo a perder mis amarras y mi seguridad, y mentalmente no puedo soportarlo. Entonces aparece el estado psicótico.

¿No lo han notado en sí mismos? Apenas tienen algo a lo cual aferrarse —no importa qué, una persona, una idea o un partido político—, se sienten en paz. En tanto puedan aferrarse a algo, se sienten a salvo y más o menos equilibrados. Pero si cuestionan esa creencia, si la examinan, están invitando a la inseguridad. Por eso, todas las personas ingeniosas e intelectuales terminan en alguna forma de creencia, debido a que extienden el alcance de sus intelectos hasta donde pueden y, al no ver nada, dicen: "Creamos en esto o en aquello". Así pues, nuestra pregunta es: ¿Existe la seguridad, la seguridad psicológica, interna? Evidentemente, no. Puedo encontrar seguridad en la creencia, pero eso es tan sólo una proyección de mi incertidumbre en la forma de creencia, la cual se vuelve certeza.

¿Puedo descubrir lo verdadero con respecto a la seguridad y la inseguridad? Sólo entonces soy un ser humano cuerdo, no si me aferro a alguna creencia, a alguna idea, a algún conocimiento. Si puedo descubrir la verdad sobre mi deseo de sentirme seguro, entonces soy un ser humano integrado, inteligente. ¿Es ésa su pregunta? Obviamente no, porque usted no quiere saber si la seguridad existe. No bien uno lo pone en duda, ¿qué ocurre? El castillo de naipes que hemos construido con tanta habilidad, se desmorona. Si no podemos lograr la seguridad, nos volvemos psicóticos. Así, pues, hasta que uno descubra si hay tal cosa como la seguridad, hasta que dé con la verdad al respecto, será evidentemente un ser desequilibrado.

¿Existe la seguridad, la seguridad psicológica, interna? Sólo queremos que exista, pero es obvio que no existe. ¿Podemos depender de algo? Cuando lo hacemos, ¿qué sucede? La dependencia misma invita al miedo, el cual engendra independencia como medio para alejarnos de él, y esto es otra forma de miedo. Hasta que encontremos, pues, qué hay de cierto en la seguridad —que implica continuidad—, es inevitable que tengamos algunos bloqueos en la mente, los que, al actuar, crean un estado neurótico. No hay permanencia, no hay certidumbre; existe la verdad, que sólo puede revelarse si comprendemos todo el proceso del deseo y de la inseguridad.

*Pregunta: La verdadera regeneración de la India, ¿es posible únicamente mediante el renacimiento de las artes y la danza?*

KRISHNAMURTI: La palabra *únicamente* es importante, ¿verdad? Porque aquello en que cada uno de nosotros se ocupa, viene a convertirse en un medio de renacimiento. Si soy un artista, ése es el único medio por el cual puedo producir un mundo creativo. Si soy una persona religiosa, el único medio es ése. Para el economista, el único medio de regeneración es la economía. Así pues, aquello en que cada uno de nosotros se ocupa, ese talento particular, esa especial tendencia, se convierte en el medio de producir una India regenerada.

¿Llega la regeneración por obra de organizaciones externas, de capacidades, de reordenamiento de hechos, de la danza, de las artes? ¿Qué entendemos por regeneración? Renacimiento, algo nuevo, no la continuidad del pasado en una forma nueva. Eso es, sin duda, lo que entendemos, ¿no es así? Un nuevo Estado, un mundo nuevo en el que hay paz, felicidad. Usted sabe, toda la cosa por la que luchamos. El renacimiento, ¿es posible sin una revolución interna, sin libertad interior? Uno podrá ser un experto en danza; quizá sea ése su don particular. ¿Regenerará realmente a la India o al mundo, el hecho de que uno sea un bailarín maravilloso o un portentoso químico o político? ¿Qué es lo que dará origen a una revolución fundamental, radical, que tan indispensable resulta; una revolución completa, no fragmentaria sino integrada, no un reordenamiento superficial del modelo anterior? Por cierto, esa revolución debe tener lugar en cada uno de nosotros. ¿No es así?

No teman a la palabra *revolución*. O lo es, o no lo es. Nos agradaría más bien una evolución interna, todo el proceso de llegar a ser más y más en el mundo, más y más virtuosos, lo cual es un mero fortalecimiento del "yo" a través del tiempo. En tanto exista el "yo", no hay revolución interna. Y el "yo" no puede ser disuelto a través del tiempo ni de la identificación con aquello que deseamos.

La revolución interna tiene lugar sólo cuando uno ve *lo que es* y cuando hay una acción que no se basa en la idea. Porque cuando nos enfrentamos a *lo que es*, las ideas carecen de todo valor. La regeneración y el renacimiento sólo pueden ocurrir, no por obra de un don o una capacidad especial, sino gracias a la comprensión y revolución interior.

*Pregunta: ¿Le he comprendido correctamente cuando digo que la solución para todos nuestros males es poner fin a todo reconocimiento y a las divagaciones del deseo, e ir más allá de eso? He experimentado momentos de éxtasis, pero desaparecen pronto, y los deseos irrumpen precipitándose desde el pasado hacia el futuro. ¿Es posible aniquilar el deseo de una vez por todas?*

KRISHNAMURTI: El interlocutor quiere un resultado. Rinde culto al éxito

y desea librarse por completo del deseo a fin de alcanzar un estado de éxtasis. Es decir, me agradaría ser feliz y extático, y quiero desembarazarme del deseo. Investigo, pues, no para comprender el deseo, sino para librarme del deseo con el fin de lograr ese estado. Por favor, vean la imposibilidad de esto. Quiero cierto resultado que he experimentado antes, y deseo que esa experiencia continúe; como no puedo continuar esa experiencia mientras el deseo exista, tengo que deshacerme del deseo. A ustedes no les interesa comprender el deseo, sino modificarlo en una fase determinada; eso es lo que implica esta pregunta. Uno desea el éxtasis, y sabe que lo ha experimentado; sabe asimismo que el deseo lo impide, y entonces tiene el problema de cómo librarse de ese deseo. Desea aquel estado de éxtasis; eso es todo. Lo único que ha hecho es sacar su deseo de los muros seculares, locales, estrechos, convirtiéndolo en algo que ha experimentado. ¿En qué se interesa, pues? En una experiencia pasada. Tengan a bien seguir esto si quieren comprender todo el proceso al que se enfrentan: el problema de volver a capturar una experiencia pasada, como un muchacho que ha tenido un momento de éxtasis y que, cuando ya es viejo, quisiera retornar a aquello. Ustedes saben que eso es imposible, porque él es incapaz de experimentar nada nuevo.

¿Qué entienden ustedes por experiencia? Nosotros podemos experimentar sólo algo que reconocemos. Por lo tanto, lo que ocurre es que el "yo" reconoce algo como "éxtasis" y quiere capturarlo. El querer mismo es un proceso de deseo. En el instante de la experiencia, no existe el nombrar. Por favor, entiendan esto. Obsérvense a sí mismos en acción; entonces lo que digo tendrá sentido para ustedes. Cuando algo nos sucede inesperadamente, se desarrolla un estado de éxtasis; en ese segundo, no hay reconocimiento. Uno dice, entonces: "He tenido una experiencia", y le da un nombre. Éste es todo el proceso de la mente tratando de dar un nombre a la experiencia para poder recordarla y así, mediante el recuerdo, poder continuar esa experiencia. Para la mayoría de nosotros, ese proceso es nuestro compañero constante.

Pero la comprensión del deseo requiere una mente alerta y una vigilancia continua sin condena ni justificación, un permanente observar y seguir el movimiento de la mente, porque ésta jamás está quieta. Es un movimiento, y de nada sirve oponérsele, porque ello sólo creará más resistencia en la mente. Cuando ustedes tengan una experiencia que jamás es reconocida, verán que la así llamada experiencia que nombran, no es en absoluto una experiencia, sino sólo una continuación de su propio deseo en una forma diferente. Cuando comprendemos el deseo, cuando realmente hemos seguido su movimiento, tenemos un estado del ser en el que no hay reconocimiento, en el que no existe el nombrar. Ese estado adviene cuando la mente no invita al deseo, cuando está de veras silenciosa, no forzada al silencio. Está silenciosa porque comprende el deseo, sigue su movimiento y se da cuenta de todo su proceso. Cuando está en silencio, la mente ya no es más imaginativa, ya no verbaliza; ese silencio mismo de la mente nos lleva al estado del ser que la mente no puede medir.

*13 de enero de 1952*

## QUINTA PLÁTICA EN MADRÁS

Las últimas veces que nos hemos reunido, estuvimos considerando la importancia de comprender los comportamientos del "yo" porque, después de todo, la mayoría de las personas reflexivas debe darse cuenta de que el "yo", el "sí mismo" es, en realidad, la causa de todos nuestros males, de todas nuestras desdichas. Creo que casi todas las personas reflexivas perciben eso. Uno puede ver que las organizaciones religiosas, en su mayor parte, teorizan e insisten vagamente sobre lo esencial que es abandonar completamente el "yo". Hemos leído acerca de eso en los libros. Si de algún modo sentimos inclinación religiosa, tenemos diversas frases al respecto; quizá repitamos mantras y demás, pero a pesar de todo esto, nuestra propia percepción y nuestras vagas comprensiones acerca del "yo", continúan de manera muy sutil o del modo más grosero. Creo que debemos estar seguros de las múltiples expresiones del "yo" y comprenderlas, y así ver si no es posible erradicarlas por completo; siento que, sin comprender toda la complejidad del "yo", no podremos avanzar más, dividamos o no al "yo" en superior e inferior, lo cual es irrelevante y una mera cuestión de la mente, que termina por dividirlo como un mero recurso de seguridad propia. A menos que comprendamos todo este complejo proceso, no habrá posibilidad de paz en el mundo. Sabemos esto, consciente o inconscientemente nos damos cuenta de este hecho; sin embargo, en nuestra vida cotidiana ello no juega ningún papel, no convertimos en realidad esa percepción.

Hemos estado discutiendo lo siguiente: ¿De qué modo reconoceremos las múltiples actividades del "yo" y sus sutiles formas, tras las cuales la mente se ampara? Vemos el "yo", su actividad, su acción que se basa en la idea. La acción basada en una idea es una forma del "yo", porque éste da continuidad a esa acción, le atribuye un propósito. Así, la idea en acción se convierte en el medio de continuidad del "yo". Si la idea no está presente, la acción tiene un significado completamente distinto que no se origina en el "yo". La búsqueda de poder, posición, autoridad, la ambición y demás, son todas formas del "yo" en sus diferentes modalidades. Pero lo que importa es comprender el "yo", y estoy seguro de que todos nosotros estamos convencidos de ello. Si me permiten agregar algo aquí, les sugiero que seamos serios acerca de esta cuestión, porque siento que si podemos comprender esto y actuar al respecto —como individuos, no como un grupo de personas que pertenecen a ciertas clases sociales, a ciertas divisiones climáticas—, entonces habrá una verdadera revolución. Tan pronto como eso llega a ser universal y mejor organizado, el "yo" se refugia allí; mientras que si ustedes y yo, como individuos, podemos amar, poner en práctica esto en la vida cotidiana, entonces surgirá esa revolución que es tan esencial; surgirá no porque la organicemos juntándonos en diversos grupos, sino porque, individualmente, la revolución estará ocurriendo todo el tiempo.

Esta tarde quisiera considerar cómo la experiencia fortalece el "yo".

¿Saben qué entiendo por el "yo"? Entiendo la idea, el recuerdo, la conclusión, la experiencia, las diversas formas de intenciones nombrables e innombrables, el esfuerzo consciente para ser o no ser, la memoria acumulada de lo inconsciente, lo racial, lo individual, el grupo, el clan, y la totalidad de eso, ya sea proyectada exteriormente en la acción o proyectada espiritualmente como virtud; el esforzarse en pos de todo esto es el "yo". En ello está incluida la competencia, el deseo de ser. Todo ese proceso es el "yo", y sabemos de hecho, cuando nos enfrentamos con él, que es algo maligno. Uso deliberadamente la palabra *maligno*, porque el "yo" es divisivo, nos encierra en nosotros mismos; sus actividades, por nobles que sean, separan y aíslan. Sabemos todo esto. También sabemos cuán extraordinarios son los momentos en que el "yo" se halla ausente, en que no hay sentido alguno de esfuerzo, momentos que ocurren cuando hay amor.

Me parece importante comprender cómo la experiencia fortalece el "yo". Si somos serios, debemos comprender este problema de la experiencia. Y bien, ¿qué entendemos por "experiencia"? Tenemos experiencia —impresiones— todo el tiempo; interpretamos esas impresiones y reaccionamos a ellas, o actuamos de acuerdo con esas impresiones; somos calculadores, astutos, etc. Existe esta constante interacción entre lo que vemos objetivamente y nuestra reacción a ello, y la influencia recíproca entre lo consciente y los recuerdos de lo inconsciente.

Les ruego que no memoricen todo esto. Si se me permite sugerirlo, observen sus propias mentes y las actividades que se desarrollan mientras estoy hablando, y entonces lo verán. Yo no he memorizado todo esto; simplemente, lo expreso mientras va ocurriendo.

Conforme a mis recuerdos, reacciono ante todo lo que veo, ante todo lo que siento. En este proceso de reaccionar ante lo que veo, lo que siento, lo que sé, lo que creo, tiene lugar la experiencia, ¿no es así? La experiencia es la reacción a la respuesta que tiene lugar ante algo que vemos. Cuando yo los veo, reacciono; el nombrar esa reacción es experiencia. Si no nombro esa reacción, no es una experiencia. Tengan la bondad de observarlo. Observen sus propias respuestas y lo que ocurre en torno de ustedes. No hay experiencia a menos que se desarrolle al mismo tiempo un proceso de nombrar. Si yo no los reconozco, ¿cómo puedo tener experiencia? Esto es simple y verdadero. ¿No es un hecho? Es decir, si yo no reacciono antes ustedes conforme a mis recuerdos, a mi condición, a mis prejuicios, ¿cómo puedo saber que he tenido una experiencia? Ése es un aspecto.

Luego está la proyección de diversos deseos. Yo deseo estar protegido, tener seguridad internamente, o deseo tener un Maestro, un gurú, un instructor, un Dios, y experimento aquello que he proyectado. O sea, proyecto un deseo que ha tomado una forma, a la que he dado un nombre, reacciono a eso. Es *mi* proyección. Es *mi* nombrar. Ese deseo, que genera en mí una experiencia, me hace decir: "Lo he logrado", o "lo he experimentado", "me he encon-

trado con el Maestro", o "no me he encontrado con el Maestro". Ya conocen todo el proceso de nombrar una experiencia. Lo que ustedes llaman una experiencia, es el deseo. ¿No es así?

Cuando deseo el silencio de la mente, ¿qué ocurre? Veo la importancia de tener una mente silenciosa, una mente quieta; veo eso por distintas razones: porque los Upanishads lo han dicho, porque lo han dicho las escrituras religiosas, los santos, y también, en ocasiones, yo mismo siento lo bueno que es estar quieto, porque mi mente parlotea mucho todo el día. A veces, siento cuán placentero, cuán agradable es tener una mente en paz, una mente silenciosa. El deseo de tener una mente silenciosa, implica experimentar el silencio. Quiero tener una mente silenciosa, y entonces le pregunto a alguien cómo lograrla. Sé lo que este libro o aquel libro dicen acerca de la meditación y de las diversas formas de disciplina. Deseo lograr una mente silenciosa por medio de la disciplina, y experimento el silencio. El "yo", el "sí mismo", se ha establecido en la experiencia del silencio. ¿Me expreso con claridad?

Deseo comprender qué es la verdad; ése es mi deseo, mi anhelo. Luego está mi proyección de lo que considero que es la verdad, porque he leído muchísimo al respecto; he oído a muchas personas hablar sobre ello; las escrituras religiosas lo han descrito. Deseo todo eso. ¿Qué ocurre, entonces? El deseo mismo se proyecta, y yo experimento porque reconozco ese estado. Si no reconociera ese estado, ese acto, esa verdad, no llamaría verdad a eso. Lo reconozco y lo experimento. Esa experiencia da fuerza al "sí mismo", al "yo", ¿no es cierto? Así pues, el yo se afianza en la experiencia. Entonces digo: "Lo sé", "el Maestro existe", "hay Dios", o "no hay Dios"; digo que deseo la llegada de un determinado sistema político, porque ése es el correcto y todos los demás no lo son.

De modo que la experiencia está siempre fortaleciendo el "yo". Cuanto más se fortalece uno en su experiencia, cuanto más se atrinchera en ella, tanto más se vigoriza el "yo". Como resultado de esto, uno adquiere cierta fuerza de carácter, de conocimiento, de creencia, que impone a otras personas porque sabe que no son tan listas como uno, y porque uno tiene el don y la habilidad de la escritura. Debido a que el "yo" sigue actuando, las creencias de ustedes, sus Maestros, sus castas, sus sistemas económicos, son un proceso de aislamiento y, por lo tanto, generan disputas. Si ustedes son del todo serios e intensos respecto de esto, deben disolverlo y no justificarlo. Por eso tenemos que comprender el proceso de la experiencia.

¿Es posible para la mente, para el "yo", no proyectar, no desear, no experimentar? Vemos que todas las experiencias del "yo" son una negación, una destrucción; sin embargo, igual las llamamos una acción positiva, ¿no es así? Es lo que llamamos una manera positiva de vivir. Anular todo este proceso es lo que ustedes califican de negación. ¿Tienen razón en eso? No hay nada positivo. ¿Podemos, ustedes y yo como individuos, llegar hasta la raíz de ello y comprender el proceso del "yo"? Ahora bien, ¿cuál es el elemento que lo disuelve? ¿Qué es lo que da origen a la disolución del "yo"? Grupos religiosos y

otros grupos lo han explicado recurriendo a la identificación, ¿no es cierto? Dicen: "Identifíquense con algo más grande y el 'yo' desaparece". Nosotros decimos aquí que la identificación sigue siendo el proceso del "yo"; lo "más grande" es simplemente la proyección del "yo". Me pregunto si están siguiendo esto. Todas las distintas formas de disciplina, de creencia y de conocimiento, sólo fortalecen el "yo".

¿Podemos encontrar un elemento que disuelva el "yo"? ¿O es una pregunta equivocada? Eso es lo que básicamente queremos: encontrar algo que disuelva el "yo", ¿verdad? Pensamos que hay diversas formas de encontrarlo, tales como la identificación, la creencia, etc., pero están todas en el mismo nivel; una no es superior a otra, porque todas son igualmente poderosas en la acción de fortalecer el "sí mismo", el "yo". Ahora bien, veo al "yo" dondequiera que funcione, y veo su energía y sus fuerzas destructivas. Cualquiera sea el nombre que podamos darle, es una fuerza aisladora, destructiva, y quiero encontrar un modo de disolverla. Ustedes deben haberse preguntado esto: "Veo que el 'yo' está funcionando todo el tiempo y siempre origina ansiedad, miedo, frustración, desesperación, desdicha, no sólo a mí mismo sino a todo cuanto me rodea. ¿Es posible que ese 'yo' se disuelva, no parcialmente sino por completo?". ¿Podemos llegar a la raíz del "yo" y destruirla? Ése es el único modo de proceder, ¿no es así? Yo no quiero ser parcialmente inteligente, sino serlo de una manera integrada. Casi todos nosotros somos inteligentes por capas, ustedes quizá de una manera y yo de alguna otra. Algunos de ustedes son inteligentes en sus actividades comerciales, otros en su trabajo de oficina, etc.; las personas son inteligentes de distintas formas, pero no somos inteligentes de manera integral. La inteligencia integral implica que no hay "yo". ¿Es eso posible? Si persigo esa acción, ¿cuál es la respuesta de ustedes? Esto no es una discusión; por lo tanto, tengan a bien no contestar, sino percibir la naturaleza de tal acción. Las implicaciones que he tratado de señalar, deben producir en ustedes una reacción. ¿Cómo responden a esto?

¿Puede el "yo" estar ahora por completo ausente? Uno sabe que eso es posible. Y bien, ¿cómo es posible? ¿Cuáles son los ingredientes, los requerimientos necesarios? ¿Cuál es el elemento que lo hace posible? ¿Puedo encontrarlo? ¿Están siguiendo esto, señores? Cuando formulo esa pregunta: "¿Puedo encontrarlo?", estoy convencido, sin duda, de que es posible. Ya he creado una experiencia en la que el "yo" va a fortalecerse, ¿no es así? Para comprender el "yo" se requiere muchísima inteligencia, muchísima vigilancia, un gran estado de alerta, observación incesante a fin de que el "yo" no se escabulla. Yo, que soy muy serio, quiero disolver el "yo". Cuando digo eso, sé que es posible disolver el "yo". Por favor, tengan paciencia. No bien digo: "Quiero disolver esto", en el proceso que sigo para esa disolución, tiene lugar la experiencia del "yo", y así el "yo" se fortalece. ¿Cómo es posible, entonces, que el "yo" no experimente?

Uno puede ver que la creación no es, en absoluto, la experiencia del "yo". La creación existe cuando el "yo" no está ahí, porque la creación no es intelec-

tual, no pertenece a la mente, no es autoproyectada; es algo que está más allá de todo experimentar tal como lo conocemos. ¿Es posible para la mente estar por completo quieta, en un estado de no reconocimiento, o sea, de no experimentar, un estado en el que puede tener lugar la creación, que ocurre cuando el "yo" está ausente? ¿Me expreso con claridad o no? Miren, señores, el problema es éste, ¿verdad? Cualquier movimiento de la mente, positivo o negativo, es una experiencia que, de hecho, fortalece el "yo". ¿Puede la mente no reconocer? Eso es posible sólo cuando hay completo silencio, pero no el silencio que es una experiencia del "yo" y que, por lo tanto, vigoriza el "yo".

¿Existe una entidad, aparte del "yo", que mire al "yo" y lo disuelva? ¿Están siguiendo todo esto? ¿Hay una entidad espiritual que reemplace al "yo" y lo destruya, lo deseche? Pensamos que la hay, ¿no? La mayoría de las personas religiosas cree que existe tal elemento. El materialista dice: "Es imposible que el 'yo' sea destruido; sólo puede ser condicionado y reprimido, política, económica y socialmente. Podemos sujetarlo con firmeza dentro de cierto molde, podemos amansarlo y, en consecuencia, podemos hacer que lleve una vida elevada, moral, que no interfiera con nada sino que siga el patrón social y funcione meramente como una máquina". Sabemos eso. Hay otras personas, las así llamadas religiosas —aunque las llamemos así, en realidad no son religiosas—, que dicen: "En lo fundamental, ese elemento existe. Si podemos entrar en contacto con él, disolverá el 'yo'".

¿Existe tal elemento para disolver el "yo"? Vean, por favor, lo que estamos haciendo. Sólo estamos arrinconando forzadamente al "yo". Si ustedes permiten que los arrinconen, verán qué va a suceder. Nos gustaría que hubiese un elemento intemporal, que no perteneciera al "yo" y que, según esperamos, habría de llegar para interceder y destruir —elemento al que llamamos Dios—. Y bien, ¿hay una cosa así que la mente pueda concebir? Puede ser que sí y puede ser que no; ése no es el punto. Cuando la mente busca un estado intemporal, espiritual, que entrará en acción a fin de destruir el "yo", ¿no es eso otra forma de experiencia, la cual implica fortalecimiento del "yo"? Cuando ustedes creen, ¿no es eso lo que en realidad ocurre? Cuando creen que existe la verdad, Dios, el estado intemporal, la inmortalidad, ¿no es ése el proceso de fortalecimiento del "yo"?

El "yo" ha proyectado esa cosa que, según uno siente y cree, vendrá y destruirá al "yo". Así pues, habiendo proyectado esta idea de continuación, en un estado intemporal, como entidad espiritual, uno va a experimentar eso, y toda experiencia semejante sólo fortalecerá al "yo". ¿Qué hemos hecho, pues? En realidad, no hemos destruido al "yo", sino que sólo le hemos dado un nombre diferente, una cualidad diferente; el "yo" sigue ahí porque lo hemos experimentado. En consecuencia, nuestra acción es, de principio a fin, la misma acción, sólo que creemos estar evolucionando, creciendo, volviéndonos seres más y más bellos; pero si observan internamente, verán que es la misma acción que continúa, el mismo "yo" funcionando en diferentes niveles, con rótulos y nombres diferentes.

Cuando vemos todo el proceso, las astutas, extraordinarias invenciones, el ingenio del "yo", cómo se encubre mediante la identificación, la virtud, la experiencia, la creencia, el conocimiento, cuando vemos que nos estamos moviendo en un círculo, dentro de una jaula de hechura propia, ¿qué ocurre? Cuando nos damos cuenta plenamente de eso, ¿acaso no adviene a la mente una quietud extraordinaria? No por medio de la coacción, ni del temor, ni de recompensa alguna. Cuando reconocemos que cada movimiento de la mente es tan sólo una forma de fortalecer el "yo", cuando observamos eso, cuando lo vemos y estamos completamente atentos a ello en la acción, cuando llegamos a ese punto —no ideológicamente, no verbalmente ni experimentándolo, sino cuando nos hallamos realmente en tal estado—, veremos que la mente, al estar por completo quieta, carece del poder de generar sus propias creaciones. Cualquier cosa que la mente crea, se halla en un círculo, dentro del campo del "yo". Cuando la mente no está creando, hay verdadera creación, la cual no es un proceso reconocible.

La realidad, la verdad, no es para ser reconocida. Para que la verdad advenga, el conocimiento, la experiencia, la virtud, el perseguir la virtud —que es diferente de *ser* virtuoso—, todo esto debe desaparecer. La persona virtuosa que está consciente de que persigue la virtud, jamás podrá dar con la realidad. Tal vez sea una persona muy decente, pero eso es por completo distinto del hombre que vive en la verdad, del ser humano que comprende. Para aquel que vive en la verdad, la verdad se ha manifestado. Un hombre que se considera virtuoso, recto, jamás comprenderá qué es la verdad, porque para él la virtud es el encubrimiento del "yo", el fortalecimiento del "yo", ya que él persigue la virtud. Cuando dice: "Debo vivir sin codicia", el estado de ser no codicioso, que él experimenta, fortalece el "yo". Por eso es tan importante ser pobre, no sólo en las cosas del mundo, sino también en creencias y conocimientos. Un hombre rico en riquezas mundanas, o un hombre rico en creencias y conocimientos, jamás conocerá nada sino oscuridad y será centro de todo mal y de toda desdicha. Pero si ustedes y yo, como individuos, podemos ver todo este funcionamiento del "yo", sabremos qué es el amor. Les aseguro que ésa es la única reforma que puede cambiar el mundo. El amor no es del "yo". El "yo" no puede reconocer el amor. Uno dice: "Yo amo", pero entonces, en el mismo decirlo, en el mismo experimentarlo, no hay amor. Cuando conocemos el amor, no hay "yo". Cuando hay amor, el "yo" está ausente.

*Pregunta: ¿Qué es ser sencillo? ¿Implica ver muy claramente lo esencial y descartar todo lo demás?*

KRISHNAMURTI: Veamos qué es *no* ser sencillo. No digan: "Eso es negación; usted no dice nada positivo". Ésa es una expresión inmadura e irreflexiva. Los que dicen eso son explotadores, porque tienen para ofrecerles algo que ustedes desean y por medio de lo cual los explotan. Nosotros no hacemos nada de eso. Procuramos descubrir la verdad respecto de la sencillez. Por lo tanto,

ustedes deben descartar cosas, dejarlas de lado y observar. El hombre que mucho posee, le tiene miedo a la revolución, tanto externa como interna. Averigüemos, pues, qué *no* es ser sencillo. Una mente complicada no es sencilla, ¿verdad? Una mente ingeniosa no es sencilla. Una mente que tiene en vista un objetivo para el cual trabaja en función de recompensa y castigo, no es una mente sencilla. Señores, no estén de acuerdo conmigo; esto no es cuestión de concordar. Es la vida de ustedes. Una mente abrumada de conocimientos no es una mente sencilla; una mente mutilada por creencias no es sencilla. Una mente que se ha identificado con algo más grande y se esfuerza por mantener esa identidad, no es una mente sencilla. Pero nosotros pensamos que tener uno o dos taparrabos, es una vida sencilla, simple; deseamos la exhibición exterior de la sencillez, y con esas cosas nos engañamos fácilmente. Por eso, el hombre muy rico rinde culto al que ha renunciado.

¿Qué es ser sencillo? ¿Puede la sencillez ser el descarte de las cosas no esenciales y la persecución de las esenciales, lo cual implica opción? Por favor, sigan atentamente esto. ¿No implica eso optar, escoger? Escojo las cosas esenciales y descarto las no esenciales. ¿Qué es este proceso de escoger? Reflexionen profundamente. ¿Cuál es la entidad que escoge? Es la mente, ¿no? Uno dice: "Escogeré esto que es esencial". ¿Cómo sabe qué es lo esencial? O tiene un modelo previo basado en lo que otras personas han dicho, o su propia experiencia le dice que eso es lo esencial. ¿Puede uno confiar en su experiencia? Porque, cuando opta, su opción se basa en el deseo; lo que llama esencial es lo que le brinda satisfacción. Así que está de vuelta en el mismo proceso, ¿no es cierto? ¿Puede optar, puede escoger una mente confusa? Si lo hace, su opción también debe ser confusa.

Por consiguiente, optar entre lo esencial y lo no esencial, no es ser sencillo. Es hallarse en conflicto. Una mente en conflicto, una mente confusa, nunca puede ser simple. Así pues, cuando descarten, cuando vean todas las cosas falsas y los ardides de la mente, cuando observen eso y lo consideren a fondo, cuando lo perciban, sabrán qué implica la sencillez. Una mente atada por la creencia, jamás es una mente sencilla. Una mente mutilada por el conocimiento, no es sencilla. Una mente distraída por Dios, por las mujeres, por la música, no es una mente sencilla. Una mente atrapada en la rutina oficinesca, en la rutina de los rituales, de los mantras, no es sencilla. La sencillez es acción sin idea. Pero ésa es una cosa muy rara; eso significa creación. Mientras no haya creación, seguimos siendo centros de daño, destrucción y desdicha.

La sencillez no es algo que uno haya de buscar y experimentar. La sencillez adviene, tal como una flor se abre, en el momento exacto en que uno comprende todo el proceso de la existencia y de la relación. Debido a que no hemos reflexionado sobre eso, a que no lo hemos observado, no lo percibimos; valorizamos en cierto modo todas las formas exteriores de la sencillez, tales como afeitarnos la cabeza, tener pocas ropas, etc. Eso no es ser sencillo. La sencillez no es cosa que pueda encontrarse. La sencillez no reside entre lo esencial y lo no esencial. Adviene cuando no hay "yo", cuando uno no se halla

atrapado en especulaciones, conclusiones, ideaciones, creencias. Sólo una mente así puede dar con la verdad, puede recibir aquello que es inconmensurable, innominable. La sencillez es eso.

*Pregunta: ¿Puedo yo, que tengo inclinación religiosa y deseo actuar de manera completa e integral, expresarme por medio de la política? Porque, a mi entender, en el campo político se requiere un cambio fundamental.*

KRISHNAMURTI: Lo que el interlocutor quiere decir es: Si busco religiosamente lo total, lo íntegro, lo completo, ¿puedo funcionar políticamente, o sea, actuar de manera parcial? Él dice que la política es, obviamente su camino; cuando busca y sigue ese camino que no es lo total, lo completo, funciona meramente en campos que son parciales, fragmentarios. ¿No es así? ¿Cuál es la respuesta de ustedes? No la respuesta hábil o inmediata. ¿Puedo ver el hecho total de la vida, o sea, puedo amar? Consideremos el amor. Digamos que tengo compasión, un sentimiento extraordinario por lo total; ¿puedo, entonces, actuar sólo políticamente? ¿Puedo, si busco lo total, ser hindú o brahmín? ¿Puedo, teniendo amor en mi corazón, identificarme con un sendero, con un determinado país, con un determinado sistema económico o religioso?

Supongamos que deseo mejorar lo particular, que quiero originar un cambio fundamental en el país donde vivo; no bien me identifico con eso en particular, ¿no he cerrado la puerta a lo total? Éste es un problema tanto de ustedes como mío. Estamos pensando juntos al respecto. No es que ustedes se limitan a escucharme. Cuando procuramos encontrar una respuesta, las opiniones o ideas que pueden tener, no son la solución. Estamos intentando descubrir si un hombre verdaderamente religioso —no uno falsamente religioso que consulta a otros—, si una persona realmente sagrada que busca lo total, puede identificarse con un movimiento revolucionario en pro de un determinado país. Y ¿servirá de algo tener una revolución —no se asusten de esa palabra— limitada a un país, a un pueblo, a un Estado, si estoy buscando lo total, si trato de comprender aquello que no se encuentra dentro de los alcances de la mente? ¿Puedo, usando mi mente, actuar en lo político? Veo que debe haber una acción política; veo que es imprescindible un verdadero cambio, un cambio fundamental en nuestras relaciones, en nuestro sistema económico, en la distribución de las tierras, etc. Veo que debe haber una revolución y, al mismo tiempo, estoy siguiendo un sendero, el sendero político; y también intento comprender lo total. ¿Cuál es ahí mi acción? ¿No es ése el problema de ustedes, señores? ¿Pueden actuar políticamente —es decir, parcialmente— y comprender lo total? La política y la economía son parciales, no son la vida total, integrada; son parciales, necesarias, indispensables. ¿Puedo abandonar lo total, o dejar la sociedad total, y enredarme con lo particular? No puedo, es obvio. Pero puedo actuar *sobre* ello, no a través de ello.

Queremos producir cierto cambio; tenemos algunas ideas al respecto y

vamos tras determinados grupos, etc. Empleamos medios para lograr el resultado. La comprensión de lo total, ¿es contraria a eso? ¿Los estoy confundiendo? Sólo les digo lo que pienso; no lo acepten, examínenlo a fondo por sí mismos y vean. Para mí, la acción política, la acción económica, son de importancia secundaria, aunque sean esenciales. Tiene que haber un cambio fundamental en el campo político, pero tal cambio carecerá de profundidad si yo no voy en busca de "lo otro". Si "lo otro" no es primordial, si sólo es secundario, entonces mi acción dirigida a lo secundario tendrá una significación tremenda. Si veo cierto sendero y actúo políticamente, la acción política se torna importante para mí, y no el actuar integralmente. Pero, si actuar integralmente es de veras importante para mí y me dedico a eso, la acción política, la acción religiosa, la acción económica, vendrán de manera apropiada, profunda, fundamental. Si no me dedico a lo otro, sino que tan sólo me limito a lo político, a lo económico, o al cambio social, entonces generaré más desdicha en el mundo.

Todo depende, pues, de qué es lo que uno acentúa. Si pone el acento en lo verdadero, que es lo total, ello producirá su propia acción con respecto a la política y demás. Todo depende de uno. Si dedica su acción a lo total, sin decir: "Voy a actuar políticamente, o socialmente", uno dará origen a profundas transformaciones en lo político, en lo religioso y en lo económico.

Lo importante en esta cuestión es: ¿Qué está uno buscando? ¿Cuál es el problema principal en nuestra vida? En realidad, no existe una división entre principal y secundario; sin embargo, en la búsqueda descubriremos que cuando empezamos a comprender lo total, no hay secundario ni principal; entonces, lo total es el sendero. Pero, si decimos que debemos transformar una determinada parte, no comprenderemos lo total. Ningún cambio en lo particular, como lo es el campo político, podrá alterar lo total; la historia lo ha demostrado. Pero si ustedes conocen todo el proceso del "yo", si lo perciben y lo disuelven, y si hay amor, esto originará una revolución fundamental en la India.

*19 de enero de 1952*

## SEXTA PLÁTICA EN MADRÁS

Pienso que es importante comprender la relación que hay entre quien les habla y ustedes, porque uno es propenso a escuchar estas pláticas y discusiones, o bien con completa indiferencia, curiosidad, con cierta actitud de escepticismo, o con una inclinación natural a adoptar una actitud en pro o en contra, una actitud de tomar partido. A mí, ambos enfoques me parecen equivocados. Lo importante es comprender que tanto ustedes como yo somos individuos, no un grupo colectivo que pertenece a determinadas sectas o religiones; debemos comprender que, como dos individuos, ustedes y yo estamos tratan-

do de resolver el problema. Ésa es siempre mi manera de abordar las cosas, no la de uno que está sentado aquí en una tarima aconsejándoles lo que deben hacer o estableciendo la ley, lo cual sería estúpido. Pero si ustedes y yo, como dos individuos, podemos considerar el problema, penetrar en su raíz, entonces quizá podremos ayudarnos el uno al otro a disolver los múltiples problemas a que se enfrenta cada uno de nosotros. Ése es el único enfoque, creo, que toda persona inteligente atrapada en la actual confusión, debe adoptar. Somos muy propensos a creer, a aceptar, y eso es porque en la creencia, en la aceptación, hay cierta seguridad, cierto escape, cierta exaltación propia.

Si consideramos los problemas con claridad y honestidad de propósito, podremos resolverlos fácilmente. Pero eso es muy arduo debido a que casi todos estamos tan corruptos en nuestro pensar, a que tenemos tantos intereses creados, económicos, religiosos y psicológicos. Es difícil, para la mayoría de nosotros, pensar independientemente de estos trasfondos. Si se me permite sugerirlo, ése es el único enfoque para resolver cualquiera de los innumerables problemas que aguardan solución; cada uno de ustedes como individuo y yo como individuo, estamos resolviendo nuestros problemas en nuestro pequeño mundo de relación.

Lo que hemos estado discutiendo durante las semanas anteriores, ha sido la cuestión del "yo" y sus comportamientos. ¿Podemos ver que el "yo" es el origen de todos los males? El "yo" o el "sí mismo", con sus desviaciones extraordinarias y sus sutiles actividades, es el responsable de todos nuestros males. Toda persona inteligente debe resolver este problema del "yo", no protegerlo, no encubrirlo; debe comprender cómo, en el vivir cotidiano, damos sustento, vitalidad y continuidad al "yo". Si queremos resolver cualquiera de los problemas del mundo, debemos sin duda comprender el proceso íntegro del "yo" con todas sus complejidades, tanto las conscientes como las inconscientes. Eso es lo que hemos estado discutiendo al abordar diferentes aspectos del problema.

La religión organizada, la creencia organizada y los Estados totalitarios son muy similares, porque todos quieren destruir al individuo por medio de la coacción, de la propaganda, de diversas formas de coerción. La religión organizada hace lo mismo, sólo que de una manera diferente. Ahí debemos aceptar, creer, ahí se nos condiciona. Toda la tendencia, tanto de la izquierda como de las organizaciones que se titulan espirituales, es moldear la mente para un patrón particular de conducta, porque el individuo librado a sí mismo se convierte en un rebelde. Así, el individuo es destruido mediante la coacción, la propaganda; se lo controla, se lo domina "por el bien de la sociedad, por el bien del Estado", etc. Las llamadas organizaciones religiosas hacen lo mismo, sólo que un poco más sutilmente, ya que también ahí debe ser reprimido, controlado y todo eso. El proceso íntegro consiste en dominar al individuo de una u otra forma. Mediante la coacción, se busca la acción colectiva. Eso es lo que desea la mayoría de las organizaciones, ya sea que se trate de organizaciones económicas o religiosas. Desean la acción colectiva, lo cual implica que el individuo debe ser destruido como tal. Fundamentalmente, es lo único que

eso puede significar. Ustedes aceptan la izquierda, la teoría de Marx, o las doctrinas hindú, budista o cristiana, y de ese modo esperan generar la acción colectiva. Por cierto, la cooperación es diferente de la coerción.

¿Cómo se origina la acción colectiva, cómo se la puede producir? Hasta ahora, eso se ha hecho mediante la creencia, la promesa de un estado de bienestar económico, la promesa de un futuro brillante, o mediante el así llamado método espiritual, mediante el miedo, la compulsión y diversas formas de recompensa. La cooperación, ¿no llega, acaso, cuando hay inteligencia, la cual no es colectiva ni individual? Eso es lo que quisiera que consideráramos juntos esta tarde.

Para que resulte fructífera la discusión de ese problema, ustedes deben descubrir cuál es la función de la mente. ¿Qué entendemos por mente? Como lo he señalado, ustedes no se limitan a escucharme, sino que ustedes y yo estamos investigando juntos este problema: la función de la mente. De manera puramente accidental, sucede que por el momento yo esté sentado en una tribuna, hablando de esto con ustedes, pero en realidad ustedes y yo estamos abordando juntos el problema, investigando juntos toda la cuestión.

Cuando observamos nuestra propia mente, estamos observando no sólo los niveles altos, superficiales, sino que también observamos los niveles profundos, inconscientes; estamos viendo lo que la mente hace en realidad, ¿no es así? Ése es el único modo en que podemos investigar. No debemos superponer a la observacion, lo que la mente debería hacer, cómo debería pensar, cómo debería actuar, etc. Eso equivaldría a hacer meras declaraciones. O sea, si decimos que la mente debería ser esto o no debería ser aquello, detenemos toda investigación, todo pensar; o, si citamos a alguna alta autoridad, igualmente dejamos de pensar por nuestra cuenta, ¿no es cierto? Si ustedes citan a Shankara, a Buda, a Cristo, a X, Y o Z, se terminó toda búsqueda, todo pensar y toda investigación. Deben, pues, precaverse de eso. Deben dejar de lado todas las sutilezas de la mente, y han de saber que están investigando este problema del "yo" junto conmigo.

¿Cuál es la función de la mente? Para averiguar eso, debemos saber qué hace la mente en realidad. ¿Qué hace la mente de ustedes? Toda ella es un proceso de pensar, ¿no es así? De lo contrario, no hay mente. Mientras la mente no está pensando, ya sea consciente o inconscientemente, sin verbalizar, no hay conciencia. Debemos descubrir qué hace, en relación con nuestros problemas, la mente que usamos en la vida cotidiana, y también la mente de la que la mayoría de nosotros no tiene conciencia. Tenemos que considerar la mente tal como es, no como debería ser.

Ahora bien, ¿qué es la mente cuando está funcionando? Es, de hecho, un proceso de aislamiento, ¿verdad? En lo fundamental, es eso. Y así es el proceso del pensamiento: es el pensar en forma aislada, la cual, no obstante, sigue siendo colectiva. Cuando observamos nuestro propio pensar, vemos que es un proceso aislado, fragmentario. Pensamos conforme a nuestras reacciones, las reacciones de la memoria, de la experiencia, de nuestros conocimientos, de

nuestras creencias. Reaccionamos a todo eso. Si yo digo que debe haber una revolución fundamental, ustedes reaccionan inmediatamente. Objetarán esa palabra *revolución* si poseen buenas inversiones, espirituales o de otra clase. Así pues, la reacción de ustedes depende de sus conocimientos, creencias y experiencias. Se trata de un hecho obvio. Existen distintas formas de reacción. Ustedes dicen: "Debo ser fraternal", "debo cooperar", "debo ser amigable", "debo ser bondadoso", etc. ¿Qué es todo eso? Son reacciones, pero la reacción fundamental del pensar es un proceso de aislamiento.

Les ruego que no se apresuren a aceptar esto, porque lo estamos investigando juntos. Ustedes observan el proceso de su propia mente —cada uno de ustedes—, lo cual implica que observan su propia acción, sus creencias, conocimientos y experiencias. Todas estas cosas les brindan seguridad, ¿no es cierto? Otorgan seguridad, fuerza, al proceso del pensar. Como lo discutimos ayer, ese proceso sólo fortalece a la mente, al "yo", ya sea éste superior o inferior. Todas nuestras religiones, nuestras sanciones sociales, todas nuestras leyes son para apoyo del individuo, del ser individual, de la acción separativa, y en oposición a eso tenemos el Estado totalitario. Si profundizamos más en lo inconsciente, encontramos también allí el mismo proceso en acción. Allí, somos lo colectivo influenciado por el medio, por el clima, por la sociedad, por el padre, la madre, el abuelo... ustedes conocen todo eso. También allí está el deseo de afirmarse, de dominar como individuo, como el "yo".

La función de la mente tal como la conocemos, tal como funcionamos cada día, ¿no es, por lo tanto, un proceso de aislamiento? ¿No están ustedes buscando la salvación individual? Van a ser alguien en el futuro; en esta vida misma, serán un gran hombre, un gran escritor. Toda nuestra tendencia es estar separados. ¿Puede la mente hacer otra cosa que eso? ¿Puede la mente no pensar de una manera separativa, aislada, fragmentaria? Eso es imposible. A causa de esto, rendimos culto a la mente; la mente es en extremo importante para nosotros. ¿Acaso no saben cuán importantes se vuelven para la sociedad tan pronto como son un poquito ingeniosos, un poquito despiertos, y tienen un poco de información y conocimiento acumulados? Han visto cómo veneran a quienes son intelectualmente superiores, ¡a los abogados, los profesores, los oradores, los escritores, los explicadores y expositores! ¿No es así? Ustedes han cultivado el intelecto y la mente.

La función de la mente es hallarse separada; de otro modo, nuestra mente no existe. Habiendo cultivado durante siglos este proceso, encontramos que no podemos cooperar; sólo somos empujados, obligados, dirigidos por la autoridad, el miedo, ya sea económico o religioso. Si ése es el estado real, no sólo conscientemente, sino también en los niveles más profundos, en nuestros motivos, nuestras intenciones, nuestras búsquedas, ¿cómo puede haber cooperación? ¿Cómo puede haber un reunirse inteligentemente para hacer algo? Como eso es casi imposible, las religiones y los partidos sociales organizados, fuerzan al individuo a ciertas formas de disciplina. La disciplina se vuelve, entonces, imperativa para que nos unamos, para que hagamos cosas juntos.

Hasta que comprendamos, pues, cómo ir más allá de este proceso separativo, de este proceso de acentuar el "yo" y la mente, ya sea en la forma colectiva o en la individual, no tendremos paz, sino conflicto constante y guerras. Ahora bien, nuestro problema es cómo resolver esto, cómo poner fin al proceso separativo del pensamiento. ¿Puede el pensamiento destruir alguna vez al "yo", siendo el pensamiento el proceso de verbalización y de ciertas reacciones? El pensamiento no es sino reacciones; el pensamiento no es creativo, es sólo la expresión, en palabras, de la creatividad. ¿Puede ese pensamiento terminar consigo mismo? Eso es lo que estamos tratando de descubrir, ¿verdad? Digamos que pienso de esta manera: "Debo disciplinarme", "debo identificarme", "debo pensar con mayor propiedad", "debo ser esto, o aquello"... El pensamiento se fuerza a sí mismo, se impulsa, se disciplina para ser o no ser determinada cosa. ¿No es ése un proceso de aislamiento? Por lo tanto, no es la inteligencia integrada que puede funcionar como un todo, y sólo desde esa inteligencia puede haber cooperación. ¿Ven el problema ahora? No es que yo esté planteando un problema. Ustedes deben saber que éste es su problema, si es que ya no se han dado cuenta de él. Pueden formularlo de diferentes maneras, pero en lo fundamental, el problema es éste.

¿Cómo hemos de llegar al fin del pensamiento, o mejor dicho, cómo llegará a su fin el pensamiento? Me refiero al pensamiento aislado, fragmentario, parcial. ¿Cómo emprenderán ustedes esa tarea? ¿Lo destruirá la disciplina, la así llamada disciplina de ustedes? Evidentemente, no lo han logrado durante todos estos largos años; de otro modo, no estarían aquí. Deben examinar el proceso disciplinario, que es solamente un proceso de pensamiento, en el que hay supeditación, represión, control, dominación, todo lo cual ejerce influencia sobre el inconsciente. Esto se afirma más tarde, a medida que envejecemos. Habiendo tratado inútilmente de disciplinarse durante tanto tiempo, ustedes han de haber descubierto que la disciplina no es, evidentemente, el proceso capaz de destruir el "yo". Éste no puede ser destruido mediante la disciplina, porque la disciplina es un proceso de fortalecimiento del "yo". Sin embargo, todas las religiones de ustedes la apoyan; todas sus meditaciones, sus aseveraciones, se basan en esto. ¿Lo destruirá el conocimiento? ¿Lo destruirá la creencia? En otras palabras, todo cuanto estamos haciendo actualmente, todas las actividades en que hoy estamos comprometidos a fin de llegar a la raíz del "yo", ¿lograrán hacerlo? ¿No es todo esto un desperdicio fundamental en un proceso de pensamiento, que es un proceso de aislamiento, un proceso de reacción? ¿Qué hacen ustedes cuando se dan cuenta de manera esencial, profunda, que el pensamiento no puede terminar consigo mismo? ¿Qué sucede? Obsérvense a sí mismos, señores, y díganmelo. Cuando se dan cuenta plenamente de este hecho, ¿qué ocurre? Comprenden, entonces, que toda acción está condicionada y que, debido al condicionamiento, no puede haber libertad ni al principio ni al final. La libertad es siempre al principio, no al final.

Cuando se dan cuenta de que cualquier reacción es una forma de condicionamiento y, en consecuencia, da continuidad al "yo" de diferentes mane-

ras, ¿qué ocurre en realidad? Deben tener muy en claro esta cuestión. La creencia, el conocimiento, la disciplina, la experiencia, todo el proceso de alcanzar el resultado o el objetivo, la ambición, el llegar a ser algo en esta vida o en la próxima —la vida futura—, todas estas cosas son un proceso de aislamiento, un proceso que genera destrucción, desdicha, guerras de las que no hay escape posible a través de la acción colectiva, por mucho que pueda amenazárselos con campos de concentración y todo eso. ¿Tienen conciencia de ese hecho? ¿Cuál es el estado de la mente que dice: "Es así", "ése es mi problema", "aquí es exactamente donde me encuentro", "he rechazado eso", "veo lo que pueden hacer el conocimiento y la disciplina, lo que hace la ambición"? Por cierto, está actuando un proceso diferente.

Vemos los caminos del intelecto. No vemos el camino del amor; el camino del amor no puede encontrarse por medio del intelecto. El intelecto con todas sus ramificaciones, con todos sus deseos, sus ambiciones, sus búsquedas, debe cesar para que surja a la existencia el verdadero amor. ¿No saben ustedes que cuando uno ama, está cooperando, no piensa en sí mismo? Ésa es la más elevada forma de inteligencia, no cuando se nos ama como una entidad superior, o cuando estamos en una buena posición, todo lo cual no es sino miedo. Cuando están en juego nuestros intereses creados, no puede haber amor. Sólo existe el proceso de explotación que culmina en el miedo. Así pues, el amor puede surgir a la existencia sólo cuando la mente no está ahí. Debemos, pues, comprender todo el proceso de la mente, la función de la mente. Sólo entonces estaremos en condiciones de descubrir cuándo ocurrirá la revolución profunda, fundamental.

Este proceso de la mente no se comprende en un par de minutos o escuchando una o dos pláticas. Puede ser comprendido únicamente cuando en nosotros hay una gran revolución, un interés profundo por descubrir este descontento, esta desesperación. Pero ustedes no conocen la desesperación. Están bien alimentados, física e intelectualmente. Se impiden a sí mismos llegar a ese estado de desesperación. Siempre tienen algo en qué apoyarse. Siempre pueden escapar, ir al templo, leer libros, escuchar una charla, huir; y un hombre que escapa no puede estar desesperado. Si lo está, procura hallar algo que le dé esperanzas, intenta alejarse de la desesperación. Sólo aquel que ha descartado por completo todas estas cosas, que permanece desnudo, descubrirá qué es el amor. Sin eso no hay transformación, no hay revolución ni renovación posibles. Nada hay, sino imitación y cenizas; y eso es actualmente nuestra cultura. Sólo cuando sabemos qué es amarnos los unos a los otros, puede haber cooperación, funcionamiento inteligente, acuerdo verdadero sobre cualquier problema. Únicamente entonces es posible descubrir qué es Dios, qué es la verdad. Ahora, tratamos de encontrar la verdad por medio del intelecto, por medio de la imitación, de la idolatría, ya sea que adoremos ídolos elaborados por la mano o por la mente. Sólo cuando descartamos por completo, gracias a la comprensión, toda la estructura del "yo", adviene aquello que es eterno, intemporal, inconmensurable. No podemos ir hacia ello; ello llega a nosotros.

*Pregunta: La raíz de un problema como la codicia, ¿puede ser extirpada completamente mediante la percepción alerta? ¿Existen diversos niveles de percepción?*

KRISHNAMURTI: Para el interlocutor, eso es un problema. ¿Lo es para cada uno de nosotros? La codicia no puede ser eliminada a pedacitos, poco a poco. Lo que desechamos a pedacitos, crece adoptando otra forma de codicia, y ustedes saben lo que la codicia ocasiona en la sociedad, en la relación entre dos individuos; conocen todo el proceso de la codicia, la codicia económica, espiritual, la codicia de llegar a ser esto o aquello. El interlocutor pregunta cómo puede la codicia ser erradicada fundamentalmente, porque siente que debe haber un modo, un proceso que llegue hasta la raíz del problema. Si uno dice: "Deseo librarme de la codicia poco a poco, gradualmente, hasta volverme perfecto", eso es sólo una manera de eludir la cuestión. ¿Hay un modo de erradicarla fundamentalmente? Averigüémoslo.

Ante todo, ¿por qué quiere uno librarse de la codicia? ¿No es a fin de obtener otra cosa, a fin de ser esto o aquello, porque los libros así lo dicen o porque vemos los resultados de ello en la sociedad? ¿Cuál es el impulso que nos hace decir: "Tengo que eliminar la codicia"? Es muy importante descubrir eso. Uno mismo quizá sea la raíz cuando dice: "No deseo ser esto, sino aquello". El deseo de ser, positivo o negativo, tal vez sea la raíz de la codicia. Sólo decimos: "Haré esto y aquello"; desmenuzando esto, deviniendo aquello, no hemos comprendido el motivo, ¿verdad? ¿Puede la codicia ser destruida por la voluntad, por la negación, la represión, el control, por la identificación con algo que no es codicia? ¿Podemos destruirla? Si uno lo ha intentado, el proceso mismo de identificarse con algo, ¿no es también codicia? No hay duda, es también codicia, porque queremos evitar las penas, los conflictos y los sufrimientos de la codicia sin resolverla realmente. Tratamos de ser otra cosa. El motivo, el deseo, sigue siendo llegar a ser algo. El deseo de ser algo, ¿no es, acaso, la naturaleza misma de la codicia? "Ser algo" es codicia. ¿Pueden ustedes vivir en este mundo sin "ser algo"? ¿Pueden vivir siendo nada, sin títulos, sin grados, sin posiciones, sin capacidades? Hasta que estén dispuestos a ser nada, tendrán que ser codiciosos en diferentes formas.

¿Tienen ustedes verdadera conciencia de esta función de la codicia y de sus actividades destructivas? ¿Puede la mente —al fin y al cabo, la mente es codicia—, puede la mente ser nada, no buscar, no desear ser, no devenir? Es obvio que puede. Sólo entonces somos seres humanos plenos, sólo entonces no pedimos, no exigimos satisfacción. Pero nos negamos a ser nada. Toda nuestra lucha es para ser algo, ¿no es así? Si uno es oficinista, desea ser algo superior, tener mejor paga, más posición, mayor prestigio, más ambiciones, estar cerca del Maestro, muy lejos del Maestro, desea la promesa de una recompensa en el futuro. No desechamos todo eso, no somos sencillos, no estamos realmente desnudos, rehusamos ser nada. Y hasta que lleguemos a ese estado, la codicia

en sus distintas formas es inevitable. Y no podemos llegar a ese estado sin ser como la nada. Nuestra experiencia de la nada es una proyección del "yo" y, por lo tanto, es un fortalecimiento del "yo". De modo que no podemos experimentar el estado de ser nada, tal como no podemos experimentar el estado de amor. Cuando experimentamos algo, no hay amor porque, como lo expliqué ayer, eso que llamamos experiencia no es sino una proyección de nuestro propio deseo y, por consiguiente, fortalece el "yo". Así pues, si ustedes ven todo esto, si se dan cuenta de todo esto, no sólo en el nivel superficial, que es muy poco, si se dan cuenta de todo lo que significa el deseo de transformarse de esto en aquello, cuando tengan conciencia plena del proceso íntegro de la codicia, la codicia se desprenderá de ustedes.

Evidentemente, hay muchas capas de percepción. El espíritu de asombro ante todo lo que ocurre, ante los árboles, el claro de luna, el pobre niño desnutrido, los seres medio muertos de hambre, los vientres hinchados... todo eso son percepciones superficiales, observaciones. Pero si pueden penetrar un poco más profundamente, hay percepción de cuán condicionados estamos, no sólo en el nivel consciente, sino en un nivel más profundo, percepción que llega a través de los sueños, o de cierto movimiento interno cuando hay un pequeño espacio entre dos pensamientos —cierta observación inesperada, impremeditada—. Cuando ahondamos más todavía, es decir, cuando la mente está sin reflejar nada en absoluto, sin reconocer, cuando está absolutamente quieta, no experimentando, no viendo lo que es la quietud, entonces hay inteligencia.

La mente está siempre verbalizando la experiencia, con lo cual vigoriza la memoria y, por lo tanto, da fuerza al "yo". Cuanto más conscientes estamos de todas las modalidades del "yo", más nos damos cuenta de todos nuestros sentimientos; comprendemos cada dolor, cada movimiento del pensar y del sentir. No sólo lo observamos, sino que vivimos con él sin desecharlo. Eso es lo que nos confiere madurez, no la edad ni el conocimiento ni la creencia. Eso da origen a la inteligencia integrada, que no es separativa.

*Pregunta: Todos nosotros somos teósofos interesados fundamentalmente, igual que usted, en la verdad y el amor. ¿No podría usted haber permanecido en nuestra Sociedad ayudándonos, en vez de separarse de nosotros y reprobarnos? ¿Qué ha logrado con esto?*

KRISHNAMURTI: En primer lugar, muchos de ustedes se divierten, otros están un poquito agitados; hay aprensión. ¿No perciben todo esto? Vamos a averiguarlo.

Fundamentalmente, ¿estamos ustedes y yo buscando la misma cosa? ¿Puede uno buscar la verdad en alguna organización? ¿Puede uno ponerse un rótulo y buscar la verdad? ¿Puede ser un hindú y decir: "Estoy buscando la verdad"? Lo que uno busca, entonces, no es la verdad, sino responder a su creencia. ¿Pueden ustedes pertenecer a cualquier organización, a cualquier grupo espiritual, y buscar la verdad? ¿Puede la verdad encontrarse colectivamente?

Cuando uno cree, ¿conoce el amor? ¿No saben que cuando ustedes creen fuertemente en algo y yo creo en algo que se opone a eso, no hay amor entre nosotros? Cuando ustedes creen en autoridades y en ciertos principios jerárquicos, y yo no, ¿piensan que entre nosotros hay comunión? Cuando toda la estructura del pensar de ustedes es el futuro, el devenir por medio de la virtud, cuando creen que en el futuro van a ser "alguien", cuando todo el proceso de su pensar se basa en los principios jerárquicos y en la autoridad, ¿hay amor entre nosotros? Ustedes pueden usarme por conveniencia, y yo puedo usarlos por conveniencia. Eso no es amor. Seamos claros. No se alboroten acerca de estas cuestiones. No comprenderán si se excitan al respecto.

Para descubrir si de veras están buscando la verdad y el amor, tienen que investigar, ¿no es así? Si investigaran, si descubrieran internamente y, en consecuencia, actuaran externamente, ¿qué ocurriría? Estarían fuera, ¿verdad? Si cuestionaran sus propias creencias, ¿no se encontrarían fuera? En tanto haya Sociedades y organizaciones —las así llamadas organizaciones espirituales, que tienen intereses establecidos en la propiedad, en la creencia, en el conocimiento—, es obvio que las personas en ellas comprometidas no buscan la verdad. Podrán afirmar que sí. De modo que deben ustedes descubrir si estamos buscando fundamentalmente lo mismo. ¿Pueden buscar la verdad por medio de un Maestro, de un gurú? Señores, considérenlo a fondo; es el problema de ustedes. ¿Pueden encontrar la verdad a través de un proceso de tiempo, llegando a ser alguna cosa? ¿Pueden encontrar la verdad por medio del Maestro, de los discípulos, de los gurúes? ¿Qué pueden ellos decirles en lo fundamental? Sólo pueden decirles que disuelvan el "yo". ¿Están haciendo eso? Si no lo hacen, es evidente que no buscan la verdad. No es que yo diga que no buscan la verdad, sino que se trata de un hecho. Si dicen: "Voy a ser alguien", si ocupan una posición de autoridad espiritual, no pueden estar buscando la verdad. Soy muy claro respecto de estos asuntos, y no trato de persuadirlos a que acepten, ni de reprobarlos, lo cual sería tonto. Yo no puedo "reprobarlos", como dice el interlocutor.

Aun cuando me han escuchado durante veinte años, continúan ustedes con sus creencias, porque es un gran consuelo creer que se los cuida, que tienen mensajeros especiales para el futuro, que van a ser algo bello, ahora o con el tiempo. Continuarán, porque sus intereses creados están allí, en la propiedad, en el empleo, en la creencia, en el conocimiento. Ustedes no los cuestionan. Lo mismo ocurre en todo el mundo. No se trata únicamente de este o de aquel grupo particular de personas, sino que todos los grupos, católicos, protestantes, comunistas, capitalistas, están en la misma situación: todos tienen intereses creados.

El hombre verdaderamente revolucionario, que ve internamente la realidad de todas estas cosas, encontrará la verdad. Él sabrá qué es el amor, no en alguna fecha futura, lo cual carece de valor alguno. Cuando una persona tiene hambre, quiere que la alimenten ahora, no mañana. Pero ustedes tienen teorías convenientes, teorías de tiempo, de finalidad, y en ellas están atrapados. Por

consiguiente, ¿dónde está la conexión, la relación entre ustedes y yo, o entre ustedes y aquello que intentan descubrir? Sin embargo, hablan de amor, de hermandad, y todo cuanto hacen es contrario a eso. Es obvio, señores, que no bien tienen una organización, es inevitable que haya intrigas por la posición, por la autoridad; ya conocen todo ese juego.

Lo que necesitamos, pues, no es que yo los repruebe o que ustedes me reprueben o me expulsen. Ése no es el problema. Evidentemente, han de rechazar a un hombre que dice que lo que ustedes creen o hacen está equivocado; eso es lo que han hecho, o interiormente deberían hacerlo, porque yo digo que me opongo a lo que ustedes quieren. Si de veras desean buscar, encontrar la verdad y el amor, tiene que haber honestidad de propósito, abandono completo de todos los intereses creados, y eso implica que deben ser internamente pobres, vacíos, no buscar, no adquirir posiciones de autoridad como expositores o portadores de mensajes de los Maestros. Deben estar desnudos de todo. Como no desean eso, es natural que adquieran rótulos, creencias y distintas formas de seguridad.

Señores, no rechacen; descubran si realmente, o como dicen, "fundamentalmente", están buscando la verdad. En efecto, yo los cuestiono, dudo de ustedes cuando dicen: "Estoy buscando la verdad". No pueden buscar la verdad, ya que la búsqueda de ustedes es una proyección de sus propios deseos; experimentan esa proyección como una experiencia deseada. Pero cuando no busquen, cuando la mente esté quieta y serena sin ningún deseo, sin ningún motivo, sin ninguna compulsión, encontrarán que adviene el éxtasis. Para que ese éxtasis advenga, deben estar completamente desnudos, vacíos, solos. La mayoría de las personas ingresa en estas Sociedades porque ellas son gregarias, porque son clubes, y resulta muy conveniente, desde el punto de vista social, ingresar en clubes. ¿Creen ustedes que van a dar con la verdad cuando buscan consuelo, satisfacción, seguridad social? No, señores; deben permanecer solos sin apoyo alguno, sin amigos, sin gurú, sin la esperanza, completamente desnudos y vacíos en lo interno. Sólo entonces, tal como la copa que, estando vacía, puede ser llenada, así la vacuidad interna puede llenarse con aquello que es eterno.

*20 de enero de 1952*

## SÉPTIMA PLÁTICA EN MADRÁS

Esta tarde quizá podamos discutir el problema y la plena implicación del sufrimiento, del dolor. Creo que antes de penetrar en ese tema, deberíamos considerar qué entendemos por la palabra *comprensión*, porque si podemos comprender el significado profundo, la hondura y el sentido del dolor, quizá

seremos capaces de liberar a la mente por completo de esas reacciones que definimos, o a las que damos el nombre de *dolor*, que es un sentimiento. Así pues, lo importante es descubrir qué entendemos por comprender.

Comprender, ¿es razonar, deducir? ¿Es la comprensión el mero resultado de un proceso intelectual o verbal, o es algo por completo diferente de la deducción, del entendimiento? Mediante el cuidadoso análisis, ¿resolvemos un profundo problema psicológico? ¿La comprensión no consiste, acaso, en abarcar, reconocer, ver el problema íntegramente, en su totalidad? La mente sólo puede razonar, reunir diversas cosas, deducir, analizar, comparar, tener conocimientos al respecto, pero ¿puede la mente, que es un proceso del pensar, que implica tiempo, que es memoria, acumulación de creencias, de conocimientos, puede una mente así comprender el significado pleno de un problema? En otras palabras, el proceso del tiempo, que es en esencia un proceso de la mente, un proceso del pensar, ¿puede resolver un problema? Eso es especialmente importante de descubrir para la mayoría de nosotros. El instrumento que casi todos hemos cultivado con tanta diligencia es la mente, el intelecto, con el cual abordamos un problema esperando, de eso modo, resolverlo.

Nos estamos preguntando: ¿Puede la mente —que es el proceso del tiempo, que es el resultado del ayer, hoy y mañana— ser el instrumento de la comprensión? ¿Puede la mente ver el problema en su integridad? ¿Surge la comprensión a través del tiempo? ¿O es independiente del tiempo? Si al proceso de comprensión lo disociamos del razonamiento, de la deducción, del análisis, todo lo cual es un proceso del tiempo, entonces quizá podamos comprender un problema plenamente, de un solo vistazo. Eso es muy importante, ¿verdad? Si hemos de comprender el pleno significado del dolor, debemos eliminar por completo el movimiento del tiempo. El tiempo no resolverá el proceso por el cual se genera el dolor ni ayudará a terminar con él. Sólo puede ayudarlos a que lo olviden, lo evadan, lo pospongan, pero el sentimiento de dolor está ahí.

Les ruego, pues, que esta tarde ustedes y yo consideremos esto como dos individuos, no como un grupo de personas que intentan pensar colectivamente al respecto; adelántense, y como dos individuos consideremos el problema del dolor sin introducir el proceso del tiempo como instrumento de comprensión a fin de resolverlo. En otras palabras, ¿podemos ver este problema del dolor en su totalidad? Sólo cuando vemos algo de manera completa, total, integral, hay una posibilidad de disolverlo, no de otro modo. La posibilidad de esta disolución no se encuentra en el proceso de lo que llamamos mente, razón, pensamiento. Por eso dije que debemos entender bien esa palabra *comprensión*, debemos captar su significado. Si podemos hacerlo, creo que tal vez llegaremos a la raíz del problema del dolor.

Si quiero comprender algo, primero tengo que amarlo, ¿verdad? Tengo que estar en comunión con ello. No debe haber barrera ni resistencia alguna. No debe haber aprensión ni miedo, que se traducen en condena, justificación, o en un proceso de identificación. Espero que estén siguiendo todo esto. Olvi-

den por el momento las palabras; las palabras que uso no necesitan tener ningún valor para ustedes. Manténganse en contacto, en comunión con lo que estoy diciendo, con el espíritu de ello, que no es la mera verbalización. Para comprender algo, tiene que haber amor. Si quiero comprenderlos, debo amarlos, no debo tener prejuicios. Conocemos todas estas cosas. Ustedes dicen: "No tengo prejuicios", pero todos somos un manojo de prejuicios, de antagonismos, y nos revestimos de pantallas verbales. Eliminemos esta pantalla y veamos cuál es el significado del dolor. Yo siento que sólo por ese camino resolveremos este enormemente complejo problema del dolor.

La comprensión requiere, pues, comunión; requiere una mente capaz de percibir lo desconocido, lo innominable, porque una mente que anhela comprender algo, debe ella misma estar completamente quieta; esa quietud no es un estado de reconocimiento.

Si ha de haber comprensión, es imprescindible que haya comunión, que implica amor, no sólo en un nivel particular sino en todos los niveles. Cuando amamos a alguien, ése es un hecho de cualidad intemporal. No podemos nombrarlo. No existe la barrera del miedo, de la recompensa, de la condenación, ni hay identificación con alguna otra persona; todo eso constituye un proceso mental. Si realmente somos capaces de ver el significado de esa palabra, entonces podemos examinar los problemas del sufrimiento. Si existe el sentir profundo de la comunión, de amar realmente ese problema que llamamos dolor, seremos capaces de comprenderlo en plenitud. De lo contrario, nos limitaremos a escapar de él, a encontrar diversos escapes. Por lo tanto, si es posible, coloquémonos en esa situación. Sólo entonces podremos comprender lo que llamamos dolor. No debe haber ninguna barrera mental, ni prejuicio ni condena ni justificación basada en las tradiciones. Entonces podremos abordar, ustedes y yo como individuos, esta cosa que nos consume a casi todos nosotros: el dolor.

La energía en movimiento, en acción, es deseo, ¿verdad? Ese deseo, cuando se ve frustrado, es dolor, y cuando se satisface, es placer. Para la mayoría de nosotros, la acción es un proceso de satisfacción del deseo. Los "quiero" y los "no quiero" gobiernan nuestra actitud. Esa energía que se canaliza e identifica como el "yo" por obra del deseo, está siempre buscando una realización. El deseo en su movimiento, en su acción, es un proceso de realización o de negación. Hay distintas formas de realización y, asimismo, distintas formas de negación, cada una de las cuales ata, genera diferentes clases de dolor. Cuando hay dolor, existen diversas formas de resolverlo y diversas formas de escapar de él.

Conocemos el dolor en diferentes niveles, ¿no es así? Dolor físico, angustia física, el dolor de la muerte, el dolor que llega cuando no hay realización, el dolor que resulta de un estado de vacuidad, el que llega cuando la ambición se frustra, el dolor de no estar a la altura de la norma que marca el buen ejemplo, el dolor del ideal, y finalmente, el dolor de la identificación. Conocemos distintas formas de dolor en diferentes niveles psicológicos y fisiológicos; y tam-

bién conocemos las distintas formas de escapes: bebida, ritos, repetición de palabras, el volverse hacia la tradición, el acudir al futuro, el buscar tiempos mejores, circunstancias mejores, esperanzas mejores; conocemos todas estas formas de escapes, religiosos, psicológicos, físicos y materiales. Cuanto más escapamos, mayores y más complejos se vuelven los problemas. Cuando consideramos el problema, toda nuestra estructura es una serie de escapes. Explicamos el dolor; de ese modo, la explicación tiene para nosotros más importancia que la profundidad, el significado, la vitalidad del dolor. Al fin y al cabo, las explicaciones son tan sólo palabras, por muy sutiles, por justificadas que sean; y nos satisfacemos con las palabras. Éste es otro escape.

Al abordar un problema como el del dolor, ejercitamos todo nuestro proceso mental. Nuestra base operativa es una serie de escapes, justificaciones y condenaciones. No existe, pues, una comunión directa y vital con el problema del dolor. Somos, entonces, una entidad diferente que mira al dolor. Tratamos de disolver el problema del dolor, de analizarlo, de investigarlo. En este proceso de análisis, condena y justificación, "uno" es diferente de esa otra cosa que está sufriendo.

No se trata de que yo, como entidad, experimento dolor o estoy dolorido. El dolor no es diferente del pensador. El pensador, la entidad que siente, que desea, es ella misma dolor. No es como si fuera una entidad diferente del dolor que va a disolver el dolor. El movimiento mismo del deseo, que es energía en acción, es un proceso de frustración, sufrimiento, realización, dolor. Uno no es diferente del dolor. Ése es todo el cuadro, ¿no es así? Podemos ampliarlo más en palabras, pintarlo más en detalle, pero el problema es ése. Uno no es diferente del dolor; por lo tanto, "uno" no puede resolver el dolor. Uno no puede analizarse a sí mismo como una entidad separada que mira al dolor, ni puede acudir al psicoanalista para que lo resuelva, ni puede escapar del dolor, apartarlo dirigiéndolo mediante la energía empleada en actividades sociales.

La mayor parte de nuestros esfuerzos, de nuestras intenciones, de nuestras búsquedas, es para decir: "Yo soy diferente de aquello que siento. ¿Cómo he de resolver eso?". Ésta es de veras una cuestión importante; no puede ser fácilmente desechada o respondida con habilidad. Debemos considerarla seriamente aunque todo nuestro ser se rebele porque se nos ha educado para pensar que "uno" puede actuar sobre el dolor. Uno no es, en absoluto, una entidad diferente de su pensamiento, o de su deseo, o de su ambición, de la escalera que uno trepa, espiritual o socialmente. Para comprender este problema del dolor, tiene que haber comunión con la totalidad, y uno no puede entrar en comunión con lo total si está considerando el dolor parcialmente, como uno y el objeto. Se trata de un entendimiento parcial, una comprensión parcial —que no es comprensión en absoluto—, si uno piensa que es una entidad diferente mirando la cosa que llama dolor.

Así pues, uno es el creador del dolor, uno es la entidad que sufre, y uno no está separado del dolor, del sufrimiento. En tanto haya una división entre uno mismo y el sufrimiento, sólo existe una comprensión parcial respecto del

hecho, y eso implica en realidad que uno debe descartar todas las explicaciones previas, lo cual quiere decir que uno está cara a cara —no como dos procesos separados sino como un proceso unitario— con el hecho que llama dolor. Cuando amamos de verdad, no hay barrera alguna; entonces hay comunión. La comunión no es identificación con el otro; la identificación no existe en el amor. Éste es un estado del ser.

¿Pueden ustedes mirar este problema del dolor, dolor no sólo como una reacción de simpatía, o como el fracaso de una esperanza, sino el dolor que es tan envolvente, tan profundo que ninguna descripción puede abarcarlo? ¿Podemos, ustedes y yo, estar en plena comunión con el dolor? No debemos convertir el dolor en una virtud, en un medio de comprensión o de progreso.

En realidad, ¿qué es el dolor? Cuando uno sufre, cuando muere el hijo de uno, hay una clase de dolor; cuando vemos a los pobres niños desnutridos, ésa es otra clase de dolor; cuando luchamos por alcanzar el tope de la escalera y no lo conseguimos, ésa es la tercera clase de dolor; cuando no realizamos el ideal, sentimos dolor. Por cierto, un proceso de deseo en aumento y multiplicación permanente, en permanente autoencierro, es dolor. ¿Puedo comprender todo ese proceso de la energía en movimiento como deseo, y poner fin al deseo, no a la energía? Lo que sabemos es que la energía en acción es deseo, siendo el deseo el "yo", el "yo" progresando, el "yo" realizándose, el "yo" postergando.

¿Puedo comprender todo este problema del dolor y del deseo y, de tal modo, poner fin al deseo como movimiento del "yo", y no retroceder, sino hallarme en ese estado de energía que es inteligencia pura? No es una pregunta para contestar a ella "sí" o "no". No es un asunto para colegiales. Requiere mucha meditación, meditación no en el sentido de elevar nuestro pensamiento hasta cierto nivel y mantenerlo ahí; eso sería absurdo. No estamos discutiendo aquí la meditación. Como dije, esto requiere una gran dosis de discernimiento directo, y este discernimiento es imposible si hay cualquier clase de distorsión ocasionada por el deseo.

La energía es inteligencia pura, y una vez que comprendemos eso o le permitimos que se manifieste, vemos que el deseo significa muy poco. Ése es todo nuestro problema, ¿verdad?, cómo dar forma al deseo, cómo adaptarlo sociológica o espiritualmente. ¿Cómo ha de adaptarse el "yo" o el deseo, para uso colectivo, o ha de adaptarse para uso individual? ¿Cómo se hace todo eso?

Mientras el deseo no sea plenamente comprendido, tendrá que haber dolor, porque no podemos tener la razón pura que lo disolverá, la inteligencia pura necesaria para ello. La razón no puede disolver el dolor, no puede disolver el deseo. Es necesario, por lo tanto, comprender todo el problema, no por deducción, no por razonamiento, sino viendo la cosa total, o sea, es necesario amar realmente el problema, amar el dolor. ¿Comprenden? Hay personas que aman el dolor, pero sus corazones están vacíos; en vez de amar al hombre, aman el dolor, y eso implica un ideal. ¿No han visto personas que aman la virtud? Aman el dolor porque amándolo se sienten bien; sienten cierta respuesta entusiasta, cierto bienestar. No me refiero en absoluto a esa clase de amor. Cuando

uno ama, no hay identificación sino comunión; cuando dos personas se aman hay receptividad abierta entre una y otra. Ese amor es esencial para comprender todo este problema.

Como dije, la comprensión no es un proceso de tiempo; no pertenece al tiempo. No digan: "Comprenderé mañana", "iré", "llegaré", "percibiré más y más"... La comprensión no tiene nada que ver con el tiempo o con el proceso del tiempo, que es el pensar. Así pues, la mente no puede resolver el problema del dolor. ¿Qué podrá resolverlo, entonces? Si tratamos de comprender el problema con nuestra mente, lo justificamos, lo condenamos o nos identificamos con él. La mente que puede comprender el problema en su plenitud, es la que no se halla en estado de agitación; la mente que quiere comprender el problema no busca un resultado, no desea encontrar una respuesta. Esa mente no dice: "Debo estar libre del dolor a fin de experimentar, a fin de tener más". No hay tal "más". "Más" es el dolor, que implica "menos". Si uno puede, pues, mirar el dolor completamente, o sea, no como "yo" mirando, observando, moldeando, destruyendo, sino con una mente para la cual el observador y lo observado son la misma cosa, encontrará que adviene el amor que no es sensación, la inteligencia que no pertenece al tiempo o al proceso del pensamiento; sólo ese amor, esa inteligencia, puede resolver este inmenso y complejo problema del dolor.

*Pregunta: He pasado los diez mejores años de mi vida en prisión a causa de mis actividades políticas que prometían grandes cosas. Ahora hay desilusión, y me siento completamente consumido. ¿Qué puedo hacer?*

KRISHNAMURTI: Puede que uno no pase diez años en prisión, pero puede pasar un año o dos persiguiendo una falsa esperanza, una actividad falsa, haciendo algo a lo que ha entregado todo su ser, toda la devoción de su pensamiento, encontrando finalmente que ello no tiene ningún sentido. Hemos hecho eso, ¿no es así? Seguimos cierto sendero, cierta acción, esperando que traerá grandes cosas, que ayudará a la gente, que la liberará, que al final de ello habrá compasión, amor; y hemos entregado a ello nuestra vida. Y entonces un día descubrimos que es algo completamente vacuo, o sea, la cosa por la que hemos vivido ya no tiene más sentido alguno; estamos emocionalmente consumidos.

¿No conocen esos casos? ¿No son ustedes uno de esos casos? ¿No se encuentran en esa situación? ¿No han tenido una experiencia semejante? ¿No saben que han seguido el sendero del Maestro, del iniciador —religioso o político, que promete un Estado ideal mediante una revolución—, que han entregado a ello todo su fervor y energía, toda su vida, y al final están desilusionados, consumidos emocionalmente? Trabajan para ello y después lo abandonan. Pero hay otras personas, necias e ignorantes, que vienen y ocupan el lugar de ustedes y prosiguen con eso, echando más leña inútil. Y si alguno se consume, termina por marcharse, se sale de eso. Pero viene otra persona que llena el

espacio vacío. Y el movimiento de la estupidez continúa en el nombre de la religión, de la politica, de la paz, de Dios... llámenlo como quieran. Surge otro problema: ¿Cómo impedir que el necio caiga en la inútil refriega carente de sentido?

Las Sociedades, las organizaciones, son cosas sumamente vanas, en especial las organizaciones religiosas. ¿Qué ha de hacer uno, pues, cuando se siente consumido? Ha perdido su flexibilidad; está envejeciendo. Todas las cosas por las que se esfuerza no tienen sentido y, o se vuelve cínico, amargado, o permanece como un leño muerto, apartado, aislado. Eso es un hecho evidente, ¿no? Conocemos todo eso, hay centenares de ejemplos; tal vez ustedes sean uno de ellos. ¿Qué ha de hacer uno cuando se encuentra en ese estado? ¿Puede ser revivido lo que está muerto? ¿Puede cobrar vida súbitamente y ver lo que ha hecho, buscar lo real y renovarse? Ése es el problema, ¿verdad? ¿Puedo yo, que he entregado la mayor parte de mi vida a algo sin sentido —sin sentido porque carece de profundidad, de un significado perdurable—, puedo yo, que he perdido aquel estado, que me siento consumido, volver a encontrar la vida, encontrar nuevamente el fervor? Creo que puedo.

Cuando estoy consumido, cuando me doy cuenta de que he desperdiciado mi vida, si en vez de amargarme puedo ver todo el significado de lo que he hecho, cómo he perseguido el ideal y cómo el ideal siempre destruye —porque el ideal no tiene sentido, es sólo autoproyección, postergación, me impide abarcar lo total—; si puedo sentarme quietamente, sin ser atraído en otra dirección, si reconozco todo el proceso de lo que he hecho y veo qué es lo que me ha llevado a abrigar falsas esperanzas, qué es lo que ha despertado en mí toda clase de ambiciones, si puedo ver todo eso sin que haya ningún movimiento en otra dirección —ya sea de justificación o condena—, si puedo permanecer con eso, entonces quizás exista la posibilidad de revivir. Porque la mente ha perseguido algo que, según esperaba, produciría resultados, utopías, maravillas, etc. Si la mente comprende lo que ha hecho, hay renovación, ¿verdad? Si yo sé que he hecho algo grave, algo falso, si me doy cuenta de ello, si lo comprendo, entonces esa comprensión misma es, sin duda alguna, luz, es lo nuevo.

Pero muy pocos tenemos paciencia o sabiduría o silenciosa aceptación de lo que hemos hecho, sin que por ello haya amargura. Todo cuanto sé es que he malgastado mi vida, y deseo una vida nueva. Estoy ansioso por apoderarme de esa cosa nueva. Cuando siento ansias por apoderarme de ello, estoy otra vez perdido. Entonces está el gurú, el líder político, la promesa de la utopía, que me llena de entusiasmo. Así, estoy de vuelta en el mismo proceso de antes. Reconocer este proceso implica ser paciente, estar alerta, entender lo que he hecho, no intentar nada más. Eso requiere gran sabiduría, gran afecto, saber que no voy a participar en ninguna de esas cosas; sin importar adónde puedan llevarme, no voy a hacerlas. Cuando procedemos así, cuando nos hallamos en ese estado, les aseguro que hay renovación, un nuevo comienzo. Pero debo ver que mi mente no engendre nuevas ilusiones, nuevas esperanzas.

*Pregunta: ¿Qué se entiende por "aceptar 'lo que es'"? ¿En qué difiere eso de la resignación?*

KRISHNAMURTI: ¿Qué es la aceptación? ¿Qué es el proceso de aceptación? Yo acepto el dolor. ¿Qué significa eso? Sufro por la pérdida de un amigo, de un hermano, de un hijo. La aceptación de ese sufrimiento mediante una explicación, es resignación, ¿no es así? Digo que es inevitable, y el sufrimiento desaparece; lo racionalizo, o acudo al karma o a la reencarnación, y lo acepto. La aceptación es el proceso de reconocimientos, ¿verdad? No definan la palabra, sino vean el significado. Es decir, acepto a fin de estar en paz. Me resigno a un acontecimiento, a la circunstancia, al incidente. Los acepto porque me pacifican, me sacan del estado de conflicto. Hay un motivo ulterior para la resignación, motivo del cual puedo no tener conciencia. Muy en lo profundo, inconscientemente, deseo tener paz, satisfacción, no quiero sentirme perturbado. Pero la pérdida causa una perturbación a la que llamo sufrimiento. Y, a fin de escapar del sufrimiento, explico, justifico, y entonces digo: "Estoy resignado a lo inevitable, al karma". Ése es el modo más tonto de vivir, ¿no es cierto? Eso no traerá comprensión.

Si soy capaz de mirar *lo que es* —o sea, lo que ha ocurrido, la muerte de alguien, un incidente— sin ningún proceso mental, si puedo observar eso, percibirlo, seguir su movimiento, estar en comunión con ello, amarlo, no hay resignación. Tendré que aceptar el hecho. El hecho es el hecho. Pero si puedo evitar traducirlo, interpretarlo, darle una justificación, colocarlo en un lugar que me resulte conveniente, si me doy cuenta de ese hecho y, en consecuencia, lo descarto naturalmente, sin ningún esfuerzo, veré aquello que es por completo diferente, que es significativo. Entonces ello comienza apenas a revelarse; al principio, superficialmente, pero a medida que se va revelando, lo hace más y más. Es como leer un libro. Pero si ya he deducido lo que el libro contiene, si conozco el final, no estoy leyendo.

La comprensión respecto de *lo que es* no puede darse mediante ninguna justificación, condenación ni identificación de uno mismo con *lo que es*. Hemos perdido el camino del amor. Por eso existe todo este proceso superficial. No pregunten qué es el amor. Ustedes hablan todo el tiempo de amor. ¿Qué entienden por ello? Sólo pueden descubrir qué es el amor, negando aquello que no lo es. Como la vida que llevamos *es negación*, no puede haber amor. Siendo nuestra vida, en su mayor parte, destructiva, la manera en que vivimos, en que nos comunicamos, nos encierra en nosotros mismos. Aquello que es global, que lo abarca todo, puede ser comprendido únicamente cuando la negación ha dejado de existir. La comprensión de *lo que es*, puede llegar cuando hay comunión completa con eso que *es*.

*Pregunta: Para que la verdad se manifieste, usted aboga por la acción sin idea. ¿Es posible actuar todo el tiempo sin la idea, sin un propósito en vista?*

KRISHNAMURTI: Yo no abogo por nada. No soy un propagandista político ni religioso. No los invito a ninguna nueva experiencia. Todo cuanto hacemos es tratar de descubrir qué es la acción. Ustedes no me siguen a mí para descubrir; si lo hacen, jamás descubrirán. Sólo me siguen verbalmente. Pero si quieren descubrir, si desean, como individuos, averiguar qué son la idea y la acción, tienen que investigarlo, no aceptar mi definición ni mi experiencia, que pueden ser totalmente falsas. Como tienen que descubrir, deben dejar a un lado toda la idea de seguir, buscar, abogar por esto o aquello, la idea del propagandista, del líder o del ejemplo.

Por lo tanto, descubramos juntos qué entendemos por acción sin idea. Tengan la bondad de prestar atención a esto. No digan: "Yo no entiendo de qué habla usted". Descubrámoslo juntos. Puede ser difícil, pero investiguémoslo.

¿Qué es actualmente nuestra acción? ¿Qué entendemos por acción? Hacer algo, ser, realizar; nuestra acción se basa en una idea, ¿verdad? Eso es todo cuanto conocemos; tenemos ideas, ideales, promesas, distintas fórmulas acerca de lo que somos y de lo que no somos. Ésa es la base de nuestra acción: recompensa en el futuro o miedo al castigo o búsqueda de ideas autoaisladoras sobre las cuales poder basar nuestra acción. Conocemos eso, ¿no es cierto? Una actividad así nos aísla. Obsérvense a sí mismos en la acción. No se adormezcan con mis palabras. Ustedes tienen una idea de la virtud y, conforme a esa idea, viven, es decir, actúan en la relación. O sea, para ustedes la relación es acción dirigida hacia un ideal, hacia la virtud, hacia la autorrealización individual o colectiva, etcétera.

Cuando mi acción se basa en un ideal, que es una idea, esa idea da forma a mi acción, la guía: "Debo ser valiente", "debo seguir el ejemplo", "debo ser caritativo", "debo tener conciencia social", etc. Digo, pues, ustedes dicen, todos decimos: "Hay un ejemplo de virtud; debo seguirlo", lo cual, una vez más, significa: "Debo vivir de acuerdo con eso". Así pues, la acción se basa en esa idea. Por lo tanto, entre la acción y la idea hay una brecha, un proceso de tiempo. Es así, ¿no? O sea: "No soy caritativo, no amo, no hay indulgencia en mi corazón, pero debo ser caritativo". Entre lo que soy y lo que debería ser, hay tiempo, y todo el tiempo tratamos de tender un puente entre lo que somos y lo que deberíamos ser. Ésa es nuestra actividad, ¿no?

Ahora bien, ¿qué sucedería si no existiera la idea? De un sólo golpe habríamos eliminado la brecha, ¿verdad? Seríamos lo que somos. ¿Los he asustado a todos? Uno dice: "Soy feo, debo volverme hermoso; ¿qué debo hacer?", y eso es acción que se basa en una idea. O dice: "No soy compasivo, debo volverme compasivo". Así es como introducimos la idea separada de la acción. En consecuencia, nunca hay acción, sino siempre el ideal de lo que seremos, jamás lo que somos. El hombre necio dice siempre que habrá de volverse inteligente. Permanece trabajando, luchando para "llegar a ser"; nunca se detiene, nunca dice: "Soy un necio". De modo que su acción, basada en una idea, no es acción en absoluto.

Acción significa hacer, moverse. Pero cuando tenemos una idea, es tan

sólo una ideación lo que está en marcha, es un proceso de pensamiento. Y si no hubiera idea, ¿qué ocurriría? Tengan la bondad de prestar atención completa a esto. Si no hay idea, somos *lo que es*; somos poco caritativos, implacables, crueles, necios, irreflexivos. ¿Podemos permanecer con eso? ¿Pueden ustedes hacerlo? Si lo hacen, vean entonces lo que ocurre. Por favor, sigan esto, no se impacienten, no lo rechacen; cuando se enfrentan a eso ahora, no mañana sino realmente *ahora*, ¿qué ocurre? Cuando reconozco que soy poco caritativo, necio, cuando me doy cuenta de que es así, ¿qué es lo que ocurre? ¿No hay caridad, no hay inteligencia cuando reconozco la falta de caridad, cuando la reconozco completamente —no verbalmente, no artificialmente—, cuando me doy cuenta de que no soy caritativo, de que no soy afectuoso? En ese mismo ver *lo que es*, ¿acaso no hay amor? ¿No me vuelvo instantáneamente caritativo? Por favor, no se trata de que acepten esto. Considérenlo. Investíguenlo. Si veo la necesidad de estar limpio, es muy simple: voy y me lavo. Pero si eso de que debo estar limpio es un ideal, ¿qué ocurre? ¿No conocen la respuesta? La limpieza es, entonces, muy superficial.

Por lo tanto, la acción basada en una idea, es muy superficial, no es acción en absoluto, es mera ideación, la cual es una clase diferente de acción; pero no estamos discutiendo esa clase de acción que es tan sólo la continuación de un proceso de pensamiento.

La acción que transforma a los seres humanos, que trae regeneración, redención, transformación —llámenlo como quieran—, tal acción no se basa en una idea. Es una acción que prescinde del resultado, de la recompensa o el castigo. Entonces verán que una acción así es intemporal, porque la mente no penetra en ella; y la mente es el proceso del tiempo, un proceso de cálculo, división, aislamiento.

Esta cuestión no se resuelve tan fácilmente. Casi todos ustedes formulan preguntas y esperan una respuesta: sí o no. Es fácil formular preguntas como: "¿Qué quiere usted decir?", y luego sentarse y dejar que yo lo explique; pero mucho más difícil es descubrir la respuesta por ustedes mismos, examinar el problema tan profundamente, tan claramente, tan sin corrupción alguna, que el problema deje de existir. Y eso puede ocurrir sólo cuando la mente está por completo silenciosa frente al problema. *Si amamos el problema, éste es tan bello como una puesta del Sol.* Si somos hostiles a él, jamás lo comprenderemos. Y casi todos nosotros somos hostiles, porque tenemos miedo del resultado, de lo que podría ocurrir si proseguimos, y de ese modo perdemos la significación y el alcance del problema.

*26 de enero de 1952*

## OCTAVA PLÁTICA EN MADRÁS

A muchos de nosotros debe habérsenos ocurrido pensar cuán rápidamen-

te se deterioran todas las cosas. Grandes revoluciones que, con agradables promesas, sacrifican a millones de seres humanos, se deterioran pronto cayendo en manos de mala gente. Grandes movimientos políticos y religiosos, degeneran en poco tiempo. A muchos de nosotros, se nos debe haber ocurrido preguntarnos por qué tiene lugar este constante proceso de renovación y decadencia. ¿Por qué algo que ha sido iniciado por unos cuantos seres humanos con buenas intenciones, con motivos justos, es pronto usurpado y destruido por malas personas?

¿Por qué este proceso de marchitamiento, de descomposición? Creo que, si podemos responder a esta pregunta y descubrir la verdad al respecto, quizá seremos capaces, como individuos, de iniciar una acción completamente libre de marchitamiento. Pienso que debemos atender a la causa de ello, no tan sólo en el nivel superficial, sino también en el nivel más profundo. Existe, a mi entender, una razón más honda y fundamental para que este deterioro ocurra tan rápidamente, y espero que éste sea también un problema de ustedes. No piensen que intento introducir un nuevo problema o que tomo algo como tema para hablar sobre ello. Este interrogante acerca del deterioro, debe habérseles ocurrido a ustedes igual que a mí. Si están de algún modo alerta, conscientes del proceso de la historia, tienen que haber observado en la vida de cada día, que algo hay detrás de este proceso de deterioro; habiendo observado eso, es probable que lo hayan desechado; o, habiéndose sacrificado por una causa que pronto degenera, no saben qué hacer.

Deben descubrir qué hay exactamente detrás de este proceso de deterioro, de esta renovación que pronto decae. Me parece que deberíamos investigar toda esta cuestión, y quizás allí radica la verdadera respuesta a nuestro problema.

En nuestra vida cotidiana nos esforzamos por realizarnos personalmente. Todo nuestro esfuerzo es para ser algo, para devenir, positiva o negativamente. Vemos que hay conflicto sociológico en el devenir, en el individuo que "llega a ser" más y más, y la fuerza detrás de ese "llegar a ser" está siempre orientada en esa dirección. Para controlar el esfuerzo individual, que es autoaislador, hay leyes sociales; y a fin de controlar al individuo religiosamente, están las sanciones religiosas; pero, a pesar de estas leyes y sanciones, los deterioros existen en nuestro esfuerzo por ser buenos, por ser nobles, por ser hermosos, por buscar la verdad. Hasta que realmente descubramos por nosotros mismos —no de manera imitativa, no por obra de la tradición ni de la mera racionalización verbal— aquello que está detrás de este proceso de decadencia y deterioro, que existe aparte de nuestro ser, no habrá fin para las confusiones del mundo.

El estado de creatividad es muy importante. Temo que no nos hallaremos en ese estado que es tan esencial generar o mantener: un estado constante en el que no haya deterioro de ninguna clase.

Ahora bien, para penetrar plenamente en esto, debemos investigar el proceso del experimentador y la experiencia, ya que todo cuanto hacemos contie-

ne este proceso dual. Siempre está ahí el esfuerzo o la voluntad de experimentar, adquirir, ser o no ser. La voluntad es el factor de nuestro deterioro, la voluntad de llegar a ser, individualmente, colectivamente, nacionalmente o en distintos niveles de nuestras sociedades. La voluntad de ser es el factor importante. Si observamos, hallaremos que en esta voluntad están el actor y la cosa sobre la que él actúa. Es decir, yo ejerzo mi voluntad para cambiar o transformar algo; soy codicioso, y ejerzo mi voluntad para no ser codicioso; soy de miras estrechas, nacionalista, y ejerzo mi voluntad para no serlo. Actúo; o sea, empleo mi voluntad para transformar aquello que considero malo, o trato de llegar a ser o mantener aquello que es bueno. Por lo tanto, en la voluntad existe esta acción dualista del experimentador y la experiencia. Creo que en eso está la raíz de nuestro deterioro.

En tanto esté experimentando, en tanto esté deviniendo, tiene que existir esta acción dualista; tienen que existir el pensador y el pensamiento, dos procesos separados en actividad. No hay integración, hay siempre un centro operando por medio de la voluntad, un centro de acción para ser o no ser —en lo colectivo, en lo individual, en lo nacional, etc.—. Éste es, universalmente, el proceso. Mientras el esfuerzo esté dividido en experimentador y experiencia, tiene que haber deterioro. La integración es posible sólo cuando el pensador ya no es más el observador. O sea, en la actualidad sabemos que están el pensador y el pensamiento, el observador y lo observado, el experimentador y lo experimentado; hay dos estados diferentes. Nuestro esfuerzo es para tender un puente entre ambos.

La voluntad de acción es siempre dualista. ¿Es posible ir más allá de esta voluntad que es separativa, y descubrir un estado en el que no haya acción dualista? Eso es posible sólo cuando experimentamos directamente el estado en que el pensador es el pensamiento. Ahora creemos que el pensamiento está separado del pensador, pero ¿es así? Nos gustaría creer que lo está, señores, porque entonces un pensador puede explicar las cosas por medio de "su" pensamiento. El esfuerzo del pensador es para llegar a ser "más" o para llegar a ser "menos"; por lo tanto, en esa lucha, en esa acción de la voluntad, en el "llegar a ser", está siempre el factor de deterioro; perseguimos un proceso falso, no un proceso verdadero.

¿Existe una división entre el pensador y el pensamiento? Mientras sigan separados, divididos, nuestro esfuerzo se desperdicia; perseguimos un proceso falso que es destructivo y constituye el factor de deterioro. Creemos que el pensador se halla separado del pensamiento. Cuando encuentro que soy codicioso, posesivo, brutal, pienso que no debería ser todo esto. El pensador trata, entonces, de alterar sus pensamientos y, por consiguiente, el esfuerzo es hecho para "llegar a ser"; y, en ese proceso de esfuerzo, él persigue la falsa ilusión de que hay dos procesos separados, mientras que de hecho hay un proceso único. Creo que en eso radica el factor fundamental de deterioro.

¿Es posible experimentar ese estado en que hay una sola entidad y no dos procesos separados, el experimentador y la experiencia? Entonces quizá des-

cubriremos qué es ser creativo, y qué es ese estado en el que jamás hay deterioro, cualquiera que sea la relación en que el hombre pueda encontrarse.

En todas nuestras experiencias, están el experimentador, el observador, y las experiencias; el observador, o bien acopia para sí mismo, o se niega a sí mismo. ¿No es ése un proceso falso, una actividad que no da origen al estado creativo? Si es un proceso falso, ¿podemos extirparlo, dejarlo de lado completamente? Eso puede ocurrir sólo cuando experimento, no como experimenta un pensador, sino cuando me doy cuenta del proceso falso y veo que existe un estado único en que el pensador es el pensamiento.

Soy codicioso. Yo y la codicia no somos dos estados diferentes; hay una sola cosa, que es la codicia. Si me doy cuenta de que soy codicioso, ¿qué ocurre? Hago un esfuerzo para no ser codicioso, lo hago ya sea por razones sociológicas o por razones religiosas; ese esfuerzo estará siempre dentro de un círculo pequeño, limitado. Puedo extender el círculo, pero siempre es limitado. En consecuencia, allí está el factor de deterioro. Pero, cuando miro más profunda y detenidamente, veo que el hacedor del esfuerzo da origen a la codicia, que es la codicia misma; y también veo que no hay un "yo" y la codicia existiendo separadamente, sino que sólo existe la codicia. Si me doy cuenta de que soy codicioso, de que no hay un observador que sea codicioso, sino que yo mismo soy la codicia, entonces todo nuestro problema es por completo diferente, y nuestra respuesta al problema también es por completo diferente; entonces nuestro esfuerzo no es destructivo.

¿Qué haré cuando todo mi ser es codicia, cuando cualquier acción que emprendo es codicia? Desafortunadamente, nosotros no pensamos de esta manera. Está el "yo", la entidad superior, el soldado que controla, que domina. Para mí, ese proceso es destructivo. Es una ilusión, y sabemos por qué hacemos eso. Me divido a mí mismo en lo superior y lo inferior a fin de dar continuidad al deseo de sentirme seguro. Si sólo existe la codicia, completamente, no yo actuando con codicia, sino que soy enteramente codicia, ¿qué ocurre? Entonces hay en acción un proceso por completo distinto, surge una cuestión por completo diferente. Esa cuestión es lo creativo; en ello no existe el sentido del "yo" dominando, del "yo" deviniendo, positiva o negativamente. Debemos llegar a ese estado si queremos ser creativos. En ese estado no existe el hacedor del esfuerzo. Creo que no se trata de verbalizar o de intentar descubrir qué es ese estado; si comenzamos de ese modo, nos perderemos y jamás habremos de encontrarlo. Lo importante es ver que el hacedor del esfuerzo y el objeto hacia el cual se dirige su esfuerzo, son la misma cosa. Requiere una comprensión inmensa, un gran estado de percepción alerta, ver cómo la mente se divide a sí misma en lo alto y lo bajo —siendo lo alto la seguridad, la entidad permanente—, pero sigue siendo un proceso de pensamiento y, por ende, de tiempo. Si podemos comprender esto experimentándolo directamente, veremos que surge a la existencia un factor por completo distinto.

El hacedor del esfuerzo, la voluntad de acción, no puede comprender lo desconocido. Para comprenderlo, la mente debe estar por completo silenciosa,

lo cual significa en esencia completa abnegacion de sí misma; el "yo", que es el hacedor del esfuerzo por devenir —ya sea de manera positiva o negativa—, se halla ausente.

*Pregunta: ¿Qué es lo que convierte en chismorreo algo que yo le digo a otra persona? El decir la verdad, o algo bueno o malo acerca de alguien, ¿es chismorreo? Mientras lo que se diga sea cierto, ¿puede considerarse chismorreo?*

KRISHNAMURTI: Detrás de esta pregunta hay muchas cosas. En primer lugar, ¿por qué desea uno hablar de otra persona? ¿Cuál es el motivo que le impulsa a hacerlo? Es más importante averiguar eso. Uno debe saber si lo que dice acerca de otro es cierto. ¿Por qué necesita hablar de otro? Si es hostil a esa persona, sus motivos se basan en la violencia en el odio y entonces por fuerza tienen que ser malos; su intención es causar dolor al otro por medio de sus palabras o de su expresión. ¿Por qué habla de otro, bien o mal, y cuál es la necesidad que le impulsa a hacerlo? Ante todo, ¿no denota eso una mente muy superficial y mezquina? Si a uno realmente le preocupa, le interesa algo, debe saber cuál es el momento apropiado para hablar acerca de otra persona, por buena, noble o necia e irresponsable que ella sea. Una mente necia o superficial, siempre necesita tener algo de qué hablar, charlar, o agitarse al respecto; tiene que leer, adquirir cosas o creer. Ustedes conocen todo el proceso de hallarse ocupados con algo. Entonces surge el problema de cómo terminar con la habladuría.

Pero el chismoso y el tema de la habladuría, buena o mala, acerca de otro, tienen cierta clase de relación; y tanto el chismoso como la persona con la que comparte su habladuría, experimentan un tipo de placer mutuo, uno contando y el otro escuchando. Creo que es muy importante averiguar los motivos, y no cómo detener el chismorreo. Si uno puede descubrir el motivo y permanecer considerándolo más bien directamente, sin condena ni justificación alguna, entonces quizá su mente comenzará a descubrir un nivel más profundo, lo cual, en consecuencia, lo alejará de este chismorreo, de este constante hablar acerca de otros. Pero descubrir ese motivo, ese impulso, es una tarea bastante ardua, ¿verdad?

Ante todo, el hombre o la mujer que se ocupa en chismear, tiene tanto interés en contar cosas, buenas o malas, acerca de alguien, que no le queda tiempo para reflexionar. Al fin y al cabo, la habladuría es una de las maneras de conocernos a nosotros mismos, ¿no es así? Si hablo cruelmente de otro, ello indica antagonismo, odio. Como no quiero enfrentarme a mis propios odios y antagonismos, escapo por medio de la conversación, y si hablo y murmuro acerca de otro, ésa es una forma de escapar de mí mismo.

El hombre que quiera realmente comprender todo el proceso de la vida, debe tener un profundo conocimiento propio; no el conocimiento que se adquiere de un libro o de un psicólogo, sino el conocimiento directo que llega a

través de la relación, la cual viene a ser como un espejo en el cual nos vemos constantemente a nosotros mismos, tanto lo agradable como lo desagradable. Pero eso exige seriedad. Muy pocos son serios, y muchos son necios y triviales.

*Pregunta: ¿Cómo puede la sola regeneración individual, originar, en lo inmediato, el bienestar colectivo de las mayorías, que es lo que se necesita en todas partes?*

KRISHNAMURTI: Pensamos que la regeneración individual se opone a la regeneración colectiva. No estamos pensando desde el punto de vista de la regeneración, sino sólo de la regeneración individual. La regeneración es anónima. No es: "Yo me he redimido". Mientras pensemos en la regeneración individual como opuesta a la colectiva, no hay relación entre ambas. Pero si nos interesamos en la regeneración, no del individuo, sino en la *regeneración*, veremos que hay en acción una fuerza por completo diferente: la inteligencia. Porque, al fin y al cabo, ¿en qué estamos interesados? ¿Cuál es el problema que nos concierne de manera honda, profunda? ¿Es posible percibir la necesidad de una acción unida del hombre para salvar al hombre? Uno ve que la acción colectiva es necesaria a fin de producir alimento, ropa y vivienda para todos. Eso requiere inteligencia, y la inteligencia no es individual, no es de este o de aquel partido político, de este o de aquel país. Si el individuo busca inteligencia, ésta será colectiva. Pero, desafortunadamente, nosotros no buscamos inteligencia, no buscamos la solución de este problema. Tenemos teorías con respecto a nuestros problemas, métodos para resolverlos; y los métodos se vuelven individuales y colectivos. Si ustedes y yo buscamos un modo inteligente de abordar el problema, no somos colectivos ni individuales; entonces nos interesamos en la inteligencia que resolverá el problema.

¿Qué es lo colectivo, qué es la masa? Uno en relación con el otro, ¿no es así? Esto no es un exceso de simplificación, porque en mi relación con el otro, yo formo una sociedad; el otro y yo juntos creamos una sociedad al relacionarnos. Sin esa relación, no hay inteligencia, no hay cooperación de parte mía o del otro que sea totalmente individual. Si yo busco mi regeneración y el otro busca su regeneración, ¿qué ocurre? Ambos estamos siguiendo direcciones opuestas.

Si los dos nos ocupamos en la solución inteligente de todo el problema, porque ese problema es nuestro interés fundamental, entonces no nos atañe cómo lo considera uno o cómo lo considera el otro, no se trata de su sendero o de mi sendero; no nos preocupan fronteras ni prejuicios económicos ni intereses creados. Entonces el otro y yo no somos colectivos, no somos individuales; esto da origen a una integración colectiva, la cual es anónima.

Pero el interlocutor quiere saber cómo actuar en lo inmediato, qué hacer al momento siguiente, de manera tal que las necesidades humanas puedan ser resueltas. Me temo que no hay una respuesta semejante. No existe un remedio moral inmediato, sean cuales fueren las promesas de los políticos. La solución

inmediata es la regeneración del individuo, no para sí mismo, sino la regeneración que es el despertar de la inteligencia. La inteligencia no es de ustedes ni mía; es inteligencia. Creo que es importante percibir esto a fondo. Entonces nuestra acción política e individual, colectiva o de otra clase, será por completo diferente. Perderemos nuestra identidad; no nos identificaremos con nuestro país, nuestra raza, nuestro grupo, nuestras tradiciones colectivas, nuestros prejuicios. Perderemos todas esas cosas, porque el problema exige que perdamos nuestra identidad a fin de resolverlo. Pero eso requiere una gran comprensión, una comprensión global de todo el problema.

Nuestro problema no es sólo el pan de cada día; no es sólo el alimento, la ropa y la vivienda, sino que es mucho más profundo que eso. Nuestro problema es psicológico: por qué el hombre se identifica. Esta identificación con un partido político, con una religión, con el conocimiento, es lo que nos divide. Y esa identidad podrá ser resuelta sólo cuando se comprenda, claramente, en lo psicológico, todo el proceso que implican el identificarse, el desear, los móviles de nuestra acción.

De modo que el problema de lo colectivo o de lo individual no existe cuando perseguimos la solución de un determinado problema. Si ustedes y yo estamos interesados en algo, vitalmente interesados en la solución del problema, no nos identificarémos con ninguna otra cosa. Pero, por desgracia, como no estamos vitalmente interesados, nos hemos identificado, y esa identidad es la que nos impide resolver este vasto y complejo problema.

*Pregunta: Aunque usted ha empleado con frecuencia la palabra "verdad", yo no recuerdo que la haya definido jamás. ¿Qué entiende por esa palabra?*

KRISHNAMURTI: Ustedes y yo, como dos individuos, vamos a averiguar esto, no mañana, sino quizás esta misma tarde. Si están muy quietos, tranquilos, descubrámoslo. Las definiciones carecen de valor, no tienen sentido para un hombre que busca la verdad. La palabra no es la cosa. La palabra *árbol* no es el árbol, pero nos satisfacemos con palabras. Por favor, sigan esto atentamente. Para nosotros, las definiciones y explicaciones son muy satisfactorias, porque podemos vivir con ellas. Podemos dedicarnos a las palabras, y las palabras ejercen ciertos efectos sobre nosotros, tanto física como psicológicamente. La palabra *Dios* despierta toda clase de reacciones neurológicas y psicológicas, y quedamos satisfechos.

Por lo tanto, la definición es muy importante para todos nosotros. ¿No es así? A la definición la llamamos conocimiento y pensamos que el conocimiento es la verdad. Cuanto más leemos acerca de la verdad, tanto más cerca creemos estar de ella. Pero la explicación de la palabra no es la cosa. Así pues, tenemos que darnos cuenta, tenemos que comprender y no quedar cautivados por las palabras, por las definiciones. Debemos, pues, dejar de lado la palabra. ¡Y cuán difícil es eso, ¿no es cierto?, porque la palabra es el proceso del pensa-

miento! No hay pensar sin verbalización, sin el uso de palabras, imágenes, conceptos, fórmulas. Tengan la bondad de seguir todo esto, mediten conmigo ahora a fin de descubrir.

Cuando la mente percibe que está atrapada en palabras, que el proceso mismo de pensar es la palabra, que es memoria, ¿cómo puede una mente así, que es tiempo, memoria, que se halla atrapada en definiciones y conclusiones, cómo puede comprender qué es la verdad, qué es lo incognoscible? Si quiero comprender lo incognoscible, la mente debe estar por completo silenciosa, ¿no es así? Es decir, tiene que cesar toda verbalización, toda proyección. Ustedes saben cuán difícil es para la mente permanecer quieta, sin ser forzada ni disciplinada para que esté quieta. Eso significa que la mente ya no verbaliza más, ya no reconoce, o sea, ya no es más el centro de reconocimiento de toda experiencia.

Cuando la mente reconoce la experiencia, esa experiencia es proyectada. Cuando experimento al Maestro, a Dios, la verdad, esa experiencia es autoproyectada porque la reconozco. Está el centro del "yo" que reconoce la experiencia; ese reconocimiento es el proceso de la memoria. Entonces digo: "He visto al Maestro, sé que existe, sé que hay Dios". Es decir, la mente es el centro de reconocimiento, y el reconocimiento es el proceso de la memoria. Cuando experimento algo como Dios, como la verdad, eso es mi proyección, es reconocimiento. No es la verdad, no es Dios.

La mente se halla por completo quieta sólo cuando es incapaz de experimentar, o sea, cuando no hay centro de reconocimiento. Pero eso no ocurre por ninguna forma de acción de la voluntad ni por medio de la disciplina. Ocurre cuando la mente observa sus propias actividades, lo cual espero estén ustedes haciendo ahora. Y cuando observen, verán cómo a cada instante prosigue el proceso de reconocimiento y cómo, cuando reconocen, no hay nada nuevo.

La verdad es algo intemporal, algo que las palabras no pueden medir. Puesto que la verdad es inconmensurable, intemporal, la mente no puede reconocerla. En consecuencia, para que la verdad sea, es imperativo que la mente se encuentre en un estado de no experimentar. La verdad debe venir a nosotros, a la mente; no podemos ir hacia ella. Si vamos hacia ella, la experimentaremos. No podemos invitar a la verdad. Cuando la invitamos, cuando la experimentamos, estamos en la situación de reconocerla. Cuando la reconocemos, eso no es la verdad; es sólo nuestro propio proceso de la memoria, del pensamiento que dice: "Es así, lo he leído, lo he experimentado". Por lo tanto, el conocimiento no es el camino de la verdad. El conocimiento debe ser comprendido y desechado para que la verdad sea. Si nuestra mente está quieta, no adormecida, no narcotizada por las palabras, sino realmente siguiendo, observando su propio proceso, veremos que la quietud adviene oscuramente, misteriosamente; y en ese estado de quietud, daremos con aquello que es eterno, inconmensurable.

*Pregunta: En cada uno de nosotros existe un impulso de ver a Dios, la*

*realidad, la verdad. La búsqueda de la belleza, ¿no es lo mismo que la búsqueda de la realidad? La fealdad ¿es un mal?*

KRISHNAMURTI: Señores, dense cuenta de que no pueden buscar a Dios. No pueden buscar la verdad. Porque, si buscan, lo que encuentren no será la verdad. La búsqueda de ustedes es el deseo de encontrar lo que quieren encontrar. ¿Cómo pueden buscar algo de lo que nada saben? Buscan algo acerca de lo que han leído y a lo que llaman "verdad", o buscan algo por lo cual tienen un sentimiento interno. En consecuencia, deben comprender el motivo de su búsqueda, que es mucho más importante que la búsqueda de la verdad.

¿Por qué buscan y qué están buscando? No buscarían si fueran felices, si albergaran alegría en el corazón. Buscamos porque nos sentimos vacíos, frustrados, infelices, violentos, llenos de hostilidad; deseamos alejarnos de eso, y entonces buscamos algo más significativo. Obsérvense y comprendan lo que les estoy diciendo; no se limiten a escuchar mis palabras. Para escapar de sus conflictos psicológicos, de sus desdichas y antagonismos, dicen: "Busco la verdad". No encontrarán la verdad, porque la verdad no adviene cuando uno escapa de la realidad, de *lo que es*. Tienen que comprender eso. Para comprenderlo, no han de buscar la respuesta afuera. Por lo tanto, no pueden buscar la verdad. Ella debe venir a ustedes. No es posible atraer a Dios, no pueden ir hacia Él. La adoración de ustedes, su devoción, no tiene ningún valor, porque desean algo; alzan la escudilla de mendigo para que Dios la llene. Buscan, pues, que alguien llene su vacuidad. Y están más interesados en la palabra que en la cosa. Pero, si se contentan con ese extraordinario estado de soledad, sin desviarse ni distraerse, sólo entonces, se manifiesta aquello que es eterno.

Casi todos nosotros estamos tan condicionados, tan ejercitados, que deseamos escapar, y la cosa hacia la que escapamos, la llamamos belleza. Buscamos la belleza a través de algo, de la danza, de los rituales, de la oración, de la disciplina, de diversas formas de formulaciones, de la pintura, de la sensación, ¿no es así? Mientras estemos buscando la belleza a través de algo, del hombre, de la mujer, del niño, de alguna sensación, jamás tendremos belleza, porque aquello por cuyo intermedio la buscamos, adquiere extrema importancia. No es la belleza, sino el objeto a través del cual la buscamos, lo que se torna sumamente importante para nosotros, y entonces nos apegamos a eso. La belleza no se encuentra por intermedio de algo; eso sería tan sólo una sensación, que es explotada por los astutos. La belleza revela su existencia con la regeneración interna, cuando hay una completa, radical transformación de la mente. Para que eso ocurra, se requiere un estado extraordinario de sensibilidad.

La fealdad es un mal únicamente cuando no hay sensibilidad. Si uno es sensible a lo bello rechazando lo feo, entonces no es sensible a lo bello. Lo que importa no es la fealdad o la belleza, sino que haya una sensibilidad que ve, que reacciona ante lo así llamado feo, tal como reacciona ante lo bello. Pero si sólo percibimos lo bello y negamos lo feo, es como amputarse un brazo; entonces se desequilibra toda nuestra existencia. ¿Acaso no cierran ustedes la puer-

ta a lo malo, no lo niegan, no lo llaman "feo" y lo combaten y son violentos al respecto? Sólo se interesan en lo bello, lo desean. En ese proceso, pierden la sensibilidad.

El hombre sensible tanto a lo feo como a lo bello, va más allá, muy lejos de las cosas por medio de las cuales buscamos la verdad. Pero nosotros no somos sensibles a la belleza ni a la fealdad, tan cercados nos hallamos por nuestros propios pensamientos, por nuestros propios prejuicios, por nuestras ambiciones, codicias y envidias. ¿Cómo puede ser sensible una mente ambiciosa en lo espiritual o en algún otro sentido? Puede haber sensibilidad sólo cuando todo el proceso del deseo se comprende por completo, porque el deseo es un proceso de autoencierro, y si uno está encerrado no puede ver el horizonte. La mente es sofocada entonces por su propio devenir. Una mente así sólo puede apreciar la belleza a través de algo. Esa mente no es bella, no es una buena mente; es una mente encerrada en sí misma y que busca su propia perpetuación. Una mente semejante jamás podrá dar con la belleza. Sólo la mente que deja de encerrarse en sus propios ideales, en sus búsquedas y ambiciones, sólo una mente así, es bella.

*27 de enero de 1952*

## NOVENA PLÁTICA EN MADRÁS

Como dije el último sábado, el problema del deterioro de la mente es grave. No sólo afecta a la vieja generación, sino también a los jóvenes. Este deterioro es un factor común en todo el mundo.

El deterioro llega inevitablemente cuando en la acción ejercitamos la voluntad, siendo voluntad la opción entre dos opuestos: lo esencial y lo no esencial, el deseo de ser y el deseo de devenir. Evidentemente, la voluntad es un factor de deterioro en nuestra vida, y somos muy pocos los que admitiríamos eso, porque a través de nuestros sistemas educativos y psicológicos, de nuestra religión, etc., se nos ha adiestrado para usar la voluntad como medio de lograr, de adquirir, de alcanzar un objetivo, en lo cual está involucrado todo el proceso de la opción. ¿No es ése, acaso, uno de los principales factores que en nuestra vida generan deterioro, repetición, imitación, conformidad de ideas?

Lo que quisiera hacer esta tarde, si podemos experimentar, es investigar en su totalidad este problema de la mente, de la mente como máquina repetitiva, como almacén de la memoria, que guía, moldea, controla y, en consecuencia, no produce una acción creativa, de la mente como un proceso de conciencia que, cuando se ve contrariado, se convierte en el "yo". El individuo consciente de sí mismo busca realizarse y, por lo tanto, en el deseo mismo de realizarse hay frustración, de la cual surge el dolor.

Uno de los factores fundamentales del deterioro es el proceso del pensa-

miento, que es repetitivo, imitativo, conformista, porque ya sabemos qué ocurre cuando somos repetitivos, conformistas e imitativos: la mente se vuelve una máquina que tan sólo responde de manera automática, funcionando, reaccionando de acuerdo con las circunstancias, con la memoria, como lo hace una máquina física que hemos montado. Es todo cuanto conocemos. No conocemos ningún otro proceso. Nuestro pensar es puramente repetitivo; aunque creamos que se trata de una idea nueva, de una nueva reacción, es un proceso del pasado en conjunción con el presente. Sólo podemos enfrentarnos al presente, con la pantalla, la limitación del pasado. Si observan su mente, verán que es repetitiva, que siempre está amoldándose, imitando.

Aquí surge el problema de cómo escuchan ustedes. ¿Me escuchan en el nivel verbal? ¿Comparan lo que digo, con lo que de hecho sucede en el proceso de sus mentes? ¿Responden tan sólo a la vibración verbal? Es muy importante que examinen pausadamente esto, y como tienen toda una hora por delante, pueden investigarlo con sumo cuidado. Si vigilan su propia mente usando lo que digo como si fuera un espejo y, por lo tanto, observando, entonces lo que expreso tendrá una significación extraordinaria. Pero si se limitan a escuchar, entonces están imitando, responden meramente a las palabras; las palabras crean una imagen, y a la persecución de esa imagen la llaman el pensar; es decir, el "yo", la imagen, los estimula a observar. En consecuencia, ese estímulo se torna fastidioso, aburrido, pero si observan su propio pensar relacionándolo con lo que digo, entonces descubrirán si sus mentes son tan sólo repetitivas o si hay algo más allá de la condición mecánica de una máquina. Espero que hayan comprendido el punto. ¿Me he expresado con claridad?

La cuestión que estamos considerando es el factor deteriorante de la mente, tanto en los viejos como en los jóvenes. Este factor de deterioro se advierte a medida que envejecemos; la vejez implica, para la mayoría de nosotros, un problema, porque vemos el evidente deterioro mental. Uno podrá no tener conciencia de ello, pero otros son conscientes del deterioro que tiene lugar en uno.

La aplicación del ideal como instrumento de acción, es un proceso imitativo, repetitivo, conformista como la tradición. Ustedes, obligados por la presión económica moderna, podrán quitarse de encima la tradición exterior, pero internamente, continúan con la tradición, que es repetitiva, conformista. Tenemos, pues, este problema: La mente, ¿es tan sólo una máquina, incapaz de ir más allá de su condición mecánica, o puede hacerse que la mente no sea mecánica? Es decir, hasta ahora hemos usado a la mente como una máquina a fin de lograr un resultado: para ser algo, para ganar algo, proceso en que el amoldamiento o la repetición son esenciales. Si quiero tener éxito, debo amoldarme, debo repetir, imitar. Hemos usado, pues, el mecanismo de la mente, que es un proceso de pensamiento, como un modo de producir el fin deseado. Es decir, tenemos cierto fin en vista, y para producirlo usamos el proceso del pensamiento como una máquina, de modo similar a las que encontramos en una fábrica. La máquina es la mente, y cuando queremos un resultado, la usamos. En este proceso, la mente se vuelve puramente repetitiva.

La repetición, la imitación, ¿no es, acaso, un signo de desintegración, observable a medida que envejecemos? Podemos ver cómo los viejos hablan, una y otra y otra vez de la misma cosa, la continuidad de las mismas creencias, cristalizadas, estabilizadas y firmemente sostenidas. Son todas señales de deterioro, ¿no es así? No pregunten qué le ocurriría a la sociedad o qué le ocurriría a nuestra relación si no hubiera repetición o amoldamiento. Lo averiguaremos. Una mente que piensa acerca de lo que ocurrirá si uno no es mecánico, es una mente que ya se encuentra en proceso de deterioro; es un hecho obvio.

Es muy importante para nosotros investigar esta cuestión con mucho cuidado e inteligencia, porque vemos cómo, cada vez más, los viejos gobiernan a los jóvenes; no es que los jóvenes sean mucho más inteligentes, sino que sólo observamos el hecho. Todos los puestos de gobierno, todas las posiciones religiosas y todos los otros altos cargos, se hallan ocupados por personas cuyas edades están en los sesenta y setenta años. La máquina burocrática perfecta, a la que rinde culto el ciudadano promedio, está compuesta de estas personas. No apliquen esto a ninguna persona determinada. Veo que algunos de ustedes se sonríen ante la idea de que esta condición repetitiva se refiera a sus viejos líderes o a alguna otra persona en particular. Bueno, ¿no son repetitivos ustedes mismos? No estamos considerando a ningún individuo, sino todo este proceso de repetición y deterioro.

La mente, el único instrumento que poseemos, ¿es para ser usada tan sólo como una máquina dominada por la rutina, que repite y se amolda? ¿Cómo puede hacerse que la mente no sea mecánica, es decir, cómo puede eliminarse el factor o los factores que dan origen al deterioro? Por cierto, esta es una pregunta importante, ¿verdad? Me parece que es una de las cuestiones más graves en la crisis actual de nuestra cultura —la cultura del mundo, no la cultura de Madrás, sino el proceso íntegro de la cultura—, porque toda sensación, toda experiencia, todo problema, se vuelven repetitivos.

¿Puede la mente liberarse de este proceso mecánico? ¿Qué entendemos por proceso mecánico? ¿No es el pensamiento mismo —por favor, sigan esto— un factor de deterioro? Entendemos por pensamiento una reacción verbalizada a la experiencia. No estoy definiendo, así que no aprendan las definiciones. El pensamiento, ¿no es el proceso verbalizador de la memoria, siendo la memoria el pasado en conjunción con el presente? Tengan a bien observar sus propias mentes. No me escuchen de manera verbal, sino observen el proceso de su propio pensamiento. Eso es lo que estamos discutiendo. No es mi problema; es un problema que ustedes y yo debemos resolver. A menos que seamos creativos en un sentido por completo diferente, toda nuestra educación, nuestro sistema religioso, político, nuestra civilización, nuestras ideas, son completamente inútiles, porque contienen factores de deterioro. Así pues, es un problema que ustedes y yo debemos resolver; para resolverlo, debemos considerar esta cuestión del pensamiento. Ése es el único instrumento que tenemos, o es el único instrumento que usamos. Si ese instrumento no es válido en el proceso de originar una sociedad integrada, seres humanos integrados, tiene que

haber algunos otros medios. Eso es lo que estamos empeñados en descubrir.

Como dije, ¿no es el pensamiento un proceso que consiste en la continuación del pasado que se modifica por la respuesta del presente? ¿Qué es nuestro pensar? Es memoria en acción. Por favor, no pregunten qué haríamos si no tuviésemos memoria. Ése no es el problema. Si ustedes no tuvieran memoria, estarían encerrados por sufrir de amnesia. Nuestro problema es éste: El pensamiento es repetitivo; el proceso de pensamiento es el resultado de la respuesta continuada conforme a cierto trasfondo, lo cual sólo puede producir resultados mecánicos y, en consecuencia, no es sino un proceso de repetición. ¿Puede el pensamiento ser factor de otra cosa que de deterioro? Creemos que el pensamiento producirá una nueva sensación, una nueva manera de vivir, una cultura nueva, etc. O sea, creemos que el intelecto, que es pensamiento, es el camino de la creación. Si no es así, ¿qué tenemos, entonces?

La mente, tan acostumbrada al proceso del pensamiento, la mente que es el pensamiento mismo, que es memoria acumulada, que responde a cada experiencia, observable y no observable, consciente e inconsciente, esa mente es, sin duda, repetitiva. Así que todo el contenido de la conciencia, tal como hoy funcionamos, es repetitivo. Creo que eso es bastante claro, ¿verdad? Cuando busquemos ir más allá de lo reiterativo, encontraremos que la proyección de ese pensamiento, de esa imagen, y eso que perseguimos como ideal, es todo consecuencia del pasado. Por lo tanto, el contenido íntegro de la conciencia, nos demos cuenta de ello o no, es un proceso mecánico. Entiendo por proceso mecánico una respuesta del pasado condicionada por el presente, la cual no es sino repetitiva.

No aprendan la definición, por favor, ya que las definiciones no van a resolver el problema. Lo que debemos hacer es descubrir cómo la mente, cómo todo el mecanismo de la mente puede ser cambiado de modo tal que no sea repetitivo. Después de todo, la creación en cualquier nivel, la verdad, no es repetitiva. De modo que la mente, para dar con la verdad, debe ser no repetitiva. Tomemos un ejemplo muy simple. Tengo la experiencia de la belleza de una flor o de una puesta del Sol o de la sombra de un árbol. En el momento de experimentar, no hay, reconocimiento, sólo hay un estado de ser. Apenas ese momento se escabulle, comienzo a darle un nombre; digo: "Qué hermoso fue eso". O sea, surge un proceso de reconocimiento, y está el deseo de repetir esa sensación. Esto es simple, no es algo complicado; sólo síganlo y lo verán. Veo el árbol iluminado por el Sol del atardecer; en ese instante hay percepción, experiencia y nada más; es un estado de ser indescriptible. Después, a medida que el estado de ser avanza, le doy un nombre y, de ese modo, lo reconozco; y eso crea en mí una sensación. Entonces digo: "¡Qué bello, qué maravilloso fue ese sentimiento!". Quiero repetir esa sensación. Así que en la tarde siguiente empiezo a mirar el árbol a la luz crepuscular, y hay, cierta vaga sensación de que deseo aquello. Por lo tanto, he puesto en marcha el mecanismo de repetición.

Observen su propio proceso mental y verán la verdad de esto. Tienen en su habitación una hermosa escultura o un cuadro. En el primer momento, eso

despierta un gran deleite; ven algo extraordinario, y la mente lo captura. Entonces dicen: "Quiero más de eso". Se sientan, pues, frente al cuadro o la imagen y repiten... esperan repetir esa sensación. Han puesto, pues, en marcha el proceso mecánico de la mente; éste no actúa sólo en el nivel consciente, sino en un nivel más profundo, y genera conflicto, lucha.

Nuestra mente está habituada a la rutina, a la repetición, a la imitación y conformidad, y no conoce nada más. Si percibe algo, quiere convertirlo inmediatamente en un asunto cotidiano. Eso está claro, ¿verdad? Nadie lo niega. Éste es un hecho psicológico, observable en nuestra existencia diaria.

Ahora bien, ¿cómo puede la mente, que es el único instrumento que tenemos, no ser mecánica? En primer lugar, ¿cuántos de nosotros se han formulado esta pregunta? O ¿cuántos son los que se dan cuenta de este problema? Ahora que lo expongo ante ustedes y toman conciencia de él, ¿cuál es su respuesta? Observo todo este proceso y ¿conozco alguna otra cosa? Obviamente, no. O sea, si yo dijese que hay alguna otra cosa, eso seguirá siendo un proceso del pensamiento, el cual es una proyección del pasado dentro del presente. Éste es un problema muy complejo, porque en él está involucrado todo el proceso del nombrar, el otorgamiento de símbolos y la importancia de las palabras, no sólo neurológica sino psicológicamente, no sólo en el nivel consciente sino en un nivel más profundo. Ése es el factor de deterioro.

La mente, que está tan habituada a funcionar de manera mecánica, ¿puede detenerse? Este mecanismo tiene que ser detenido antes de que puedan hallar una respuesta. Si proyectan la respuesta, ya sea conforme a Marx o al Bhagavad Gita, son repetitivos y destructivos. Entonces, ¿puede detenerse esa mente que ha proseguido funcionando durante siglos? El "yo" es el resultado del ser humano total, o más bien, de toda la humanidad, y la mente abarca al "yo". ¿Puede detenerse ese proceso de la mente, ese mecanismo tan astuto, tan devorador, tan perentorio en sus exigencias, tan poderoso? Es decir, ¿puede llegar a su fin? Si no puede, es imposible que ustedes descubran la respuesta.

Si se valen de la mente, sólo están continuando con el pensamiento como medio para lograr algo. Por favor, obsérvenlo. Si están cansados, no escuchen. Si no están cansados, simplemente observen esto. ¿Puede el mecanismo que ha estado funcionando durante generaciones, siglos, llegar voluntariamente a su fin, sin ser forzado, arrinconado, obligado? Si a uno lo obligan, su respuesta será de continuación y, por ende, de pensamiento.

¿Cómo llegará la mente a su fin? Es una cuestión importante, pero ustedes no saben cómo resolverla. Para que la mente pueda saltar al otro estado, debe ser detenida. No podemos dejar que funcione mecánicamente y dé el salto. En la especulación, lo que responde es el pasado y no hay nada nuevo. Una mente mecánica jamás puede encontrar nada nuevo. Esa mente debe cesar. ¿Cómo se hace esto, entonces? ¿Es la pregunta correcta? El "cómo" es importante que se entienda. ¿Están siguiendo todo esto?

Sabemos que la mente es mecánica. Entonces, la reacción siguiente es: ¿Cómo he de detenerla? Al formular esta pregunta, la mente se ha vuelto mecá-

nica. ¿Entienden? Es decir, quiero un resultado, el medio de obtenerlo está ahí y lo sigo. ¿Qué ha ocurrido? El "cómo" es la respuesta de una mente mecánica, la respuesta de lo viejo, y el seguimiento o la práctica del "cómo" es la continuación de la máquina. Vean qué falso se ha vuelto nuestro pensar. Estamos siempre ocupados con el ayer, el "cómo", la práctica, etc., todo este proceso. El "cómo" es vacío, y la mente que indaga se vuelve de hecho la vieja mente repetitiva mediante la práctica de este "cómo".

Hay dos estados distintos de la mente: uno, que persigue el "cómo", y el otro, que investiga sin buscar un resultado. Sólo la mente que inquiere y prosigue investigando, nos ayudará. La investigación y el buscar un resultado, son dos estados por completo diferentes. Y bien, ¿cuál es el estado de sus mentes? ¿Es el que busca un resultado o es el que investiga? Si ustedes buscan un resultado, no hacen sino buscar mecánicamente; entonces eso no tiene fin, conduce al deterioro y a la destrucción. Es un hecho obvio.

La mente de ustedes, ¿investiga para descubrir la respuesta acerca de si la mente puede llegar a su fin, y no cómo hacer para que llegue a su fin? El "cómo" es por completo diferente del "puede". ¿Puede? ¿Se han planteado esta pregunta? Si lo han hecho, ¿con qué motivo, con qué intención, con qué propósito se 1a han planteado? Eso es muy importante. Si se han formulado la pregunta: "¿Puede llegar a su fin?", haciéndolo con el motivo de que desean un resultado del cual sean conscientes, entonces están de vuelta en el proceso mecánico. Tienen, pues, que estar extraordinariamente alerta y ser sumamente sutiles para responder a esa pregunta —no a mí, sino a ustedes mismos—. Si de veras se plantean la pregunta sin la intención de averiguar qué ocurre, si investigan, encontrarán que la mente no busca un resultado; espera una respuesta. No especula acerca de la respuesta, no desea una respuesta, no abriga la esperanza de una respuesta; está aguardando.

Consideren esto. Yo les formulo una pregunta. ¿Cuál es la reacción de ustedes? La reacción inmediata es pensar, razonar, procurar descubrir un argumento hábil para contestar mi pregunta. La pregunta y la reacción a ésta, constituyen una acción observable a diario, tanto verbal como psicológicamente. O sea, ustedes no responden, sólo reaccionan, muestran cuáles son las razones; en otras palabras, están buscando una respuesta. Si quieren averiguar la respuesta a una pregunta, la reacción es mecánica, diferente del aguardar. Es decir, la mente que aguarda el surgimiento de la respuesta, no es mecánica; porque la respuesta debe ser algo que uno no conoce; la respuesta que conocemos es mecánica. Pero, si nos enfrentamos a la pregunta y aguardamos que surja la respuesta, veremos que la mente se halla en un estado por completo distinto. El aguardar es más importante que la respuesta. ¿Comprenden? Entonces, la mente ya no es más mecánica, sino que es un proceso del todo diferente, es algo completamente distinto lo que surge a la existencia sin ser invitado.

*Pregunta: Usted dijo que es nuestra idea del miedo la que impide que nos enfrentemos a él. ¿Cómo puede uno vencer el miedo?*

KRISHNAMURTI: Ante todo, uno debe estar consciente de él, debe percibirlo. ¿Podemos probar juntos y experimentar? Veamos, durante nuestra explicación de esto, si el miedo no se aleja completamente de nosotros. Voy a llevarlos conmigo en el viaje. Si están deseosos de venir, tanto mejor. En tal caso, lleguemos hasta el final del viaje, no nos detengamos a mitad de camino.

Conocemos diversas formas de miedo: miedo a la opinión pública, miedo a la muerte de alguien, miedo de lo que dirá la gente, miedo de perder un objeto; hay innumerables formas de miedo. El interlocutor pregunta: "¿Cómo puedo vencer el miedo?". ¿Puede uno vencer algo? Ustedes saben qué se entiende por vencer, conquistar, estar por encima de ello, reprimirlo, ir más allá. Cuando triunfamos sobre algo, tenemos que volver a conquistarlo, ¿no es así? De modo que el proceso mismo de conquistar, es continuar conquistando constantemente. No puedo vencer a mi enemigo porque, en el vencerlo mismo, fortalezco al enemigo. Ése es un factor.

Nos interesa comprender el miedo y buscar sus implicaciones. Vamos a emprender el viaje juntos. ¿Cómo surge el miedo? ¿Se trata de la palabra *miedo*, o es el hecho del miedo? ¿Comprenden? ¿Es la palabra lo que me causa miedo, o es el hecho de algo en relación con otra cosa? ¿Qué es lo que causa miedo? Esto no es complejo; es muy simple si lo observan.

¿Me atemoriza la palabra *miedo*? Vamos a averiguarlo. Y bien, ¿qué ocurre cuando uno tiene miedo? La reacción obvia es escapar del miedo de muchas maneras: la bebida, las mujeres, el templo, el Maestro, las creencias; todas estas cosas están en el mismo nivel, no son mejores ni peores. Un hombre que escapa del miedo por medio de la bebida, es tan virtuoso como el que escapa por medio de la virtud. Desde el punto de vista sociológico, podrán tener valores distintos, pero mental, psicológicamente, son la misma cosa.

¿Cuál es la reacción al miedo? Es escapar de él. O sea, nuestra reacción al miedo es condenarlo o justificarlo, ¿verdad? ¿Tengo realmente miedo? ¿Pienso en las palabras *tengo miedo de eso*, cuando estoy escapando de algo? Es obvio que no. No puedo comprender el miedo si escapo de él, si lo justifico o lo condeno, o aun si me identifico, o digo: "Tengo miedo", y razono. Si he de comprender, pues, el miedo, no debe haber escape. Y nuestra mente está compuesta de escapes. De modo que nuestra mente no está dispuesta a enfrentarse a esa cosa, a comprenderla, a responder a ella, a descubrir su causa y, por lo tanto, escapa.

¿Qué es, entonces, lo esencial? ¿El miedo, o escapar de él? Cuando hay miedo, ¿cuál es la cosa más importante en nuestra vida? Escapar de él, ¿no es así? No cómo disolver el miedo, sino cómo escapar de él. Me intereso más en los escapes que en la comprensión. Y ¿puedo comprender el miedo cuando estoy mirando en la otra dirección? Puedo mirarlo cuando estoy completamente concentrado en él. ¿Hay posibilidad alguna de percepción completa, de plena concentración en el miedo, cuando estoy todo el tiempo temiéndolo? Evidentemente, no.

Para comprender el miedo, no debemos escapar de él mediante la represión, la dominación, la creencia, la virtud, etc. Entonces, estamos más cerca del hecho que nos causa miedo. ¿Cuál es nuestra relación con él? ¿Es verbal, verbal en el sentido de que la mente especula al respecto y la atemoriza la especulación? La mente prevé y dice: "Si eso sucede, ocurrirá esto; por consiguiente, tengo miedo". ¿Cuál es, entonces, nuestra relación con ello? Sigan esto detenidamente, porque de esa relación depende la solución del problema. ¿Se hallan relacionados con lo que está causando miedo, de manera puramente verbal —o sea, especulativa—, o se enfrentan a ello sin especulación, es decir, sin verbalización? Si se relacionan verbalmente, no tienen comunicación directa, han escapado de ello. Si lo afrontan, han dejado de escapar; no hay escape de ninguna clase.

Consideremos ahora la relación de las palabras y su significado. El miedo, ¿es causado por la palabra o por el hecho? ¿Comprenden? Siendo la palabra la mente, ésta crea una pantalla mediante la verbalización y no se enfrenta al miedo. El miedo, ¿es entonces generado por la palabra, es decir, por la mente al pensar acerca de él, ya que el proceso de pensamiento es verbalización? Si es así, nuestro pensar en el miedo implica escapar del miedo. De lo contrario, nos enfrentamos al hecho sin verbalizar, sin el proceso de pensamiento, sin escapes; entonces nos hallamos en relación directa con el hecho, en comunión con él.

Cuando estamos directamente en comunión con algo, ¿qué ocurre? ¿Han estado en comunión directa con alguna cosa, sin que interviniera el proceso de pensamiento? ¿Lo han hecho? Obviamente no. Cuando lo están, la cosa que han nombrado como "miedo", ha dejado de existir. Estas pantallas, estos escapes, esta verbalización, este proceso mental, es lo que genera miedo, no así el hecho mismo. Por lo tanto, no es el hecho lo que produce miedo, sino estas pantallas entre nosotros y el hecho; no vencemos al hecho. Si ustedes ven el proceso íntegro y han seguido esto paso a paso, verán que no hay miedo. Entonces, están observando el hecho, y el hecho va a cambiar; el hecho actuará, no ustedes moviéndose hacia un escape.

*Pregunta: ¿Cómo pueden unirse el pensador y el pensamiento?*

KRISHNAMURTI: El "cómo" es una pregunta de colegial. Pero vamos a ver si es posible unir los dos procesos que actúan separando las cosas. En primer lugar, sabemos que el pensador y el pensamiento están separados. ¿Nos damos cuenta de eso? Para ustedes, el pensador y el pensamiento son dos entidades separadas, y desean averiguar si pueden unirse. Si el pensador está separado y domina siempre al pensamiento, el pensamiento se ve mutilado y el pensador es siempre el que conquista. No habrá alivio, sino una batalla constante entre el pensador y el pensamiento. Quiero averiguar si es posible que los dos se reúnan, de manera tal que no haya división ni batalla, porque veo que únicamente cuando no hay lucha, existe algo nuevo.

La violencia no produce paz; sólo cuando no hay violencia, hay paz. De

igual modo, tengo que descubrir si el pensador y el pensamiento son dos entidades separadas, dividiéndose eternamente sin unirse jamás.

Ustedes y yo vamos a emprender juntos el viaje del descubrimiento y a experimentar realmente el hecho. Sabemos que el pensador y el pensamiento están separados. Muy pocos hemos pensado siquiera alguna vez en eso; lo damos por sentado. Sólo cuando viene alguien y plantea la cuestión, investigamos. Yo la estoy planteando y, en consecuencia, ustedes investigan, emprenden el viaje de la investigación.

Emprender el viaje es comprender *lo que es*, lo que ocurre realmente, no lo que nosotros quisiéramos, sino lo que de hecho sucede.

¿Por qué están separados el pensador y el pensamiento? No que no deberían o no deben estarlo, sino *por qué* están separados. Están separados a causa del hábito. No hemos puesto en duda esa separación, la hemos aceptado, la dimos por hecha; por eso se ha convertido en un hábito para nosotros. El pensador se halla separado de su pensamiento, y la lucha entre ambos, el dominio del pensador sobre el pensamiento, es nuestro hábito cotidiano: el hábito de la rutina, lo que se repite. Eso es un hecho, ¿verdad?

¿Que sucedería si el pensador y el pensamiento no estuvieran separados? Mi mente está acostumbrada a este hábito. ¿Qué le ocurriría a mi mente si este hábito se terminara? La mente se sentiría perdida, ¿no es así? Estaría perpleja, desconcertada por algo inesperado, algo nuevo; de modo que la mente prefiere vivir en su hábito; dice: "Me quedo con mi hábito. No sé qué ocurriría si ambos se unieran; por lo tanto, optaré por continuar con lo viejo". Así pues, están ustedes más interesados en la continuación del hábito que en investigar lo que ocurriría si se unieran el pensador y el pensamiento.

¿Por qué queremos que continúe lo viejo? Por la obvia razón de que deseamos seguridad, certidumbre, algo a que aferrarnos; porque ésa es la única cosa que conocemos. Con el pensador y el pensamiento nos sentimos seguros. No hemos reflexionado sobre qué podría ocurrir si se unieran. La certidumbre hace que nos aferremos a lo viejo. Se trata de un hecho psicológico, un hecho observable. Nuestro problema no es, entonces, cómo unir al pensador y el pensamiento, sino por qué la mente busca seguridad, certidumbre. ¿Puede la mente existir sin la certidumbre, sin buscar algo a qué aferrarse: conocimientos, creencias, lo que fuere? La mente no puede existir sin el proceso de seguridad. La mente que conocemos sólo se interesa en estar completamente segura, completamente a salvo; no le interesa descubrir.

¿Por qué busca seguridad la mente? Es porque nos damos cuenta de que el pensamiento cambia repentinamente a cada instante; no hay realidad alguna en el pensamiento. Por eso, el pensamiento crea al pensador como entidad permanente que continúe de manera indefinida; tiene, pues, intereses creados en el pensador. Por lo tanto, la mente ha encontrado en el pensador seguridad, certidumbre, lo cual constituye el viejo hábito.

Nuestro problema es, entonces, si la mente puede tener alguna vez seguridad, o si sólo se aferra a una ilusión de seguridad. La mente posee el poder de

crear una ilusión de seguridad y aferrarse a ella; en consecuencia, mientras esté buscando seguridad, no puede comprender lo otro. Mientras no se interese en descubrir qué ocurrirá si se unen el pensador y el pensamiento, seguirá aferrándose a algo de lo que ya está segura.

De modo, pues, que nuestro problema es si existe la seguridad, la certidumbre. ¿Existe? Obviamente no; ni en Dios, ni en la esposa, ni en la propiedad que quisiéramos poseer. No hay seguridad. Ustedes no están convencidos de eso, no han tenido al respecto ninguna experiencia. Lo que existe es un estado de completa soledad sin que uno pueda depender de nada, sin nada donde la mente pueda reposar, a lo que pueda asirse, aferrarse. Debido a que teme estar sola, la mente inventa al pensador como una entidad permanente que habrá de continuar. O, si no fuera el pensador, la mente inventaría a Dios, a la esposa, la propiedad, cualquier cosa... podría ser un árbol, una piedra, una imagen esculpida.

En su deseo de seguridad, la mente ha creado al pensador como entidad separada del pensamiento y, por hábito, se ha acostumbrado a esta división. Donde hay hábito, hay permanencia, y la mente se vuelve mecánica. Cuando nos demos cuenta, no sólo verbalmente sino por experiencia real, de que el pensador es el resultado del pensamiento, de que éste busca permanencia, continuidad, veremos que la mente no se esfuerza por unir a ambos. Entonces sólo existe un estado de comprensión sin palabras, sin el proceso del pensador y el pensamiento. Por eso, ustedes deben tener una extraordinaria percepción directa en todo el proceso de la conciencia que hemos estado considerando esta tarde; y ello implica meditación. Esa meditación es posible sólo cuando la mente comprende el contenido íntegro de la conciencia, que somos nosotros mismos.

*2 de febrero de 1952*

## DÉCIMA PLÁTICA EN MADRÁS

Como decía ayer, una de las causas fundamentales de deterioro es la voluntad en acción. También dije que la imitación, la repetición, la respuesta mecánica de la mente, de la memoria, es otro factor de deterioro mental. ¿Acaso la autoperpetuación no es uno de los principales factores que dan origen a la destrucción y el deterioro de la mente?

Vemos que todas las religiones, todas las filosofías, incluso el Estado totalitario, desean destruir el proceso separativo de la mente. Ninguna revolución, ningún cambio económico externo, ni la así llamada disciplina interna, ha destruido en modo alguno el "yo" ni ha logrado terminar con él. Pienso que la mayoría de nosotros percibe, se da cuenta de que el "yo" debe llegar a su fin, no teóricamente sino de hecho. Uno puede filosofar o especular al respecto; la mayoría de la gente lo hace, subrepticiamente o con un propósito agresivo,

como casi todos los políticos que nos gobiernan, o como el hombre rico que controla gran parte de nuestra economía, o como aquellos que siguen el sendero espiritual. Todos ellos, en diferentes formas, de manera más sutil o más provocativa, persiguen su propia expansión. ¿No es ése uno de los factores esenciales que destruyen la mente?

La mente es el único instrumento que tenemos. Hasta la fecha, la hemos usado de manera errónea. ¿Es posible ahora poner fin a todo este proceso del "yo" con sus factores de deterioro, con todos sus elementos destructivos? Creo que casi todos nos damos cuenta de que el "yo" es separativo, destructivo, antisocial; tanto externa como internamente, es un proceso aislador que torna imposible toda relación y en el que no puede existir el amor. Esto es, más o menos, lo que sentimos de hecho o superficialmente, pero muy pocos nos damos cuenta de ello. ¿Es posible realmente terminar con este proceso, no sustituirlo por ninguna otra cosa, no posponerlo ni explicarlo?

Como hemos visto, la mera disciplina, el mero amoldamiento, no terminan con el "yo"; sólo le dan fuerza vital en otra dirección. La mayoría de las personas inteligentes, reflexivas, debe haber investigado esto, debe haberse preguntado si el "yo" puede verdaderamente llegar a su fin. Cuando nos planteamos esa pregunta a nosotros mismos, la respuesta automática, natural, es "¿cómo?". ¿Cómo va a llegar a su fin? Así pues, para nosotros el "cómo" se vuelve muy importante. Sólo nos importa el "cómo", el método, el modo práctico. Si podemos examinar un poco más detenidamente toda la cuestión del "cómo" y su técnica, quizá podremos comprender que el "cómo", el método práctico de alcanzar un resultado, no termina con el "yo".

Cuando queremos conocer el método de terminar con el "yo", la manera de producir eso, ¿cuál es el proceso de la mente? ¿Existe el "cómo", la manera de hacerlo, el método, el sistema? Si seguimos el sistema, ¿pone eso fin al "yo"? ¿O lo fortalece en otra dirección? Casi todos nosotros, especialmente aquellos que somos serios, que tenemos inclinación hacia lo religioso, estamos ansiosos, deseosos de descubrir el método de terminar con el "yo", la manera de alcanzar un resultado. Si miramos a fondo dentro de nuestros corazones y de nuestra mente, es obvio que si hubiera un método para terminar con el "yo", lo seguiríamos.

Ahora bien, ¿por qué la mente pide el modo, el método, la técnica? ¿No es ésa una pregunta importante? Lo que ocurre es esto: Tenemos un método, un sistema, el "cómo", la técnica; y la mente se ajusta a la técnica, al modelo. ¿Termina eso con el "yo"? Podremos tener un método muy riguroso y disciplinado, o un método que nos saque fácil y gradualmente del conflicto, un método que nos brinde confortación; pero en esencia, el deseo de un método denota solamente el fortalecimiento del "yo", ¿no es así? Por favor, sigan detenidamente esto y verán si el "cómo" denota o no un proceso de pensamiento, un proceso imitativo por medio del cual la mente, el "yo", puede cobrar fuerzas, adquirir mayor capacidad y no terminar en absoluto.

Tomemos la cuestión de la envidia. Casi todos somos envidiosos en dife-

rentes niveles, lo cual ocasiona desdicha incalculable a otros y a nosotros mismos; tenemos envidia del rico, del erudito, envidia del gurú, envidia del hombre que logra llegar. La envidia es el móvil social, lo que da empuje a nuestra existencia. Se envuelve a veces en una forma religiosa, pero es esencialmente lo mismo: es el deseo de "ser algo", en lo espiritual o en lo económico. Ése es uno de nuestros principales impulsos. ¿Hay un método, un modo por el cual uno pueda librarse de la envidia? Nuestra reacción instintiva, si somos algo serios, es encontrar una manera de que llegue a su fin o de ponerle fin. ¿Qué ocurre? ¿Puede ponerse fin a la envidia empleando un método, una técnica? La envidia implica el deseo de ser algo aquí o en la otra vida. Ustedes no han abordado el deseo que les hace ser envidiosos, sino que han aprendido un modo de encubrir ese deseo expresándolo de una manera diferente; pero en esencia, sigue siendo envidia.

Por lo tanto, si podemos comprender este proceso de desear un método para lograr un resultado, y si comprendemos también a la mente que cultiva la técnica, podremos ver que ello implica esencialmente fortalecer el pensamiento. El pensamiento es uno de los factores fundamentales del deterioro, porque es un proceso de la memoria —es la verbalización de la memoria— y es una influencia condicionante. La mente que busca una salida para esta confusión, sólo fortalece ese proceso de pensamiento. Así pues, lo importante no es encontrar un modo o un método, porque ya hemos visto cuáles son sus implicaciones, sino estar atentos a todo el proceso de la mente.

El pensamiento jamás puede ser independiente; no hay pensar independiente, porque todo pensamiento es un proceso de conformidad al pasado. A través del pensar, no hay independencia ni libertad. ¿Cómo puede una mente que en esencia es el producto del pasado, que se halla condicionada por múltiples recuerdos, por el clima, por la sociedad, por el entorno, etc., cómo puede ser independiente una mente así? Por lo tanto, si buscamos independencia de pensamiento, sólo estamos perpetuando el "yo". ¿Cuál es el proceso de esta independencia? Los seres humanos son, en su mayor parte, solitarios, y hay un anhelo constante de realización personal. Conscientes de esta vacuidad interna, buscamos escapar de ella mediante distintas formas de escapes, escapes religiosos, sociales... ya conocen ustedes todo el asunto de los escapes. En tanto no resuelvan ese problema, la independencia que buscan en el pensar sólo será la perpetuación del "yo".

Para casi todos nosotros, la creación es inexistente; no sabemos qué significa crear. Sin esa creatividad —que no es del tiempo, que no es del pensamiento— no podemos dar origen a una cultura vitalmente distinta, a un estado diferente de la relación humana. ¿Es posible para la mente hallarse en ese estado receptivo en que puede tener lugar la creatividad? El pensamiento no es creativo. El hombre que va en pos de las ideas, no puede ser creativo jamás. La persecución de un ideal es un proceso de pensamiento y está condicionado conforme lo está la mente. ¿Puede, pues, la mente, que es un proceso de pensamiento, que es el resultado del tiempo, de la educación, de las influencias y

presiones, del miedo, de la búsqueda de recompensa y evitación del castigo, puede una mente así ser libre alguna vez a fin de que pueda surgir la creación? Cuando nos formulamos esa pregunta, queremos conocer el "cómo", el método práctico para alcanzar esa libertad mental. Tratar de encontrar el "cómo", el método, es la cosa más absurda, es un asunto de colegiales. El "cómo" implica siempre el método, que es la actividad del pensamiento, el ajuste a una determinada técnica. Vemos también que cuando la mente con su proceso del pensar llega a su fin, sólo entonces, hay creación.

Por cierto, en la actual crisis del mundo, con los políticos y sus astutas explotaciones, la creación es la cosa más difícil de alcanzar. No queremos ya más teorías, más ideales, más líderes, más y mejores técnicas, recursos todos para respaldar un modelo previo. Las únicas mentes son las de los seres humanos integrados.

¿Puede la mente, que es el resultado de siglos de pensamiento, hallarse alguna vez en un estado creativo? O sea, ¿puede el pensamiento recibir o cultivar jamás ese impulso creativo? Me parece que ésa es una de las cosas más importantes que debemos preguntarnos, porque el mero seguimiento de un modelo no nos ha llevado a ninguna parte, ni social ni religiosamente. Ningún líder puede darnos el verdadero impulso creativo; ningún ejemplo puede hacer eso. Todos los ejemplos son una expansión del "yo"; el héroe es la expansión glorificada del "yo". Así pues, la persecución del ideal es una expansión de mí mismo, la realización de mí mismo en una idea; es la continuación del pensamiento como tiempo; por lo tanto, no hay estado creativo. Creo que es indispensable comprender esto, darnos cuenta de cuán esencial es, para cada ser humano, descubrir por sí mismo ese espíritu creativo. La mente jamás puede descubrirlo, haga lo que hiciere; el pensamiento jamás podrá comprender ni originar ese estado creativo.

¿Qué es ese estado creativo? No es posible formularlo positivamente. Describirlo es limitarlo. La descripción será un proceso de medida, y medir es usar el pensamiento. Así es, evidentemente. Por lo tanto, el pensamiento jamás puede captar ese estado. De nada vale describirlo. Pero lo que podemos hacer es averiguar cuáles son las barreras, y para eso lo abordaremos negativamente, daremos con él de manera indirecta. La mayoría de ustedes objetará esto, porque casi todos están acostumbrados a ser "directos": "Haz esto y obtendrás aquello" es la actitud que gobierna su manera de enfocar las cosas. Lo que discutimos aquí no es la descripción de ese estado, sino que procuramos averiguar qué deberían ustedes hacer para descubrir por sí mismos los obstáculos que impiden ese estado creativo, ese estado extraordinario en el que no existe la mente, el observador.

¿Qué es lo primero que se interpone? Indudablemente, el deseo de ser poderoso, de dominar. El deseo de poder es un proceso separativo; aunque se lo pueda identificar con el todo, con un país o con un grupo, es un proceso aislador. El obstáculo es la mente, ambiciosa en cualquier nivel: la así llamada ambición espiritual, la mente del político, la mente del rico y la del pobre.

Todas estas personas desean tener más. El apremio por "más" es el elemento más destructivo de los que se interponen en el camino. Eso es bastante difícil de captar, debido a que la mente es muy sutil. Uno podrá no buscar el poder en su forma más cruda, pero puede buscarlo como político con la excusa de hacer las cosas en bien de los intereses del Estado, o haciendo campaña electoral. Hay diferentes formas de perseguir el poder, todas las cuales son, en esencia, la voluntad de ser, de llegar a ser, que se expresa por medio de la virtud, de la respetabilidad, de la actividad mental, del sentido de dominar, del orgullo que implica tener poder sobre otros.

En consecuencia, uno de los factores principales, una de las principales barreras, es este deseo de poder, de dominación. Observen sus propias vidas y verán actuar el deseo separativo, destructivo. Es obvio que ese deseo anulará al amor, y sólo el amor es nuestra redención. Pero no podemos tener amor si hay cualquier sentido de dominación, de deseo de poder, posición, autoridad, de voluntad en la acción, deseo de alcanzar un resultado. Conocemos todo esto. Vagamente, hasta llegamos a percibirlo. Estamos atrapados en la corriente del devenir, del deseo de poder, y somos incapaces de terminar con él y salirnos de la corriente; para salirnos de ella, no hay un "cómo". Vemos las plenas implicaciones del poder, y cuando nos damos cuenta por completo de ellas, nos hemos salido; no hay un "cómo".

Uno de los obstáculos que impiden el estado creativo es la autoridad, la autoridad del ejemplo, la autoridad del pasado, la autoridad de la experiencia, la autoridad del conocimiento, la autoridad de la creencia. Son todos impedimentos para un estado creativo. Ustedes no tienen por qué aceptar lo que estoy diciendo. Pueden observarlo en su propia vida, y verán cómo la creencia, el conocimiento y la autoridad fortalecen el proceso separativo de la mente.

Otro factor que impide el estado creativo es, evidentemente, la repetición, la imitación, la perpetuación de una idea. La repetición no lo es sólo de la sensación, sino de los rituales, la vana repetición que implica perseguir el conocimiento, la repetición de experiencias, la cual carece de toda significación. Son todos impedimentos. No hay experiencia nueva. Toda experiencia es un proceso de reconocimiento. Cuando no hay reconocimiento, no hay experiencia, y el proceso de reconocimiento es un proceso de la mente, o sea, es verbalización.

Un factor más que nos separa de ese estado creativo es este deseo de un método, el "cómo", el recurso, la práctica de algo con el fin de que nuestra mente alcance un resultado. Éste es un proceso de continuidad, de repetición, y la mente atrapada en la repetición jamás puede ser creativa.

De modo que, si pueden ver todo eso, encontrarán que en realidad es la mente la que impide que advenga el estado creativo.

Así pues, cuando la mente se da cuenta de su propio movimiento, éste se detiene. Sólo entonces puede existir el estado creativo; es la única salvación, porque ese estado creativo es amor. El amor no tiene nada que ver con el sentimentalismo ni con la sensación. No es un producto del pensamiento, la mente

no puede fabricarlo. La mente sólo puede crear imágenes, imágenes de sensaciones, de experiencias. Y las imágenes no son el amor. No sabemos qué significa el amor, aunque usemos esa palabra con mucha liberalidad. Pero conocemos la sensación, y está en la naturaleza misma de la mente experimentar sensaciones y perseguirlas por medio de las imágenes, de las palabras, de toda forma de presunción. Pero la mente jamás puede conocer el amor, y sin embargo durante siglos hemos cultivado la mente.

Es en extremo difícil para la mente advertir todo este proceso, de modo tal que el experimentador jamás esté separado de la experiencia. El proceso del pensamiento es esta división entre el observador y lo observado. En el amor, no están ni el experimentador ni lo experimentado. Y, puesto que no conocemos el amor y como ésa es la única redención, un hombre serio debe, sin duda, vigilar todo este proceso de la mente, tanto lo oculto como lo manifiesto. Eso es muy difícil. Casi todos malgastamos nuestras energías a causa del clima, de la dieta, del ocioso chismorreo —¡perdón!, no hay chismorreo ocioso, sólo hay chismorreo—, de la envidia. No tenemos tiempo para investigar. Sólo mediante la búsqueda meditativa, podemos tener una percepción de la mente y de su contenido. Entonces la mente llega a su fin y puede revelarse el amor.

*Pregunta: ¿Cómo puede el hombre realizarse si carece de ideales?*

KRISHNAMURTI: ¿Hay tal cosa como la realización propia, aunque casi todos la busquemos? Sabemos que tratamos de realizarnos por medio de la familia, del hijo, del hermano, de la esposa, de la propiedad, de la identificación con un país o un grupo, o persiguiendo un ideal, o mediante el deseo de continuidad del "yo". Hay diversas y diferentes formas de realización en distintos niveles de conciencia.

¿Hay, pues, tal cosa como la realización propia? ¿Qué es lo que se realiza? ¿Cuál es la entidad que busca ser, en o a través de cierta identificación? ¿Cuándo piensa uno en la realización? ¿Cuándo la busca?

Como dije, ésta no es una plática en el nivel verbal. Si la tratan en el nivel verbal, pueden marcharse; sería una pérdida de tiempo. Pero, si quieren llegar al fondo, entonces prosigamos, entonces estén alerta y sigan esto, porque necesitamos inteligencia, no repetición estéril, no repetición de frases, palabras y ejemplos; estamos hartos de eso.

Necesitamos creación, creación inteligente, integrada; o sea, tenemos que dar con ella de manera directa mediante nuestra propia comprensión del proceso de la mente.

Al escuchar, pues, lo que estoy diciendo, relaciónenlo directamente consigo mismos, experimenten aquello de que hablo. Y no pueden experimentarlo por medio de mis palabras. Podrán experimentarlo sólo cuando tengan la capacidad de hacerlo, cuando sean serios, cuando observen su propio pensar, su propio sentir.

¿Cuándo ha de realizarse el deseo? ¿Cuándo son ustedes conscientes de

este impulso de ser, de devenir, de realizarse? Por favor, obsérvense. ¿Cuándo tienen conciencia de él? ¿No es, acaso, cuando lo contrarían? ¿No se dan cuenta de él cuando se sienten extraordinariamente solos, con una sensación inagotable de inexistencia, de que nada son? Están conscientes de este impulso de realizarse, sólo cuando perciben su vacuidad interna, su solitud. Entonces, buscan realizarse mediante innumerables formas, por medio de la secta, de la relación con la propiedad, con los árboles, con todas las cosas en niveles diferentes de conciencia. El deseo de ser, de identificarnos, de realizarnos, existe únicamente cuando hay conciencia del "yo", del "yo" que se siente vacío, solitario. El deseo de realizarnos es una manera de escapar de aquello que llamamos soledad. De modo que nuestro problema no es cómo realizarnos, ni consiste en saber qué es la realización propia, ya que no hay tal cosa. El "yo" jamás puede realizarse; *está siempre vacío*. Podremos tener unas cuantas sensaciones cuando alcanzamos un resultado; pero tan pronto como las sensaciones se han ido, estamos de vuelta en ese estado de vacuidad. Empezamos, entonces, a perseguir el mismo proceso de antes.

El "yo" es, por lo tanto, el creador de esa vacuidad. El "yo" es el vacío; el "yo" es un proceso de autoencierro en el que tomamos conciencia de esa extraordinaria soledad. Al darnos cuenta de eso, procuramos escapar mediante diversas formas de identificación. A estas identificaciones las llamamos realizaciones. En realidad, no hay realización, porque la mente, el "yo", jamás puede realizarse; el autoencierro es la naturaleza misma del "yo".

¿Qué ha de hacer, pues, la mente que se da cuenta de esa vacuidad? Ése es nuestro problema, ¿verdad? Para la mayoría de nosotros, este dolor de la vacuidad interna es extraordinariamente fuerte. Hacemos cualquier cosa para escapar de él. Cualquier ilusión es suficiente, y ésa es la fuente de la ilusión. La mente posee el poder de crear ilusión. Y mientras no comprendan esa soledad, ese estado de vacuidad que nos encierra en nosotros mismos, pueden ustedes hacer lo que se les ocurra, pueden buscar cualquier realización que deseen, siempre estará esa barrera que divide, que no conoce el estado de integridad.

De modo que lo difícil para nosotros es tener conciencia de este vacío, de esta soledad. Jamás nos enfrentamos directamente a ella. No sabemos a qué se parece, cuáles son sus cualidades, porque siempre estamos huyendo de la soledad, apartándonos, aislándonos, identificándonos. Nunca estamos en comunión con ella. Así pues, somos el observador y lo observado. Es decir, la mente, el "yo", observa esa vacuidad, y el "yo", el pensador, procede entonces a liberarse de la vacuidad o a escapar.

Entonces, esa vacuidad, esa soledad, ¿es diferente del observador? ¿No será que el propio observador es vacío, y no que él observa el vacío? Porque, si el observador no pudiera reconocer ese estado que él llama soledad, no habría experiencia. Él *es* vacío; no puede actuar sobre el vacío, no puede hacer nada al respecto. Si hace algo, cualquier cosa que fuere, se convierte en el observador actuando sobre lo observado, lo cual es una relación falsa.

Por lo tanto, cuando la mente reconoce, cuando se da cuenta, cuando

toma conciencia de qué es el vacío y no puede actuar sobre él, entonces esa vacuidad que percibimos desde fuera de nosotros mismos, tiene un significado diferente. Hasta ahora, la hemos abordado como el observador. Ahora el observador mismo es el vacío, es la soledad. ¿Puede hacer algo al respecto? Es obvio que no puede. Entonces su relación con la soledad es por completo diferente de la relación del observador. Él es esa otra soledad, ese estado en que no hay verbalización, en que no hay un "yo estoy vacío". Apenas lo verbaliza o exterioriza, es diferente de ese estado. Así pues, cuando cesa la verbalización, cuando el experimentador deja de existir en cuanto a experimentar la soledad, cuando deja de huir, entonces está enteramente solo. Su relación es, en sí misma, la soledad; él *es* eso, y cuando se da cuenta plenamente y con certeza de ello, esa vacuidad, esa soledad, deja de ser.

Pero esa soledad vacía (*loneliness*), esa solitud*, es por completo diferente de la otra soledad, la soledad creativa (*aloneness*). La solitud debe terminar para que un ser humano esté creativamente solo (*alone*). La solitud no puede compararse con la soledad creativa. El hombre que sólo conoce la solitud, jamás sabrá qué es la soledad creativa. ¿Se hallan ustedes en *ese* estado de soledad? Nuestras mentes no están integradas como para hallarse en tal estado. El proceso mismo de la mente es separativo. Y lo que separa, sólo conoce la solitud.

La soledad creativa no separa. Es algo que nada tiene que ver con el número, con los muchos, ni está influida por los muchos, ni es el resultado de los muchos, ni es algo compuesto, como lo es la mente; la mente sí es de los muchos. La mente no es una entidad creativamente sola, ya que ha sido compuesta, armada, elaborada a través de los siglos. La mente jamás puede conocer la soledad creativa. Pero, al darse cuenta de la solitud cuando pasa por ella, surge a la existencia esa soledad que es creación. Sólo entonces puede manifestarse aquello que es inconmensurable. Desafortunadamente, la mayoría de nosotros busca la dependencia. Deseamos compañeros, amigos; queremos vivir en un estado de separación, un estado generador de conflicto. Aquello que es creativamente solo, jamás puede hallarse en estado de conflicto. Pero la mente nunca puede percibir eso, nunca puede comprenderlo. Sólo puede conocer la solitud, o sea, la soledad que separa, que aísla.

*Pregunta: Usted dijo que la verdad puede llegar únicamente cuando uno es capaz de estar solo y amar el dolor. Eso no está claro. Tenga la bondad de explicar qué entiende usted por estar solo y amar el dolor.*

KRISHNAMURTI: La mayoría de nosotros no está en comunión con nada. No estamos en comunión directa con nuestros amigos, con nuestra esposa, con nuestros hijos. No estamos directamente en comunión con nada. Siempre hay barreras, barreras mentales, imaginarias y efectivas. Y esta condición separati-

* En adelante, para distinguir las dos soledades, llamaremos "solitud" a *loneliness*, y "soledad" o "soledad creativa" a *aloneness*. *N. del T.*

va es, evidentemente, la causa del dolor. No digan: "Sí, hemos leído eso, verbalmente lo conocemos". Pero si son capaces de experimentarlo directamente, verán que el dolor no puede terminar mediante ningún proceso mental. Podrán explicar el dolor —lo cual es un proceso de la mente—, pero el dolor sigue estando ahí aunque lo encubran.

Para comprender, pues, el dolor, es indudable que deben amarlo, ¿no es así? O sea, deben estar en comunión directa con él. Si quieren comprender algo, al vecino, a la esposa, a una relación cualquiera, si quieren comprender completamente algo, deben estar cerca de ello. Deben llegar a ello sin objeción alguna, sin prejuicio, sin condena, sin aversión; deben mirarlo, ¿no es así? Si yo quiero comprenderlos, no debo tener prejuicios respecto de ustedes. Debo ser capaz de mirarlos, no a través de barreras, de las pantallas que implican mis prejuicios y condicionamientos. Debo estar en comunión con ustedes, o sea, debo amarlos. De igual manera, si quiero comprender el dolor, debo amarlo, debo estar en comunión con él. Pero no puedo hacerlo, porque escapo del dolor mediante explicaciones, teorías, esperanzas, postergaciones, todo lo cual es el proceso de verbalización. En consecuencia, las palabras me impiden estar en comunión con el dolor: palabras de explicaciones, racionalizaciones, que siguen siendo palabras y constituyen el proceso mental; todo eso me impide entrar directamente en comunión con el dolor. Y sólo cuando estoy en comunión con el dolor, puedo comprenderlo.

El paso siguiente es: Yo, el observador del dolor, ¿soy diferente del dolor? Yo, el pensador, el experimentador, ¿soy diferente del dolor? He exteriorizado el dolor con el fin de hacer algo al respecto, con el fin de evitarlo, de vencerlo, de escapar. ¿Soy diferente de aquello que llamo dolor? Es obvio que no. Soy, pues, el dolor; no es que hay dolor y yo soy diferente. *Soy* el dolor. Sólo entonces hay posibilidad de terminar con el dolor.

Mientras yo sea el observador del dolor, no habrá fin para el dolor. Pero cuando hay comprensión de que el dolor es el "yo", de que el observador mismo es el dolor —lo cual es en extremo difícil de experimentar, de percibir, a causa de que durante siglos los hemos dividido—, cuando la mente se da cuenta de que ella misma es dolor —no cuando observa el dolor, cuando está sintiendo el dolor—, de que es la creadora del dolor, de que ella es, en sí, el dolor, entonces el dolor llega a su fin. Esto no requiere tradición ni pensar, sino una percepción muy alerta, atenta e inteligente. Ese estado inteligente, integrado, es soledad creativa. Cuando el observador es lo observado, existe el estado de integración. Y en esa soledad creativa, en ese estar completamente solo, en esa plenitud del ser, cuando la mente nada busca, ni la recompensa ni la evitación del castigo, cuando está verdaderamente quieta, sin buscar ni andar a tientas, sólo entonces, se revela aquello que la mente no puede medir, lo inconmensurable.

*3 de febrero de 1952*

## UNDÉCIMA PLÁTICA EN MADRÁS

Durante las semanas anteriores en que nos hemos reunido, estuvimos considerando los problemas que afectan la totalidad de nuestro ser, no en algún nivel especial sino en todo el proceso de la conciencia, la manera de pensar, así como los efectos que produce el falso proceso del pensamiento. Vemos que el proceso del pensar es un factor de deterioro. Quizás, para quienes están aquí por primera vez, esto pueda resultar un poco alarmante o sorprendente, o quizá piensen que es una afirmación más bien tonta; pero aquellos que han estado siguiendo seriamente estas pláticas, no necesitan más explicaciones, ya que las explicaciones son realmente perjudiciales para la comprensión. Nos alimentan muy fácilmente de palabras, nos satisfacen sin dificultad alguna con explicaciones, mediante una sensación sonora; la explicación o la palabra a menudo repetida, bastan para embotar la mente.

Así pues, creo que los que han seguido cuidadosamente y con cierta seriedad estas pláticas, habrán observado o percibido que el pensar, tal como hoy lo practicamos y nos complacemos en él, es uno de los principales factores que separan a los seres humanos. Es uno de los factores que no originan acción, que la postergan, porque las ideas son el resultado del pensamiento y jamás pueden producir acción. Hay una brecha entre la idea y la acción, y nuestra dificultad está en tratar de llenar esa brecha en la que hemos caído.

Esta tarde quisiera discutir o considerar la cuestión del autoengaño, de las ilusiones a que la mente se entrega, imponiéndoselas a sí misma y a los demás. Ésa es una cuestión muy seria, especialmente en una crisis como la que hoy está afrontando el mundo. Pero, a fin de comprender todo este problema del autoengaño, debemos seguirlo no tan sólo verbalmente, no sólo en el nivel verbal, sino de manera intrínseca, fundamental y profunda.

Como decía, nos satisfacemos demasiado fácilmente con palabras y contrapalabras, y siendo sabios en palabras, todo cuanto podemos hacer es esperar que algo ocurra. Vemos que la explicación respecto de la guerra no pone fin a la guerra; hay innumerables historiadores, teólogos y personas religiosas que explican la guerra y cómo se origina, pero las guerras continúan, quizá más destructivas que nunca. Aquellos que son realmente serios, deben ir más allá de las palabras, deben buscar esta revolución fundamental dentro de sí mismos; es el único remedio que puede dar origen a una perdurable y fundamental redención humana.

De igual modo, cuando estamos discutiendo esta clase de autoengaño, creo que debemos precavernos contra cualquier tipo de explicaciones y réplicas superficiales. Debemos, si se me permite sugerirlo, no tan sólo escuchar a quien les habla, sino seguir el problema tal como lo conocemos en nuestra vida cotidiana; o sea, debemos observarnos en pensamiento y acción, observarnos y ver de qué modo afectamos a otros y cómo procedemos a actuar por nosotros mismos.

¿Cuál es la razón, la base del autoengaño? ¿Cuántos de nosotros nos damos cuenta realmente de que nos engañamos a nosotros mismos? Antes de que podamos contestar la pregunta: "¿Qué es el autoengaño y cómo surge?", debemos darnos cuenta de que nos estamos engañando a nosotros mismos, ¿verdad? ¿Sabemos eso? ¿Qué entendemos por este engaño? Creo que es muy importante saberlo, porque cuanto más engañados estamos, cuanto más nos engañamos a nosotros mismos, mayor es la fuerza que hay en el engaño, y eso nos confiere cierta vitalidad, cierta energía, cierta capacidad cuya consecuencia es que impongamos nuestro engaño a los demás. Así, gradualmente, no sólo me impongo el engaño a mí mismo, sino también a otros. Es un proceso interactivo de autoengaño. ¿Estamos conscientes de este proceso porque nos creemos muy capaces de pensar de manera clara, resuelta y directa? ¿Nos damos cuenta de que en este proceso de pensar hay autoengaño?

El pensamiento mismo, ¿no es, acaso, un proceso de búsqueda, una búsqueda de justificación, una búsqueda de seguridad, de autoprotección, un deseo de que se piense bien de nosotros, un deseo de posición, prestigio y poder? Este deseo de ser algo o alguien en lo político, religioso o social, ¿no es la causa misma del autoengaño? En el momento en que deseo otra cosa que lo puramente material, ¿no doy origen a un estado que acepta fácilmente? Tomemos, por ejemplo, esto: Quiero saber qué sucede después de la muerte, cosa en que muchos de nosotros se interesan —cuanto más viejos somos, más interesados estamos—. Queremos saber la verdad al respecto. ¿Cómo la encontraremos? Ciertamente, no leyendo, no por medio de diferentes explicaciones.

Entonces, ¿cómo lo descubrirán? Primero, la mente debe ser purificada de todo factor que se interponga en el camino: toda esperanza, todo deseo de continuar, todo deseo de averiguar qué hay de aquel lado. Debido a que la mente busca seguridad todo el tiempo, tiene el deseo de continuar y abriga la esperanza de que hay un medio de realizarse para una existencia futura. Una mente así, aunque busque la verdad acerca de la vida después de la muerte, acerca de la reencarnación o de lo que fuere, es incapaz de descubrir esa verdad, ¿no es cierto? Lo importante no es que la reencarnación sea o no verdadera, sino cómo la mente busca, mediante el autoengaño, la justificación de un hecho que puede o no existir. Lo que importa, pues, es el modo como enfocamos el problema, el móvil, el impulso, el deseo con que lo abordamos.

El buscador se impone siempre a sí mismo este engaño; nadie puede imponérselo sino él mismo. Creamos el engaño y después nos volvemos esclavos de él. De modo que el factor fundamental de este autoengaño es el deseo constante de ser algo en este mundo y en el otro mundo. Conocemos el resultado de querer ser algo en este mundo: la total confusión donde cada uno compite con el otro, donde cada uno destruye al otro en el nombre de la paz. Ya conocen ustedes el juego que nos jugamos unos a otros, el cual es una forma extraordinaria de autoengaño. De igual manera, buscamos seguridad, una posición, en el otro mundo.

Comenzamos, pues, engañándonos a nosotros mismos no bien existe este

deseo de ser, de devenir, de lograr. Es muy difícil para la mente librarse de eso; es uno de los problemas básicos en nuestra vida. ¿Es posible vivir en este mundo y ser nada? Porque sólo entonces estamos libres de todo engaño, sólo entonces la mente no busca un resultado, una respuesta satisfactoria, alguna clase de justificación; sólo entonces la mente no busca seguridad en ninguna forma, en ninguna relación. Eso tiene lugar cuando la mente se da cuenta de las posibilidades y sutilezas del engaño y, por lo tanto, comprende. Abandona toda forma de seguridad, de justificación, lo cual implica que entonces es capaz de ser completamente nada. ¿Es eso posible?

Por cierto, mientras nos sigamos engañando en cualquier forma, no podrá haber amor. Mientras la mente sea capaz de crear e imponerse a sí misma una ilusión, es obvio que se separa de la comprensión integrada. Ésa es una de nuestras dificultades: no sabemos cómo cooperar. Todo cuanto sabemos es trabajar juntos en pos de un fin que nos hemos fijado. Es indudable que uno y otro podremos cooperar únicamente cuando no tengamos un objetivo común creado por el pensamiento. Avancen despacio conmigo, porque veo que algunos no me están siguiendo. Lo importante es darnos cuenta de que la cooperación es posible sólo cuando ninguno de nosotros desea ser cosa alguna. Cuando ustedes y yo deseamos ser algo, entonces se vuelve necesaria la creencia y todo lo demás; necesitamos una utopía autoproyectada. Pero si ustedes y yo creamos anónimamente, sin engañarnos a nosotros mismos, sin que haya barreras de creencias y conocimientos, sin desear la seguridad, entonces hay verdadera cooperación.

¿Es posible para nosotros cooperar, trabajar juntos sin la búsqueda de un fin, de un resultado? Eso es, sin duda, verdadera cooperación, ¿no es así? Si ustedes y yo consideramos a fondo un resultado, si lo calculamos, lo planeamos cuidadosamente y trabajamos juntos en pos de ese resultado, ¿cuál es el proceso que ello implica? Nuestras mentes se tocan; nuestros pensamientos, nuestros intelectos están, desde luego, en contacto. Pero emocionalmente, todo el ser puede estar resistiendo eso, lo cual genera engaño, origina conflicto entre nosotros. Es un hecho evidente y observable en nuestra vida cotidiana. Ustedes y yo nos ponemos de acuerdo intelectualmente para realizar cierta tarea, pero en lo inconsciente, en lo profundo, luchamos unos contra otros. Yo deseo un resultado que me satisfaga; deseo dominar, quiero que mi nombre esté delante del de ustedes, aunque diga que trabajamos juntos. Así pues, siendo ustedes y yo los creadores de ese plan, en realidad nos oponemos el uno al otro, aun cuando exteriormente concordemos respecto del plan; si bien conscientemente puede haber acuerdo mutuo, internamente estamos en batalla unos con otros.

¿No es importante, pues, averiguar si ustedes y yo podemos cooperar, estar en comunión, vivir juntos en un mundo donde nada somos, averiguar si de veras tenemos la capacidad de cooperar, no en el nivel superficial sino fundamentalmente? Ése es uno de nuestros mayores problemas, tal vez el mayor de todos. Me identifico con un propósito y ustedes se identifican con el

mismo propósito; ambos estamos interesados en él, ambos tenemos la intención de realizarlo. Por cierto, este proceso de pensar es muy superficial porque, al identificarnos, producimos separación, cosa evidente en nuestra vida cotidiana. Uno de nosotros es hindú, otro es católico; ambos predicamos la hermandad, y ambos nos estrangulamos mutuamente. ¿Por qué? Ése es uno de nuestros problemas, ¿verdad? Inconscientemente, en lo profundo, ustedes tienen sus creencias y yo tengo la mía. Con hablar acerca de la hermandad, no hemos resuelto todo el problema de las creencias, sino que sólo hemos aceptado de manera teórica e intelectual que deberíamos resolverlo; interna, profundamente, estamos el uno contra el otro.

Hasta que disolvamos esas barreras que son un autoengaño, que nos dan cierta vitalidad, no podrá haber cooperación entre nosotros. Identificándonos con un grupo, con determinada idea, con un país en particular, jamás podremos originar cooperación.

La creencia no origina cooperación; al contrario, divide. Vemos cómo un partido político está contra otro, cada uno creyendo en determinado modo de encarar los problemas económicos, y así están todos en guerra unos contra otros. No están decididos, por ejemplo, a solucionar el problema del hambre. Se ocupan de teorías que habrán de resolverlo. No se interesan de hecho en el problema mismo, sino en el método por el cual el problema será resuelto. Por lo tanto, tiene que haber disputas entre ellos, ya que están interesados en la idea y no en el problema. De igual manera, las personas religiosas disputan entre sí, aunque todas sostengan verbalmente que tienen una vida única, un Dios; ustedes conocen todo eso. Pero internamente, sus creencias, sus opiniones, sus experiencias, las están destruyendo y las mantienen separadas.

Así pues, la experiencia se vuelve un factor divisivo en nuestra relación humana; la experiencia es una manera de engañarnos. Si he experimentado algo, me atengo a eso; no investigo el problema íntegro que implica el proceso de experimentar, sino que, habiendo experimentado, lo considero suficiente y me atengo a eso; de tal modo, me impongo el engaño mediante esa experiencia.

Nuestra dificultad consiste, pues, en que cada uno de nosotros está tan identificado con una creencia en particular, con una determinada forma o técnica de lograr la felicidad, el ajuste económico, que nuestra mente queda cautiva de eso y somos incapaces de ahondar más profundamente en el problema; por consiguiente, deseamos permanecer apartados individualmente en nuestras modalidades, creencias y experiencias particulares. Hasta que las comprendamos y disolvamos, no sólo en el nivel superficial sino más profundamente, será imposible que haya paz en el mundo. Por eso, para aquellos que son de veras serios, es importante comprender todo este problema: el deseo de devenir, de lograr, de ganar, no sólo en el nivel superficial, sino en el nivel fundamental y profundo; de lo contrario, como dije, no podrá haber paz en el mundo.

La verdad no es algo que haya de ganarse. El amor no puede llegar a quienes tienen el deseo de aferrarse al amor, a los que gustan de identificarse

con él. Esas cosas advienen, por cierto, cuando la mente no busca, cuando está completamente quieta, cuando ya no genera más movimientos y creencias de los que pueda depender o de los que obtenga cierta fuerza, todo lo cual denota autoengaño. La mente puede estar quieta sólo cuando comprende todo este proceso del deseo. Entonces, no se halla en movimiento para ser o para no ser; únicamente entonces existe la posibilidad de un estado en el que no es posible ninguna clase de engaño.

*Pregunta: Uno empieza con buena voluntad y con el deseo de ayudar pero, desafortunadamente, para poder ayudar de manera constructiva, ingresa en diversas organizaciones, políticas o religiosas y sociales. Muy pronto, se encuentra desconectado de toda bondad y caridad. ¿Cómo ocurre esto?*

KRISHNAMURTI: ¿Podemos ahora, juntos, examinar a fondo el problema? Es decir, no se limiten a escucharme explicar la pregunta, sino obsérvense a sí mismos actuando en la vida cotidiana. Casi todos nosotros, en especial cuando somos jóvenes y todavía sensibles e impresionables, queremos hacer algo con respecto a este mundo con su miseria y su hambre. A medida que envejecemos, por desgracia, esa sensibilidad se embota.

Siendo sensibles, compasivos, deseamos hacer el bien; vemos toda esta desdicha, en la aldea de al lado, hambre, suciedad, todas las formas del deseo, corrupción; y algo queremos hacer. Miramos, pues, a nuestro alrededor. ¿Qué ocurre, entonces? Asistimos a distintas reuniones de la extrema izquierda, del centro, de la derecha, o tomamos un libro religioso y tratamos de resolver el problema. Si tenemos inclinación religiosa, lo explicamos: karma, reencarnación, crecimiento, evolución, "esto es así", "esto no es así", etc. Pero si estamos políticamente atentos al problema, concurrimos a diversas reuniones. Las más identificadas con la izquierda, prometen resultados inmediatos; muestran qué puede hacerse inmediatamente; están adheridas por completo a una idea, a un concepto, a una fórmula en particular; conservan fotografías de lo que han hecho y harán, y tienen toda su literatura. Todo eso nos convence más que lo dicho por otros y así quedamos atrapados. Empezamos anhelando hacer el bien, con cierto deseo compasivo de lograr un resultado, y terminamos en una organización política que promete una recompensa futura, una utopía futura.

Estamos tan ansiosos de lograr un resultado, que ingresamos en la organización; nuestra ansiedad se ha entregado a la actividad política, a una idea; no a una acción inmediata sino a una acción futura a base de ciertos métodos ideológicos, de cierta práctica y disciplina, etc. Nos interesamos, entonces, más en el método, en el partido, en el grupo, en las particulares ideas dialécticas y demás, que en cómo debemos actuar *ahora* para producir un cambio. ¿No hemos introducido, acaso, el engaño, una postergación, un olvido? Un engaño no respecto del problema, del mal que genera el problema, sino el engaño de los partidos políticos opuestos que nos impiden hacer cosa alguna. El resulta-

do es que hemos perdido la bondad, hemos perdido la caridad, estamos desconectados de todo eso, de la fuente de compasión y amor. Llamamos a esto acción inmediata. Es lo que ocurre con la mayoría de nosotros, ¿verdad?

Nos unimos a grupos, a sociedades, esperando que de ello salga algo bueno, y pronto nos perdemos en creencias, disputas, ambiciones, estupideces espantosas. La dificultad con casi todos nosotros es que estamos aislados en medio de la sociedad, del grupo, del partido político. Somos todos prisioneros, y resulta tan difícil escaparse porque los partidos, los grupos, las organizaciones religiosas, tienen el poder de excomulgarnos. Nos amenazan a causa del poder que poseen, poder económico y psicológico, y estamos a su merced; nos hemos comprometido, y nuestros intereses psicológicos y económicos son los de ellos. Requiere muchísima comprensión romper con todo esto. Nadie habrá de ayudarnos, porque todos creen en algo y se han comprometido con una cosa u otra. Atrapados en todo esto, vamos envejeciendo; entonces hay desesperación y tragedia, y aceptamos las cosas como inevitables.

¿Es posible percibir total, íntegramente este proceso de cómo la bondad, la caridad, el amor son destruidos por nuestra estupidez, debido a que todos estamos tan ansiosos por hacer alguna cosa? El deseo mismo de hacer alguna cosa, origina autoengaño. No tenemos la paciencia de aguardar, mirar, observar, conocerlo todo más profundamente. El propio deseo de hacer el bien, es un engaño, porque el hombre astuto está ahí esperando a fin de utilizar nuestra bondad, nuestro deseo de ayudar; a él nos entregamos para ser utilizados, explotados.

¿No es posible considerar todo esto, percibir el contenido total de este problema y liberarnos de él, no teóricamente sino de hecho, enfrentarnos al problema y revivir así esa prístina bondad, ese sentido de intimidad con nuestros semejantes, el cual implica hallarse realmente en estado de amor? Ése es el único modo de actuar. Cuando haya amor, ello originará un estado extraordinario, un resultado extraordinario que ustedes y yo no podemos planear, desarrollar; esto último lo han hecho todas las personas hábiles, ingeniosas, y miren lo que ocurre: se estrangulan, se destruyen unas a otras.

Al ver todo este problema, aquellos que son serios se han liberado de él, evidentemente. En el mismo liberarnos del problema, hay renovación; en el hecho mismo de ver está la acción, que no es la acción que viene después de la idea.

*Pregunta: ¿Por qué dice usted que el conocimiento y la creencia deben suprimirse para que la verdad se manifieste?*

KRISHNAMURTI: ¿Qué es el conocimiento y qué es la creencia de ustedes? Cuando de veras examinan su conocimiento o su creencia, ¿en qué consisten? Son recuerdos, ¿no es así? ¿De qué tienen conocimiento? ¿De sus propios recuerdos del pasado, de experiencias ajenas registradas en un libro? Cuando piensan acerca de lo que conocen, ¿qué son, en realidad, tales conocimien-

tos? Son recuerdos del pasado; adquieren ciertas explicaciones de otros y, además, tienen sus propias experiencias basadas en la memoria. Si se enfrentan a un incidente, traducen ese incidente conforme a sus recuerdos, que llaman experiencia. El conocimiento de ustedes es un proceso de reconocimiento. Sabemos lo que son las creencias. Las genera la mente en su deseo de certidumbre, de estar segura, a salvo.

¿Cómo puede, pues, una mente así, mutilada por el conocimiento, que es la acumulación del pasado interpretando el presente en función de su propia conveniencia, cómo puede una mente así, sobrecargada de conocimientos, comprender qué es la verdad? La verdad tiene que ser algo más allá del tiempo. No puede ser proyectada por mi mente, no puede ser tallada con los recuerdos de mis experiencias; debe ser algo que mi experiencia del pasado no puede conocer. Si sé que es del pasado, la reconozco. Por lo tanto, no es genuina. Si se trata tan sólo de una creencia, es una proyección de mis propios deseos.

¿Por qué estamos tan orgullosos de nuestro conocimiento? Nos encerramos en nuestras creencias, en el estado de conocimiento tal como éste se entiende comúnmente. Tenemos miedo de ser nada. Por eso exhibimos tantos títulos; nos adjudicamos nombres, ideas, reputación... ostentación vulgar. Con toda esta carga en nuestra mente, decimos: "Busco la verdad, quiero comprender la verdad". Cuando examinamos minuciosamente todo el proceso de adquisición de conocimientos y surgimiento de creencias, ¿qué ocurre? Vemos, sin duda, que el creer, el conocer, son ardides de la mente, porque nos dan cierto prestigio, ciertos poderes; la gente nos respeta como personas extraordinarias que han leído y saben muchísimo. Cuando envejecemos, exigimos más respeto, porque hemos crecido en sabiduría; al menos, así pensamos, pero todo cuanto hemos hecho es para madurar en nuestra propia experiencia. La creencia separa y destruye a los seres humanos. Un hombre que cree jamás puede amar, porque para él la creencia es más importante que ser bueno, gentil, reflexivo; la creencia nos da cierta fuerza, cierta vitalidad, un falso sentido de seguridad.

Cuando examinamos, pues, todo esto, ¿qué tenemos? Nada sino palabras, nada sino recuerdos. La verdad es algo que debe estar más allá de la imaginación, más allá del proceso de la mente. Tiene que ser eternamente nueva, algo que no puede ser reconocido, que no puede ser descrito. Cuando ustedes citan lo que Shankara, Buda, X, Y o Z han dicho, ya han empezado a comparar, lo cual demuestra que, a través de la comparación, han dejado de pensar, de sentir, de experimentar. Ésa es una de las artimañas de la mente. El conocimiento de ustedes destruye la percepción inmediata de la verdad.

Por eso es importante comprender todo este proceso del conocimiento y la creencia, y descartarlo. Seamos sencillos; veamos estas cosas con una mente sencilla, no con una mente astuta. Entonces veremos cómo la mente que ha adquirido tanta experiencia, tantas explicaciones, que se halla atada por tantas creencias, se renueva a sí misma. Entonces ya no busca más lo nuevo, ya ha dejado de reconocer desde lo viejo; por lo tanto, se encuentra en un estado de

constante experimentar, no está en relación con el pasado. Hay un movimiento nuevo e irrepetible.

Es indispensable, pues, que comprendamos toda creencia, todo conocimiento. No podemos suprimir el conocimiento, tenemos que comprenderlo; no es posible cerrar la puerta al conocimiento. Entonces, ¿cuál es la reacción de ustedes? Se irán de aquí y proseguirán de la misma manera, porque temen alejarse de la vieja norma.

Para dar con la verdad, no hay gurú, no hay ejemplo, no hay sendero. La virtud no nos conducirá a la verdad. La práctica de la virtud es autoperpetuación. Es obvio que el conocimiento nos conduce a la respetabilidad. El hombre respetable y encerrado en su propia importancia, jamás encontrará la verdad. La mente debe estar por completo vacía, sin buscar, sin proyectar. Sólo cuando se halla absolutamente quieta, hay posibilidad de que se revele aquello que es inconmensurable.

*Pregunta: ¿Qué relación hay entre lo que los psicólogos llaman intuición y lo que usted llama comprensión?*

KRISHNAMURTI: No nos preocupemos por lo que dicen los psicólogos. ¿Qué entienden ustedes por intuición? Usamos esa palabra, ¿no es así? Yo he usado con mucha frecuencia la palabra comprensión. Veamos qué significan.

¿Qué entendemos por intuición? No introduzcan lo que dicen otros. Ustedes usan esa palabra intuición. ¿Qué es un sentimiento intuitivo? Ya sea que algo esté bien o esté mal, tienen el sentimiento de que debe o de que no debe ser así. Por sentimiento intuitivo, entendemos un sentimiento no racionalizado, no muy lógicamente examinado, un sentimiento que atribuimos a lo que está más allá de la mente, y al que llamamos un destello de la conciencia superior. No estamos viendo si hay intuición o no, sino que queremos descubrir qué es la verdad.

Ante todo, es muy fácil engañarnos a nosotros mismos, ¿verdad? Tengo un sentimiento intuitivo de que la reencarnación es verdadera. ¿No lo tienen ustedes? No porque hayan leído sobre ello, sino que tienen un sentimiento intuitivo al respecto; la intuición de ustedes dice que es así y ustedes lo admiten como verdadero. Lo tomo sólo como un ejemplo; no estamos considerando la verdad acerca de si hay o no hay continuidad. Ahora bien, ¿qué contiene el sentimiento intuitivo? Contiene nuestra esperanza, nuestro deseo de continuidad, miedo, desesperación, sentimiento de vacuidad, soledad... todo eso nos mueve, nos impulsa a aferrarnos a la idea de reencarnación. Así pues, nuestro propio deseo proyecta inconscientemente ese sentimiento intuitivo.

Sin comprender todo este proceso del deseo, no podemos depender de la intuición, que puede ser extraordinariamente engañosa. No hablen de los científicos que tienen una percepción intuitiva de un problema; ustedes no son científicos. Sólo somos personas comunes con nuestros problemas cotidianos.

Los científicos trabajan impersonalmente sobre un problema matemático; trabajan y trabajan en él, no pueden encontrar una respuesta, y entonces lo dejan tranquilo. Mientras siguen trabajando, súbitamente ven la respuesta, y ésa es su intuición. Pero nosotros no abordamos nuestros problemas de ese modo. Tenemos demasiada intimidad con nuestros problemas; estamos confinados, limitados por nuestros propios deseos, y éstos dictan, consciente o inconscientemente, la actitud, la respuesta, la reacción. Usamos la palabra *intuición* relacionándola con esto.

La comprensión es percepción total del problema, que consiste en comprender el deseo y las maneras en que actúa. Cuando comprendan, verán que no hay tal entidad como el examinador considerando el problema examinado. Esta comprensión no es intuición; implica ver el proceso de cómo opera el deseo, verlo íntegramente, no sólo en el nivel superficial; es penetrar completamente en ello y, de ese modo, se revela toda posibilidad de engaño.

La comprensión es un proceso integrado, mientras que la intuición, tal como la empleamos, es parcial, fragmentada; opera ocasionalmente. El resto del tiempo, somos todos necios. ¿De qué sirve tener una intuición semejante? Por un momento, vemos las cosas con claridad, y el resto del tiempo somos la vieja, estúpida entidad que éramos. La comprensión es un proceso integrado que funciona todo el tiempo, y nace cuando nos damos cuenta del proceso total del deseo.

*Pregunta: Usted dice que la vida, tal como la vivimos, es negación y que, por lo tanto, no puede haber amor. Tenga la bondad de explicarlo.*

KRISHNAMURTI: ¿Por qué quieren ustedes una explicación? ¿Acaso no saben todo esto? ¿Son muy creativas nuestras vidas, son muy positivas? Al menos creemos que somos positivos, pero el resultado es negación. Somos positivos en nuestra codicia, en nuestros odios, en nuestra envidia, en nuestra ambición. Conocemos eso, ¿no es así? Divisiones de clase, divisiones comunales, divisiones naturales, todas las formas de destrucción, separación, aislamiento... todas estas cosas están ahí.

Nuestra vida, aunque parezca positiva, es en realidad una negación, porque nos conduce a la destrucción, a la desdicha, a la muerte. Ustedes no aceptarán eso, porque dirán: "Todo lo que hacemos en este mundo es positivo; no podemos vivir en un estado de negación". Pero lo que hacen es un acto negativo. Todo cuanto hacen es un acto de muerte. ¿Cómo puede una actividad semejante ser otra cosa que negación? Si son ambiciosos, entonces son destructivos, corruptores, corrosivos en sus relaciones. Todo acto que realizan es un acto negativo.

Una mente cuya existencia íntegra es una serie de negaciones, ¿cómo puede conocer el amor? Entonces ustedes me preguntan qué es el amor. La imitación es muerte; sin embargo, tenemos ejemplos que deseamos seguir: tenemos poder, tenemos gurúes, seguimos el proceso de repetición, imitación,

rutina. Y ¿qué es eso? ¡Negación, muerte! ¿Verdad? ¿Cómo puede comprender algo una cosa así? Una entidad semejante no puede conocer el amor.

Lo único positivo es el amor. Surge a la existencia cuando no existe el estado negativo, cuando no soy ambicioso, cuando no soy corrupto, cuando no soy envidioso. Primero, tengo que reconocer *lo que es* y, al comprender *lo que es*, se revela y cobra existencia "lo otro".

*9 de febrero de 1952*

## DUODÉCIMA PLÁTICA EN MADRÁS

Ésta es la última plática de la serie. No habrá más pláticas una vez que haya terminado ésta, al menos no por ahora.

Creo que la mayoría de nosotros se da cuenta de que todas las formas de persuasión, toda clase de incentivos se nos han ofrecido para que resistamos las actividades egocéntricas. Las religiones, por medio del temor, de las promesas, del miedo al infierno, mediante todas las formas de condenación, han intentado diferentes maneras de disuadir al hombre de esta actividad constante que tiene su origen en el centro del "yo". Habiendo fracasado estas cosas, las organizaciones políticas se han hecho cargo. Aquí, de nuevo la persuasión, de nuevo la esperanza en la utopía final. Y contra cualquier forma de resistencia, se han empleado e impuesto los campos de concentración y legislaciones de toda clase, desde la extrema a la muy limitada; no obstante, continuamos con nuestra actividad egocéntrica. Eso es todo cuanto conocemos. Si tan sólo pensamos en ello, tratamos de modificarlo. Si nos damos cuenta de nuestra actividad egocéntrica, procuramos cambiar su curso; pero en lo fundamental y profundo, no hay transformación alguna, no hay una cesación radical de esa actividad.

Sabemos esto; al menos aquellos que son reflexivos, lo perciben; también se dan cuenta de que sólo cuando cesa la actividad del centro, puede haber felicidad. Pero la mayoría no es consciente de estas cosas. Damos por hecho que ello es algo natural, que la acción consiguiente es inevitable y que sólo puede ser modificada, controlada y ajustada. Ahora bien, aquellos que son un poco más serios, más fervientes —no sinceros, porque la "sinceridad" es un modo de engañarnos a nosotros mismos y, por lo tanto, está fuera de cuestión—, deben descubrir cómo, al darse cuenta de todo este proceso extraordinario que es la actividad egocéntrica, es posible ir más allá.

Para entender en qué consiste la actividad egocéntrica, es obvio que uno debe examinarla, considerarla, percibir íntegramente este proceso. Si podemos darnos cuenta de él, existe la posibilidad de disolverlo; pero eso requiere cierta comprensión, cierta intención de enfrentarnos a la cosa tal como es, considerarla tal como es, sin interpretarla ni modificarla ni condenarla. Tene-

mos que estar conscientes de esa actividad que desarrollamos desde el estado de egocentrismo. Ésa es una de nuestras principales dificultades, porque no bien tomamos conciencia de esa actividad, queremos moldearla, controlarla, condenarla o modificarla, pero jamás estamos en situación de considerarla directamente; y cuando lo hacemos, muy pocos somos capaces de saber qué acción hay que emprender.

Nos damos cuenta de que las actividades egocéntricas son perjudiciales, destructivas, y que toda forma de actividad egocéntrica —tal como la identificación con el país, con un grupo en particular, con determinado deseo, con deseos que producen acción, la búsqueda de un resultado aquí o en el más allá, la glorificación de una idea, el seguimiento de un ejemplo, el culto y la persecución de la virtud, etc.— es, en esencia, la actividad de una persona egoísta, centrada en sí misma. Todas sus relaciones, con la naturaleza, con la gente, con las ideas, son el resultado de esa actividad. Sabiendo todo esto, ¿qué hemos de hacer? Toda esa actividad debe llegar a su término espontáneamente, no un término autoimpuesto, influenciado ni guiado. Espero que vean la dificultad que hay en esto.

Casi todos advertimos que esta actividad egocéntrica ocasiona daño y caos, pero lo advertimos sólo en determinadas direcciones. O bien la observamos en otros y la ignoramos en nosotros mismos o, dándonos cuenta, en la relación con los demás, de nuestra propia actividad egocéntrica, queremos transformarla, encontrar un sustituto, ir más allá. Antes de que podamos abordar este proceso, tenemos que saber cómo surge, ¿no es así? A fin de comprender algo, debemos ser capaces de mirarlo; y para mirarlo, es preciso conocer sus diversas actividades en diferentes niveles, tanto conscientes como inconscientes, y también las directivas conscientes, así como los movimientos egocéntricos en las intenciones y los motivos inconscientes. Esto es, sin duda, un proceso autocentrado, el producto del tiempo, ¿no es cierto?

¿Qué implica ser egocéntrico? ¿Cuándo es uno consciente de ser el "yo"? Como lo he sugerido a menudo durante estas pláticas, no me escuchen tan sólo en el nivel verbal; usen más bien las palabras como un espejo en el que puedan ver cómo operan sus propias mentes. Si se limitan a escuchar mis palabras, son ustedes muy superficiales, y sus reacciones serán muy superficiales. Pero si pueden escuchar, no para comprenderme a mí o lo que digo, sino para verse a sí mismos en el espejo de mis palabras, si me usan como un espejo en el que descubren su propia actividad, ello tendrá un efecto extraordinario y profundo. Pero si simplemente escuchan como en una conferencia política o de otra clase, me temo que perderán todo lo que implica descubrir por uno mismo esa verdad que disuelve el centro del "yo".

Sólo soy consciente de esta actividad del "yo" cuando hay oposición, cuando la conciencia se ve contrariada, cuando el "yo" está deseoso de alcanzar un resultado. El "yo" se halla activo, o estoy consciente de ese centro, cuando el placer se termina y deseo tener más de ese placer, entonces hay resistencia y yo acomodo la mente, de manera deliberada, a un determinado

objetivo que me proporcionará deleite, satisfacción. Me doy cuenta de mí mismo y de mis actividades cuando persigo conscientemente la virtud. Eso es todo cuanto sabemos. Un hombre que busca conscientemente la virtud, dista de ser virtuoso. La humildad no puede buscarse, y ésa es la belleza de la humildad.

Mientras exista, pues, este centro de actividad en cualquier dirección, consciente o inconsciente, existirá este movimiento del tiempo, y yo tendré conciencia del pasado y del presente en conjunción con el futuro. El núcleo de esta actividad egocéntrica del "yo", es un proceso de tiempo. Eso es lo que entendemos por tiempo: el proceso psicológico del tiempo. La memoria es la que da continuidad a las actividades del centro que es el "yo". Por favor, obsérvense a sí mismos en la acción; no se sientan hipnotizados por mis palabras. Si se observan y toman conciencia de este centro de actividad, verán que es tan sólo un proceso de tiempo, un proceso de la memoria, de experimentar e interpretar cada experiencia conforme a la memoria. También ven que la actividad egocéntrica es reconocimiento, o sea, es un proceso de la mente.

Ahora bien, ¿puede la mente liberarse de ese proceso? Ello resulta posible sólo en raros momentos; nos puede ocurrir a casi todos nosotros cuando desarrollamos una acción inconsciente, no intencional, no deliberada. Pero ¿puede la mente estar libre alguna vez de la actividad egocéntrica? Ésa es una pregunta muy importante para formularnos, porque en el propio acto de formularla, encontraremos la respuesta. Es decir, si percibimos el proceso íntegro de esta actividad egocéntrica, si nos damos cuenta plenamente de sus acciones en diferentes niveles de la conciencia, no hay duda, entonces, de que nos preguntaremos si es posible que esa actividad llegue a su fin, es decir, que yo no piense en función del tiempo, que no piense desde el punto de vista de lo que seré, de lo que he sido, de lo que soy. A partir de un pensamiento así, comienza toda la actividad egocéntrica; también tiene su principio la determinación de llegar a ser, de optar y evitar, todo lo cual es un proceso del tiempo. Vemos que en ese proceso tienen lugar un daño, una desdicha, una confusión, una distorsión y un deterioro infinitos. Dense cuenta de ello mientras hablo; obsérvenlo en su relación, en su mente.

El proceso del tiempo no es, por cierto, revolucionario. En ese proceso no hay transformación; sólo hay continuidad sin final. En el proceso del tiempo no hay sino reconocimiento. Sólo cuando en nosotros cesa por completo el proceso del tiempo, de la actividad del "yo", existe lo nuevo, hay revolución, hay transformación.

¿Qué ha de hacer la mente cuando percibe de manera íntegra, total, este proceso del "yo" en actividad? Sólo con la renovación, con la revolución —no a través de la evolución, del "yo" deviniendo, sino del "yo" llegando por completo a su fin— existe lo nuevo. El proceso del tiempo no puede traer lo nuevo; el tiempo no es un camino de creación.

No sé si alguno de ustedes ha tenido un instante de creatividad; no de acción, no hablo de poner algo en acción, me refiero al instante creativo en que

no hay reconocimiento alguno. En ese instante existe un estado extraordinario en que ha llegado a su fin el "yo" como actividad de reconocimiento. Creo que algunos hemos experimentado eso, tal vez la mayoría de nosotros. Si estamos atentos, veremos que en ese estado no hay un experimentador que recuerde, interprete, reconozca, y después identifique lo experimentado. No existe el proceso de pensamiento, que pertenece al tiempo. En ese estado de creación, de creatividad, en ese estado de lo nuevo, que es intemporal, no hay acción alguna del "yo".

Nuestra pregunta es ahora ésta: ¿Puede la mente experimentar, tener ese estado, no momentáneamente, no en raros instantes, sino hallarse en ese estado que no tiene ninguna relación con el tiempo? (No quisiera usar aquí las palabras *eterno* o *para siempre*, porque implicarían tiempo). Ése es, por cierto, un descubrimiento importante para ser hecho por cada uno de nosotros, porque ésa es la puerta abierta al amor; todas las otras actividades son del "yo". Donde hay acción del "yo" no hay amor. El amor no pertenece al tiempo. No es posible practicar el amor. Si lo hacemos, es una actividad autoconsciente del "yo" que, por medio del amor, espera obtener un resultado.

De modo que el amor no pertenece al tiempo; no puedo dar con el amor mediante ningún esfuerzo consciente, mediante ninguna disciplina, ni por medio de la identificación, todo lo cual es un proceso del tiempo. La mente, que sólo conoce el proceso del tiempo, no puede reconocer el amor. El amor es lo único nuevo, eternamente nuevo. Puesto que casi todos cultivamos la mente, que es un proceso del tiempo, un resultado del tiempo, no sabemos qué es el amor. Hablamos acerca del amor, decimos que amamos a la gente, a nuestros hijos, a nuestra esposa, a nuestro vecino; decimos que amamos la naturaleza; pero tan pronto como estoy consciente de que amo, ha surgido la actividad egocéntrica; en consecuencia, eso deja de ser amor.

Todo este proceso de la mente ha de ser comprendido sólo a través de la relación: relación con la naturaleza, con la gente, con nuestra propia proyección, con todo. De hecho, la vida no es sino relación. Aun cuando intentemos aislarnos de toda relación, sin ella no podemos existir. Aunque la relación sea un dolor del que tratamos de escapar mediante el aislamiento, volviéndonos ermitaños, etc., no lograremos hacerlo. Todos estos métodos denotan la actividad del "yo". Al percibir todo este cuadro, todo este proceso del tiempo como conciencia —sin que en ello haya ninguna opción, ninguna intención deliberada, ningún deseo de obtener un resultado—, veremos que este proceso del tiempo se termina espontáneamente, no como resultado de una inducción o de un deseo. Sólo cuando ese proceso llega a su fin, existe el amor, que es eternamente nuevo.

No tenemos que buscar la verdad. La verdad no es algo que se encuentre muy lejos; es la verdad con respecto a la mente, a sus actividades de instante en instante. Si percibimos esta verdad que es de instante en instante, si percibimos todo este proceso del tiempo, entonces esa percepción alerta libera a la conciencia, libera y permite que se haga realidad esa energía. Mientras la men-

te utilice a la conciencia como actividad egocéntrica, el tiempo surgirá con todas sus desdichas, sus conflictos, sus males, sus engaños deliberados; sólo cuando la mente, al comprender todo este proceso, haya cesado de actuar, se manifestará el amor. Ustedes pueden llamarlo "amor" o darle algunos otros nombres; no tiene ninguna importancia el nombre que le den.

*Pregunta: ¿Cómo puede uno saber si se está engañando a sí mismo?*

KRISHNAMURTI: ¿Cómo sabemos cosa alguna? ¿Cuál es el proceso de saber? Por favor, sigan esto y pronto descubrirán si se engañan a sí mismos o no. Es decir, podrán descubrirlo si son serios en la formulación de la pregunta.

Quieren saber cuándo se engañan a sí mismos. Y bien, ¿qué entendemos por engañar? ¿Cuándo sabe uno? Cuando interpreta, ¿no es así? Sabe sólo cuando reconoce, cuando se desarrolla un proceso de interpretación, cuando uno experimenta e interpreta esa experiencia; entonces dice: "Sé". Hay tal "saber" mientras existe el proceso de reconocimiento.

¿Qué entendemos por engañarnos a nosotros mismos? ¿Cuándo hacemos eso, ya sea consciente o inconscientemente? Casi todos nosotros, aunque nos engañemos a nosotros mismos, no nos damos cuenta en absoluto de que tiene lugar este proceso de autoengaño. Podemos advertirlo superficialmente, percibirlo de una manera vaga en los niveles superficiales de la conciencia verbal. Pero eso no resolverá nada. Debemos entenderlo, de un modo fundamental, en todos los niveles. Y eso es bastante difícil. Tenemos que inquirir, averiguar, investigar y comprender qué entendemos por autoengaño. ¿Cuándo nos engañamos a nosotros mismos? Sólo cuando nos imponemos algo o lo imponemos a otros. La palabra *engaño* implica, por cierto, eso, ¿no es así? Imponer cierta experiencia a otros o estar apegado a esa experiencia, lo cual implica imponérnosla a nosotros mismos. Lo que digo no es difícil de entender. Si lo siguen paso a paso, es bastante simple. El autoengaño existirá en tanto trate de imponer una experiencia a otros o a mí mismo, en tanto traduzca una experiencia por medio del apego, de la identificación o del deseo de convencer a otra persona.

El autoengaño es, por lo tanto, un proceso de tiempo. Es un proceso acumulado: "Tuve una experiencia siendo muchacho, y quiero que esa experiencia continúe. Estoy convencido de que esa experiencia de muchacho es verdadera, y deseo convencerlos al respecto, porque es algo que he experimentado y a eso me aferro". Así es como sabemos. De modo que el saber, o sea, la interpretación de la experiencia, origina autoengaño, el cual es un proceso de tiempo.

¿No saben ustedes cuándo se engañan a sí mismos? ¿No lo saben? Hay un hecho, y ustedes lo interpretan para que se acomode a sus propios intereses establecidos, a sus propios agrados y desagrados; y ya ha empezado el autoengaño. Tengo una visión que interpreto y a la cual me aferro; está la experiencia que interpreto conforme a mi agrado o desagrado, y procedo a engañarme por medio de mi experiencia pasada; ahí empieza el autoengaño, se inicia con la interpretación.

Cuando soy capaz de considerar el hecho sin ninguna clase de comparación o juicio, sin interpretación, sólo entonces existe la posibilidad de no ser engañado. Existe cuando no quiero obtener nada de ello, cuando no deseo un resultado, cuando no pretendo convencerlos ni convencerme al respecto. Debo mirar el hecho directamente, estar en contacto con él, sin que ninguna interpretación se interponga entre el hecho y yo. Entre ese hecho y yo no debe existir el proceso del tiempo, que es engaño.

De niño, de muchacho, tengo la experiencia de un gurú, de un Maestro, o lo que fuere, entonces, ¿qué ocurre? La interpreto conforme a mis gustos, a mi condicionamiento. Después digo: "Sé". Ahí comienzo a engañarme a mí mismo. Me aferro a mi experiencia que es traducible. Una experiencia traducible es el principio del autoengaño. A partir de ahí procedo, elaboro todo este proceso del saber, del conocer. Si tengo capacidades, los convenzo de mi experiencia; y ustedes, faltos de espíritu crítico, supersticiosos, me siguen porque también desean ser engañados, también desean estar en la misma red. Es necesario desechar la red. Ustedes pueden arar la tierra todos los días, arar, arar y arar, pero hasta que siembren una semilla no obtendrán nada. Por eso nos engañamos constantemente a nosotros mismos y engañamos a otros.

Así pues, es muy sencillo descubrir por uno mismo si hay autoengaño, eso está muy claro. Mientras exista el intérprete traduciendo la experiencia, tendrá que haber engaño. No digan que toma un tiempo infinito liberarse del experimentador, del intérprete; ése es otro de sus recursos para engañarse a sí mismos, es el deseo que tienen de eludir el hecho.

¿Queremos saber si nos engañamos a nosotros mismos? Como dije, eso está muy claro y es muy simple. Sólo cuando no pidamos, cuando no extendamos la escudilla de mendigo para que otro la llene, conoceremos el estado en el que no es posible engaño alguno.

*Pregunta: Usted dice que identificándonos generamos separación, división. Su estilo de vida nos parece a nosotros separativo, aislador y que ha causado división entre aquellos que en otro tiempo estaban unidos. ¿Con qué se ha identificado usted?*

KRISHNAMURTI: Y bien, primero veamos la verdad acerca de que la identificación separa, divide. He afirmado eso en diferentes ocasiones. ¿Es un hecho o no?

¿Qué entendemos por identificación? No se limiten a complacerse verbalmente en esto, sino considérenlo de manera directa. Ustedes se identifican con su país, ¿no es así? Cuando lo hacen, ¿qué sucede? De inmediato se encierran en sí mismos mediante esa identificación con un grupo en particular. Eso es un hecho, ¿verdad? Cuando nos autotitulamos hindúes, nos hemos identificado con determinadas creencias, tradiciones, esperanzas, ideas, y esa identificación misma nos aísla. Se trata de un hecho, ¿no? Si ustedes ven la verdad de eso, dejan de identificarse; por lo tanto, ya no son más hindúes, o budistas,

o cristianos; han dejado de identificarse política o religiosamente. De modo que la identificación es separativa, es un factor de deterioro en la vida. Eso es un hecho, es la verdad, les agrade o no.

El interlocutor prosigue diciendo que, debido a mi acción, he originado divisiones entre aquellos que en otro tiempo estaban unidos. ¡De acuerdo! Si uno ve algo verdadero, ¿no debe manifestarlo? Aunque ello traiga perturbaciones, aunque traiga desunión, ¿no debe expresarlo? ¿Cómo puede haber unidad basada en lo falso? Ustedes se identifican con una idea, con una creencia, y cuando otro cuestiona esa idea, esa creencia, rechazan a esa persona; no la invitan, la expulsan. Ustedes lo han aislado; el hombre que considera equivocado lo que hacen, y lo dice, no los ha aislado. De modo que la acción de ustedes es aisladora, no la acción de él, no la acción de la persona que señala la verdad. Ustedes no quieren enfrentarse al hecho de que la identificación es separativa.

La identificación con una familia, con una idea, con una creencia, con determinada organización, todo eso es separativo. Cuando se pone directamente fin a eso, o cuando se les insta a considerar eso y se les plantea un reto, entonces ustedes, que quieren identificarse, que quieren ser separativos, que desean expulsar a la otra persona, dicen que esa persona es separativa.

El modo de existencia de ustedes, su estilo de vida, es separativo; por lo tanto, son ustedes los responsables de la separación. No yo. Ustedes me han echado; yo no me he ido. Naturalmente, empiezan a sentir que soy yo quien aísla, que yo traigo división, que mis ideas y mis expresiones son destructivas. *Deben* ser destructivas, *deben* ser revolucionarias. De lo contrario, ¿cuál es el valor de algo nuevo?

Señores, no cabe duda de que debe haber una revolución, no conforme a alguna ideología o a algún modelo previo; en tal caso, no es revolución, es tan sólo la continuación del pasado, es la identificación con una idea diferente y, por lo tanto, da continuidad a una determinada forma; eso, por cierto, no es revolución. La revolución surge cuando cesa internamente toda identificación, y eso es posible sólo cuando somos capaces de mirar el hecho directamente sin engañarnos a nosotros mismos y sin dar oportunidad al intérprete para que nos diga qué debemos pensar al respecto.

Si veo la verdad acerca de la identificación, es evidente que no me identifico con nada. Señores, cuando veo la verdad de que algo causa daño, no hay problema; no lo toco. Dejo de identificarme, con eso o con lo que fuere. Me doy cuenta de que todo el proceso de la identificación es destructivo, separativo; ya sea que ocurra en las creencias religiosas o en el punto de vista dialéctico de la política, es separativo. Cuando reconozco eso, cuando lo veo y tomo plena conciencia de ello, es obvio que estoy libre; por lo tanto, no me identifico con nada. No estar identificado significa permanecer solo, pero no como una entidad magnífica que se enfrenta al mundo. Esto no tiene nada que ver con el hecho de permanecer unidos. Pero ustedes temen a la desunión.

El interlocutor dice que yo he traído desunión. ¿He hecho eso? ¡Lo pongo

en duda! Ustedes han de descubrir por sí mismos la verdad al respecto. Si son persuadidos por mí y, en consecuencia, se identifican conmigo, no han hecho nada nuevo, sólo han canjeado un mal por otro. Señores, para descubrir lo nuevo hay que romper con lo viejo. La verdadera revolución es la revolución interior; es una revolución que ve las cosas con claridad total, y eso pertenece al amor. En ese estado, uno no se identifica con nada.

*Pregunta: Usted dice que la cooperación es posible sólo cuando usted y yo somos como la nada. ¿Cómo puede esto ser verdadero? La cooperación, ¿no es, acaso, una acción positiva mientras que ser como la nada es casi una negatividad inconsciente? ¿Cómo pueden dos "nadas" relacionarse, y qué hay allí para que ellas cooperen al respecto?*

KRISHNAMURTI: Es obvio que el estado de nada debe ser un estado inconsciente. No es un estado consciente. Uno no puede decir: "Soy como la nada". Cuando estoy consciente de ser nada, ya soy algo. Ésta no es una mera declaración graciosa; es un hecho. Cuando uno es consciente de ser virtuoso, se vuelve respetable; una persona "respetable" jamás podrá encontrar lo real. Cuando estoy consciente de ser como la nada, esa nada misma es algo. No acepten esa afirmación simplemente porque yo la haya hecho.

La cooperación es posible entre nosotros únicamente cuando ambos somos como la nada. Descubran lo que eso significa, considérenlo a fondo, mediten sobre ello. No se limiten a formular preguntas. ¿Qué implica ese estado de ser como la nada? ¿Qué entienden por eso? Nosotros sólo conocemos el estado de actividad del "yo", la actividad egocéntrica. Ya sea que sigan ustedes a algún gurú, a algún Maestro, etc., todo eso es irrelevante. Nosotros sólo conocemos el estado de acción egocéntrica. Es obvio que esa acción engendra daño, desdicha, disturbio, confusión; no cooperación. Se suscita, entonces, el problema: ¿Cómo ha de cooperar uno?

Sabemos ahora que cualquier cooperación basada en una idea, nos conduce a la destrucción, como ya se ha demostrado, la acción, la cooperación que se basa en una idea, es separativa. Tal como la creencia nos separa, así lo hace la acción basada en una idea. Aun cuando ustedes estén convencidos, o millones estén convencidos, sigue habiendo muchos por convencer; en consecuencia, hay disputas desarrollándose todo el tiempo. Sabemos, pues, que no puede haber una cooperación fundamental, aunque sea posible una persuasión superficial a través del temor, de la recompensa, del castigo, etc., todo lo cual, evidentemente, no es cooperación.

De modo que, donde hay actividad del "yo", tal como lo es un objetivo en vista, una utopía que perseguimos, eso no es sino destrucción, separación; la cooperación es, entonces, imposible. ¿Qué ha de hacer uno, pues, si está realmente deseoso de descubrir, si desea de veras, no superficialmente, lograr la cooperación? Si uno quiere cooperar con su esposa, con su hijo, o con el vecino, ¿cómo ha de proceder al respecto? Procede amando a la persona. ¡Es obvio!

El amor no es cosa de la mente; el amor no es una idea. El amor puede existir sólo cuando ha dejado de existir el "yo". Pero ustedes llaman positiva a la actividad del "yo"; esa actividad "positiva" los conduce a la destrucción, al espíritu separativo, a la desdicha, a la confusión, todo lo cual ustedes conocen tan bien y tan a fondo. Sin embargo, todos hablamos de cooperación, de hermandad. Básicamente, queremos aferrarnos a nuestras actividades del "yo".

Así pues, un hombre que de veras quiera buscar y descubrir la verdad acerca de la cooperación, debe inevitablemente poner fin a la actividad egocéntrica. Cuando ustedes y yo no somos egocéntricos, nos amamos el uno al otro; entonces nos interesamos en la acción y no en el resultado, no en la idea sino en llevar a cabo la acción; entonces hay amor entre nosotros. Cuando mi actividad egocéntrica choca con la actividad egocéntrica de ustedes, proyectamos una idea por la cual reñimos; superficialmente, cooperamos, pero nos estamos estrangulando el uno al otro todo el tiempo.

Ser nada no es, por lo tanto, un estado consciente, y cuando entre nosotros hay amor, cooperamos, no para hacer algo respecto de lo cual tenemos una idea, sino en todo aquello que requiere acción directa.

Si entre ustedes y yo hubiera amor, ¿creen que existirían las sucias, inmundas aldeas? Actuaríamos; no teorizaríamos hablando de la hermandad. Es obvio que no hay simpatía ni sustento en nuestros corazones, y sólo *hablamos* de todo; tenemos métodos, sistemas, partidos políticos, gobiernos y legislaciones. No sabemos que las palabras no pueden captar ese estado de amor.

La palabra *amor* no es amor. La palabra *amor* es tan sólo el símbolo, y jamás puede ser lo real. Así que no se hipnoticen con esa palabra *amor*. No implica nada nuevo. Ese estado puede cobrar existencia sólo cuando ha cesado la actividad del "yo", y en esa cesación del "yo" cooperamos con lo que debe hacerse y no con alguna idea. ¿No saben todo esto, señores? ¿No saben que cuando hay amor entre nosotros, hacemos las cosas fácil y llanamente? No hablamos de cooperación, no hablamos de un sistema o de cómo hacer tal cosa, para después combatir respecto del sistema y olvidar la acción. Ustedes sonríen y pasan todo esto por alto. Hemos madurado y envejecido en astucia, no en sabiduría.

*Pregunta: ¿Qué sistema de meditación debería yo seguir?*

KRISHNAMURTI: Vamos a averiguarlo. No se trata de que escuchen mi verdad y la hagan de ustedes. Sólo podrán imitar las palabras, pero eso no será la verdad. El símbolo no es lo real. Cuando rinden culto al símbolo, se vuelven idólatras, y el idólatra jamás podrá descubrir qué es la verdad.

Ahora bien, vamos a averiguar qué es la verdad, no la verdad suprema, final y absoluta, sino la verdad acerca del sistema que nos ayudará a meditar. Es decir, averiguaremos la verdad acerca de si los sistemas, los métodos, nos ayudan a meditar, ¿comprenden?

El interlocutor probablemente pregunta si los sistemas, los métodos y determinados pasos le ayudarán a meditar. Vamos a averiguarlo. La verdad no es algo que se encuentre muy lejos, a millas de distancia, hacia lo cual tengamos que dirigirnos. Está ahí, justo bajo nuestras narices, para ser descubierta a cada instante, para que la descubramos con una mente fresca, creativa. De este modo, descubriremos la verdad, todas las implicaciones acerca de la meditación.

¿Qué implica un sistema? Implica práctica, hacer algo una y otra vez, repetir, copiar, imitar, ¿no es así? Esto es lo que implican todos los sistemas. Mediante la práctica, la repetición, ¿vamos a encontrar la felicidad? Esa felicidad, esa bienaventuranza, ese algo que es inmensurable, no puede llegar por ese camino.

En el comienzo de nuestra práctica, tenemos tanto el principio como el final de esa práctica; o sea, aquello con que uno comienza es también aquello con que uno termina; el principio es el final. Si practico, si copio, terminaré siendo un imitador, una máquina repetidora. Si mi mente sólo es capaz de repetir, de practicar día tras día cierto método, de seguir cierto sistema, al final mi mente continúa copiando, imitando, repitiendo. Esto, por cierto, es obvio, ¿verdad? Por consiguiente, en el comienzo he establecido el curso que la mente habrá de seguir; si no comprendo al principio, no comprenderé al final. Ésa es la obvia verdad.

He descubierto, pues, que el final está en el principio. Los sistemas, mediante promesas, recompensas y castigos, embriagan a la mente, la tornan mecánica, necia. Como al principio no hay libertad, tampoco hay libertad al final. El principio importa enormemente.

Para ustedes, la meditación es un proceso por completo diferente. Desean aprender concentración; desean aprender el método que les permita alcanzar un resultado; quieren adorar a un Dios, masculino o femenino, alguna tonta imagen, quieren perseguir la virtud. Todo esto es meditación para ustedes. Cuando persiguen la virtud, cuando la cultivan, ¿qué ocurre? Está la acción del "yo". El "yo" desea ser amable, generoso, no experimentar codicia, etc., y ustedes practican día tras día, mes tras mes. Con eso, ¿no están fortaleciendo de un modo diferente la codicia? Porque adquieren conciencia de que son no codiciosos, y en el momento en que están conscientes de eso, no hay duda alguna de que son codiciosos.

Perseguir la virtud es una forma de actividad egocéntrica. Eso no es meditación. Cuando quiero concentrarme, mi mente divaga y trato de refrenarla; por lo tanto, emprendo una batalla. La mente se aleja todo el tiempo y yo intento concentrarme. ¿Qué denota eso? Cuando ustedes se encuentran aquí, durante ese período, ¿no están sus mentes concentradas? Es decir, ¿no hay una concentración instintiva, natural, que no es un proceso de exclusión?

Si mi mente es mezquina, estrecha, lista, astuta, ambiciosa, ¿de qué me sirve mi meditación, de qué me sirve aprender a concentrarme? Si lo aprendo, ésa es otra acción del "yo", la cual me ayudará a engañar a otros o a mí mismo. Hemos visto, pues, la verdad de que la concentración no es meditación; es sólo

un proceso que limita y excluye, un proceso destinado a forzar la mente dentro de un molde en particular.

Imaginemos que hemos abolido todos los sistemas: toda la idea de los sistemas ha desaparecido. La idea de concentrar nuestra mente sobre un objeto determinado —un Maestro, cierta imagen—, lo cual no es sino exclusión, un proceso de identificación y, por ende, de separación, también se ha acabado. ¿Qué ocurre, entonces? Nuestra mente se torna más sabia, más perceptiva. ¿No vemos, entonces, que cualquier búsqueda de la mente, cualquier forma de logro, es una carga?

Tengan a bien seguir todo esto; mediten mientras estoy hablando, y verán que toda forma de lograr el éxito, todo sentido de devenir, sigue siendo la acción del "yo" y, por lo tanto, del tiempo. Cuando ven eso con claridad, cuando lo reconocen plenamente, ya no hay más persecución de la virtud. Entonces llega a su fin todo sentido de logro, de ser alguien; en consecuencia, la mente se torna más quieta, más serena, no espera recompensa ni teme al castigo; se vuelve por completo indiferente, tanto al halago como al insulto. ¿Qué le ha ocurrido a esa mente? No esperen volver a sus casas y allí pensar al respecto; piénsenlo *ahora*. Las cosas que antes los agitaban, las cosas que antes actuaban de una manera separativa: ser inconscientes y temerosos, buscar una recompensa, evitar el castigo, todo esto ha desaparecido. La mente se ha vuelto más quieta, más alerta. Hay un silencio absorbente, no inducido, no disciplinado, no forzado. ¿Qué ocurre, pues? En ese estado de quietud, salen a la superficie las ideas, los sentimientos, y uno los comprende y los desecha. Entonces, si prosiguen un poco más lejos, verán que en ese estado hay ciertas actividades que no son autoproyectadas, que se presentan oscura y misteriosamente sin ser invitadas, como la brisa, como la puesta del Sol, como la belleza. En el momento en que llegan, la mente, viendo la belleza, puede querer aferrarse a ella; quizá diga, entonces: "Experimenté ese estado", y se apegue a él creando, de tal modo, el proceso del tiempo, que es la memoria. Esa posibilidad también debe desaparecer.

Ustedes saben cómo opera la mente y cómo desea una serie de sensaciones, que son consideradas maravillosas, y cómo las nombra. Cuando ven la verdad de todo eso, también estas cosas desaparecen. Ahora bien, ¿cuál es el estado de la mente que nada busca ni persigue, que no desea, que no investiga para lograr un resultado, que no nombra, que no reconoce? Una mente así está quieta; es una mente silenciosa. El silencio ha surgido muy naturalmente, sin ninguna clase de esfuerzo, coacción o disciplina. Ésa es la verdad que ha liberado a la mente. En ese estado, la quietud de la mente es extraordinaria. Entonces adviene aquello que es nuevo, que no es reconocible, que es creación pura, que es amor —llámenlo como quieran—, que no es diferente de lo que era en el comienzo. Y una mente así es bienaventurada, es santa. Sólo una mente así puede ayudar, puede cooperar. Esa mente puede permanecer sola, sin ninguna identificación, sin engaño alguno.

Lo que está más allá, las palabras no pueden medirlo. Lo inconmensura-

ble adviene. Pero si lo buscan, como hacen los necios, jamás lo tendrán. Llega cuando menos lo esperamos; llega cuando miramos el cielo, cuando estamos sentados a la sombra de un árbol, cuando observamos la sonrisa de un niño o las lágrimas de una mujer. Pero nosotros no observamos, no meditamos. Meditamos sólo acerca de algo "misterioso", algo feo que hemos de perseguir, practicar, y conforme a lo cual hemos de vivir. Un hombre que practica la meditación, jamás la conocerá; sólo aquel que comprende la verdadera meditación —que tiene lugar de instante en instante— sabrá qué es. No hay, al respecto, experiencia del individuo. En lo que a la verdad concierne, desaparece la individualidad; el "yo" ha dejado de existir.

*10 de febrero de 1952*

# *Londres, Inglaterra, 1952*

## PRIMERA PLÁTICA EN LONDRES

Me parece que teniendo tantos problemas y siendo tan complejo cada uno de ellos, pocos de nosotros les encontramos una solución adecuada. Intelectualmente, tenemos muchas teorías, muchas maneras de resolver nuestros complejos problemas humanos. En lo político, la izquierda ofrece cierto tipo de soluciones, ya sea mediante la coacción, la conformidad, o la aceptación de una serie determinada de ideas; y las religiones de todo el mundo ofrecen una esperanza, ya sea en el futuro, o si vivimos conforme a cierta norma establecida por los instructores. Sin embargo, casi todos nos encontramos con que nuestros problemas se vuelvan más y más complejos, nuestra relación con la sociedad más y más intrincada, y nuestras mutuas relaciones individuales extremadamente difíciles, conflictivas y penosas. Pocos somos los que internamente nos sentimos de veras contentos y felices. Al parecer, no hallamos una salida; y cuando la hallamos es un escape, el cual genera más complicaciones, más problemas, más enredos e ilusiones.

El pensamiento no ha resuelto nuestro problema, ni creo que lo resuelva jamás. Hemos confiado en el intelecto para que nos muestre cómo salir de nuestra complejidad. Cuanto más astuto, cuanto más horrible y sutil es el intelecto, mayor es la variedad de sistemas, teorías e ideas. Y las ideas no resuelven ninguno de nuestros problemas humanos; nunca lo han hecho y nunca lo harán. La mente no es la solución; el camino del pensamiento no es, evidentemente, la salida para nuestras dificultades. Y me parece que primero debemos comprender este proceso del pensar y ser capaces de ir más allá, porque cuando cese el pensamiento, quizá podamos encontrar algo que nos ayude a resolver nuestros problemas, no sólo los individuales sino también los colectivos.

Y, si se me permite, sugiero aquí que no rechacemos nada que quizás estemos escuchando por primera vez; porque casi todos tenemos tantas ideas, tantos prejuicios, tantas predilecciones, que todo eso nos impide escuchar, entorpece nuestra comprensión de cualquier cosa que se nos pone por delante, cualquier cosa que pueda ser nueva. Sugiero, pues, que escuchemos lo que se dice, no para justificarlo o condenarlo u oponernos a ello según nuestras pro-

pias ideas, sino escuchar de modo que ambos podamos comprender este problema del vivir. Ustedes y yo estamos conversando como dos individuos, y si podemos pensar individualmente, o sea, pensar en nuestros propios problemas como dos amigos, investigarlos a fondo, entonces quizá daremos con esa inteligencia que no es individual ni colectiva. Únicamente esa inteligencia podrá resolver nuestros intrincados y siempre crecientes problemas. Escuchar correctamente no es oponer una idea a otra idea. Es probable que ustedes ya sepan lo que piensan, que ya conozcan el modo de obrar de su propio pensamiento; están familiarizados con sus propias reacciones. Y supongo que han venido aquí para averiguar qué tengo que decir. Para averiguar qué tengo que decir, deben ustedes escuchar con una mente libre de prejuicios, que presta atención a lo que dice la otra persona, o sea, con una mente dispuesta a examinar el problema, una mente capaz de descubrir en libertad, y no tan sólo con una mente comparativa, que juzga, sopesa, equilibra las cosas. De modo que, si puedo proponerlo, tal como escucharían a un amigo a quien acuden con un problema, intentemos como dos individuos con la misma actitud, con el mismo sentimiento, resolver juntos este complejo problema del vivir.

Como dije, el pensar no ha resuelto nuestros problemas. Las personas ingeniosas, los filósofos, los eruditos, los dirigentes políticos, no han resuelto realmente ninguno de nuestros problemas humanos, que son la relación entre uno y otro, entre ustedes y yo. Hasta ahora, hemos empleado la mente, el intelecto, para ayudarnos a investigar el problema y, con eso, esperamos encontrar una solución. ¿Puede el pensamiento disolver alguna vez nuestros problemas? ¿No es el pensamiento —salvo en el laboratorio o en el tablero de dibujo— siempre autoprotector, no se perpetúa siempre a sí mismo, no está condicionado? ¿No es egocéntrica su actividad? Y ¿puede semejante pensamiento resolver jamás alguno de los problemas que el pensamiento mismo ha creado? ¿Puede la mente, que ha generado los problemas, resolver esas cosas que ella misma ha producido?

Antes de que podamos decir "sí" o "no", debemos averiguar qué es este proceso del pensar, esta cosa a la que rendimos culto, este intelecto al que tenemos en tan alta estima. ¿Qué es este pensamiento que ha generado nuestros problemas y después trata de resolverlos? Por cierto, hasta que comprendamos eso, no podremos encontrar otra manera de vivir, otro modo de existencia. Viendo que el pensamiento no ha liberado al hombre, a nosotros, de nuestros propios conflictos, debemos comprender, sin duda, todo el proceso del pensar y quizás, de tal modo, dejar que el pensamiento llegue a su fin. Tal vez podamos descubrir, entonces, si en nosotros hay amor; y eso no es el camino del pensamiento.

¿Qué es el pensar? Cuando decimos "yo pienso", ¿qué entendemos por eso? ¿Cuándo estamos conscientes de este proceso del pensar? Por cierto, tenemos conciencia de ello cuando hay un problema, cuando estamos frente a un reto, cuando se nos formula una pregunta, cuando hay fricción. Lo percibimos como un proceso autoconsciente. Por favor, no me escuchen como a un orador

que estuviera pronunciando una arenga, sino que ustedes y yo estamos examinando las modalidades de nuestro propio pensar, al que usamos como un instrumento en la vida cotidiana. Espero, pues, que estén observando su propio pensar, no tan sólo escuchándome a mí; eso de nada sirve. No llegaremos a ninguna parte si se limitan a escucharme y no observan su propio proceso del pensar, si no se dan cuenta de su propio pensamiento y observan el modo como surge, como nace. Eso es lo que intentamos hacer ustedes y yo: ver qué es este proceso del pensar.

Por cierto, el pensar es una reacción. Si yo les formulo una pregunta a la que ustedes responden, lo hacen según su memoria, sus prejuicios, su educación, el clima, todo el trasfondo de su condicionamiento; de acuerdo con eso, responden, piensan. Si son cristianos, comunistas, hindúes, o lo que fuere, ese trasfondo responde, y este condicionamiento es lo que, evidentemente, genera el problema. El centro del trasfondo es el "yo" en el proceso de la acción. En tanto ese trasfondo no sea comprendido, en tanto no comprendamos y pongamos fin a ese proceso de pensamiento, a ese "yo" que origina los problemas, por fuerza seguiremos teniendo conflictos, internos y externos, en el campo del pensamiento, de la emoción, de la acción. Ninguna solución, de ninguna clase, por ingeniosa, por bien elaborada que sea, podrá jamás poner fin al conflicto entre hombre y hombre, entre ustedes y yo. Y, al darnos cuenta de esto, al percibir cómo el pensamiento brota y desde qué fuente lo hace, nos preguntamos: ¿Puede el pensamiento cesar alguna vez?

Ése es uno de los problemas, ¿verdad? ¿Puede el pensamiento resolver nuestros problemas? Pensando en el problema, ¿lo han resuelto? Cualquier clase de problema, económico, social, religioso, ¿ha sido alguna vez resuelto realmente mediante el pensar? En nuestra vida cotidiana, cuanto más pensamos en un problema, tanto más complejo, más indeciso, más incierto se vuelve. ¿No es así, acaso, en nuestra vida real de cada día? Podremos, examinando ciertas facetas del problema, ver más claramente que el punto de vista de alguna otra persona, pero el pensamiento no puede ver la plenitud e integridad del problema; sólo puede ver parcialmente, y una respuesta parcial, al no ser completa, no es una solución.

Cuanto más pensamos sobre un problema, cuanto más lo investigamos, analizamos y discutimos, más complejo se vuelve. ¿Podemos, entonces, mirar el problema de una manera amplia, total? ¿Cómo es esto posible? Porque me parece que ésa es nuestra mayor dificultad. Nuestros problemas se multiplican: hay peligro inminente de guerra, hay todo tipo de perturbación en nuestras relaciones; ¿cómo podemos, entonces, comprender todo eso, comprenderlo amplia y totalmente? Es obvio que sólo así podrá ello ser resuelto: cuando somos capaces de mirarlo como un todo, no en compartimientos, no dividido. Y ¿cuándo es eso posible? Indudablemente, sólo es posible cuando ha llegado a su fin el proceso del pensar, que tiene su origen en el "yo", en el "sí mismo", en el trasfondo de la tradición, del condicionamiento, del prejuicio, de la esperanza, de la desesperación. ¿Podemos, pues, comprender este "yo", no anali-

zándolo sino viendo la cosa tal como es, percibiéndola como un hecho y no como una teoría? No buscando disolver el "yo" a fin de lograr un resultado, sino viendo la actividad de ese "yo", constantemente en acción. ¿Podemos mirarlo sin ningún movimiento para destruirlo o para fortalecerlo? Ése es el problema, ¿verdad? Si en cada uno de nosotros no existiera el centro del "yo" con su deseo de poder, posición, autoridad, continuación, autopreservación, ¡con toda seguridad terminarían nuestros problemas!

El "yo" es un problema que el pensamiento no puede resolver. Tiene que haber una percepción que no sea del pensamiento. Darse cuenta, sin condenar ni justificar, de las actividades del "yo" —sólo darse cuenta— es suficiente. Porque si procuramos darnos cuenta con el fin de resolver el problema, con el fin de transformarlo, de producir un resultado, eso sigue estando dentro del campo del "yo", del "sí mismo". Mientras estemos buscando un resultado, ya sea mediante el análisis, la percepción alerta, el constante examen de cada pensamiento, nos hallamos aún dentro del campo del pensar, o sea, dentro del campo del "yo", del ego, o el nombre que quieran darle.

En tanto exista la actividad de la mente, es obvio que no puede haber amor. Cuando haya amor, no tendremos problemas sociales. Pero el amor no es algo que pueda adquirirse. La mente puede buscar adquirirlo, como se adquiere un nuevo sentimiento, un nuevo artefacto, una nueva manera de pensar, pero la mente no puede hallarse en estado de amor mientras el pensamiento esté adquiriendo amor. En tanto la mente busque hallarse en un estado de no codicia, sigue siendo codiciosa, ¿no es así? De manera similar, en tanto la mente anhele, desee y practique con el fin de hallarse en un estado de amor, no hay duda de que niega ese estado, ¿verdad?

Cuando vemos, pues, este problema, este complejo problema del vivir, y nos damos cuenta de nuestro propio pensar, y comprendemos que en realidad no lleva a ninguna parte, cuando comprendemos a fondo eso, existe, por cierto, un estado de inteligencia que no es individual ni colectiva. Por lo tanto, cesa el problema de la relación del individuo con la sociedad, del individuo con la comunidad, del individuo con la realidad; el problema llega a su fin porque entonces sólo hay inteligencia, que no es personal ni impersonal. En mi sentir, únicamente esta inteligencia puede resolver nuestros inmensos problemas. Y esa inteligencia no puede ser un resultado; adviene cuando comprendemos en su totalidad este proceso del pensar, no sólo en el nivel consciente, sino también en los más profundos y ocultos niveles de la conciencia.

Puesto que vamos a reunirnos durante todo este mes, quizá podamos conversar sobre este problema de manera más completa, intercambiar ideas, discutirlas. Pero lo que yo siento es que, para comprender alguno de estos problemas, debemos tener una mente muy quieta, muy silenciosa, de modo tal que ésta pueda considerar el problema sin interponer ideas, teorías; una mente sin distracción alguna. Y ésa es una de nuestras dificultades, porque el pensamiento se ha vuelto una distracción. Cuando quiero comprender, considerar

algo, no tengo que pensar al respecto; lo miro. No bien empiezo a pensar, a tener ideas, opiniones al respecto, ya me encuentro en un estado de distracción, mirando lejos de aquello que debo comprender. Así pues, cuando tengo un problema, el pensamiento se convierte en una distracción —siendo el pensamiento una idea, una opinión, una comparación, un juicio— que me impide mirar y, con eso, me impide comprender y resolver el problema. Desafortunadamente, para la mayoría de nosotros el pensamiento se ha vuelto muy importante. Decimos: "¿Cómo puedo existir, ser, sin pensar? ¿Cómo puedo tener una mente en blanco?". Tener una mente en blanco es hallarse en estado de letargo, de idiotez y cosas así, y nuestra reacción instintiva es rechazarlo. Pero una mente muy quieta, una mente no distraída por sus propios pensamientos, una mente abierta puede, sin duda, considerar el problema de manera muy simple y directa. Y esta capacidad de mirar, sin distracción alguna, nuestros problemas, es la única solución. Por eso, tiene que haber una mente quieta, serena.

Una mente así no es un resultado, no es el producto final de una práctica, de la meditación, del control. Adviene no mediante forma alguna de disciplina o compulsión o sublimación, no mediante esfuerzo alguno del "yo", del pensamiento; surge a la existencia cuando comprendo todo el proceso del pensar, cuando puedo ver un hecho, verlo sin distracción alguna. En ese estado de serenidad, propio de una mente de veras silenciosa, hay amor. Sólo este amor puede resolver todos nuestros problemas humanos.

Tengo aquí varias preguntas, y trataré de contestarlas. Si me lo permiten, les sugiero que al escuchar las respuestas, no se limiten a escucharme a mí, o sea, no queden cautivos de mis palabras; examinemos juntos el problema realmente a fondo, y juntos intentemos resolverlo. Es decir, si puedo sugerirlo, no sigan verbalmente la descripción del problema ni traten de solucionarlo intelectualmente. Cualquiera de estas cuestiones es un problema para la mayoría de nosotros, y sería provechoso, creo, si pudiéramos seguirlas tal como suceden en nosotros mismos. Si pueden prestar atención a cada problema, no como si fuera ajeno sino propio, entonces podremos abordarlo de manera directa y habérnoslas con él inmediatamente.

*Pregunta: He acudido a varios psicoanalistas con el fin de liberarme del miedo que me domina. No he podido desembarazarme de él. ¿Tendría usted la bondad de sugerir cómo debo proceder para liberarme de esta constante opresión?*

KRISHNAMURTI: La mayoría de nosotros experimenta, por cierto, miedos de distintas clases, miedos conscientes o inconscientes. No estamos considerando la clase de miedo, sino el miedo en su totalidad. Cuando puedo comprender el miedo como algo total, entonces, después de haberlo comprendido, puedo abordar lo particular.

Averigüemos, pues, de qué modo podemos resolver este miedo, no teóricamente, no como algo sobre lo que hayamos de pensar pasado mañana, cuan-

do dispongamos de tiempo libre, sino resolverlo ahora, de hecho, a medida que avanzamos. Veamos si podemos experimentar con esto.

¿Cómo miramos el miedo? Cuando estamos conscientes de él, ¿cómo lo consideramos? ¿Cuál es nuestra actitud, nuestro estado mental, cuando nos damos cuenta de que tenemos miedo? Por favor, sigan esto paso a paso, y si no es miedo lo que experimentan, sustitúyanlo por su propia pesadilla, su propia carga personal. Investiguemos eso, si es posible, de manera gradual, completa, y veamos si no somos capaces de resolverlo. ¿Cuál es el estado de la mente cuando descubre que hay miedo? ¿Qué le ocurre a la mente? ¿Qué hacen ustedes? Tienen opiniones al respecto, ¿no es así? Lo miran desde una distancia, ¿verdad? No lo miran directamente, no están en contacto inmediato con él. Están muy lejos del miedo y lo miran como algo que debe ser evitado, algo de lo que hay que librarse, algo acerca de lo cual pueden elaborar teorías. Lo miran ya sea condenándolo o con el deseo de escapar, de modo que jamás están en contacto directo con él; jamás lo miran de manera inmediata, directa, simple. Tienen todas estas barreras de distracción.

Vamos, pues, a mirarlo directamente. Para hacer esto, debemos abordarlo acercándonos más a él. Y no podemos acercarnos más si tenemos opiniones respecto del miedo o de su causa. No podemos verlo directamente si nuestra mente está ocupada con el análisis: el porqué y el motivo, retrocediendo indefinidamente.

El descubrimiento de la causa del miedo no disolverá el miedo. Éste puede ser disuelto únicamente cuando lo miramos de manera directa, cuando podemos tener una relación directa con el miedo. El mero analizarlo, el penetrar a tientas en el pasado para descubrir la causa del miedo, no lo disolverá, porque nuestra mente se distrae, porque no nos enfrentamos al *hecho* del miedo.

De modo que el tener una opinión sobre el miedo o el analizarlo, no nos acercará de manera directa a él. Así que eso debe desaparecer. Y esta opinión respecto del miedo desaparecerá cuando sintamos la urgente necesidad de considerar ese miedo. ¿Qué ocurre, entonces? Hemos llegado un poco más cerca del miedo, ¿verdad?, más cerca de la cosa que llamamos "miedo". ¿Cuál es, entonces, la reacción? Todavía tenemos ideas acerca del miedo, ¿no?: la idea de que debemos librarnos de él, la idea de que no podemos soportar mirarlo, la idea de que aun si lo miramos no sabremos cómo resolverlo. Por lo tanto, la idea acerca del miedo genera miedo. Es decir, tengo miedo, hay miedo en mí; trato de comprender qué es ese miedo, o sea, trato de mirarlo. No puedo mirarlo si tengo ideas al respecto siendo idea la palabra, la imagen. Mientras tenga una idea respecto del miedo, es indudable que esa idea generará miedo. Si reconozco eso, si lo percibo con claridad, ¿cuál es mi relación con la cosa que he llamado miedo? Espero que estén siguiendo esto. ¿Cómo miro ahora la cosa que llamo miedo? Me he acercado más; la barrera de opinión, juicio, análisis, ha desaparecido. Ya no estoy más en una situación donde domina la idea. Entonces, ¿cuál es mi relación con la cosa que llamo miedo? ¿Está esa cosa separada de mí, el observador, el espectador, Es indudable que no. El observa-

dor es miedo. El observador no observa el miedo; el observador mismo *es* el miedo. Eso es un hecho.

Ahora, sigamos avanzando, acerquémonos un poco más. Esa cosa que llamo miedo, ¿es el resultado de una palabra? ¿Es el producto de una palabra, o sea, del pensamiento? En tal caso, la palabra es muy importante, ¿verdad? Y, para la mayoría de nosotros, la palabra *es* muy importante. La verbalización es el proceso del pensar. De modo que para nosotros, la palabra *miedo* es el miedo. La palabra —no la cosa que llamamos miedo— es el miedo. Así pues, cuando me observo a mí mismo en un estado que he nombrado miedo, que es tan sólo la palabra, entonces la palabra desaparece, y me doy cuenta de que mientras la mente esté activa, verbalizando, en cualquier dirección —lo cual implica tener símbolos—, es inevitable que haya miedo.

No soy, pues, diferente del miedo; el pensador es el pensamiento. Y para que el pensamiento llegue a su fin, el pensador no puede disciplinar al pensamiento, puesto que él mismo es eso. Todo cuanto puede hacer es hallarse en un estado sin movimiento alguno en ninguna dirección. Sólo entonces el miedo llega a su fin.

*Pregunta: Todos reconocemos que la paz interior y la serenidad mental son esenciales. ¿Cuál es el método o el "cómo" que sugiere usted?*

KRISHNAMURTI: Y bien, intentemos nuevamente ver la verdad acerca de este "cómo", de este método. La pregunta dice que la serenidad mental y un corazón en paz son esenciales. ¿Es así? ¿O se trata tan sólo de una teoría, de un deseo? Debido a que estamos tan perturbados, tan distraídos, anhelamos esa quietud, esa serenidad, que entonces no es sino un escape. No es una necesidad; es un escape. Cuando vemos la necesidad de ello, cuando estamos convencidos de que es lo único que importa, lo único esencial, ¿preguntamos por el método para lograrlo? ¿Es necesario un método cuando vemos que algo es esencial?

El método implica tiempo, ¿no es así? Si no es ahora, entonces a la larga, mañana o en un par de años, estaré sereno. Eso quiere decir que uno no ve la necesidad de estar sereno. Y así el "cómo" se vuelve una distracción, el método se convierte en un recurso para postergar el carácter esencial de la serenidad. Por eso tenemos todas estas meditaciones, esta cosa falsificada, los falsos controles para obtener finalmente la serenidad mental, y los diversos métodos de cómo disciplinarnos a fin de adquirir esa serenidad. Eso implica que no vemos la necesidad, la necesidad inmediata de tener una mente quieta, silenciosa. Cuando vemos esa necesidad no hay, en absoluto, un inquirir acerca del método. Entonces percibimos la importancia de tener una mente quieta; al percibirlo, ya tenemos una mente quieta.

Desafortunadamente, no vemos lo necesario que es tener una mente silenciosa, serena. Nos gustan demasiado nuestras distracciones, y queremos independizarnos de ellas mediante el proceso del tiempo. Por eso, pedimos el

método, el "cómo", la práctica. Creo que ése es un enfoque muy falso. Una mente serena no es un resultado; no es el objetivo de una práctica. No es una mente estática —y un resultado es algo estático—. Cuando tenemos una mente quieta, y tal quietud es un resultado obtenido mediante la disciplina, ésa ya no es más una mente quieta. Es un estado equivalente a un producto, y aquello que ha sido armado, juntado, puede volver a desmembrarse.

Así que lo importante en esta cuestión no es el método, ya que hay innumerables métodos para producir un resultado, y un hombre que busca un resultado, no tiene una mente serena. Pero lo esencial en esto es ver directa, sencillamente, que sólo una mente serena puede comprender; y una mente serena es fundamental, no en algún futuro sino de inmediato. Cuando vemos esa necesidad, la mente ya está quieta, en silencio.

Una mente así, silenciosa, sabrá lo que es ser creativa. Porque en ese estado, que no es la consecuencia, el producto de años de práctica, en esa mente quieta, hallaremos que no existe ningún movimiento del pensar. El pensamiento no es creativo; jamás puede crear. Puede proyectar sus propios deseos, sus propias sensaciones, sus imágenes, sus símbolos, pero lo que ha proyectado no es verdadero; pertenece a la propia mente. Ya sea que pensemos en Cristo, en un Maestro o en lo que fuere, ese pensamiento es su propia proyección. Y adorar esa proyección es adorarse a sí mismo. Una mente así no es una mente serena.

Pero ustedes verán, si está verdaderamente serena, quieta, que no hay en ella ningún movimiento. Por consiguiente, todo experimentar tal como lo conocemos, ha llegado a su fin. Porque aquello que experimentamos es reconocible, y en tanto exista el centro de reconocimiento, la mente no estará serena. Porque la realidad, o Dios, no puede reconocerse, la mente no puede experimentar eso. Cuando cesa el experimentar —o sea, cuando llega a su fin el reconocer—, existe aquello que no puede ser experimentado, que no puede ser reconocido. Y sólo cuando vemos lo indispensable de tal serenidad, de tal quietud mental, sólo entonces, "aquello" revela su existencia.

*7 de abril de 1952*

## SEGUNDA PLÁTICA EN LONDRES

Como decíamos ayer, para solucionar nuestros problemas acudimos a las ideas, y en las ideas basamos nuestra acción; al menos, aproximamos nuestra acción a una determinada serie de ideas. Y ¿es posible que alguna vez podamos liberarnos del conflicto entre la idea y la acción? Porque entre ambas existe una amplia brecha y estamos siempre procurando llenar esta brecha entre la idea y la acción; por lo tanto, nos hallamos en constante conflicto. Y cuando la mente se halla en conflicto, es obvio que hay confusión. Y, estando confusos,

cualquier idea, cualquier acción por la que optemos, será por fuerza igualmente confusa. Así pues, nos hallamos atrapados en una serie de conflictos que jamás cesan, sino que siempre se tornan más y más complejos, y podemos ver que sólo cuando la mente está muy silenciosa y quieta, sin optar, es posible un estado de serenidad.

Cuando la mente tan sólo acumula conocimientos, ya sean del pasado o acerca del futuro, cuando acumula ideas y, de tal modo, intenta encontrar una acción que ponga fin al conflicto —no sólo en nosotros mismos sino con la sociedad que nos rodea—, ¿no se convierte la mente en un mero instrumento de conflicto, la fuente del conflicto? O sea, el conocimiento, el proceso acumulativo de ideas, de informaciones, de todo aquello que pertenece al pasado o a la esperanza en el futuro, ¿contribuye a originar la terminación del conflicto? Y, ¿debe el conflicto continuar indefinidamente, el conflicto externo e interno en nuestras relaciones y dentro de nosotros mismos?

Si ese conflicto ha de continuar —y ése parece ser el destino de todos nosotros, eterno, interminable—, estamos obligados a buscar escapes, políticos, religiosos, todo tipo de escapes para que al menos podamos sumergirnos en alguna clase de oscuridad, de ilusión, en alguna teoría, en alguna acción complicada, todo lo cual jamás origina libertad.

Si queremos de veras profundizar más en esta cuestión del conflicto, a fin de ver si alguna vez podrá producir un progreso mayor, una mayor comprensión, más libertad en nuestras relaciones, más amor, entonces debemos descubrir el origen del conflicto. Porque si el conflicto ha de generar finalmente un sentido de libertad mental y, por lo tanto, amor, entonces el conflicto resulta necesario. Hemos dado por hecho que el conflicto es necesario de una forma u otra, y creemos que sin conflicto habremos de estancarnos. Hemos edificado nuestra vida, nuestras filosofías, nuestro pensar religioso, en esta serie de conflictos, esperando que a la larga nos traerán libertad, que nos ennoblecerán, etc. Entonces, antes de aceptar la inevitabilidad del conflicto, ¿no deberíamos averiguar si el conflicto trae alguna vez comprensión?

Cuando ustedes y yo estamos en conflicto, ya sea en lo emocional, en lo verbal o en lo profundo, ¿hay comprensión? Y el conocimiento, ¿pone fin al conflicto? ¿No es el conocimiento el centro mismo del "yo", que está eternamente adquiriendo, procurando ser alguna cosa? ¿No radica, acaso, este conflicto, en el deseo de devenir, de ser? Este proceso de acumular conocimientos —que en realidad son información, palabras puestas juntas—, ¿dará origen a la cesación del conflicto, pondrá fin al "yo", que es el centro de acumulación, el centro de conflicto? ¿Es posible suprimir de algún modo el conocimiento y este proceso de acumulación? Podremos poseer muy poco, unas pocas ropas, una pequeña propiedad; podremos ser desconocidos, vivir en un lugar pequeño, pero estamos siempre acumulando conocimientos, siempre tratando de cosechar virtud para nosotros. Y ése es el proceso de la mente.

No sé si alguna vez han pensado en este problema de adquirir conocimientos, si el conocimiento nos ayuda finalmente a amar, a liberarnos de esas

cualidades que generan conflicto en nosotros y con nuestros semejantes, si el conocimiento libera de la ambición a la mente. Porque la ambición es, al fin y al cabo, uno de los factores que destruyen la relación, que ponen al hombre contra el hombre. Y si queremos vivir en paz unos con otros, no hay duda de que la ambición debe llegar a su fin; no sólo la ambición política, económica, social, sino también la más sutil y perniciosa: la ambición espiritual de ser "algo". ¿Es posible para la mente liberarse alguna vez de este proceso acumulativo del conocimiento, de este deseo de saber?

¿Qué es lo que queremos saber? Queremos saber acerca de nosotros mismos, de lo que hemos sido y de lo que seremos. Quizá queramos saber acerca de información científica, pero ésa es una cuestión secundaria. En lo fundamental, ¿qué es lo que todos queremos saber? Queremos saber si somos amados y si amamos; saber si somos libres, si somos felices, creativos, si somos alguien, algo. De modo que el conocimiento se vuelve un medio de seguridad personal, una necesidad psicológica de continuación propia. Y así reunimos información —religiosa, política, social, etc.— y con eso estamos satisfechos, porque usamos ese conocimiento para explotar a otros o para protegernos a nosotros mismos.

De manera que uno de nuestros problemas es, por cierto, si resulta posible vivir en este mundo, sin el proceso psicológico de la acumulación, sin esta constante batalla por saber qué llegará uno a ser, psicológicamente. Mientras sigamos tratando de ser alguna cosa —aceptando ciertos principios e ideales, ciertas creencias, y después aproximándonos a ellas—, el conocimiento se vuelve un recurso para satisfacer la propia seguridad, la propia certidumbre. Y tan pronto como hemos adquirido, deseamos más, y entonces tenemos la lucha que implica este constante deseo de ser algo más, de llegar a ser esto o aquello; y para eso, debemos tener conocimiento. Y este proceso acumulativo del "yo", del ego, es el centro de reconocimiento, es el conocedor, es el conocimiento mismo. Y este centro está siempre interpretando cada experiencia, conforme a su conocimiento, a sus prejuicios. Y así, este centro del conocimiento, esta entidad que inquiere perpetuamente a fin de conocer, de saber, sólo puede experimentar lo que ha conocido; no puede experimentar nada nuevo. La mente agobiada de conocimientos, jamás puede ser creativa; no sabe qué es hallarse en ese estado donde puede tener lugar la creación. Cada experiencia ya ha sido probada, y todo cuanto experimenta es su propia proyección.

La mente que quiera hallarse en ese estado donde es posible lo nuevo —ya sea la verdad, Dios, o como deseen llamarlo— debe dejar de adquirir, de acopiar; debe dejar a un lado todo conocimiento, ya que aquello que ella es capaz de reconocer, sigue estando en el campo del tiempo. Y una mente que es el resultado del tiempo, de la acumulación, una mente cargada de conocimientos, no puede comprender, por cierto, aquello que es real, inmensurable. Pero casi todos nosotros tenemos miedo de hallarnos en ese estado, de estar por completo libres de este centro que acumula perpetuamente.

Todo esto no es un asunto de convicción. Ustedes no son persuadidos

por mí para que acepten alguna serie de ideas; ¡eso sería un horror! En tal caso nuestra relación sería de propagandistas. Lo que nos interesa es, sin duda, descubrir la verdad acerca de esta cosa que llamamos el "yo", el centro que es la causa de conflicto, y averiguar si el problema de ese centro puede, de algún modo, resolverse. Una de las cualidades del centro, una parte de su naturaleza, es el proceso acumulativo del conocimiento, el acopio de recuerdos, tanto respecto del pasado como del futuro, con el fin de sentirse a salvo. No intento convencerlos de ello, y no necesitamos discutir al respecto. No es una cuestión de lógica; la lógica es siempre de bastante poco valor. Lo que podemos hacer, sin duda, es tratar de descubrir si la mente puede ser libre, si puede hallarse en ese estado de no saber, cuando no acumula ni proyecta desde su propio conocimiento. Eso requiere investigación, no convicción, no creencia. Para eso no necesitan ustedes leer ningún libro. Todo cuanto uno tiene que hacer es observarse a sí mismo, penetrar en las intrincaciones de la mente, vigilar los comportamientos del "yo", siempre acopiando y rechazando. Y entonces uno puede ver que el conflicto no es necesario, que no es el camino hacia una existencia integrada, hacia una vida completa. Pero en tanto la mente esté tratando de devenir —adquiriendo, anhelando más experiencias, más riqueza de información y conocimiento—, mayor deberá ser el conflicto.

La realidad o Dios o como quieran llamarlo, no se alcanza por medio del conflicto. Al contrario, el "yo" debe cesar como centro de acumulación, ya sea acumulación de informaciones, de virtudes o de experiencias, o de cualquiera de esas cualidades que la mente busca para su propia expansión. Sólo entonces, por cierto, es posible que cobre existencia ese estado de realidad.

*Pregunta: He ensayado muchas de las cosas que usted ha estado sugiriendo en varias de sus pláticas pero no parece que haya llegado muy lejos. ¿Qué hay de erróneo en usted o en mí?*

KRISHNAMURTI: Vean, la dificultad está en que deseamos llegar "muy lejos"; queremos obtener un resultado, queremos el "más". Así pues, experimentamos con el fin de "llegar"; estudiamos, escuchamos para comparar, para convertirnos en esto o en aquello. Lo que yo digo puede estar completamente errado; ustedes tienen que descubrir si lo está; no aceptarlo. Lo importante en esta cuestión es el deseo de llegar a ser algo más, de llegar lejos, de arribar a alguna parte. Y así, con ese motivo en el trasfondo, estudiamos, experimentamos, nos observamos, estamos atentos a nuestras acciones. Con ese móvil oculto y sutil que me impulsa —progresar, lograr, convertirme en un santo, saber más, llegar hasta el Maestro—, hago todo: leo, estudio, inquiero. Y, naturalmente, no "llego muy lejos". Lo esencial, pues, es comprender ese motivo, ese impulso. ¿Por qué debería uno llegar muy lejos? ¿Lejos en qué? ¿En sus conocimientos, en sus ambiciones, en sus así llamadas virtudes, que en realidad no son virtudes en absoluto sino engrandecimiento propio?

Vean, la dificultad es que somos profundamente ambiciosos. Tal como

el oficinista se esfuerza por llegar a gerente, así deseamos convertirnos en Maestros, en santos. Queremos arribar finalmente a un estado de paz. De modo que la ambición es el motivo; la ambición es lo que nos impulsa. Y, en vez de comprender esa ambición y ponerle fin por completo, nos esforzamos por llegar a ser más y más, por alcanzar mayor profundidad, por ir más lejos... Nos engañamos, pues, a nosotros mismos, creamos ilusiones. Obviamente, la persona ambiciosa no sólo es antisocial, destructiva, sino que jamás comprenderá qué es la verdad, qué es Dios —o cualquiera sea el nombre que prefieran darle—.

Por lo tanto, si me permiten sugerirlo, no traten de "llegar muy lejos", sino investiguen el motivo, las actividades de la mente que desea llegar lejos. ¿Por qué deseamos esto? O bien queremos escapar de nosotros mismos, o queremos tener influencia, prestigio, posición, autoridad. Si queremos escapar de nosotros mismos, cualquier ilusión es bastante buena.

Y esto no es una cuestión de tiempo. La mente es el instrumento del logro, y con la mente, que es el resultado del tiempo, no podemos comprender aquello que está más allá de toda medida, que no es algo vago, que no es misticismo en oposición a ocultismo, división muy conveniente para las personas irreflexivas. Lo importante, pues, es comprender este motivo, este impulso de llegar a ser alguna cosa, de dominar, de afirmar. Ahí es donde reside la verdad, no lejos de eso. Es ahí donde debemos encontrarla.

*Pregunta: ¿Es posible para el individuo común llevar una vida espiritual, sin tener una serie de creencias o sin participar en ceremonias y rituales?*

KRISHNAMURTI: Me pregunto qué entendemos por una vida espiritual. ¿Nos volvemos espirituales practicando ceremonias y ritos, teniendo innumerables creencias, o principios conforme a los cuales intentamos vivir? ¿Eso nos convierte en espirituales? A veces, quizás al comienzo, las ceremonias y los ritos nos brindan cierta sensación, así llamada de exaltación moral. Pero son cosas que se repiten, y toda sensación que se repite, pronto se cansa de sí misma. La mente gusta de establecerse en una rutina, en un hábito; y los ritos, las ceremonias, proveen esta rutina y dan a la mente la oportunidad de separarse, de sentirse superior, de sentir que sabe más, y de disfrutar las sensaciones de placeres repetidos. No hay nada espiritual, por cierto, en relación con los ritos y las ceremonias; sólo separan a los seres humanos y los ponen a unos contra otros. Como son cosas que se repiten, no liberan a la mente de sus propias sensaciones autoproyectadas. Al contrario, para una vida espiritual, libre, para una mente libre, una mente no abrumada por el ego, por el "yo", es esencial ver la falsedad de las ceremonias. Para encontrar a Dios, la realidad, no debe haber ceremonias ni rituales con los que la mente pueda cubrirse y sentirse diferente, disfrutando las sensaciones de una actividad a menudo repetida.

Y una mente cargada de creencias, ¿es capaz de percibir, de comprender? Una mente así, abrumada de creencias, es sin duda una mente encerrada en sí

misma; no importa qué creencia sea, si en el nacionalismo, en algún principio particular, o en su propio conocimiento. Una mente cargada de creencias, ya sea en el pasado o en el futuro, no es, por cierto, una mente libre. Las creencias la debilitan y es incapaz de investigar, de descubrir, de mirar dentro de sí misma. Pero la mente gusta de las creencias, porque éstas le brindan cierta seguridad, hacen que se sienta fuerte, enérgica, distante, separada.

Conocemos todo esto como un hecho cotidiano. Sin embargo, continuamos con nuestras creencias: la creencia de que ustedes son cristianos y yo soy hindú, yo con mi idiosincrasia, mis tradiciones, mi experiencia transmitida desde el pasado, y ustedes con la suya. Es obvio que la creencia no nos une. Sólo cuando no hay creencia, cuando hemos comprendido todo el proceso de la creencia, quizá podamos unirnos. La mente desea todo el tiempo estar segura, hallarse en estado de conocer; y la creencia ofrece una seguridad muy conveniente. Creencia en algo, creencia en cierto sistema económico por el cual uno está dispuesto a sacrificarse y sacrificar a los demás... en eso encuentra refugio la mente, allí se siente segura. O bien, la creencia en Dios, en cierto sistema espiritual; también aquí encuentra la mente seguridad, certidumbre.

Creencia, a fin de cuentas, es una palabra. La mente vive de palabras; tiene su existencia en las palabras, y en ellas se ampara y encuentra certidumbre. Una mente así es, por cierto, incapaz de comprender nada nuevo, de recibir aquello que es inconmensurable. Así, la creencia actúa como una barrera, no sólo entre hombre y hombre, sino también como un bloqueo, un obstáculo, para algo creativo, nuevo. Pero hallarse en un estado de incertidumbre, de no saber, de no adquirir, es extremadamente difícil, ¿verdad? Tal vez no tan difícil, pero requiere cierta seriedad, sin distracción alguna, ni interna ni externa. Desafortunadamente, la mayoría de nosotros quiere que se la distraiga, y las creencias, las ceremonias, los ritos, ofrecen buenas y respetables distracciones.

Así pues, lo importante en esta cuestión es, sin duda, liberar a la mente de sus hábitos autocreados, de sus experiencias autoproyectadas, o sea, de la entidad que acopia, acumula. Ése es el verdadero problema: estar libres en lo interno, hallarnos en ese estado en que la mente ya no pide ni acumula experiencias. Eso es sumamente arduo. Y nos incumbe a todos, no a unos cuantos, liberarnos del proceso del tiempo, que es el proceso de acumular, de adquirir, en nuestro deseo por el "más". Esto es posible sólo cuando comprendemos los modos de obrar de la mente, cómo ésta busca todo el tiempo seguridad, permanencia, ya sea en el conocimiento, o en las creencias, los rituales, las ceremonias. Son todas distracciones, y una mente distraída no puede conocer la quietud. Para investigar este problema bien a fondo, uno tiene que estar internamente atento, tanto en el nivel consciente como en el inconsciente, a esas atracciones y distracciones que la mente ha cultivado; tiene que observarlas y no tratar de transformarlas en algo diferente —tan sólo observarlas—. Entonces comienza la libertad, ese estado en que la mente ya no está más adquiriendo, acumulando.

*Pregunta: Yo siento que mucho de mi infelicidad se debe a mi fuerte impulso de ayudar y aconsejar a los que amo... e incluso a aquellos que no amo. ¿De qué modo puedo ver realmente esto como dominio e intromisión? O ¿cómo puedo saber si mi ayuda es genuina?*

KRISHNAMURTI: ¿El interlocutor quiere decir que se siente infeliz porque no puede ayudar a otros? Yo habría pensado que quiere ayudar a otros porque es feliz él. Ayuda debido a que ama, y si no ayuda, no se siente infeliz. Creo que ahí es donde está la clave de este problema: él es infeliz porque no puede ayudar. O sea, el ayudar le brinda felicidad. Por lo tanto, obtiene su felicidad del ayudar a otros. Está usando a otros para lograr su propia satisfacción. Por favor, esto no es un comentario ingenioso, sagaz. La mayoría de nosotros se encuentra en ese estado: queremos estar activos, hacer cosas, interferir, ayudar, amar, ser generosos. Y cuando algo de eso se ve contrariado, nos sentimos infelices. Mientras tenemos la libertad de actuar, de realizar cosas, y esa actividad no se ve frustrada, llamamos a eso felicidad.

Por cierto, la acción de ayudar no pertenece a la mente. La generosidad de la mente no es la generosidad del corazón. Pero, debido a que hemos perdido la generosidad del corazón, somos generosos con nuestra mente que, cuando se siente contrariada, se rebela; y en eso hay dolor. Por eso, nos asociamos a grupos, a partidos políticos, formamos sociedades "para ayudar". Cuando hemos perdido la generosidad, nos inclinamos hacia el servicio social; cuando hemos perdido el amor, acudimos a los sistemas. Así pues, la dificultad subyacente en este problema es que buscamos satisfacción, y es muy difícil liberarse de eso, porque es algo sumamente sutil. O bien queremos hallar satisfacción en todo lo que hacemos, o nos vamos al otro extremo y nos convertimos en mártires, lo soportamos todo. Hasta que comprendamos el deseo de estar satisfechos, la ayuda seguirá siendo intromisión y dominio sobre los demás. El deseo de ayudar a otros se convierte en dominación e interferencia, hasta que comprendemos el impulso, el anhelo de encontrar satisfacción.

La mente está siempre buscando satisfacción, ¿no es así? Es decir, busca un resultado, quiere estar segura de que uno brinda ayuda. Y, cuando tenemos la certeza de que brindamos ayuda, nos sentimos satisfechos; y de ello surge la así llamada felicidad. ¿Es posible, pues, que la mente se libere de esta búsqueda impulsiva de satisfacción? ¿Por qué buscamos estar satisfechos? ¿Por qué no nos contentamos con ser simplemente lo que somos? Si pudiéramos ver lo que somos, quizá tendríamos la capacidad de transformarlo. Pero este buscar siempre satisfacción lejos de lo que somos, genera todo el problema de la intromisión y el dominio, el problema de si la ayuda es genuina o no, etc.

Así pues, el problema de la satisfacción resulta muy difícil de resolver, a causa de que es tan sutil y variado. Y sólo puede llegar a su fin mediante la observación constante, dándonos cuenta de cómo la mente busca estar segura en su propia satisfacción. Nuevamente, esto no es un asunto para disputar

sobre él, para argumentar o para ser convencidos al respecto; es algo que debe ser investigado, descubierto. El ver como un hecho que nuestra mente sólo busca satisfacción —no el limitarse a repetir lo que se ha dicho, cosa que no nos lleva a ninguna parte—, da origen a un descubrimiento extraordinario. Lo que hemos descubierto es, entonces, algo nuevo. Descubrir por nosotros mismos las maneras en que la mente busca con tanta sutileza la satisfacción, el verlo, el percibirlo, nos libera de ello.

*Pregunta: ¿De qué modo "ve" usted un hecho, sin que haya reacción alguna, sin condenarlo ni justificarlo, sin prejuzgar, sin el deseo de una conclusión, sin querer hacer algo al respecto, sin el sentimiento de "lo tuyo y lo mío"? ¿Para qué sirve un "ver" o una percepción semejante? ¿Ha hecho usted realmente esto, y podría ejemplificarlo desde su propia experiencia?*

KRISHNAMURTI: En primer lugar, ¿vemos un hecho? No cómo lo vemos; pregunto si lo *vemos*. Por ejemplo, ¿vemos el hecho de la codicia, de la contradicción en nosotros mismos? ¿Qué entendemos exactamente por "ver"? ¿Me doy cuenta de que soy codicioso? ¿Cómo considero eso? ¿Puedo ver que soy codicioso, verlo sin explicación alguna, sin condenarlo, sin hacer algo al respecto, sin justificarlo, sin el deseo de transformar eso en no codicia? Tomemos el ejemplo de la codicia, o de la envidia, o de los celos, o del sentimiento de inferioridad o superioridad, etc. Tomen ustedes una cosa de ésas y vean qué ocurre.

Ante todo, la mayoría de nosotros ignora que es envidiosa; dejamos eso de lado con indiferencia considerándolo algo burgués y superficial. Pero en lo profundo, internamente, sentimos envidia, somos seres envidiosos. Deseamos ser algo, lograr cosas, llegar a alguna parte... todo lo cual denota, sin duda, envidia. Nuestros sistemas sociales, económicos, espirituales, se basan en esa envidia. Antes que nada, dense cuenta de ello. Muy pocos nos damos cuenta. Lo justificamos, decimos: "Si no sintiéramos envidia, ¿qué le sucedería a la civilización? Si no progresáramos, si no tuviéramos ambiciones, etc., ¿qué haríamos? Todo se derrumbaría, se estancaría". Esa afirmación misma, esa misma justificación nos impide, ciertamente, mirar el hecho de lo que ustedes y yo somos: envidiosos.

Entonces, si de algún modo tenemos conciencia de todo esto, si lo percibimos, si lo vemos, ¿qué ocurre? Si no justificamos, entonces condenamos, ¿no es así?, porque pensamos que el estado de envidia —o cualquier otro estado que sintamos— es impropio, que no es espiritual, que no es moral. De modo que lo condenamos, y eso nos impide ver *lo que es*. Cuando justificamos algo, o lo condenamos, o deseamos hacer algo al respecto, eso nos impide mirarlo, ¿verdad? Examinemos este vaso que está frente a mí en la mesa. Puedo mirarlo sin pensar quién lo fabricó, sin observar el diseño, etc.; simplemente mirarlo. ¿No es posible mirar de igual manera la envidia, sin condenarla, sin sentir el deseo de cambiarla, de justificarla, de hacer algo al respecto? Entonces, si no

hago nada de eso, ¿qué ocurre? Espero que estén siguiendo esto; cada uno puede sustituir la envidia por su propia carga particular. Y confío en que no se limiten a escucharme diciéndoles algo al respecto, sino que observen su propia reacción ante cierto hecho que los perturba, los apena o los confunde. Por favor, obsérvense, y apliquen a sí mismos lo que digo, vigilen su propia mente en el proceso del pensar. Estamos participando juntos en este experimento, compartiéndolo para descubrir qué es el "ver", profundizando más y más en ello.

Por lo tanto, si yo viera que soy envidioso, si me diera cuenta de la envidia viendo todo cuanto contiene, es obvio que el deseo de hacer algo, de condenarla, de justificarla, llegaría a su fin, porque estoy más interesado en ver qué *es* la envidia, qué hay detrás de ella, cuál es su naturaleza interna. Si no estoy interesado en conocer más profundamente, más íntimamente, el contenido de todo este problema de la envidia, entonces me satisfago con limitarme a condenarla.

Así pues, si no condeno, si no deseo hacer algo al respecto, estoy un poco más cerca del problema, tengo con él una mayor intimidad. ¿Cómo lo miro, entonces? ¿Cómo sé que soy envidioso, codicioso? ¿Es la palabra la que crea el sentimiento de querer más? La reacción, ¿es el resultado de la memoria, simbolizada por una palabra? Y este sentimiento, ¿es diferente de la palabra, del nombre, del término? Y al reconocer eso, al darle un nombre, al rotularlo, ¿lo he resuelto, lo he comprendido?

Todo esto es un proceso de ver el hecho, ¿no es así? Entonces, vayamos aun más lejos: El "yo", el observador, ¿es el que experimenta la codicia? ¿Es la codicia algo separado de mí? La envidia, esa reacción extraordinariamente excitante y placentera, ¿es algo separado de mí, el observador? Cuando no condeno, cuando no justifico, cuando no deseo hacer algo respecto de la envidia, ¿no he eliminado al censor, al observador? Y cuando el observador está ausente, ¿existe, entonces, la palabra *codicia*, siendo la palabra misma una condena? Cuando no hay un observador, existe entonces una posibilidad de que ese sentimiento llegue a su fin.

Pero, al considerar el hecho, no empiezo con el deseo de ponerle fin; ése no es mi motivo. Quiero ver la estructura íntegra, el proceso total; quiero comprenderlo. Y en este proceso descubro las modalidades de mi propio pensar. Gracias a este conocimiento propio —que no puede ser recogido de los libros, de palabras y de conferencias impresas, sino compartiendo una investigación como lo hacemos en esta plática—, descubrimos los comportamientos del "yo". Ver la verdad de ese hecho —cosa que puedo hacer sólo cuando he terminado con este proceso—, libera a la mente de esa reacción llamada envidia. Sin ver la verdad de eso, haga uno lo que hiciere, la envidia continuará. Podremos encontrar un sustituto para ella; podremos hacer de todo para encubrirla, para eludirla, pero estará siempre ahí. únicamente cuando podemos comprender cómo abordarla, cómo ver la verdad a su respecto, nos liberamos de la envidia.

*8 de abril de 1952*

## TERCERA PLÁTICA EN LONDRES

Me parece que nuestros problemas no conciernen tanto a las ilusiones que crea la mente, como al hecho de que evitamos enfrentarnos con nuestra propia insuficiencia. No vemos que en realidad escapamos constantemente de nosotros mismos. Estos escapes, estas ilusiones, son el origen del conflicto y no contribuyen al descubrimiento de nosotros mismos tal como somos; creo que ése es el verdadero punto crítico de nuestro problema. ¡Tenemos tantas ilusiones, tantas creencias, tantas certidumbres y tantos prejuicios! Tratamos constantemente de ajustar nuestros impulsos, nuestras experiencias y dificultades internas, a las creencias, los conocimientos y las condiciones superficiales de nuestras vidas. Y así estamos siempre evitando afrontar el verdadero problema, que somos nosotros mismos. Nos sentimos extremadamente hastiados de nosotros mismos, de lo que somos; buscamos, pues, adquirir conocimientos superficiales y creencias que actuarán como elementos de permanencia, de seguridad. Y así escapamos constantemente de eso que somos. Quizás esta tarde podamos ver qué son estos escapes y desconectarnos de ellos realmente, no de manera teórica, verbal o intelectual; enfrentarnos de hecho a los escapes, comprender su plena significación y, de tal modo, dejar que se desprendan de nosotros. Entonces, sin las sugerencias o persuasiones de otros, podremos experimentar por nosotros mismos lo que somos y enfrentarnos directamente a ello.

Considero que es importante no discutir qué son nuestras creencias y supersticiones, y cómo librarnos de ellas, si los rituales y las ceremonias, o los Maestros son necesarios o no; todas esas cosas son infantiles. Porque nuestro problema central no lo constituyen las ilusiones sino los hechos; y de estos hechos escapamos. Y si podemos experimentar, entrar en contacto con lo que realmente *es*, no mirarlo desde una distancia, sino llegar muy cerca y examinarlo, considerarlo, observarlo, penetrar profundamente en ello, entonces veremos que aun cuando estemos desesperados, aunque haya guerra, ansiedad, una sensación de soledad eterna de la que continuamente escapamos, podremos habérnoslas con ello, abordar el problema de manera directa. Ahí es donde radica nuestra dificultad, porque nos hemos rodeado de múltiples fantasías, ilusiones, mitos, y todas estas cosas son completamente inútiles si queremos descubrir lo que realmente somos e ir más allá. Siendo personas religiosas —así llamadas religiosas—como presumiblemente lo somos casi todas las que estamos aquí, hemos creado muchos sistemas de filosofía, disciplinas, creencias, y hemos formado numerosas sociedades, organizaciones que en realidad nos alejan de la cuestión central, es decir, de lo que efectivamente somos.

Así pues, hasta que nos enfrentemos a eso —no de manera intelectual, verbal—, no podremos proceder a lograr una integración entre lo que entende-

mos verbalmente y la acción. Intelectualmente, vemos que escapamos, que huimos de nosotros mismos. Estamos conscientes de ello en lo intelectual; lo aceptamos verbalmente. Y eso crea, de nuevo, otro problema, ¿no es así? Porque entonces surge el interrogante: ¿Cómo he de actuar a fin de acercarme a lo que realmente soy y comprenderlo? Y así convertimos el "cómo" en otro problema más. Incrementamos, pues, un problema con otro: en qué creer y en qué no creer, qué clase de meditaciones y disciplinas debemos seguir, cómo aquietar la mente, cómo rechazar, qué cosas adquirir y cuáles no adquirir, y así sucesivamente, lo cual sólo genera más confusión, más problemas en aumento y multiplicación constante.

¿No podemos ver todo esto como una ilusión? ¿Ver, no teóricamente sino de hecho, que la mente proyecta estas cosas y escapa por medio de ellas a fin de eludir el problema fundamental de lo que realmente somos? No podremos descubrir jamás lo que de hecho es el estado actual de nuestra mente y que hay más allá, a menos que dejemos de lado, que comprendamos estas ilusiones, ilusiones como la creencia en la reencarnación, en los Maestros... docenas de creencias con las que hemos mutilado la mente, encerrándola tanto en sí misma, que jamás puede estar libre. Sólo cuando nos hayamos despojado de ellas, cuando realmente las hayamos desechado, sólo entonces, estando la mente libre, podremos abordar nuestra dificultad fundamental, que somos nosotros mismos.

Ése es, por cierto, el problema, ¿verdad? Ustedes podrán tener maravillosas filosofías, teorías sobre las relaciones económicas, sobre cómo lograr la hermandad, la unidad, etc. Pero serán inútiles a menos que hayamos resuelto el problema del centro, del motivo, del impulso que nos hace ser lo que somos. Ése es, sin duda, el problema, ¿verdad? Y ¿cuál es la dificultad que nos torna incapaces de encarar con plenitud nuestro problema? ¿Por qué no podemos, comprendiendo los escapes, llegar al punto central, que es nuestra propia ansiedad, nuestro propio miedo, esa sensación de completa soledad, de desesperación, que perpetuamente tratamos de llenar, de ocultar? Nuestra dificultad, ¿no es principalmente el miedo a la incertidumbre? Es obvio que a la mente le desagrada un estado en el que no puede confiar en algo, en una creencia, en una persona, en una idea. ¿No consiste, acaso, nuestra dificultad en el hecho de que la mayoría de nosotros busca una permanencia: una explicación permanente, una respuesta permanente, una relación permanente, una idea que no pueda ser destrozada bajo ninguna circunstancia —la idea de Dios, o de lo que fuere—, idea a la que la mente se aferra? Se aferra a lo permanente que ella misma proyecta.

Ahora bien, viendo todo esto, viendo cómo la mente actúa, su proceso, ¿no puede uno dejar de lado esos escapes? No como una entidad separada de estas cosas y que las deja de lado, con lo cual de nuevo divide a la mente misma y produce otro problema: el de cómo lograr la integración de la mente. ¿No podemos, pues, ver el pleno significado de estos escapes y así estar en relación directa con ese problema central, en vez de dar vueltas en círculos alrededor de cosas que carecen realmente de importancia? Cosas como a qué

nacionalidad pertenecemos, qué creencias profesamos, qué dioses veneramos, todo ello como resultado de un pensar verdaderamente inmaduro. ¿No podemos desechar esas cosas? ¿No puede la mente ver el real valor, el significado que tienen, y de tal modo liberarse de ellas y llegar al punto central?

¿No podemos experimentar con este problema mientras estoy hablando, de modo que ustedes puedan percibir que de veras están libres de estas ilusiones autocreadas de la mente? Y, al estar libres de ellas, podrán mirar directamente esa cosa que llamamos miedo, ansiedad, soledad. Sólo cuando la mente está libre de la ansiedad, del miedo, de la soledad, puede comprender aquello que ella no puede medir; únicamente entonces, aquello puede cobrar existencia; no así buscando una explicación para esa ansiedad infinita, no tratando de analizarla, de escapar de ella, sino pasando por ella hasta el fin. Y eso es posible sólo cuando la mente no se halla agitada intentando encontrar una respuesta, cuando no trata de mirar qué hay más allá, cuando no mide sus propias experiencias en relación con el futuro, con la cosa que ella espera descubrir. Sólo entonces, por cierto, podremos descubrir qué es la realidad, qué es Dios, o cualquiera sea el nombre que quieran darle. Pero el mero especular desde este lado, tener teorías, dogmas, es sin duda inmaduro y sólo genera más confusión y desdicha.

Los que son serios, reflexivos, deben haber pasado seguramente por todo esto. Pero quizá no hayamos ido más lejos, o sea, hasta conocer el proceso de nuestras propias mentes. Y cuando comprendemos el pleno significado de nuestras propias mentes, desaparece la división entre el pensador y el pensamiento, entre el observador que mira esa ansiedad tratando de superarla, y la ansiedad misma. Sólo existe, entonces, ese estado del ser que es el miedo, o la ansiedad, o la soledad, no el observador de ese estado.

La integración entre el pensador y el pensamiento tiene lugar sólo cuando la mente ha desechado todos los escapes y no trata de encontrar una respuesta. Porque, cualquier movimiento que la mente haga tratando de comprender el problema central, debe basarse en el tiempo, en el pasado. Y el tiempo existe sólo cuando hay miedo y deseo.

Al darse cuenta de todo eso, ¿no puede la mente, estando ya libre de sus escapes, mirarse a sí misma, no como el pensador que mira sus pensamientos, no como el experimentador que experimenta, sino tan sólo observar su propio estado, percibirlo sin esta división? Ese estado de integración mental adviene cuando no hay deseo de experimentar algo más, de experimentar aquello más grande que *lo que es*.

Y, si podemos comprender *lo que es* e ir más allá, descubriremos qué es el amor. Y el amor es el único remedio y la única revolución que puede originar orden. Pero, lamentablemente, la mayoría de nosotros no es muy seria ni intensa. La seriedad implica, sin duda, descubrir el proceso de nuestro propio pensar; no multiplicar creencias o rituales o toda esa insensatez, sino comprender los comportamientos de nuestro propio pensar: los móviles, las búsquedas, las actividades, los parloteos de la mente, de donde surge todo mal.

Habiéndolas comprendido, estas cosas llegarán naturalmente a su fin; y de tal modo la mente, al estar libre de su propia pequeñez, puede penetrar en sí misma sin esfuerzo, sin esta constante batalla, y descubrir qué hay más allá.

*Pregunta: He probado anotar mis pensamientos con el propósito de poner fin al pensar, tal como usted lo sugirió. ¿Sigue sugiriéndolo? En lo personal, no lo he encontrado muy útil, ya que eso parece convertirse en una especie de diario.*

KRISHNAMURTI: Si no comprendo el proceso del pensar, cómo nace el pensamiento, las modalidades de mi propio pensar individual, la manera como mi pensamiento es manejado por motivos, deseos, ansiedades, sin conocer todo el contenido del pensamiento, no puedo lograr serenidad. Una vez sugerí que, al registrar por escrito nuestro propio pensar, al familiarizarnos con nuestro pensamiento, quizá de ello podría surgir el conocimiento propio. Porque sin conocimiento propio no hay comprensión. Sin conocer las intrincaciones de nuestro propio pensamiento, tanto en el nivel consciente como en el inconsciente, sin conocer sus profundidades, sea lo que fuere que hagamos, resultará por completo inútil: todas las actividades superficiales de control, dominación y ajuste, en qué debemos creer y en qué no debemos creer, etc. Por lo tanto, tal vez no pudiera llegar a conocerse más a fondo, no sólo observando superficialmente sus pensamientos cotidianos, sino también registrándolos por escrito. Quizá con eso liberaría los móviles, las búsquedas, los deseos y los miedos inconscientes.

Pero, si lo hacemos con un motivo predeterminado, el de que anotando nuestros pensamientos pondremos fin al pensar, es obvio que la cosa se convierte en un diario; porque deseamos un resultado, y es muy fácil producir un resultado. Podemos tener un objetivo y alcanzar una meta, pero eso no quiere decir que comprendamos el proceso total de nosotros mismos. La intención que aquí tenemos no es, ciertamente, la de obtener un resultado, sino comprendernos a nosotros mismos, y también comprender por qué la mente anhela un resultado. Al lograr un resultado, la mente se siente segura; hay satisfacción, sentido de permanencia, vanidad, engreimiento.

Al fin y al cabo, lo importante es comprendernos a nosotros mismos, ¿verdad? No cuáles son nuestros valores —nuestra nacionalidad, nuestra creencia, nuestra religión, nuestra iglesia, y demás; son todas actividades inmaduras de la mente. Pero lo esencial es comprender los comportamientos de nuestro pensar, conocernos a nosotros mismos. Y eso podemos hacerlo sólo observando nuestro propio pensar, nuestras propias reacciones, prestando atención a nuestros sueños, a nuestras palabras, a nuestros gestos, a todo nuestro ser. Y eso podemos observarlo en el autobús, en la relación, todo el tiempo si así lo deseamos. Pero para casi todos nosotros eso se vuelve muy difícil, y por eso, sin experimentarlo de hecho, repetimos frases y, de tal modo, impedimos el verdadero descubrimiento del proceso de nuestro propio pensar.

En tanto la mente esté activa, o simplemente concentrada en una determinada idea o en un deseo, no está libre. El pensamiento puede proyectar y luego adorar aquello que ha proyectado. Con nosotros, eso es casi siempre lo que ocurre. Uno tiene que estar, pues, atento a las actividades de la mente, a sus recursos. Sólo entonces puede cesar el pensamiento. No como un resultado, no como una cosa que hemos de desear y en pos de la cual la mente se disciplina, reprimiendo, rechazando, sublimándose, etc. La cesación del pensamiento es una señal de que la mente está de veras serena, silenciosa. Pero si eso es tan sólo un resultado, la mente se halla en un estado de estancamiento, ya que de nuevo desea ir más lejos. Así pues, todo resultado, toda cosa que ha sido conquistada, tiene que ser reconquistada, dominada nuevamente.

Así la mente, comprendiéndose a sí misma en todos sus diferentes niveles, alcanza un estado de real quietud. Y esto no es un proceso largo, tedioso, aburrido, agotador. Si ustedes son algo perceptivos, sensibles a sí mismos, saben muy bien qué piensan y qué sienten. No tienen que ser analizados, disecados... ése es un juego para personas perezosas. Nosotros conocemos de hecho, internamente, nuestros propios conflictos y la causa de esos conflictos, su significación, qué hay detrás de ellos. Pero no queremos considerar eso, no queremos afrontarlo. Y así nos movemos en círculos alrededor de ello sin llegar jamás al centro.

De modo que la terminación del pensamiento es esencial, porque la mente tiene que estar por completo serena, sin movimiento alguno de avance o retroceso, ya que el movimiento denota tiempo, y en el tiempo hay miedo y deseo. Así, cuando la mente está del todo tranquila, sólo entonces, lo innominable puede revelar su existencia.

*Pregunta: Mi esposa y yo reñimos. Parece que nos queremos, y sin embargo las disputas continúan. Hemos ensayado diversas maneras de poner fin a esta cosa tan desagradable, pero por lo visto somos incapaces de liberarnos psicológicamente el uno del otro. ¿Qué sugiere usted?*

KRISHNAMURTI: Mientras haya dependencia, tiene que haber tensión. Si yo dependo de ustedes, el auditorio, para realizarme en lo personal, para sentir que soy "alguien" al hablar a un gran número de personas, entonces los exploto, los necesito psicológicamente. Esta dependencia es llamada amor, y en ella se basa toda nuestra relación. Psicológicamente, yo los necesito y ustedes me necesitan. Psicológicamente, ustedes se vuelven importantes para mí en esta relación, porque llenan mis necesidades, no sólo física sino internamente. Sin ustedes, estoy perdido, me siento inseguro. Dependo de ustedes, los "amo". Cada vez que esa dependencia es cuestionada, hay incertidumbre; y entonces tengo miedo. Para disimular ese miedo, recurro a toda clase de subterfugios que me ayudarán a escapar de él. Conocemos todo esto: usamos la propiedad, el conocimiento, dioses, ilusiones, relaciones, como medios para encubrir nuestra propia vacuidad, nuestra propia soledad, y así es como estas

cosas se vuelven muy importantes. Las cosas que se han convertido en nuestros escapes, adquieren un valor extraordinario.

Así pues, en tanto haya dependencia, tiene que haber miedo. Eso no es amor. Podrán llamarlo amor; podrán disimular el miedo con alguna palabra de sonido agradable. Pero en realidad, debajo de eso hay un vacío; está la herida que no puede ser sanada con ningún método, que sólo puede llegar a su fin cuando tomamos de ella, cuando la percibimos y la comprendemos. Y puede haber comprensión sólo cuando no buscamos explicaciones. Ya ven, el interlocutor pide una explicación; me pide palabras. Y nosotros nos satisfacemos con las palabras. La nueva explicación —si es nueva— la repetiremos. Pero el problema continúa; seguirá habiendo disputas.

Sin embargo, una vez que comprendemos este proceso de la dependencia —tanto la externa como la interna, las dependencias ocultas, las urgencias psicológicas, la exigencia por lo "más"—, cuando comprendemos esas cosas, únicamente entonces, hay una posibilidad de amor. El amor no es personal ni impersonal; es un estado del ser. No pertenece a la mente; la mente no puede adquirirlo. No podemos lograr el amor mediante la práctica ni por medio de la meditación. Revela su existencia sólo cuando no hay miedo, cuando ha cesado este sentimiento de ansiedad, de solitud, cuando no hay dependencia ni adquisición. Y eso adviene sólo cuando nos comprendemos a nosotros mismos, cuando estamos plenamente conscientes de nuestros móviles ocultos, cuando la mente puede sondear las profundidades de sí misma sin buscar una respuesta, una explicación, cuando ya no nombra.

Una de nuestras dificultades es, sin duda, que la mayoría de nosotros se satisface con las superficialidades de la vida, principalmente con las explicaciones. Y pensamos que hemos resuelto todas las cosas explicándolas, o sea, mediante la actividad de la mente. Mientras podamos nombrar, reconocer, pensamos que hemos logrado algo, y tan pronto como se introduce la idea de no nombrar, no reconocer, no explicar, la mente queda confundida. Y el amor puede manifestarse sólo cuando no hay explicaciones, cuando la mente no se halla atrapada en las palabras.

*Pregunta: Aquello de que usted habla, ¿no requiere tiempo y ocio? La mayoría de nosotros está ocupada en ganarse la subsistencia, lo cual absorbe casi todo nuestro tiempo. ¿Habla usted para aquellos que están viejos y se han jubilado, o para el hombre común que debe trabajar?*

KRISHNAMURTI: ¿Qué piensan ustedes? Tienen ocio, disponen de tiempo, aun cuando tengan que ganarse la vida. Eso podrá tomarles la mayor parte del tiempo, pero al menos disponen de una hora para sí mismos durante el día, ¿no es así? A veces tienen tiempo libre. Nosotros usamos ese tiempo libre para diversas actividades, para relajarnos de las cosas que hemos estado haciendo todo el día y que son aburridas, rutinarias. Pero después de haberse relajado, seguramente aún disponen de más ocio, ¿no es cierto? E incluso mientras tra-

bajan, pueden estar alerta a sus propios pensamientos. Hasta cuando están trabajando en cosas que no les agradan, en una rutina, en una tarea que no es la vocación de ustedes pero que la civilización moderna los obliga a desempeñar; también mientras están haciendo funcionar una máquina, seguramente tienen tiempo: ¡pueden observar su propio pensar! La mayor parte de nuestro trabajo es automático debido a que estamos altamente adiestrados. Pero hay una parte de nosotros que observa, que mira hacia afuera por la ventana, que busca una respuesta a esta confusión, que va e ingresa en Sociedades, que se interesa en la meditación, en los rituales, en las iglesias.

Por lo tanto, tienen bastante tiempo libre que, correctamente empleado, rompería su rutina, daría origen a una acción, a una revolución en sus vidas, cosa que las personas respetables no desean, y que causa espanto a los bien acomodados, con un nombre, una propiedad, una posición. Queremos cambiar las cosas externas, sin una revolución interna. Pero primero tiene que haber una revolución interna, la cual dará origen a la revolución externa. Esto no es sólo una frase. Pero esa revolución interna no es posible, ni colectiva ni individualmente, si cada uno de nosotros no investiga este problema que es uno mismo. Ya lo ven, somos ustedes y yo quienes abordamos el problema; el problema no está fuera de nosotros. Los problemas de la guerra y la paz, la competencia, la crueldad... los generamos nosotros, ustedes y yo. Y sin comprender este proceso total de nosotros mismos, el mero cambiar de ocupación, o disponer de ocio, significarán muy poco. Esto no es, por cierto, para los viejos o para los jóvenes. Porque para cualquiera que reflexione un poco, que quiera descubrir, la edad carece ciertamente de importancia. Pero nosotros asignamos valores erróneos a estas cosas y, de ese modo, creamos más problemas.

*Pregunta: He leído muchísimo y he estudiado las religiones, tanto de Oriente como de Occidente, y mi conocimiento de estas cosas es bastante amplio. Le he escuchado ya durante varios años, pero lo que me elude es esta cosa que usted llama el ser o estado creativo. ¿Podría usted investigar un poco más la cuestión?*

KRISHNAMURTI: Quizás ustedes y yo podamos experimentar durante los próximos diez minutos y ver si no podemos llegar más lejos investigando a fondo —no teóricamente sino de hecho— qué significa ser creativo. La dificultad con la mayoría de nosotros es que conocemos demasiado acerca de estas cosas. Hemos leído mucho sobre filosofía oriental o teorías occidentales, lo cual se convierte en una barrera para el descubrimiento, ¿no es así? De modo que nuestro conocimiento llega a ser un obstáculo. Nuestro conocimiento ya ha probado qué es el estado creativo, qué es Dios, porque hemos leído las descripciones de las experiencias de otros. Así, cuando estamos llenos de eso, sólo podemos comparar, y comparar no es experimentar; la comparación no es descubrimiento.

Por lo tanto, eso que a lo largo de siglos hemos adquirido como conoci-

miento, eso que la memoria puede medir, tiene que llegar a su fin, ¿verdad? Lo cual implica que nuestra mente, con toda su experiencia, con su conocimiento de lo que hemos experimentado ayer, o de lo que hemos leído acerca de las descripciones qué otros han hecho de ese estado, todo eso debe desecharse, ¿no es así? Porque esta cosa tiene que ser completamente original. Dios debe ser algo jamás experimentado antes, algo que la mente no puede reconocer. Si lo reconoce, no es lo nuevo, no es lo intemporal.

Viendo, pues, la verdad de eso, viéndola de hecho, no en teoría, ¿no puede la mente liberarse de lo viejo? No liberarse a causa de la sugestión, sino viendo la verdad al respecto: que mientras la mente, que es el resultado del tiempo, sea capaz de medir, de reconocer, proyectar, desear, no puede hallarse en un estado creativo. Lo nuevo no puede estar en lo viejo. Lo viejo no puede reconocer nada sino sus propias proyecciones. En consecuencia, la actividad de la mente debe cesar por completo. Y cesa cuando comprendemos todas estas cosas, cuando vemos la verdad de ellas.

Escuchemos, pues, tan sólo escuchemos —no ejercitemos nuestras mentes—, escuchemos para averiguar, para descubrir cómo la mente, mediante sus propias actividades que se basan en el tiempo —en el pasado, en los recuerdos de lo que hemos aprendido, en las cosas que hemos olvidado—, impide el estado creativo. Cuando eso es visto, comprendido, nos liberamos de ello. Así pues, el conocimiento debe ser dejado de lado por completo para que la mente esté quieta. Sólo entonces es posible que advenga ese estado que no puede ser descrito. Ese estado no es permanente, continuo, no es una cosa del tiempo. No puede ser cultivado, adquirido, sostenido. Existe de instante en instante, sin que la mente lo invite. Y ninguna cantidad de lecturas, de prácticas, disciplinas, teorías, podrá jamás dar nacimiento real a ese estado. Sólo cuando la mente está libre de sus propias actividades, de sus propios requerimientos, puede cobrar existencia ese estado creativo.

*15 de abril de 1952*

## CUARTA PLÁTICA EN LONDRES

Me parece que uno de nuestros problemas más difíciles es coordinar o integrar la idea con la acción. Casi todos nos damos cuenta de que hay una brecha entre la acción y la idea, y estamos perpetuamente tratando de llenar esta brecha. Y creo que es importante entender que habrá siempre una división entre ambas, mientras no investiguemos y comprendamos plenamente la cuestión de la conciencia y experimentemos la relación directa entre la idea y la acción en sí. Porque, para la mayoría de nosotros, la idea es muy importante, siendo idea el símbolo, la imagen, las palabras. Y nosotros intentamos aproximar la acción a esa idea. Entonces surge el problema de cómo llenar la brecha,

cómo poner la idea en acción. Y esta tarde quisiera investigar ese problema.

La mayoría de nosotros se da cuenta de que la envidia es la base de casi todas nuestras acciones. La envidia o afán adquisitivo, toda nuestra estructura social, se basa en eso. Y la persona reflexiva, seria, percibe que debe haber libertad respecto de la envidia. Y, al darse cuenta de ello, ¿cómo ha de proceder uno? Está la idea primero, y después nos preguntamos cómo relacionarla con la acción. Es obvio que debemos liberarnos de la envidia, ya que es un factor de deterioro, antisocial, etc. Por innumerables razones estamos bien conscientes de que la envidia es un impulso, una cualidad, una reacción que debe ser erradicada.

Ahora bien ¿cómo lo haremos? ¿Podemos hacerlo mediante el proceso del tiempo, de la constante negación, de la represión? ¿O hay un modo por completo diferente de abordarla, de considerarla? ¿Cómo puede la mente liberarse de esa reacción llamada envidia, sobre la que se basa la mayor parte de nuestra existencia? Porque es obvio que si empleamos tiempo, si practicamos su gradual disminución, no nos liberaremos enteramente de ella. El proceso del tiempo no brindará a la mente una liberación respecto de la envidia. La virtud, después de todo, es libertad, no el cultivo de una cualidad en particular. Cuanto más cultivamos una cualidad, más fortalecemos el "yo". A casi todos debe habernos impactado saber que nos enfrentamos a este problema de cómo liberarnos de una determinada cualidad, cómo proceder al respecto. Si nos limitamos a cultivar el opuesto, seguimos retenidos en el opuesto, y no hay libertad. La virtud es, como dijimos, un estado de libertad, no de hallarnos retenidos en una cualidad determinada, lo cual limita a la mente.

Por lo tanto, el problema es cómo podemos habérnoslas con una cualidad en particular —digamos, por ejemplo, la envidia— y vernos libres de ella inmediatamente. No emplear tiempo, no erradicarla poco a poco, sino liberarnos de inmediato. ¿Podemos estar libres completamente? Para responder a esa pregunta, responderla a fondo, no tan sólo superficialmente, debemos examinar, ¿no es así?, el proceso de la conciencia. Es decir, debemos conocer, percibir nuestra manera de abordar el problema —cómo pensamos, cómo lo enfocamos, con qué actitud—, no sólo en el nivel superficial de la mente, sino en las capas profundas. Todo eso, es, por cierto, el proceso de la conciencia. Así pues, si hemos de estar por completo libres de esta cosa llamada envidia, debemos saber cómo la miramos, con qué actitud, con qué motivo, con qué intención la abordamos. Es decir, ¿cómo reacciona nuestra mente ante la envidia, tanto en el nivel superficial como en el profundo? O sea, ¿estamos en relación directa con la envidia, o tratamos tan sólo con palabras e ideas sin estar en contacto directo con la cualidad que llamamos "envidia"?

No sé si me expreso claramente en este punto... tal vez no. Déjenme, pues, elaborarlo un poco más. ¿Qué es nuestra conciencia? —llamamos conciencia a nuestra mente, tanto la oculta como la superficial—. Es, evidentemente, el resultado del tiempo, siendo el tiempo recuerdos, imágenes, palabras, todo lo cual, acumulado, responde a cualquier problema en particular, a cualquier reto,

a cualquier pregunta. Y nuestro pensar, basado en esa memoria, es verbal. Esto es, no hay un pensar sin palabras, sin símbolos, sin imágenes. Con ese trasfondo, con esa conciencia, abordamos el problema de la envidia, que estamos tomando como un ejemplo. Jamás estamos directamente relacionados con la reacción llamada envidia, sólo lo estamos con la palabra. ¿Estoy, acaso, experimentando directamente la envidia, estoy en relación directa con ella? ¿O lo estoy con la palabra que nombra como *envidia* a esa reacción? ¿Estoy en contacto con esa reacción, me doy cuenta de ella inmediata y plenamente, sin darle un nombre, sin definirla? ¿O reconozco la envidia a través de la palabra? Si puedo experimentar la envidia directamente —sin nombrarla, sin definirla—, entonces hay una experiencia por completo diferente. Pero si tan sólo estoy relacionado con esa reacción verbalmente, por medio de una palabra, de una imagen, entonces no es una verdadera experiencia.

Y bien, si queremos estar completamente libres de una cualidad en particular como la envidia, debemos averiguar si la estamos experimentando directamente, sin la mediación de las palabras, o si la palabra nos está brindando la así llamada experiencia. Si nos importa la palabra, la idea, y sólo estamos en relación con la idea, entonces surge el problema de cómo relacionar la idea con la acción. Es decir, nos damos cuenta de que somos envidiosos, pero ¿nos damos cuenta tan sólo verbalmente, o experimentamos la envidia de manera directa, sin dar a esa reacción un nombre?

No sé si ustedes han probado hacerlo alguna vez. Tomemos, por ejemplo, la súbita percepción de que son celosos ¿Cómo lo perciben? ¿Lo perciben porque reconocen eso gracias a la palabra, o lo perciben como una experiencia real, sin asignarle una palabra, sin nombrarlo, sin definirlo? Creo que es importante descubrir esto. Porque si pueden tener una relación directa con ello, verán que hay una libertad completa respecto de la cosa que hemos nombrado. Pero si toman conciencia del sentimiento por medio de la palabra, del símbolo, de la memoria, surge entonces el problema de cómo relacionar la idea con la acción.

Quizá podamos hacer esto un poco más sencillo. Soy envidioso, soy celoso. ¿Cómo liberarme de ello? Veo las complicaciones, los conflictos, la inutilidad que ello implica. ¿Cómo he de proceder para liberarme? ¿Tengo que reprimirlo, analizarlo, tengo que disciplinarme para resistirlo? Todo eso toma tiempo, y genera conflicto entre la idea y la acción, ¿no es así? Deseo estar libre de ello, pero en realidad no lo estoy. Existe, pues, la idea de que deseo estar libre, y existe el hecho de que no lo estoy. Lo importante es el hecho, la realidad, no que "deseo estar libre". Entonces, ¿cómo empezaré a liberarme de esta cualidad que he definido como envidia? Obviamente, la disciplina no me libera de ella. Si genero una resistencia contra ella, esa resistencia no trae comprensión, ni lo hace el cultivo de su opuesto, que sólo genera más conflicto. ¿Cómo he de liberarme, pues, de la envidia?

Conocemos el enfoque acostumbrado, habitual, tradicional: atacar gradualmente el problema, resistirlo, disciplinarnos contra él; y vemos que en

realidad no nos hemos liberado de la envidia. Me pregunto si alguna vez han pensado en esto de una manera diferente. Tiene que haber un enfoque distinto, y eso es lo que estamos tratando de descubrir. Hay un enfoque distinto si puedo experimentar la reacción de la envidia directamente, sin nombrarla. Por eso tengo que examinar, comprender cómo trabaja nuestra conciencia, la cual es, en realidad, un proceso muy complicado. Pensamos que comprendemos algo cuando le damos un nombre; cuando podemos aplicar un rótulo a algo, creemos haber captado su plena significación. Así es como resultan muy importantes para nosotros las palabras, los símbolos, las ideas. De estas cosas: palabras, símbolos e ideas, que representan recuerdos, se compone nuestra conciencia. Nuestros recuerdos reconocen, pues, la reacción llamada envidia; por lo tanto, no hay experiencia directa de ese sentimiento, sino sólo su evocación.

Pero, si podemos mirar esa reacción sin verbalizarla, sin darle un nombre, veremos que la estamos experimentando directamente por primera vez. Y yo creo que eso es muy importante: experimentar el sentimiento, la reacción, como si fuese por vez primera, de un modo nuevo, sin darle un nombre. El nombre es lo que crea la barrera. Quizás ustedes quieran experimentar con esto, y verán cuán difícil es *experimentar* algo nuevo. Porque la memoria interviene siempre, reconoce y dice: "Sí, ésos son celos, eso es envidia, es la cosa de la que debo deshacerme". Así, la memoria crea la idea, y esa idea origina su propio sentimiento, sus propias reacciones; por lo tanto, uno sólo está en relación con la idea y no en relación directa con el problema.

En consecuencia, cuando tenemos un problema —como el de la envidia— del que sentimos que debemos liberarnos por completo, es importante descubrir cómo lo abordan nuestras mentes, cuáles son nuestras reacciones, de qué modo experimentamos esa cualidad, si la experiencia es directa o si tan sólo ocurre a través de una palabra. Y, por cierto, sólo cuando podemos experimentar algo de un modo nuevo, fresco, hay una posibilidad de comprenderlo plenamente, completamente. Si introducimos en ello todas nuestras reminiscencias, todos nuestros recuerdos, los nombres, las influencias que nos condicionan, entonces no lo estamos experimentando directamente en absoluto; y así el problema aumenta siempre, se multiplica y se mantiene. La mayoría de nosotros sabe que, si bien hemos luchado contra la envidia, no estamos libres de ella. Lo que trae libertad es la virtud, no el estar atrapados en palabras, lo cual sólo genera en la mente limitación, respetabilidad y hábitos.

*Pregunta: He vivido durante dos guerras catastróficas. Combatí en una y llegué a ser un expatriado en la otra. Me doy cuenta de que el individuo que no ejerce control alguno sobre estos acontecimientos, tiene muy poco propósito en la vida. ¿Qué sentido tiene esta existencia?*

KRISHNAMURTI: Me pregunto de qué modo ustedes y yo, como individuos, consideramos este problema. Está el proceso histórico; ¿cuál es la relación del individuo con ese proceso? Como individuo, ¿qué puede hacer uno

con respecto a las guerras? Probablemente muy poco. Porque las guerras surgen por diversas razones: económicas, psicológicas, etc. Y ¿cómo puedo detener todo eso? No puedo, por cierto, detener el proceso de la guerra, que multitudes han puesto en marcha. Pero, como individuo, puedo salirme de él, ¿no es así?, cualesquiera que sean las consecuencias personales para mí. ¿Puede, cada uno de ustedes como individuo, erradicar de su mente y de su corazón esas cualidades que generan antagonismo, odio, enemistad? Si uno no puede, está contribuyendo, es obvio, a las causas de la guerra.

Tomemos, como un ejemplo, el nacionalismo —el sentimiento de ser un grupo separado de gente—, en el que el individuo se realiza, encuentra su satisfacción.

Internamente, somos pobres, insuficientes, solitarios; y cuando nos identificamos con un determinado grupo de personas, como hindúes, rusos o ingleses, nos sentimos seguros. Y tenemos que proteger esa seguridad. Al ir tras la seguridad anhelada, explotamos y somos explotados. Y bien, ¿puede uno, como individuo, estar libre del sentimiento nacionalista? Y cuando está libre, ¿no es posible que considere este proceso histórico con una actitud por completo diferente?

El interlocutor quiere saber cuál es el propósito del vivir, si él no es responsable de estas guerras ni tiene control alguno sobre ellas. ¿No es importante, acaso, que descubra primero si él, como individuo, no puede estar libre de todas las fuerzas e influencias que dan origen a la guerra? ¿No puede originar una revolución interna —de hecho, no teóricamente—, de modo tal que sea un ser humano libre que vive el amor y que, al estar exento de antagonismo, de odio, encontrará la respuesta correcta a la pregunta?

Vean, nuestro problema es que carecemos de amor, ¿no es así? Si la madre amara realmente a su hijo, si los padres amaran, ¡verían muy bien que no hubiera guerras! Pero para los padres, el prestigio y el bienestar de la patria, de cierto grupo, es más importante que el amor al hijo. Si de veras amáramos, si existiera ese sentimiento de amor, es seguro que impediríamos las guerras. Pero, al carecer de esa realidad interna, recurrimos a toda clase de sistemas, de gobiernos; para impedir la guerra recurrimos a los políticos, a diversos métodos. Y jamás lo logramos. Porque, como individuos, no hemos resuelto el problema en nosotros mismos. Preferimos más bien permanecer segregados, encerrados dentro de ideologías nacionalistas, en un mundo de creencias, separados unos contra otros. Y, a menos que resolvamos ese problema —cómo el individuo busca la seguridad y, de tal modo, enemistad, antagonismo, odio—, las guerras de una u otra clase continuarán para siempre.

Cuando sepamos por nosotros mismos que somos libres, el propósito de la existencia se revelará sin que preguntemos por él. La libertad no adviene mediante el mero cultivo de la virtud, sino sólo cuando existe esa calidad de amor que no pertenece a la mente.

*Pregunta: Cuando trato de vaciar la mente a fin de aquietarla, obtengo*

*una especie de blanqueo mental, ¿Cómo sé que este estado no es un simple adormecimiento?*

KRISHNAMURTI: ¿Por qué queremos una mente quieta? ¿Por qué queremos serenidad mental? ¿Es porque estamos tan cansados, exhaustos, debido a una mente agitada —una mente que todo el tiempo parlotea, una mente siempre ocupada—, y para escapar de eso deseamos una mente quieta? ¿De eso se trata? ¿O vemos la necesidad de una mente quieta, silenciosa, debido a que una mente así comprende, puede ver las cosas directamente, puede experimentar de manera inmediata? ¿Vemos que si la mente se halla agitada, no hay posibilidad alguna de descubrir algo nuevo, de comprender, de ser libres? Y ¿esto es una necesidad, o meramente una reacción que proviene de su opuesto? Es importante, sin duda, averiguar esto, ¿no es así? ¿Deseamos la serenidad mental porque estamos hartos de una mente tan activa, tan agitada? Tenemos que descubrir eso. Si se trata tan sólo de una reacción, es obvio, entonces, que la mente se adormece. No está tranquila; se adormece ella misma mediante distintas formas de disciplina, controles, etcétera.

Así que nuestro problema no es cómo generar una mente quieta, silenciosa, sino considerar esas cosas que agitan a la mente, comprender todo lo que cause perturbación. Y cuando comprendamos eso, habrá serenidad; cuando estemos libres del problema, habrá quietud. Pero inducir quietud en la mente cuando ésta se halla mutilada por los problemas, origina embotamiento mental, es evidente. De modo que nuestro problema no es cómo hacer que la mente esté tranquila, quieta, en paz, sino comprender esos problemas que la agitan y liberarnos de ellos. Es obvio que la mente crea los problemas. Si hay un problema, ¿cómo lo abordamos, con qué actitud? ¿Cómo lo experimentamos? Lo que importa comprender es eso, y no cómo lograr la serenidad mental para escapar del problema.

¿Cómo puede estar quieta la mente que produce problemas? Es imposible. Todo cuanto puede hacer es comprender cada problema a medida que aparece y liberarse de él. Y, gracias a que la mente se libera, adviene la serenidad. Como decía antes, no hay libertad sin virtud. Y la virtud no es cosa que pueda cultivarse. Si soy celoso, envidioso, debo liberarme de eso inmediatamente. La inmediatez es importante, esencial. Y si comprendo que la inmediatez en la liberación respecto de esa cualidad en particular, es esencial, entonces hay libertad. Pero nosotros no comprendemos la urgencia de ello. Y allí es donde radica nuestra dificultad. Nos agrada el sentimiento, la sensación de ser envidiosos, el placer que eso implica; deseamos entregarnos a ello. Y así, gradualmente, creamos la idea de que, a la larga, debemos liberarnos de la envidia. Por eso, jamás nos liberamos completamente de una reacción en particular. Y sólo cuando la mente es libre, existe una posibilidad de quietud, de sosiego.

*Pregunta: A menos que la mente esté ocupada, pronto se adormece y deteriora. ¿No debería estar ocupada con las cosas más serias de la vida?*

KRISHNAMURTI: Una mente ocupada, ya sea con lo grande o con lo trivial, ¿no es, acaso, incapaz de ser libre? La mera ocupación, por noble que sea, ¿no es una distracción? Lo que nos incumbe es que la mente divaga mucho, anda errante de aquí para allá, y nosotros queremos estar ocupados en algo, porque entonces la mente descansa, se siente tranquila. Nuestras mentes se hallan ocupadas, en su mayor parte, con cosas triviales, con los parloteos cotidianos. Y, al rechazarlos, comenzamos a ocuparnos de cosas más serias: ideas, imágenes, especulaciones. Y mientras la mente esté ocupada con estas cosas así llamadas "serias", sentimos que está más quieta, más concentrada, que no divaga. Pero una mente así de ocupada, jamás es una mente libre. Sólo en libertad podemos empezar a comprender algo, no con una mente mutilada por sus propias concentraciones.

Vean, tenemos mucho miedo de descubrir el proceso de nuestro propio pensar, de nuestro propio estado; nos causa mucha aprensión conocernos tal como somos. Por eso, empezamos a inventar jaulas, ideas, en las que la mente pueda quedar retenida y que nos ofrecen una manera conveniente de escapar de nosotros mismos. Lo importante, pues, es que nos comprendamos, no averiguar de qué deberían ocuparse nuestras mentes. No hay ocupación buena u ocupación mala. Mientras está ocupada, la mente no es libre. Y sólo en libertad podemos comprender, saber qué es la verdad. Así pues, en vez de preguntar si nuestras mentes no deberían estar ocupadas, tendríamos que descubrir cómo funcionan nuestras mentes, cuáles son nuestros móviles, cómo es el proceso total de nuestra existencia. Al fin y al cabo, vivimos a base de sensación —contacto, percepción, sensación—, de la cual surge el deseo. Y cuando el deseo no se satisface, hay conflicto, hay miedo. Así es como el miedo y el deseo crean el tiempo, el sentido del mañana, el adquirir más, el buscar la seguridad; el miedo y el deseo dan origen a la importancia del "yo", del ego. Y, en lugar de comprender todo ese problema de la conciencia, queremos resultados superficiales; queremos estar ocupados; queremos saber cómo meditar, cómo ser esto o aquello, todo lo cual son escapes, distracciones.

De modo que lo importante en todas estas cuestiones es investigar el proceso de nuestro pensar, y eso implica conocimiento propio. Si no nos conocemos a nosotros mismos, sea lo que fuere que hagamos no podrá haber paz en el mundo. Sin conocimiento propio, no puede haber amor. Eso que la mente llama amor, no es amor; es tan sólo una idea. Y únicamente en la relación podemos conocernos a nosotros mismos de manera amplia y profunda, en la relación con nuestra esposa, con nuestro marido, con la sociedad. Estén atentos a eso; presten atención a sus reacciones, no las condenen. Cualquier forma de juicio, de justificación, pone fin a un sentimiento, a una reacción espontánea; la ignora y no permite que fluya libremente a fin de que podamos seguir sus movimientos. Después de todo, si quiero comprender a un niño, tengo que estudiarlo en todos sus caprichos, cuando juega, cuando habla. Si me limito a censurarlo, impido la comprensión. De igual manera, si deseo comprender el

proceso de mi pensar, es obvio que no debe haber condena sino observación. Pero toda nuestra educación, social, moral y religiosa, nos induce a condenar, a resistir, lo cual impide una experiencia directa del problema.

Por consiguiente, cuanto más investigue uno el problema de sus reacciones, sin condenar ni justificar cosa alguna, verá que comienza a comprender todo el proceso de su conciencia, del "yo" con todos sus móviles ocultos. Verá si reacciona meramente a la palabra o si experimenta directamente cierto sentimiento; si se enfrenta a cualquier reto haciéndolo a través de la pantalla de la memoria, de la idea, o si lo afronta directamente. Cuanto más empecemos a conocernos, a darnos cuenta de cada sutil reacción, de cada proceso, de cada propósito, veremos que surge a la existencia un estado por completo distinto, un estado no inducido por la mente. La mente puede inducir cualquier clase de estado; puede creer en cualquier cosa, experimentar cualquier cosa. Pero aquello que la mente experimenta, aquello en que cree, no es lo real. La realidad puede revelarse sólo gracias al conocimiento propio, cuando la mente, al comprender sus propios procesos, tanto los ocultos como los superficiales, se aquieta —no es aquietada, sino que ella misma se aquieta—. Sólo entonces es posible que se manifieste aquella realidad.

Pero todo esto no implica una serie de etapas por las cuales la mente deba pasar. Lo esencial es que vea la necesidad de la quietud. Y esta urgencia, esta necesidad, es lo que da origen a la quietud de la mente; no lo hace el cultivo de una cualidad o de un método en particular.

*16 de abril de 1952*

## QUINTA PLÁTICA EN LONDRES

Esta tarde quizá podríamos examinar el problema del esfuerzo. Me parece que es muy importante comprender la manera cómo abordamos cualquier conflicto, cualquier problema con que nos enfrentamos. La mayoría de nosotros se interesa en la acción de la voluntad, ¿no es así? Para nosotros, el esfuerzo en todas sus formas es sumamente necesario; vivir sin esforzarnos nos parece increíble, consideramos que nos conduce al estancamiento y al deterioro. Y creo que sería provechoso si pudiéramos examinar ese problema del esfuerzo, ya que entonces quizá podríamos comprender qué es la verdad —comprenderlo sin ejercer la voluntad, sin hacer ningún esfuerzo—, al percibir directamente *lo que es*. Pero, para hacerlo, debemos entender esta cuestión del esfuerzo, y espero que podamos investigarla sin oposición, sin resistencia alguna.

Para la mayoría de nosotros, la vida se basa en el esfuerzo, en alguna clase de volición. Y no podemos concebir actividad alguna sin volición, sin esfuerzo; nuestra vida se basa en eso. Tanto nuestra vida social, como la económica y la así llamada espiritual, es una serie de esfuerzos, siempre culminando en cierto re-

sultado. Y pensamos que el esfuerzo es necesario, esencial. Vamos a averiguar, pues, si es posible vivir de una manera diferente, sin esta constante batalla.

¿Por qué hacemos esfuerzos? ¿No es, planteado sencillamente, a fin de lograr un resultado, de llegar a ser alguna cosa, de alcanzar una meta? Y pensamos que, si no hacemos esfuerzo alguno, nos estancaremos. Tenemos una idea acerca de la meta en pos de la cual nos esforzamos constantemente, y este esfuerzo ha pasado a formar parte de nuestra vida. Si queremos experimentar un cambio, originar una transformación radical en nosotros mismos, realizamos un esfuerzo tremendo para eliminar los viejos hábitos, para resistir las acostumbradas influencias ambientales, etc. Estamos habituados, pues, a esta serie de esfuerzos con el fin de encontrar o lograr algo, con el fin, simplemente, de vivir.

Y todo ese esfuerzo, ¿no es, acaso, la actividad del "yo"? ¿No es una actividad egocéntrica? Y, si hacemos un esfuerzo desde el centro del "yo", tal esfuerzo debe producir inevitablemente más conflicto, más confusión, más desdicha. No obstante, continuamos haciendo esfuerzo tras esfuerzo. Muy pocos se dan cuenta de que la actividad egocéntrica del esfuerzo, no esclarece ninguno de nuestros problemas. Por el contrario, aumenta nuestra confusión y nuestra desdicha y nuestro dolor. Sabemos esto. Sin embargo proseguimos, esperando abrirnos paso de algún modo por esta actividad egocéntrica del esfuerzo, por esta acción de la voluntad.

Ése es nuestro problema: ¿Es posible comprender algo sin que medie ningún esfuerzo? ¿Es posible ver qué es real, qué es verdadero, verlo sin introducir la acción de la voluntad, la cual se basa esencialmente en el "sí mismo", en el "yo"? Y si no hacemos ningún esfuerzo, ¿no existe el peligro de deteriorarnos, de adormecernos, de estancarnos? Quizás esta tarde, mientras hablo, podamos experimentar con esto individualmente y ver hasta dónde nos será posible examinar a fondo esta pregunta. Porque, tal como lo siento, lo que trae felicidad, quietud, sosiego a la mente, no llega a través de ningún esfuerzo. Una verdad no es percibida mediante volición alguna, mediante ninguna acción de la voluntad. Y, si podemos investigar esto con sumo cuidado y diligencia, quizás encontremos la respuesta.

¿Cómo reaccionamos en presencia de una verdad? Tomemos, por ejemplo, lo que estuvimos discutiendo el otro día: el problema del miedo. Nos damos cuenta de que nuestra actividad y nuestro ser y toda nuestra existencia cambiarían fundamentalmente si no hubiera ninguna clase de miedo en nosotros. Eso podemos verlo; podemos ver la verdad de ello y, de tal modo, hay libertad respecto del miedo. Pero cuando se nos enfrenta a un hecho, a una verdad, ¿cuál es la respuesta inmediata para la mayoría de nosotros? Tengan a bien experimentar con lo que estoy diciendo; por favor, no se limiten a escuchar. Vigilen sus propias reacciones y descubran qué ocurre cuando se enfrentan a una verdad, a un hecho, tal como: "Cualquier dependencia en la relación, destruye la relación". Y bien, cuando alguien hace una afirmación de esa clase, ¿cuál es la respuesta de ustedes? ¿Ven, perciben la verdad de ello y, con eso, cesa

la dependencia? ¿O tienen una idea acerca del hecho? Tenemos aquí la afirmación de una verdad. ¿Experimentan esa verdad, o crean una idea al respecto?

Si podemos comprender el proceso de esta creación de ideas, quizá comprenderemos todo el proceso del esfuerzo. Porque, una vez que hemos creado la idea, aparece el esfuerzo; surge el problema de qué hacer, cómo actuar. O sea, vemos que depender psicológicamente de otro es una forma de autorrealización, no es amor; en ello hay conflicto, miedo, está la dependencia que corroe; existe en ello el deseo de realizarnos por medio de otro, están los celos, etc. Vemos que el depender psicológicamente de otra persona, abarca todos estos hechos. Entonces procedemos a crear la idea, ¿no es así? No experimentamos directamente el hecho, su verdad, sino que lo miramos y después creamos una idea acerca de cómo librarnos de la dependencia. Vemos las implicaciones de la dependencia psicológica, y entonces creamos la idea de cómo librarnos de ellas. No experimentamos directamente la verdad, que es el factor de liberación, sino que, desde la experiencia que implica mirar ese hecho, creamos una idea. Somos incapaces de mirar el hecho directamente, sin ideación alguna. Entonces, habiendo creado la idea, procedemos a poner la idea en acción. Después, tratamos de tender un puente entre la idea y la acción, y eso implica esfuerzo.

¿No podemos, pues, mirar la verdad sin crear ideas? Sucede, con la mayoría de nosotros, que cuando nos enfrentan a algo, creamos inmediatamente una idea al respecto. Y pienso que, si podemos entender por qué hacemos eso de manera tan instintiva, casi inconsciente, comprenderemos quizá si es posible librarnos del esfuerzo.

¿Por qué creamos ideas acerca de la verdad? Es, sin duda, importante descubrir eso, ¿no es cierto? O vemos la verdad desnuda, tal como es, o no la vemos. Pero, ¿por qué tenemos una descripción de ella, un símbolo, una palabra, una imagen, lo cual necesita una postergación, la esperanza de un resultado final? ¿Podemos, pues, con cierta vacilación, cautelosamente, investigar ese proceso por el cual la mente da origen a la imagen, a la idea, la idea de que debo ser esto o aquello, de que debo liberarme de la dependencia, etc.? Sabemos muy bien que cuando vemos algo con mucha claridad, cuando lo experimentamos directamente, nos liberamos de ello. Lo vital es esa inmediatez, no la descripción o el símbolo de la verdad; sobre estos símbolos se construyen todos los sistemas, las filosofías y las organizaciones con el deterioro que las acompaña. ¿No es esencial, entonces, descubrir por qué la mente, en vez de ver el hecho de manera directa, simple, y experimentar la verdad al respecto inmediatamente, crea la idea acerca de la verdad?

Yo no sé si han reflexionado sobre esto. Quizá sea algo nuevo. Y, si desean hallar la verdad al respecto, tengan la bondad de no limitarse a resistir. No digan: "¿Qué sucedería si la mente no creara la idea? Su función es crear ideas, verbalizar, evocar recuerdos, reconocer, calcular". Sabemos eso. Pero la mente no es libre; y sólo cuando la mente es capaz de mirar la verdad de manera plena, total, completa, sin barrera alguna, sólo entonces, hay libertad.

De modo que nuestro problema es éste: ¿Por qué la mente, en lugar de ver la cosa de inmediato y experimentarla directamente, se complace en todas estas ideas? ¿No es éste, acaso, uno de los hábitos de la mente? Se nos presenta algo, y de inmediato surge el viejo hábito de crear al respecto una idea, una teoría. Y a la mente le agrada vivir a base de hábitos, porque sin el hábito está perdida. Si no hay una rutina, una respuesta habitual a la que se ha acostumbrado, se siente confusa, insegura.

Ése es un aspecto. Además, ¿no busca la mente un resultado? Porque en el resultado hay permanencia. Y la mente odia la incertidumbre. Busca siempre la seguridad en diferentes formas: mediante creencias, conocimientos, experiencias. Y cuando eso es cuestionado, hay una perturbación, hay ansiedad. Y así la mente, para evitar la incertidumbre, busca seguridad para sí misma haciendo esfuerzos con el fin de lograr un resultado.

Espero que estén siguiendo todo esto, no tan sólo escuchándome sino observando de hecho sus propias mentes en funcionamiento. Si se limitan a escucharme sin seguir realmente aquello de que hablo, no experimentarán, y esto permanecerá en el nivel verbal. Pero si pueden —permítanme sugerirlo— observar el funcionamiento de su propia mente y ver cómo piensa, cómo reacciona cuando se enfrenta a una verdad, entonces experimentarán paso a paso aquello de que estoy hablando. Entonces habrá una experiencia extraordinaria. Este enfoque directo, esta experiencia directa de lo que es la verdad, resulta absolutamente esencial para dar origen a una vida creativa.

Entonces, ¿por qué la mente crea estas ideas en vez de experimentar directamente? Es lo que estamos tratando de descubrir. ¿Por qué interviene la mente? Dijimos que es el hábito. También, que la mente desea lograr un resultado. Todos deseamos lograr un resultado. Al escucharme, ¿están ustedes buscando un resultado? Lo están, ¿no es así? De modo que la mente busca un resultado; ve que la dependencia es destructiva y, por eso, quiere librarse de ella. Y el deseo mismo de librarse origina la idea. La mente no es libre, pero el deseo de serlo origina la idea de libertad como la meta en pos de la cual debe trabajar. Debido a eso, cobra existencia el esfuerzo. Y ese esfuerzo es egocéntrico; no trae libertad. En lugar de depender de una persona, dependo de una idea o de una imagen. Por lo tanto, mi esfuerzo no es liberador; tan sólo me encierra en mí mismo.

¿Puede, pues, la mente, al darse cuenta de que se halla atrapada en el hábito, estar libre del hábito? No tener una idea de que debe lograr la libertad como meta final, sino ver la verdad de que se halla atrapada en el hábito, experimentarla directamente. Del mismo modo, ¿puede la mente ver que persigue sin cesar su propia permanencia, una meta que debe alcanzar, un Dios, una verdad, una virtud, un estado del ser —lo que fuere— y, debido a eso, origina esta acción de la voluntad con todas sus complicaciones? Y cuando vemos eso, ¿no es posible experimentar directamente la verdad de algo, sin toda la parafernalia de la verbalización? Podemos ver el hecho objetivamente; en eso no hay ideación, no hay creación de ideas, símbolos, no hay deseo. Pero subje-

tivamente, internamente, es por completo otra cosa. Porque ahí deseamos un resultado; ahí está el anhelo de ser algo, de lograr, de devenir, todo lo cual da origen al esfuerzo.

Y yo siento que la única existencia creativa está en ver lo verdadero de instante en instante, verlo sin ningún esfuerzo, experimentarlo. Porque sólo en momentos de completa serenidad descubrimos algo, no cuando hacemos un esfuerzo, ya sea bajo el microscopio o en lo interno de nuestro ser. Sólo cuando la mente no se halla agitada, atrapada en el hábito, procurando lograr un resultado, tratando de llegar a ser alguna cosa, sólo cuando no hace nada de eso, cuando está realmente serena, sin realizar esfuerzos, sin movimiento alguno, existe una posibilidad de descubrir algo nuevo.

Eso es, indudablemente, estar libre del "yo", eso es la abnegación del "yo"; no lo son los símbolos externos, ni lo es el poseer o no poseer esta o aquella virtud. Pero la libertad adviene únicamente cuando comprendemos nuestros propios procesos, tanto los conscientes como los inconscientes. Y eso es posible sólo cuando investigamos en plenitud los diferentes procesos mentales. Como casi todos vivimos en un estado de tensión, de esfuerzo constante, es fundamental que comprendamos la complejidad del esfuerzo, que veamos la verdad de que el esfuerzo no trae virtud, de que el esfuerzo no es amor y no origina la libertad que tan sólo la verdad puede darnos, lo cual es una experiencia directa.

Para eso, tienen ustedes que comprender la mente, su propia mente; no la mente de alguna otra persona, no lo que algún otro pueda haber dicho al respecto. Aunque lean todos los libros, éstos resultarán completamente inútiles. Uno debe observar su propia mente y penetrar en ella a una profundidad cada vez mayor, experimentando la cosa de manera directa a medida que avanza. Porque la cualidad de lo vital esta ahí, no en las cosas de la mente. Por lo tanto la mente, para descubrir sus propios procesos, no debe estar cercada por sus hábitos; de vez en cuando, necesita estar libre para mirar. Es importante, pues, comprender todo este proceso del esfuerzo, ya que el esfuerzo no origina libertad. El esfuerzo sólo nos encierra más y más en nosotros mismos, es más y más destructivo, tanto externa como internamente, en la relación con uno o con muchos.

*Pregunta: Yo encuentro que un grupo que se reúne regularmente para discutir sus enseñanzas tiende a volverse confuso y aburrido. ¿Qué es mejor, pensar en estas cosas solo o con otros?*

KRISHNAMURTI: ¿Qué es lo importante? Averiguar, descubrir por uno mismo las cosas acerca de uno mismo, ¿no es así? Si ésa es una necesidad urgente, inmediata, instintiva, entonces uno puede investigarlo con una persona o con muchas, a solas o con dos o tres amigos. Pero cuando falta esa necesidad, los grupos se vuelven cosas aburridas. Entonces, las personas que llegan al grupo son dominadas por una o dos que lo saben todo, que están en contacto

inmediato con la persona que ya ha dicho estas cosas. Así, una de ellas se convierte en la autoridad y gradualmente explota a las demás. Conocemos este juego demasiado familiar. Pero nos sometemos a él porque nos gusta estar juntos. Nos gusta hablar, conocer el último chisme o la última novedad. Y así la cosa pronto se deteriora. Uno empieza con una intención seria, y eso termina por convertirse en algo desagradable.

Pero si, de manera real, insistente, necesitamos descubrir por nosotros mismos qué es lo verdadero, entonces toda relación se vuelve importante; pero personas así son raras. Debido a que no somos realmente serios, hacemos de los grupos y las organizaciones algo que debe ser evitado. Todo depende, pues, de que uno sea de veras serio, intenso en su propósito de descubrir estas cosas por sí mismo. ¿No es así? Y este descubrimiento puede tener lugar en cualquier instante, no sólo en un grupo o estando uno a solas consigo mismo, sino siempre que uno está alerta, que es sensible a las insinuaciones de su propio ser. El observarnos a nosotros mismos, la manera como hablamos en la mesa, la manera como nos dirigimos a nuestro vecino, a nuestro sirviente, a nuestro jefe, todas estas cosas denotan, si estamos atentos, el estado de nuestro ser. Y lo que importa es ese descubrimiento, porque ese descubrimiento es lo que nos libera.

*Pregunta: ¿Cuál diría usted que es la manera más creativa de enfrentarnos a una gran aflicción y a una gran pérdida?*

KRISHNAMURTI: ¿Qué entendemos por "enfrentarnos"? ¿Quieren ustedes decir cómo abordarla, qué deberíamos hacer al respecto, cómo superarla, cómo librarnos de ella, cómo obtener algún provecho, cómo aprender de eso a fin de evitar más sufrimiento? Esto es lo que entendemos, sin duda, por cómo "enfrentarnos" a la aflicción, ¿no es así?

Ahora bien, ¿qué entendemos por "aflicción"? ¿Es algo separado de uno mismo? ¿Es algo independiente de mí —externa o internamente—, algo que yo observo y experimento? ¿Soy un mero observador que experimenta? ¿O se trata de algo diferente? Ése es, por cierto, un punto importante, ¿verdad? Cuando digo: "Yo sufro", ¿qué quiero decir con eso? ¿Soy diferente del sufrimiento? Ésa es, sin duda, la pregunta, ¿no es cierto? Averigüémoslo.

Existe el dolor: no soy amado, mi hijo muere, etc. Hay una parte de mí que necesita saber por qué, que exige explicación, las razones, las causas. Otra parte de mí se atormenta por diversos motivos. Y existe también otra parte de mí que anhela librarse del dolor, superarlo. Nosotros somos todas estas cosas, ¿no es así? Por lo tanto, si una parte de mí rechaza, resiste el dolor, otra parte de mí, atrapada en teorías, busca una explicación, y otra parte de mí escapa del hecho, ¿cómo puedo, entonces, comprender el dolor totalmente? Sólo cuando soy capaz de una comprensión integrada, tengo una posibilidad de liberarme del dolor. Pero si soy atraído en distintas direcciones, no veo la verdad al respecto.

Es muy importante, pues, descubrir si soy tan sólo el observador experimentando el dolor. Por favor, sigan esto despacio y con sumo cuidado. Si soy meramente el observador que experimenta el dolor, entonces hay dos estados en mi ser: uno que observa, que piensa, que experimenta, y otro que es observado —o sea, la experiencia, el pensamiento—. Mientras haya, pues, una división, no hay liberación inmediata respecto del dolor.

Ahora, tengan la bondad de escuchar atentamente, y verán que, cuando hay un hecho, una verdad, la comprensión de ésta puede darse únicamente si puedo experimentar la cosa total sin división alguna, y no cuando existe la separación del "yo" observando el sufrimiento. Ésa es la verdad. Y bien, ¿cuál es la reacción inmediata de ustedes a eso? ¿Acaso la reacción, la respuesta inmediata no es: "¿Cómo puedo llenar la brecha entre ambos?". Reconozco que hay entidades diferentes en mí: el pensador y el pensamiento, el experimentador y la experiencia, el que sufre y el que observa el sufrimiento. Y, en tanto haya una división, una separación, habrá conflicto. Sólo cuando exista una integración, podré liberarme del dolor. Ésa es la verdad, ése es el hecho. ¿Cómo responden a eso? ¿Ven la cosa de inmediato y la experimentan directamente? ¿O se preguntan cómo superar esta división entre las dos entidades, cómo producir la integración? ¿No es ésta su respuesta instintiva? Si lo es, no están viendo la verdad. En tal caso, carece de valor la pregunta que formulan acerca de producir la integración. Porque sólo cuando puedo percibir el hecho completamente, totalmente, sin esta división dentro de mí, existe una posibilidad de verme libre de la cosa que llamo dolor.

Así pues, tengo que descubrir cómo miro el dolor. No lo que dicen los libros o lo que dice alguna otra persona, no de acuerdo con algún instructor o alguna autoridad, sino cómo considero el dolor, cómo lo abordo instintivamente. Entonces descubriré, sin duda, si en mi mente existe, de hecho, esta división. Mientras exista, tendrá que haber dolor. En tanto haya deseo de liberarme del dolor, de resistirlo, de buscarle explicaciones, de eludirlo, el dolor se convertirá en la sombra que me seguirá perpetuamente.

Así pues, en esta cuestión es muy importante saber cómo responde cada uno de nosotros al dolor psicológico, cuando estamos acongojados, cuando nos lastiman, etc. No necesitamos examinar las causas del dolor, las conocemos muy bien: el dolor de la soledad, el miedo a la pérdida, el dolor de no ser amados, de sentirnos frustrados, de perder a alguien... Conocemos muy bien todo esto; estamos muy familiarizados con esta cosa llamada dolor. Y tenemos muchas explicaciones, muy convenientes y satisfactorias. Pero no nos liberamos del dolor; las explicaciones no nos dan libertad. Podrán encubrir, pero la cosa continúa. Y nosotros tratamos de descubrir cómo liberarnos del dolor, no qué explicaciones resultan más satisfactorias. La libertad respecto del dolor es posible sólo si hay integración. Y no podemos comprender qué es la integración a menos que primero nos demos cuenta de cómo miramos el dolor.

*Pregunta: A uno que se halla atrapado en el hábito, le parece imposible*

*ver instantáneamente la verdad de algo. Indudablemente, se necesita tiempo; tiempo para romper con la propia actividad inmediata y tratar de examinar lo que ha estado ocurriendo.*

KRISHNAMURTI: Y bien, ¿qué entendemos por "tiempo"? Por favor, experimentemos una vez más. ¿Qué entendemos por "tiempo"? Obviamente, no nos referimos al tiempo del reloj. Cuando uno dice: "necesito tiempo", ¿qué significa eso? ¿Significa que necesita ratos de ocio: una hora, o unos cuantos minutos para sí mismo? Seguramente, no es eso lo que quiere decir. Quiere decir: "Necesito tiempo para alcanzar un resultado". Esto es: "Necesito tiempo para romper con los hábitos que yo mismo he creado".

Ahora bien, resulta obvio que el tiempo es producto de la mente; la mente es el resultado del tiempo. Lo que pensamos y sentimos, nuestros recuerdos, son básicamente el resultado del tiempo. Y ustedes dicen que el tiempo es necesario para romper con ciertos hábitos. O sea, este hábito interno, psicológico, es el resultado del deseo y del miedo, ¿no es así? Veo que la mente está atrapada en él y digo: "Necesito acabar con él. Me doy cuenta de que este hábito me impide ver las cosas de manera inmediata, experimentarlas directamente, así que necesito tiempo para romper con él".

En primer lugar, ¿cómo se origina el habito? A causa de la educación, de las influencias ambientales, de nuestros propios recuerdos. Además, es cómodo tener un mecanismo que funciona a base de hábitos, de modo tal que jamás sea inseguro, vacilante, inquisitivo, dubitativo, ansioso. La mente crea así el patrón de lo que llamamos hábito, rutina. Y dentro de ese patrón funciona. Y el interlocutor desea saber cómo puede acabar con ese hábito a fin de que la experiencia sea directa. ¿Ven lo que ha ocurrido? En el momento en que dice "¿Cómo...?", ya ha introducido la idea del tiempo.

Pero si podemos ver que la mente crea hábitos y funciona dentro de ellos, y que una mente cercada por los recuerdos que ella misma ha creado, encerrada en sus propios deseos, temores, etc., no puede ver ni experimentar nada de manera directa, cuando podemos ver la verdad de eso, entonces hay posibilidad de experimentar directamente. La percepción de la verdad no es, evidentemente, una cuestión de tiempo. Ése es uno de los recursos cómodos de la mente: a la larga, en una próxima vida, alcanzaré la perfección, todo cuanto anhelo. Estando, pues, atrapada, procede a decir: "¿Cómo habré de liberarme?". Así jamás podrá liberarse. Será libre sólo cuando vea la verdad de cómo crea hábitos, es decir, los crea a causa de la tradición, cultivando virtudes a fin de ser alguna cosa, buscando permanencia, seguridad. Todas estas cosas son barreras. En ese estado, ¿cómo puede la mente experimentar algo de manera directa? Si vemos que no puede, hay libertad, libertad inmediata. Pero la dificultad radica en que a casi todos nos gusta continuar con nuestros hábitos de pensamiento y sentimiento, con nuestras tradiciones, creencias, esperanzas. Todas estas cosas componen nuestra mente. ¿Cómo puede una mente así experimentar algo que no sea su propia proyección? Es obvio que no puede. Sólo

puede comprender su propio mecanismo y ver la verdad acerca de sus propias actividades. Y cuando la mente se libera de eso, hay una experiencia directa.

*Pregunta: Usted ha dicho que ni la meditación ni la disciplina originarán una mente silenciosa, que sólo podrá hacerlo la aniquilación de la conciencia del "yo". ¿Cómo puede el "yo" aniquilar al "yo"?*

KRISHNAMURTI: Cualquier movimiento del "yo", por elevado, por noble que sea, sigue estando dentro del campo de la conciencia egocéntrica, ¿no es así? Uno podrá dividir el "yo" en superior e inferior —con el superior dominando, controlando, dirigiendo al "yo" inferior—, pero eso se encuentra aún en el campo del pensamiento, ¿no es así?

La pregunta es: ¿Cómo puede el "yo" destruirse a sí mismo? El "yo" es, a mi entender, una serie de movimientos, una serie de actividades, de respuestas, de pensamientos. Y el pensamiento puede dividirse a sí mismo en superior e inferior, pero no deja de ser el movimiento del pensar, sigue dentro de su propio campo. Y ¿puede una parte del pensamiento destruir a otra parte? Es decir, ¿puede una parte de mí descartar, resistir, encubrir, expulsar a la otra parte que no le agrada? Obviamente, lo hace; la encubre. Pero ésta sigue ahí, en lo inconsciente. Así, cualquier movimiento del pensar, cualquier movimiento del "yo", continúa dentro del campo de su propia conciencia. No puede destruirse a sí mismo. Todo cuanto puede es no hacer movimiento alguno en ninguna dirección. Porque cualquier movimiento, en cualquier dirección, implica una perpetuación de sí mismo, bajo un nombre diferente, bajo un disfraz diferente.

Por favor, experimenten con aquello de que hablo. Una parte de mí puede decir: "Dominaré la ira, los celos, controlaré mi irritabilidad, mi envidia, etc.". Una parte que ejerce el control desea dominar a alguna otra parte. Pero está atrapada dentro del campo del tiempo, y todo cuanto hace es de su propia proyección. Está bastante claro, ¿no es así? Si ella dice: "Por medio de la creencia debo comprender a Dios, o llegar a Dios", está atrapada en su propia proyección. Y mientras la mente, el "yo", esté en actividad proyectando, exigiendo, anhelando, ese "yo" no puede destruirse a sí mismo. Sólo se perpetúa.

Si uno ve la verdad de eso, la mente está quieta. Porque no puede hacer nada. Cualquier movimiento en sentido negativo o positivo, es su propia proyección; por lo tanto, no puede liberarse de eso. Ver la verdad de ello, genera una quietud de la mente que, es obvio, no puede llegar mediante forma alguna de autodisciplina, de ejercicios espirituales, porque todas esas cosas son un indicio de autoperpetuación, de ideación.

La serenidad de la mente no es un resultado; no es algo armado que pueda volver a desarmarse. No es el producto de la mente que procura escapar de la ideación. Adviene sólo cuando la mente ya no fabrica ni proyecta. Y eso puede suceder cuando comprendemos el proceso del pensar, nuestras propias reacciones y respuestas a todo —no sólo las conscientes sino también las inconscientes—, las respuestas ocultas, los motivos, los impulsos encubiertos. Y

esto no requiere tiempo. El tiempo existe solamente cuando queremos lograr un resultado, cuando decimos: "Debo tener serenidad dentro de un par de años, o mañana...". Entonces vienen todos los ejercicios espirituales a fin de alcanzar un resultado. Una mente así es una mente estancada, no puede experimentar lo real; ella sólo busca resultados, recompensas. ¿Cómo puede experimentar algo que es inconmensurable, que ninguna palabra puede captar? La mente se queda en silencio sólo cuando ve la verdad de eso, cuando la ve instantáneamente. Y lo que se requiere es un sentido de urgencia.

*23 de abril de 1952*

## SEXTA PLÁTICA EN LONDRES

En lugar de la plática habitual, esta tarde trataré de contestar alguna de las numerosas preguntas que me han planteado.

Me parece muy importante comprender los factores de deterioro que nos destruyen, no sólo internamente sino también en lo externo. Durante estas pláticas, he procurado señalar que hay factores definidos que mutilan la mente, que pervierten y destruyen la capacidad de descubrir lo verdadero. El descubrimiento de lo verdadero no es para los pocos, si bien sólo unos pocos son serios. Y aquellos que son serios pueden, obviamente, encontrar lo que es indestructible. Pero casi todos nosotros estamos atrapados en cosas que generan constante conflicto entre lo que somos y lo que deberíamos ser, y pensamos que esta lucha interminable es necesaria, que producirá una revolución que nos traerá felicidad. Consideramos que este conflicto entre tesis y antítesis es progreso, y confiamos en que habrá de crear una síntesis. Pero cuando ahondamos bien a fondo en ello, encontramos que este conflicto existe sólo cuando no hay comprensión de las cosas internas, más profundas de la vida.

Mientras respondo a estas preguntas, espero que no se limiten a escuchar lo que se dice, sino que lo experimenten de hecho. Lo esencial, en mi sentir, no es la mera experiencia de una proyección, sino el experimentar algo que no es de la mente. Es muy importante, asimismo, comprender esta cosa que llamamos experiencia; ella llega a nosotros cuando la reconocemos. Cuando decimos: "He tenido una experiencia", entendemos, por cierto, algo que hemos reconocido, nombrado, algo a lo que la memoria puede responder. Pero lo reconocible no es lo verdadero. Y el factor que nos libera es la verdad, no la cosa que reconocemos. Porque el reconocimiento pertenece a la mente, a la memoria, al tiempo, al deseo, al miedo. Y en tanto nos entreguemos a estas cosas que llamamos experiencias, "lo otro" no existe. Espero que esta tarde, si es posible, experimentemos algo real, no sentimentalmente, no algo que sea la respuesta de la memoria, o que ustedes hayan leído, acumulado, atesorado, y

que reacciona o se proyecta, a todo lo cual llamamos "experiencia". Quizá, si investigamos este problema muy a fondo, experimentaremos de hecho algo que es innominable, que no pertenece a la mente, a la memoria.

En tanto sigamos funcionando dentro del campo de la memoria no hay, por cierto, posibilidad alguna de libertad. Por eso siento que es importante comprender todo el proceso del pensar y, si es posible, ir más allá de las proyecciones del pensamiento. La dificultad está en que, al escuchar, tenemos propensión a seguir meramente las palabras, que evocan ciertas respuestas, y, a causa de esas respuestas, experimentamos nuevas reacciones del sentimiento, de la sensación. Pero la sensación, que pertenece a la mente, no puede revelar lo que es intemporal. Al contestar, pues, estas preguntas, quizá podamos, juntos, ir más allá del nivel verbal y experimentar de manera directa aquello que no es un mero producto de la mente.

*Pregunta: Cuando usted habla, me siento profundamente conmovido. ¿Es tan sólo sentimentalismo?*

KRISHNAMURTI: Probablemente lo es. Pero si ustedes pueden ir más allá de las meras sugestiones, de las meras reacciones que las palabras evocan, dejarán de lado a quien les habla, porque entonces él no es importante en absoluto. Lo importante, por cierto, es descubrir por uno mismo lo verdadero; no alguna verdad distante —inalcanzable, imaginaria, mítica—, no algo sobre lo que hemos leído o escuchado, sino algo que hemos descubierto directamente. Y ese descubrimiento no es posible si dependemos meramente de las sensaciones.

La mayoría de nosotros desea encontrar algo que sea realmente indestructible, que no pertenezca al tiempo. Todo lo que nos rodea es transitorio; todas nuestras relaciones pronto nos aburren y terminan. Tengamos o no comodidades, tengamos mucho o poco que hacer, las personas reflexivas reconocen, obviamente, la transitoriedad de todas las cosas. Y la incesante batalla —no sólo interna sino externamente, entre grupos humanos, entre naciones— incrementa más aún las guerras y el infortunio. Sabiendo todo esto, debemos descubrir algo que no sea de la mente, que no sea mero conocimiento. Tal vez, si pudiéramos descubrir eso, no mediante las sugerencias de quien habla, sino vigilando nuestras propias actividades cotidianas, nuestros pensamientos, nuestras impresiones y reacciones, podríamos ir más allá del mero velo del sentimiento; y eso es lo importante.

Lo que es el individuo, eso es la sociedad. Importa infinitamente lo que uno es. No se trata de un mero eslogan; si lo investigan de hecho, profundamente, descubrirán cuán significativas son sus acciones, cómo lo que ustedes son afecta al mundo en que viven, que es el mundo de sus relaciones, por pequeña, por limitada que sea esa relación. Y, si podemos cambiar fundamentalmente, generar en nosotros mismos una revolución interna, hay entonces posibilidad de crear un mundo distinto, una serie diferente de valores.

Pero, mientras sólo tratemos estas pláticas como una mera sensación, algo con que entretenernos —en lugar de ir al cine venimos aquí—, es obvio, entonces, que ellas valdrán y significarán muy poco. Pero aquellos que son de veras serios, fervientes en su propósito de descubrir lo verdadero, no dependen de otros; no siguen, no aceptan la autoridad de nadie. Y ese descubrir por uno mismo, de instante en instante, es esencial, porque el descubrimiento de aquello que es verdadero, es el único factor que nos libera.

*Pregunta: Si el pensamiento ha de llegar a su fin, ¿cuál es la función de la mente?*

KRISHNAMURTI: ¿Cuál es la función actual de la mente? Es usada como un instrumento de supervivencia, ¿no es así? Y en este proceso de supervivencia hemos creado distintas formas de sociedad, distintos valores, morales, éticos, espirituales, etc. Pero toda la actividad de nuestra mente actual es, en una u otra forma, la continuación del "sí mismo", del "yo". Ésa es, hoy en día, nuestra actividad —astuta, sutil—: sobrevivir a toda costa, sobrevivir en este mundo y en el más allá; identificarnos con un grupo o con una nación o con un país; o identificarnos con algo más grande, con una palabra, con el conocimiento, con una proyección. Siempre buscando la permanencia, siempre buscando seguridad, física o psicológicamente. Ése es nuestro presente estado mental: una actividad egocéntrica, excepto en raros momentos; y no estamos considerando los raros momentos.

Esas cosas son todo cuanto conocemos. Y eso no nos ha llevado muy lejos. Nos explotamos, nos destruimos unos a otros, nuestra relación consiste en conflictos constantes; con eso estamos todos familiarizados. Aunque la mente busque seguridad, se destruye a sí misma y destruye a otros. Físicamente, nos sentimos inseguros; está siempre la amenaza de la guerra. Así, en su búsqueda misma de seguridad, la mente provoca destrucción.

Ése es el estado de nuestra mente, su estado actual. Y preguntamos: "Si no hay pensamiento, ¿cuál es la función de la mente?". Podemos ver muy bien, es obvio, qué ha producido el pensamiento, la actividad egocéntrica. Y ¿no es posible ir más allá de la actividad egocéntrica? Se nos ha ofrecido toda clase de incentivos: religiosos, psicológicos y externos; hemos soportado toda forma posible de coacción, de amenaza. No obstante, la actividad egocéntrica jamás ha cesado; en una forma sutil, el "yo" está siempre ahí. Y, por cierto, para descubrir qué hay más allá del pensamiento —que es el resultado del tiempo—, el pensamiento debe llegar a su fin.

No sé si alguna vez han dado con ese estado creativo que adviene cuando la mente no está activa, agitada, sino muy quieta, quieta de manera natural, espontánea, no inducida. Ese estado de la mente no puede ser comprendido por el proceso del pensamiento. Y, debido a que somos desdichados, a que todo cuanto tocamos se deteriora, a que toda relación pronto se marchita, anhelamos algo más allá del tiempo. Creo que es función de la mente

descubrir eso, experimentarlo. Pero ella no puede experimentar mientras sigue existiendo la actividad egocéntrica. Y ese descubrimiento no es algo que hayamos de perseguir implacablemente. Llega, pero no podemos invitarlo. Si lo invitamos, es nuestra propia proyección, no es sino otra forma de actividad egocéntrica.

Reconociendo, pues, qué es la mente —tal como es ahora—, ¿es posible ir más allá y descubrir? Yo digo que lo es. Pero ustedes no podrán descubrir si sólo se trata de un pasatiempo, algo a lo que acuden de vez en cuando. Ello se convierte en una realidad cuando el proceso de la mente y sus actividades, han sido comprendidos.

*Pregunta: El recuerdo de un incidente se reitera una y otra vez. ¿Cómo puede uno librarse del recuerdo de un incidente y del incidente mismo?*

KRISHNAMURTI: ¿Qué entendemos por "recuerdo"? ¿Cómo nace el recuerdo? Quizá, si podemos profundizar un poco en la cuestión, seremos capaces de responder a esta pregunta plenamente. Todo el proceso de la memoria, el recuerdo, el proceso del reconocimiento, ¿no pertenece todo eso a la conciencia? Por favor, no estoy tratando de complicar la cuestión. La pregunta en sí suena simple, pero si uno quiere comprenderla realmente, encontrará que es muy compleja. Debemos, pues, examinar el problema de qué entendemos por conciencia. Por favor, sean pacientes, y responderán a la pregunta ustedes mismos.

¿Cuándo estamos conscientes de algo? Sólo cuando hay fricción, cuando existe una obstrucción, un obstáculo. De lo contrario, el movimiento del pensar o conciencia, no es autoconsciente. Sólo cuando nos vemos frustrados, cuando hay miedo, deseo de lograr un resultado, estamos conscientes de nosotros mismos, es decir, el "yo" es consciente de sí mismo en la acción. Digamos que quiero realizarme; deseo obtener un resultado. En tanto esté progresando hacia lo que deseo, no hay problema, pero no bien aparece una obstrucción, hay conflicto. Y la conciencia es un proceso de reconocimiento, que implica nombrar. Aquello que reconozco, sólo puedo reconocerlo cuando lo nombro, cuando le atribuyo un símbolo, un vocablo. De modo que el "yo" es un haz de recuerdos; el "yo" es un producto del tiempo, se encuentra siempre en proceso de acumular, de acopiar.

Y un incidente es una experiencia, ¿verdad? Y esa experiencia surge sólo cuando somos capaces de reconocerla. Si no puedo reconocer una experiencia, eso no es una experiencia. La memoria, que es el almacén de las palabras, de las experiencias —no sólo de las propias, sino de las colectivas— está funcionando siempre, tengamos o no conciencia de ello. Por lo tanto, retiene un incidente. Habiéndolo reconocido, verbalizado, lo almacena. Tomemos un hecho simple como el de ser ofendidos por alguien que nos dice algo cruel. Eso es retenido y el incidente se almacena junto con el sentimiento de antagonismos. Y, si uno tiene inclinaciones morales, comienza a perdonar a esa persona.

Así pues, uno primero retiene, guarda la ofensa; después, a causa de su educación moral, empieza a perdonar. En consecuencia, retiene el incidente.

Porque, si no acopiáramos incidentes, si no estuviéramos constantemente activos, ya sea recibiendo ofensas o perdonando, siendo codiciosos o no codiciosos, si la mente no estuviera en constante actividad, se sentiría perdida, ¿no es así? Por eso, necesita esta actividad para saber que está viva.

Así pues, mientras yo siga acumulando y rechazando, no puedo olvidar el incidente o el recuerdo del incidente; el recuerdo permanece conmigo. Y surge el problema: ¿Qué he de hacer con eso?, ya que eso se sigue repitiendo. ¿Cómo me liberaré de ello? Para liberarme realmente, no de manera superficial, tengo que investigar el problema del hábito, ¿no es así? Porque la mente vive a base de hábitos, y el recuerdo del incidente se ha vuelto un hábito. Y así es como la mente sigue todo el tiempo regresando a él. Descubro, pues, cómo la mente vive en el pasado y cómo se forman los hábitos. La mente es el pasado; no hay mente del presente; para la mente no hay futuro. Ella existe a causa del pasado; la mente *es* el pasado.

Y nosotros decimos: "¿Cómo puedo verme libre del pasado?". Sólo podemos liberarnos cuando comprendemos el proceso de acumulación, que se basa esencialmente en el deseo de protegernos a nosotros mismos, de tener certidumbre, seguridad. Mientras exista ese impulso, ese apremio, tiene que haber memoria de incidentes y la lucha con esos recuerdos. Este problema podrá ser resuelto, pues, sólo cuando comprendamos todo el proceso de acumulación, que es el proceso del tiempo, que es el "yo", en el que tienen su origen todas las actividades.

Estar, pues, realmente libres de los recuerdos es enfrentarse de un modo pleno, total, a los incidentes, a las experiencias, o sea, estar atentos a ellas, sin condenarlas, sin justificarlas, sin nombrarlas, sin identificarnos con ellas. Al darnos cuenta de cada movimiento del pensar —bueno o malo—, sin justificarlo, tan sólo observándolo sin prejuicio alguno, veremos que cada incidente, cada experiencia, revela su propia verdad. Y aquello que es verdadero, es el factor de liberación.

*Pregunta: ¿Cómo ha de poner uno al descubierto las profundidades ocultas de lo inconsciente?*

KRISHNAMURTI: Antes de averiguar cómo hemos de descubrir las profundidades ocultas de lo inconsciente, yo me pregunto si nos damos cuenta de lo consciente. ¿Percibimos conscientemente lo que hacemos? ¿Están ustedes conscientes de lo que dicen, de lo que piensan? La mayoría de nosotros no lo está. Sin percatarnos conscientemente del nivel superficial, queremos saber cómo poner al descubierto los niveles más profundos. Resulta obvio que eso no es posible. Si no me doy cuenta de lo que realmente hago y pienso en el nivel superficial, ¿cómo puedo ir más a lo profundo?

Si quiero llegar más a lo profundo, descubrir los móviles, las intenciones,

los propósitos ocultos, es obvio que la mente consciente debe estar en cierto modo tranquila. Si quiero descubrir cuáles son mis motivos más profundos, que no son evidentes, si quiero traerlos a la superficie, la mente consciente debe estar alerta, bastante quieta, debe inquirir de manera vacilante, tentativa, paciente. Pero si la mente superficial se halla todo el tiempo agitada, activa, como lo están en su mayoría nuestras mentes, ¿qué ocurre? Se genera un conflicto entre lo consciente y lo inconsciente. Y este conflicto se acentúa más y más, se torna más fuerte, más agudo, hasta que aparecen toda clase de enfermedades psicológicas y fisiológicas.

Si quiero descubrir, pues, los niveles más profundos de la conciencia, tengo que estar extraordinariamente despierto en la superficie, en lo externo. Lo inconsciente no es tan sólo lo recién adquirido, sino que es también el depósito del pasado: la tradición, la raza, todas las esperanzas, etc. Nuestro inconsciente no se limita al "uno mismo", sino que es la totalidad del pasado. Somos, por cierto, el producto de todo el pasado; somos la suma de toda la humanidad. Y para comprender eso, para investigarlo de veras profundamente, no ayudará el mero estudio de la psicología ni el ser psicoanalizados. El análisis de lo inconsciente, realizado por la mente consciente, no puede revelar la verdad. Si quiero descubrir los niveles más profundos de lo inconsciente, puedo analizarme yo mismo o acudir a alguien que me ayudará en mi psicoanálisis, pero ¿qué ocurre? En ese proceso de análisis, de ahondar a fondo, ¿puedo investigar cada movimiento, cada matiz, cada respuesta sutil? Eso no sólo tomará tiempo, sino que es casi imposible, ¿verdad? Porque puedo pasar por alto un recuerdo, una capa de la conciencia, un prejuicio, lo cual, al ser pasado por alto, es evidente que impedirá o pervertirá mi juicio. También está la proyección del inconsciente a través de los sueños, sueños que requieren ser interpretados; y ¿qué pasa si no los interpreto exactamente? Aun si el psicoanalista los interpreta con exactitud, el conflicto continúa, ¿no es así?

Nos preguntamos, pues: ¿Cómo es posible abrir el inconsciente, permitir que todas las búsquedas ocultas suban a la superficie, sin dejar un solo punto en blanco? ¿Cómo procede uno al respecto? Vemos que el análisis, la introspección, no lo harán; podrán descubrir unos cuantos puntos, pero la totalidad de ellos no podrá ser comprendida o revelada por una parte de la mente, por un compartimiento que no hace sino observar. Por cierto, para comprender algo, tiene que haber una percepción total de ello. ¡No sé si están siguiendo todo esto! Si quiero comprender un cuadro, una pintura, debo ver la totalidad de ella, no tomar una parte e investigar sólo esa parte. De igual manera, debo ser capaz de mirar todo este proceso de la conciencia en conjunto como algo total, no como lo consciente y lo inconsciente; debo ser capaz de tener una comprensión integrada de la totalidad. Si lo considero parcialmente, será una comprensión parcial, y una comprensión parcial no es comprensión en absoluto.

¿Puedo, pues, yo, el observador, el investigador, considerar el proceso total, y no la parte? Tengan a bien seguir esto cuidadosamente y lo verán. El investigador, ¿no es también la parte y no el todo? Cuando uno analiza, cuando

mira, cuando dice: "¿Cómo he de poner al descubierto todas las capas, las insinuaciones, las acumulaciones de lo inconsciente, el residuo del pasado?", ¿no lo está mirando, investigando como una entidad aparte del conjunto, del proceso total? Evidentemente, sí. El analizador es algo separado que mira, investiga, tratando de comprender, de interpretar, de traducir. De modo que el analizador es siempre una entidad separada que mira lo inconsciente procurando desentrañarlo, exponerlo, hacer algo al respecto. Por lo tanto, la entidad que se mantiene aparte no puede comprender el proceso íntegro, total.

En consecuencia, mientras exista el intérprete, el analizador, será imposible comprender el proceso total. Y eliminar al analizador es eliminar lo inconsciente, o sea, sacar a luz la cosa íntegra y comprender el proceso total, porque la que mira es la entidad separada, el analizador. Y el analizador es él mismo un producto del pasado, de la acumulación total, de la raza, del grupo y de lo individual. Sin duda, el "yo", el investigador, es el resultado de la tradición, de la memoria. Y cuando el investigador, que es el resultado de la memoria, intenta comprender una parte de sí mismo, es incapaz de comprenderla. La comprensión es posible sólo cuando hay identidad completa, cuando cesa el analizador. Sólo entonces, cuando la mente está de veras quieta, se proyecta y es vista la insinuación de la totalidad. Pero mientras la mente superficial se separa y analiza mediante una percepción parcial, no puede comprender la totalidad.

Ustedes mismos pueden experimentar muy sencillamente con esto. En ocasiones, cuando no están ocupados consigo mismos y con sus actividades, con lo que piensan y no piensan, cuando pasean tranquilamente por el campo, perciben de pronto algún motivo oculto, alguna recóndita totalidad. En ese instante, no hay un investigador consciente; uno ve la cosa total, íntegra. Pero entonces interviene la mente consciente, quiere perseguir la cosa más allá, porque la experiencia de ese instante fue algo extraordinario. Y no bien interviene la mente consciente, aquello se vuelve un recuerdo; y entonces persiguen ese recuerdo. El recuerdo pertenece a la parte, no al todo.

Si pueden, pues, hallarse en ese estado de percepción no autoconsciente, sin perseguir el recuerdo, verán, de instante en instante, cómo la totalidad inconsciente surge en diferentes formas, con modos diferentes de expresión. Encontrarán entonces que, a medida que perciben la verdad de cada expresión, hay libertad; libertad respecto de los prejuicios acumulados, de los antagonismos raciales, de los constantes deseos contrariados, de los puntos ciegos. Éstos son vistos en instantes de quietud mental, cuando la mente no es una entidad separada que investiga, censura, juzga. Sólo entonces resulta posible dar con aquello que es indivisible.

*Pregunta: He hecho una gran cantidad de ejercicios espirituales para controlar la mente, y el proceso formador de imágenes se ha vuelto menos poderoso. Pero todavía no he experimentado las implicaciones más profundas de la meditación. ¿Tendría la bondad de examinar esto?*

KRISHNAMURTI: La verdadera meditación es importante. Pero resulta muy difícil descubrir qué es la verdadera meditación. Y eso se debe a que estamos tan ansiosos por aquietar la mente, por descubrir algo nuevo, por experimentar algo que está en los libros, que los instructores, las personas religiosas han experimentado. Pero quizás esta tarde podamos investigar esto y descubrir qué es la verdadera meditación. Y tal vez, si podemos experimentarlo a medida que avanzamos paso a paso, sabremos cómo meditar.

Nosotros creemos que una mente mezquina, pequeña, estrecha, codiciosa, disciplinándose, llegará a ser no mezquina, se convertirá en algo grande. ¿No es una ilusión eso? Por mucho que se discipline, una mente mezquina seguirá siendo mezquina siempre. Es así, ¿no? Si soy estrecho, limitado, si mi mente es necia, por mucho que pueda disciplinarme, seguiré siendo un necio; y mis dioses, mis meditaciones, mis ejercicios seguirán siendo limitados, necios, estrechos. Así que, en primer lugar, debo darme cuenta de que tengo una mente mezquina, llena de prejuicios, que busca alguna cosa como recompensa, que escapa, indicios todos de su estrechez de miras. ¿Cómo puede ser libre una mente así, aunque practique ejercicios espirituales, controles, disciplinas? Y, por cierto, sólo en libertad descubrimos, no cuando nuestra mente está atada, adiestrada, controlada, moldeada. De modo que eso es lo primero que hemos de comprender: que una mente en busca de recompensa, de resultados, por mucho que pueda adiestrarse, experimentará tan sólo la proyección de sí misma. Sus Maestros, sus dioses, sus virtudes son sus propias proyecciones. Ésa es la primera cosa cuya verdad hay que ver, hay que comprender.

Entonces podemos proseguir con lo siguiente, o sea: una mente que ha aprendido concentración, es incapaz de comprender lo íntegro, lo total. Porque la concentración es un proceso de excluir, descartar, desechar, en procura de un resultado. Una mente limitada por el esfuerzo, por el deseo de alcanzar un resultado, una recompensa, sólo puede ser excluyente; no percibe la totalidad de su propio proceso. Pero casi todos nosotros nos hemos adiestrado para concentrarnos en nuestro trabajo de todos los días. Y aquellos que buscan las así llamadas "alturas espirituales", son tan ambiciosos como las personas mundanas: desean llegar, desean experimentar. Y este impulso de experimentar los obliga a limitar su conciencia, sus pensamientos, excluyendo todo menos la única cosa que desean alcanzar, ya sea una frase, una imagen, un cuadro, o una idea. Una mente así es incapaz de abarcar lo total.

Esto no significa que la mente debe divagar por todas partes. Al contrario, tan pronto hay percepción de que divaga, no hay resistencia, se comprende cada divagación. Entonces cada pensamiento tiene su significado y es comprendido, no excluido, no sofocado ni reprimido. Entonces la mente, en vez de ser mezquina, estrecha, codiciosa, ya no está más trabada por sus propias compulsiones. Entonces empieza a estar abierta, a inquirir, a descubrir. Lo cual implica, realmente, que debemos descartar todo el proceso de lo que hemos aprendido como meditación. Entonces la meditación no es por unos pocos

minutos o por una hora durante el día, sino que es un movimiento constante, que todo el tiempo procura descubrir aquello que es verdadero.

Entonces, a medida que uno ahonda más en el problema, verá que la mente adquiere una quietud extraordinaria; no la quietud disciplinada, no la quietud del estancamiento, del autoencierro, sino una quietud, una serenidad en la que ha cesado todo movimiento del pensar. Y en ese silencio llega completamente a su fin la entidad que experimenta. Pero la mayoría de nosotros desea experimentar, acumular más. Este deseo por el "más" es lo que nos hace meditar, practicar ejercicios espirituales, etc. Pero cuando todo eso se ha comprendido y se desprende de nosotros, hay silencio, hay una serenidad mental en la que el experimentador, el intérprete, se halla ausente. Sólo entonces existe una posibilidad de que se revele lo innominable. Y eso no es una recompensa por nuestras buenas acciones. Podremos hacer cualquier cosa que nos parezca, ser tan desinteresados como queramos, forzarnos a hacer buenas obras, obras nobles, a ser virtuosos... son todas actividades egocéntricas; y una mente así es tan sólo una mente estancada. Podrá meditar, pero no conocerá ese estado de silencio, de quietud, en el que lo real puede manifestarse.

Y esa realidad no es la palabra. La palabra *amor* no es amor. En ese silencio, uno conoce aquello que es el amor sin la palabra. Y ese amor sin la palabra no es de ustedes ni mío, no es personal ni impersonal. Es un estado del ser. No hay palabras para describirlo. Es una experiencia no reconocible, porque el reconocedor está ausente. Pueden llamarla como les agrade: amor, Dios, verdad... lo que prefieran. Esa experiencia es lo que pone fin a todo conflicto, a toda desdicha.

*Pregunta: He escuchado todas sus pláticas y he leído todos sus libros. Con la mayor seriedad le pregunto cuál puede ser el propósito de mi vida si, como usted dice, todo pensamiento tiene que cesar, todo conocimiento debe suprimirse y todo recuerdo debe perderse. ¿Cómo relaciona usted ese estado del ser —cualquier cosa que pueda significar según usted— con el mundo en que vivimos? ¿Qué relación tiene un ser humano semejante con nuestra triste y penosa existencia?*

KRISHNAMURTI: Puesto que el interlocutor es serio, examinemos esto seriamente. Queremos saber qué es ese estado que sólo puede existir en ausencia del reconocedor y de todo conocimiento; queremos saber qué relación tiene este estado, con nuestro mundo de la actividad diaria, de nuestras búsquedas cotidianas. Sabemos qué es hoy nuestra vida: es triste, dolorosa, hay miedo constante, nada en ella es permanente; eso lo conocemos muy bien. Y queremos saber qué relación tiene con eso este otro estado; y también, cuál es el propósito de la existencia si dejamos de lado el conocimiento, si nos liberamos de nuestros recuerdos, etcétera.

¿Cuál es el propósito de la existencia tal como la conocemos ahora, no teóricamente sino de hecho? ¿Cuál es el propósito de nuestra existencia dia-

ria? Simplemente sobrevivir, ¿no es así?, con toda su desdicha, con todo su dolor y confusión, sus guerras, su destrucción, etc. Podemos inventar teorías, podemos decir: "Esto no debe ser, sino que debe ser alguna otra cosa". Pero son sólo teorías, no son hechos. Lo que conocemos es confusión, pena, sufrimiento, antagonismos interminables. Y también sabemos, si somos algo perceptivos, cómo surgen estas cosas. Porque nuestro propósito en la vida, en todo momento, todos los días, es destruirnos unos a otros, explotarnos unos a otros, ya sea como individuos o como seres humanos colectivos. En nuestra soledad, en nuestra aflicción, tratamos de usar a los demás, intentamos escapar de nosotros mismos por medio de las diversiones, de los dioses, de los conocimientos, de toda forma de creencia, de la identificación. Ése es nuestro propósito, consciente o inconsciente, tal como ahora vivimos. Y ¿existe más allá de esto un propósito más profundo, más amplio, un propósito que no contenga confusión, que no sea adquisitivo? Y ese estado libre de todo esfuerzo, ¿tiene alguna relación con nuestra vida cotidiana?

Ciertamente, no tiene en absoluto relación alguna con nuestra vida cotidiana. ¿Cómo puede tenerla? Si mi mente es una mente confusa, angustiada, solitaria, ¿cómo puede estar relacionada con algo que no sea producto de ella misma? ¿Cómo puede la verdad relacionarse con la falsedad, con la ilusión? Pero nosotros no queremos admitir eso. Porque nuestra confusión, nuestra esperanza nos hace creer en algo más grande, más noble que, según decimos, está relacionado con nosotros. En nuestra desesperación, buscamos la verdad con la esperanza de que, al descubrirla, nuestra desesperación habrá de desaparecer.

Podemos ver, pues, que una mente confusa, una mente agobiada por el dolor, una mente que tiene conciencia de su propia vacuidad, de su soledad, jamás podrá dar con aquello que está más allá de ella misma. Aquello que está más allá de la mente, sólo puede revelarse cuando han sido comprendidas y disipadas las causas de la confusión, de la desdicha. Todo lo que he estado diciendo, de lo que he estado hablando, es de cómo comprendernos a nosotros mismos. Porque sin conocimiento propio, no existe "lo otro"; es tan sólo una ilusión. Pero, si comprendemos de instante en instante el proceso total de nosotros mismos, veremos que, al aclararse nuestra propia confusión, se manifiesta "lo otro". Entonces aquello, al ser experimentado, tendrá relación con esto. Pero esto jamás tendrá relación alguna con aquello. Estando de este lado de la cortina, en medio de las tinieblas, ¿cómo puede uno tener la experiencia de la luz, de la libertad? Pero, una vez que experimentamos la verdad, podemos relacionarla con este mundo en que vivimos.

Es decir, si jamás hemos conocido el amor, sino tan sólo riñas, desdichas, conflictos constantes, ¿cómo podemos experimentar ese amor que nada tiene que ver con todo esto? Pero, una vez que hemos experimentado aquello, no tenemos que preocuparnos por descubrir la relación. Entonces actúa el amor, la inteligencia. Pero a fin de experimentar aquel estado, debe cesar todo el conocimiento, todos los recuerdos acumulados, todas las actividades que hemos identificado con nosotros mismos, de modo tal que la mente sea incapaz

de proyectar ninguna clase de sensaciones. Entonces, al experimentar aquello, hay acción en este mundo.

Ése es, sin duda, el propósito de la existencia: ir más allá de la actividad egocéntrica de la mente. Y, habiendo experimentado aquel estado que la mente no puede medir, la experiencia misma de ello origina una revolución interna, que es la única revolución verdadera. Entonces, si hay amor, no hay problemas sociales. No hay problema de ninguna clase cuando hay amor. Debido a que no sabemos cómo amar, tenemos problemas sociales y sistemas de filosofía sobre cómo habérnoslas con nuestros problemas. Y yo sostengo que estos problemas jamás serán resueltos por sistema alguno, ni de la izquierda ni de la derecha ni del centro. Nuestra confusión, nuestra desdicha, nuestra autodestrucción, podrán resolverse sólo cuando seamos capaces de experimentar aquel estado cuyo origen no es una autoproyección.

*24 de abril de 1952*

# Preguntas

## RAJAHMUNDRY, 1949



## MADRÁS, 1949 - 1950

## COLOMBO, 1949-1950

BOMBAY, 1950

## PARÍS, 1950

## NUEVA YORK, 1950



## SEATTLE, 1950

## MADRÁS, 1952

## LONDRES, 1952

# *Índice*

*Pláticas en Londres, Inglaterra, 1952*

Se terminó de imprimir en :
"Impresiones Avellaneda"
Manuel Ocantos 253 Avellaneda
en el mes de Abril de 2000

Tirada de esta edición 2000 ejemplares